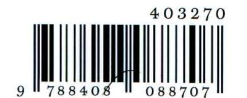
Koltsov había escrito tres libros de su *Diario* cuando quedó interrumpida su actividad literaria en 1938 al ser detenido por las autoridades soviéticas. Fue fusilado en 1942 a consecuencia de las purgas de Stalin, sin haber acabado su obra. Los editores de la última edición rusa —de acuerdo con las ideas del autor— recogieron en un cuarto libro las crónicas que Koltsov publicó en el periódico *Pravda* entre julio y diciembre de 1937. Ésta es la traducción castellana de la edición definitiva.

Koltsov, corresponsal extraordinario de *Pravda* en España, fue testigo ocular de los acontecimientos que narra. Estrechamente ligado a la política contemporánea del partido comunista ruso y periodista fuera de lo común, unió a una gran valentía personal dotes políticas y militares excepcionales, una innegable profundidad de análisis y una lengua exacta y poética. Su papel en España fue mucho más importante que el que se puede esperar de un simple corresponsal de guerra, y sus actividades le situaron en más de una ocasión en el plano más elevado de la acción política.

Su maravillosa fuerza descriptiva es patente en los pasajes más duros del *Diario*: la muerte de Lukács, la conversación con el aviador moribundo, el tanquista herido, el asalto frustrado al Alcázar... Pero nada supera, sin duda, la maestría de los retratos de Koltsov. Su pluma arranca los rasgos esenciales de los nombres más significativos del campo republicano: Largo Caballero, Durruti, Álvarez del Vayo, Rojo, Malraux, García Oliver, Kléber, La Pasionaria, Casares Quiroga, Líster, Checa, Aguirre, José Díaz, junto a gentes de importancia menos señalada, con frecuencia anónimas: oficiales, soldados, mujeres, niños... Es éste, en definitiva, un documento literario y político de un periodo crucial —1936-1937—, que ayuda no sólo a revivirlo sino a comprenderlo.



www.backlist.es

Mijaíl Koltsov

Diario de la guerra de España

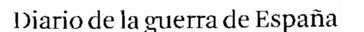
Prólogo de Paul Preston



BackList



Mijaíl Koltsov (Kiev, 1898-Moscú, 1942) participó en la Revolución rusa de 1917, pasó a ser miembro del Partido Bolchevique en 1918 y tomó parte en la subsiguiente guerra civil. Comunista convencido, pronto se convirtió en una figura clave de la élite intelectual soviética y posiblemente en el periodista más famoso de la URSS, debido principalmente a sus bien escritos ensayos y artículos satíricos. Escribió regularmente en *Pravda*, diario de cuya junta editorial formó parte. Viajó como corresponsal a numerosos países, entre ellos España, para cubrir los primeros compases de la guerra civil. Algunos historiadores lo consideran el agente personal de Stalin en España. El 12 de diciembre de 1938 fue detenido, acusado al parecer por André Marty, la máxima autoridad de las Brigadas Internacionales, bajo la acusación de antisoviético y de participar en actividades terroristas, como parte de la Gran Purga. Fue condenado a muerte y fusilado en 1942. Al igual que muchas otras víctimas de las purgas de Stalin, Koltsov fue rehabilitado después de la muerte del dictador, en 1954.



Diario de la guerra de España

BackList

Mijaíl Koltsov

Diario de la guerra de España

Prólogo de Paul Preston

◄ BackList

Editado por Editorial Planeta, S. A.

Iconografía: Alicia Caballero, Departamento de Diseño, División Editorial de Grupo Planeta.

BackList, Barcelona, 2009
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: octubre de 2009

Depósito Legal: M. 38.922-2009
ISBN 978-84-08-08870-7
Preimpresión: Foinsa Edifilm, S. L.
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Printed in Spain, Impreso en España

Prólogo

Este diario de las proezas en España de Mijaíl Koltsov, uno de los periodistas más famosos de la Unión Soviética, se publicó por entregas en Rusia durante la primavera y el verano de 1938, y se convirtió de inmediato en un gran éxito. El diario estaba basado en las crónicas que Koltsov escribió como enviado especial a la guerra civil española, publicadas a diario en *Pravda* entre el 9 de agosto de 1936 y el 6 de noviembre de 1937, y ávidamente devoradas por los lectores rusos. Poco después de su publicación a Koltsov lo eligieron diputado en el Soviet Supremo de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia. Se encontraba en pleno apogeo de su popularidad. Una noche, en el Bolshoi, Stalin lo invitó a su palco y le comentó lo mucho que le había gustado el diario de España. En una más que obvia muestra de favor oficial, el dictador invitó entonces a Koltsov a presentar la *Historia del Partido Bolchevique*, una compilación que había editado el mismo Stalin. Dos días antes de la conferencia, Koltsov recibió un nuevo honor: lo nombraron miembro correspondiente de la Academia de las Ciencias. A última hora de la tarde del 12 de diciembre, un radiante Koltsov cumplió la promesa que le había hecho al líder soviético y ofreció una charla sobre su libro ante el entusiasta público congregado en la Unión de Escritores. Esa misma noche, al llegar a su despacho de *Pravda*, varios agentes de la NKVD (el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos) lo estaban esperando para detenerlo. Después de soportar interrogatorios y torturas durante más de catorce meses, Koltsov fue fusilado. Hasta hoy, siguen siendo un misterio los motivos de la caída en desgracia de tamaña celebridad soviética, pero sin duda guardan relación con los contenidos y la publicación de su diario de España.

Nacido en Kiev en 1898, hijo de un artesano judío, Mijaíl Efimovich Friedland Koltsov logró alcanzar una inmensa popularidad en la Rusia soviética. Abandonó de joven su Ucrania natal para estudiar medicina en la Universidad de San Petersburgo, pero el estallido de la revolución rusa hizo que se decantara hacia la política. Participó en la guerra civil rusa como propagandista político del Ejército Rojo en el

frente sur. Se unió al Partido Comunista en 1918 gracias a las cartas de referencia de Trotski y de un viejo bolchevique, Anatoli Lunacharski. Koltsov participó en la represión de la revuelta de los marinos que tuvo lugar en Kronstadt en marzo de 1921. A partir de entonces, su fama fue aumentando gracias a sus artículos sobre los primeros vuelos de larga distancia, el más famoso de los cuales había inaugurado la ruta Moscú-Ankara-Teherán-Kabul. Escribió coloristas artículos sobre sus hazañas aéreas, sobre sus experiencias como taxista y sobre sus largos viajes por Asia y Europa.[1] Ya desde sus inicios, intercalaba en los escritos periodísticos y literarios sus intrépidas aventuras. Esa tendencia a la autopropaganda se aprecia también en su diario de España y es posible que contribuyera al trágico destino de Koltsov.

Las actividades políticas de Koltsov en los años veinte contenían también la semilla de los problemas que vendrían después. Entró a formar parte de la plantilla de *Pravda* en 1922 y trabajó también en la revista *Ogonyok*, en la que publicó un fotomontaje titulado «Un día en la vida de Trotski», lo cual despertó las iras de Stalin. Tras la deportación de Trotski en 1927, Koltsov renegó de su pasado y pronto alcanzó una considerable popularidad en el mundo de la prensa soviética, en cuyo marco dirigió diversas publicaciones, como *Ogonyok*, *Krokodil*, *Chudak* y *Za rubezhom*. Llegó a conocer a los mandamases de la NKVD, entre ellos al mismísimo director, el despiadado Nikolái Yezhov, a quien conoció a fuerza de visitar el salón literario que ofrecía Yevgenia, la esposa de éste último. Koltsov dirigió incluso la poderosa Asociación Soviética de Periódicos y Revistas (*Zhurgaz*), cosa que lo convirtió en uno de los hombres más influyentes de la política cultural soviética de los años treinta. Por otro lado, y como presidente del comité externo de la Unión de Escritores Soviéticos, desempeñó un papel fundamental a la hora de difundir las políticas del Frente Popular.[2] Sin embargo, sus vínculos con Trotski y la oposición de izquierdas lo perseguirían de por vida.

Aunque Koltsov disfrutaba en Moscú de un alto nivel de vida, la posibilidad de trasladarse a España debió de antojársele como el respiro que necesitaba ante la cada vez más opresiva atmósfera política de Rusia. Koltsov fue el primer corresponsal soviético de prensa en viajar a España. Envió su primer despacho a *Pravda*[3] la misma noche de su llegada a Barcelona. Es más, le faltó tiempo para asumir el papel de asesor político de las autoridades republicanas. Las únicas credenciales de que disponía eran las de redactor y enviado especial de *Pravda*, pero se le consideró de inmediato una figura de peso. El teniente coronel Felipe Díaz Sandino, consejero de Defensa del recién constituido gobierno catalán de Joan Casanovas, puso un vehículo a su disposición. En el transcurso de apenas dos días, Koltsov se entrevistó con el líder anarquista Juan García Oliver, con los dirigentes del Partit Socialista Unificat de Catalunya (Partido Comunista Catalán), y con el mismo Casanovas. Al día siguiente, Koltsov ya estaba en el frente de Huesca, asesorando al comandante local. Poco después expresó su deseo de conocer al legendario dirigente anarquista Buenaventura Durruti, que se hallaba en Bujaraloz, en el frente de Aragón. Al principio, Durruti no demostró interés alguno en hablar con él, pero cambió de idea cuando leyó, en la carta de presentación que le había enviado García Oliver, las palabras «Moscú» y «*Pravda*».

A pesar de las ventajas que suponía el acceso a tan importantes políticos, Koltsov no tardó en toparse —lo mismo que el resto de corresponsales— con las dificultades de la censura, de la escasez crónica de líneas de teléfono y del limitado sistema telegráfico español.[4] Llegó a Madrid el 18 de agosto y al cabo de veinticuatro horas ya había hablado no sólo con los dirigentes del Partido Comunista, sino también con el ministro de la Guerra, el teniente coronel Juan Hernández Saravia, y con el jefe de gobierno, el doctor José Giral. Al cabo de una semana, Koltsov había conseguido entrevistar al socialista moderado Indalecio Prieto, el cual dirigía desde la sombra la campaña bélica. Que Prieto le hablara sin tapujos del desprecio que le inspiraba Largo Caballero es un reconocimiento no sólo al talento periodístico de Koltsov, sino también a la posición que éste ocupaba. Un día después, y por mediación de Julio Álvarez del Vayo, a quien Koltsov conocía de la época de éste último como corresponsal español en Moscú, pudo entrevistar al presidente Manuel Azaña y al mismo Largo Caballero, el cual se mostró tan poco reservado como Prieto en sus feroces críticas hacia el gobierno del doctor Giral.[5] Cuatro días después de ser nombrado jefe de gobierno, el 4 de septiembre de 1937, Largo Caballero recibió de nuevo a Koltsov para otra larga entrevista.[6]

El papel de Koltsov en la guerra civil española se ha exagerado hasta lo inimaginable. Se ha llegado a decir, incluso, que hablaba por teléfono con Stalin una o dos veces al día, con el objetivo de comunicarle las últimas noticias acerca de la situación española. El impulsor de esa idea, que con el paso del tiempo ha ido gozando de una aceptación cada vez más amplia, fue Claud Cockburn, periodista anglo-ir-

landés de ideología comunista e íntimo amigo de Koltsov en España.[7] Sin embargo, no por ello resulta más verosímil: la conexión telefónica entre Madrid y Moscú, vía Barcelona y París, no era ni lo bastante operativa ni lo bastante segura como para permitir tales conversaciones, ni siquiera en el caso de que Stalin hubiera mostrado interés por recibir boletines diarios desde España. Tal y como revela una carta de Koltsov a Stalin, los emisarios soviéticos más veteranos se mostraban reacios a enviar información incluso por telegrama, método que permitía la codificación, así que no digamos ya por teléfono, un sistema que se podía intervenir con relativa facilidad.[8]

Sea como fuere, lo que sí se puede afirmar es que a pesar de que oficialmente Koltsov no era más que el corresponsal del diario *Pravda*, desempeñó en España un papel que iba más allá de sus meras responsabilidades periodísticas. Muchos testigos presenciales de la época constataron la importancia de Koltsov. Santiago Carrillo, por aquel entonces consejero de Orden Público en la Junta de Defensa de Madrid, se refirió a él como alguien que, sencillamente, tenía mucha más influencia que cualquier otro corresponsal. Durante el sitio de la capital, parecía incluso más importante que el embajador Marcel Rosenberg. El experto sovietólogo Louis Fischer, que en aquella época mantuvo frecuentes contactos con Koltsov, lo describió como «corresponsal de *Pravda* en España y, oficiosamente, los ojos y los oídos de Stalin en el país».[9] Hemingway se refirió a Koltsov como «uno de los tres hombres más importantes de España».[10] El novelista Iliá Ehrenburg escribió: «Los españoles lo consideraban no sólo un periodista famoso, sino también un asesor político. Resulta difícil imaginar el primer año de la guerra civil española sin Koltsov.»[11] Comandante de la NKVD, Lev Lazarevich Nikolsky, conocido como Aleksandr Orlov, coincidía en España con Koltsov desde septiembre de 1937, y luego, en unas memorias poco fiables, afirmó que Stalin había enviado a Koltsov a España «en calidad de observador personal», lo cual es como no decir nada, ya que es justamente lo que cabría esperar del veterano corresponsal de *Pravda*.[12] Estas opiniones han pasado a formar parte de la historia aceptada de la guerra civil española. Hugh Thomas, por ejemplo, presenta a Koltsov como «el más que probable agente personal de Stalin en España, con línea directa al Kremlin de vez en cuando». Con menos exageración, la historiadora rusa Olga Novikova lo considera «un enlace entre Stalin y las autoridades españolas».[13]

Uno de los rasgos más fascinantes del diario de Koltsov es la forma en que éste separó sus tareas periodísticas de otras que tenían un carácter más político-militar. Lógicamente, se atribuyó a sí mismo la obra periodística, pero dejó en manos de un misterioso mexicano llamado «Miguel Martínez» los asuntos relativos a las operaciones con dirigentes políticos y militares. Supuestamente, el tal Martínez había luchado en la revolución mexicana y, como el mismo Koltsov de joven, había tomado parte también en la primera guerra mundial y en la guerra civil rusa. Además, la descripción que el minúsculo Koltsov hizo de Martínez indica que podría estar hablando de sí mismo: «Un comunista mexicano de estatura por debajo de la media que, como yo, llegó ayer.» Lleva gafas, igual que Koltsov.[14] El texto está repleto de pistas que apuntan a la posibilidad de que «Martínez» y Koltsov fueran en realidad la misma persona. En el diario se describe el espeluznante vuelo de Martínez entre París y Barcelona, en un avión pilotado por Abel Guides. Tras sospechar que el piloto podría tener planeado llevarlo a la zona rebelde, «Miguel» contempló la posibilidad de disparar a Guides y luego pilotar el avión él mismo... algo de lo que Koltsov era perfectamente capaz. El 8 de junio de 1937, en Bilbao, Koltsov mantuvo una conversación con Guides sobre ese mismo incidente, de la cual se desprende que quien iba en el avión y quien había considerado disparar al piloto no era otro que Koltsov. El periodista ruso escribió en su diario que Miguel Martínez iba todas las noches a la redacción del periódico comunista *Mundo Obrero* y colaboraba en la edición del día siguiente... que es justamente lo que solía hacer Koltsov. En otro momento se dice que, durante la retirada de Talavera, «Miguel Martínez» vio a la escritora María Teresa de León con una pistola pequeña en las manos; más tarde es Koltsov quien recuerda haberla visto con la pistola en ese mismo lugar.[15] Por tanto, no es de extrañar que el hermano pequeño de Koltsov —el famoso humorista gráfico de *Pravda*, Boris Efimovich Friedland, más conocido como Boris Efimov—, los biógrafos Skorokhodov y Rubashkin, y otros estudiosos hayan dado por cierto que «Miguel Martínez» era, en realidad, el propio Koltsov. Enrique Líster, comandante del Quinto Regimiento comunista, que más tarde se convertiría en el núcleo del Ejército Popular, mantuvo contactos frecuentes con Koltsov, tal y como atestigua el diario. Líster le aseguró a Ian Gibson que, en su opinión, Koltsov y «Miguel Martínez» eran sin lugar a dudas la misma persona.[16]

Sin embargo, ese hecho no aclara por qué Koltsov creyó necesario

inventarse a «Miguel Martínez». Es bastante obvio que en realidad fue Koltsov quien llevó a cabo muchas de las actividades atribuidas al mexicano. Sin embargo, es posible que otras no, lo cual explicaría por qué Líster, ferviente prosoviético, se esforzó por ocultar la verdadera identidad de «Miguel Martínez» o, por lo menos, de alguna parte integrante del mismo. En sus memorias del sitio de Madrid, Vicente Rojo, jefe republicano del Estado Mayor, dice haber conocido a «Miguel Martínez» y su trabajo con el Quinto Regimiento. No cabe duda de que Koltsov conoció a Rojo y, es más, escribió sobre él en diversas ocasiones.[17] En consecuencia, el hecho de que Rojo se refiriera a «Martínez» y no lo identificara con Koltsov llevó tanto al estudioso ruso Boris Volodarski como al historiador español Ángel Viñas a sospechar que existía un auténtico «Miguel Martínez» que había mantenido contacto con Rojo. Basándose en las investigaciones de Boris Volodarski en los archivos de la seguridad rusa, llegaron a la conclusión de que por lo menos algunas actividades atribuidas a «Miguel Martínez» no las llevó a cabo Koltsov, sino un agente soviético de origen lituano. El hombre en cuestión, Jvozas Grigulavicius, conocido en la «Dirección S» (Ilegales) de la NKVD-KGB como Iósif Romualdovich Griguléviche (con nombres de código ARTUR, MAKS y FELIPE), tenía veintitrés años y era miembro del «cuerpo de operaciones especiales» de la NKVD, una sección especializada en el asesinato, el terrorismo y el sabotaje en suelo extranjero. Había aprendido español en Argentina y había llegado a España en 1936. Más tarde dirigiría el primer atentado contra la vida de Trotski en México. En consecuencia, el «Miguel Martínez» que describió Koltsov podría haber sido en realidad una amalgama de varios individuos: el mismo Koltsov, Griguléviche y, posiblemente, el agregado militar ruso, el general Vladimir Gorev. Gorev era consejero militar en Madrid, enviado por la inteligencia militar soviética (GRU), e informó a Moscú de que Koltsov «ejecutaba al pie de la letra todas las órdenes que yo daba en relación con la defensa de la ciudad».[18]

Nadie pone en duda que Koltsov, como redactor de *Pravda*, se beneficiaba de un trato de favor en tanto que observador de Stalin. Sin embargo, ello no explica las proporciones reales del activo papel que Koltsov / «Miguel Martínez» desempeñó en una amplia variedad de cuestiones políticas y militares, cosa que indudablemente estaba más allá de la capacidad de un solo hombre. Cuando el 21 de septiembre de 1936 las milicias republicanas se retiraron de Maqueda, en la carretera de Talavera a Madrid, K/MM estaba allí, pistola en mano, tratando de impedir la retirada. En este caso, K/MM era probablemente Koltsov, pues no es creíble que Gorev o Griguléviche se hallaran en el frente de batalla. En la capital sitiada, K/MM actuaba como asesor de los dirigentes comunistas y como estrecho colaborador de Julio Álvarez del Vayo, quien el 17 de octubre había recibido el nombramiento de comisario general del ejército, lo cual lo convertía en la práctica en jefe del cuerpo de comisarios. En lo que respecta a sus encuentros con Del Vayo, «Miguel Martínez» podría haber sido en algunos momentos Koltsov y, en otros, Gorev. Antes incluso de ese momento, K/MM obtenía copias de comunicaciones enemigas interceptadas por radio. Dado que el ejército republicano no disponía de la capacidad necesaria para interceptar las comunicaciones enemigas, de esa tarea tuvieron que hacerse cargo tres especialistas militares soviéticos llegados en octubre de 1936. Por tanto, la persona que recibió copias de las comunicaciones interceptadas tuvo que ser Gorev, en su calidad de agregado militar y jefe local de la inteligencia militar. Se sabe que, el 28 de octubre, K/MM explicó a las unidades del Quinto Regimiento comunista cómo llevar a cabo los ataques con tanques.[19] Si fue Koltsov, es lógico pensar que estuviera transmitiendo los consejos del verdadero especialista en tanques, Gorev, lo cual alimenta la sospecha de que quien dio las explicaciones fue en realidad el propio Gorev.

Una importantísima intervención de «Miguel Martínez» es la que tiene que ver con el proceso de toma de decisiones sobre la evacuación de Madrid y posterior ejecución de los derechistas encarcelados, uno de los episodios más controvertidos de la guerra civil española. En el diario, «Miguel Martínez» señala con insistencia a los dirigentes comunistas el peligro de permitir que los militares que se hallaban entre los prisioneros pasaran a engrosar las filas de los rebeldes. Preocupado por «los ocho mil fascistas encarcelados en diversas prisiones de Madrid», que amenazaban con convertirse en un auténtico problema como peligrosa «quinta columna», «Miguel Martínez» acudió en distintas ocasiones al cuartel general del Partido Comunista y a las oficinas de la Intendencia Militar para interesarse por lo que se había hecho y proponer ideas sobre cómo organizar la evacuación.[20] Boris Volodarski es de la opinión de que, al describir las actividades de «Miguel Martínez» en relación con la evacuación de los presos políticos de derechas, en realidad Koltsov estaba anotando en su diario las de

Iósif GriguléviCh. La operación se saldó finalmente con el asesinato de un gran número de presos, pero sigue sin aclararse quién fue el responsable directo de esas muertes. En la decisión de evacuar intervinieron muchas personas y el resultado final se produjo de forma gradual, acumulativa. No obstante, Griguléviсh estaba al mando de una unidad especial cuyos integrantes habían sido reclutados de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU) y, según parece, dicha unidad desempeñó un papel clave la noche del 7 de noviembre y el día siguiente en la recogida y traslado de los presos.[21] Es más, Griguléviсh se había convertido en íntimo amigo y colaborador de Santiago Carrillo a quien se había presentado con el nombre falso de José Escoy. Carrilo, como líder de las JSU y consejero de Orden Público en la Junta de Defensa de Madrid, ha sido acusado con frecuencia de implicación en todo el complicado asunto conocido después como Paracuellos.[22]

El diario de Koltsov da a entender que «Miguel Martínez» protagonizó un papel decisivo en la creación del sistema de comisarios políticos para levantar la moral de las tropas. Según él, «Miguel Martínez» fue quien introdujo la práctica de que los comisarios enviaran con regularidad informes políticos de sus unidades al alto mando militar. Dado que en la época ésa era una práctica habitual del Ejército Rojo, es posible que o bien en este caso «Miguel Martínez» fuera Koltsov limitándose a transmitir las recomendaciones de sus colegas asesores rusos, como Gorev; o bien que el mencionado «Miguel Martínez» fuera en realidad Gorev o cualquier otro «asesor». Según se desprende del diario, «Miguel Martínez» no sólo tenía acceso a esos informes, sino que de vez en cuando incluso los escribía.[23] Si bien no cabe duda de que la introducción en España del sistema de los comisarios se basaba en el modelo surgido durante la guerra civil rusa, el nombre de Koltsov no figura entre los citados por las fuentes españolas como impulsores del desarrollo de dicho sistema en España. Sin embargo, cabe la posibilidad de que, gracias a su estrecha relación con el Quinto Regimiento comunista, sus consejos resultaran cruciales.[24] Koltsov escribía para *Milicia Popular*, el periódico del Quinto Regimiento. Además, mantenía una más que cordial relación con Enrique Líster, aunque ese hecho no prueba nada. Lo mismo puede decirse de Gorev. Koltsov escribía para *Milicia Popular*, el periódico del Quinto Regimiento.[25] No se puede tener una total certeza, pero es muy probable que el «Miguel Martínez» implicado en el desarrollo del sistema de comisarios fuera alguien distinto de Koltsov.

En su diario, Koltsov habla de la relación de «Miguel Martínez» con Álvarez del Vayo y lo hace en unos términos que otorgan credibilidad a la participación del primero en el sistema de comisarios. El 23 de octubre de 1936, Koltsov escribió que todos los días a las seis de la tarde, el comisario general Álvarez del Vayo se reunía en el Ministerio de la Guerra con los cinco subcomisarios, otros dos comisarios y «Miguel Martínez». Si nos lo creemos al pie de la letra, eso implicaría que Koltsov era algo más que un simple corresponsal. Parece mucho más verosímil, desde luego, pensar que quien participaba en dichas reuniones era Gorev, o bien Koltsov obedeciendo órdenes de Gorev.[26]

Está claro que Koltsov se sentía más feliz y más vivo en Madrid que en la funesta atmósfera de las purgas moscovitas. Es posible que apoyara públicamente las purgas de Stalin, pero de lo que no cabe duda es de que cada vez se sentía más incómodo al respecto. Experimentó una gran alegría al conocer la noticia de que la Unión Soviética había decidido enviar aviones, tanques, artillería y otras clases de armamento para ayudar a la República española.[27] No se puede poner en duda su extraordinaria capacidad de trabajo ni su arrollador entusiasmo hacia la causa republicana, si bien tampoco se puede negar que algunos autores exageran, aunque sea con buena intención. Gleb Skorokhodov, su primer biógrafo, refundió a Koltsov y a «Miguel Martínez» e hizo una absurda afirmación: según él, a Koltsov se le encomendó a finales de octubre la tarea de ultimar las instrucciones del Ministerio de la Guerra para la defensa de Madrid.[28] Es inconcebible pensar que los estrategas responsables de tal cuestión, los generales Jan Berzin y Gorev, y el jefe republicano del Estado Mayor, Vicente Rojo, hubieran permitido tal intrusión por parte de un aficionado. El error de Skorokhodov es un indicio más de que no sólo «Miguel Martínez» era una amalgama de individuos, sino también de que un componente fundamental de esa amalgama era Gorev.

Cuando el gobierno abandonó Madrid, Koltsov tomó la valiente decisión de quedarse, decisión que se convirtió en el preludio de su mejor momento. Gorev, quien asesoraba oficiosamente al general José Miaja, presidente de la Junta de Defensa de Madrid, hablaba a diario con Koltsov. Emma Wolf, amante e intérprete del agregado militar ruso, evocó dichos encuentros. Según ella, Gorev escuchaba con mucha atención todo lo que Koltsov decía, pues lo consideraba la persona más informada sobre lo que acontecía tanto en el frente como en la retaguardia.[29] Incluso dejando a un lado lo que parecen haber

sido las actividades de los otros elementos constituyentes de «Miguel Martínez», no se puede dudar que Koltsov estaba completamente entregado a la causa republicana. Cuando las cosas empezaron a ir mal, no pudo evitar pasar a la acción.

Un estudioso alemán llegó a sugerir que Koltsov estaba al mando de una sección de tanques rusos con la cual desempeñó un importante papel en las batallas de Pozuelo y Aravaca (4-14 de enero de 1937). Se trata sin duda de una inmensa exageración basada en una anotación de su diario en la cual relata que recorrió el campo de batalla subido en un carro blindado, lo que hizo con el entusiasmo de un adolescente.[30] A pesar de esa agenda repleta de acción, Koltsov tenía tiempo suficiente para enviar a Rusia un flujo constante de largos y vivos artículos. Sin embargo, es imposible saber si Koltsov hizo todo o parte de lo que relata en su diario gracias a una autorización o acreditación especial del mismísimo Stalin.[31] Es igualmente verosímil pensar que si destacó tanto fue, en gran parte, debido a su energía, a su seguridad en sí mismo y a su impaciencia con la falta de organización republicana, que muchas veces lo llevaba a inmiscuirse en las situaciones y dar consejos en tono imperativo. Tal vez se le permitiera asumir un papel dominante precisamente porque se creía que Stalin le había entregado algún tipo de acreditación.

Las memorias del cámara Roman Karmen confirman algunas de las cuestiones que se mencionan en el diario de Koltsov. Estuvieron juntos, por ejemplo, en el sitio del Alcázar de Toledo. Más tarde, del 7 al 17 de octubre de 1936, Karmen se embarcó con Koltsov en una gira por el País Vasco y Asturias para visitar los frentes del norte, durante la cual los acompañó Paulina Abramson en calidad de intérprete. Tanto Koltsov como Karmen decidieron, haciendo caso omiso de las instrucciones del embajador ruso Marcel Rosenberg, no retirarse a Valencia con el gobierno, quedándose en cambio en Madrid durante el sitio rebelde.[32] El 6 de noviembre, Karmen acudió a la sede central del PCE y se encontró a Koltsov charlando con Pedro Checa, quien en su calidad de secretario de organización del Comité Central era la cabeza en funciones del partido.[33] Karmen se sentía fascinado por la energía y las muchas facetas de Koltsov: «Un agudo cronista de extraordinarios acontecimientos, un animal político, un soldado intrépido» a quien también le gustaba vivir bien y que se mostraba siempre alegre y jovial.[34] En una ocasión, sin embargo, hablando con Gustavo Regler, el comisario alemán de la XII brigada internacional, Koltsov, se quitó las

gafas para limpiarlas. Al volver a ponérselas dijo, en un tono triste y profético: «Sin gafas todo me parece negro. Si algún día me fusilan, les tendré que decir que no me quiten las gafas antes de disparar.»[35]

Este ocasional pesimismo de Koltsov tenía su origen en las noticias que le llegaban sobre el creciente número de ejecuciones en Moscú. Gustav Regler creía que los asesores rusos enviados a España se enfrentarían con un destino trágico cuando regresaran a casa: «Al convertirse en partisanos de la República española, fue como si hubieran vuelto a nacer: ¡se transformaron en hombres nuevos! Los vientos de la Sierra y la España heroica alejaron el hedor de Moscú.»[36] Ese «hedor de Moscú» se percibía en el asesinato de Andreu Nin. En diversos artículos publicados en *Pravda* e *Izvestiya*, y más tarde reproducidos en *L'Humanité* y otros periódicos comunistas europeos, Koltsov denunció al POUM como «una formación de agentes de Franco, Hitler y Mussolini que llevan a cabo actos de traición en el frente y asesinatos trotskistas-terroristas en la retaguardia». Sus escritos sobre el POUM, tras el cual Koltsov intuía «la mano criminal de Trotski», se publicaron en un panfleto titulado «Pruebas de la traición trotskista.»[37] Si bien Koltsov se ausentó de España entre el 2 de abril y el 24 de mayo de 1937, siguió escribiendo artículos para *Pravda* en los que reproducía la versión comunista oficial, según la cual Nin había sido liberado de su arresto por agentes nazis.[38] Sin embargo, no estaba ni mucho menos sólo en esa cuestión. De hecho, el POUM se menciona menos de diez veces en el diario de Koltsov. La entrada más larga, fechada el 21 de enero de 1937, es más irónica que despiadada en la descripción de los dirigentes del POUM y considera irrelevantes tanto el POUM como el trotskismo.[39]

El 27 de marzo de 1937, Koltsov le dijo a Dolores Ibárruri que debía regresar a Moscú para informar sobre la situación política y militar en España, pero que confiaba en volver pronto. La necesidad de que Koltsov fuera requerido para acudir a Moscú a informar en persona resta aún mayor credibilidad a la idea de que mantuviera conversaciones telefónicas diarias con Stalin. Cruzó la frontera franco-española el 2 de abril y se quedó en Moscú hasta la tercera semana de mayo.[40] De todas formas, que Koltsov era una figura importante lo demuestra el hecho de que la noche del 15 de abril fuera recibido por Stalin. Fue interrogado durante casi dos horas por el mismo dictador junto con Lázar Kaganóvich; el primer ministro soviético, Viacheslav Molótov; el mariscal Voroshílov; y Nikolái Yezhov, sucesor del despia-

dado Genrikh Grigorevich Yagoda al mando de la NKVD.[41] Ése era el estrecho círculo en el que se tomaban las decisiones más importantes en lo que respecta a política exterior. Con el frente vasco de la República a punto de caer, el panorama que le tocó describir a Koltsov no era precisamente alegre. Sin embargo, y para sorpresa del propio Koltsov, Stalin pareció darse por satisfecho con el relato y le dijo, en tono de aparente desaliento, que estaba consternado por el creciente número de traidores descubiertos en la URSS y que su único consuelo era la actuación de la misión soviética en España.[42]

Esa misma noche, Koltsov le relató a su hermano el extravagante final del encuentro: Stalin se había puesto a hacer el payaso. «Se me plantó delante y, cruzando un brazo sobre el pecho, hizo una reverencia y me preguntó: "¿Cómo lo llaman a usted en España? ¿Miguel?" Le dije: "Miguel, camarada Stalin." "Muy bien, don Miguel. Nosotros, nobles españoles, le estamos muy agradecidos por su interesantísimo informe. Nos veremos pronto, camarada Koltsov. Buena suerte, don Miguel." "Estoy al servicio de la Unión Soviética, camarada Stalin." Cuando ya me dirigía hacia la puerta, me volvió a llamar y mantuvimos una extraña conversación: "¿Tiene usted un revólver, camarada Koltsov?" Desconcertado, repliqué: "Sí, camarada Stalin." "¿No estará usted pensando en suicidarse, verdad?" Más perplejo aún, respondí: "Claro que no. Jamás se me ha ocurrido tal posibilidad." Stalin se limitó a decir: "Estupendo. Estupendo. Gracias otra vez, camarada Koltsov. Nos veremos pronto, don Miguel."» Koltsov le preguntó entonces a su hermano: «¿Sabes qué leí con absoluta certeza en la mirada de Stalin? "¿Qué?" Leí: es demasiado listo.» Al día siguiente, uno de los presentes en el encuentro —probablemente Yezhov— le dijo: «No olvides, Mijaíl, que te apreciamos, te valoramos y confiamos en ti.» Koltsov, sin embargo, no podía dejar de pensar en la desconfianza de Stalin.[43]

La tarde del 14 de mayo tuvo lugar otro encuentro, al que también acudió Molótov.[44] El 23 de mayo, Koltsov estaba en Francia, de camino hacia España. Entre el 24 de mayo y el 11 de junio pasó dos peligrosas semanas tratando de entrar en el País Vasco e informando sobre la cada vez más desesperada situación en Bilbao. En una nueva muestra del valor y temeridad que lo caracterizaban, voló desde Francia hasta la capital vasca, donde entrevistó al presidente José Antonio Aguirre.[45]

Poco después de su regreso a España, Koltsov fue testimonio de las sucesivas y dolorosas caídas no sólo del País Vasco, sino también de Santander y Asturias. Era consciente también de las catastróficas pérdidas que habían supuesto para la República las victorias pírricas de Brunete y Belchite. A pesar de ello, mantuvo su optimismo y entusiasmo por la República, si bien lo que estaba sucediendo en España y lo que les estaba pasando a sus amigos en Moscú pesaba cada vez más en su mente. El 6 de noviembre de 1937 le ordenaron que volviera y supo de inmediato que la situación había empeorado.[46] A su regreso a Rusia, mantuvo breves encuentros con Stalin los días 9 y 14 de noviembre. Es de suponer que no tuvieron mucho tiempo para analizar con detalle la situación en España, pues casi tres semanas después Koltsov escribió para solicitar una entrevista con Stalin durante la cual quería revisar una larga lista de cuestiones relativas a la España republicana.[47] La ocupación inmediata de Koltsov consistió en editar sus crónicas de *Pravda* para convertirlas en un libro. La primera parte de su diario de la guerra civil española se publicó en *Novyi Mir*, la muy difundida revista de la Unión de Escritores Soviéticos, entre abril y septiembre de 1938: los artículos, bajo el título genérico de *Ispanskii dnevnik*, alcanzaron un considerable éxito de crítica.[48]

Atemorizado por la situación imperante, Koltsov trató de presentarse a sí mismo como un defensor de la ortodoxia estalinista. Sin embargo, y a pesar de sus crecientes temores, ciertos asuntos sacaban a relucir la valentía que lo caracterizaba. Cuando Louis Fischer, quien estaba rompiendo todos los vínculos con la Unión Soviética, visitó Moscú a finales de 1938, ninguno de sus amigos fue a visitarlo. Todos estaban demasiado asustados. Koltsov, sin embargo, asumió el riesgo de presentarse en casa del periodista norteamericano porque ansiaba con desesperación obtener noticias de España. Fischer dijo lo siguiente: «Koltsov se mostraba muy emotivo en relación con España.»[49] Según Boris Efimov, durante las últimas semanas antes de su arresto, Koltsov «trabajó con frenesí, con obsesión, casi sin respiro, como si quisiera huir de sus atormentados pensamientos».

A finales de septiembre de 1938, Koltsov viajó a Praga en calidad de corresponsal de *Pravda* para informar sobre la situación checa inmediatamente después del tratado de Munich pero antes de la llegada de las tropas alemanas. Lo que Koltsov interpretaba como la pérdida de la última oportunidad de detener a Hitler, lo deprimió profundamente y fue un amargo revés a su fe antifascista.[50] Koltsov temía que aquel fuera el fin del antifascismo y que Stalin buscara a partir de entonces algún tipo de acercamiento hacia Hitler. De hecho,

Stalin jamás había compartido el antifascismo a ultranza de viejos bolcheviques como Bujarin o el mismo Koltsov.[51] Es fácil, pues, entender la amargura de Koltsov. Su sensación de fracaso inminente contrastaba con su éxito y prestigio público, aparentemente al alza.

Aunque Koltsov siguió manteniendo contactos ocasionales con Stalin, cada vez era mayor la sensación de que algo no iba bien: esa sensación se incrementó cuando Ignacio Hidalgo de Cisneros, jefe de la aviación republicana, acudió a Moscú a negociar con Stalin una partida de suministros bélicos y Koltsov no fue invitado a las reuniones de alto nivel. Ignacio y Koltsov eran amigos y habían colaborado en España. Por tanto, habría sido lógico que Koltsov, como experto en España y en aviación, hubiera estado presente en las negociaciones de la ayuda soviética. El 9 de diciembre, Hidalgo de Cisneros y Koltsov cenaron juntos. Koltsov se alegró mucho cuando Ignacio le contó que el encuentro con Stalin había sido un éxito y que el líder soviético había reaccionado positivamente a la petición española de ayuda. Pero el periodista ruso seguía preocupado por el desaire de Stalin.[52]

Sin embargo, y a pesar de los temores de Koltsov, Stalin lo había invitado a su palco del Bolshoi unas cuantas semanas antes y lo había felicitado cordialmente por el diario de España. Fue en ese momento cuando el líder soviético invitó a Koltsov a dar una charla sobre la recién publicada *Historia del Partido Bolchevique*, que había dirigido el mismo Stalin. Koltsov había aceptado con entusiasmo, con la esperanza de que aquello significara un cambio para mejor. Desde luego, no faltaban los motivos para el optimismo, pues el periódico *Pravda* publicó dos días antes de la charla la noticia de que Koltsov había sido nombrado miembro correspondiente de la Academia de las Ciencias, lo cual se consideraba un gran honor. A última hora del 12 de diciembre, un alegre y sonriente Koltsov protagonizó su última aparición pública. Tras dirigirse al entusiasta auditorio que abarrotaba la sede de la Unión de Escritores, regresó a su despacho en *Pravda* para trabajar un rato. Poco después de su llegada, lo detuvieron varios agentes de la NKVD. Se registró su apartamento y los agentes se llevaron varios sacos llenos de «sustanciosos escritos» que más tarde fueron quemados.[53]

Nunca se han aclarado los verdaderos motivos de la detención de Koltsov. Existen muchas posibilidades, la más verosímil de las cuales tiene que ver, en términos generales, con los servicios prestados en España. Koltsov, como otros muchos oficiales del ejército, pilotos, diplomáticos, policías y periodistas que habían servido en la guerra civil española, era un objeto de sospecha. De todos ellos se suponía que, en cierta manera, se habían contaminado con las ideas trotskistas durante su estancia en España o, peor aún, que habían contaminado a otros con su ideología trotskista. El desencadenante inmediato del arresto fue, casi con total seguridad, una denuncia escrita enviada por André Marty, político francés dirigente del Partido Comunista de ese país y encargado de la organización de las Brigadas Internacionales en España. Marty se saltó los procedimientos habituales de la Komintern y envió la denuncia directamente a Stalin. Las cualidades de Marty —un tipo mediocre, envidioso, servil y cruel— le garantizaban una posición privilegiada en la jerarquía del comunismo mundial.[54] La paranoia antitrotskista de Marty y sus sospechas acerca de la creatividad y la vehemente energía de Koltsov eran muy similares a las del mismísimo Stalin. Marty era famoso por sus denuncias de presuntos «trotskistas» en España. Además de su prepotente forma de actuar con los brigadistas internacionales, Marty también envió directamente a Stalin demoledoras acusaciones sobre varios miembros del personal soviético. Hemingway describe, con bastante verosimilitud, una escena en la que Karkov (Koltsov) descubre un estúpido y prepotente error de Marty. Según el relato de Hemingway, Koltsov amenaza a Marty diciéndole: «Pienso averiguar hasta qué punto eres intocable» y Marty lo observa con «una mirada de rabia y aversión en un rostro por lo demás inexpresivo. En su mente sólo había espacio para una idea: que Karkov/Koltsov había hecho algo para perjudicarle. Pues muy bien, ya se podía ir preparando Koltsov, por mucho poder que tuviera». No existen pruebas de que este incidente tuviera realmente lugar, pero resulta interesante destacar que uno de los contactos más útiles de Hemingway era un intérprete de la plantilla de Marty, que le pasaba información acerca de los contactos del francés con los rusos.[55] En su carta, Marty denunciaba la injerencia de Koltsov en cuestiones militares y sus contactos con el POUM. Aunque esas acusaciones eran absurdas, se recibieron con gran interés en Moscú.[56]

Según el general Dimitri Volkogonov, quien cita una fuerte anónima pero «destacada» de la NKVD, antes de que Marty escribiera su carta alguien ya había denunciado verbalmente los supuestos contactos de Koltsov con los servicios de inteligencia extranjeros, si bien Stalin aún no se había decidido a tomar medidas. Al parecer, fue la

entrega de un dossier de denuncias escritas, entre las cuales figuraba la carta de Marty, lo que impulsó al dictador a ordenar finalmente la detención de Koltsov.[57] El destino de Koltsov debemos entenderlo en el contexto general del encarcelamiento o ejecución de muchos de los hombres destacados que habían actuado como asesores en España: el general Vladimir Efimovich Gorev, quien ofreció cruciales consejos durante la defensa de Madrid; Vladímir Antónov-Ovséyenko, cónsul en Barcelona; Marcel Rosenberg, embajador en Madrid; o el general Emilio Kléber (Manfred Stern), que estuvo brevemente al mando de las Brigadas Internacionales, por nombrar sólo unos pocos. Todos ellos habían participado en una ejemplar aventura revolucionaria en el marco de la lucha antifascista en España. Probablemente los motivos fueran distintos en cada caso aunque, en lo que respecta a las ejecuciones, Stalin no necesitaba muchos motivos: la experiencia de esos hombres en occidente le bastaba para considerarlos sospechosos. En el caso de Koltsov, sin embargo, existe un motivo más específico: su libro, que había alcanzado una inmensa popularidad, narraba la historia de un país en el que aún prosperaban el idealismo y el fervor revolucionario, lo cual contrastaba abiertamente con una Unión Soviética en la que Stalin estaba aplastando la revolución.[58] La situación española había inspirado en los jóvenes soviéticos sueños que reflejaban la antítesis de la política de Stalin... y Koltsov se había convertido en el cronista de esos sueños. Tal y como dijo Louis Fischer: «La causa española despertó un gran entusiasmo en toda Rusia. Muchos comunistas y no comunistas deseaban que los acontecimientos de España insuflaran nueva vida a la llama agonizante de la revolución rusa. Stalin no. Había accedido a vender armas a la República española, pero no para hacer una revolución. Lo que pretendía a corto plazo era apagar la llama con sangre rusa.»[59] Sin embargo, tanto Koltsov como otros muchos que fueron a España quizá confiaran en que la victoria en España provocara un cambio en Rusia.

La noticia de la detención de Koltsov corrió como la pólvora. En los círculos intelectuales, la idea de que un hombre como él, en teoría un leal héroe patriótico que difundía las ideas del partido, pudiera tener problemas con las autoridades provocó primero incredulidad y después, pánico. La principal acusación contra Koltsov era que él y Evgeni Gnedin, jefe de prensa del Comisariado para Asuntos Internos, eran los cabecillas de una conspiración antisoviética en la cual estaban implicados intelectuales y diplomáticos. Supuestamente, Koltsov había sido reclutado por los servicios de inteligencia de Estados Unidos, Francia y Alemania. Su relación extramarital con Maria Osten, su amante alemana, se consideraba una prueba. También lo acusaron de ser agente de Trotski y de haber colaborado con el POUM en España. Koltsov fue torturado hasta que finalmente firmó declaraciones en las que admitía haber mantenido contactos con una larga lista de sospechosos, algunos de ellos ya ejecutados por entonces, otros bajo arresto y otros todavía en el ejercicio de altos cargos. También admitió haber sido amigo de Karl Radek; haberse acostado con la esposa de Yezhov, a la cual dijo haber «seducido»; haber sido reclutado por André Malraux para colaborar con el servicio francés de inteligencia; y haber trabajado en España con Aleksandr Orlov, célebre desertor de la NKVD. Esto último no deja de resultar irónico, ya que a Orlov lo habían enviado a España en 1936 como agregado militar: su única función era, al parecer, combatir el trotskismo, tarea que llevó a cabo con la más despiadada eficacia. Koltsov llegó incluso a confesar, por absurdo que parezca, haber mantenido contactos con el POUM.[60]

En 1 de febrero de 1940, durante un juicio de apenas veinte minutos, Koltsov se retractó de sus «confesiones» alegando para ello que se las habían arrancando con espantosos métodos de tortura.[61] Lo declararon culpable y lo fusilaron esa misma noche o a primera hora del día siguiente. El cuerpo de Koltsov fue incinerado y abandonado en una fosa común de cadáveres no reclamados en el Monasterio de Donskoi, en Moscú.[62] No se sabe si le devolvieron las gafas antes de que se enfrentara al pelotón de fusilamiento.

Paul Preston

Notas

1. Arkadi Vaksberg, *Hotel Lux. Les partis frères au service de l'Internationale Communiste* (París: Éditions Fayard, 1993), p. 151; Carlos García-Alix, *Madrid-Moscú*, (Madrid: T Ediciones, 2003), p. 176; Mijaíl Koltsov, *Khochu letat'* (Moscú: Voengiz, 1931).

2. Reinhold Görling, *"Dinamita cerebral": Politischer Prozeß und*

ästhetische Praxis im Spanischen Bürgerkrieg (1936 – 1939) (Frankfurt: Verlag Klaus Dieter Vervuert, 1986), p. 311.

3. Ver p.19 de la presente edición. Ver también Jonathan Haslam, *The Soviet Union and the Struggle for Collective Security in Europe 1933-39* (Londres: Macmillan Press, 1984), p. 108

4. Ver pp. 16, 20-24, 30, 37, 43-4 de la presente edición.

5. *Ibid.*, pp. 50-54, 63-5, 70-4.

6. *Ibid.*, pp. 98-100.

7. Cockburn relató la anécdota del teléfono a Peter Wyden en *La guerra apasionada* (Madrid: MR Ediciones, 1997); artículo sin título firmado por Claud Cockburn en Philip Toynbee, editor, *The Distant Drum. Reflections on the Spanish Civil War* (London: Sidgwick & Jackson, 1976) p. 53 [existe traducción española - Philip Toynbee (ed.), *Tambor lejano. Lo que ya puede decirse de la guerra civil española* (Madrid: Ediciones Sedmay, 1977)]; Patricia Cockburn, *The Years of the Week* (Londres: MacDonald, 1968), p. 208. En la presente edición (pp. 328-9) se narra un encuentro con Cockburn.

8. De Koltsov a Stalin, 4 de diciembre de 1937. Mi más sincero agradecimiento a Ángel Viñas por proporcionarme una copia de dicho documento.

9. Louis Fischer, *Russia's Road from Peace to War. Soviet Foreign Relations 1917-1941* (Nueva York: Harper & Row, 1969), p. 273.

10. Ernest Hemingway, *For Wrom the Bell Tolls* (London: Jonathan Cape, 1941) p. 397. [Existe traducción española - Ernert Heminway, *Por quién doblan las campanas* (Barcelona: Editorial Planeta, 2002).]

11. Iliá Ehrenburg, *Eve of War 1933-1941* (Londres: McGibbon & Kee, 1963), p. 148; José Fernández Sánchez, «El último destino de Mijaíl Koltsov», *Historia 16*, n.º 170, junio de 1990, p. 21.

12. Aleksandr Orlov, *The March of Time. Reminiscences* (Londres: St Ermin's Press, 2004), p. 215.

13. Hugh Thomas, *La guerra civil española* (Madrid: Ediciones Urbión, 1983); Olga Novikova, «Las visiones de España en la Unión Soviética durante la guerra civil española», manuscrito no publicado.

14. Ver pp. 13, 84 (gafas) y pp. 84, 86, 183, 457 (primera guerra civil y guerra civil rusa) de la presente edición.

15. *Ibid.*, pp. 12-16, 506 (amenazas a Guides); p. 74 (*Mundo Obrero*); pp. 90, 110, 245 (pistola de María Teresa). José Fernández Sánchez, «Introducción», Mijaíl Koltsov, *Diario de la guerra de España* (Madrid: Akal Editor, 1978), pp. 5-6.

16. Boris Efimov en *Mikhail' Kol'tsov, kakim on byl. Vospominaniya* (Moscú: Sovetskii Pisatel', 1965), p.65; A. Rubashkin, *Mikhail' Kol'tsov. Kritiko-biograficheskii ocherk* (Moscú: Khudozhestvennaya literatura 1971), p.174; Gleb Skorokhodov, *Mikhail' Kol'tsov. Kritiko-biograficheskii ocherk* (Moscú: Sovetskii Pisatel', 1959), pp.160-3. La identificación más convincente de Koltsov con «Miguel Martínez» se puede encontrar en Ian Gibson, *Paracuellos: cómo fue* (Barcelona: Argos Vergara, 1983), pp.55-9. Ver también Broué, *Staline et la révolution*, p.105; Günther Schmigalle, *André Malraux und der spanische Bürgerkrieg: Zur Genese, Funktion und Bedeutung von 'L'Espoir'* (Bonn: Bouvier Verlag Herbert Grundmann, 1980), p.160; Carlos Serrano, *L'enjeu espagnol: PCF et guerre d'Espagne* (París: Messidor/Éditions Sociales, 1987), p.52. Mi más sincero agradecimiento a mi amigo, el doctor Frank Schauff, por su inestimable ayuda con las referencias rusas citadas en este prólogo.

17. General Vicente Rojo, *Así fue la defensa de Madrid* (México DF: Ediciones Era, 1967), p. 214; ver pp. 343-6 de la presente edición; José Andrés Rojo, *Vicente Rojo. Retrato de un general republicano* (Barcelona: Tusquets Editores, 2006), pp. 87-8.

18. Boris Volodarski, *KGB: The West Side Story* (manuscrito no publicado); Ángel Viñas, *El escudo de la República. El oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937* (Barcelona: Crítica, 2007), pp.57-68. Sobre Grigulévich, ver Marjorie Ross, *El secreto encanto de la KGB. Las cinco vidas de Iósif Grigulévich* (Heredia, Costa Rica: Farben Grupo Editorial Norma, 2004), pp. 40-67; Christopher Andrew & Vasili Mitrokhin, *The Sword and the Shield: The Mitrokhin Archive and the Secret History of the KGB* (Nueva York: Basic Books, 1999), pp. 99, 162. La afirmación de que Koltsov tenía contactos con la GRU procede de Novikova, «Las visiones».

19. Ver pp. 124-5 (Maqueda), 178 (Álvarez del Vayo), 181-2 (comunicaciones interceptadas), 198-9 (Quinto Regimiento) de la presente edición.

20. *Ibid.*, pp. 142, 208, 219-20, 230-1, 239.

21. Boris Volodarski, *KGB: the West Side Story* (próxima publicación), capítulo 16.

22. Andrew & Mitrokhin, *The Sword and the Shield*, p. 300; Germán Sánchez, «El misterio Grigulévich», *Historia 16*, n.º 233, septiembre de 1995, p. 118. Sobre Koltsov y Paracuellos, ver Viñas, *El escudo de la República*, pp. 57-74.

23. Ver pp. 244, 351-3 de la presente edición.

24. Santiago Álvarez, *Los Comisarios Políticos en el Ejército Popular de la República* (Sada - A Coruña: Ediciós do Castro, 1989), pp. 93-7, 115-27; Juan Andrés Blanco Rodríguez, *El Quinto Regimiento en la política militar del PCE en la guerra civil* (Madrid: UNED, 1993), pp. 171-93.

25. *Milicia popular*, 2, 3, 8, 11, 13, 14, 15, 20, 21, octubre de 1936.

26. Ver p. 188 de la presente edición.

27. Gustav Regler, *The Owl of Minerva* (London: Rupert Hart-Davis, 1959), p. 276.

28. Skorokhodov, *Mikhail' Kol'tsov*, pp. 158-60.

29. Emma Wolf en *Mikhail' Kol'tsov, kakim on byl'*, pp. 305-7. Sobre la colaboración entre Gorev y Koltsov, ver Frank Schauff, *La victoria frustrada: Unión Soviética, Internacional Comunista y Guerra Civil Española, 1936-39* (Barcelona: Debate, 2008).

30. Schmigalle, *André Malraux*, p.159; Thomas, *The Spanish Civil War*, p. 495. Ver pp. 320-2, 378, 423 de la presente edición.

31. Haslam, *The Soviet Union*, p. 262.

32. Karmen, *¡No pasarán!* (Moscow: Editorial Progreso, 1976), pp. 272-3.

33. Karmen, *¡No pasarán!*, pp. 276-8.

34. Karmen, *¡No pasarán!*, pp. 277-281, 301.

35. Regler, *The Owl*, p. 294.

36. Regler, *The Owl*, p. 294-6.

37. David Cotterill (ed.), *The Serge-Trotsky Papers* (Londres: Pluto Press, 1994), p. 139; Miquel Koltzov, *Proves de la traïció trotskista* (Barcelona: Secretariat de Propaganda del C.E., 1937); Broué, *Staline et la revolution*, pp. 171-3

38. Broué, *Stalin et la revolution*, p. 183.

39. Ver pp. 387-92, p. 18, 21, 519, 533-4 de la presente edición.

40. *Ibid.*, p. 458; V.P. Verevkin, *Mikhail' Efimovich Kolt'sov* (Moscú: Mysl', 1977), p. 77.

41. *Posetiteli kremlovskogo kabineta I. V. Stalina [1936–1937]*, en *Istoričeskij archiv*, 4/1995, p. 50

42. Orlov, *The March*, p. 338.

43. Boris Efimov, en *Mikhail' Kol'tsov, kakim on byl'*, p. 66; Abramson, *Mosaico roto*, p. 62; Fernández Sánchez, «El último destino», p. 21.

44. *Posetiteli kremlovskogo kabineta I. V. Stalina [1936–1937]*, en *Istoričeskij archiv*, 4/1995, p.69.

45. Ver pp. 470-509 de la presente edición.

46. Llamamiento y reacción de Koltsov: Koltsov, ver p. 606 de la presente edición; Vaksberg, *Hotel Lux*, pp. 161-2.

47. *Posetiteli kremlovskogo kabineta I. V. Stalina [1936–1937]*, en *Istoričeskij archiv*, 4/1995, p. 69.

48. Görling, *«Dinamita cerebral»*, p. 312.

49. Louis Fischer, *Men and Politics. An Autobiography* (Londres, Jonathan Cape, 1941), p. 467.

50. Gleb Skorokhodov, *Mikhail' Kol'tsov. Kritiko-biograficheskii ocherk* (Moscú: Sovetskii Pisatel', 1959), p. 229-30.

51. Stephen F. Cohen, *Bukharin and the Bolshecik Revolution. A Political Biography 1888-1938* (London: Widwood House, 1974), pp. 360, 368 [existe traducción española - Stephen F. Cohen, *Bujarin y la revolución bolchevique: biografía política 1888-1938* (Madrid: Siglo XXI de España Editores, 1976).]

52. Boris Efimov, en *Mikhail' Kol'tsov, kakim on byl*, pp. 73.

53. Boris Efimov, en *Mikhail' Kol'tsov, kakim on byl*, pp. 73-6. Fernández Sánchez, «El último destino», p. 22, da la fecha del 12 de octubre, pero el resto de fuentes concuerdan en el 12 de diciembre: Rayfield, *Stalin y los verdugos*; Tucker, *Stalin in Power*, p. 524; Medvedev, *Que juzgue la historia* (Barcelona: Ediciones Destino, 1977); Robert Conquest, *El gran terror* (Barcelona: Caralt Editores, 1974); Abramson, *Mosaico roto*, pp. 63, 101; Skorokhodov, *Mikhail' Kol'tsov*, p. 2.

54. Regler, *The Owl*, pp. 277-9.

55. Hemingway, *Por quién doblan las campanas*; Herbst a Watson, 2 de agosto de 1967, Za Herbst Collection, Beinecke Library, Yale University.

56. Entrevista del autor con Adelina Kondratieva en Madrid (1988); Vaksberg, *Hotel Lux*, p. 152.

57. Volkogonov, *Stalin*, p. 317.

58. Broué, *Staline et la révolution*, pp. 142-3

59. Fischer, *Russia's Road*, p. 273

60. Rayfield, *Stalin y los verdugos*, pp. 353-4.

61. Simonov, *Glazami Cheloveka Moego Pokoleniya*, pp. 31-2

62. Abramson, *Mosaico roto*, p. 101.

Nota del editor*

El Diario de la guerra de España, *de Mijaíl Koltsov, es un documento escrito día a día por un testigo directo, por un actor apasionado, de quince meses de guerra civil española.*

Mijaíl Koltsov fue un periodista excepcional. Nacido en 1898, a los veinte años se enrola en el Ejército Rojo. Desde 1920, colabora regularmente en Pravda *y funda, algo más tarde, el semanario* Ogokek. *Viaja por Asia, Hungría, Alemania y Yugoslavia, y deja magníficos reportajes de estos viajes. Al estallar la guerra civil, viene a España y en ella permanece desde el 8 de agosto de 1936 hasta el 6 de noviembre de 1937. Después del tratado de Munich, visita Checoslovaquia. Éste será el último viaje fuera de su país. Detenido por la policía soviética, muere en circunstancias desconocidas en 1942. Su memoria ha sido recientemente rehabilitada y sus obras completas publicadas.*

El acceso a los textos impresos en vida del autor nos ha sido imposible. El Diario de la guerra de España *es la traducción directa del libro publicado en Moscú en 1957, que recoge también las crónicas publicadas en* Pravda *por Koltsov entre julio y diciembre de 1937.*

Testimonio inmediato, el Diario *carece de la perspectiva histórica, de la «serenidad» que confiere la recreación metódica. De ahí vienen su espontaneidad, su frescura, la autenticidad del ambiente descrito.*

Veraz en la narración, justo en la interpretación de los hechos, Mijaíl Koltsov no ha podido escapar a ciertos determinismos, a «modas» más o menos efímeras que se imponen fuertemente a su personalidad de militante. Cae, en contados momentos de su libro, en lugares comunes de la campaña de deformación de ciertos hechos que alcanzó una extraordinaria virulencia en la época en que Koltsov escribía sus crónicas de España. Nos referimos concretamente a los pasajes en que el autor alude al POUM.

Pero a pesar de ello, hemos preferido dar al lector una edición exenta de comentarios aclaratorios sobre puntos de historia. Las notas del traductor se limitan a extremos de carácter lingüístico o cultural relaciona-

* 1963.

dos con la vida rusa y están encaminadas a facilitar la comprensión de algunas palabras o giros de lenguaje.

El innegable valor histórico y literario del texto publicado hoy en la colección España contemporánea, *justifica plenamente este punto de vista. El* Diario, *tal como se halla presentado por la edición rusa de 1957, es inestimable, por su gran riqueza informativa, para el estudio de la guerra civil española; constituye, además, un documento revelador del clima espiritual que animó a gran número de hombres durante el sangriento conflicto español, clima que había de influir considerablemente en la vida política europea de la época, y cuyos ecos —amortiguados— perduran todavía en nuestros días.*

En la selección de los documentos fotográficos que ilustran esta edición del Diario, *ha prevalecido el criterio de tener en cuenta a un tiempo los hechos narrados y las reacciones emotivas del autor. Expresamos aquí nuestra gratitud a las personas que nos han comunicado generosamente gran parte de estas ilustraciones.*

RUEDO IBÉRICO

Diario de la guerra de España

Libro primero

3 de agosto de 1936

Los manifestantes avanzaban risueños, endomingados con sus ropas de verano, casi todos vestidos de blanco. Seis esbeltas muchachas, tostadas por el sol, han acudido con cortas túnicas de deporte —por lo visto, llegaban directamente del estadio—. Iban cogidas de la mano y gritaban, silabeando: «¡Fue-ra Fran-co! ¡Fue-ra Fran-co!»

El mitin de la plaza Roja ha empezado a las cinco de la tarde. Mucho calor y apretujada muchedumbre. He llegado tarde y no me ha sido posible acercarme a la tribuna, pero se oían perfectamente los altavoces. El orador exhortaba a los pueblos de la Unión Soviética a prestar ayuda material a los combatientes de España. Antes ya de este llamamiento, desde hacía varios días, en muchas fábricas se venían haciendo colectas para España.

Al terminar, el orador ha dicho:

—Los trabajadores de la Unión Soviética, millones de obreros, unidos en sindicatos profesionales, forjadores de la sociedad socialista, manifiestan su fraternal solidaridad con el pueblo español, que defiende heroicamente las conquistas democráticas contra las enfurecidas bandas del fascismo.

La manifestación no había sido preparada, tan sólo hoy por la mañana se ha decidido llevarla a cabo. ¡Y cuántos carteles, inscripciones y enormes caricaturas de los facciosos españoles se han logrado hacer en pocas horas! Franco está representado con una larga barba blanca y uniforme de general ruso; a su lado lleva a unos curas-jesuitas y a un fascista italiano, cuyas fauces se abren y castañetean.

A los oyentes les alarma que aviones y cañones alemanes sean enviados a los facciosos. Obreros de una fábrica de chocolate que estaban a mi lado, se preguntaban: ¿no será esto el comienzo de la guerra mundial?

La obrera Bistrova ha dicho desde la tribuna:

—Nuestros corazones están con aquellos que ahora ofrendan sus vidas en los montes y en las calles de España defendiendo la libertad de su pueblo. Enviamos nuestro fraternal mensaje de solidaridad, nuestro saludo proletario a los obreros y obreras españoles, a las mu-

jeres y madres españolas, a todo el pueblo español. Declaramos: recordad que no estáis solos, nosotros estamos a vuestro lado.

Después del mitin, las ciento cincuenta mil personas se han dispuesto a tomar algún refresco. En dos kilómetros a la redonda han quedado invadidos todos los cafés, todos los quioscos con gaseosas y helados. Hasta en la plaza de Pushkin había que pasarse largo rato esperando una limonada.

Estos días, todo el mundo empieza la lectura de los periódicos por las noticias de España. Mas los telegramas no permiten comprender nada. Desde Londres transmite la agencia TASS que las tropas gubernamentales han ocupado cierto Sástago, en el norte del país. En Sevilla, los obreros han volado un puente. En medio del estrecho de Gibraltar se encuentra un gran navío italiano ocupado, dicen, en la reparación de un cable. ¿Qué población será Sástago? ¿Tendrá importancia? ¿Quién domina en Sevilla, los fascistas o los obreros? Los facciosos se han plantado a cincuenta kilómetros de Madrid, ¿dónde está el gobierno de la República?

5 de agosto

En la fábrica Stalin, el cerrajero Klevechko ha dicho:

—En los años de la guerra civil, cuando nosotros, proletarios rusos, rechazábamos las avalanchas de los guardias blancos y de los intervencionistas, nos ayudaron los proletarios de Occidente. Nuestro deber sagrado es, ahora, ayudar moral y materialmente a los hermanos españoles, que defienden heroicamente su libertad. Propongo que se nos descuente de nuestro salario mensual un medio por ciento en beneficio del pueblo español y que se mande un caluroso saludo, en nuestro nombre, a quienes ahora, con las armas en la mano, están luchando contra el fascismo.

En seis días, las colectas de los obreros para ayudar a los combatientes españoles de la República han alcanzado la suma de doce millones ciento cuarenta y cinco mil rublos. En nombre del Comité Central de los Sindicatos Profesionales de la Unión Soviética, Shvernik ha girado esta suma en francos, es decir: treinta y seis millones cuatrocientos treinta y cinco mil francos, a nombre del presidente

del Consejo de Ministros de España, Giral, a disposición del gobierno español.

6 de agosto

Junto al aeródromo, en la carretera de Leningrado, segaban la alta hierba, que empezaba ya a ponerse amarilla debido al mucho calor.

El tiempo era nuboso, pero seco. En Rzhev, los espléndidos campos koljosianos de lino luchaban con los ardores del sol. En Veliki Luki, en la blanca casita del aeródromo, nos han servido leche tibia recién ordeñada, maciza mantequilla dorada y pan de centeno, con la corteza color de oro. He recogido unas florecillas silvestres junto al avión. Tenían sed. Casi sobre la misma raya de la frontera nos ha alcanzado la tormenta, la azulina masa de nubes, la torcida red de generosa lluvia, tanto tiempo esperada.

8 de agosto

El avión ha rozado la tierra, ha dado un leve saltito y ha rodado por la verde pradera levemente rugosa. Unos hombres han corrido a nuestro encuentro agitando las manos en señal de bienvenida. Una calina pesada y densa nos ha quemado los ojos y nos ha apretado la garganta.

Aquí, en el campo, son vecinas —y, de hecho, se han mezclado— la aviación militar y la civil, la española y la extranjera. Directamente desde el aparato nos han conducido al pabellón del jefe de las fuerzas aéreas militares de Cataluña. En el elegante pabellón, entre empujones y barullo, descansan los aviadores sobre amplios divanes; las mesas están cubiertas de mapas, de aparatos fotográficos, de armas; un ordenanza sirve sin cesar bebidas y café. Frente a la puerta misma del jefe, el coronel Sandino, se halla el mostrador de un bar improvisado donde, sentados en altos taburetes, con los vasos en las manos, vocean pilotos y mecánicos.

El propio coronel Felipe Sandino, ministro de la Guerra de Cataluña y jefe de aviación, hombre de pequeña estatura y cabello gris, con mono azul y las mangas recogidas, no permanece sentado en su gabinete, sino que recorre, bastante presuroso, todo el pabellón, habla ora con un grupo de personas, ora con otro; intenta concentrarse, examinar el mapa que le presentan, pero en seguida le distraen con otra conversación y se dirige a otra persona. Hemos convenido en hablar mañana.

Salgo en coche del Prat, donde se halla el aeródromo, a diez kilómetros de Barcelona. A la salida del Prat, sobre la carretera, una enorme tela con la inscripción: *Visca Sandino!* (en catalán: ¡Viva Sandino!) En la carretera, cada vez son más frecuentes las barricadas, levantadas con pacas de algodón, piedras y sacos terreros. En las barricadas, banderas rojas y rojinegras; a su alrededor, hombres armados que se cubren la cabeza con grandes sombreros de paja terminados en punta, con boinas, con pañuelos, y que van vestidos cada uno a su modo o están medio desnudos. Unos se acercan al chófer y piden la documentación, otros se limitan a saludar y a agitar los fusiles. En algunas barricadas comen; las mujeres han traído la comida, han colocado los platos sobre piedras; los pequeñuelos, entre cucharada y cucharada de sopa, se suben a las troneras, juegan con cartuchos y con bayonetas.

Cuando estamos más cerca de la ciudad, al alcanzar las primeras calles de los suburbios, entramos en el torrente de la abrasadora lava humana, en la inaudita efervescencia de la enorme ciudad que vive días de arrebatado entusiasmo, de felicidad y exaltación.

¿Ha habido nunca una Barcelona igual, tan llena de frenesí, como la que está festejando ahora su victoria? Barcelona es la Nueva York española, la ciudad más hermosa y engalanada del Mediterráneo, con deslumbrantes bulevares de palmeras, gigantescas avenidas y paseos de mar, con villas fantásticas, que rememoran el lujo de los palacios bizantinos y turcos en el Bósforo. Interminables barrios fabriles, enormes naves de los astilleros, de los talleres mecánicos, de fundición, eléctricos, de la construcción de automóviles; fábricas textiles, de calzado, de confección; imprentas, depósitos de tranvías, garajes gigantescos. Rascacielos de bancos, teatros, cabarets, parques de recreo. Negros tugurios espantosos, donde anida el hampa, siniestro «barrio chino» —estrechas hendeduras entre pared y pared, en el centro mismo de la ciudad, más sucias y peligrosas que las cloacas

portuarias de Marsella y Estambul—. Todo, ahora, se halla inundado, invadido, absorbido por una densa y agitada masa humana, todo se encuentra ahora sacudido, vertido al exterior, llevado hasta el punto máximo de tensión y efervescencia. Contagiado cada vez más por esta emoción decantada en el aire, percibiendo los fuertes latidos de mi propio corazón, avanzando con dificultad entre la compacta muchedumbre, entre jóvenes con fusiles, mujeres con flores en los cabellos y sables desenvainados en las manos, viejos con cintas revolucionarias cruzadas en el pecho, entre retratos de Bakunin, de Lenin y de Jaurés, entre canciones, orquestas y gritos de los vendedores de periódicos, pasando junto a una reyerta con tiroteo a la entrada de un cine, junto a mítines en plena calle y un solemne desfile de la milicia obrera, junto a las ruinas carbonizadas de las iglesias, ante chillones carteles en la mezclada luz de los anuncios luminosos, de la enorme luna y de los faros de automóvil, tropezando a veces con el público de los cafés, cuyas mesitas, después de haber ocupado toda la anchura de la acera, salen hasta los adoquines, he llegado, por fin, al hotel Oriente, en la Rambla de las Flores.

En el vestíbulo, al lado del portero con levita de galones dorados, monta la guardia un destacamento armado. Es la guardia del sindicato que ha requisado el hotel. De todos modos, no controla a nadie, se limita a saludar a todo el mundo con el puño en alto. Hay muchas habitaciones vacías; el portero ha explicado que los extranjeros y los que estaban de viaje en Barcelona, en su mayoría abandonan la ciudad. La cena ha sido servida con el ceremonial de los hoteles lujosos, pero en torno a una mesa vecina alborotaban, sin sentirse cohibidos en lo más mínimo, un grupo de jóvenes obreros. Una numerosa familia inglesa: el papá, con pechera almidonada, la mamá con un collar de brillantes, y tres hijas, las tres con iguales mandíbulas salientes, observaban con mudo horror cómo los jóvenes se arrojaban bolitas de pan. Un francés enorme, operador cinematográfico, se estaba emborrachando a toda prisa, el rostro encarnado se le había vuelto azulino. En un ángulo, erguido tras una mesita, se hallaba sentado un viejecito solitario que se sonreía con vaga sonrisa cortés. Ha pedido una botella de Vichy catalán para acompañar la cena y se ha quedado contemplando cómo desde la superficie del agua vuelan al aire burbujitas de gas. Terminada la cena, se me ha acercado con la misma vaga sonrisa y ha inclinado su blanca cabeza cuidadosamente peinada con raya en medio.

—Julio Jiménez Orgue. Y en ruso, Vladimir Konstantínovich Glinoiedski. Aún no había tenido el honor de presentarme a usted.

El balcón del cuarto da a las Ramblas. Esto es lo mismo que vivir en la calle. Después de escribir unas notas, me acuesto, apago la luz. En el amplio marco de las enormes puertas abiertas, esperando el aire fresco de la madrugada, se va fundiendo, fosforescente, el elemento revolucionario humano. La muchedumbre no se marcha, permanece en la calle días enteros escuchando los altavoces y discutiendo. De vez en cuando, cantan a coro acompañados de acordeón o disparan. A las tres de la madrugada aún pasa un desfile con orquesta, pero no hay fuerzas ya para levantarse, ni siquiera para mover una mano o un pie.

9 de agosto

Por las calles fluye sin cesar un espeso torrente de automóviles. Es una colección de todas las marcas; en su mayor parte son nuevos, caros, lujosos. Todos llevan pintadas, con pintura blanca al aceite, enormes letras torcidas en la carrocería y encima del motor: son los nombres de distintas organizaciones y partidos o, sencillamente, consignas. La pintura es espesa, fuerte, imborrable; el ex propietario de un coche cubierto de esta escritura, no puede volver a utilizarlo como propio sin repintarlo por entero. Los coches tienen los cristales rotos y agujereados por las balas, se sale el agua de los radiadores, están arrancados los estribos; algunos van adornados con flores, collares, cintas y muñecas. En los coches viaja todo el mundo, lo transportan todo; los coches se acumulan en los cruces de las calles, en las plazas, chocan entre sí, pasan por la mano izquierda; es la alocada fiesta de los automóviles que se han escapado en libertad.

Todos los grandes edificios han sido ocupados, requisados, por las organizaciones de partidos y por los sindicatos. Los anarquistas han tomado el hotel Ritz. Otro hotel enorme, el Colón, ha sido ocupado por el Partido Socialista Unificado. Los diez pisos del Colón son como el arca de Noé de los comités, del buró, de los puntos de reunión, de las comisiones y delegaciones. El hotel recuerda en gran manera el Comisariado de la Guerra que en 1919 hubo en Ucrania. Llevan por las escaleras paquetes de periódicos, haces de armas, personas detenidas, cestos de uvas, botellas con aceite de oliva. Entre la gente adulta, juegan al escondite los niños; allí los dejan durante el día los padres que prestan servicio de guardia en la milicia. Aquí trabajan y duermen. Además de catalanes y españoles, hay muchos rostros y voces extranjeros. Un alemán pone orden en un depósito de armas; unas americanas han organizado un servicio sanitario; unos húngaros se han dedicado en seguida a su ocupación predilecta: han montado un servicio de prensa, tiran a multicopista un boletín de información en cinco idiomas; los italianos se mezclan con la muchedumbre española, pero se sienten como personas de mayor experiencia.

Unos obreros conducen al hotel Colón a unos fascistas capturados. Se explica a esos obreros que las detenciones son cosa de la policía republicana. Pero los obreros no entienden esas explicaciones y se van dejando allí a los prisioneros, con los papeles, el oro, los brillantes y las pistolas que les han encontrado. La «Seguridad» (Dirección de Seguridad) no se da prisa en hacerse cargo de los detenidos, y los comités de todos los partidos han formado pequeños grupos de policía y cárceles improvisadas.

En el segundo piso del Colón se encuentra la sección militar. Aquí se constituyen los destacamentos obreros para la toma de Zaragoza. Se alista mucha juventud, pero también hay hombres de edad madura. Han sido enviados ya cinco mil individuos. No hay bastantes fusiles, pero en la ciudad se ven por todas partes. En los bulevares, todos se pasean con fusiles. Con fusiles se sientan a las mesas del café. Fusiles llevan las mujeres. Comen, duermen, van al cine sin dejar las armas, pese a que existe un decreto especial del gobierno por el que se ordena dejar los fusiles en el guardarropa contra el correspondiente número. Los obreros se ven con las armas en la mano y no será fácil que las devuelvan.

Por las calles pasan cortejos fúnebres. Los cadáveres son traídos del frente o son enterrados al pie de las ruinas de las casas en que se ha combatido. A los caídos no los llevan horizontalmente en sus ataúdes, sino en sentido vertical, de modo que los muertos, como si estuvieran de pie, exhortan a los vivos a proseguir la lucha. Tras los cortejos fúnebres, llevan mantas y sábanas extendidas: el público arroja en ellas generosamente monedas de plata y cobre para ayuda de las familias de los muertos.

Sin embargo, pese a las armas, a los choques y a los tiroteos desordenados que a todas horas se producen, no hay irritación en la ciudad. La atmósfera es, más bien, de excitada alegría, de febril entusiasmo. Aún persiste el triunfo, tan inesperado y tan merecido, de los combates callejeros del pueblo contra la soldadesca reaccionaria. La locura de los valientes, la audacia de la juventud obrera, que se ha lanzado con navajas de bolsillo contra los cañones y las ametralladoras y ha vencido, el orgullo por su sangre vertida, llenan de entusiasmo y seguridad a la enorme ciudad proletaria. Todos se inclinan ante el hombre que viste mono, que lleva un fusil; todos le halagan. En el café y en las tabernas, se niegan a cobrarle. Los mejores artistas cantan para él en los bulevares, los toreros le abrazan en los cruces de las calles; las elegantes estrellas de cabaret y cine le provocan con sus famosas piernas, sin regatear los tacones de colorines al bailar sobre el pavimento asfaltado, y se ríen con argentina risa en respuesta a las picantes agudezas de los cargadores del puerto.

A las dos he estado comiendo con el coronel Sandino en su pabellón del Prat. Reina mucha animación en la mesa, se habla en español y en francés. Sandino dice que por ahora todo marcha magníficamente. Hoy los republicanos han tomado la isla de Ibiza. Ahora Mallorca queda presionada por dos partes, desde Ibiza y desde Menorca. Los valencianos han organizado por su cuenta y con su gente una expedición para ocupar Mallorca. En la isla se mantienen, poco más o menos, un millar de sediciosos. En las inmediaciones de Zaragoza, los republicanos esperan refuerzos. No bien lleguen los destacamentos de Barcelona, será posible lanzarse al asalto de la ciudad. Con esto quedará liquidado el frente de Aragón. Aunque es un error llamarlo frente. Por ahora no hay aquí, en España, frentes continuos de ninguna clase. Hay ciudades aisladas en las que se mantienen o bien el poder gubernamental y los comités del Frente Popular, o los oficiales sublevados. Entre ellas no existe una línea continua de frente. Hasta la comunicación telefónica y telegráfica funciona en algún que otro lugar por inercia: ciudades sublevadas hablan con ciudades leales al gobierno.

No ha sido posible conversar con detenimiento; constantemente interrumpían, se brindaba y se discutía. No obstante, he preguntado a Sandino si hay mando único y a quién están subordinadas todas las fuerzas armadas. Me ha respondido que hay ya mando único, que en Cataluña todas las fuerzas armadas están subordinadas a él, Sandino, y que en lo tocante a las cuestiones generales él se pone de acuerdo con Madrid.

Estaba allí, también, Miguel Martínez, hombre de pequeña estatura, comunista mexicano, llegado ayer, como yo, a Barcelona. Nunca había vivido en España y ahora ha venido a ayudar y a ofrecer al Partido de aquí la experiencia que ha adquirido en la guerra civil mexicana.

He aquí como Miguel ha conseguido venir desde Francia.

No tenía los documentos en regla, debía esperar largo tiempo el visado y el avión de línea. Pidió ayuda a André, quien le recibió una tarde en su casa, cerca del boulevard Saint-Germain. El pequeño apartamento del escritor estaba lleno de gente. En las tres habitaciones había grupos esperando y hablando en voz baja. André le llevó a la cocina, allí aún quedaba sitio libre.

—¿Puede usted partir hacia X... dentro de una hora?

—Sí.

—Espere allí mañana a las once sentado a una mesa del café Mirabeau. Es un café grande, cualquiera le indicará dónde se encuentra. Allí le irán a ver.

Miguel partió. A la mañana siguiente, estaba en X... con una maletita de mano, se encaminó directamente de la estación al café. Tuvo que esperar largo rato; empezaba a creer que había hecho el viaje en vano. De pronto, pasada la una, se presenta ante la mesita el propio André. André no se disculpó.

—¿Ha tenido buen viaje? Vamos a tomar un pernaud. Sobre la moral de los técnicos franceses de nuestro segundo cuarto de siglo habrá que escribir aparte. Al fin y al cabo, dos entre cinco son el cuarenta por ciento. Si un cuarenta por ciento de pilotos va a luchar contra el fascismo francés, también luchará el setenta por ciento. El problema está en si realmente este cuarenta por ciento es un cuarenta y no un veinte o un cero.

—El pernaud me da náuseas —dijo Miguel—, tomaré un vermut. ¿Qué ha ocurrido? ¿No vuelo?

—Hoy, cinco pilotos debían trasladar a Barcelona siete aparatos. Me los recomendaron y han recibido el dinero. Tres se me han presentado hace dos horas en el aeródromo y me han dicho que no conducirían los aparatos a Barcelona. Hasta se han hecho los ingeniosos: han dicho que el dinero recibido les había causado tanta sensación que no desean experimentar otras más fuertes. Los franceses, en es-

tos casos, siempre son ingeniosos. Éstos lo son aún más porque sabían que no puedo denunciarlos a la policía. Hasta me han preguntado si no tenía la intención de denunciarlos. Esto ha sido lo menos gracioso, pero ellos no lo consideran así.

—Podía haber sido peor —dijo Miguel—. Como canallas, aún resultan personas bastante decentes. Después de haber cobrado el dinero, podían haber conducido los aviones a donde Franco, en vez de llevarlos a Barcelona, y recibir allí dinero por segunda vez.

—Usted es un filósofo. Pero esta perspectiva aún no está excluida. Quedan dos pilotos. Se comprometen a conducir hoy, antes de la noche, tres aparatos. Pueden hacer con ellos lo que les venga en gana. De todos modos, parece que estos dos son personas decentes. Uno ni siquiera ha tomado el dinero. Ni ha hablado de cobrar. En todo caso, ésta no es una combinación para usted, Miguel. Vale más que espere usted una semana a que tenga que abrazar a Franco en vez de abrazar a José Díaz. Es más, allí pueden fusilarle sin darle ocasión siquiera de abrazar a Franco.

—¿Una semana? Imposible —respondió Miguel—. En una semana todo puede haber acabado en España. Volaré a España. Intentaré volar.

—No es cuestión de intentarlo. Quien lo intentará será el piloto. Esto es una locura, Miguel. Es una locura que no tiene nombre. Le he hecho una promesa y ahora no puedo retirar la palabra, pero siento que esto es insensato. Y lo veo muy claramente porque yo mismo volaré con el segundo piloto. Pague pronto el vermut. Los matachines de las *Cruces de fuego* están sobre la pista aparte de que los tres pilotos sin duda mantienen contacto con ellos. Me están siguiendo desde la mañana. No podemos perder ni un segundo.

En el aeródromo de X... todo presentaba un aspecto habitual y descuidado. El policía que revisa los pases de entrada estaba sentado en un banco ante su puesto, dormitando con un periódico en las manos. Los mecánicos discutían en el bar. Los aviones de línea aterrizaban y partían. Una avioneta daba vueltas por encima del campo. André se metía por los hangares con la mayor naturalidad del mundo y charlaba con los obreros; Miguel le estaba observando desde cierta distancia. La maletita le cohibía y le traicionaba; Miguel hasta quería abandonarla en el retrete, pero tenía miedo de perder de vista a André. Así se acercaron a un gran aparato bimotor, cuyas hélices rodaban ya lentamente. André se puso a hablar con un joven que estaba

echado sobre la hierba y, de súbito, sin soltar el pitillo de la boca, dijo nerviosamente a Miguel:

—Pero ¿qué espera usted?

Miguel trepó en un santiamén a la cabina. Dentro, había dos personas. Una muchacha con un impermeable blanco, tostada por el sol y con un ramo de flores, sentada sobre largas bombas cilíndricas. Un viejo de cabello blanco peinado con raya al medio, se acomodó en el «farol» delantero de cristal.

El joven se levantó de la hierba y sin despedirse de André ocupó el asiento del piloto. No llevaba ni casco ni gorra ni guantes. André llamó a un obrero con un grito. El obrero retiró las cuñas de debajo de las ruedas. En seguida, con un ceñido viraje inclinado, casi rozando la avioneta, el aparato tomó altura. Por un instante se vio a André, que estaba de pie, las piernas separadas, puestas las manos en los bolsillos, el pitillo en la boca, como director de music-hall en un ensayo general.

El día era claro, caluroso; el avión oscilaba; los viajeros hacían como si no se dieran cuenta de la presencia de los demás. El piloto, por la espalda, tenía el aspecto de hombre pensativo, soñador. Miguel intentaba orientarse. Desconocía el paraje, pero lo recordaba bien por la geografía. Procuró descubrir el Ródano, la ciudad amurallada de Carcasona, las primeras cadenas de los Pirineos, Perpiñán. Pero no se veían montañas.

Nunca se acababan los fértiles campos franceses, el verdor brillante, deleitoso, cuadriculado por la red de las carreteras, como trazada a lápiz. Transcurrieron más de dos horas; por fin llegaron las montañas, el aparato se elevó a más de dos mil metros, el aire se hizo fresco. Miguel perdió definitivamente la orientación. Ante el piloto no había mapa alguno, su aspecto infundía poca confianza.

En último término, si se vuela hacia Barcelona, el mar, tarde o temprano, ha de verse, sin falta, por la izquierda. ¿Y si se vuela hacia Burgos o hacia Sevilla? El mar se presentará por la derecha. Es posible que se vea, pero no es forzoso. Cabe volar a Burgos cruzando los Pirineos por su parte central, sin ver el mar. El cálculo puede hacerse sólo por el tiempo. Miguel, disimuladamente, sacó el revólver del bolsillo posterior del pantalón y se lo puso en el de la chaqueta. La muchacha no prestó la menor atención; el viejo permanecía sentado, inmóvil, con los pies sobre el cristal.

Miguel se puso a la espalda del piloto. Éste apenas le dirigió una mirada y siguió casi dormitando con las puntas de los dedos en el vo-

lante. ¿Será éste, de los dos, el que no ha pedido el dinero? Era difícil adivinarlo por sus hombros, por sus cabellos negros, brillantes, en los que apuntaba alguna que otra cana, por lo azulino del juvenil cuello afeitado, por la pequeñita oreja. Faltaban sólo siete minutos para las dos horas de vuelo. ¡Hacía mucho que debería verse el mar!

Miguel decidió aplicar el revólver a la nuca del piloto diciéndole al mismo tiempo: «¡Rumbo a la izquierda!» No habría pelea, quizá el piloto tendría tiempo de agarrarle las manos, pero con una bala en la nuca no es mucho lo que con las manos se puede hacer. Entonces Miguel tomaría el mando, tenía idea de cómo se pilota un avión, si bien temía estrellar aquel pesado aparato que, además, llevaba bombas, al tomar tierra.

¿Y si el joven no hubiera maquinado nada? Tenía una oreja sonrosada, como la de un niño, y todo el perfil del rostro se veía franco como el de un adolescente. Dos horas y diez minutos de vuelo. A lo mejor ha ido un poco al azar, quizá él mismo desconoce esos parajes. Miguel preguntó:

—¿Estamos llegando? —y con un dedo dio unos golpecitos en la pulsera del reloj. El piloto movió un hombro y no respondió.

Diez minutos más. Montañas. Miguel se concedió otros ocho minutos, no, diez. Pasaron los diez minutos. El viejo miraba hacia adelante sin volver la cabeza; la muchacha estudiaba su impermeable blanco. Montañas... Los ardientes dedos de la mano, en el bolsillo, se pegaron a la pistola. Pero, sin saber por qué, Miguel puso la mano izquierda sobre el hombro del piloto. Éste no reaccionó para nada. Y una eternidad después, que quizá sólo fue de unos segundos, dijo:

—He dado un rodeo por las montañas, aquí hace más fresco. André me ha pedido que cambie de ruta cada vez, para no encontrarme con los aviones de línea, algunos son alemanes. En seguida se verá Barcelona...

Ahora estamos tomando vermut con él en el bar del aeródromo militar. Se llama Abel Guides. Tiene más años de los que aparenta —veintiocho—. Es el que aún no ha hablado de dinero. Ayer otro piloto y él tuvieron tiempo de volver a X... y hoy han regresado con dos aparatos. Es aviador militar de la reserva, ahora piloto de la aviación civil, sin empleo. Tiene unos ojos interesantes: infantiles, claros, y, al mismo tiempo, salientes, atentos, como los de un pájaro.

Quien tiene los ojos más salientes es André. Sus córneas enormes, al anochecer, casi iluminan su fino rostro oval y le dan un leve

matiz de insomnio, de inquietud, de vela nocturna. Sería raro ver a André con los ojos cerrados; en general, adormilado, no es André.

La única línea aérea civil que por ahora funciona es la Luft-Hansa. Un enorme Junker con la esvástica fascista en la cola aterriza al lado mismo del puesto de mando de la aviación militar. Los pilotos y pasajeros se pasean entre los aviadores de guerra españoles, escuchan las conversaciones, sacan fotografías. Descargan del avión y cargan en él enormes cajas con la inscripción: «Al Consulado general de Alemania en Barcelona.» Nadie pone la menor dificultad.

Sandino ha ordenado a su ayudante con cordones dorados que me mande en coche a la ciudad. Ello ha dado lugar a una gran tremolina. Había en la pista unos quince automóviles; los chóferes estaban sentados en círculo en el suelo y cantaban. Ninguno de ellos quería hacer el viaje, a pesar de que el ayudante les ha echado un gran discurso sobre la necesidad de la disciplina en la guerra revolucionaria. Ha recalcado, asimismo, la importancia de apoyar la autoridad del coronel Sandino, comandante en jefe de Cataluña, sobre todo cuando vienen camaradas extranjeros. No obstante, nadie quería ir. El ayudante ha lanzado unos juramentos y ha gritado, rojo por el esfuerzo. Todo ha sido inútil. Hemos vuelto al pabellón —en la mesa aún tomaban café y licores—. Al enterarse de que los chóferes no querían hacer el viaje, Sandino ha arrojado la taza contra la mesa. Ha salido, ha hablado con los chóferes y, al fin, uno de ellos ha accedido a conducirme a la ciudad.

Al anochecer he visto a los dirigentes del Partido Socialista Unificado de Cataluña. Socialistas y comunistas se unieron el día del levantamiento fascista. En Barcelona no hay otras organizaciones socialistas. La dirección se mantiene en buena armonía, coaligada. Trabajan día y noche en el edificio del Comité Central, en el Paseo de Gracia, menos ruidoso que el hotel Colón, aunque también repleto de gente y de milicias.

Están muy preocupados por la situación. Ahora, el problema principal es el de las relaciones entre los partidos y entidades del Frente Popular. Resulta singularmente tensa la relación con los anarquistas. La CNT, Confederación Nacional del Trabajo, y la FAI, Federación Anarquista Ibérica, han abierto sus filas a una enorme masa de gente nueva, en parte obreros atrasados, sin tradiciones revolucionarias, en parte proletariado bajo, sin sentido de clase, o, simplemente, malhechores del «barrio chino». Todos esos elementos han sido arrancados

de sus sitios, tienen armas, se encuentran en constante efervescencia y ebullición, son reacios a subordinarse; todo está a punto de inflamarse y estallar en nuevas luchas de calle ante cualquier provocación, por cualquier motivo y hasta sin motivo. Algunos jefes anarquistas intentan, como pueden, separar la mejor parte y la más organizada de los obreros anarquistas y dirigirlos por los cauces del Frente Popular, de la lucha auténtica contra el fascismo; por ahora es muy poco lo que logran. Esos mismos cabecillas anarquistas, por otra parte, temen la acción de otros partidos, temen sobre todo a los comunistas. La unión de socialistas y comunistas ha alarmado mucho y ha puesto en guardia a la FAI, que ha establecido numerosos depósitos de armas y se prepara para la lucha armada en la ciudad. El dirigente de los anarquistas barceloneses, García Oliver, ha dicho: «Ya sé que queréis eliminarnos a nosotros, como los bolcheviques rusos eliminaron a sus anarquistas. No lo lograréis.» Por esto, a la vez que en sus filas exhortan a la colaboración con el gobierno en la lucha contra los facciosos, los anarquistas arman a sus sindicatos, se preparan para volver a luchar en la calle, excitan los ánimos contra comunistas y socialistas. Socialistas y comunistas se esfuerzan por todos los medios en combatir esas actitudes desorganizadoras, dan pruebas de su lealtad plena y de su afán de lograr la unidad de todas las fuerzas proletarias. Hace unos días, los miembros socialistas del gobierno catalán se retiraron de sus puestos con el explícito propósito de no disponer de ventajas políticas frente a los anarquistas. La recíproca desconfianza debilita en gran medida la lucha común contra los sublevados.

Desempeña un papel de provocación y desmoralizador el POUM, organización trotskista. Se ha formado, inmediatamente después de la sublevación, a base de dos partidos: del grupo trotskista de Nin y de la organización de Maurín, constituida por renegados derechistas de tendencia bujarinista, excluidos del Partido Comunista. Maurín ha quedado atascado en territorio fascista y Nin ha asumido la dirección de los trotskistas-bujarinistas españoles unidos. Los poumistas tienen su periódico, hacen carantoñas a los anarquistas, azuzándolos contra los trabajadores comunistas, exigen una amplia e inmediata revolución social en España, hablan con repugnante demagogia de la Unión Soviética. En el terreno práctico, son mucho más razonables: se han apoderado de los hoteles mejores y más aristocráticos de Barcelona, controlan los restaurantes y los establecimientos de diversión más caros.

—Nosotros somos la Ucrania española —ha dicho un catalán, procurando hacerse más comprensible al huésped—. De nuestro destino dependen muchas cosas. Si los provocadores crean una situación terrorista, será inevitable la intervención, y no sólo la de Italia y Alemania. Es necesario poner todos los nervios en tensión, dominarse cuanto haga falta para evitar el desorden en Barcelona.

Sólo muy entrada la noche he enviado los primeros telegramas a *Pravda*. Hay aquí una censura muy difícil, no por su rigor, sino por su aspecto técnico. Ha sido necesario traducir todo el texto del ruso al francés y pedir a un agente especial que lo traduzca del francés al catalán.

Hasta hoy no ha llegado aquí la noticia de que los obreros soviéticos han dado ya a la España antifascista treinta y seis millones de francos. La han publicado los diarios de la noche y se ha transmitido por radio. La muchedumbre, que permanece en vela sin cesar, aplaudía entusiasmada junto a los altavoces. Grandes exclamaciones: *Visca Rússia!* (¡Viva Rusia!), la *Internacional* y canciones anarquistas.

10 de agosto

Por la mañana hemos recorrido en coche los barrios obreros y el puerto. En todas partes la misma miseria desnuda, salvaje, que, en Europa, sólo se encuentra en los Balcanes y aquí. Toda la vida está al descubierto: la mitad, en la calle; el resto, por las puertas y ventanas abiertas. Nubes de criaturas se arrastran por el asfalto, juegan con las basuras, se pegan y cantan. Las amas de casa preparan la comida, aceitunas, judías y unas sopas escuálidas de judías y aceite de oliva. Las patatas son más caras, las comen menos. La carne, apenas la prueban, es cara. En su lugar, comen bacalao seco, de importación, a menudo corrompido. Excesiva abundancia de alcohol, aparte del vino, que se bebe mucho; lo beben todos, hasta los niños más pequeños, lo beben como parte de la comida; los obreros, empujándose ante las barras de los bares, además del vino sorben a vasitos mezclas alcohólicas tóxicas, aperitivos mal olientes de botellas con etiquetas chillonas. Muchos orinan en las inmediaciones de los bares y todo se funde en un hedor acre y penoso. Los pequeños artesanos, los que

trabajan en sus casas, se cobijan y laboran en torno a enormes fábricas modernas; un abuelo medio ciego cose con tosco bramante una media suela desprendida a un obrero de una espléndida fábrica de calzado mecanizada. Con un hornillo de petróleo estañan viejos utensilios de cocina, rotos. Se trafica con harapos sucios, recosidos, ahí, a la vera misma de gigantescas fábricas y tiendas de ropa hecha, barata, con la que Barcelona surte a toda España, en parte a Francia e incluso a Inglaterra.

Pero un viento primaveral ha recorrido ahora esos tristes barrios. Ahora están conmovidos, vivificados. En las ventanas de las casas, poco menos que sobre cada uno de los portales, se ven banderas, con la hoz y el martillo unas, rojinegras, anarquistas, otras, o con las franjas de la bandera catalana, o bien banderas republicanas, oficiales. Todo está lleno de carteles, de octavillas, de periódicos; los leen, los discuten. Unas muchachas, sentadas en grupo, aprenden a coro, con las notas delante, canciones revolucionarias. En las librerías hay una enorme cantidad de libros nuevos, muchos de ellos soviéticos.

Una columna de jóvenes obreros se dirige al frente. Salen del edificio de un sindicato, acompañados de tambores, en filas de a cuatro; los dieciséis primeros llevan fusil, luego hay dos con pistola, y los demás simplemente mueven los brazos al compás del redoble de los tambores. Las madres, novias y hermanitos los acompañan, marcan el paso como ellos, en las filas, los abrazan. Un mozo toma en brazos a su madre pequeñita, de pelo blanco, magra, y la lleva, rojo por el esfuerzo, sonriendo algo confuso.

Las noticias de la guerra son buenas, pero imprecisas. La expedición valenciana ha partido en el barco de guerra *Almirante Miranda*, según parece, con siete hidroaviones a bordo y mil doscientos milicianos. El crucero se dirige a la isla de Menorca. Al mismo tiempo, se ha efectuado un desembarco en Ibiza, que en la víspera había pasado a manos de las fuerzas gubernamentales. Se espera que el asalto a Zaragoza tenga lugar dentro de un día o dos.

Al descender del avión, a mi llegada, estaba, como el halcón, solo con las plumas; pero hoy ya dispongo de ciertos elementos auxiliares. Valdés me ha proporcionado una traductora al francés, Marina Ginesta, de las Juventudes catalanas, que no suelta ni por un instante su enorme fusil de fabricación antigua. Tengo un automóvil, un largo Chevrolet descapotable, con el guardabarros abollado, recubierto de inscripciones e iniciales de entidades que me son desconocidas.

He renunciado a la guardia personal y al chófer, mejor será que los utilicen en el destacamento. Por de pronto, es posible obtener bencina en todas partes, contra vales, por dinero o, si se pide bien, hasta gratis. Dispongo, además, de una máquina de escribir portátil y de un aparato fotográfico FED, como quien dice, ¡una sección entera de *Pravda*!

Al mediodía he visitado a García Oliver. De él dependen, ahora, todas las unidades de milicias catalanas. El Estado Mayor lo tiene instalado en el edificio del Museo Marítimo. Edificio espléndido, con amplias galerías y salas, techos de cristal, enormes modelos de barcos antiguos artísticamente ejecutados; mucha gente, armas, cajas de cartuchos.

El propio Oliver está en un lujoso despacho, entre tapices y estatuas; en seguida me ha ofrecido un enorme habano, coñac. Moreno, guapo, con una cicatriz en la cara, cinematográfico, hosco, con una inmensa parabellum al cinto. Al principio callaba y se mostraba taciturno, mas de pronto ha soltado un largo y apasionado monólogo, que revelaba al orador experimentado, tesonero, hábil. Prolongadas alabanzas a la valentía precisamente de los trabajadores anarquistas; asegura que han sido precisamente ellos quienes han salvado la situación en los combates callejeros de Barcelona. Que son precisamente ellos quienes constituyen ahora la vanguardia de la milicia antifascista. Los anarquistas han dado y están dispuestos a seguir dando la vida por la revolución. Están dispuestos a hacer más que dar la vida: están dispuestos a colaborar incluso con el gobierno burgués antifascista. Le resulta difícil a él, a Oliver, convencer a la masa anarquista de que ha de ser así, pero tanto él como sus camaradas hacen cuanto pueden para disciplinarla, para colocarla bajo la dirección de todo el Frente Popular, y lo lograrán. El caso es que a él, a Oliver, en los mítines ya le han acusado de oportunista y de que traiciona los principios anarquistas. Que los comunistas tengan en cuenta todo esto y no tiren demasiado de la cuerda. Los comunistas se comen las manos tras el poder. Si siguen así, la CNT y la FAI no responden de las consecuencias. Luego, nerviosamente, parece que con nerviosismo excesivo, comienza a desmentir. No es cierto que los anarquistas hayan escondido muchas armas. No es cierto que los anarquistas sean partidarios sólo de las milicias y sean contrarios al ejército regular. No es cierto que los anarquistas trabajen con el POUM. No es cierto que los grupos anarquistas desvalijen tiendas y viviendas; quizá se

trata sólo de gente del hampa que utiliza la bandera rojinegra. No es cierto que los anarquistas estén contra el Frente Popular; su lealtad está probada con palabras y hechos. No es cierto que los anarquistas estén contra la Unión Soviética. Ellos respetan y quieren a los obreros rusos, no dudaban de que los obreros rusos acudirían en ayuda de España. Y si es preciso, los anarquistas ayudarán a la Unión Soviética. Que la Unión Soviética, en sus cálculos, no desdeñe una fuerza como la de los obreros anarquistas españoles. No es cierto que en otros países no exista movimiento anarquista, pero, desde luego, su centro es España. ¿Por qué en Rusia desdeñan a Bakunin? España honrará a Bakunin como se merece, lo hará por sí y por Rusia. No es cierto que los anarquistas no reconozcan a Marx... Me aconseja hablar con su amigo Durruti; si bien Durruti está en el frente. Se encuentra a las puertas de Zaragoza. ¿Tengo intenciones de visitar el frente?

Sí, pienso visitar el frente. Mañana, si recibo el pase. ¿No podría extendérmelo, Oliver? Sí, Oliver accede de buena gana a facilitármelo. Habla con el ayudante y éste, ahí mismo, escribe un papel a máquina. Oliver firma. Me estrecha la mano y pide que los obreros rusos reciban información verídica acerca de los anarquistas españoles. No es cierto que ayer los anarquistas hayan saqueado las bodegas de Pedro Domecq. Es posible que lo haya hecho alguna bazofia encubriéndose con el título de miembros de la FAI. ¡No es cierto que los anarquistas se nieguen a entrar en el gobierno!...

Después de la comida, ha pasado a buscarme Sandino y me ha conducido a palacio, a ver al jefe del gobierno. Se ha formado la guardia junto a los peldaños de la entrada principal. Por el interior, silencioso y vacío, se pasean lacayos con librea. El secretario ruega esperar. El señor Casanovas recibe a una delegación francesa. Se oye el tictac de un enorme reloj de mármol. Todos callamos. Unos sonidos raros alteran el silencio. Se parecen algo al rugido de una fiera. Primero resuena uno, luego resuenan varios; luego se oyen muchos rugidos espantosos, como si numerosas fieras estuvieran ensayando sus voces. ¿Qué podía suceder? Me consumo de curiosidad. Es necesario plantarse en la calle al instante. El secretario y Sandino no se mueven del sitio. El secretario, probablemente, es un cobarde. Pero ¿y el coronel Felipe Sandino? Está bien, me quedaré sentado tranquilamente. El secretario se sonríe, amable. Yo digo:

—Divertidos sonidos...

—¡Oh, sí! Debe de ser el león.

—¿Por qué el león?

—Seguramente es el león, aunque ahí también hay tigres.

—¿Dónde, ahí?

—En el parque zoológico.

—¿Acaso está aquí el parque zoológico? ¿Cerca del palacio?

—Sí, muy cerca. Casi somos vecinos. Aquí, en el occidente, en los llamados parques zoológicos hay fieras de varias clases. Por ejemplo, leones, leopardos, cocodrilos, serpientes y elefantes.

Al oír la palabra «elefantes» ya no he podido contener la risa por más tiempo. En ese momento se ha abierto la puerta del despacho, el señor Casanovas despide a la delegación francesa. Tanto él como los demás, empiezan también a reírse sin saber por qué. Todos se sienten de buen humor. Entre los delegados reconozco a León Jouhaux.

El señor Casanovas es en extremo amable. Me ha explicado detalladamente los principios de la autonomía de Cataluña y la coordinación de su gobierno con el gobierno central de Madrid. No hay que conceder excesiva importancia a los roces entre los partidos de Barcelona. El presidente de Cataluña, señor Companys, y él, Casanovas, trabajarán con todo su empeño y asegurarán la unidad en torno al gobierno. Por lo que respecta a la rápida liquidación del levantamiento, no tiene la menor duda de que se logrará, pero no de golpe. ¿Cuestión de semanas? Sí, si quiere, cuestión de semanas. En todo caso, no es cuestión de días. Por decreto del gobierno de Cataluña se ha creado una Comisión de Industria y Defensa, y se han puesto bajo su dependencia total todas las grandes fábricas metalúrgicas y de construcción de maquinaria, entre ellas la fábrica de automóviles Hispano-Suiza, las fábricas de vulcanización, de maquinaria eléctrica, de productos químicos y varias empresas textiles. A los comités de fábrica se les concede el derecho de tomar por completo en sus manos, a partir del 15 de agosto, la dirección de las empresas que pertenecen a individuos que apoyan la sublevación fascista.

—Ahora concentramos todas nuestras fuerzas en la toma de Zaragoza, uno de los tres focos de la sublevación. La toma de Zaragoza, donde se hallan agrupadas importantes unidades militares, tanques, cañones y aviación, requiere serios esfuerzos. Pero nos dejará las manos libres para otras acciones militares. Seguimos creando nuevos destacamentos de milicia obrera que, más tarde, se convertirán en unidades regulares del Ejército Popular. Al mismo tiempo, el gobier-

no de Cataluña tomará todas las medidas necesarias para normalizar la vida en la capital y en todo nuestro país.

Casanovas se despide y se va con Sandino a una reunión de gobierno. Yo he regresado al hotel andando, he buscado mi Chevrolet y en vez de cenar en el propio hotel, me he ido en busca de algún figón. Lejos de las Ramblas, en cada esquina examinan los coches. A las mujeres, si no tienen documentos de servicio, las hacen bajar. La medida se debe a que en los coches requisados sacan mucho a pasear a chicas jóvenes. A mí, que iba solo, me han hecho prestar varios servicios —llevar a un enfermo al hospital, transportar unos sacos con vajilla y conducir a unos policías. Yo no estoy obligado a hacerlo, pero ha sido interesante. Se sorprendían de que no conozca las calles y me indicaban el camino. En muchos puntos de la ciudad hay tiroteo. Pero el público no se dispersa al oír los tiros, por el contrario, sale al centro de la calle haciendo cábalas sobre el lugar donde se dispara. Casi siempre se dispara desde los pisos altos de los edificios que hacen esquina.

He cenado en una taberna detrás del Paralelo. Me han servido aceitunas verdes, saladas, sepia en su tinta, carne de cordero con cebolla, queso y un buen vino sencillo sacado de un tonel. Los dueños, marido y mujer, estaban sentados en taburetes a la entrada; su hija era la que servía la mesa; alrededor, todo estaba tranquilo, como si no sucediera absolutamente nada.

11 de agosto

Tarde, después de desayunar, hemos salido de Barcelona en dirección oeste por una excelente carretera asfaltada. Hemos pasado por delante de numerosas barricadas en los suburbios y alrededores, hemos encontrado numerosas patrullas, en su mayor parte anarquistas, vestidas con andrajos románticos; es gente alborotadora, a menudo está un poco achispada. Tienen maneras distintas de controlar a los viajeros: unos lo hacen escrupulosa y desconfiadamente; otros, con pintoresca amabilidad, con sonrisas y exclamaciones de saludo. Pero ni a unos ni a otros les preocupa mucho la parte efectiva del control; sencillamente, sienten curiosidad por saber quién viaja en los coches, de qué gente se trata, quieren charlar un poco con esa gente o disputarse un poco con ella. La mayor parte de las patrullas no tienen poderes de nadie; entre sus miembros hay, sin duda, enemigos y espías.

Más lejos de Barcelona, las patrullas son más escasas y cambian de carácter. Ahora se trata de puestos de guardia a la entrada y a la salida de los pueblos —son campesinos, jóvenes y de edad madura, campesinos catalanes y aragoneses, con blusas y boinas negras con alpargatas puestas en el pie desnudo—; es gente fornida, ancha de hombros, con rostro atezado por el eterno sol, con viejas escopetas de caza en las manos. Sosegados y dignos, mandan detenerse al coche y piden los papeles a los viajeros:

—¡Documentos!

Les presentan abultados paquetes de mandatos y certificados, pero aquellos hombres no entienden mucho de documentos y los devuelven con una sonrisa modesta, a veces confusa. Indican de buena gana el camino y, en general, tienen muy buena voluntad y son muy correctos. Siguen llamando a todo el mundo, como antes, «señor», pero al despedirse levantan el puño a lo *Rot-Front*.

Junto a las patrullas, a menudo hay mujeres con cántaros en el hombro. Suelen ofrecer, hospitalariamente y de manera que conmueve, para que se elija:

—¿Agua? ¿Vino?

Julio Jiménez Orgue —también Vladimir Konstantínovich Glinoiedski— me ha pedido permiso para acompañarme a Aragón. Es atento y sentimental. Cuando estalló la guerra civil en Rusia, era teniente coronel de artillería. Cuidó de algunos parques de artillería con los blancos, luego evacuó de Novorosisk, fue sochantre en París, trabajó luego diez años en la fábrica Renault, entró en la Unión para el regreso a la patria y, después, en el Partido Comunista de Francia.

Ha venido a España a ayudar, como dice él, a los «nuevos rojos».

Ayer le mandé a buscar planos de las carreteras. Recorrió cuidadosamente todas las tiendas de Barcelona y me trajo toda una colección. En el coche permanece sentado con mucha compostura, erguido el cuerpo, y se seca el sudor con un pañuelo. Le inquieta el desconocimiento que de sus armas tienen las patrullas y el poco cuidado con que las tratan. A menudo salta a la carretera, toma los fusiles de las manos de los combatientes y les enseña cómo han de sostenerlos. Ellos aceptan estas demostraciones con mucho respeto, y

durante largo rato las agradecen, con gestos entusiasmados. Come y bebe poco porque padece del estómago, pero después de haber bebido, habla con mucho sentimiento de Rusia y de Francia.

En la carretera hay mucho movimiento. Corren a velocidades de locura camiones, autobuses, autos con carrocería cerrada, llevando combatientes, víveres y gente civil. Cada quince o veinte kilómetros, en los taludes, se ven automóviles deshechos, víctimas de choques o, simplemente, de la excesiva velocidad y poca maestría en la conducción. Durante los primeros días que siguieron al levantamiento, los garajes de Barcelona se vieron invadidos por una muchedumbre de aficionados al automovilismo; todos declaraban que eran chóferes, y en España sólo se considera chófer quien corre a una velocidad no inferior a los cien kilómetros por hora.

Al ponerse el sol, hemos llegado a Lérida, hermosa y coquetona ciudad sobre el río Segre, con puentes, pintorescos arcos y animada muchedumbre. Es un importante centro textil, con fábricas de seda. Pese a la proximidad del frente, reina la tranquilidad, y se ven menos militares que en Barcelona. Hemos tomado café y naranjada. Lleno de gasolina el depósito del automóvil, tomados la naranjada y el café, hemos proseguido la marcha por la carretera de Huesca. Los campos polícromos de Cataluña se trocan en una abrasada y monótona llanura arenosa, seca, polvorienta, desierta. Anochecido, llegamos a Barbastro, vieja ciudad de calles estrechas y una plaza pequeña, apretujada. En la casa del obispo se ha instalado el Estado Mayor del coronel Villalba. Bajo los arcos de piedra del portal del siglo XVI, unos soldados con uniforme del viejo ejército regular juegan a las cartas. A través de una galería iluminada por la luna, me he dirigido a la estancia del obispo, ahora cuartel general del frente Zaragoza-Huesca. Sobre una mesa con mapas militares, cuelga un enorme crucifijo de marfil. El coronel se ha levantado y se ha dirigido a mi encuentro. Es un hombre magro, severo, tímido. Él y su ayudante, el capitán Medrano, artillero, forman parte del pequeño número de oficiales que en Aragón y Cataluña han permanecido fieles al gobierno. Villalba ha conservado con él a todo su regimiento.

Las posiciones de los fascistas tienen en el flanco izquierdo las montañas de la cadena pirenaica; en el flanco derecho, la ciudad de Teruel. El frente queda dividido casi en el centro por el río Ebro. Las unidades gubernamentales se proponen cortar de los Pirineos a los fascistas, romper el frente entre Zaragoza y Huesca y, finalmente, tomar estas dos ciudades, que cubren la provincia de Navarra, el centro más reaccionario de la sublevación. Al mismo tiempo, abajo, en el sur, una columna formada en Valencia se acerca a Teruel para tomar la ciudad y asestar un golpe a los fascistas por su flanco derecho.

La lucha se hace difícil por las irregularidades del terreno, que a menudo se convierte en montañoso. Por las dos partes, la artillería dispone de cañones de tiro rápido Vickers de ciento cinco milímetros, cañones de montaña tipo Schneider, de producción española, y cañones franceses del setenta y cinco. Los facciosos disponen de algunos cañones de plaza y tanques. Las fuerzas gubernamentales cuentan con un tren blindado. La infantería de ambas partes está armada con fusiles máuser y, en parte, con granadas de mano. Hay algunos grupos de zapadores minadores. Hay algunos aviones ligeros de reconocimiento. Los medios de enlace y de dirección son insuficientes. Los combates se libran con vistas al dominio de líneas naturales, de cotas y poblados. No se efectúan trabajos de zapador en el campo, no hay trincheras.

—Eso es todo. Lo demás lo verá usted mismo.

El coronel ha puesto sobre el mapa el lápiz rojo, cuidadosamente afilado.

Después de estrecharme la mano, ha permanecido en medio de la enorme estancia; español sombrío, de afilado rostro.

Hemos dormido en las frescas habitaciones embaldosadas de la casa episcopal; la argentífera luna entraba por las ventanas; los soldados discutían y cantaban bajo los arcos.

12 de agosto

En Angüés se encuentran destacamentos campesinos, un batallón del regimiento de Villalba y el Estado Mayor de la artillería. El capitán Medrano, carirrojo, orondo y chocarrero, está herido en una pierna, que lleva vendada; camina apoyándose en un bastón, contoneándose. No sé por qué los cañones están aquí con las fundas puestas, a quince kilómetros del enemigo, en los patios de los campesinos. Los muestran con orgullo y explican cándidamente que los cañones todavía no han disparado por falta de municiones.

Continuamos nuestro camino. En el kilómetro quince, delante de Angüés, el centinela dice que no se puede seguir; aquí ya disparan, más allá se encuentra el enemigo.

En este mismo lugar, en una casita de peones camineros, hay una compañía del batallón de Villalba. Al capitán, hombre de edad madura y gordo, le hace muy poca gracia nuestro deseo de recorrer la primera línea. En vez de esto, nos ha propuesto comer. La comida será estupenda, el cordero ya se está asando a las brasas, el vino es de primera; la fruta, como no se encuentra en ninguna otra parte.

—¿Qué enemigo tiene enfrente?

—Los facciosos.

—Pero ¿quiénes, en concreto? ¿Qué fuerzas? ¿Cuántos cañones y ametralladoras? ¿Disponen de caballería?

El capitán se ha encogido de hombros. Si el enemigo se llama enemigo es porque no da cuenta de sus dispositivos ni de sus fuerzas. ¡De otro modo no sería enemigo, sino amigo! En torno, todo son risas ante la sabiduría y la agudeza del capitán.

—¿Han salido de reconocimiento?

No, el capitán no ha hecho reconocimientos. Pero un soldado fue a la caza del conejo y dijo que por la izquierda los facciosos tenían ametralladoras, dispararon contra él. Si el señor lo desea, se pueden pedir detalles al mozo, el propio capitán pensaba hacerlo hace tiempo. Han empezado a buscar al mozo, pero ha resultado que éste se ha ido a Lérida, se le ha puesto enferma la hermana. Entretanto, se sirve la mesa. La comida es excelente, en efecto. Se sientan a lo democrático, todos juntos; todos escuchan, ceremoniosos, la amable conversación, que traduce Marina; el capitán encomia el Ejército Rojo, yo elogio el ejército español. El capitán explica que él lleva ya treinta años de servicio militar, que siempre ha sido y será fiel al gobierno. No puede comprender cómo ha habido gente que se ha levantado en contra. No basta que el gobierno no les guste, esto no es una razón para sublevarse contra él. El gobierno es el gobierno... Las montañas de aromático cordero poco a poco se van derritiendo. Me enseñan a beber del porrón —vasija de vidrio con un pitón corto y otro largo— dirigiendo el chorro de vino directamente a la boca abierta; a todos les hace gracia mi poca habilidad. Se quedan estupefactos al enterarse de que en Rusia no hay porrones y de que allí sólo saben beber con vasos.

Después de la comida, el capitán ha desaparecido —los soldados

han dado a entender, con gestos, que se había ido a la tumbona—. Por lo visto están todos muy contentos de tener por comandante a un padrazo; me han explicado —traduciendo Marina— que es una buena persona.

Jiménez y yo hemos rebasado el puesto de guardia avanzado y hemos seguido adelante a rastras. Los soldados no nos lo han impedido. A los cien metros, cansados de arrastrarnos, hemos continuado en cuclillas; luego, totalmente erguidos. En torno, silencio, ni un alma, viento. Así hemos caminado unos tres kilómetros; hemos encontrado una carreta sin caballos, nada más; todo está en calma. Jiménez ha examinado con mis gemelos las colinas de los alrededores —aún había otros dos o tres kilómetros sin posiciones de fuego—. Es posible que el enemigo se encuentre tras esos altozanos, es posible que esté más lejos. Hemos regresado, hemos comenzado a explicar a los del puesto avanzado que el enemigo está por lo menos a cuatro kilómetros de distancia. Ellos lo han confirmado. A Marina los soldados también le habían dicho que el enemigo está lejos, pero no pueden atacarle porque falta para ello la orden del centro.

Nos hemos dirigido hacia el norte, hacia el pueblo de Siétamo, tomado el día anterior a los fascistas por sexta vez. Las viejas casas del pueblo forman como una mancha negra en una leve hondonada entre montañas.

Al anochecer, hemos subido al pueblo. En Siétamo se encuentra un destacamento obrero bien armado. Los hombres han venido de Barcelona. Es gente fogueada, tranquila, que participó en los combates de julio. El jefe de la columna, Santos, albañil, trabajaba aún no hace mucho en el sur de Francia. Tiene a su lado a un consejero, un joven teniente. A los especialistas militares los llaman, aquí, «técnicos». Me han mostrado los cadáveres de dos hombres muertos en el tiroteo de la mañana. A uno la bala le entró en el cráneo por encima de la oreja; al otro, le penetró por el sacro. Se parecen uno al otro. Son de poca estatura, delgados, casi unos niños. Uno tiene apretado en la mano un pañuelo blanco. Son los primeros muertos que veo en la guerra civil española.

Mañana por la mañana la columna quiere ocupar dos alturas que dominan a Siétamo por la parte de los facciosos. Jiménez y yo nos acostamos a dormir en una vieja casa campesina, sobre bancos de piedra, encima de colchonetas de cuero. De una cuba vacía nos llega el tufo acre y turbador del vino.

Nos han despertado las explosiones y el tiroteo. Nos hemos levantado de un salto, hemos empuñado el fusil. Me he precipitado al cuarto inmediato, he encendido una cerilla; Marina dormía como un tronco, vestida, estiradas sus largas piernas, sonriendo como una niña. A la primera llamada se ha levantado, no ha preguntado nada y ha tomado su pesado fusil. He abierto el portalón de par en par, he puesto el coche a la salida y he hecho subir a la muchacha al asiento posterior.

Se disparaba a lo largo de la callejuela. Jiménez y yo hemos avanzado a saltos. Desde el campanario, alguien, por lo visto de los nuestros, arrojaba granadas por encima de los tejados. El estrépito es infernal. Alaridos. Son los fascistas, que gritan. Su grito, que congela el alma, impresiona mucho a nuestros combatientes. De súbito, nos encontramos de manos a boca con Santos, por poco nos damos un topetón. En dos palabras nos ha explicado lo que ocurría: un centinela se ha dormido, los fascistas le han degollado y han ocupado un extremo del pueblo, por lo visto con un pequeño destacamento. Ahora hay que cortar a este grupo de vanguardia antes de que le lleguen refuerzos.

El combate ha durado cerca de una hora. Se ha incendiado un almiar. A su vera, ha estado crepitando ruidosamente y echando chispas un olivo. Por fin, el tiroteo desde la otra parte ha cesado por completo. En pequeños grupos, aprovechando la luz de la luna, se ha empezado a reconocer el extremo de la aldea. Han encontrado tan sólo a dos fascistas muertos, con el uniforme del «tercio» —la legión extranjera. A uno de ellos, una granada de mano le había desfigurado el rostro; es posible que al dar impulso al brazo para arrojar la granada haya rozado con ella la pared de la casa de enfrente; las calles, aquí, son muy estrechas.

Han puesto nuevos centinelas y han ido a preparar café. Nosotros hemos pretendido convencer a Santos de que organizara inmediatamente un contraataque, pero Santos dice que la gente no está acostumbrada a pelear de noche.

Soñolientos, malhumorados, a las cinco de la mañana hemos subido al coche.

13 de agosto

Por caminos vecinales, entre espesas nubes de cáustico y pesado polvo, corremos a lo largo del frente hacia abajo, en dirección a Tardienta. No todos los caminos tienen postes indicadores; los campesinos de las aldeas nos aconsejan prudencia: es muy fácil penetrar sin darse cuenta en territorio enemigo, por nuestra parte no hay una línea ininterrumpida de defensa. Por este motivo varias veces damos la vuelta, retrocedemos y nos paramos largo rato en los cruces.

Por fin hemos llegado a Tardienta, animada población con muchos soldados, transportes, municiones, gran cantidad de automóviles y autobuses, estación ferroviaria, un tren blindado sobre vías.

Encontramos el Estado Mayor de las unidades de milicias. Ahí, de pronto, una escena enternecedora: Marina ha visto a su hermano Alber. De pequeña estatura, delgado, ágil, se parece mucho a su hermana. Era sastre, ahora quiere ser jefe militar, y ya lo es —es miembro del Comité Militar de la Columna de Tardienta, manda algunas secciones y va con ellas al combate. Es jovial y hasta bromista, cosa muy rara en un catalán.

La columna es importante, cuenta con varios miles de hombres, entre ellos algunos centenares de voluntarios extranjeros. Hay batallones con los nombres de Carlos Marx, Thälmann y Chapáiev. La columna está dirigida por un comité, cuyo órgano ejecutivo es una troica compuesta por un oficial de carrera (el «técnico»), el socialista del Barrio y el comunista Trueba. Reina entre ellos armonía y buen humor, propio de gente joven.

En Angüés, las unidades con mandos profesionales no se aproximan al enemigo y, de hecho, no combaten con él. Aquí, por el contrario, todo está situado demasiado cerca de la primera línea. Un alto acueducto de hormigón sirve de principal línea fortificada. El acueducto se encuentra en la zona de tiro del enemigo. En el acueducto y debajo de él, los de Tardienta han emplazado ametralladoras y morteros. Pero con esto se acaba la profundidad de la defensa. A cincuenta pasos empieza ya el pueblo mismo, con los cuarteles, el Estado Mayor, y los depósitos de municiones. No cuentan con defensa antiaérea de ninguna clase ni tienen puntos de observación.

De todos modos, hay aquí mucha audacia, intrepidez, iniciativa y abnegación. Por la mañana, en la plaza, enseñan la instrucción militar a los novatos, la táctica elemental, el manejo del fusil. En círculos especiales se efectúan ejercicios de tiro con ametralladora, se enseña a montarla y desmontarla. Todos los días salen de reconocimiento y regresan con algo —un prisionero, un fusil, provisiones—. Entre los combatientes se efectúa un gran trabajo político, cada día se celebran mítines, cada día hay periódicos, radio y cine. Todos quieren aprender el arte de la guerra, tienen una enorme avidez de conocimientos militares y una gran pena por no poseerlos. Jiménez ha recorrido los nidos de ametralladoras y las posiciones de artillería, luego se ha sentado junto a una ventana, ha pedido papel, ha sacado lápices de color, se ha calado las gafas y ha hecho unos croquis sencillos, pero muy cuidados. Señalaban una disposición más conveniente de los cañones y de los nidos de ametralladoras. Esto ha llenado de entusiasmo a toda la dirección. Han abrazado a Jiménez, y hasta el oficial de carrera, el único «técnico» de Tardienta, bastante celoso, después de mirar los croquis, ha dicho que los aprueba por completo.

En el cementerio, unos albañiles están nivelando y cubriendo una tumba reciente. Resulta que ayer ocurrió una desgracia. Tres camaradas llevaban a Barcelona dinero y valores recogidos por los campesinos para la lucha antifascista. En Monzón, unos pazguatos de la localidad los detuvieron, no descifraron los documentos, los registraron. Les encontraron mucho dinero, allí mismo los fusilaron a los tres como fascistas que habían requisado valores y aquí se presentaron, en Tardienta, con su botín, entusiasmados por su triunfo. Los han juzgado, pero los han perdonado: los campesinos semianalfabetos habían creído obrar de la mejor manera... De momento a los tres camaradas los entierran anónimamente, enmascaran la tumba; quién sabe a qué manos puede pasar aún Tardienta.

La columna está formada, en su mayor parte, por obreros, pero cuenta con un buen grupo de intelectuales: ingenieros, juristas, estudiantes. Hay, incluso, dos toreros, que han aprendido rápidamente a arrojar granadas de mano. El sindicato de toreros de Madrid se ha movilizado y se ha puesto a disposición del gobierno, los toreros luchan valientemente contra los fascistas. De todos modos, los toreros de la ciudad de Sevilla se han puesto a disposición del general faccioso Queipo de Llano...

Al atardecer, empieza lentamente el duelo de artillería. En el fi-

gón del pueblo comienza la reunión general de campesinos. Es la segunda, pues ayer se celebró otra sobre el mismo problema. Unos anarquistas reunieron a los campesinos y declararon que Tardienta se transformaba en comuna. No se les hizo ninguna objeción, pero por la mañana han surgido discusiones y quejas; un grupo se ha presentado a Trueba y le ha pedido que él, como comisario de guerra, ponga en claro la cuestión.

Resulta ahora muy espinoso y complicado todo lo que se refiere a la distribución de la tierra y de la cosecha, a las formas de llevar la economía. Casi en todas partes, la tierra confiscada a los propietarios fascistas se distribuye entre los campesinos pobres y los braceros. Unos y otros recogen en común la cosecha de los campos de los terratenientes y la reparten según el trabajo de cada uno de los que ha participado en la recolección. A veces se reparte por familias, según el número de bocas. Pero en la zona inmediata al frente, han aparecido varios grupos de anarquistas y trotskistas quienes pretenden, en primer lugar, que se colectivicen inmediatamente todas las haciendas campesinas; en segundo lugar, que se requise la cosecha de los campos de los terratenientes y se ponga a disposición de los comités rurales, y, en tercer lugar, que se confisque la tierra a los campesinos medios que poseen de cinco a seis hectáreas. Con órdenes y amenazas se han creado varias colectividades de ese tipo.

La sala, baja de techo, con suelo de baldosas y columnas de madera, está llena a rebosar. Arde una lámpara de petróleo —la corriente eléctrica se reserva para el cine—. Se nota un fuerte olor a piel y a tabaco canario. De no ser las trescientas boinas negras y los abanicos de papel en manos de los hombres, podría creerse que estamos en una aldea del Kubán.

Trueba pronuncia unas palabras de introducción. Explica que se lucha contra los propietarios fascistas, por la república, por la libertad de los campesinos, por su derecho a organizar su vida y su trabajo como crean conveniente. Nadie puede imponer su voluntad a los campesinos aragoneses. Por lo que respecta a la comuna, ésta es una cuestión que sólo pueden resolver los campesinos, nadie si no ellos, nadie por ellos. La columna, en la persona de su comisario de guerra, puede prometer tan sólo que defenderá a los campesinos contra medidas violentas, quienquiera que sea el que las emprenda.

Satisfacción general. Gritos de «¡muy bien!».

Desde la sala preguntan a Trueba si no es comunista. Responde

que sí, que es comunista, o mejor dicho, miembro del Partido Socialista Unificado de Cataluña, pero que esto, ahora, no importa para nada, pues aquí él representa a la columna militar y al Frente Popular.

Trueba es un hombre de pequeña estatura, robusto, fuerte; fue minero, luego cocinero, estuvo encarcelado; es joven, lleva uniforme semimilitar con correaje y pistola.

Se hace una propuesta: que se permita asistir a la reunión tan sólo a los campesinos y braceros de Tardienta. Sigue otra: que asistan todos los que quieran, pero que hablen sólo los campesinos. Se aprueba la segunda.

Habla el presidente del sindicato del pueblo (unión de braceros y campesinos con poca tierra, algo así como un comité de campesinos pobres). Considera que el acuerdo de ayer sobre la colectivización se tomó sin que estuviera presente la mayoría de los campesinos. En todo caso, ha de someterse otra vez a discusión.

Muestras de asentimiento en la asamblea.

Una voz de las últimas filas declara que ayer, en la cola del tabaco, censuraron duramente al comité. Invita a los críticos de ayer a que hablen aquí. Tempestad en la sala, protestas y voces de aprobación, silbidos, gritos de «¡muy bien!». Nadie se presenta.

Habla, muy turbado, un campesino de mediana edad. Propone que ahora el trabajo sea individual y que después, terminada la guerra, se plantee otra vez la cuestión. Muestras de asentimiento. Otros dos oradores intervienen en el mismo sentido.

Debate sobre el reparto de la cosecha recogida este año en las tierras confiscadas. Unos piden que se distribuya por partes iguales, por familias; otros, que el sindicato la reparta según las necesidades, por bocas.

Queda aún la cosecha no segada debido a las operaciones militares. Un joven propone que cada uno siegue el trigo que pueda, bajo el fuego enemigo, exponiéndose lo que le parezca. Quien más arriesgue la piel, más recogerá. Sus palabras son acogidas con muestras de aprobación. Pero mete baza Trueba. Considera que la proposición no es justa: «Todos somos hermanos y no vamos a ponernos mutuamente en peligro por un saco de grano.» Propone recoger en común la cosecha de la zona batida por el enemigo, y la columna militar defenderá a los campesinos. El grano, que se divida según la cantidad de trabajo y según las necesidades. La asamblea se inclina por la proposición de Trueba.

Son ya las ocho, la asamblea toca a su fin. Pero un nuevo orador altera el equilibrio. Con palabra emocionada, llena de pasión, quiere convencer a los habitantes de Tardienta que dejen de ser egoístas y empiecen a repartirlo todo en partes iguales: —¿no es por esto por lo que se está librando esta guerra sangrienta?—. Es necesario ratificar el acuerdo de la víspera y establecer inmediatamente el comunismo libertario. Es necesario confiscar la tierra no sólo a los terratenientes, sino, además, a los campesinos ricos y medios.

Gritos, silbidos, palabras gruesas, aplausos, exclamaciones de «muy bien».

A continuación del primero, otros cinco oradores anarquistas se lanzan al ataque. La asamblea está desconcertada; unos aplauden, otra parte calla. Todos están cansados. El presidente del sindicato propone votar. El primer anarquista se opone. ¿Acaso cuestiones así se resuelven votando? Lo que hace falta aquí es entusiasmo, un afán común, ímpetu, enardecimiento. Al votar, cada uno piensa en sí mismo. La votación significa egoísmo. ¡No hay que votar!

Los campesinos están confusos, las altisonantes frases los abrasan y pese a que la aplastante mayoría no está de acuerdo con el orador anarquista, no es posible restablecer el orden y votar. La asamblea rueda por la pendiente.

Ya no es posible hacer nada. Mas, de pronto, Trueba encuentra una salida. Propone: como ahora es difícil llegar a un acuerdo, quienes deseen continuar trabajando individualmente, que lo hagan. En cambio, los que deseen formar una colectividad, que vengan aquí mañana a las nueve de la mañana para celebrar una nueva reunión.

La propuesta gusta a todos. Sólo los anarquistas se van malhumorados.

Por la noche, en un pequeño local se proyecta una película. La atención del público llega al rojo vivo. Los espectadores llevan las negras boinas hundidas sobre las cejas, abren los ojos de par en par. Vasili Ivánovich Chapáiev, con su amplio capote caucasiano, corre a caballo por unas colinas, y las colinas son parecidas a las de aquí, aragonesas. Las negras boinas observan, ávidas, cómo Vasili Ivánovich agrupa a los campesinos de las proximidades del Ural contra los terratenientes y generales, cómo derrota a los fascistas suyos, rusos, también parecidos a los de aquí, españoles... Vasili Ivánovich se prepara con el mapa a la vista para el combate del día siguiente y Piétia no logra conciliar el sueño, contempla a su comandante desde el camastro.

«Te estoy contemplando, Vasili Ivánovich, y pienso: eres un hombre incomprensible para mi caletre. ¡Un Napoleón! ¡Un verdadero Napoleón!»

Pregunta a Chapáiev si podría ser un jefe de talla internacional. Y Vasili Ivánovich, turbándose, contesta: «No estoy muy bien de idiomas.»

Pero él se subestima. El lenguaje de Vasili Ivánovich se ha hecho comprensible a todo el mundo. De los jefes bolcheviques —de los Voroshílov, de los Chapáiev— se enorgullecen los obreros y campesinos de todos los países, como símbolo de la capacidad combativa y de la invencibilidad de los trabajadores. Ahora cada pueblo está educando a sus Voroshílov y a sus Chapáiev. No importa que de momento nadie los conozca. El primer combate los descubrirá. ¿Napoleón? Aquí estuvo Napoleón. Precisamente desde aquí, hace ciento veintiocho años, Napoleón puso sitio a Zaragoza con varios miles de soldados. Los campesinos y artesanos aragoneses se encerraron en la ciudad y se negaron a entregarse a los conquistadores extranjeros. Durante ocho meses, el general Lefevre pugnó por forzar los muros de la fortaleza, abrió pasos subterráneos, voló con pólvora algunas casas, y transcurridos ocho meses, por orden de Napoleón, levantó vergonzosamente el asedio. Ahora en Zaragoza se ha encerrado con siete mil soldados, con artillería y tanques, el viejo general Cabanellas, miembro del gobierno fascista. Los campesinos aragoneses, los obreros catalanes aprenden de Chapáiev cómo defender sus derechos. El bolchevique ruso, mortalmente herido, se hunde en el río Ural, parecido al río Ebro. Y como en respuesta, atruena la sala un furioso llamamiento:

—¡A Zaragoza!

En una casita de la plaza está reunido el Comité Militar. Al pie de las ventanas, cantan unos jóvenes. La *Roja Wedding* sucede a la *Carmagnole*; luego resuena la desconocida letra castellana de *Guerrilleros del Amur*. Aquí se han reunido hombres de todo el orbe, hasta suecos, australianos y macedonios. Hay, incluso, un negus abisinio, no auténtico, desde luego. Es un obrero italiano que se ha dejado crecer la barba y la lleva como el Negus. Es un hombre muy valiente, no se pierde ni un ataque, va al combate desnudo hasta la cintura, con el fusil y la navaja. Todos le fotografían en recuerdo, y él repite una y otra vez: «Es necesario que lo vea Mussolini: ha de ver que otra vez peleo contra él, no en Abisinia, sino aquí.»

De pronto, confusión, se oye el zumbido de un motor. Apagan las luces. Aparece un avión, muy pequeño, una simple avioneta. Da vueltas sobre Tardienta hasta que empiezan a disparar contra él al azar.

Encontrar un rincón para dormir no es fácil, todo está archirrepleto. A mí me han alojado en un molino de vapor. El dueño era un destacado fascista de la localidad; le fusilaron. En su dormitorio, ya bastante sucio, me ha recibido un hombre de edad madura, con la cara completamente negra por el pelo sin afeitar. Es un reportero del diario barcelonés *La Publicitat*. Ha sacado una tarjeta de visita de una tosca cartera de bolsillo y me la ha entregado. Yo he hecho lo mismo. Nos hemos saludado ceremoniosamente y, sin decir una palabra, nos hemos acostado juntos en la única y sucia cama.

14 de agosto

Me he despertado en la cama del molinero, vestido, abrazado a un barbudo. El colega periodista en seguida se ha puesto en movimiento, se ha arreglado el viejo cuello de la camisa, ha salido y ha vuelto con el café en un pote de soldado y un buen trozo de pan. Trueba, Alber y Marina han venido a compartir el desayuno. Yo he manifestado que quiero ir a Bujaraloz, a ver a Durruti. Trueba ha dicho que me acompañaría, quiere ver la columna anarquista.

Dos horas de viaje por caminos vecinales nos han cubierto otra vez con una espesa capa de harinoso polvo calcáreo. De nuevo nos hemos parado, una y otra vez, para comprobar el camino, paralelo al frente, a una distancia de tres o cuatro kilómetros. El enemigo también se confunde por estos caminos. Esta noche, una patrulla de campesinos ha gritado a un automóvil: «¿Quién vive?» Pronta respuesta: «¡Falange española!» Los campesinos han hecho fuego, han dado muerte a todos los viajeros, entre ellos un coronel fascista.

Bujaraloz está totalmente cubierto de banderas rojinegras, con decretos, firmados por Durruti, pegados a las paredes o, simplemente, con carteles: «Durruti ha ordenado esto y lo otro.» La plaza de la villa se llama «Plaza de Durruti». El propio Durruti, con su Estado Mayor, se ha instalado en la casita de un peón caminero, al pie de la carretera, a dos kilómetros del enemigo. Esto no es muy prudente, pero

aquí todo se halla subordinado a hacer alarde de valentía aparatosa. «Moriremos o venceremos», «Moriremos, pero tomaremos Zaragoza». «Moriremos, cubriéndonos de gloria ante todo el mundo»: esto se lee en banderas, en carteles y en octavillas.

El famoso anarquista nos ha recibido, al principio, sin prestarnos mucha atención, pero al leer en la carta de Oliver las palabras Moscú, *Pravda*, en seguida se ha animado. Ahí mismo, en la carretera, entre sus soldados, con el evidente propósito de atraer su atención, ha iniciado una fogosa polémica. Sus palabras están saturadas de pasión tenebrosa y fanática:

—Es posible que tan sólo un centenar de nosotros sobreviva, pero este centenar entrará en Zaragoza, aplastará el fascismo, levantará la bandera de los anarcosindicalistas, proclamará el comunismo libertario... Yo seré el primero en entrar en Zaragoza, proclamaré allí la comuna libre. No nos subordinaremos ni a Madrid ni a Barcelona, ni a Azaña ni a Giral, ni a Companys ni a Casanovas. Si quieren, que vivan en paz con nosotros; si no quieren, nos plantaremos en Madrid... Les mostraremos a ustedes, bolcheviques, rusos y españoles, cómo se hace la revolución, cómo se ha de llevar hasta el final. En su país, hay dictadura, en el Ejército Rojo tienen coroneles y generales, mientras que en mi columna no hay ni jefes ni subordinados, todos somos iguales en derechos, todos somos soldados, y aquí yo también soy un simple soldado.

Viste mono azul; lleva gorro confeccionado con satén rojo y negro; es alto, de complexión atlética, de hermosa cabeza, en la que apuntan tan sólo las canas, autoritario; se impone a los que le rodean, pero hay en sus ojos algo excesivamente emocional, casi femenino, con una mirada, a veces, de animal herido. A mí me parece que le falta voluntad.

—Entre mis hombres, nadie presta servicio por deber, por disciplina; todos han venido aquí movidos sólo por el deseo de luchar, porque están dispuestos a morir por la libertad. Ayer, dos pidieron permiso para ir a Barcelona a ver a sus familias —les quité los fusiles y les dejé marchar definitivamente—; hombres así no me hacen falta. Uno dijo que había cambiado de opinión, que había decidido quedarse. No le admití. Así haré con todos, ¡aunque nos quedemos una docena! Sólo de este modo se puede formar un ejército revolucionario. La población está obligada a ayudarnos —no en vano luchamos contra toda dictadura, ¡por la libertad para todos!—. Al que no nos ayude, lo barreremos de la faz de la tierra. ¡Barreremos a todos cuantos obstaculizan el camino de la libertad! Ayer disolví el Consejo municipal de Bujaraloz; no prestaba ayuda a la guerra, obstaculizaba el camino de la victoria.

—De todos modos esto huele a dictadura —he dicho—. Cuando los bolcheviques, durante la guerra civil, disolvían a veces las organizaciones infectadas de enemigos del pueblo, eran acusados de emplear métodos dictatoriales. Pero nosotros no nos encubríamos con palabras sobre la libertad universal. Nunca hemos negado la dictadura del proletariado y siempre la hemos fortalecido a banderas descubiertas. Además, ¿qué ejército pueden formar ustedes sin jefes, sin disciplina, sin obediencia? O no piensan combatir en serio o disimulan; tienen ustedes cierta disciplina y cierta subordinación, sólo que con otro nombre.

—Nosotros tenemos la indisciplina organizada. Cada uno responde ante sí y ante la colectividad. A los cobardes y a los merodeadores, los fusilamos, los juzga el comité.

—Esto aún no significa nada. ¿De quién es este automóvil?

Todas las cabezas se han vuelto hacia el lugar que yo señalaba con la mano. En una pista, junto a la carretera, había unos quince automóviles, en su mayor parte Fords y Adlers desvencijados, deslucidos, y entre ellos un lujoso Hispano-Suiza abierto, con incrustaciones de plata, con almohadas recubiertas de lujoso cuero.

—Es el mío —ha dicho Durruti—. He debido tomar el más veloz para llegar antes a todos los sectores del frente.

—Muy bien hecho —he contestado—. El comandante ha de tener un buen coche, si es posible. Sería ridículo que los combatientes de filas fueran en este Hispano y que usted, entretanto, fuera andando o en un Ford desvencijado. He visto sus órdenes, están pegadas en los muros de Bujaraloz. Empiezan con las palabras: «Durruti ha ordenado...»

—Alguien tiene que ordenar —ha replicado Durruti sonriendo—. Esto es una manifestación de la iniciativa. Esto es utilizar la autoridad que tengo entre las masas. Desde luego, a los comunistas no puede gustarles... —Ha lanzado una mirada a Trueba, quien se ha mantenido aparte durante todo este tiempo.

—Los comunistas nunca hemos negado el valor de la personalidad y de la autoridad personal. La autoridad personal no es un obstáculo para el movimiento de las masas, a menudo las cohesiona y fortalece.

Usted es un comandante, no finja ser un combatiente de filas, esto no da nada ni aumenta la capacidad combativa de la columna.

—Con nuestra muerte —ha dicho Durruti—, con nuestra muerte, mostraremos a Rusia y a todo el mundo lo que significa el anarquismo en acción, lo que significan los anarquistas de Iberia.

—Con la muerte no se demuestra nada —he replicado—, hay que demostrar con la victoria. El pueblo soviético desea con toda el alma la victoria del pueblo español, desea la victoria a los obreros anarquistas y a sus dirigentes con el mismo fervor que la desea a los obreros comunistas, socialistas y a todos los demás luchadores contra el fascismo.

Se ha vuelto hacia la muchedumbre que nos rodeaba y pasando del francés al español, ha exclamado:

—Este camarada ha venido para transmitirnos a nosotros, combatientes de la CNT-FAI, un caluroso saludo del proletariado ruso y sus votos para que alcancemos la victoria sobre los capitalistas. ¡Viva la CNT-FAI! ¡Viva el comunismo libertario!

—¡Viva! —ha exclamado la muchedumbre. Las caras se han vuelto más alegres y mucho más amistosas.

—¿Cómo está la situación? —he preguntado.

Durruti ha sacado un mapa y ha mostrado la disposición de los destacamentos.

—Nos retiene la estación ferroviaria de Pina. El pueblo está en nuestras manos, pero la estación la tienen ellos. Mañana o pasado mañana, cruzaremos el Ebro, nos dirigiremos hacia la estación y la limpiaremos de enemigos (entonces nuestro flanco derecho quedará libre, ocuparemos Quinto, Fuentes de Ebro y nos plantaremos ante los muros de Zaragoza. Belchite se entregará por sí mismo), quedará cercado en nuestra retaguardia. Y ellos —señaló con la cabeza a Trueba— ¿siguen entretenidos con Huesca?

—Estamos dispuestos a esperar en Huesca para apoyar vuestro golpe desde el flanco derecho —ha dicho modestamente Trueba—. Desde luego, si el ataque es serio.

Durruti ha permanecido un rato en silencio. Luego ha respondido, de mala gana:

—Si lo deseáis, ayudad; si no lo deseáis, no ayudéis. La operación de Zaragoza es mía, en el aspecto militar, en el político y en el políticomilitar. Yo respondo de ella. ¿Creéis que por darnos un millar de hombres, vamos a repartir Zaragoza con vosotros? En Zaragoza o habrá comunismo libertario o fascismo. ¡Tomad para vosotros a toda España, pero dejadme a mí tranquilo con Zaragoza!

Luego ha suavizado el tono y ha seguido conversando sin causticidad. Ha visto que hemos ido a visitarle sin malas intenciones, pero que a las palabras duras se le respondería con no menor dureza. (Aquí, pese a la igualdad universal, nadie se atreve a discutir con él.) Ha hecho muchas ávidas preguntas sobre la situación internacional, sobre las posibilidades de ayuda a España, sobre cuestiones militares y tácticas, ha preguntado cómo se llevaba el trabajo político durante la guerra civil en Rusia. Ha dicho que la columna está bien armada y dispone de muchas municiones, pero que hay serias dificultades de dirección. El «técnico» sólo tiene funciones consultivas. Todo lo resuelve él mismo, Durruti. Según propias palabras, Durruti pronuncia unos veinte discursos al día, y esto le agota. Ejercicios de instrucción militar, casi no se hacen; a los combatientes no les gustan, y el caso es que no tienen experiencia, sólo han peleado en las calles de Barcelona. Es bastante elevada la deserción. Ahora quedan en la columna mil doscientos hombres.

De pronto ha preguntado si habíamos comido, nos ha propuesto esperar hasta que traigan la marmita. No hemos aceptado por no quitar raciones a los combatientes. Entonces Durruti ha dado una nota a Marina.

Al despedirme le he dicho con toda sinceridad:

—Hasta la vista, Durruti. Iré a verle a Zaragoza. Si no le matan aquí, si no le matan en las calles de Barcelona peleando con los comunistas, dentro de unos seis años quizá se haga usted bolchevique.

Ha sonreído y en seguida, volviendo sus anchas espaldas, se ha puesto a hablar con alguien que casualmente se encontraba allí.

En un depósito de Bujaraloz, contra la nota, nos han dado una excelente ración: una lata de sardinas, tres grandes cabezas de dulces cebollas valencianas, tomates, pan, carne ahumada y una gallina viva. Nos hemos instalado a comer en la primera casa campesina que hemos encontrado. Hemos regalado la gallina al ama, que nos ha preparado una ensalada y nos ha traído agua. Aquí el agua es amarga y le echan un poquitín de azúcar. La hija del ama se pasea con un gorro de anarquista; el padre, bracero, se fue a combatir.

Nos hemos despedido de Trueba y hemos pasado viajando el resto de la jornada. De noche, otra vez la Barcelona en ebullición, insomne, de luces encendidas. Dan caza a un automóvil fascista. Es la terce-

ra noche que corre (¿o son varios?) por la ciudad disparando contra los plantones y matándolos; ayer tiró contra unos panaderos al salir del trabajo.

15 de agosto

Hoy ha sido un día perdido —el primer día perdido desde que salí de Moscú, pero, sin duda, no será el último—. A las ocho de la mañana he mandado a Marina a telégrafos para que se enterara de si había llegado por la noche mi largo telegrama enviado desde Lérida. Media hora más tarde me llama: el telegrama ha llegado a Barcelona, pero no va más allá; existe un nuevo decreto del gobierno sobre la censura de los telegramas para el extranjero. He ido a telégrafos, edificio enorme; han empezado las idas y venidas y el discursear por todos los pasillos, las conversaciones en catalán, en español, en francés, en inglés, esas inacabables conversaciones de pesadilla con los funcionarios españoles, tortura como no hay otra en ningún otro país. Cada nuevo interlocutor es extraordinariamente amable, activo y sencillo; explica que la cuestión es una pequeñez y que puede arreglarse en un instante, él mismo la arreglará. Comienzan el intercambio de palabras de agradecimiento, las palmaditas en el hombro. Luego le conducen a usted a alguna parte, su acompañante entra en el despacho de alguien, sale de él cariacontecido y en compañía de un nuevo interlocutor. Vociferan furiosamente, discuten, luego, de pronto, se ponen de acuerdo y piden amablemente que vuelva usted al día siguiente. Usted insiste, ellos cambian de parecer y le conducen a un tercero. El tercero es efusivamente amable —de nuevo unas palmaditas en el hombro y todo vuelve a empezar desde el comienzo—. En resumidas cuentas, todo depende del jefe de telégrafos. Pero el viejo jefe ha sido destituido hace tres días, y el nuevo aún no ha tomado posesión de su cargo; según dicen, es muy severo.

Me he ido en busca de protección. Primero he visto a Comorera; luego, a España, miembro del gobierno para los asuntos del interior. En el patio y dentro del edificio hay mucha gente, gendarmes, policía, pero España no está, ha ido a desayunar.

Pregunto por Casanovas. Está aquí, en el palacio, pero tiene reunión. Estoy dispuesto a esperar hasta que termine. El secretario es muy amable y, a propósito, no tiene nada que hacer. Me muestra el palacio, luego los cuadros, luego los gobelinos, luego la biblioteca. La sesión continúa. Se oye el rugido de leones y tigres del parque zoológico. Pasan las horas. Dan ganas de rugir como los leones.

Por fin, sale el gobierno. Casanovas me estrecha la mano, señala a España: «Se lo arreglará todo.» Desaparece. España: «Sí, sí, no se preocupe, todo se arreglará. Permítame que le presente: nuestro comisario de prensa, hará todo lo que haga falta.» Ha desaparecido. El comisario de prensa: «Espéreme usted aquí, vuelvo dentro de un minuto.» Ha desaparecido. Han desaparecido todos. Diez minutos, veinte. Nadie. Los ujieres se ocupan de la limpieza... De todos modos, el comisario de prensa ha vuelto: «Preséntese dentro de dos horas en la Consejería del Interior; para entonces, el gobierno se habrá puesto de acuerdo con telégrafos.» Me ha dejado su tarjeta de visita. Se llama Joaquim Vila i Bisa. Ha desaparecido.

Exactamente dos horas después, como disparado por un cañón, llego a la Consejería del Interior. ¿Dónde está el comisario de prensa, señor Joaquim Vila i Bisa? No está. ¿Cuándo estará? ¡No se sabe! Bueno, pero ¡¿más o menos?! Se ha pasado la noche trabajando y, probablemente, dormirá hasta las tres. ¡Pero si yo le he visto! No importa, ahora probablemente está durmiendo. ¿Dónde vive? Aquí está la dirección. Allá voy. Joaquim está medio desnudo, se afeita, se encuentra de buen humor. Me ha dado otra tarjeta de visita con una recomendación para el jefe de la sección de aparatos, en la central de telégrafos. «Él le llevará el asunto adelante ¿Y sabe por qué? Es comunista. Para la *Pravda*, lo hará todo.»

De nuevo en telégrafos. El jefe de la sección de aparatos está dispuesto a llevar la cosa adelante, tanto más cuanto que la correspondencia fue entregada en Lérida el día anterior al de la prohibición. Pero hace falta el visto bueno del jefe de telégrafos. Y el jefe es nuevo, aún no se ha hecho cargo de su puesto, es muy circunspecto y es inútil esperar algo de él. A no ser que haya una disposición directa de Madrid.

De nuevo con un palmo de narices, todo lo hecho ha sido en vano. Ayer no había jefe; hoy, ante su puerta están sentados dos cancerberos de cabello gris, con galones. Por lo visto se trata de un gran burócrata. Bueno, nada se pierde, entraremos... Resulta que en un enorme despacho veo a un mozo de unos veintidós años, con aspecto de obre-

ro, jovial y sencillo. ¿Dar curso a un telegrama? ¡Por favor! En un instante pone el visto bueno. Siente no haber comenzado a trabajar ayer, el telegrama habría salido ayer mismo.

Durante el resto de la jornada, Marina me muestra los sitios de los combates, los puntos de los choques principales. Hace su relato con pocas palabras, cortésmente: eran tres: el hermano Alber, un amigo y ella. Juntos crecieron, jugaban juntos, juntos ingresaron en las Juventudes comunistas. El 18 de julio, juntos tomaron un fusil cada uno y fueron a la barricada de la plaza de Colón. Al amigo lo mataron, con cuatro balas en el vientre. Cayó entre el hermano y la hermana. Alber se hizo con un libro de táctica, el reglamento de infantería y se fue camino de Zaragoza. Marina se hizo mecanógrafa en el Comité Militar. A veces se vuelve, se mete en un rincón y permanece largo rato sentada ante la pared. Cuando la llamo, declara:

—A usted, como camarada ruso, se lo puedo decir sin reservas: Aquí, todos somos demasiado sentimentales. ¡Esto es un gran defecto! ¡Somos enormemente sentimentales!

Julio Jiménez Orgue-Glinoiedski no va a Madrid. Hoy se ha presentado Alber por encargo especial de Trueba y de toda la columna de Tardienta, para pedir a Jiménez que vuelva con ellos como consejero militar y jefe de artillería. Jiménez Orgue ha decidido aceptar la propuesta —los muchachos son buenos, capaces, valientes—. Además, Jiménez se siente intimidado ante los grandes Estados Mayores. Sus conocimientos militares han envejecido un poco, corresponden a 1916. Para reforzar su autoridad quería comprarse una fusta; le he disuadido y le he regalado unos guantes amarillos de cabritilla. Ha dicho que esto, en cierto modo, también da autoridad.

Llegan noticias inquietantes de Madrid. Los facciosos se han apoderado de Badajoz. Esto les permite unir dos de sus zonas hasta ahora aisladas, la del sur y la del norte.

16 de agosto

Esta mañana he ido al aeródromo del Prat y por el camino me he roto la clavícula derecha y me he dislocado un pie. Estaba firmemente convencido de que así iba a ocurrir, pero creía que el accidente se pro-

duciría más tarde y que sería de menos levedad. Ayer por la mañana me tomaron el coche —alguien lo necesitó para un viaje a Valencia— y me dieron otro, ya con chófer, un lujoso Hispano-Suiza, nuevecito, con incrustaciones de plata en el interior; sólo estaba arrancada la puerta de la derecha y la habían atado apresuradamente con una vieja cuerda. El chófer, José, muchacho de dulce y tranquilo rostro, con ojos de gacela, corre como todos aquí, como loco rematado. Ya ayer, al hacer el recorrido de palacio a telégrafos, hacía tales pasadas que acudían a la cabeza todos los pensamientos sobre lo efímero de la vida terrenal. Dar la vuelta penetrando un buen trecho en la acera, empujando a la gente, es, para él, lo más legítimo del mundo... Hoy en la carretera, a noventa por hora, sin disminuir la velocidad, ha adelantado a un carro tirado por unos asnos, ha trazado una diabólica espiral entre un camión que venía en sentido contrario y un segundo carro. El coche se ha aplastado contra un plátano enorme, la carrocería se ha doblado como el ángulo de un sobre. A mi acompañante, Masha, se le han clavado unos cristales en el brazo y en seguida se le ha cubierto de sangre el blanco impermeable. Masha ha saltado toda ensangrentada dejando los zapatos en el coche; yo, con las manos en el hombro y en el cuello. En seguida ha acudido gente, ayes, uyes, se ha presentado, no sé de dónde, un coche de la Cruz Roja. Nos hacen subir al coche. A Masha le ponen algodones y vendajes, nos llevan y... Y luego —nadie del mundo lo va a creer, esto es un truco de un film de aventuras de a perra gorda— exactamente dos minutos después, salvados tres kilómetros, el coche sanitario, que también corre a cien por hora, arremete contra un puentecito y rueda por un elevado talud...

Todos quedan indemnes y se ríen, abatidos. De súbito aparece por la carretera nuestro Hispano con la carrocería aplastada y bamboleándose. Sale José, baja el talud, lanza una mirada fulminante al chófer sanitario y nos recoge a nosotros dos, sus pasajeros. Llegamos al Prat, allí nos dirigimos primero al garaje, a comunicar que el coche sanitario está en la zanja, y luego vamos a una pequeña clínica particular. El cirujano, durante un tiempo infinitamente largo y con extremado celo, va arrancando cristalitos del brazo de Masha, que sonríe entre lágrimas. José también se ha metido dentro; contempla, pasmado, la operación y de pronto, cubriéndose el rostro con las manos, se echa sobre una camilla. Resulta que no soporta la visión de la sangre: «soy nervioso»...

En el Prat no hay aviones para Madrid. Mejor dicho, no hay aviones españoles ni franceses. Los Douglas gubernamentales, con el correo diplomático, vuelan una vez a la semana. Pero el Junker alemán sigue volando, cada día hace el recorrido Madrid-París ida y vuelta, sigue transportando pasajeros alemanes, carga, paquetes y unas máquinas. Nadie se ha atrevido hasta ahora a romper el contrato con la Lufthansa.

La escuadrilla de André se ha trasladado ya toda a Madrid. Guides se ha demorado aquí para cumplir unos encargos. Es vivaracho, simpático, bromista. Cuenta: al pasar por la pequeña plaza del Prat, bajo la enorme tela con el «*Visca Sandino!*», preguntó a un hombre del lugar quién había colgado aquel letrero. El hombre se sorprendió de tanta candidez: «¿Cómo, quién? ¡Sandino!»

Comunicado sobre un ataque fascista contra Tardienta. Los facciosos comenzaron con una incursión aérea, luego lanzaron al ataque la infantería, apoyada por la artillería. Los rechazaron con fuego de ametralladora, con granadas de cinta y luchando cuerpo a cuerpo. Combatió magníficamente el batallón Carlos Marx. A uno de los fascistas muertos se le ha encontrado una carta sin mandar: «Mañana vamos a Tardienta a matar abisinios y a comer.» Los facciosos se llaman a sí mismos italianos y llaman a las tropas gubernamentales abisinios.

En *La Publicitat*, ha aparecido un largo telegrama del colega periodista sobre la victoria lograda. El telegrama termina con una nota: «El puesto de redacción de nuestro periódico en Tardienta (se trata del dormitorio del molinero fusilado) se ha convertido en constante lugar de visita de destacadas personalidades políticas. Así, ayer vino a vernos el representante del periódico bolchevique *Pravda*.»

17 de agosto

Hasta hoy, sin noticia alguna y sin informaciones de Moscú. La prensa está totalmente absorbida por los asuntos del país.

De pronto, hoy, en todos los periódicos, fotografías de las manifestaciones celebradas en Moscú en honor del pueblo español y, además, otra gran foto: el victorioso Chikálov, sonriente, feliz, al lado de Stalin, Voroshílov...

Esto ha animado el día, pues resulta aburrido estar acostado, inactivo, con la clavícula rota. Sigue sin haber avión para Madrid y las noticias del frente no son buenas.

18 de agosto

Esta mañana, en un destartalado aparato inglés Dragon, hemos levantado el vuelo en Barcelona. Antes de partir, reunión de los pasajeros con el piloto y el director francés del aeródromo para tratar de cómo volar a Madrid, si dando la vuelta, por la costa, pasando por Valencia, o en línea recta sobre el territorio de los sublevados.

Los pasajeros somos ocho, todos de distinta nacionalidad, desconocidos, todos sospechosos uno a otro, todos sospechosos al piloto y él sospechoso para todos. No se sabe de dónde es ni si el avión es suyo ni de dónde procede el avión mismo. El director del aeródromo, señor jovial de roja cara, lo sabe todo, pero no explica nada. A todos se dirige con una misma expresión: «Mi pobre amigo.»

Después de mucho discutir, se ha convenido lo siguiente, de acuerdo con el piloto: volar en línea recta, pero al cruzar territorio enemigo, nos elevaremos por lo menos a dos mil quinientos metros. El avión queda abarrotado de un equipaje indefinido; la gente se apretuja entre cajas y maletas.

Volamos, primero, a lo largo de la costa; luego, en dirección suroeste. Cuarenta minutos más tarde, llegamos a las cadenas de montañas. Debido al calor y a las corrientes de aire, en los desfiladeros el avión oscila mucho. Las maletas empiezan a deslizarse por el interior de la cabina... Ahí están la Sierra de Cucalón, la de Gúdar, la de Albarracín. Ésta es la parte meridional de la región aragonesa ocupada por los sublevados. Pronto comenzará Castilla la Nueva. Llevamos una hora de vuelo. Hasta Madrid, falta aún otra hora. Pero de súbito el piloto cambia de rumbo. En vez de seguir hacia Guadalajara, damos la vuelta hacia el oeste. Las montañas se van haciendo menos imponentes, ceden el lugar a colinas onduladas, luego a la llanura. ¿Por qué? Volamos hacia Valencia. ¿A qué se debe? Falta carburante. ¡Pero hasta Madrid, la distancia es la misma! ¡Y la zona de los facciosos está recorrida en sus tres cuartas partes! De todos modos, aquí es

difícil entrar en discusiones. Una hora más de vuelo y en la filigrana sin límites de las plantaciones de olivos, de precisión geométrica, divisamos a Valencia azul, verde, rosa, envuelta en una luminosa calina.

En el aeródromo, un guardia civil intenta comprobar los pasaportes de los viajeros que acaban de tomar tierra. Sólo lo intenta —la mayor parte de los viajeros sacan, en respuesta, documentos de aspecto más que raro—. Uno presenta simplemente una tarjeta de visita. El guardia civil menea la cabeza y se aparta.

En el aeródromo no hay gasolina —mientras la traen, es posible dar una vuelta en coche por la ciudad—. Aquí, todo parece tranquilo y en paz. Hermosas plazas con altos edificios se mueren de calor. En las orillas de las calles, bajo las palmeras, se toma café y vermut, se escucha la radio. A veces, después de meter un dedo en agua o de mojarlo con saliva, lo levantan, a ver si sopla la brisa del mar.

En el puerto y en el antepuerto, hay muchos barcos; se descarga petróleo, barras de hierro colado y ganado de Yugoslavia.

A eso de las tres de la tarde, están llenos, por fin, los depósitos del avión. Emprendemos el vuelo. Pronto se terminan las limpias plantaciones de olivos en la rojiza tierra llana. Nos acercamos a una sierra hosca, rocosa, requemada.

El viejo Dragon deshaciéndose en arroyos de aceite caldeado, repta hacia lo alto. Dos motorcitos Gipsy, de ciento setenta caballos cada uno, penan por transportar a ocho hombres, a un piloto, a un mecánico y una montaña de bagajes. Y en Moscú, en Leningrado, en todos los pueblos de mi patria, se celebra hoy el Día de la aviación. En Moscú son, ahora, las seis de la tarde. Centenares de aviones, miles de paracaidistas, decenas de miles de ciudadanos se encuentran en el aeródromo de Tushino. La escuadrilla Gorki debe de estar arrojando nubes de octavillas. Y el aire es fresco, se puede respirar, no es como en esta carraca, encima de la pétrea sartén castellana.

Por fin, en la meseta, calcárea masa gris, entre una nube de polvo, emerge Madrid. Parece solitario entre montañas. Sus arrabales quedan cortados en seco. Se ve poco verdor, sólo hay una gran mancha verde, el bosque de la Casa de Campo.

En el aeródromo se ve a mucha gente, casi todos militares. Por allí va y viene André —cansado, flaco, irritado; lleva muchas noches sin dormir—. Tan pronto le llaman a una parte como a otra; el mando de la escuadrilla se efectúa de pie, sobre la marcha, en apresuradas conversaciones.

Nos trasladamos a la ciudad. Después de Barcelona, el ambiente parece aquí más sosegado, más habitual. Hay menos aparatosidad, menos banderas y carteles. Los automóviles no están pintarrajeados con enormes consignas, en las calles el movimiento es relativamente normal. Relativamente, teniendo en cuenta de qué modo corren los chóferes españoles.

Casi no se ven edificios destruidos. Muchas tiendas, muchos bares y hoteles llevan la inscripción «incautado»; se trata de las empresas puestas bajo la administración del Estado o de los sindicatos.

Como en Barcelona, domina aquí, en todas partes, el «mono», traje azul de faena, hecho de lienzo o algodón, que se cierra con «cremallera». Son muy cómodas las alpargatas —calzado ligero, de tela blanca, con suela de esparto—. Antes, en estos barrios de Madrid, hasta cuando el calor era más terrible, resultaba incorrecto presentarse sin chaqueta, sin chaleco, sin corbata y sin sombrero. Ahora, toda la capital se pasea llevando mono y alpargatas, con la cabeza descubierta: milicianos, aguadores, damas y ancianos venerables.

19 de agosto

El Ministerio de la Guerra se levanta en el centro mismo de la ciudad, sobre una colina, rodeado de jardines. Frente a la entrada principal, una estatua del Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba, famoso caudillo medieval. Las escaleras, las salas de recibir y los salones son los de un auténtico palacio, con mármoles, tapices y gobelinos. Adosados a este edificio, se han construido nuevos pabellones propios para oficinas: es la sede del Estado Mayor.

Las salas están repletas de gente —hay gente en torno a las mesas, junto a los teléfonos, y formando animados grupos de conversación. Se ve mucha gente civil, sobre todo diputados al Parlamento. Unos permanecen aquí horas y días enteros, pidiendo, procurando sacar del ministerio, con ruegos, protecciones o amenazas, quinientos soldados, trescientos o ciento cincuenta, fusiles o ametralladoras, o camiones para su distrito electoral. Esto se considera manifestación de patriotismo, de lealtad hacia los electores y hasta prueba de talento militar. Y el ministerio, cediendo a la presión, regateando, reparte a

cada delegado cuatrocientos noventa o doscientos setenta y cinco o ciento cuarenta fusiles, soldados, camiones...

El ministro de la Guerra, Saravia, ha sido llamado a alguna parte. En vez de entrevistarme con él, hablo con el presidente del Consejo de Ministros, José Giral. Es un hombre de edad madura, pulcro, de modesta presencia, con gafas de doctor, con cuello duro almidonado. Es químico de profesión, investigador, pero, al mismo tiempo, es un activo republicano de izquierda, uno de los amigos más próximos del presidente Azaña. Procura no ceder ante la espontaneidad de la situación, no perder la serenidad y encauzar los acontecimientos, aunque con pocos resultados. Siguiendo la costumbre española, para hablar conmigo a solas, me saca al balcón. Hace cinco años, dos semanas después del derrocamiento de los Borbones, estuve hablando en este mismo balconcito con el ministro de la guerra, Azaña.

La caída de Badajoz no alarma mucho a Giral. Lo único monstruoso es la matanza organizada allí por los fascistas, la pesadilla de ese fusilamiento de mil quinientos obreros, mujeres y niños en la plaza de toros. Es dudoso que los facciosos, incluso después de haber tomado Badajoz, logren unir sus frentes norte y sur. En el Guadarrama, las unidades se mantienen firmes. Lo único catastrófico es la falta de armamento. Hacen falta aviones, artillería, tanques y, ante todo, fusiles. ¡Por Dios, fusiles! El gobierno se ha dirigido a todos los países no fascistas, pide armas en Europa, en América del Norte y del Sur. Ofrece el precio y las condiciones que sean. Gente, tenemos la que queremos, hombres valientes y leales, voluntarios. En todas partes se forman nuevas columnas. No hay con qué armarlas. La preocupación fundamental y única del gobierno es, ahora, el armamento. ¿Cuánto durará la guerra? Giral piensa que es cuestión de meses. Quizá hasta de medio año. Si ahora, en este momento, se tuvieran a mano armas, la sublevación podría liquidarse en dos o tres semanas. Los alemanes y los italianos están mandando abiertamente a los facciosos pertrechos de todas clases.

—Hace un momento —me ha dicho aún Giral— he estado hablando con evadidos de Sevilla; nos comunican que anteayer llegó a dicha ciudad un nuevo tren con pertrechos y municiones para toda clase de armas, con la particularidad de que hasta la guardia del tren está formada por fascistas alemanes que se llaman «voluntarios»... A nosotros nos es difícil oponernos a la actividad del gobierno francés que intenta, por lo demás sin resultado, establecer un acuerdo internacional de neutralidad respecto a España, aunque no comprendemos qué neutralidad se puede observar cuando un gobierno legalmente formado lucha en el interior del país con los facciosos. Pero el mal está en que ni siquiera esa neutralidad existe respecto a nosotros. Todos los días los facciosos reciben del extranjero aviones, fusiles y bombas. A la vista de todo el mundo se hace una burla descarada del derecho internacional. En esta situación, cuanto más tiempo pase, tanto más difícil será aplastar al enemigo... Pero, a pesar de todo, lo aplastaremos. Y luego, si ustedes no tienen nada en contra, me daré una vuelta por su país a ver la química soviética y a descansar. Aún no hace mucho tiempo mi sueño dorado era hacer un viaje a la Unión Soviética y conocer a sus hombres de ciencia, de los que tanto he oído hablar y entre los cuales esperaba encontrar amigos. Las circunstancias han hecho que yo, como republicano y demócrata, me encuentre presidiendo el gobierno que defiende la República, la cultura y el honor del pueblo español frente a la monarquía, la reacción y el fascismo... Estamos profundamente agradecidos al pueblo soviético, a su gobierno, a sus sindicatos por su noble actitud y la ayuda que nos prestan en este difícil momento...

Me pregunta si tengo todo lo que necesito, si me hacen falta documentos, algún pase, un automóvil. Da instrucciones al correspondiente negociado para que no se me demore el envío de los telegramas. Regresa el coronel Saravia, hombre amable, de pequeña estatura y pelo canoso. Ha estado con el presidente, quien se halla absorbido por el curso de las operaciones militares, examina cada desplazamiento de unidades, toda disposición operativa. Saravia coge el teléfono, empieza a dar cumplimiento a lo convenido en su conversación con el presidente. Por lo visto, no hay, aquí, ningún Estado Mayor, tampoco hay medios de enlace y de dirección. El propio ministro llama a los batallones y columnas y él mismo da las órdenes por teléfono. Así no se puede ir muy lejos.

Los republicanos izquierdistas del grupo de Azaña se parecen todos a Giral y todos se parecen entre sí. Se trata de intelectuales radicales, muy cultos, por su estilo, hombres de gabinete, pero no de un gabinete de ministros, sino de un gabinete de profesores, doctos; son hombres inclinados a las amplias generalizaciones (en general, rasgo característico de los españoles), vagos y lentos en las resoluciones concretas. Todo esto se completa, por ahora, con cierta decisión interior, con la decisión de quedarse con el pueblo, de llevar hasta el fin

la misión que han aceptado. El destino se ha burlado cruelmente de los sosegados doctores en química, arqueólogos y críticos literarios arrojándolos al hervidero de la guerra civil, de la revolución y de la intervención. Por ahora no oponen resistencia a semejante destino; quieren, mientras tengan fuerzas, luchar contra el fascismo; en esto radica su papel histórico acertadamente comprendido, su papel histórico de intelectuales burgueses de izquierda radicales, y su indudable mérito.

Pero la lucha se hace cada día más virulenta. Hoy se cumple un mes desde el día en que resonaron los primeros disparos fascistas en el cuartel de La Montaña, y el nudo se estrecha cada vez con más fuerza.

Esto ya no es sólo un levantamiento. Ya es una guerra, y las retaguardias de ambos enemigos llegan muy lejos. Franco ha declarado a un corresponsal de la agencia Reuter: «Si vencemos, España se gobernará por principios corporativos, como Alemania, Italia y Portugal. Implantaremos una dictadura que durará todo el tiempo que haga falta.»

Franco tiene en su retaguardia al multimillonario Juan March, a los monjes con aritmómetros bancarios, a la Gestapo, a Trotski con su banda, a los samuráis japoneses, los bárbaros arios, el aceite de ricino italiano para los obreros, las fábricas de Krupp, el frenético delirio de Miguel de Unamuno.

Tras el suave doctor en química José Giral, le guste o no, en la retaguardia están los proletarios y los campesinos de España, los profesores y estudiantes chinos radicales, los checoslovacos alarmados, los laboristas británicos, las banderas rojinegras de Durruti, la ira antifascista y el furor de los barrios obreros de todo el mundo.

En Italia y Alemania, el guante no fue recogido. Los obreros no tuvieron tiempo de ponerse de acuerdo con los campesinos y la pequeña burguesía, ni los partidos entre sí. La peste negra y parda se acercó, furtiva, repentinamente, fulminante. El fascismo no puede llegar al poder sin sublevarse, sin acción violenta. Incluso habiendo obtenido mayoría en las elecciones, Hitler, ya en el poder, tuvo que organizar un motín, una insurrección, tuvo que incendiar, para ello, el Reichstag, detener a diputados, no sólo de los partidos obreros.

Aquí, precisamente aquí, en este país despreocupado, lento y atrasado, la clase obrera ha encontrado la energía vertiginosa, la capacidad espontánea de organización para coger al fascismo por la garganta, herirle y ensangrentarle con las primeras armas que ha encontrado al alcance de la mano, para rechazarle, aunque de momento sea tan sólo de las capitales e iniciar la lucha contra él. Aquí el guante ha sido recogido por primera vez, ¡y qué lucha va a ser ésta!

Francia, loco país, ¿qué esperas? Llevas ciento veinte años sin que te inquiete la frontera de los Pirineos, y ahora te rodean por el sur, los cascos de acero alemanes han hecho ya su aparición en Irún y en San Sebastián. Se cumple la amenaza de Bismarck —era él quien quería «aplicar el sinapismo español a la nuca de Francia»!—... Aquí no tienes la línea Maginot. Dos docenas de chiflados y buscadores de aventuras de la escuadrilla de André, sin pasaportes, en aparatos de ocasión, se han lanzado al aire para defenderte a ti, Francia, para defender tu paz y tu seguridad, tus riquezas y tu hermosura, tus fábricas y sembrados, tu enorme ejército, tu poderosa flota aérea. Uno a uno se reúnen los patriotas obreros franceses para ayudar a España, para rechazar la invasión fascista. ¡Ya México promete enviar fusiles a España, y tú aún dudas! ¿Peligro de guerra mundial? ¿Cuándo se ha apagado un incendio dejando que las llamas se extingan por sí mismas? Es necesario pisotear el fuego incipiente en la habitación para que no se extienda por la casa entera.

Aquí, estos días, están esperando a Francia anhelantes. Nadie —ni el jefe del gobierno, ni el obrero con el fusil al hombro, ni el limpiabotas—, en su fuero interno, duda en lo más mínimo de que Francia, la de izquierdas, la de derechas, cualquiera que sea, por la seguridad de España, por la de Francia, por la de ambos países, acudirá en ayuda de España. Muchos creen que la ayuda ya ha llegado.

Un oficial estudia un mapa en una estancia inmediata a la de Giral. Me hace un guiño.

—¿Francés?

—No. Ruso.

Asombro. Lo duda: ¿no será una broma?

Una muchacha, en un quiosco de periódicos:

—¿Francés?

—No. Ruso.

Se ríe. No lo cree.

Unos milicianos, en el café, se vuelven hacia mí con unas copitas de coñac:

—¡Viva nuestra fiel amiga, Francia!

Yo respondo:

—*Merci.*

Por la noche, en la calle de Serrano, en el Comité Central del Partido Comunista de España, he podido ver y abrazar a un tiempo a José Díaz, a Dolores Ibárruri, a Vicente Uribe y a otros amigos, unos conocidos y otros a los que he encontrado por primera vez.

20 de agosto

A primera hora de la mañana he pasado a recoger a Dolores y por Fuencarral nos hemos dirigido a la sierra de Guadarrama. Una magnífica autopista cruza el espeso bosque de un parque y luego pasa entre lujosas fincas, con chalets del extrarradio de la ciudad. Casi sin interrupción, se van sucediendo uno a otro pequeños poblados de veraneo. Aquí descansaban del sofocante calor de Madrid, la nobleza y la burguesía rica. Ahora está todo destrozado por la artillería, por los incendios o, sencillamente, las fincas están condenadas, descuidadas, abandonadas.

Cercedilla y Guadarrama son los últimos pueblos ante las líneas del frente. Aquí están destrozados tres cuartas partes de los edificios. Casi todo son cenizas y ruinas. De una casa destruida por las llamas, no ha quedado en pie literalmente más que una puertecita montada sobre piedra, y en ella pende de un clavo una tablita ahumada que dice: «Asegurada contra incendios.» Tirados por el suelo, se ven postes telegráficos, cables, cápsulas vacías y cascos de obuses.

En este apelotonamiento complicado de rocas, barrancos y bosque, se viene librando hace ya casi un mes una lucha tensa y concentrada. Ni una sola vez ha habido aquí calma. Los fascistas se sienten hipnotizados por la proximidad de la capital. En total, cincuenta kilómetros, y aún menos. Basta romper hacia abajo, hacia la hondonada y ya es posible agarrar por el cuello a Madrid, al gobierno, a la República. Los republicanos lo comprenden. Comprenden lo que puede costar el más pequeño fallo, la más insignificante distracción.

Los cañones son pocos, por ambas partes. Pero la acústica montañosa extiende los cañonazos con eco centuplicado por los desfiladeros y forma un estruendo fantástico, verdaderamente diabólico.

Cada día, desde primera hora de la mañana hasta muy entrada la noche, pequeños grupos de hombres avanzan cautelosamente por

la ladera, trepan por los riscos intentando envolver a grupos enemigos, cortarlos de sus posiciones; se espían mutuamente, procuran hacerse con una roca más, una nueva elevación, batir otra pequeña depresión del terreno.

Aquí, todos conocen a Dolores, la saludan de lejos, los soldados la obsequian con pan, con vino de las cantimploras, procuran convencerla de que se quede un poco más, de que se siente, de que no avance más allá. En la sierra cada soldado cuenta con efusión que conoce personalmente a Dolores.

Hoy aquí reina una animación especial. Las columnas republicanas intentan aprovechar el éxito registrado el día de ayer por el grupo del coronel Mangada y hacer retroceder al enemigo de su línea inmediata. El enemigo responde con encarnizado fuego de cañón y de ametralladora, las balas y los shrapnel silban a cada minuto. Los soldados aconsejan a Dolores que se agache, ella no hace caso y corre, como todos, derecha inclinando levemente la cabeza.

—¿En qué soy peor que vosotros? Está bien, otra vez vendré con paraguas, entonces nada me va a caer encima.

Entra en cada casita destrozada, conversa con soldados y oficiales, interroga largo rato a los prisioneros, saca de ellos pequeños y al mismo tiempo valiosos detalles sobre la situación de los facciosos. Arma escándalos a los cocineros por la calidad de las comidas. Al enterarse de que en la columna llevan ya dos días sin verduras, comunica por el teléfono de campaña con unas organizaciones, obtiene un camión de sandías y tomates.

En una pequeña villa, se ha instalado el Estado Mayor del sector del Guadarrama. Ahora los fascistas están batiendo con fuego de ametralladora esta casita y su jardín. El jefe del sector, coronel Asensio, hombre hermoso, al estilo de un cantor de ópera, nos prohíbe salir mientras no se calme el tiroteo. Preparan café. Dolores conversa con Casares Quiroga, hombre enjuto, de rostro afilado, con mono y sandalias. Era el jefe del gobierno en el momento de producirse la sedición; se desconcertó, no supo qué hacer, presentó la dimisión, pese al descontento de todo el mundo, y ahora intenta lavar sus culpas en el frente.

Estamos hartos de esperar. Dolores quiere seguir avanzando, llegar hasta donde se han clavado en el suelo los puestos de vanguardia. Todos sienten aprensión y procuran disuadirla. Dolores recuerda que nadie ha estado con aquellos muchachos, aparte de los borricos con

la comida, desde hace cuatro días. El mayor Ristori, jovial, regordete, cojo y, no sé por qué, en completo uniforme de gala, se ofrece a acompañarnos.

Caminamos, echamos unas carreritas; el rechoncho Ristori renquea con su bastón y suda la gota gorda. Después de un kilómetro de camino, hay que salvar doscientos metros arrastrándose, sencillamente, por la piedra recalentada por el sol, entre unas espinosas matas de escaramujo. Es enternecedor ver cómo Dolores, femenina, se aparta bruscamente cuando zumba una bala al chocar contra una piedra; Ristori la mira apenado.

Colocaron una sección al resguardo de una peña. Desde aquí, se abrió una trinchera descubierta de comunicación con un fortín. El parapeto está construido con piedras pequeñas y sacos terreros. Al principio y al final de la zanja, los soldados han puesto inscripciones burlescas: «Metro Madrid-Zaragoza.»

Soldados y mando están entusiasmados por la presencia de Dolores.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? ¡Pero si aquí hasta los hombres suben sólo de noche! ¡Vaya mujer! ¡No en vano te llaman Pasionaria!

Nos hemos arrastrado hasta el fortín. Desde aquí se ven con toda claridad los parapetos de los facciosos, a unos doscientos pasos.

Toda la sección se ha agolpado en este minúsculo nido. Los combatientes rodean a Dolores por todas partes, tostados por el sol, peludos, algunos vendados. La atosigan, la llaman a la vez de todas partes:

—¡Dolores, bebe con mi pote!

—¡No, con el mío!

—¡Dolores, toma una carta para mi madre!

—Dolores, mira mis heridas, casi se han cicatrizado en cuatro días...

—Dolores, te regalo mi bufanda en memoria. ¡Cuidado, no la tires!

—Dolores, prueba mi ametralladora, ¡es una máquina divina!

Dolores bebe con el pote, toma la carta, tienta la herida, se pone la bufanda del soldado y se mira en un espejito, aprieta contra la ametralladora su cabeza de pelo negro, con alguna cana, y suelta una ráfaga.

Los fascistas responden con un fuego nutrido y rabioso. Hace rato que les está mosqueando el movimiento y la animación del fortín.

—Ya ves, Dolores, te hemos metido en un mal paso.

—Al contrario, he sido yo la que ha atraído sobre vosotros estas balas.

Estrechamente apelotonados, los soldados escuchan las entrecortadas palabras de Dolores:

—Yo, como vosotros, soy una española sencilla, no de la nobleza. He sido fregatriz en los edificios de una mina. Y mi marido es minero... Pero todos nosotros, gente sencilla, obreros, lucharemos hasta el fin por una España popular, libre y feliz, contra la camarilla fascista de generales y jesuitas... Sois unos muchachos valientes, ya lo sé, pero la valentía no basta. Es necesario tener clara conciencia de contra quién luchas, contra quién disparas... Nosotros disparamos contra nuestro maldito pasado, contra la España de los Borbones y Primo de Rivera, que intenta volver y estrangularnos. Que el enemigo no nos pida gracia... Constituimos la vanguardia mundial contra el fascismo, de nuestra victoria dependen muchas cosas. Nos apoya la democracia de todo el mundo... Nos apoyan los obreros rusos. Ya nos han mandado dinero, y nos mandarán lo que nos haga falta... Aquí me acompaña un camarada ruso, ha venido en avión a nuestro país... Pero hemos de confiar sobre todo en nosotros mismos, en nuestras armas, en nuestra valentía... Nadie ha podido vencer nunca, hasta el fin, a un pueblo que luche por su libertad. Es posible convertir a España en un montón de ruinas, pero no es posible convertir a los españoles en esclavos... Vosotros decís que tenéis pocos proyectiles; pero ¿con qué lucharon los obreros y campesinos rusos contra sus fascistas e invasores extranjeros? Cogían los cartuchos y proyectiles al enemigo... Llegará el día en que nuestra causa triunfará. La bandera de la República democrática ondeará sobre todo el Guadarrama, sobre los minaretes de Córdoba, sobre las torres de Sevilla.

Hace una pausa, se arregla con gracia y propone:

—Si queréis hacerme un gran honor, dad mi nombre a vuestra compañía.

Los combatientes están de acuerdo.

—Desde luego... Si no temes que te dejemos mal.

Los facciosos siguen disparando contra la trinchera, y Dolores cuenta cómo progresa la mujer española al participar en la guerra, al ayudar a los hombres en la retaguardia. Se enardece al pasar a su tema favorito: la mujer, la familia y el niño en la Unión Soviética.

—¿Tienes hijos, Dolores?

—Naturalmente. Podéis envidiarme. Tengo a mi hija en Ivánovo,

que es una ciudad textil soviética, por el estilo de nuestra Sabadell. Y a mi hijo en Moscú, en la fábrica Stalin. Sólo tiene dieciséis años, pero mide un metro ochenta. Imaginaos, pronto se me presentará y me dirá: «¡A ver, voy a tomarte en brazos, madrecita!»

Todos se ríen largo rato. Y Dolores, llena de inquietud y ternura, mira a la sección.

Los combatientes entregan un ramo a Dolores. No son flores de tienda. Han sido recogidas al pie de las rocas, bajo el fuego de los fascistas.

Ya oscurecido, regresamos al Estado Mayor, y no los tres solos, sino con una solícita compañía. Pasada Cercedilla, junto a un grupo de casas, de pronto se oye un disparo, unos gritos desgarradores, inhumanos, y mucho trajín. Paro el coche y voy a ver qué pasa. Resulta que un muchacho, con la mano sobre la boca del fusil, se ha quedado adormilado y se ha atravesado la palma. Bien que mal, se la han vendado y lo hemos subido al coche para trasladarlo al punto de socorro de El Escorial. El fornido muchacho llora a voz en grito. Dolores le tranquiliza pacientemente:

—Basta, tonto, ¿por qué chillas así? Si estás vivo. Si no es tanto lo que duele, lo que pasa es que te has asustado mucho porque estabas dormido. Yo misma me asusto siempre si me pasa algo estando dormida. A mí, si me pinchan aunque sea con una aguja cuando duermo, ya me parece que me están degollando. Eso se comprende. ¿Quieres fumar? Ahora mismo te darán tabaco.

Sí, pide tabaco, pero fumar y vocear a un tiempo es incómodo. No, no quiere fumar. ¿Por qué tardamos tanto en llegar al hospital? Dolores le consuela:

—Ahora llegaremos. Vamos despacio, sin luces, para que no tiroteen el coche. ¡A qué darse prisa! Te curarán la mano, te la vendarán, y te dormirás como un ángel.

Y, después de haber hecho entrega del herido, manda al chófer con voz cortante:

—¡Rápido, a Madrid, al Comité Central! Llegamos tarde a la sesión. Da las luces, ¡no podemos seguir siempre a paso de tortuga!

22 de agosto

En un gran edificio de la calle de Serrano se hallaba instalado el Consejo Nacional del partido católico de Gil Robles. La casa sigue intacta, las sillas de la sala tienen las fundas puestas, en el rellano de la escalera de mármol, monta la guardia un hombre con fusil. En el gabinete, a la mesa de Gil Robles, inclinado sobre papeles y periódicos, con un ventilador al lado, está José Díaz. Su rostro largo, moreno, pensativo, debido a la fatiga y a la enfermedad, parece de una persona mucho más entrada en años. De día trabaja solo, con su secretario, recibe delegados de las provincias, de los frentes, de las empresas. De vez en cuando, al son de la música y de los tambores, se aproximan a la casa manifestaciones —columnas que se dirigen al frente, y exigen que se les deje ver a Pepe—. José Díaz se asoma al balcón, enternecedoramente modesto, y de pronto se sonríe con una sonrisa juvenil, vehemente, triunfante, que a todos infunde seguridad y a todos llena el alma de gozo.

Al atardecer, a eso de las siete, van acudiendo de distintos puntos los miembros del buró político. Todos se sientan en el despacho de Pepe, se cuentan las noticias del día, leen juntos los periódicos de la noche, examinan y resuelven los problemas. En la estancia inmediata, cenan juntos, invitando siempre a la mesa a gente llegada de fuera o a alguno de los comandantes. Luego continúan trabajando, hasta altas horas de la noche, y se mandan a la fuerza uno al otro al salón de Gil Robles. Allí, entre blancos muebles, hay montadas cuatro camas de campaña para descabezar un sueño.

La dirección del Partido español es joven, como el Partido mismo, que en poco tiempo ha pasado a ser un partido proletario de masas. Se ha formado sobre la marcha, en lucha contra el fascismo, en lucha contra la camarilla trotskista, que en otro tiempo daba aquí el tono, en lucha contra los propagadores de la indisciplina anarquista y contra las ilusiones sectarias. El nuevo buró político está formado totalmente por proletarios, por revolucionarios fogueados, populares entre la masa obrera, excelentes propagandistas y oradores. En este puñado de hombres están representados distintos caracteres y temperamentos, distintas individualidades, distintos tipos regionales, populares, de España.

Vicente Uribe es un obrero vasco, albañil, de baja estatura; ha leído mucho, se ha ocupado mucho de cuestiones sobre la teoría de la revolución proletaria, sobre economía española, en especial sobre el problema agrario; en el trato es lacónico, callado, algo adusto. Además, es un organizador reflexivo, un hombre decidido y firme, un buen camarada. A mí me ha prestado en seguida gran atención de tipo práctico, ha gastado tiempo para relacionarme con personas, con organizaciones, con empresas; recoge informes, datos, cifras... Ahora ha sido designado para mantener el enlace con el Ministerio de la Guerra.

Pedro Checa, enjuto, muy delgado, muy pálido, es el segundo secretario del Comité Central, el eje de organización en movimiento continuo. En la casa de Gil Robles dispone de una habitacioncita al lado de las mecanógrafas y de los contables. Todo pasa por esta habitación durante las veinticuatro horas del día: enlace con las organizaciones madrileñas y regionales, cuestiones militares, reparación de automóviles, mandatos y certificados, castigo de provocadores, impresión de octavillas, ingreso y expulsión de miembros del Partido, convocatoria de reuniones y mítines. Eternamente rendido de fatiga y siempre infatigable, con voz suave y una sonrisa apenas perceptible, Checa ordena y manda durante toda la noche.

Antonio Mije, andaluz jovial, carirredondo, viene siempre con una pequeña cartera de mano, siempre con retraso, de modo que toda sesión en que él participe comienza con general descontento por su ausencia. Pero, una vez llegado y después de haber ablandado a los presentes con noticias de interés e importantes, se apodera de la atención general e informa acerca de todas las cuestiones con detalle y acierto. El Partido le aprovecha para cuestiones sindicales y económicas; es el invariable representante del Partido en todas las negociaciones, en todos los comités de enlace, en todas las conferencias sobre las industrias de guerra.

La presencia de Dolores introduce una nota especial en el ambiente de la dirección del Partido. A la atmósfera masculina del buró político, severa, a veces de un practicismo acentuado, la presencia de Dolores le da calor, alegría, sentido del humor o ira apasionada, dureza, especial intransigencia con los compromisos. Dolores llega con el ánimo gozoso, con una sonrisa alegre y pícara, arreglada, elegante, pese a la sencillez de su vestido, siempre negro; se sienta, pone las manos sobre la mesa e inclinando levemente su cabeza grande y hermosa, escucha en silencio la conversación. O bien, mortalmente fatigada, apenada por algo, abatida, con la cara gris, pétrea, envejecida, se deja caer pesadamente en una silla junto a la puerta, en un rincón, y también calla. Y luego, de súbito, irrumpe en lo que otro dice y entonces es inútil interrumpirla mientras no ha acabado de derramar la larga tirada, sin tomar aliento, que puede ser alegre, burlona, ingeniosa, y triunfante o tenebrosa, airada, casi quejumbrosa, llena de reproches doloridos, de acusaciones, de protestas y de amenazas contra el enemigo del día, manifiesto o encubierto, contra el burócrata, el saboteador, que ha obstaculizado el envío de armas o de víveres a los milicianos, que ha ofendido a los obreros, que intriga desde fuera o desde dentro contra el Partido.

Entre los miembros del buró político, lo mismo que en todo el Partido, José Díaz posee una autoridad orgánica, insólitamente natural, que queda subrayada por su modestia, no menos extraordinaria. Durante las sesiones, incluso las muy animadas, habla muy poco, como si hasta evitara intervenir, excepto en los casos en que, sin su intervención, no puede tomarse una resolución acertada.

Sería ingenuo considerar su modestia y bondad como inocuidad —en medio de la conversación más pacífica, suelta, de pronto, una parca característica de alguien, breve y mortal, como una estocada—. Por un reproche suyo, incluso dicho cortésmente, la gente palidece y se desconcierta, se retira más abatida que si se hubiera tratado de una escena ruidosa y llena de improperios, cosa no rara en España, incluso en un ambiente de trabajo.

Todo el mundo quiere hacer algo agradable para José Díaz, no para merecer su agradecimiento, sino, simplemente, para darle una alegría, para verle la sonrisa o por lo menos para ver que mueve contento la cabeza...

A veces, durante una conversación o mientras está reunido con sus compañeros, se apodera de él un terrible cansancio, quizá por efecto de un acceso de su enfermedad. Entonces hace cosas raras: sale del despacho, se pasea solo por los pasillos, entra en las oficinas por unos momentos, pasa al desierto archivo, contempla los paquetes de periódicos atados, las colillas tiradas al suelo, baja por la escalera al patio, mira cómo pelan patatas, sale al portalón, se acerca a la entrada y se pasa un cuarto de hora entre los chóferes y los coches. Los camaradas hacen ver que no se dan cuenta, siguen ocupados en sus tareas. Vencido el dolor, vuelve a su despacho y se une a la conversación.

Ahora en Madrid se ve la causa contra un grupo de terroristas de Falange Española; entre ellos, ocupando puestos de dirección, figuran algunos traidores, expulsados de los Partidos Socialista y Comunista. Han asesinado a oficiales antifascistas —al teniente Castillo, al capitán Farado y preparaban el asesinato de Azaña, Largo Caballero, Álvarez del Vayo, Dolores y Hernández—. Esforzándose por salvar la piel, los acusados aducen como méritos suyos del pasado el haber pertenecido al Partido. El Comité Central se ha dirigido al fiscal y al tribunal declarando que para los trotskistas, antiguos miembros del Partido, considera deseable no una atenuación de la sentencia, sino su agravación.

Incesantes oleadas, profundos estremecimientos, agitan y conmueven la capital. Cada dos o tres horas sucede alguna cosa, en la calle, en las puertas de una fábrica, hasta en los hospitales: de vez en cuando se presentan grupos armados y exigen que se les deje visitar a los enfermos. La atmósfera está al rojo vivo y procuran aprovecharla para el terrorismo y las provocaciones, los elementos y los agentes interesados en ello.

Después del mediodía, la ciudad otra vez se ha visto agitada por una terrible conmoción. Dicen que arde la cárcel Modelo, que los presos fascistas se han abierto paso al exterior y han entrado en combate con la población. Todo el mundo se ha dirigido hacia la cárcel; se ha desarticulado la circulación de las calles; gente con fusiles para los automóviles, los autobuses e incluso los tranvías, y ordena a los conductores que se dirijan hacia la cárcel.

Al Comité Central ha podido llegar un camarada de la guardia de la cárcel. Cuenta: en la cárcel Modelo hay unos dos mil detenidos fascistas. En la segunda mitad del día, los capitostes han organizado una quema colectiva de colchonetas. Los detenidos tenían pocas esperanzas de poderse evadir. Lo que pretendían, sobre todo, era otra cosa —con el incendio, alarmar a la fácilmente excitable masa madrileña, provocar choques en las calles, mostrar al país y al extranjero que el gobierno no es el dueño de la capital—. Lo han logrado, pero sólo a medias. El espeso humo que salía de las ventanas de la cárcel ha congregado en torno a una muchedumbre de muchos miles de personas airadas. La muchedumbre quiere penetrar adentro y no dejar un solo detenido con vida. La guardia es impotente para dominar la situación. Es necesario hacer algo ahora mismo.

Díaz y Uribe se ponen en comunicación por teléfono con los socialistas, con los anarquistas, con los republicanos, proponen mandar un representante de cada partido para tranquilizar a la muchedumbre, instarla a que se retire después de haberle prometido que un tribunal extraordinario, con representantes de los partidos, se ocupará inmediatamente del motín fascista y castigará con la máxima severidad a todos sus participantes activos.

Todos están de acuerdo con la proposición; el problema consiste, tan sólo, en cómo abrirse paso hasta la cárcel. Se acuerda que cada representante procure llegar por sí mismo, cuanto antes mejor.

No hay modo de acercarse a la propia cárcel, ni a pie ni en coche, todo está acordonado a cinco manzanas de distancia. Algunas calles están interceptadas por los autocares de la policía. De todos modos, con el pase de Giral he podido llegar hasta la misma plaza. Está repleta de gente, como lata llena de caviar.

La cárcel, envuelta en llamas y humo, se encuentra iluminada por los proyectores de los bomberos, en la pared se lucha cuerpo a cuerpo. Pitidos de las sirenas, gritos, la guardia montada aplasta a la gente, tiroteo, el fin del mundo.

Se necesitan unos esfuerzos monstruosos y casi una hora de tiempo para lograr que la plaza escuche unas palabras por un altavoz. Se ve la silueta fina, como de cartón, del orador en el arco de la puerta, con el micrófono en las manos. Procura convencer a los libres y fuertes ciudadanos de Madrid para que se retiren pacíficamente, seguros de que el gobierno y el Frente Popular no dejarán que los fascistas escapen de la cárcel. Todos los sediciosos están detenidos, el incendio está casi apagado, funciona un tribunal especial, y ¡ay de los criminales! ¡Los liquidarán a medida que se dicten las sentencias! Entre la muchedumbre gritan: «¡Muy bien!» Después, otro orador pronuncia otro discurso análogo. Pero la muchedumbre ya se ha enfriado; sin escuchar, se vuelve de espaldas a la cárcel y, enojándose, empuja a los que, delante, taponan las salidas. Poco a poco la ciudad se sosiega.

23 de agosto

Julio Álvarez del Vayo ha venido a verme al Florida conmovido, bonachón, muy amistoso, muy periodista, aunque con pistola. Sus primeras palabras: «¿Se acuerda de lo que le dije en *Pravda*?»

Es cierto, en el verano de 1935 pasó a despedirse después de un largo viaje por la Unión Soviética y dijo, lo recuerdo bien, dijo convencido: «En marzo, en España habrá lucha, ¡me juego la cabeza!» Entonces, eso sonaba muy teórico, era lo que se llama una «prognosis», pero ahora estamos sentados en el vestíbulo de un hotel madrileño entre desmelenados milicianos y aviadores franceses voluntarios, y él, algo desmañado en su mono raído, de sufrido color, inclinando su gran cabeza de intelectual, bajando sobre la punta de la nariz sus gafas de carey, cuenta con vivacidad las últimas noticias de las unidades, de los sindicatos y de los ministerios.

Vayo habla del «viejo» Largo Caballero con veneración. Todos los días en el frente, con los combatientes; los soldados le adoran, las delegaciones asedian constantemente la Unión General de Trabajadores, le invitan a que hable, se ponen a su disposición. ¡Es el auténtico jefe de las masas! ¡Y qué habilidad para las cuestiones militares! El viejo se ha convertido en un verdadero estratega. Es infatigable, y figúrese, ¡tiene sesenta y siete años! Ha de entrevistarse usted con él cuanto antes. Él se alegrará. Aconséjele que, por las fiestas de noviembre, vaya conmigo a Moscú, le agradará que se lo diga.

—¿Cree usted que se habrá acabado esto, para noviembre?

Reflexiona:

—Es difícil decirlo con exactitud. El general Franco, aparte de todo lo demás, se ha sublevado también contra mis planes personales. Como usted sabe, en invierno quería visitarles y escribir un libro acerca de la intelectualidad soviética. Ya tenía contratos con el editor de Madrid y de Londres... Pero no importa, calmaremos a este señor. Más tarde o más temprano...

Al filo del mediodía, los facciosos han hecho una incursión al aeródromo militar de Getafe. Llevan el ataque ocho bimotores Saboya. Sólo han arrojado parte de las bombas y han huido perseguidos por los cazas del gobierno.

Unas dos horas más tarde, toda la ciudad se había enterado de la incursión. Pero la anunciada corrida de toros del domingo ha reunido, a pesar de todo, a sus veinticinco mil espectadores. A nadie han chocado los elevados precios; la corrida era benéfica.

Sobre el anfiteatro abierto, lleno de bote en bote, aparece un avión. El público zumba, alarmado, pero se trata sólo de un pequeño aparato deportivo. Desciende en picado, se deja caer en barrena y arroja octavillas. De todos modos es una locura reunirse así, sin miedo a la aviación, a la hora tradicional, fijada con toda exactitud. ¿O es que se para la guerra civil los domingos, a las cuatro de la tarde, hora de la corrida?...

El espectáculo empieza según todo el ritual. Pero cuando el medieval desfile da la vuelta al ruedo y se acerca al palco presidencial, los heraldos con sus capas negras, montados a caballo, pasan los clarines a la mano izquierda y con la derecha, puño en alto, saludan a lo *Rot-Front*. Desfilan seis toreros con sus trajes de luces y coletas, pero en vez de los tricornios llevan boinas proletarias.

El primer torero hace gala de la diversidad de su estilo. Corre con los capeadores y maneja con extraordinaria habilidad la capa roja, provocando rápidamente en el toro su primer estadio de furor. Luego da unas pruebas de su maestría como banderillero, atrayendo hacia sí al toro y hundiéndole en el cerviguillo, raudo, dos palos delgados con arponcillos en los extremos. Pero cuando ha llegado el momento de demostrar su auténtica calidad, el matador no ha estado a la altura. Ha herido torpemente al toro en los pulmones, la sangre ha manado como en surtidor, bañando los ojos del toro, que se ha pegado a la barrera y ha dejado de reaccionar. Entre los silbidos y el griterío del público, el desafortunado torero ha necesitado largo rato para terminar con el atontado animal.

El segundo torero ha resultado ser el triunfador de toda la corrida. Ha empezado ofreciendo el toro al Partido Comunista y a doña Dolores Ibárruri: clamorosas ovaciones. Largo rato, con riesgo y elegancia, ha estado jugando con su salvaje enemigo, ha dejado pasar la espantosa mole cornuda a un pelo de sí mismo, permaneciendo casi inmóvil en clásica pose de ballet. Y de súbito, desenvaina la espada y en un instante abate al toro. Nuevas y estrepitosas ovaciones, la orquesta toca la *Internacional*, luego el himno republicano, al vencedor le arrojan una gorra de uniforme de la milicia obrera, el torero se la pone, corre con ella a lo largo de la plaza, todo es clamoroso y juvenil regocijo. Las tribunas se dan aire con abanicos de papel, beben limonada, charlan vivamente y alzando la voz. Las mujeres manifiestan su descontento porque los toreros han comenzado a vestirse con poco cuidado. Los hombres se hacen guiños astutamente: aquí, amigo, no podía faltar que los comunistas conquistaran a este torero, ésa es gente capaz de poner en salsa cualquier guiso.

Los demás toreros no muestran especial arte. En ayuda suya saltan al ruedo dos milicianos, que excitan con mucho celo al toro, apar-

tan de él a un caballo que había dado un traspié con su picador y ellos mismos clavan valientemente banderillas. El público se ríe y aplaude frenéticamente. Los inveterados entendidos no están contentos. ¡Caramba! ¿Se puede venir con monerías en una cuestión tan seria? Algunos se levantan y se van.

Por la noche llevan al Florida una de las bombas arrojadas hoy al aeródromo y que no ha estallado. Es de marca alemana.

25 de agosto

Los partes de guerra comunican que Córdoba está en vísperas de ser tomada. Las tropas gubernamentales la han rodeado por todas partes. En un radio captado por los republicanos, el general Aranda, sitiado en Oviedo por los mineros asturianos, declara: «Si no envían los refuerzos formalmente prometidos, me veré obligado a rendirme.» Una columna de facciosos ha emprendido una salida de Zaragoza y ha sido dispersada casi enteramente por las milicias obreras. Han sido cogidos prisioneros y trofeos. Los aviadores gubernamentales han bombardeado Huesca y Huelva. «Ayer —se dice en el parte de guerra— se registraron en algunos sectores de algunos frentes triunfos que permiten esperar para los próximos días otros éxitos aún más importantes y decisivos.»

Todo esto es muy agradable. Pero al mismo tiempo, los fascistas —y de ello no se habla en el parte— han hecho retroceder a las unidades republicanas en Navalmoral de la Mata y se dirigen hacia Oropesa. En cinco días han avanzado en esta parte unos cien kilómetros. He tomado una regla, un mapa a buena escala y he hecho cálculos sobre esta dirección de Extremadura. Por carretera, de Navalmoral a Madrid hay 179 kilómetros (desde Mérida hay 354; desde Badajoz, 415). Pero la cuestión no está, en este caso, en los kilómetros, sino en que esta línea y la que le es paralela, Mérida-Navahermosa-Toledo-Getafe, sirven de pasos naturales hacia Madrid entre cadenas montañosas por el valle del Tajo. Sólo en Talavera, el lugar más estrecho del valle, se encuentra un obstáculo serio. Desde Talavera hasta Madrid, la franja llana alcanza una anchura de cincuenta o sesenta kilómetros y permite al ejército deslizarse hacia la capital sin tener que vencer ningún obstáculo natural. En ese frente, las tropas gubernamentales o, mejor dicho, las unidades de milicias, son muy escasas, en parte porque ahí, al suroeste de Madrid, exclusión hecha de Toledo y de Talavera, no hay ciudades grandes ni pequeñas. Pero los obreros toledanos están sujetos por el asedio del Alcázar —nido fascista en el centro de la ciudad—. Mientras no acaben con él, no pueden salir al encuentro del enemigo. En Talavera hay ferroviarios y obreros de las fábricas de cerámica, pero nadie los organiza. Es más, aunque estuvieran en condiciones de pelear, sólo podrían contener temporalmente, hasta la llegada de las fuerzas principales, la ofensiva del ejército fascista, con su aviación, su artillería, sus legionarios y sus marroquíes.

Todo esto, debido a Badajoz. Tomado por los facciosos, se ha convertido para ellos no sólo en entrada de Portugal, sino, además, en anillo de unión entre sus fuerzas del norte y del sur. Con la pérdida de Badajoz, la guerra civil ha entrado en una nueva fase. Hasta ahora las acciones militares estaban divididas en zonas separadas, en focos. En algunos lugares, las partes contendientes se hallaban dispuestas hasta en círculos concéntricos, por ejemplo en la provincia de Córdoba, donde la provincia, republicana, asedia la propia ciudad de Córdoba, mientras que en el interior de la ciudad, a su vez, los barrios obreros, fieles al gobierno, están sitiados por los sublevados. Lo mismo ocurre en Asturias, en Toledo, en las islas Baleares. Ahora ha comenzado la unión de las manchas separadas en macizos continuos. Si Extremadura es ocupada, los territorios de los facciosos se unirán y rodearán a la capital por el norte, por el oeste y por el suroeste. ¡He aquí las consecuencias de la criminal falta de atención de Madrid por la defensa de Badajoz!

El sector de Extremadura inquieta no por el peligro mismo que representa, sino, precisamente, porque a ese sector todavía no se le concede atención operativa. El día 20, por la noche, cuando los fascistas tomaron Mérida, telegrafié a *Pravda*: «Al suroeste de Madrid se crea una nueva zona de combate, mucho más seria que la zona del Guadarrama, la cual, si bien se halla más próxima, está bien defendida por las montañas y por las tropas. El general Mola ha dirigido un imponente grupo de tropas por la línea Mérida-Toledo, topográficamente cómoda vía hacia Madrid.»

Para la una de la tarde, me ha concedido una entrevista don Manuel Azaña. En el patio del ex palacio real hay mucha animación, mu-

chos automóviles, algunos de ellos con el barro de caminos vecinales pegado en el guardabarros. Llegan a toda velocidad motoristas del servicio militar. Entre los tapices y gobelinos del palacio, hay también muchos oficiales, mapas, máquinas de escribir, aparatos de telégrafo. Parece que es aquí donde se encuentra el Estado Mayor que no está aún en el Ministerio de la Guerra.

El propio Azaña, reposado, caviloso, ha envejecido sensiblemente en estos cinco años.

En España, país de suntuoso lujo nobiliario y suma ignorancia rural, el pueblo honra bondadosa y fielmente a la intelectualidad. Los testimonios del pensamiento humano, a veces cuanto más abstractos tanto más seductores, están rodeados de una atmósfera de admiración y reverencia. Azaña, filósofo esteta, publicista al nivel de los elegidos, autor de primorosas novelas psicológicas, presidente del Ateneo, club de intelectuales, se ha visto llamado a presidir la tronante y bullente España popular del año 36. A él, crítico literario, cuya fina espada estilística buscaba las formas más elegantes de traspasar las corazas medievales de los místicos religiosos, le ha sido dado convertirse en centro vivo de unión política, en dirigente de la lucha parlamentaria y de masas, primero contra la monarquía y la dictadura de militares y terratenientes, después, contra la reacción fascista.

La victoria electoral del Frente Popular ha situado a Azaña en el Palacio Nacional, como jefe del Estado. Su viveza y dinamismo personales no le han permitido convertirse en una figura puramente representativa. Al contrario, para amigos y enemigos, el nombre de Azaña ha pasado a ser el símbolo de la defensa activa de la República democrática contra el fascismo. Por esto el viejo palacio real está ahora más animado que nunca en toda su existencia.

Azaña habla emocionado del heroísmo y de la cohesión del pueblo español que, con las armas en la mano, defiende el régimen democrático.

—Pese a la provocación del fascismo o, quizá como consecuencia de ella, nuestro pueblo ha dado muestras de su conciencia, de su voluntad y de su firmeza en defensa de sus derechos.

Tiene muchas palabras de alabanza para el Partido Comunista, por su organización y disciplina en los días de combate, habla de la enorme autoridad del Partido entre amplias masas del pueblo.

Habla largo rato de las dificultades con el armamento, de las posibilidades de su compra y envío, caracteriza la personalidad y las cualidades de los pocos militares profesionales que han permanecido fieles al gobierno... Pero, en general, las fuerzas republicanas casi carecen de mandos. Hay que forjarlos sobre la marcha, y esto no es cuestión de un día.

Habla con cariño de nuestro país. Pregunta con detalle qué formas y manifestaciones ha tenido entre nosotros la simpatía por el pueblo español.

—Transmita a su pueblo, que su simpatía, su imponente ayuda, nos han conmovido hondamente, pero no nos han sorprendido. Para mí siempre ha estado claro que la gran democracia soviética tenía que mostrarse solidaria con la democracia española. Nada divide a la Rusia actual y a la España de hoy. Al contrario, hay y habrá mucho de común y que nos aproxima. Tengo la esperanza de que se reforzarán y se profundizarán las relaciones económicas y culturales entre ambos países.

Yergue la cabeza; su faz redonda, dulce, un poco como la de una vieja dama, se vuelve más severa y dura.

—El pueblo español, su presidente, su gobierno legal, continúan defendiendo su maravilloso país, su libertad, su valiosa cultura. Nuestra victoria será un gran éxito para la cultura, el progreso y la democracia, un éxito de toda la humanidad en la lucha contra las fuerzas oscuras del pasado que está en vías de desaparecer. Indalecio Prieto no ocupa ningún puesto oficial. No obstante, se le han asignado un enorme y lujoso despacho y una secretaría en el Ministerio de Marina.

Los ministerios madrileños son los más lujosos de Europa. A su lado, los de París y Londres parecen simples oficinas para la venta de cáñamo.

Prieto acude al despacho por la mañana, dicta el comentario político para el periódico de la noche *Informaciones*. Luego, hasta la hora de comer, recibe a amigos y enemigos políticos.

Está sentado en un sillón, cual enorme pella carnosa con un irónico rostro pálido. Tiene los párpados soñolientos semicerrados, pero por debajo de esos párpados miran los ojos más atentos de España.

Tiene una firme reputación ganada ya para siempre, de político práctico, muy sagaz e incluso ladino. «¡Don Inda!», exclaman los españoles, y levantan significativamente el dedo por encima de la cabeza.

Con todo, don Inda es muy amigo de la franqueza y hasta presume de ella, a veces en forma algo grosera.

Mira cucamente por debajo de los pesados párpados y dice en un francés chapurrado:

—Este pequeño burgués se siente feliz por su atención y su visita.

Pronuncia, como todos los españoles, «petit bourchois». En 1931, le puse como chupa de dómine en *Pravda* por reformista y conciliador, ¡y me figuraba que no lo había leído!

Le pregunto qué opina de la situación. En diez minutos hace un análisis muy atento, agudo y pesimista de ella. Se mofa de la impotencia del gobierno.

—¿Y qué piensa usted de Largo Caballero?

—La opinión que me merece es de todos conocida. Es un tonto que quiere pasar por listo. Es un burócrata frío que hace el papel de fanático arrebatado, es un desorganizador y un enredador, que se finge burócrata metódico. Es un hombre capaz de echarlo a perder todo y a todos. Nuestras divergencias políticas constituyen el meollo de la lucha en el Partido Socialista español de los últimos años. Y, a pesar de todo, por lo menos hoy, es el único hombre, mejor dicho, es el único nombre apropiado para encabezar un nuevo gobierno.

—¿Y usted?...

—Yo estoy dispuesto a formar parte de dicho gobierno, ocupar en él cualquier puesto y trabajar a las órdenes de Caballero, en lo que sea. Otra salida no existe para España, ni existe tampoco para mí, si hoy quiero ser útil al país...

En los rellanos de mármol de las amplias escalinatas, charlan oficiales de marina vestidos con sus elegantes uniformes. Abajo, en el bar, les preparan cócteles. Por lo visto, no se reúnen aquí para otra cosa.

27 de agosto

Los aviones fascistas empiezan a abrirse camino hacia Madrid. Hoy, al amanecer, han aparecido sobre los arrabales. Las autoridades prohíben que se les haga fuego desorganizadamente, pero es en vano. No bien algo aparece en el aire, todos los que poseen armas comienzan a disparar, impotentes, al cielo, con los fusiles, con los revólveres, con lo que viene a mano. Es difícil luchar contra semejante locura. Por la noche, cazas republicanos han derribado un trimotor, pero no hay modo de poner en claro dónde y cómo.

Buenas noticias de Aragón. Allí, Durruti ha vadeado el Ebro en Pina y ha regresado con soldados y oficiales prisioneros. En Tardienta, una columna de las unidades de Trueba ha ocupado una nueva posición: Cerro Sangarra.

Entrevista con el «viejo» en el edificio de la Unión General de Trabajadores. Ambiente típico de unas oficinas de sindicatos reformistas, si bien ahora sacudido por el vendaval revolucionario. Pequeños y limpios despachitos, sillas con muchos años de servicio, archivos sin fin y burócratas archiveros cuidando de los ficheros. Estos funcionarios se sienten turbados por el torrente continuo de visitantes, de obreros armados, de mujeres con pantalones, de campesinos cubiertos de polvo procedentes de lejanas aldeas.

El propio Largo Caballero viste el mono de guerra, con pistola al cinto; se le ve curtido por el viento y el sol, muy fresco y animoso, dados sus, casi, setenta años. Álvarez del Vayo ha organizado la entrevista y nos ha servido de traductor. Esto ha resultado bastante difícil, pues el «viejo» ha hablado con monólogos rápidos, arrebatados; de todos modos, cada vez entiendo mejor este idioma sencillo, sonoro y fluido en la construcción de la frase.

Sin preámbulos ni exordios de ningún género, Largo Caballero se ha lanzado impetuoso y duro contra el gobierno. Le ha acusado de ineptitud total y, en parte, incluso de poco interés para aplastar la sublevación. Los ministros son gente incapaz, roma, perezosa. Todo lo hunden a cada paso. Nadie los escucha, uno no se preocupa para nada de lo que hace el otro. No tienen la menor idea de la responsabilidad ni de la gravedad de la situación. A ellos, que los dejen reposar plácidamente en sus gabinetes ministeriales. Además, ¿a quién representan? Todas las fuerzas populares se unen fuera del marco del gobierno, en torno a los sindicatos socialistas y anarquistas. La milicia obrera no cree en el gobierno, no cree en el Ministerio de la Guerra, porque éste utiliza los servicios de personas equívocas, de ex generales reaccionarios monárquicos, de oficiales de carrera, a todas luces traidores. La milicia obrera ya no hace caso al gobierno y si esta situación se prolonga, ella misma tomará el poder en sus manos.

—¡Qué gobierno es éste! —Caballero, airado, se levanta un poco de la silla—. ¡Esto es una comedia y no un gobierno! ¡Es una vergüenza!

A la pregunta de por qué se demora tanto la transformación de las unidades de milicias en ejército regular y quién tiene de ello la culpa, no da una respuesta precisa y vuelve a atacar al gobierno. Considera nocivo el decreto, recientemente aparecido, que sienta las bases del ejército de voluntarios. Se invita a que se alisten en él, ante todo, los soldados y suboficiales de la reserva, y luego todos los ciudadanos que conozcan el manejo de las armas y que estén dispuestos a defender la República en unidades militares regulares. Para asegurar el carácter republicano y democrático del nuevo ejército, el decreto exige, como requisito necesario de admisión, que cada soldado presente un aval de los partidos y organizaciones del Frente Popular.

Caballero ve en dicho decreto un desdén para los combatientes obreros y la concesión de privilegios especiales para los militares de carrera: «¡Otra vez se resucita la casta militar!»

Yo procuro hacerle ver la utilidad de los soldados reservistas para el ejército, sobre todo en un país civil, como España, militarmente sin instrucción, que casi no ha combatido. Él profetiza que el ejército regular arrancará al pueblo las armas que tan caras le han costado.

Se entabla una larga y viva discusión acerca de las ventajas del ejército y de las milicias. Del Vayo apenas tiene tiempo de traducir. Largo Caballero se remite a algunos pasajes de *El Estado y la revolución*, de Lenin, acerca del pueblo en armas. Yo le recuerdo que en otra situación, el propio Lenin creó el ejército obrero y campesino, concediéndole preferencia absoluta ante el abigarramiento orgánico de los grupos de milicias, columnas y destacamentos. La unión de los mejores elementos, filtrados, de los mandos inferiores con los obreros revolucionarios de vanguardia, constituye la aleación con que puede forjarse un potente Ejército Popular antifascista. Cuando existen paralelamente y en igualdad de derechos unidades del ejército y destacamentos de milicias o guerrilleros, entre ellos surge, tarde o temprano, una contradicción, que luego degenera en conflicto, y siempre vence el ejército, como forma de más alto nivel. ¿Para qué alargar ese período de contradicciones? Es necesario acelerar la unión de todas las formaciones armadas antifascistas en un solo organismo militar.

Tampoco a esto hace objeciones directas, pero empieza a censurar a los comunistas por su deseo de «organizarlo todo, colocar jefes en todas partes, dar a todo un sobrenombre, una etiqueta y un número». Él lo atribuye a la juventud de los dirigentes del Partido, a su aplomo, que se basa no en los éxitos y en la experiencia de ellos mismos, sino de los comunistas rusos. Dice que los comunistas, al ayudar al gobierno, hacen una labor nociva, aproximan la catástrofe, incrementan el descontento de las masas. Los partidos obreros han de barrer cuanto antes a los funcionarios, a los burócratas, al sistema ministerial de trabajo y pasar a formas de dirección nuevas, revolucionarias.

—Las masas nos tienden las manos, exigen de nosotros una dirección gubernamental, y nosotros permanecemos pasivos, eludimos la responsabilidad, ¡permanecemos inactivos!

Todo esto le sale a Largo Caballero impetuosa, irritadamente, con la tozuda fuerza de la convicción. Es difícil comprender de dónde viene este tardío radicalismo y maximalismo en un hombre que, durante decenios, ha defendido las posiciones más reformistas y conciliadoras en el movimiento obrero, que ha llegado a establecer compromisos y hasta coaliciones con los gobiernos burgueses más derechistas, incluso con la reaccionaria dictadura monárquica de Primo de Rivera. Pero Álvarez del Vayo y muchos otros afirman que el «viejo», en efecto, ha cambiado enormemente en su fuero interno, que la lucha en Asturias y todo el período subsiguiente le han inducido a revisar su camino político, que se ha desengañado de los métodos oficinescos de la dirección sindical, que se ha aproximado en gran manera a la masa obrera viva. «Aún acabará su vida en las barricadas...» Los comunistas confían poco en este cambio. Se burlan de la «enfermedad senil del izquierdismo». Esta frialdad entre comunistas y Caballero se refleja en las posibilidades de recíproca colaboración.

Conversamos aún cerca de hora y media. Caballero varias veces vuelve a referirse a la incapacidad y falta de lealtad de los generales republicanos, amigos personales de Azaña, todos esos Saravia... Luego, ya solos Álvarez del Vayo y yo, bajamos a la calle y entramos en un pequeño bar. Del Vayo está muy contento de la entrevista y de la conversación, asegura que ahora el «viejo» está completamente de acuerdo con que es necesario un ejército regular del pueblo.

—A usted no se lo ha dicho francamente, ésta es su manera de proceder, pero usted verá cómo ahora se manifestará en favor del ejército. El viejo se inclina ante la Unión Soviética, ante la experiencia de la revolución rusa. Es una pena que Araquistain no haya estado presente, tenía mucho interés en asistir, pero algo le ha retenido. De to-

dos modos, a viejo le dará indicaciones. Probablemente, *Claridad* ya se manifestará mañana sobre esta cuestión. Yo mismo escribiría sobre el tema, pero es preferible que lo haga Araquistain. Estoy muy contento de que ustedes hayan conversado tan a fondo...

Luis Araquistain es un diputado vasco, socialdemócrata de izquierda, director de *Claridad*, órgano de la Unión General de Trabajadores, colaborador inmediato de Largo Caballero e intérprete oficioso del pensamiento de este último.

... Luego he visitado a los escritores madrileños. Su Alianza tiene como local social el palacio requisado del marqués del Duero. El palacio es sombrío, en las salas reina la penumbra, hay retratos adamascados, bustos marmóreos de los orgullosos Grandes. El marqués tenía ochenta años, era idiota, fetichista, toda la vida había coleccionado guantes —aquí encontraron varios miles de pares. En la alcoba, bajo cristal, cuelgan unos tirantes de seda— regalo de Alfonso XIII, con un autógrafo del monarca. Ahora en esta alcoba se encuentra la redacción de la revista artístico-literaria *El mono azul*.

Rafael Alberti y María Teresa León han tomado una gran llave, me han conducido por una galería de cristales, han abierto una puerta, y de súbito se ha ofrecido a nuestra vista una maravillosa sala gótica de dos pisos, la biblioteca, con centenares de miles de libros y manuscritos. Dentro de los armarios, infolios medievales, ediciones raras de los clásicos españoles, manuscritos, grabados, un verdadero tesoro.

Un viejo criado cuenta que el marqués, en toda su vida, había estado cuatro veces en la biblioteca.

—Más tarde nos ocuparemos de esta biblioteca —ha dicho Rafael—. Ahora estamos absorbidos por el trabajo político en el frente y además con esta revista. ¿Verdad que tiene vida? Sólo que está delgaducha; de momento, ocho páginas, nada más. En Madrid ahora hay poco papel.

Casi todos los días al atardecer Miguel Martínez acude a *Mundo Obrero*, se entera de las noticias y ayuda un poco a hacer el periódico. Ésta es la antigua redacción de *El Debate*, viejo periódico católico reaccionario. Las estancias están recubiertas con pesada madera de roble —elegante refinamiento de ricos canónigos, de monjes prácticos—. En el escritorio del director, se encuentra la figura de un inquisidor con capuchón y una larga vela en las manos. Sentado a la mesa, está el redactor de la revista, despeinado, sudoroso, con el mono desabrochado y un máuser.

Hoy, *Mundo Obrero* escribe: «Somos realistas y no podemos subestimar las fuerzas del enemigo, los desesperados intentos de alejar hasta el máximo el momento de su inevitable derrota. Todos los grupos que forman parte del Frente Popular estarán de acuerdo con los comunistas en que es necesario crear en un plazo brevísimo un ejército que posea la eficiente fuerza que proporciona la técnica contemporánea. Nadie es tan decididamente partidario, como nosotros, de que las armas estén en manos del pueblo. Pero el Ejército Popular ha de ser disciplinado, ha de estar correspondientemente armado y ha de estar dirigido por un mando único.»

28 de agosto

De París ha venido una comisión, destacada por las Internacionales II y III, para ayudar a la España antifascista —Jacques Duclos, Giromski y el senador Branting—. Estábamos cenando y conversando juntos en un pequeño restaurante vasco cerca de la Gran Vía, cuando a eso de la medianoche se han oído dos pesadas explosiones bastante próximas. En la calle se ha producido una ligera confusión, pero casi nadie ha apagado las luces, siguieron brillando los enormes anuncios polícromos de neón, en cines y teatros. Sólo unos diez minutos más tarde ha ululado la sirena; ha pasado varias veces a toda velocidad en motocicleta.

Las bombas han estallado en el propio centro, en el jardín del Ministerio de la Guerra. Localizar este edificio es muy fácil, más aún de noche que de día, pues se encuentra exactamente en el cruce de brillantes líneas de farolas —la calle de Alcalá y la línea de los Paseos—. Junto al ministerio, ha resultado muerto un cabo y ha quedado herido un soldado. Un cañón ha disparado contra el avión, después de lo cual éste ha huido arrojando por el camino otras tres bombas; hay obreros heridos.

Desde los tiempos de la guerra mundial, ésta es la primera incursión aérea sobre una ciudad civil. Es la primera, mas, por lo visto, no será la última. Hasta ahora los facciosos han bombardeado, sobre todo, objetivos militares. Ahora empiezan con la población civil.

La ciudad tarda mucho en poder conciliar el sueño; además, la

noche es sofocante, no hay palabras para expresarlo. Permanecemos sentados hasta el amanecer en el vestíbulo del Florida junto a las ventanas abiertas. Se ha trazado cierta línea. ¡De nuevo aviones de bombardeo alemanes sobre una capital europea! El fascismo declara que está ya preparado para combatir. ¿No miente, al decir que está preparado? ¿No será esto un engaño, una prueba de fuerzas, un audaz desafío a los países antifascistas y parlamentarios para comprobar si se hallan éstos preparados? ¿Se trata, quizá, de un «ataque psicológico»? ¿No es necesario rechazarlo inmediatamente, de manera decidida y aplastante, recoger este guante arrojado a la cara? Mañana, mejor dicho, hoy mismo, en el día histórico del 29 de agosto de 1936, en respuesta al inhumano bombardeo de una pacífica capital europea, los gobiernos de Francia y de Inglaterra enviarán un ultimátum a las potencias fascistas que apoyan a los facciosos contra el gobierno legal de España. El pleno extraordinario del Consejo de la Sociedad de Naciones propondrá al gobierno francés que, con la potencia de sus fuerzas aéreas, asegure la defensa de las pacíficas ciudades españolas. El gobierno de Giral recibirá inmediatamente todos los pertrechos de guerra que Francia debía servir a España. Toda Europa, todo el mundo, con un mismo impulso, en fulminante y amenazadora cohesión, harán retroceder al bloque militarista de los fascistas. A la fiera le aprietan la cola, la fiera retrocede, se retira, el bombardeo del Madrid pacífico en la noche del 28 al 29 de agosto cuesta caro a los fascistas incendiarios de la guerra... Duelos está febril: irá cuanto antes a París —hablará en el parlamento, hará una declaración al gobierno—. Blum deberá comprenderlo, reaccionará, no desaprovechará este momento. ¡No es una broma! ¡Bombardeo del Madrid pacífico; esto es fantástico! Hace ya muchos años que no se ha presentado un momento más oportuno para contraatacar a los incendiarios de la guerra. Quien deje pasar, sin hacer nada, el día del 29 de agosto de 1936, deberá responder como criminal ante el pueblo, ante la historia ... Ziromski está completamente de acuerdo con esto. El sosegado y silencioso Branting tiembla. Está convencido: los países escandinavos se mostrarán unidos y contundentes; Copenhage y Estocolmo no quieren ver Junkers sobre sus pacíficos tejados. ¡Y Praga! ¡Y Viena! ¡Y Bucarest!... Sólo hace falta que Francia dé la señal.

Pero ahora, lo real es que sólo una docena de muchachos de la escuadrilla internacional representan la ayuda militar de los demás pueblos. A las cuatro de la madrugada Guides y otros dos pilotos se

han trasladado a Barajas para montar la guardia en los aviones de caza. Los demás, acompañados de damas, han permanecido sentados aquí, en el vestíbulo, haciendo comentarios sobre el carácter de la guerra futura; de madrugada se han retirado a dormir a sus habitaciones, dejando sobre la mesa muchas botellas. Una hora después, han empezado a despertarlos —Guides exigía por teléfono refuerzos para el aeródromo—. Las damas también han bajado de las habitaciones, no muy vestidas —a una le faltaba una media— y querían acompañarlos a toda costa. Los pilotos han porfiado largo rato con ellas ante el bufete de la portería y al fin han convenido en que, camino de Barajas, las irían dejando en sus casas.

29 de agosto

Han salido los periódicos. De no conocer el estilo de la prensa española, habría para quedar petrificado ante los comentarios sobre el bombardeo de anoche. Los periódicos dicen que las bombas de aviación de cien kilogramos (¿quién las ha pesado?) no son peligrosas para nadie, que son, simplemente, ridículas. La valiente población madrileña, escriben, se ríe de tales bombas. Doscientos cincuenta kilos también son, en resumidas cuentas, una bomba sin importancia. Si se tomara una bomba de quinientos kilos, si, además, se dirigiera exactamente sobre algún gran edificio, por ejemplo, sobre el Palacio Nacional, entonces, si se quiere, cabría hablar de verdadero efecto. Estos comentarios, parecidos a una provocación, se encuentran en varios periódicos... *Claridad* publica —¿no será una repercusión de la entrevista de anteayer con el «viejo»?— un largo artículo sobre la organización de las fuerzas armadas. La posición es decididamente contraria al ejército regular de voluntarios, al que el autor (el artículo va sin firma, se dice que lo ha escrito Araquistain) denomina ejército de mercenarios y lo contrapone a la milicia obrera.

Se ha vallado el lugar en que han caído las bombas, la sangre se ha cubierto con arena; la muchedumbre se afana para recoger, en memoria, fragmentos de los cristales rotos. Todos hacen comentarios, embebecidos, acerca del peso de las bombas; ya ha cristalizado la idea de que las bombas de cincuenta kilos no son para Madrid. San-

días de tal calibre pueden arrojarlas en Calamocha o en Majadahonda —la Chújloma[1] española—. En el café, el camarero, al servir las esferitas del helado dice con gracia: «Una de diez kilos, explosiva, chocolate con ananás...» Los limpiabotas saludan: «Salud y bombas», «Salud y trimotores».

En el jardín del Ministerio de la Guerra, en el lugar en que ha sido muerto el cabo, sobre la hierba arrancada se ha puesto un ramo de rosas rojas. A lo largo de las verjas del jardín, por la calle de Alcalá y por los paseos, fluye el río de la firme vida madrileña. Por la ancha acera resuenan los altos tacones de las compuestas señoritas. Los vestidos, los cinturones, las faldas, los bolsos, están planchados, como siempre, hasta la última doblez; los peinados llevan pomadas y brillantina; cada bucle, cada rizo se sujeta con fijapelo para que no se deshaga, para que no se desprenda en este calor de locura. Cara, labios, pestañas, orejas, uñas están cuidadosamente pintadas; ¿hay algo más pulido que una mujer española en la calle, de paseo? Las llevan del brazo soldados, comandantes y simplemente militares sin título ni grado, vestidos con bastos monos, con gorros de tela o sin gorro, con zapatos sin calcetines, con fusiles, con pistolas, con granadas de mano al cinto. Las señoritas lanzan fulminantes miradas con sus ojos pintados y charlan ruidosamente con voces bajas, algo toscas, agitanadas pero no piensen mal: son doncellas de respetables costumbres y honorables madres de familia. Los paseantes solitarios, los ociosos de café, los chóferes en espera de los pasajeros, lanzan entusiastas exclamaciones a la vista del sexo femenino: «¡Hola, guapa!», «¡Hola, morena!», «¡Hola, rubia!» Lo hacen en serie, automáticamente, de modo que el cumplido juguetón alcanza a veces a una viejecita de ochenta años.

Hay largas colas de amas de casa para recibir azúcar. Dan medio kilo. Faltan patatas, producto que se trae del norte, y carne —los centros ganaderos están en manos de los sublevados—. El aceite de oliva no se ve en Madrid. Hay largas colas para la leche.

La milicia militar no dispone por ahora de su propio servicio de intendencia. Las unidades están adscritas, para su alimentación, a hoteles, restaurantes y cafés, según una distribución determinada. De ahí que en los hoteles más lujosos, a la hora de la comida, esté todo lleno de soldados, haya jolgorio y animación. La comida para ellos se prepara algo peor que para los huéspedes, desde luego, mas por ahora es muy buena, a base de arroz, pescado, carne y grandes

cantidades de aceite de oliva. Se da el nombre de pan de munición, para las unidades militares, a un pan blanquísimo, muy pesado, compacto, como el queso.

Las tiendas están todas abiertas al comercio, los precios no han subido, sólo que no hay modo de encontrar en ninguna parte plumas estilográficas ni material fotográfico. En los días de la sedición y en los siguientes, se desvalijaron en un santiamén las armerías, las tiendas de fotografía y de objetos de escritorio. En esta guerra se sacarán muchas fotografías y se escribirá mucho.

No hay automóviles particulares, no hay taxis; tampoco es posible comprarlos. Han puesto a mi disposición un coche requisado Autoplan, una excelente limusina. El chófer, Dámaso, está siempre escuchando la radio del coche. Hoy, mientras se transmitía una aria de tenor, ha lanzado un silbido, ha vuelto la cabeza y me ha guiñado un ojo.

—¡Canta el amo!

—¿Qué amo?

Resulta que el coche pertenece (¿pertenecía?) al famoso cantante Angelillo, que se dedica al repertorio ligero.

—¿Y dónde está?

—Aquí, en Madrid. Ya ve, canta por radio. Es un gran partidario de la República. A menudo va también al frente, canta ante la milicia del pueblo.

—¿Y por qué le han quitado el coche?

—Esto no lo sé. Le he prometido que le cuidaría la limusina, pero, desde luego, no estoy obligado a hacerlo, porque el coche ya no es suyo.

Intento explicar a Dámaso que, de todos modos, es necesario cuidar el automóvil, intento hablarle también de la propiedad colectiva. Pero aquí, por ahora, es difícil poner en claro estas cuestiones.

31 de agosto

Los fascistas han ocupado Oropesa y avanzan tesoneramente, combatiendo, por la carretera de Talavera. ¿Qué unidades los contienen, qué jefes? En el Ministerio de la Guerra nadie lo sabe a ciencia cierta. Citan al general Riquelme, al coronel Asensio, dicen que varias co-

lumnas han bajado de la Sierra, para ayudar, que el coronel Mangada se ofrece para ir a Talavera, pero que temen dejar la Sierra sin unidades firmes; en este caso, el enemigo podría irrumpir en Madrid... Es necesario ir a verlo personalmente.

Han comenzado las deliberaciones sobre el cambio de gobierno, sobre la incorporación de los socialistas y, quizá, incluso de los comunistas. Giral, en conversaciones particulares se manifiesta de acuerdo en reorganizar su gabinete.

Y la pequeña crucecita negra otra vez se ve por la ventana en el horizonte. No ha sucedido nada, nadie ha presentado ningún ultimatum a nadie, el 29 de agosto ha pasado como un día corriente —en los periódicos de París y Londres se han añadido unos nuevos titulares sensacionales—. Nadie ha puesto obstáculos a nadie —sólo Guides y sus camaradas corren por el espacio, esforzándose por encontrar al enemigo—. ¿Dónde estarán, ahora? El Junker elige imperturbable entre los barrios de la capital un objetivo adecuado. Medio año atrás, los aviadores fascistas sólo disponían de un polígono selecto, bastante desolado —Abisinia—. Ahora se ejercitan sobre una ciudad de un millón de habitantes, sobre la capital de España. ¿Y quedará esto así? No es posible creerlo.

Cada día llegan a Madrid incontables delegaciones de diferentes países. Presidentes de toda clase de sociedades, de ligas filantrópicas, de organizaciones interparlamentarias, científicas y femeninas. Todos se dirigen en seguida a ver al jefe del gobierno y a diferentes ministros, algunos son recibidos incluso por el presidente de la República, todos se informan detenidamente sobre la situación militar y política, luego expresan su más profunda indignación por el alzamiento fascista, honda gratitud y simpatía por el gobierno legal. Después de haber expresado sus sentimientos verbalmente, por radio y en la prensa, las delegaciones parten. Antes de partir, se informan a través del portero del hotel de si es posible todavía comprar auténticas mantillas españolas, abanicos, castañuelas, bordados y cerámica. Es posible.

El gobierno recibe de buen grado, si bien cada vez con menos entusiasmo, a los huéspedes. Les proporcionan cifras, documentos, pruebas. Mas, por ahora, sin ningún resultado.

Hablan de la ayuda moral. Ahora, la ayuda real, palpable, con armas o por lo menos con víveres sería, a la vez, la más elevada ayuda moral.

No sé si han sido muchas las delegaciones que han visitado el Cuartel General de los facciosos. Pero los regimientos fascistas, esos que atacan a Talavera, están ya perfectamente equipados con toda clase de armas de los últimos modelos alemanes e italianos, incluso tanques.

Éste es un país cuyo pueblo no tiene ni siquiera la experiencia de la guerra mundial. Los campesinos empuñan escopetas de pistón, la navaja se considera una terrible arma. A este pueblo le arrojan encima nubes de proyectiles, de bombas, de balas incendiarias, perforadoras y explosivas. El único centro importante de la industria de guerra en el territorio de los facciosos, en Oviedo, está completamente cercado, y no puede mandar armas a ninguna parte. De algún lugar le llegan a Franco generosamente las máquinas de guerra y sus recursos de fuego. ¡¿De dónde?! La escuálida aviación española se ha enriquecido, de súbito, con nuevecitos aviones de bombardeo Fokker, Junkers y Caproni, como nunca había soñado tener entre su armamento. A la vista de todo el mundo, acuden al lado de Franco pilotos alemanes e italianos, instructores de infantería, artilleros. El aviador de un avión derribado junto a Talavera ha saltado en paracaídas a la zona republicana y ha intentado comprarse la libertad ofreciendo dinero a los campesinos, pero éstos le han fusilado. Al cadáver se le han encontrado documentos a nombre del piloto italiano Ernesto Monico y órdenes del jefe italiano de la escuadrilla. Están en camino barcos con cañones, con ametralladoras, con materias explosivas. Para los denominados voluntarios alemanes, radio Sevilla ejecuta todos los días —lo oímos— el himno fascista alemán.

El aplastamiento de la sedición se convirtió en guerra civil, la guerra civil se está convirtiendo en una lucha contra la intervención extranjera, contra la invasión de las tropas fascistas extranjeras. ¿Es posible que sea esto así? No me creo a mí mismo. Pero los Junkers que se ven por la ventana en el horizonte lo confirman, y las sirenas lloran.

3 de septiembre

Estos días se ha preparado en Madrid el cambio de gobierno.

Al principio la reorganización se proyectaba en términos bastante modestos. Se trataba de la incorporación de dos o tres socialistas del grupo de Largo Caballero y del grupo de Prieto en el gabinete de Giral. De repente, el «viejo» recabó para sí el Ministerio de la Guerra y casi a continuación, como complemento, el puesto de primer ministro. Esto chocó con la oposición general, no tanto por espíritu de fracción, cuanto por las condiciones personales y prácticas de Largo Caballero: todos consideraban que su brusquedad, su insociabilidad y su impaciencia harían imposible la colaboración normal con él. Los propios amigos del «viejo» se asustaron. Vayo intentó convencerle de que tomase el Ministerio de la Guerra dejando la presidencia a Giral. Los prietistas, excepto el mismo Prieto, también se opusieron. Todos se dirigieron al Comité Central del Partido Comunista para que mediara. En el Comité Central también estaban en contra del «viejo» como jefe del gobierno. Pero él mordió el anzuelo; ¡o todo o nada! Le han ayudado la situación general y las prisas: la crisis de hecho había comenzado y los rumores sobre la misma comenzaban a filtrarse; en tiempo de guerra, semejante situación no puede prolongarse ni un solo día.

Prieto declaró que él, personalmente, aunque todos saben cuál es su relación con Caballero, no se le opondría y estaba dispuesto a aceptar cualquier puesto en el Gabinete presidido por Largo Caballero. Querían crear, para él, un ministerio de Armamentos, pero no sé por qué desistieron de la idea y le confiaron la flota y la aviación. Para todos resultaba muy penoso acceder a que el gobierno estuviera presidido por el «viejo»; los partidos han dado su consentimiento como muestra de valentía civil. Pese a todo, Largo Caballero es ahora, en realidad, la figura más venerable y representativa del movimiento sindical; desde los sucesos de Asturias en cierto modo se le han perdonado, mejor dicho, se han olvidado su reformismo, su colaboración con la burguesía y sus vejaciones a los obreros mientras fue ministro del Trabajo. En cuanto a sus demagógicos extremismos izquierdistas, Vayo tranquiliza a todo el mundo: esto pasará el día mismo que tenga la responsabilidad del país...

Sintiendo que pisaba terreno firme, Caballero ha presentado una nueva exigencia con carácter de ultimátum: que los comunistas entren a formar parte del gabinete. El Partido estaba en contra, prefería apoyar con todas sus fuerzas el gobierno del Frente Popular fuera del mismo; por otra parte no se quería crear innecesarias dificultades de carácter internacional —ya sin ello el futuro gobierno ha sido declarado bolchevique, soviético—. El «viejo» ha dicho que todo esto son tonterías, que el extranjero le importa un bledo, que si los comunistas se niegan, también se negará él, que se lo lleve todo el diablo y que el Partido Comunista responderá de lo que ocurra... Al final el Partido ha decidido tomar el Ministerio de Instrucción Pública y el de Agricultura, dos ramas en que los ministros comunistas pueden ser lo más útiles posible a los campesinos y a la masa del pueblo, llevando a la práctica, en grado máximo, lo que puede lograrse en una república democraticoburguesa de nuevo tipo como es España bajo el Frente Popular. En el último momento, Caballero tuvo unos ataques de cólico y las conversaciones se interrumpieron.

Por fin hoy se ha llegado a un acuerdo. Me he presentado en la Unión General de Trabajadores para preguntar a Vayo cuáles eran las últimas variantes y ha resultado que... ahí, en el pequeño despacho de Largo Caballero, se encontraban todos los futuros ministros. En un estrecho diván estaban sentados el pesado Prieto, parecido a una bola, con los párpados entornados; el agitado Vayo, con mono, el pulcro Galarza, de aspecto irónico, el pequeño Uribe, sin cuello, con un gemelo saliente.

Saludan con la cabeza, se sonríen en silencio y siguen callados, fumando. El dueño del despacho no está ahí, ha ido a palacio, a ver al presidente.

Callan, fuman; la espera parece larga. Por fin, suena el teléfono. Habla Caballero desde Palacio: el presidente está de acuerdo, ha firmado el decreto, invita al nuevo gobierno a que se le presente.

Han bajado en tropel, los coches los estaban esperando. Junto a la entrada, la guardia ha comenzado a abrazarlos, a estrecharles las manos, a desearles éxito. Y toda la muchedumbre, los nuevos ministros y los obreros con fusiles, todos, con orgullo e ingenuidad, a lo español, después de levantar la cabeza cavilosamente, han sonreído.

He felicitado al ministro de Asuntos Exteriores, Julio Álvarez del Vayo. Él me ha respondido: «Sí, pero Irún ha caído.»

4 de septiembre

Miguel Martínez estaba echado, con otros, en las posiciones que se extendían a ambos lados de la carretera Madrid-Lisboa, incomparablemente más cerca de Madrid que de Lisboa. Parte de los combatientes empuñaban viejos fusiles españoles; el jefe de la columna tenía un buen winchester corto, y Miguel, sólo una pistola. Detrás de ellos humeaban dos grandes incendios en la hermosa Talavera de la Reina. Miguel miraba con unos gemelos, procurando divisar a algún marroquí de carne y hueso.

—¿Para qué quiere usted los gemelos? —preguntó el mayor—. Usted ya lleva gafas. Cuatro cristales en los gemelos, dos en las gafas y dos ojos, en total, ocho ojos. ¿Cuántos moros ve usted?

—Ninguno. Dejaré de creer que existen. Me iré de España sin haber visto moros.

—Usted es muy exigente en todo... —El mayor empezó a frotarse con la palma de la mano el negro y erizado pelo de la cara—. Pero yo creo que dentro de dos horas, en este mismo lugar en que ahora nosotros estamos echados, estará de pie o echado un hombre de piel oscura con turbante o fez.

—Esto será muy significativo. ¿Sabe usted que en este mismo lugar en que nos encontramos, poco menos que en el mismo mes de septiembre, en 1809 fueron derrotados los invasores franceses?

—¡Ya ve! Y usted duda de la fuerza de las armas españolas.

—No lo dudo, pero a los franceses los derrotó aquí el mariscal de campo inglés, duque de Wellington.

—No combatió solo, más de la mitad de sus tropas eran españolas. Nosotros, españoles, hemos perdido la costumbre de pelear solos. Siempre necesitamos que nos ayude alguien. Los moros nos vencieron en Marruecos mientras no nos unimos con los franceses. Ahora la Falange Española ataca con marroquíes, alemanes e italianos. Si la República quiere mantenerse firme, necesita franceses o México o Rusia.

—¿Y esto lo dice usted, oficial del ejército español? ¡Qué se va a exigir de los soldados!

Las balas silbaban sobre nuestras cabezas con mucha frecuencia.

La fila daba muestras de intranquilidad, el número de combatientes iba disminuyendo. Se iban éstos a beber agua, a hacer sus necesidades o, simplemente, se iban sin explicar la causa y no volvían. El mayor lo tomaba con filosofía y procuraba sólo registrar en voz alta cada salida:

—¡Eh, tú, culón! Te olvidas del fusil, ¡por lo menos tómate la molestia de llevarlo a la retaguardia! ¡No te han dado permiso para entregar a los facciosos los bienes del Estado!

O bien:

—¡Más ligeritas las piernas o te alcanzarán hasta en Talavera! ¡No pares hasta Madrid, y en Vallecas bébete un buen vermut a mi memoria!

—¿Por qué me dejáis solo para entretener a este camarada extranjero? ¡Nos vamos a aburrir aquí los dos solos!

—Esperad una hora más, nos traerán la comida y entonces tomaremos soleta juntos.

Miguel estaba furioso, de pena y rabia.

—Usted los provoca y los trata con desprecio. Así no se comporta un comandante leal. Ésta es gente inexperimentada y no cobarde. ¿Cree que a usted y a mí, por permanecer echados tranquilamente y no huir, se nos van a perdonar todos los pecados? Si usted es el jefe, está obligado a mantener su unidad en el sitio, cueste lo que cueste, aun a costa de fusilar a una decena de cobardes. O, si no es posible, ha de retirarse organizadamente, en perfecto orden, sin que haya desertores.

El fuego de los fascistas se intensificó. Los combatientes respondían con tiroteo rápido y aturdido. El mayor también se apoyó el winchester al hombro y disparó sin hacer puntería. Dijo:

—Ustedes vienen con medidas inadecuadas. Esto no es Europa ni América ni Rusia ni siquiera Asia. Esto es África. Y yo mismo, ¿quién soy? He estado dos años enfermo de disentería en Marruecos —ésta es mi hoja de combates—. Tengo ideas comunes a las de los soldados; está bien. Quizá tenemos también intereses comunes. Los veo por primera vez, y admito que sean hasta los muchachos más excelentes. Pero no nos tenemos confianza. Yo, comandante, temo que huyan. Ellos, soldados, temen que yo los meta en una trampa.

Miguel no pudo tranquilizarse:

—Reunamos a estos setecientos hombres, demos la vuelta hacia el sur y ataquemos hacia arriba, perpendicularmente a la carretera. El

enemigo retrocederá. ¡está perfectamente claro que avanza con pocas fuerzas!

El mayor meneó negativamente la cabeza y se frotó el pelo de las mejillas, sin afeitar.

—¡Gracias! Ya intenté hacerlo anteayer. Quisieron fusilarme, decían que quería conducir la milicia popular a donde el enemigo pudiera cercarla. Un joven, uno de los suyos, comunista, un tal Lista o Líster, me salvó a duras penas. A menudo son insoportables, estos comunistas españoles, estos parientes suyos. Quieren enseñarlo todo a todo el mundo y de todos quieren aprenderlo todo. Como si no se tratara de guerra ni de revolución, sino de un orfelinato —¡no comprendo qué satisfacción encuentran en ello!—. Pero, palabra de honor, de tener que afiliar a algún partido, lo haría a Falange Española o al suyo. No sé si de nosotros, oficiales, saldrán comunistas, pero de los comunistas saldrán oficiales. Son unos caraduras. En España sólo se puede lograr algo si se tiene cara dura. Si yo fuera el gobierno, para esta guerra, en vez de hacer pasar por la Escuela de oficiales haría pasar durante tres meses por el Partido Comunista.

La explosión se produjo detrás de nosotros y una nube de humo negro fue subiendo lentamente sobre el borde mismo de la carretera.

—Setenta y cinco milímetros —dijo solemnemente el mayor—. Esto, aquí, es un cañón colosal. Ahora nuestros conejos echarán a correr. Y aquí tenemos la aviación. Todo está en orden, como ayer.

Aparecieron tres aviones por el occidente, iban en línea recta, sobrevolando la carretera, sin bombardear. La fila se puso en pie y echó a correr de cuerpo entero, gritando.

—¡A tierra! ¡Abajo! —vociferó Miguel, agitando la pistola—. ¿Quién ha ideado esta fila idiota? ¡Ni siquiera en el Paraguay se combate así, ahora!

El mayor sin afeitar le miró hostilmente.

—Ustedes lo enseñan todo, enseñan a todo el mundo. Ustedes lo saben todo. A usted le parece que está en unas maniobras otoñales de 1936. Pero ¿sabe usted que los españoles no tienen la experiencia ni siquiera de una guerra rusojaponesa ni de una guerra angloboer? Nosotros miramos todo esto con los ojos de 1897. Reconozca, señor comisario, que tampoco a usted le resulta agradable estarse tumbado bajo los Junkers, ¿no? En su tierra no pasó, esto, ¿eh?

—No es cierto —replicó Miguel, picado—. He soportado bombardeos aéreos, aunque, desde luego, no como éste. Una vez estuve incluso bajo un dirigible, en la guerra alemana, entonces yo era un adolescente.

Los Junkers, dispuestos en columna, arrojaron una bomba cada uno en la carretera.

—Vigilan los autobuses de pasajeros —dijo el mayor—. Tienen miedo de que les rompan la carretera y de que no puedan volver al lado de sus mujeres. En nosotros no han pensado. ¡Que se vayan al diablo!

Los combatientes se agolparon en los autobuses y en los autocares. Los vehículos retrocedieron, hacia Talavera. Huían de los aviones y, por suerte suya, los Junkers volaron demasiado veloces adelante. Sólo otra bomba estalló en la carretera; era evidente que los facciosos no querían estropearla y ahorraban las municiones.

Talavera estaba abarrotada de coches, de carros, de refugiados, de ganado, de mulos de carga y de asnos. Junto a los puentes que cruzan el Tajo y el Alberche, se habían formado largas colas de unidades y de población civil que evacuaban. El general Riquelme mandó dinamiteros para que preparasen la voladura de los puentes: los cogieron como fascistas y fusilaron a tres; sus cadáveres estaban echados sobre unas lonas a la orilla del Tajo. En algunas casas ya (o todavía) ondeaban banderas y trapos blancos. Voluptuosamente y como un juguete se sonreía la iglesia de la Virgen del Prado, con sus polícromos azulejos talabricenses. En la muchedumbre, Miguel perdió al mayor; luego volvió a verle, de lejos, en el gentío del puente, discutiendo con el chófer de un autobús.

Al anochecer, en los barrios extremos, empezó el tiroteo. Eran los fascistas de la localidad que pisaban los talones a la milicia popular en retirada.

Miguel salió de Talavera a las ocho de la noche. No había comido nada desde hacía más de veinticuatro horas y no pudo encontrar nada —a los soldados no les dieron de comer, la intendencia fue la primera en huir—. Después de haber cruzado el puente, se dejó caer sobre la hierba seca en un altozano, al lado de la carretera, junto a un grupo de fatigados combatientes. Un soldado le dio un gran racimo de uva negra y un trozo de pan. Miguel sufría de un terrible dolor de cabeza. Comió y se quedó dormido.

5 de septiembre

Al despertarse, se vio solo. El reloj señalaba las cinco, ya había salido el sol; en torno no había ni una alma, si bien se oían disparos en la lejanía. Talavera se veía al otro lado del puente, refulgía el campanario de la iglesia de la Virgen del Prado. ¿Quizá estaba ya en el cautiverio? Para no encontrar a nadie, se apartó de la carretera y se puso a caminar en dirección suroeste por una llanura quebrada. Arrancó y rompió varias fotos y hojas de su cuadernito de notas y apretó en el puño su salvoconducto para podérselo llevar a la boca y tragárselo en caso de necesidad.

Iba por la orilla del Tajo, sediento, pero sin atreverse a acercarse al río mismo. Por la otra orilla y en dirección a Talavera pasaban dos jinetes con chilabas. ¡Fue entonces cuando vio moros! Con mucho cuidado hizo una prueba de cómo aplicarse la pistola a la sien. Lo peor sería suicidarse sin haber tenido tiempo de utilizar las demás balas del cargador.

En todo caso, Miguel decidió caminar despacio, derecho, tranquilo, como si nada tuviera que temer. Pero los jinetes pasaron sin fijarse en él. Volvían de descubierta y, por lo visto, consideraban que su misión estaba cumplida.

Dos kilómetros más allá, cruzó la línea de un ferrocarril de vía estrecha y se metió por un camino vecinal. Por fin vio un alto carro tirado por un mulo. Lo llevaba de la brida un campesino con un gran sombrero de paja. Miguel se metió la mano en el bolsillo.

—Buenos días —dijo, al llegar a su altura.

—Muy buenas, señor —respondió el campesino, sonriendo con curiosidad.

No dijo «salud». ¿A lo mejor él mismo había tomado a Miguel por fascista? En el frente, las dos partes visten igualmente mono, se diferencian sólo por pequeños galones e insignias.

Miguel siguió caminando aún cerca de tres horas, cada vez más abrasado por el sol. No pudo resistir más y se arrastró al río a beber. El agua era repugnante.

Casi se acerca a un pueblo grande, al que conducía una carretera empedrada y un poste con la inscripción «Cebolla». Pero aquello estaba demasiado cerca de Talavera y Miguel siguió caminando. De pronto, le alcanzó un pequeño camión. Ya era tarde para esconderse. En el camión iban tres soldados, llevaban leña. Ya había dejado pasar el vehículo, cuando vio, Miguel, que llevaba la matrícula de Toledo, pintada con los colores rojo y negro. Gritó, lo paró y se subió.

Cruzaron un puente grande, pesado, sobre el río Tajo, y pasando por delante de un hermoso castillo, entraron en la aldea de Malpica. Miguel se dirigió a la comandancia militar —estaba desierta, con las puertas abiertas de par en par—; de allí se fue a ver al alcalde. Un sargento y el alcalde, ambos viejos, estaban desayunando bajo un toldo: gruesas tortillas, queso y vino blanco. Se alegraron mucho de ver a Miguel y en seguida le mandaron preparar pescado frito. El pescado de la localidad es extraordinario, le dijeron; como él no lo hay ni en Toledo. Ni siquiera en los restaurantes de Madrid se encuentra pescado como éste. Aunque en Madrid quizá lo haya, allí llevan manducatoria de todo el mundo. Pero el pescado es excelente. Aquí, a Malpica, vino el escritor soviético Ehrenburg y el pescado también le gustó. Miguel dijo que la opinión de Ehrenburg es valiosa, porque en Rusia hay ríos muy grandes, con excelente pescado. En pescados de mar, la opinión de los rusos no vale tanto, pero en pescados de río los rusos entienden un rato largo. Miguel sentía náuseas de hambre, no pudo más, cogió un pedazo de pan de la mesa y se lo tomó con vino.

¿Saben que los fascistas están tan cerca, que se encuentran en Talavera? El sargento contestó que sí, pero que le importaba un bledo. ¡Qué intenten asomarse por aquí, por Malpica! ¡Que lo intenten! Malpica les dará para el pelo. No los dejarán pasar. En Malpica hay hombres fuertes. El alcalde le miró asintiendo.

—Es cierto —confirmó—, en Malpica hay hombres excelentes.

—¿De qué partido?

El alcalde explicó que todos son del Partido republicano de izquierdas, pero que esto de todos modos no es esencial. Los del Instituto de Reforma Agraria, cuando en él mangoneaban los ladrones del partido de Lerroux, saquearon el pueblo, lo abrumaron de deudas, y muchas fincas las vendieron en subasta. Por esto todos votaron por los republicanos de izquierda. Ahora, según dicen, el ministro de Agricultura es un comunista y se ha acabado el latrocinio. Si esto es así, el alcalde tiene la intención de ingresar en el partido de los comunistas junto con toda la aldea. En todo caso, Malpica no dejará que vuelva su antiguo grande.

—Hemos colocado dinamita bajo su maldito castillo y lo volaremos si los fascistas se acercan. No los dejaremos pasar. Ésos, junto con el grande, no sólo nos quitarían las tierras. Nos iban a degollar a nosotros y a nuestros hijos. Otra vez prohibirían pescar en torno a la aldea. No, ¡que intenten asomarse!

El sargento está de acuerdo en ceder el pequeño camión hasta Santa Olalla. Él sólo quiere ver qué pasa en San Bartolomé. Allí va, con Miguel.

San Bartolomé está abandonado, el enemigo lo bate con shrapnels. Después de dejar el camioncito al pie de una colina, trepan a la cima. Ahí crece un escaramujo que tiene unas espinas muy largas, que penetran profundamente a través de las finas alpargatas; por la lona, junto a la planta del pie, aparecen manchitas de sangre.

Desde la colina se ve Talavera —las casas, las fábricas, las iglesias, las altas llamas de los incendios—. Cerca de la estación, un avión persigue una maquinita con tres vagones. Es un aparato de la escuadrilla de André.

En torno a la colina está echada una compañía de combatientes. Los hombres se muestran tranquilos y no esperan un ataque. ¿Por qué? ¡El enemigo, como es natural, atacará estas colinas para hacerse fuerte en su flanco derecho! Esto es una necesidad elemental de la táctica.

No, el sargento no lo cree. El viejo considera que los facciosos seguirán moviéndose por la carretera, y sólo por la carretera, mientras ello les sea posible. Quizá el viejo tenga razón.

Se van de allí. El viejo se queda en la aldea, Miguel sigue por la carretera principal, hacia Santa Olalla. A lo largo de la carretera y paralelamente a la misma, retroceden unidades y más unidades —autobuses repletos, camiones, carros. Esto no es ni siquiera pánico, no es una huida, sino un monstruoso apresuramiento en masa, como en Moscú, en el parque de Petrov, hacia el estadio, cuando va a empezar un partido de fútbol.

En la carretera se encuentran unos jefes con sus ayudantes y una guardia, agitadores, dirigentes políticos; detienen los coches, explican, piden, amenazan y no logran nada. María Teresa León, bañada en lágrimas, con una pequeña pistola en la mano, va de un fugitivo a otro, los exhorta a detenerse con palabras afectuosas y con otras ofensivas, invoca su honor revolucionario, varonil y español. Algunos le hacen caso y vuelven sobre sus pasos.

Un mozo alto y guapo, de cabellos lisos, color del cobre, echados hacia atrás, retiene con más éxito que los otros a los que huyen. A su alrededor se ha formado algo así como una presa. Sus ayudantes o amigos conducen a los retenidos a una pequeña depresión del terreno y los reúnen en una especie de columna. Miguel habló a aquel mozo quien, para presentarse, le mostró el último número de *Milicias Populares* —periódico del Quinto Regimiento de la milicia popular—; allí había una pequeña correspondencia de guerra sobre él, capitán Enrique Líster, jefe de batallón en el frente de Extremadura. Un sencillo dibujo a la pluma reproducía los cabellos largos, lisos, peinados hacia atrás de Líster.

Miguel se quedó con él hasta la noche. Se convenció de que Líster, callando y autoritariamente, sabe mandar a los hombres, incluso a hombres desconocidos y que no le están subordinados. Hay en él una fuerza sosegada y amenazadora. Era un obrero gallego, que participó en la revolución de Asturias, y, durante cierto tiempo, estuvo emigrado en la Unión Soviética, donde trabajó en la construcción del Metro de Moscú.

Comieron un trozo de queso que llevaba Líster en el bolsillo. Los desertores retenidos les ofrecieron vino de sus cantimploras.

—No quieren combatir —dijo Líster frunciendo el ceño—. Hoy el camino de Madrid está completamente abierto. Los autobuses de vanguardia, llenos de cobardes, han llegado hasta la ciudad; ¡han recorrido casi ciento treinta kilómetros! Subidos en un solo tanque, los fascistas habrían podido entrar hoy en la capital.

—Hay que enseñar a estos hombres —contestó Miguel—. El combatiente aún no comprende las cosas más simples. Aquí está acostumbrado a pelear en las casas o desde detrás de los salientes de las rocas. No sabe lo que es un combate en la llanura, lo que es el enemigo invisible. Al que no lo sabe, a quien no lo haya aprendido, hasta al más valiente entre los valientes eso le resultará siempre espantoso. Es terrible sentirse sin recursos, indefenso, descubierto ante el fuego enemigo, sobre todo de aviación. Aquí aún no saben lo que es una trinchera, un visor óptico ni tiro indirecto.

—Hay que quitar los autobuses a las unidades —dice Líster, frunciendo el ceño—. Les da pereza andar, sólo van en coche. Por esto nos mantenemos tanto junto a la carretera, nosotros y los fascistas. Chocamos y rebotamos como bolas de billar. Así damos estos saltos: de veinte kilómetros hacia el oeste, de veinte hacia el este. A pie, no sal-

taríamos de este modo. Aquí todo va al revés. La preparación artillera culmina el ataque. Aquí de buena gana se vuela una línea de ferrocarril y se abandona. Pero estropear la carretera, duele; puede ser útil para el ataque y también para poner pies en polvorosa.

El pánico fue remitiendo poco a poco. Menos mal que algo retuvo a los facciosos en Talavera. Por lo visto chocaron con la resistencia de los obreros, por esto se oía tanto tiroteo en la ciudad. Es posible que se tratara simplemente del fusilamiento de personas indefensas. Pero el hecho es que no avanzaron por aquella carretera indefensa, abandonada, ni siquiera minada.

Alguien ha venido de la ciudad y ha dicho que unidades del Guadarrama bajan de la montaña, por Arenas de San Pedro, que la columna Mangada asestará a los fascistas un golpe de flanco sobre Talavera. El rumor no se confirma, pero tranquiliza algo a las unidades y detiene su retirada. Al atardecer, después de tres días de ausencia, aparecieron las cocinas de campaña. Los soldados empezaron a reunirse en torno a las hogueras. Por la noche, en Santa Olalla se celebró un mitin. Se supo que dos comandantes, los que primero huyeron ayer junto a Talavera, habían sido descubiertos y fusilados. Al decirlo, la gente hacía un guiño señalando a Líster. En la aldea, Líster dijo a Miguel al acostarse:

—Yo también considero que es necesario estudiar. Pero no bien hablas de esto a los combatientes o a los comandantes, te preguntan: «¿Es usted comunista?» Ven en los comunistas maestros de escuela. Dicen que ahora es tarde para estudiar y que es necesario combatir. Entre nosotros hay gente dispuesta a pasarse tres días componiendo una teoría para librarse de media hora de trabajo. ¿No tienes algún librito de táctica o de cómo abrir trincheras?

6 de septiembre

Se veía Toledo desde lejos; el Alcázar humeaba sobre una alta colina con el humo de dos torres derruidas, la línea azulada del Tajo ceñía apretadamente la ciudad. En los viejos puentes, gente vestida al estilo de los bandidos mexicanos, con sombreros de paja terminados en punta, con cintas de seda de color atadas a los fusiles, controlaba la

entrada y la salida. Esos hombres se llevaron el salvoconducto de Miguel y se lo devolvieron marcado sobre el sello del Ministerio de la Guerra su sello propio: «Anarquistas de Toledo, CNT-FAI.» Un cañón disparaba contra el Alcázar cada tres minutos; por término medio, de cada cuatro obuses estallaba uno.

Las calles pinas y estrechas eran encantadoras, pero, al subirlas, Miguel se olvidó de que aquéllas eran las calles de Toledo, el sueño seductor e inquieto de su juventud, del Toledo trágico de inquisidores e insolentes espadachines nocturnos, de damas hermosas, licenciados, mártires hebreos en las hogueras; santuario de lo más misterioso que conocía en arte: la magnética fuerza de los rostros alargados, levemente abultados, jóvenes y viejos, de las telas del Greco, de sus caballeros y adolescentes vestidos con dalmáticas, de la mirada hipnotizadora de aquellos ojos impares, desiguales. Siempre le había parecido que si por algún milagro se encontrara en Toledo, él, cual peregrino, sin volver la cabeza, iría a la casa soñada, estudiada en álbumes y fotografías, pasaría de largo por el bajo y seco jardín extendido sobre la áspera tierra castellana, cruzaría el patio y la vieja galería de finas columnas y entraría en el espacioso y fresco estudio del extraño pintor...

En vez de esto, junto con los combatientes, entre un gran estrépito de fusilería, pasando por delante de los portales —llenos de esculturas— de los pequeños palacios, por delante del armazón de un automóvil despanzurrado en cuyo interior hormigueaban y jugaban los niños, pasando por delante de trastos viejos, de muebles, armarios, un piano, colchones sacados a la calle de las casas derrumbadas, subió hasta la plaza de Zocodover, que llega al muro de la fortaleza del Alcázar.

El centro de la plaza estaba batido por el fuego de los sediciosos; bajo los arcos, todo estaba roto; las balas saltaban por los montones de cristales y levantaban nubecillas de polvo. Por tres partes, en las entradas a la plaza, había barricadas; ante ellas, en blandos sillones de felpa, en mecedoras, estaban sentados los tiradores con gorros rojinegros, con corbatas también rojinegras. El estrépito de fusilería era debido a que a las barricadas había acudido un tropel de operadores cinematográficos y periodistas. Ahí estaba el corpulento francés borracho de Barcelona, cariculón con dos aparatos tomavistas y un ayudante; estaban los norteamericanos de la Fox-Movietone y los fotógrafos españoles de Madrid. Mandaron a los milicianos que adop-

taran buenas poses, que apuntaran con el fusil, que dispararan. Los sediciosos del castillo creyeron que se trataba de un ataque y empezaron a rechazarlo.

Junto a las barricadas y por las callejuelas vagaban corresponsales de prensa, escritores, artistas. Entrevistaban a los anarquistas, los dibujaban en los álbumes, les hacían preguntas acerca de lo que habían experimentado. Habían acudido Andrée Viollis y, con ella, Georges Soria, de *L'Humanité*; el larguirucho corresponsal del *Daily Worker* y varios grandes campeones periodísticos de Estados Unidos. Discutían acerca de cuándo podrá ser tomada la fortaleza, acerca de las cuestiones de principio que plantea el acto de los fascistas al encerrar consigo en la fortaleza, como rehenes, a esposas e hijos de obreros toledanos. Viollis y Soria lo consideraban una muestra del cinismo fascista. Los norteamericanos pretendían demostrar que cualquier otro en lugar de los sitiados habría hecho lo mismo. «*It is logical*», exclamaban. Luego todos juntos fueron a buscar la comida, pero en el hotel ya habían tenido tiempo de tragársela los operadores cinematográficos.

7 de septiembre

La fábrica metalúrgica de la Compañía Comercial de Neros, en Madrid, ha sido «incautada». Nadie puede traducir a ningún idioma la palabra «incautación».

Por su sentido aproximado, significa «tomar en manos». Se incautan el Estado o los sindicatos o los comités del Frente Popular. Son objeto de incautación las fábricas, los grandes almacenes, los depósitos, la maquinaria industrial y agrícola e incluso las redacciones de los periódicos.

La incautación, en casos distintos, se debe a causas y motivos diferentes.

Se trata, ante todo, de la dirección de empresas abandonadas por sus dueños, fascistas, que han huido.

También se trata de la requisa de la producción de importancia militar, directa o indirecta.

Es, asimismo, apoyo a las ramas de la industria y del comercio

que, debido a la sublevación y a la situación militar, se ven obligadas a cerrar sus fábricas, condenando a su personal al paro.

A veces es, simplemente, arbitrariedad, inútil por añadidura, cuando son incautadas empresas pequeñas y tiendecitas.

Son también distintos los grados y formas de incautación.

Puede ser confiscación total de la empresa o su requisa temporal, así como la denominada «intervención», o sea, la intromisión en el trabajo de la empresa mediante el nombramiento de un representante del Estado o de los sindicatos, con amplios poderes.

Igualmente puede ser el envío de un interventor del Estado para que examine la contabilidad de la empresa.

Es, sobre todo, el control obrero de la empresa bajo la dirección del sindicato; control que a menudo se convierte en administración completa.

Todos los aspectos de dirección estatal y social de las empresas privadas se encuentran unidos en el Consejo Nacional de Incautación, dependiente del gobierno de la República. Del Consejo forman parte representantes de todos los departamentos y de todos los partidos del Frente Popular. De todos modos, en este terreno hay poco orden. El Consejo no dispone de datos precisos acerca de cuántas y cuáles empresas han sido incautadas. Cataluña posee su comité, y por ahora no ha presentado datos. Según un cálculo aproximado, en todo el territorio libre de sediciosos, habrá unas dieciocho mil unidades incautadas. De ellas, dos mil quinientas en Madrid, unas tres mil en Barcelona. Estas cifras, a mi entender, están reducidas por lo menos a la mitad.

En Madrid, están por completo incautadas, en primer lugar, todas las empresas importantes de la industria pesada —del metal, químicas, del combustible—; en segundo lugar, todos los tipos de transporte, su reparación y el servicio; en tercer lugar, las grandes casas de comercio al detall —grandes almacenes, consorcios de las tiendas de pan, cantinas, bares—; en cuarto lugar, los servicios comunales —luz, gas, agua, teléfonos, que se encontraban en manos de compañías privadas—; en quinto lugar, fábricas de distinta clase y tiendas abandonadas por sus dueños, que han huido.

Los objetivos inmediatos del Consejo de Incautación consisten en adaptar toda la producción de las empresas por él dirigidas, a las necesidades de la defensa, liberarse de la importación de ciertas clases de materias primas y semifabricadas, asegurar el abastecimiento

del frente y de la retaguardia. Pero el Consejo influye también sobre empresas menos importantes. Por ejemplo, concede empréstitos bancarios a empresas de importancia secundaria, cuyos propietarios las han dejado sin capital en circulación, o se mezclan en las finanzas de la empresa asegurando el pago de los salarios.

En la fábrica de la Compañía Comercial de Neros, que he visitado, las cosas han ocurrido así. La fábrica contaba con mil obreros, producía construcciones de hierro, armazones para hormigón y cajas fuertes. Pertenecía a una sociedad anónima española con un capital de seis millones de pesetas. Cuando se produjo la sublevación fascista, la fábrica se encontraba en la sexta semana de huelga —los obreros pedían un aumento del ocho por ciento de los salarios y la reducción de la semana de trabajo, de cuarenta y cuatro horas a cuarenta—. La mayoría de los obreros —las dos terceras partes— pertenece a la Unión General de Trabajadores (socialistas). Al día siguiente de terminarse las luchas en la calle, los representantes de la Confederación Nacional del Trabajo (anarquistas) se presentaron con sus obreros en la fábrica vacía y empezaron a producir carrocerías para automóviles blindados. Durante varios días hubo mucha confusión. Se celebró un mitin de toda la fábrica; se reeligió el comité. De los once miembros presentados por los talleres, ocho son de la UGT, entre ellos tres comunistas, y tres son miembros de la CNT. El comité de fábrica echó a la gente extraña y reanudó el trabajo.

El 25 de julio apareció el decreto gubernamental acerca de las incautaciones. Se presentó en la fábrica un representante del Comité Nacional de Incautación, un ingeniero joven, no metalúrgico, republicano. De acuerdo con él, el comité de la fábrica dispuso que la empresa produjera trenes blindados.

El comité de la fábrica y el representante del gobierno efectuaron ante todo una limpieza en la administración. Fueron despedidos tres ingenieros y dos peritos. En cambio, fue readmitido al trabajo un ingeniero de ideas izquierdistas despedido por la administración después de los acontecimientos de octubre de 1934.

El ingeniero jefe de la fábrica se pasó a los facciosos. El director se las arregló en el último momento para «regalar» su casa a la embajada brasileña, obtuvo pasaporte brasileño y está escondido en el edificio de la embajada.

Las condiciones de trabajo establecidas son las que los obreros querían obtener mediante su huelga en vísperas de la sublevación

fascista. (En líneas generales, en todo el país los obreros siguen trabajando, por ahora, según las tarifas vigentes en el momento de la sublevación.) El volumen de la producción de la fábrica se conserva y se ha dejado al nivel de antes; ello se debe a la insuficiencia de metal y a que doscientos obreros han salido para el frente.

Entre el personal técnico que ha quedado en la fábrica, se ha designado a un ingeniero jefe con funciones de director técnico.

—¿Cuáles son los planes inmediatos del comité de fábrica?

El presidente del comité de la fábrica, Baltasar, sin partido, simpatizante con los comunistas, joven sencillo y reflexivo, responde después de una pausa:

—De momento vivimos al día. Pero no bien alejemos de Madrid a los fascistas, nos estableceremos más sólidamente. Ante todo, distribuiremos de otro modo los talleres y los obreros. Como ahora vemos, aquí había bastante caos. Con estos cambios, la producción ganará mucho. Luego queremos crear la protección del trabajo —en nuestra fábrica había muchos accidentes—. En Madrid existe un instituto para la seguridad del trabajo. Estableceremos un contrato con ese instituto. Organizaremos un pequeño hospital adjunto a la fábrica, abriremos casas de descanso, como en su país. Queremos fundar una cooperativa. Ya ahora surtimos de tabaco a los obreros. Nuestras mujeres han organizado el envío de paquetes al frente. Hace unos días han tenido una gran satisfacción, se han enterado de que a ellas mismas las mujeres soviéticas les han mandado víveres. Pero lo más importante es, desde luego, echar a los fascistas. De otro modo, nos colgarán de las farolas con todas nuestras familias.

El comité de fábrica se ha distribuido el trabajo de la manera siguiente: presidente y secretario; dos miembros del comité se desplazan por la ciudad, mantienen el contacto con los clientes y las instituciones; dos se ocupan de la labor sindical; los demás, no liberados de la producción, observan el trabajo en los talleres.

El representante del gobierno resuelve todos los problemas de común acuerdo con el comité. Se producen roces, naturalmente, sobre todo en lo tocante a la dirección única. Pero el delegado del gobierno asegura que, por ahora, no ha chocado con incomprensiones serias de ninguna clase...

Por lo visto, el Consejo Nacional de Incautación quedará como una institución permanente del gobierno. Le están sometiendo a consideración miles de proyectos y problemas. Ahora el Consejo re-

gula la producción y el consumo del papel. Se crea una industria estatal para la construcción de medios de transporte. Quieren que el Estado monopolice las principales ramas del comercio exterior. Los escritores españoles proponen que se cree una editorial del Estado, conservando, paralelamente, la actividad editorial privada.

8 de septiembre

El jefe del gobierno español y ministro de la Guerra de la República, Francisco Largo Caballero, a las 11 horas 30 minutos ha recibido al representante del periódico moscovita *Pravda*. La conversación ha tenido lugar en el edificio del Ministerio de la Guerra y ha durado veinte minutos.

Todas las salas del piso principal han quedado limpias de gente superflua y están casi desiertas. Ante las puertas, hay ordenanzas que paran a los visitantes. Éstos esperan pacíficamente sentados en los divanes y hojean anuarios militares de 1887. Un viejecito con lentes, típico viejo funcionario socialdemócrata, se atormenta largo rato anotando el difícil nombre ruso en la hoja de visita. Yo había visto a ese viejo en el vestíbulo de la Unión General de Trabajadores, pero ahora lleva chaqueta negra y un brazalete oficial en la manga. Cuando me he hartado de entretenerme con él, le he dejado con la palabra en la boca y he pasado al otro extremo de la inmensa antesala. Un elegante oficial con charreteras, con la raya que el fijapelo hace impecable, se inclina y en seguida me deja pasar al gabinete; la entrevista había sido convenida por teléfono.

Caballero, ahora ya vistiendo un buen traje de paisano y no el mono de tela, pulcramente rasurado, erguido y severo, está sentado a la mesa. Guarda un silencio infinitamente largo y frío mientras no se le habla.

Después de haber oído las palabras de saludo, hace un movimiento con la cabeza y vuelve a callar. Por fin articula algunas palabras. Pide que le disculpe —ahora no puede sostener conmigo una conversación como la que tuvimos el día 27 de agosto. Entonces él era un hombre libre, ahora es una figura, está atado por su cargo. Ahora, en general, no conversa con nadie sobre temas políticos. Para las conversaciones sobre temas políticos existe el Consejo de Ministros. Hace una excepción especial sólo para *Pravda*.

—Comprendido. Gracias.

Pero pide no abusar de esta excepción.

—Comprendido. ¿Qué representa su gobierno?

—Es un gobierno de Frente Popular.

—Comprendido. ¿Su base?

—Mi gobierno representa a todos los trabajadores españoles agrupados en los sindicatos y a todas las fuerzas del pueblo concentradas en una sola mano para defender al país contra la sedición ilegal. Desde luego, los republicanos, los socialistas, los comunistas, los anarquistas, poseen sus ideas acerca del porvenir social de España, sostienen distintas teorías y proyectos prácticos diferentes. También los tengo yo. Pero no hablo de ellos. Ahora, todas las divergencias quedan a un lado. Constituimos un organismo único, tenemos un objetivo: aplastar el fascismo. Todo se une en el gobierno.

—Comprendido. ¿Qué hace el nuevo gobierno para provocar un viraje en las operaciones militares?

—Mi primer objetivo es asegurar la unidad completa de mando y de autoridad. Ahora, la dirección de todas las fuerzas armadas de la República está concentrada en las manos del ministro de la Guerra.

—¿Incluida Cataluña?

—Incluida Cataluña.

—Comprendido.

—Hemos creado un nuevo Estado Mayor Central formado por oficiales inteligentes, calificados y que conocen su oficio.

—¿El nombre del jefe del Estado Mayor?

—Los nombres no interesan. La autoridad y la influencia del Estado Mayor Central sobre el curso de las operaciones aumentan de día en día. Pero este problema no estará completamente resuelto mientras no hayamos establecido en cada frente y en cada sector jefes que estén directa e inmediatamente subordinados a mí y al Estado Mayor Central. He prohibido también a los jefes militares revelar secretos de servicio. He ordenado a la censura poner fin a la analfabeta charlatanería de la prensa española que descubre todos los detalles de las operaciones.

—Comprendido. ¿Carácter del ejército, estructura?

—El Ministerio de la Guerra ha encargado al Estado Mayor Central elaborar en todos sus detalles y llevar a la práctica íntegramente,

un plan completo de ejército regular republicano estableciendo contingentes exactos y normas numéricas. Se hará una comprobación de los destacamentos de milicias, ante todo en lo que respecta a armamento y finanzas. Recibimos enormes demandas de armas y de dinero para las pagas a los combatientes. Las sumas alcanzan cifras grandiosas. El tesoro no es un tonel sin fondo, tenemos un presupuesto, un plan y una contabilidad.

—Comprendido. ¿Cómo se resolverá la cuestión del mando de las unidades de milicias al entrar éstas en el ejército regular? ¿Conservarán sus mandos electos?

—Esto dependerá del Ministerio de la Guerra. Aún está por ver si las unidades de milicias entrarán a formar parte del ejército.

—Así, pues, ¡¿es posible aún la existencia paralela de dos sistemas de tropa?!

—Esto lo resolverá el Ministerio de la Guerra.

—¿Continuarán en las unidades los delegados políticos? ¿Es posible la organización de los comisarios como instituto permanente?

—Esto lo resolverá el Ministerio de la Guerra.

—¿Es posible, en un futuro inmediato, la movilización de quintas?

—Lo siento, pero sobre cuestiones militares por ahora no puedo ser más concreto.

—Me interesa el estado del transporte.

—Ahora me ocupo sólo de cuestiones militares. Pero el ministro de Comunicaciones, probablemente, de buena gana...

—Comprendido. Muchas gracias.

Después de llamar al oficial, se sumió en el mapa de Extremadura. Pero no lo he comprendido todo, ni mucho menos. Qué hombre es éste, ¿un Clemenceau o un Goremikin?[2]

En la sala de espera, el viejo con brazalete en la manga sisea a una delegación que se ha presentado con banderas a saludar al jefe del gobierno.

—¡Silencio, os digo! ¡El camarada Largo Caballero recibe sólo por lista de inscripciones! Aquí no recibe. Id a la Unión General de Trabajadores, allí se hace una recepción especial para los que quieran transmitir saludos al camarada Largo Caballero. Aquí estamos en el Ministerio de la Guerra, aquí no es posible armar ruido.

De todos modos, en el piso inferior se arma ruido. Aquí hay el mismo desorden, la misma confusión, la misma Babel que antes.

10 de septiembre

Otra vez en la carretera Madrid-Lisboa. Hasta Santa Olalla, ningún movimiento, casi no se ve gente. Santa Olalla está colmada de automóviles, cañones, soldados, sanitarios. En el Estado Mayor están comiendo, reina el buen humor porque el enemigo hace dos días que no molesta. El coronel —no, ahora ya el general— Asensio, airoso, tranquilo, sonríe. Ahora manda en todo el frente central, que comprende todos los sectores que cubren Madrid. La prensa exalta con ampulosa frase sus pasados méritos, sobre todo en las tropas marroquíes, su rápida carrera (tiene cuarenta y cuatro años). Se le considera un militar inteligente y entendido, el más inteligente de todos los oficiales que están del lado de la República; mas, por otra parte, es un hombre poco definido, dudoso en el aspecto político y moral.

Asensio ha sacado dos mil hombres de sus unidades de la sierra de Guadarrama, une a esos dos mil hombres cuatro mil catalanes y quiere dar un golpe sobre Talavera. Pero esta operación se va aplazando de un día a otro. Según palabras de Asensio, carece por completo de medios de dirección y enlace, el trabajo del Estado Mayor se reduce a que tres oficiales corren hacia adelante y hacia atrás por la carretera, recogen información y transmiten órdenes que los jefes de las columnas no aceptan ni cumplen. La línea de contacto con el enemigo pasa a diez kilómetros de Talavera. Más allá, se han atrincherado los marroquíes y la legión extranjera. Y nosotros, ¿nos hemos atrincherado o no? Asensio sonríe, dice que para esto las unidades no tienen ni fuerzas, ni instrumentos, ni paciencia. Ha informado al ministro de la Guerra de que es necesario atrincherarse alrededor de Madrid, pero el señor Largo Caballero considera que las trincheras no son para la mentalidad del soldado español. Del fuego enemigo el español se cubre, en último término, tras un árbol. Meterse en una zanja le desagrada. Por lo menos se necesita un año para que se acostumbre a ello; en este tiempo, la guerra se habrá acabado tres veces.

Dejo a Asensio y sigo avanzando. La carretera se halla atestada de autobuses —los mismos que hace una semana salían a toda velocidad de Talavera—. Los vehículos están situados de cara a Madrid; esto ya se ha convertido en una costumbre. En torno a los coches, por

las cunetas de la carretera, se apretujan los milicianos —se echan sobre la hierba, fuman, comen. Sigo más adelante, más adelante—, las unidades se terminan, pero al enemigo ni con los gemelos se le ve. Dámaso aprieta el acelerador como un loco y se limita a mirarme levemente de reojo —si no le paro, se mete en la ciudad a ciento treinta kilómetros por hora—. Ya hemos pasado el poste con la indicación «A Talavera —4 Km». Digo al chófer que pare. En torno, silencio absoluto; en el horizonte se ven las chimeneas de las casas de Talavera y la aguja de la iglesia. A la izquierda, en el campo, se destaca una figura, pero no es un soldado, sino un campesino; se inclina, por lo visto, sobre un cadáver.

De regreso en Santa Olalla, digo a Asensio que a tres kilómetros frente a Talavera no hay enemigo. Él lo discute. Cuando le explico que yo mismo lo he visto, queda un poco confuso. Y sale del apuro diciendo:

—Quería engañarle para que no se pusiera usted en peligro. Naturalmente, el Estado Mayor sabe que los facciosos se han atrincherado casi en la misma Talavera.

A mi juicio, miente. Pero una cosa es extraña: disponiéndose a contraatacar, por qué este capitán ha situado sus posiciones de partida a siete kilómetros de las del enemigo ¿Para tomar carrerilla, quizá? ¿O eso corresponde también a la mentalidad del soldado español?

Damos la vuelta por Torrijos, llegamos de noche a Toledo. En la entrada comprueban soñolientamente los documentos —por la noche, la vigilancia, aquí, se debilita en alto grado—. Profundas tinieblas, y cuando Dámaso apaga los faros, los siglos medievales nos aprietan estrechamente en callejones, recalentados aún por el sol. Está claro, aquí no hay modo de prescindir de la espada, ¡adónde ir con el máuser! Con la espada se puede atravesar al enemigo o por lo menos su sombra, si avanza sigilosamente desde detrás de una esquina. Toledo sangriento, terrible, ya te habías convertido, al envejecer, en objeto de curiosidad para los ociosos badulaques de allende los mares, pero he aquí que otra vez los españoles luchan entre las estrecheces de tus paredes, otra vez atruena el cañón, otra vez los moros arden en deseos de romper el asedio del Alcázar. Junto a las viejas piedras de Europa, la humanidad por enésima vez discute sobre la libertad y la esclavitud, sobre la independencia y la opresión.

Casi a tientas, entre sombrías puertas claveteadas y portales, encontramos el hotel. En el comedor, la gente duerme, apelotonada, en los escaños y mesas.

11 de septiembre

Aquí todos se preguntan uno a otro cuándo, por fin, será tomada la fortaleza, pero nadie se siente verdaderamente interesado en ello. Se ha montado un espectáculo dramático y todos actúan en él con exaltación, excepto los cadáveres que hieden espantosamente entre las ruinas de los edificios inferiores destruidos por los republicanos.

Hace unos días se presentó en el Alcázar, para entablar conversaciones con los cadetes sediciosos, su ex profesor, el mayor Rojo.

Luego se presentó, muy en serio, un nuevo proyecto: rociar todo el Alcázar con gasolina, incendiarlo, y después atacar... Trajeron de Madrid cisternas de bomberos llenas de gasolina, empezaron a rociar, se quemaron las cisternas y sus mismos servidores.

Hoy, desde la mañana, un nuevo acto de la obra, y de nuevo todos participan apasionadamente en ella. Los sediciosos han pedido que se les mandara al Alcázar un sacerdote, no está claro si para entablar conversaciones de armisticio, para entregarle los rehenes o para que les perdone los pecados antes de la muerte.

De Madrid han traído a un canónigo de la catedral, al padre Camarasa. Ahí se acerca, acompañado de toda una horda —del coronel Barceló, del capitán Sediles, del pintor Quintanilla, de otros jefes e hinchas, de reporteros, fotógrafos y, simplemente, de inútiles ociosos—. El sacerdote, rechoncho, con raya en el pelo, viste chaqueta, ribeteada con una cinta de seda; lleva cuello almidonado, con un gran pañuelo blanco de encaje en las manos; se parece a un doctor especialista en enfermedades de la mujer; está pálido y no sabe cómo comportarse. Lleva en la mano derecha un crucifijo; con la izquierda, sintiendo a su espalda la presencia de los combatientes, cierra el puño a lo *Rot-Front*. Así pasa por las ruinas y entra por una grieta del muro. Se ve cómo le reciben guardias civiles de tricornios negros.

El tiroteo ha cesado, la gente espera y no se retira, se establece algo así como una tregua. Se ve cómo, desde la parte alta, desde la academia, baja un grupo de soldados y, detrás de ellos, observando, tres jóvenes oficiales fascistas. Salen por un boquete del muro, al lugar donde ha entrado el sacerdote, y se detienen a unos quince pasos de los milicianos y de los habitantes de la ciudad. Ambas partes se

miran en silencio, con enorme interés; luego, uno de los sitiados, indeciso, pide tabaco:

—¡Es una muerte, sin tabaco!

Al instante, dos milicianos sacan paquetes de cigarrillos. Otros, imitándolos, rebuscan febrilmente tabaco por sus bolsillos. Todos están en extremo enardecidos; por lo visto cada uno de ellos quedará desconsolado como un niño si no puede jactarse, luego, de haber dado de fumar a un sedicioso. Un sargento se mezcla en el asunto y sólo permite que dos milicianos y él mismo se acerquen a los fascistas con los cigarrillos.

Se hablan entrecortadamente:

—¡Rendíos! ¡Os han engañado! ¡Pasaos a nuestra parte, al lado del gobierno!

—No. Cumplimos órdenes de nuestros jefes.

Los oficiales, bastante extenuados cortan la conversación:

—¿Creéis que los vais a comprar con un paquete de cigarrillos? Es inútil.

Un jovenzuelo de los sitiados, vendada la cabeza con un trapo sucio, balbucea en voz baja:

—A nosotros qué más nos da quién nos fusile; que sea este gobierno o el otro.

El sargento eleva la voz:

—¡Esto no es verdad! ¡Es una mentira! El gobierno no fusila a los soldados sublevados que deponen las armas voluntariamente. Castigamos sólo a los cabecillas, a los instigadores fascistas. ¡Os engañan! ¡Soldados, reflexionad! ¡Apoderaos de vuestros carceleros y salid del Alcázar! Hace tiempo que habríamos acabado con vosotros y os habríamos aniquilado de no haber sido por nuestras mujeres e hijos, que tenéis en rehenes. Pero creedlo, un día o dos más, y se nos acabará la paciencia. Si sacrificamos la vida de seres que nos son tan queridos, comprended lo terrible que será el castigo que os espera.

Uno de los sediciosos grita histéricamente:

—¿Por qué todo esto? ¿Por qué destruir España?

Todos los milicianos responden a porfía:

—¿Quién la está destruyendo? ¡Sois vosotros, cochinos, quienes la destruís! ¡Canallas, perros!

Comienza un altercado, las dos partes se separan sin disparar.

A las doce en punto el canónigo sale por el boquete del muro, otra vez con el puño en alto, sólo que en lugar del crucifijo, sostiene con la

punta de los dedos un sobre. Le acompaña un oficial fascista; se encuentran con los representantes de los republicanos y después el canónigo ya sigue caminando entre una gran muchedumbre de milicianos. Ha entrado en el Estado Mayor de Barceló, en el edificio de correos —allí ha dado comienzo la reunión—. Veinte minutos más tarde, el sacerdote ha salido y se ha dirigido en automóvil a Madrid.

He preguntado al gobernador civil, un joven sudoroso y de aspecto importante, cuál había sido el resultado de las conversaciones.

—Por ahora, nada que valga mucho la pena.

—¿Y la carta? ¿Son las condiciones que presentan los sediciosos para rendirse?

—Es una carta particular, del coronel Moscardó a su esposa.

—¿De Moscardó, el jefe de los sediciosos? ¿Su mujer está aquí? ¿En Toledo?

—Está en Madrid.

—¿En la cárcel?

—En libertad, en un sanatorio. ¿Esto le sorprende?

—¿Y la carta será entregada?

—Naturalmente.

—¿Qué es esto, galantería?

Me ha mirado con una larga y penetrante mirada.

—Esto es magnanimidad.

—¡Y ellos, entretanto, matan de hambre y torturan a las mujeres y a los hijos de los toledanos, y con los cuerpos de estos rehenes se ponen al abrigo de obuses y bombas!

Ha continuado mirándome con penetrante mirada y con un matiz de triunfante irresponsabilidad.

—Sí, y ellos, entretanto, matan de hambre y torturan a las mujeres y a los hijos de los toledanos y con los cuerpos de estos rehenes se ponen al abrigo de obuses y bombas. Veremos quién vence. Está usted en España, señor, está usted en el país de don Quijote.

La muchedumbre casi se ha dispersado; el cañón vuelve a disparar contra el castillo —una vez cada tres minutos, de cada cuatro obuses estalla uno—. Hemos comido con los soldados en el viejo monasterio de Santa Cruz, transformado en museo y, que ahora, de museo, ha pasado a ser cuartel y fortín de asedio. Sobre basamentos de roble hay losas funerarias con inscripciones hebreas. Los periodistas franceses bromean sobre el sentido de las palabras que el gobernador civil me ha dicho.

—Para Koltsov, simplemente, es un traidor. Si algo no sale bien, los bolcheviques en seguida empiezan a sospechar que se trata de sabotaje y traición.

—Don Quijote, tal como ellos lo interpretan, debía ser, probablemente, un liberal nefasto...

—Que debería de ser expulsado de entre los marxistas conscientes...

Yo he enseñado los dientes:

—¡No hablen de don Quijote! Nosotros estamos con él en mucha mejor armonía que ustedes. Desde que se ha establecido el poder soviético, el Quijote se ha editado en nuestro país once veces, ¿y en el suyo, en Francia?... Ustedes se enternecen con don Quijote y le dejan sin ayuda a la hora de la lucha mortal. Nosotros le criticamos, pero le ayudamos.

—También hay que criticar haciéndose cargo de la naturaleza...

—¡Y qué entienden ustedes por naturaleza! Cervantes sentía mucho cariño por su Quijote, pero no le nombró a él gobernador civil, sino a Sancho Panza. El buen Sancho nunca se atribuyó las altas virtudes de su protector. Pero ese canalla, ni es Quijote ni es Sancho. ¡Y de su despacho no se ha quitado el teléfono que le une por hilo directo con el Alcázar!

Los periodistas saltan de sus asientos.

—¿El teléfono? ¡Usted bromea! ¿En el despacho del gobernador?

—Pregúntenselo al coronel Barceló. El teléfono se ha dejado «por si los facciosos quieren comunicar que tienen deseos de rendirse».

Han salido hablando con mucha excitación.

14 de septiembre

Por la mañana, en la estrecha calle de San Jerónimo se hace cola para la leche.

La cola es como todas las colas; habrá unas quinientas amas de casa con vestidos viejos, oscuros, gastados, y criaturas en torno.

La cola es como todas las colas, sólo que la puerta de la lechería está adornada con figuras primitivas de piedra, del siglo xv, y en el cielo dan vueltas los Junkers y cada treinta o cuarenta segundos resuena

una explosión baja, espesa. Los pequeños, morenos de ojos negros, discuten sin cesar:

—¡Es una bomba!

—No, es un obús de Santa Cruz.

Los niños de Toledo han aprendido a distinguir las explosiones de los obuses, de las bombas, de los cartuchos de dinamita y los disparos de ametralladora de los facciosos y de los republicanos.

Pero se han olvidado del sabor de la carne, están olvidando el sabor de la leche, y piden ávidos, con insistencia, un terrón de azúcar. De buena gana hacen un cambio: dos, cinco y hasta diez vainas de cartucho, por un trocito de azúcar; hace tres meses, corrían igualmente tras los turistas con recortes y postales de color. Ofrecen cascotes de obuses e incluso obuses enteros, que no han estallado. Entonces, sus rostros toman una expresión picaresca: obuses y cascotes hay aquí los que se quiera, pero el azúcar es un lujo tan grande...

En la cola he entablado conversación con «doñas» de edad madura; a ellas les hace gracia mi modo de chapurrear el español. ¿De dónde será este hombre?

Al enterarse de que soy ruso, se apodera de ellas una sorpresa indescriptible. La cola se rompe, todas me rodean, me estrechan la mano, se ríen, me dan palmaditas en la espalda. Honorables y robustas castellanas se iluminan con amables y alegres sonrisas.

—Ya hemos leído y hemos oído por radio la carta de las mujeres de las Tres Montañas. Son ángeles y no personas. Si pudiéramos arrancar del pecho nuestros tristes corazones, allí los mandaríamos, a nuestras hermanas.

¿Qué Tres Montañas, qué carta? Al principio no llego a comprender nada. Me muestran un periódico. Se publica una carta de Moscú, de las obreras de la fábrica Tres Montañas, *Trioj Gor* —en pocas palabras, de la *Triojgorka*—. ¡Ahora está claro! Las tejedoras de la *Triojgorka* se reunieron anteayer y dirigieron una carta a todas las mujeres soviéticas:

«Leemos con alegría en los periódicos que las trabajadoras españolas no sólo ayudan y animan a sus hijos, maridos y hermanos, sino que ellas mismas, además, participan en la lucha heroica por la libertad. Que sepan las trabajadoras de España que nosotras, mujeres del gran país del socialismo, seguimos con tensa atención y emocionadas su lucha y deseamos fervientemente ayudar a las mujeres y a los niños del libre pueblo español. Nos dirigimos a todas las mujeres del

país soviético —a las obreras, a las campesinas, a las empleadas, a las amas de casa, a todas las madres— y las exhortamos calurosamente a ayudar con víveres a las trabajadoras de España, a los niños y las madres del pueblo español en lucha. Nosotras aportamos para dicho fin cincuenta rublos cada una y estamos seguras de que las mujeres del país soviético seguirán nuestro ejemplo.»

Parece como si la cola ante la lechería se hiciera aún más pequeña —las personas se apretujan para estar más cerca de mí. Hasta los niños se han apaciguado un poco. ¿No hay otras novedades? ¿De allí, de ese lejano país, algo incomprensible, cubierto poco menos que de nieves eternas, pero tan cordial y amigo?

No tengo noticias frescas, he perdido el contacto, pero hablo de la actitud de los obreros soviéticos, hombres y mujeres, de todo el pueblo, hacia España y hacia la lucha española.

Todas escuchan con avidez. De nuevo se oye un estallido —es una bomba de aviación—. Algunas mujeres se apartan bruscamente, las otras no se mueven y miran con aire de reproche a las que huyen. Veo cómo una muchacha que viste mono señala disimuladamente hacia mí: no está bien huir así, de las bombas, ante un camarada ruso... ¡qué podría pensar!

El avión se ha ido, la conversación se restablece. Las españolas oyen hablar de las mujeres soviéticas, de su cariño por los niños, de que están dispuestas a encargarse —y lo desean— de la educación de niños huérfanos, hijos de combatientes caídos en la lucha contra el fascismo. Casi a todas las que me oyen se les asoman las lágrimas a los ojos.

La muchacha que viste mono se siente confusa por esta escena. A ella le parece que va en detrimento de la reputación de las mujeres toledanas.

—No haga caso. Las españolas, en general, somos amigas de llorar. Ahora lloran simplemente de alegría. Son mujeres muy sufridas y no piensan quejarse por nada. Yo, que soy toledana, lo sé.

Una «doña» alta, de mejillas hundidas, se mezcla en la conversación:

—Mi marido ha sido muerto por una bala del Alcázar. Trabajaba en el garaje del hotel. Me han quedado dos pequeños. Si yo fuera más joven y mis hijos mayores, habríamos ido en seguida a ocupar su puesto. Usted perdone, soy una mujer sencilla y no he pensado en muchas cosas. Me parecía que los extranjeros eran todos turistas ricos, como los que siempre venían aquí. Yo ayudaba a mi Sebastián a lavarles los coches. Ahora los alemanes y los italianos nos mandan aviones y bombas. En estos días amargos, las mujeres rusas, las obreras y las maestras, nos mandan ayuda, como si fuéramos sus hermanas. Quiero mandar una gotita de mi sangre en una carta a las obreras soviéticas para agradecerles lo que hacen y hacernos amigas para siempre.

¡Qué fuerza más enorme será —es ya— la mujer española, tan pronto como se libre del sofocante encierro de la casa-cárcel! En toda su existencia un vergonzoso engaño la ha inclinado hacia la tierra, la ha corroído por dentro, como la herrumbre. En casa a pelo, con pantuflas, con el vaho del jabón sobre el barreño lleno de ropa, entre los chillidos de los niños y los comadreos —propios de un harén— de las vecinas, siempre culpable y resignada ante el marido. En la calle, ante la gente —con tacones altos, jugando con la seda de sus piernas, con susurro de abanicos, seductora, con la boca entreabierta tierno y lujoso animalito, tentación para los que la ven, orgullo para el marido-propietario—. Públicamente, servilismo ante la mujer, parodia vulgar, empalagosa, de la veneración caballeresca ante las hermosas damas; en familia, altanería y brutalidad hacia la mujer, impúdica explotación de su trabajo durante el día, de su cuerpo por la noche, insultos y golpes. He visto, por casualidad, a través de una ventana de una vivienda bastante acomodada, cómo el señor daba patadas a la señora. Le daba coces con el tacón, volviéndose de espaldas, como un chivo. Daba gritos, coceaba, echaba a correr un instante, y vuelta a empezar. La dama, sin falda, con sostén, con zapatos de tacón alto, con ligas color naranja, también gritaba, pero no ofrecía resistencia; una criatura lloraba sobre un diván. De la pared, colgaba el retrato del general Bolívar, con perilla y las puntas del bigote en alto.

La mujer entra en el ejercicio de sus derechos humanos; no desde el derrocamiento de la monarquía ni con los primeros mandatos de diputados a Cortes para Victoria Kent y Dolores Ibárruri, sino ahora, cuando la guerra civil ha fecundado el país con una revolución popular democrática, ha abierto las casas, ha arrancado cortinas y biombos, ha revuelto la vida social y privada.

Recordaré a la mujer con dos niños sobre un borrico flaco, entre las grises colinas de Aragón recalentadas por el sol, una viuda a la que los fascistas le habían asesinado el marido y le habían incendiado la casa. Recordaré a ocho mujeres que vinieron a Lérida de las aldeas

Sierra y Luna. Al entrar en estas aldeas, los fascistas comenzaron a violar a las muchachas, a cortar el pelo al rape a sus madres y hacerlas pasear luego por las calles. Después de semejante escarnio, ocho mujeres huyeron. Los cabellos son el principal adorno de una española, vieja o joven, rica o pobre. La mujer española cuida siempre de sus cabellos, se los riza caprichosamente. Pero las ocho campesinas mostraron sus cabezas rapadas a todo el mundo, convirtieron la afrenta en distinción. «No queríamos, pero los fascistas nos han hecho soldados. Y combatiremos como soldados mientras los cabellos no nos lleguen a los hombros.» Recordaré a Conchita que en el Guadarrama cogió el fusil de su novio muerto. Y a las jóvenes comunistas Lina Odena y Aurora Arnáiz, con mono, pistola al cinto, al frente de importantes destacamentos, y que han organizado a miles de jóvenes españoles en defensa de la libertad. Y a María Carrasco, mujer de mucho genio, mecánico en el aeródromo de Cuatro Vientos, que trepaba por los motores, manchada con la grasa de las máquinas, y no dejaba que el aviador se fuera al combate mientras no hubiera ella comprobado hasta el último tornillo. Y a quinientas mujeres que se presentaron el primer día de la guerra civil a los hospitales de Madrid ofreciendo su sangre para las transfusiones: «Nuestros maridos dan su sangre en el frente, ¡nosotras queremos devolverla en la retaguardia!...» Y a Estrella Castro, famosa cantante, cuyos altos trinos resuenan en las posiciones con el sólido acompañamiento de la artillería pesada. Y a María Teresa León, en la carretera de Talavera, con su pequeño revólver de plata. Y a Marina Ginesta, callada, atenta, con los cabellos cortados a lo chico, combatiente en las barricadas de la plaza de Colón, concienzuda mecanógrafa y traductora. Ésta es la auténtica mujer española que ha descubierto, siguiendo a Dolores Ibárruri, en la hora difícil de la lucha del pueblo, su verdadera imagen, firme y enternecedora.

Los nobles caballeros que exaltan la «belleza, la nobleza y la santidad» de la mujer española, han mostrado ahora cuáles son sus maneras caballerescas.

En el pueblo de la Rambla, en la provincia de Córdoba, mataron a pedradas a todas las mujeres de los antifascistas en la plaza del pueblo. Las madres cayeron con sus hijos en brazos.

En Puente Genil, Andalucía, violaron a treinta mujeres, a todas les atravesaron los pechos con las bayonetas y las arrojaron al río. Violar y traspasar los pechos responde a la receta de los infinitos libros pornográficos sobre perversiones sexuales, literatura predilecta de los hijos de mamá fascistas. El ahogar en el río ya es en calidad de iniciativa personal.

Y aquí, en Toledo, en el alto castillo, ante nuestros propios ojos, los caballeros portadores de las tradiciones históricas, han colocado a las mujeres-rehenes en el piso alto para que los obuses caigan primero sobre ellas, y se han guarecido tras sus cuerpos.

Las mujeres de la cola de la lechería me convencieron de que visitara a la hechicera toledana Isabel Delgado y me acompañaron a su casa. La hechicera resultó ser auténtica. En su tenebrosa covacha, junto a la iglesia de Santa Úrsula, entre lechuzas disecadas y murciélagos, hervía en una cacerolita eléctrica su filtro mágico. Las mujeres vocearon largo rato, explicaron lo bueno que yo era y de qué país había venido. La vieja llenó un frasquito con el bálsamo milagroso; para untar un hombro dislocado o para caso de herida, y si no duele nada, para limpiar los dientes, que quedan blancos como el azúcar. Pero la muchacha-miliciana abiertamente y ante todas las demás, se burló del bálsamo y juró por la memoria de su madre que nunca había probado ni probaría filtros de curanderos.

16 de septiembre

Es agradable estar en el Quinto Regimiento. Aquí se descansa de la confusión y del desorden, y uno se siente reconfortado al ver los contornos del Ejército Popular de mañana. Aquí, la gente, aunque por su aspecto es la misma que alrededor, actúa, piensa y habla de manera distinta; con cierto firme eje interno, con cierto sentido de responsabilidad.

En la calle de Lista, en un pequeño hotelito, se encuentran el Estado Mayor, la Sección política y diversas oficinas. A diferencia de lo que ocurre en otras instituciones, aquí hay limpieza, orden y silencio. Aquí —esto también es muy raro en Madrid— se trabaja de noche.

En otro lugar, en un gran monasterio, se hallan instalados los cuarteles, los depósitos y el centro de instrucción. Por el patio inmenso desfilan los voluntarios. Hay grupos muy diversos; pasando de uno a otro se ven todos los estadios de la instrucción y se observa el

cambio en el aspecto de los hombres. He aquí a unos magros y encorvados adolescentes de Vallecas —el Marinaia Roscha[3] de Madrid—, se mueven torpemente a la derecha, a la izquierda, media vuelta, ¡march!, tropiezan, bromean; he aquí ya unos movimientos aceptables y manejo del fusil, con palos en vez de armas. He aquí ejercicios de tiro; a cada combatiente se le permite hacer tres disparos. En las condiciones actuales, esto es un lujo inaudito.

El Quinto Regimiento, más bien que una unidad militar es un comisariado de guerra, un centro de instrucción. Los batallones y compañías formados e instruidos por el Quinto Regimiento de la milicia popular, combaten en distintos sectores —en el norte, en el sur y en el centro de España—. Las instrucciones militares, los folletos políticos, las octavillas y los carteles de la sección política del Quinto Regimiento se difunden entre todas las tropas republicanas.

El Quinto Regimiento es, al mismo tiempo, un regimiento. Tiene su Estado Mayor, y ejecuta algunas operaciones que le encomienda el Alto Mando. Tiene un núcleo básico, bien formado —varios miles de combatientes— junto a Madrid. En total, el Quinto Regimiento ha instruido ya cerca de treinta mil hombres. Esto, naturalmente, es extraordinario para un regimiento, incluso en tiempo de guerra. Pero ahora, en España, se está lejos de poder observar los cánones militares. El nombre del Quinto Regimiento da cohesión a las unidades, confiere autoridad a los mandos, dignidad y valentía a los combatientes de la milicia popular. Este nombre obliga. Es necesario leer periódicos y limpiar el fusil. Es necesario cumplir las órdenes y abrir trincheras. Es necesario explicar con claridad y, sobre todo, honradamente, lo que se ha visto en descubierta. Esto constituye un arte muy poco común: los exploradores y demás testigos oculares, por ahora, raras veces ven al enemigo en cantidades inferiores a tres mil soldados acompañados de diez mil jinetes de la caballería mora, montados sobre briosos corceles.

El Quinto Regimiento ha surgido de las primeras y pequeñas unidades de choque creadas por los comunistas para el frente de Guadarrama. Eran los mejores proletarios madrileños, los más arrojados, aunque sin experiencia militar. Aprendieron sobre la marcha, combatiendo. Por su valentía, su conciencia y su lealtad, se han convertido en los primeros soldados y los más firmes del ejército antifascista. Han establecido entre sí una ley sencilla y no escrita: si uno huye ante el enemigo, otro tiene el derecho a matarle de un tiro.

Ahora, las primeras «compañías de acero» obreras han quedado muy diluidas con gente nueva —campesinos, intelectuales, anarquistas—. En ello está su debilidad, en ello está su fuerza. Su debilidad, porque en cierto grado han perdido su carácter monolítico, la densidad combativa de los primeros golpes de la compañía. Su fuerza, porque los combatientes de choque comunican sus cualidades a un gran número de hombres, en la instrucción y en el combate crean numerosos cuadros nuevos de soldados valientes y disciplinados, luchan contra el individualismo y la indisciplina.

El voluntario que se inscribe en el Quinto Regimiento ha de responder, ante todo, a tres exigencias. En primer lugar, ha de poseer unos conocimientos políticos por lo menos elementales o, en último caso, ha de tener un mínimo de conciencia política. En segundo lugar, ha de gozar de buena salud. En tercer lugar, ha de tener cierta habilidad deportiva, por pequeña que sea. Partiendo de ahí, el Regimiento empieza la ulterior instrucción del combatiente. La instrucción dura, como máximo, diecisiete días. Pero pocas veces logra darse esa instrucción máxima. Por término medio, la preparación del combatiente dura de ocho a diez días. A principios de la guerra, los combatientes salían hasta después de dos días de instrucción. Lo demás tenían que acabar de aprenderlo en el combate.

El Estado Mayor mantiene enlace con todos los batallones formados por él y, a través de los batallones, con todos los frentes. Gracias a ello, la Sección de información del Estado Mayor y la Sección política redactan partes de guerra mucho más detallados y precisos que el Estado Mayor Central del Ministerio de la Guerra.

Ahora el Regimiento ha organizado escuelas de infantería y de caballería y cursos para suboficiales. Una vez por semana, el mando reúne a los comandantes de los batallones y analiza con ellos los combates y las operaciones.

El Comité Central del Partido Comunista se ocupa mucho del Quinto Regimiento, procura mostrar, con el ejemplo de esta organización, el modo bolchevique de organizar las fuerzas armadas del pueblo; a través del Quinto Regimiento quiere ofrecer el principio del ejército regular del pueblo. Todos los miembros del Comité Central, directa o indirectamente están ligados al Regimiento y le ayudan. El trabajo de todos los días lo lleva Carlos o, como le llaman aquí, el comandante Carlos, comisario, el hombre más popular del Quinto Regimiento.

Carlos es italiano; habla en español como si fuera su lengua materna; habla también a la perfección inglés, francés y alemán, y hasta habla algo en ruso. Es un combatiente revolucionario infatigable. Se las arregla para estar en todas partes, y en todas partes se alegran cuando ven su figura maciza, pero al mismo tiempo ágil y vivaracha, cuando resuena su habla, con voz de bajo, entreverada de bromas y palabras gruesas. Carlos es infatigable, funciona las veinticuatro horas del día, posee un talento innato para organizar y animar a la gente sobre la marcha. Las cosas van bien en torno de él, y así el Quinto Regimiento se ha encontrado con talleres de armas y cartuchos, panaderías, talleres de uniformes militares, estudios para cartelistas, secciones de cartografía, imprentas y destacamentos de zapadores. Carlos muestra como un guía, toda esta obra, con extraordinario entusiasmo, con la alegría del hombre animoso y consciente. Cada día crea algo nuevo. El Quinto Regimiento ha organizado un servicio de intendencia y manda a los intendentes en ayuda de sus unidades. Aquí se preocupan no sólo de las vituallas, sino, además, de la reparación de calzado, de los servicios de peluquería, del lavado de ropa y de muchas otras cosas sobre las que tienen pereza de pensar comandantes muy revolucionarios y muy frívolos. En el depósito de armas, Carlos muestra el fichero establecido para los fusiles. En la situación actual de España, puede parecer cómico establecer un fichero para los fusiles, cuando el enemigo presiona sobre Madrid. Mas, por ahora, el orden, el orden más prosaico, es lo que más falta hace a las tropas republicanas. Fusiles hay muy pocos, y el Regimiento enseña a sentir responsabilidad por el fusil y su estado.

Está bien iniciado el trabajo de la sección política. Aquí se ocupan del combatiente y de su familia: una comisión especial da noticias de aquél a los parientes, los visita en sus casas, reenvía las cartas. La Sección política edita en cuarenta mil ejemplares el diario *Milicias Populares*, proporciona materiales a los «delegados políticos» o, con otras palabras, comisarios, destinados a las unidades. Éste es un trabajo muy delicado. La sección política, lo mismo que todo el Quinto Regimiento, está dirigida por el Partido Comunista; los comisarios son los representantes del Frente Popular en su conjunto, y no es raro que algunos pertenezcan a otros partidos.

El Quinto Regimiento forja, de los jóvenes comunistas, los nuevos mandos. Tales son el andaluz Juan Modesto, los gallegos Enrique Líster y Santiago Álvarez, el toledano Bartolomé Cordón. Al lado de ellos

y junto con ellos, mandan las columnas del Quinto Regimiento antiguos oficiales de carrera del ejército monárquico, como Burillo, Márquez y otros. Todo ello se ha fundido dando origen a una buena camaradería de armas que ha de constituir el prototipo del Ejército Popular español que está naciendo.

17 de septiembre

Aún hay muchos extranjeros en Madrid. Los hay de tres colores: negros, amarillos y rojos. Los colores, sin embargo, a menudo engañan.

Los reaccionarios declarados y partidarios de Franco se pegan a las embajadas y a menudo viven en ellas. Todas las misiones diplomáticas han establecido ahora pensiones y residencias. La embajada alemana intriga constantemente en el cuerpo diplomático, propone a todos los representantes abandonar Madrid, motivando la salida por el peligro que representa continuar en la capital y por la imposibilidad del gobierno para mantener el orden. Fue por indicación de los alemanes que el 22 de agosto se levantó el motín con quema de colchonetas en la cárcel Modelo.

Se relaciona con los círculos de las embajadas el público extranjero que ha venido a España después del levantamiento. (Los extranjeros que antes residían habitualmente en España —empresarios, fabricantes, concesionarios, agentes de importación y exportación— casi todos se han ido al extranjero por considerar que se encontraban en peligro.) Los nuevos son viajeros profesionales; al verse, se reconocen por sus anteriores encuentros —en Abisinia, en el Paraguay, en la región del Sarre, en Manchukuo—. Su tiempo de servicio se divide en «conflictos»: conflicto del Sarre, conflicto de Manchuria... Ninguno de ellos tiene menos de cuarenta años, muchos ya peinan canas, pero sus queridas son sorprendentemente jóvenes. Formalmente son o bien representantes de fábricas de armas, enviados especiales de las grandes agencias telegráficas y empresarios de cine. La situación española los corrompe: para el espía éste no es un lugar de trabajo, sino de descanso: es posible saberlo todo, obtener todos los documentos, sin moverse de la mesita del café, por cuatro perras gordas

o completamente gratis, aprovechando la pasión que aquí hay por mostrar lo muy informado que uno está y por dejar estupefacto al interlocutor contando algo sensacional. De ahí, también, que los informes obtenidos gratis o incluso comprados sean fantásticos, como el delirio de un enajenado. El 8 de septiembre todos los espías comunicaron desde Madrid que el gobierno republicano había recibido de Skoda doscientos potentes tanques lanzallamas. El día 9 lo comunicaron desde Madrid los corresponsales norteamericanos; la censura retuvo los telegramas; entonces transmitieron la noticia de contrabando, a través de París. Mostraron incluso una foto comprada por un elevado precio. Luego se aclaró que la foto se había tomado de una revista española del año 1918 y que no era una foto, sino un dibujo que acompañaba a un artículo utópico titulado *La guerra en el año 1920*.

Sus gastos son, aquí, ínfimos; el «conflicto» español redondeará espléndidamente sus ahorros. Sólo tienen un miedo atroz a caer muertos en un tiroteo casual o en una pelea de calle o en un registro. Por esto se han colocado brazaletes en la manga con los colores oficiales de sus Estados. El brazalete significa: «Haced lo que queráis, ahorcaos, yo no tengo nada que ver con esto.» Uno, de edad madura, además del brazalete, lleva, cubriéndole el pecho en vez de chaleco, la bandera estrellada de Estados Unidos; de todos modos, tiene sus motivos para hacerlo así: es sordomudo, en caso de conflicto en la calle, ello resulta muy incómodo. Ha venido a hacer gestiones para recibir la herencia de su padre, concesionario de corcho. ¡Buen momento ha elegido!

Tras las mesitas del café, infatigablemente, durante seis, siete y a veces hasta nueve horas, injurian sin cesar a los españoles y se burlan de ellos, de su torpeza, de su lentitud, de su pereza. Los que han venido primero, inician a los novatos en las tres expresiones a que ante todo hay que acostumbrarse en España. Si vas a pedir un informe, te dicen al principio: «En seguida.» Después de media hora de esperar, te animan: «No tardará mucho.» Dos horas más tarde, declaran: «Mañana por la mañana.» Las damas cuentan: «Es, sencillamente, inconcebible. Pides un par de huevos pasados por agua y té; preguntan cuántos minutos han de dejar los huevos en el agua, y luego te traen cuatro huevos fritos y un jarro de cerveza; y después se ofenden si les chillan...»

El hotel Florida es considerado como un centro terriblemente

rojo y terriblemente revolucionario. Aquí viven los aviadores e ingenieros de la escuadrilla internacional, que llevan deportivas camisas de seda desabrochadas, navajas y parabellums en fundas de madera colgadas al cinto. Al principio querían hacer venir a sus mujeres, no les dieron permiso; ahora ya no lo piden —las mujeres, se han encontrado en Madrid—. Por la noche suele haber escenas ruidosas con salidas precipitadas al pasillo, de modo que los periodistas y unos diputados socialistas extranjeros se quejan al director. Entre los aviadores hay hombres valientes y fieles; éstos se agrupan en torno a Guides: se les ve poco por el hotel, a menudo hacen noche en el aeródromo. Hay unos diez hombres que son indudables espías y una docena de haraganes, que intrigan escandalosamente contra André y Guides sentados a la barra del bar. ¡Les dan carracas en vez de aparatos! ¡No van a acabar suicidándose en el estúpido cielo de este país de locos sólo por satisfacer el amor propio de alguien!

Aquí hay antiguos gangsters norteamericanos, transportadores de alcohol del destacamento aéreo de Al Capone, buscadores de aventuras de Indochina y un desilusionado terrorista italiano que escribe poemas. Un canadiense pelirrojo, fotógrafo de aviación, no hace nada desde que se levanta; se pasa el tiempo sentado en un sillón del vestíbulo junto a la ventana y conversa con la mirada vacía dirigida al espacio. Espera a que a las cuatro y media de la tarde aparezcan por la Gran Vía las primeras prostitutas. Entonces sale y se está largo rato eligiendo. Regatea también largo rato y luego paga una suma mayor de la que al principio le han pedido —si la mujer le ha pedido veinte pesetas, regatea hasta quedar en doce, y luego, al salir, paga veinticinco—. Así, explica, todo el acto se filtra a través de un complejo de beneficencia. Considera que hasta Louis-Ferdinand Céline no ha habido literatura mundial. Pero también en Céline encuentra un enorme fallo. Céline no ha visto que a la mujer hay que contemplarla y valorarla, necesariamente, cuando se acerca de espaldas. Entonces resultan claras su figura, el cuello, las piernas. Su aspecto, por delante, los ojos, la sonrisa, el pecho —todo esto es un engaño, esto es sólo para los tontos... Va a la caza de gente para hablar de mujeres. Pero la gente está ocupada. Quienes le escuchan con más complacencia son las propias mujeres, las esposas de los parlamentarios extranjeros.

Los verdaderos rojos casi no aparecen por el Florida. Éstos llegan sin llamar la atención de nadie, se van a los comités de los partidos,

duermen allí mismo en pequeñas residencias y se van al frente en calidad de instructores de las columnas del Quinto Regimiento, como sanitarios o como simples combatientes.

18 de septiembre

A primera hora de la mañana, antes de la salida del sol, se ha volado una mina que habían colocado los republicanos bajo la torre de la esquina derecha del Alcázar, la que da a la plaza de Zocodover.

La explosión ha sido inesperada para los sitiados, y entre ellos ha cundido el pánico. Los destacamentos de la fábrica de cartuchos y parte de los anarquistas se han precipitado hacia arriba, desde la parte de Zocodover. Han llegado hasta la colina y en una brecha del muro de la torre volada han plantado una bandera roja.

Los facciosos se han ido recobrando poco a poco, han abierto fuego graneado de fusilería, ametralladora y mortero. No había refuerzos, la columna atacante ha vuelto a bajar, pese a que tenía que salvar únicamente una distancia de cincuenta a cien pasos para llegar hasta la valla misma de la academia del Alcázar.

Por toda la ciudad de Toledo se dispara, nadie sabe quién hace fuego ni dónde —¡no es posible que las balas de los sitiados vuelen por todas las callejuelas!—. Gente armada y excitada recorre en grupos las calles. En el edificio de correos, tras la ventanilla de certificados, está sentado el coronel Barceló, encarnado y furioso, con una pierna vendada; una bala le ha atravesado la pantorrilla. No se nota mando alguno.

Ahora sólo tiene sentido repetir el asalto si se hace de frente, desde el monasterio de Santa Cruz. Para ello hay que tomar la casa del gobernador militar; casi limita, por la calzada, con el monasterio.

En Santa Cruz hay varios destacamentos —anarquistas de la localidad, algo de guardia de asalto y comunistas del Quinto Regimiento—. En la galería del claustro, están sentados y tumbados, comen, se miran las armas. Aquí mismo se cura a los heridos; sin la más pequeña separación, a la vista de todo el mundo. Aquí mismo, sobre camillas, hay unos muertos, y la gente, a su alrededor, contempla los cadáveres, largo rato, a veces media hora y más sin apartarse de allí, sin pestañear. Los jóvenes, sencillamente, se hipnotizan. Por lo visto quieren comprender qué experimenta el muerto, quieren empaparse de las sensaciones del cadáver. Si continúan mirando de este modo a los muertos, será imposible combatir.

Las correspondencias para *Pravda* desde aquí, desde Toledo, desde el frente de Extremadura, me dan mucho que hacer. Las escribo sea a máquina sea a mano, sobre impresos de telégrafos; luego hago la traducción francesa para la censura; Dámaso lo lleva todo a Madrid, a telégrafos, y no sé lo que después se hace con todo esto. Como antes, me paso cinco y seis días sin ver la *Pravda*.

Al atardecer, he vagado por la ciudad entrando en los patios de algunos sombríos palacios. De súbito, en uno de ellos he visto un cartel con letras rusas. Un fornido campesino, con barba, agarra por los cuernos a una ternera de pelo rojo. Y el texto: «¡Quien mata ganado joven, es un criminal!» Editado por el Comisariado de Agricultura de la República Federativa Rusa en 1928. ¡¿Cómo ha venido a parar aquí?! Con mucha dificultad he puesto en claro que aquí tienen su sede los Amigos de la Unión Soviética, de Toledo. No había nadie de la dirección. Una muchachita morena y de pelo negro me ha dicho que el padre y todos sus tíos habían cogido los fusiles y se habían ido a Santa Cruz.

20 de septiembre

Los sediciosos arden en deseos de penetrar en Toledo. En los primeros escalones van los marroquíes. Se baten a la desesperada, se lanzan al ataque profiriendo alaridos desgarradores que hielan la sangre en las venas de los combatientes de filas. Todo son relatos sobre la perfidia y crueldad de los moros.

En el hospital militar de Toledo, tendidos sobre dos camas en el ángulo de una sala, hay dos prisioneros de piel oscura. Uno de los soldados está herido en el ojo; el otro, en la pierna. Rostros sin malicia, bondadosos, sonrisas confiadas, relatos sinceros y sin segundas intenciones. Los milicianos heridos traban amistad con ellos, bromean, les dan cigarrillos. ¿Es posible que esos hombres hayan podido provocar tanto miedo, incluso estando sanos y armados?

Son ya veinte mil los moros que participan en la guerra, al lado de los fascistas.

Se trata, en primer lugar, de soldados profesionales del ejército colonial español. Son matones redomados, gente que ha vendido hace tiempo a su propio pueblo y, a la vez, maldita por el pueblo. Ayudaron a los generales españoles a someter a sus propios hermanos. Combatieron al lado de Alfonso XIII contra Abd-el-Krim. ¡Qué significa para ellos ir a disparar contra los obreros españoles!

Los soldados profesionales forman la cuarta parte de las unidades marroquíes en España. Las otras tres cuartas partes son felah movilizados, campesinos.

Este año, en Marruecos, ha habido muy mala cosecha. Cuando los reclutadores comenzaron a recorrer los mercados para alistar a los felah pidiendo hombres para mandar a la Península, muchos se inscribieron hasta de buena gana. El mando prometía dar bien de comer y, además, una paga de tres pesetas al día. Nadie sabía cuál era la causa de la movilización. Hubo quien explicó que los llevarían a todos a un desfile magno en Sevilla, donde habría muchos jefes españoles y se celebraría una hermosa fiesta. Lo creyeron. Todos partieron de muy buen humor. Únicamente en la Península, en Sevilla, se descubrió el engaño. A los rifeños, los más combativos de los marroquíes, los situaron en la vanguardia de las tropas sediciosas. Detrás de ellos colocaron a la legión extranjera y dieron la orden de combatir.

Los rifeños son maravillosos tiradores. Como ocurre con todas las tribus de montaña que han combatido contra invasores, se han formado una excelente táctica de fuego, disparan con una extraordinaria precisión y sin malgastar municiones. Del rifeño, durante las guerras de Marruecos, se contaba: baja al valle, se pone a trabajar para el propietario español, trabaja una semana; luego va al mercado y con todo el dinero que ha recibido por su trabajo compra un cartucho; con ese cartucho mata a su patrón. Naturalmente, en estos casos es necesario disparar sin errar el tiro.

También ahora pelean bien. Hacen todo cuanto de ellos se exige. Miles de personas, las mismas a las que ayer el pequeño y rapaz imperialismo español sometía a sangre y fuego, ahora, engañadas, sirven con las armas en la mano a este imperialismo, sirven a sus enemigos más feroces; disparan contra los obreros de España, contra aquellos que combaten al imperialismo de su país.

En Tetuán, en 1931, las cabilas me mostraron sus monumentos

artísticos, me explicaron cómo su vieja cultura ofrecía resistencia a la presión brutal de los generales españoles semianalfabetos; hablaban del ascenso nacional, de las posibilidades que surgirían para Marruecos con el nuevo régimen republicano. Ahora, el país de las orgullosas cabilas se ha convertido en la puerta trasera de la soldadesca de Burgos y de Roma, en aeródromo de reserva para los aparatos de bombardeo alemanes. Los fascistas han cubierto de cieno ese país. Cargan a cuenta del «moro» toda la responsabilidad por sus ferocidades y crueldades. A los corresponsales de los periódicos extranjeros, cuando se habla de las matanzas, de los fusilamientos en masa, de las violaciones y del asesinato de los niños, los generales fascistas les explican poniendo sordina en la voz:

—Todo esto son cosas de los moros. Gente salvaje. No podemos con ellos. Naturalezas africanas.

Hasta sus alaridos cuando se lanzan al ataque, antiguo recurso de guerra de las tribus del Rif, se toman ahora en consideración para demostrar que son unos salvajes y sanguinarios.

Últimamente, los moros han empezado a comprender algo. Se adelantan, uno a uno, de dos en dos, levantan los fusiles en alto y gritan:

—¡No disparéis! ¡Viva el camarada Azaña!

Con los que se han pasado, se intenta formar una columna entera. Se ocupa de ello un joven árabe, el antifascista Mustafá ibn Kala. Exhorta a los rifeños a apoderarse en Marruecos de las fincas de los generales sublevados y de las tierras de la legión extranjera.

«Son las mejores tierras del país —escribe— las más fértiles. Han sido quitadas a los campesinos rifeños. ¡No es una locura combatir y verter la sangre para fortalecer el poder de estos bandidos!»

El viejo obrero barcelonés Poli Bose ha escrito una carta a los soldados marroquíes. En nombre de la justicia y de los intereses comunes, los invita a que arrojen las armas, a que vuelvan a su país o a que crucen el frente y esperen en el campo republicano el fin de la lucha. Recuerda, con amargura, que cuando se aplastaba la sublevación de los rifeños, los obreros barceloneses organizaban huelgas políticas con la consigna: «¡Viva Abd-el-Krim!» Los que se pasan, casi siempre llevan consigo la carta de Poli Bose y la octavilla de Ibn Kala. También se encuentran, carta y octavilla, casi siempre, en los bolsillos de los moros muertos.

Los propios republicanos son también culpables en mucho. A los

combatientes nada dicen del estado de ánimo de los rifeños movilizados. Los milicianos ven en los moros enemigos irreconciliables. En los círculos madrileños —incluso en círculos sumamente destacados— aún se mantienen actitudes colonialistas. ¿Por qué el gobierno del Frente Popular no ha proclamado la autonomía de la provincia africana, por lo menos en la misma medida en que son autónomas otras regiones nacionales de España?

Los moros, con las armas en la mano, suben por España a través de Andalucía hacia Toledo y Madrid. Pero esto no es una nueva reconquista, no es una vuelta de las cultas e ilustradas cabilas arrojadas de la Península hace quinientos años por los caballeros castellanos. Es la marcha de tropas coloniales, de esclavos armados. Los moros se apresuran a liberar el antiguo Al-Kazar, mas no para sí, sino para el general Franco.

21 de septiembre

Al amanecer ha llegado alguien corriendo: los fascistas han tomado Maqueda. Ahora se encuentran a cuarenta y dos kilómetros de aquí; el Alcázar los atrae, como un imán. Y los sitiados también sueñan con mantenerse hasta su llegada.

¡Pero esto es sencillamente absurdo! Hoy la fortaleza debe caer. No hay precio que sea bastante caro para ello.

El día se levanta en medio de un estrépito espantoso. Los cañones no son muchos, pero en el retumbante laberinto de las estrechas calles y de las altas paredes de piedra tupidamente superpuestas, un eco se suma a otro. Y la profunda hondonada del Tajo, en torno a la ciudad, devuelve los estampidos de todos los disparos.

La batería del otro lado del río hoy trabaja a las mil maravillas, y los obuses estallan casi todos.

Las barricadas de la plaza de Zocodover atruenan con los disparos de fusil y ametralladora. Pero ahora sólo son una línea de reserva. La lucha principal se ha trasladado más allá, junto a la mismísima colina de la fortaleza.

El monasterio de Santa Cruz está repleto. Hoy se han concentrado aquí cerca de tres mil hombres. Los obreros de la fábrica de cartuchos, dos compañías del Quinto Regimiento y columnas de anarquistas. Hay decisión y deseos de ir al asalto.

Todo el muro meridional, encima de la puerta, se encuentra, como ayer, bajo el fuego graneado de los facciosos. La casa del gobernador militar ha sido ya casi por completo derruida por la artillería; por debajo de sus ruinas, disparan porfiadamente sólo dos o tres ametralladoras. Los sitiados, por lo visto, han dejado ahí un pequeño grupo de cobertura, y en lo fundamental se han retirado arriba, a la colina, al edificio principal, el de la academia militar.

La puerta meridional del monasterio está abierta de par en par. De ella han de salir las columnas de asalto. Pero el grupo de retaguardia desde los bajos de la casa del gobernador militar, dispara sin cesar, de manera concentrada y precisa directamente contra la puerta, no deja que los soldados salgan del monasterio para lanzarse al ataque.

Esto empieza a resultar excesivamente largo. Un suboficial, artillero del Quinto Regimiento, acude en su ayuda.

Cubriéndose con el escudo, arrastra hacia adelante un cañón de setenta y cinco milímetros y empieza a disparar con tiro directo —mejor dicho a bocajarro— por debajo del arco que aún se mantenía en pie, a la semioscuridad, desde donde parte el fuego fascista. Después de cada disparo, de cinco a diez hombres atraviesan la calle y se apelotonan al pie de la colina. Esto permite evitar el fuego de barrera de abajo y trepar directamente hacia el edificio de la academia militar.

Cruzo la calle con la tercera decena y nos apretamos contra las paredes de las casas de enfrente.

Ahora comienza el ascenso propiamente dicho. Hay que subir a saltos, a lo largo del muro, a través de ruinas ardientes y humeantes, dispuestas en gradería.

Los sediciosos ya han abandonado estas ruinas, pero aún no han acertado a pensar que en ellas puede haber soldados republicanos.

En un cuarto de hora, corriendo de este modo, subimos unos ciento cincuenta pasos. Desde la academia disparan por encima de nosotros hacia abajo, hacia donde se combate junto a la casa del gobernador militar.

Eso está muy bien. De este modo podemos llegar hasta las mismas paredes. Los milicianos están muy excitados, mas su estado de ánimo es excelente. Esto parece un juego al escondite. Pero somos

pocos. Por de pronto nos hemos reunido unos setenta hombres. Todo juventud del Quinto Regimiento y, en parte, obreros toledanos de la fábrica de cartuchos. Dos han sido heridos al correr, uno de ellos, de manera muy rara, debajo del brazo; se ha encogido y aprieta la herida con el codo, como si sostuviera un libro. Ahora es imposible llevarlos abajo, lo único que se puede hacer es vendarlos. Se quejan mucho.

Desde abajo suben corriendo otros muchachos.

Sólo que no se sabe quién dirige esta operación. Según parece, no hay aquí ningún jefe.

Los del primer grupo, seguimos avanzando. Corriendo en cuclillas o, simplemente, agachándonos, alcanzamos otro edificio.

¡Qué lugar más encantador! Sería, probablemente, una casita para los guardas. Pero ha ardido, mejor dicho, todavía arde; el techo se ha hundido, las tablas, las vigas, los tirantes están ardiendo y humean de manera espantosa. ¡Nunca me habría figurado que fuera posible sentirse tan bien en una casita ardiendo! En este cuadrilátero sin techumbre ya nos hemos apiñado, muy apretados, unos cincuenta hombres.

Desde abajo aún trepan más. Uno de los nuestros se asoma por arriba, se sienta en la pared de la casita y agita una bandera hacia abajo, llamando. ¡Ah, idiota! ¡Nos descubre!

No sé si abajo, en el monasterio, vieron la bandera. Pero desde arriba la vieron. Disparan contra nosotros, al montón. ¡Techumbre, no hay!

Gritos, gemidos; ya tenemos dos muertos.

Esto resulta, simplemente, un corral de matadero. Disparan con fusiles, pero medio minuto más tarde dirigen hacia aquí una ametralladora.

Lamentos, apretones, y no hay quien se atreva a saltar de la ratonera. Uno ha caído al suelo boca abajo, sobre las tablas calientes, humeantes, y levanta el trasero —si han de tocarle, mejor será ahí—. Muchos lo imitan.

De súbito, algo me golpea por las orejas y por los ojos. Caigo de espaldas sobre la gente —¿dónde se podía caer?—. También caen sobre mí. Y algo indeciblemente espantoso, repugnante, mojado, me azota la cara. La sangre me cubre los ojos, el mundo entero, el sol.

Pero es sangre ajena en las guías de las gafas. En el ángulo izquierdo del corral de piedra, hormiguea un montón de carne humana,

muerta y viva. La explosión ha sido breve, pero continúa sin fin en los ayes de la gente. Medio minuto más tarde, cuando los apretujones no fueron tantos, los que se levantaron se sintieron avergonzados ante los muertos y heridos. Cinco muertos y dos heridos —hay que sacarlos—. Ha sido una mina de mortero ligero —los hay en el Alcázar— ¡con qué rapidez han logrado obsequiarnos, aquí!

Ahora estallará la segunda mina, probablemente están cargando el mortero. Alguien ha taponado con su cuerpo el agujero de la puerta, pero todos saltan por la pared. Y también por encima de la pared —¡qué diablos es esto!— pasan a los heridos.

Todos corren hacia abajo. Pero ¡¿adónde?! Eso no ha sido más que una mina. Una mina puede matar a un hombre, o a dos, de una vez —la culpa la hemos tenido nosotros mismos, que como tontos, nos hemos apretado como caviar, en un montón—. ¿Para qué correr ahora hacia abajo?

Es perfectamente posible detenerse, tumbarse aquí, esperar refuerzos. ¡Si es una pena, con lo bien que hemos subido! ¿Por qué perder lo que se ha ganado ya con sangre?

Un combatiente de cierta edad, con la insignia del Quinto Regimiento, alto, calvo, blasfema furiosamente, para a los soldados, los empuja, como si fuera con un dedo, con el cañón de la pistola en el pecho, les conmina a no bajar. También Miguel Martínez, hecho una fiera, se saca la pistola del cinto y detiene a los soldados, ruega, suplica, también él empuja con el cañón de la pistola, como si fuera con el dedo, a los soldados o a su propio pecho, jura con los peores juramentos de su país. Pero es inútil, todo el grupo rueda por la pendiente, vuelve hacia abajo, todavía más abajo, todavía se vuelve más. Pero ¿aún van más abajo? Sí, aún más. ¡Si aquí es posible detenerse! ¡Aquí es posible atrincherarse! No, todavía más abajo. Todavía más, más abajo, más, más. Y atraviesan la calle —el cañón enmudece, las ametralladoras desde los sótanos de la casa del gobernador militar disparan—. Otra vez cruzan el portal del monasterio. Y así ha terminado todo.

El asalto no ha tenido éxito. Los hombres beben ávidamente, se enjuagan la garganta con los calientes chorros de agua de los botijos, se atan los cordones de las alpargatas, se ponen tiras de esparadrapo en los arañazos, se untan las partes quemadas por la mina; cuentan, interrumpiéndose mutuamente, que es posible subir, que ellos han estado allí.

De no haber sido la mina, aún estarían en aquel lugar. Pero la

mina ha provocado la alarma. Entonces han echado a correr. Todos cuentan que ha sido la mina la causa de la alarma. Nadie se acuerda de que él mismo ha participado en la confusión. Es posible que nadie por sí mismo hubiera echado a correr. ¡Pero la mina ha provocado la alarma! Han echado a correr mirándose los unos a los otros. Para que esto no sucediera habría hecho falta un jefe. No había jefe.

Cuando el soldado calvo y Miguel Martínez quisieron detener a los combatientes, ya era tarde. Y si lo hubieran intentado antes, habría dado lo mismo —ellos no eran, ahí, jefes—. Podían aconsejar, mas no podían dar cohesión al grupo para el asalto.

Los hombres quieren subir otra vez hacia la academia. Este edificio hoy atrae, arrastra hacia sí. Los mismos que han bajado corriendo por la pendiente de la colina, en estos momentos, una hora después, arden en deseos de volver a lanzarse al asalto. Persuaden a otros.

El batallón Victoria, del Quinto Regimiento, se compromete, íntegro, a ir delante, a un nuevo asalto. Los anarquistas también quieren ir. Empiezan las conversaciones. No hay jefes superiores. Barceló se ha ido a Madrid.

Se han puesto de acuerdo. El batallón Victoria subirá primero y pegados a ellos subirán los anarquistas. Todo ha de haberse terminado en hora y media o dos horas.

Llamaron a la batería del otro lado del río. La batería reanuda el fuego. El artillero suboficial dispara otra vez por debajo del arco de la casa del gobernador. De nuevo carreritas por la calzada, de nuevo nos agolpamos, de nuevo subimos por el mismo camino.

Ahora el enemigo nos observa y nos ve. El fuego de ametralladora es muy fuerte, concentrado. Hay muchos heridos.

Pero la subida se hace más rápidamente que antes. Los viejos animan a los jóvenes, a los novatos.

Los «viejos» somos nosotros. ¡Nosotros estuvimos aquí hace una hora! Somos los viejos habitantes del lugar. Conocemos cada piedra. ¡Sí! Conozco esta piedra. En ella estuve sentado cinco minutos. Es una piedra amarilla, polvorienta, de forma regular; podría servir de basamento a una estatua, desde luego si se igualara. Es una piedra sin importancia, pero es un hecho que la recuerdo.

Alcanzamos muy rápidamente la casita sin techumbre. Le damos la vuelta por la derecha. Los fascistas mantienen sobre ella un fuego ininterrumpido. Creo que ahí aún ha quedado un cadáver. Me imagino lo que habrá sido de él.

Ahora los combatientes, los nuevos y los «viejos», se conducen de otro modo. Han desaparecido la excitación y la impresionabilidad del azar; ahora esto no es un juego a lo desconocido, sino un ataque concentrado, consciente. Los jóvenes rostros están alerta, emocionados, pero se los ve alumbrados por cierta tranquila luz interior. Éstos son los que han acudido hoy a Toledo en respuesta al llamamiento de José Díaz: «Para la toma del Alcázar, hacen falta aún mil hombres de los cuales por lo menos doscientos perecerán irremisiblemente.»

Tenemos cuatro camillas con nosotros y poco a poco vuelven, cargadas, hacia abajo.

Nos queda, ahora la última parte de la pendiente, la de la mismísima coronilla. Está cubierta de hierba bastante fresca. La artillería gubernamental aquí casi no ha destruido nada. Es raro —lleva disparando contra este punto desde hace más de un mes, sin descanso—. ¿No ha habido algún engaño? ¿Ha disparado honestamente la artillería?

Nos arrastramos completamente pegados al suelo. ¡Si fuera posible meterse en la tierra, como los gusanos! El muro que cerca la academia militar está a veinte pasos, a quince, a diez; ya está ante nosotros. No es más alto que la altura del hombre y medio. Hay dos escaleritas apoyadas en él; son las escaleras de los fascistas, por ellas volvían a su edificio, a la academia, al retirarse de la parte baja, de sus dominios, ya perdidos.

Cogemos las escaleras, ahora somos nosotros los que salvamos la pared. Hasta se produce un leve barullo, todos quieren ser los primeros en trepar. Aquí está Bartolomé Cordón, comisario de la columna Victoria, con abrigo de cuero, una estrella roja en la gorra, rostro moreno cubierto de vello juvenil, ceñudo y animoso. Los hombres le hacen caso, él los coloca, manda que se echen.

Los fascistas hacen fuego graneado, pero nosotros no estamos mal defendidos por su propio muro. Las balas se hunden por detrás, en la pendiente.

De todos modos es necesario esperar aunque sólo sea otro grupo. Somos, aquí, poco más de cien hombres. Sin una ametralladora, sólo con granadas de mano. Dentro hay dos mil hombres, bien armados y desesperados. Hay que esperar cinco o diez minutos, mientras suben los anarquistas con las ametralladoras.

Nos tumbamos sobre la espalda. El verde declive es completamente igual al de la colina de Vladimir, en Kíev. Así me tumbaba yo

cuando era un niño que iba a la escuela; abajo refulgían las cúpulas doradas de las iglesias, en la calle Alejandrovskaia vendían ropa hecha y agarraban a los compradores por los faldones; junto al embarcadero, hervía una muchedumbre gris de descamisados y de pasajeros de tercera, el Dnieper se perdía a lo lejos formando una doble franja azulina, el vetusto barquito *Nikodim* se arrastraba hacia la Slobodka...

Pero ¿dónde está el segundo grupo? Miramos hacia abajo —algo pasa—. Los anarquistas no suben. Los sediciosos han dejado de ahorrar municiones y han establecido una cortina de fuego de ametralladora hacia la mitad de la colina. La unidad anarquista no se atreve a subir.

¡Pero nosotros hemos pasado! Un obrero con barbita se levanta, agita un pañuelo, llama a los que están abajo. Nos levantamos todos. Gritamos, agitamos los brazos.

—¡Subid! ¡Aquí estamos los comunistas! ¡No tengáis miedo! ¡Hacéis falta aquí!

Vemos que un pequeño grupo, cinco hombres, se precipita hacia arriba. Uno cae, los otros cuatro llegan hasta nosotros.

Permanecemos tumbados diez minutos más. La rabia nos consume. Bueno, saltaremos la pared nosotros mismos. Cordón nos divide en tres grupos. Dos reciben las escaleras; el tercer grupo trepa subiendo a hombros de sus compañeros.

Los que primero suben, entre ellos el obrero con barbita, lanzan unas cuantas granadas; tras ellos, después de las explosiones, subiremos nosotros.

¿Y luego? Luego nada. Tras de nosotros no hay una segunda oleada. Pero da lo mismo.

Nos hemos levantado todos del suelo y, de súbito, Cordón cae pesadamente, el amarillento abrigo en seguida se vuelve acarminado. Y el obrero de la barbita queda herido con la mano en alto empuñando una granada. La bomba no ha estallado de milagro; la mano inerte la ha dejado caer suavemente sobre la tierra.

Los cogen en brazos, se los llevan. Cordón grita con voz ronca:

—¡Ánimo, compañeros!

La sangre cae de él con frecuentes gotas.

El pequeño lanzador de granadas, el de la barbita, agita el brazo ensangrentado. Repite con voz sonora:

—¡Ánimo, compañeros!

Los combatientes dicen a los que se van:

—Haced todo lo posible para llevar a Cordón hasta abajo. No os apresuréis. Corred a trechos. Nosotros nos quedamos aquí. Estad tranquilos, nosotros nos quedaremos aquí hasta que nos lleguen refuerzos de abajo. Somos comunistas. Somos del Quinto Regimiento.

Permanecemos echados, pero los refuerzos no llegan. Así nos quedamos largo tiempo y el tiroteo poco a poco va apaciguándose. Llega la hora de la comida. Debajo de nosotros, en el monasterio de Santa Cruz, los anarquistas están comiendo. Detrás, en el Alcázar, encima de nosotros, los fascistas están comiendo. Nosotros estamos solos, muy hambrientos y con una sed espantosa.

Es sencillamente ridículo: subir por la pendiente del Alcázar al asalto, bajo el fuego enemigo, delante de todos; estar echados al pie de sus muros, coger con la mano la escalera de asalto, ¡y pensar sólo en una chuleta frita, en una botella de limonada!

Hora y media más. Se ha hecho un silencio total. El sol derrite los sesos. Y entonces, llenos de arrogante desesperación, trepando por las escaleras, subiéndose unos en los hombros de otros, los combatientes arrojan las granadas, todas cuantas tienen, al patio de la academia. ¡Toma, Alcázar!

Estrépito espantoso, humo; caen las ramas de los viejos árboles del patio, rotas; tintinean los cristales; infernales estampidos de ametralladora en respuesta. Y nosotros corremos hacia abajo como muchachos que han tocado el timbre de una puerta principal y huyen por la escalera.

27 de septiembre

Voy en tren por primera vez desde que estoy aquí. De Madrid a Alicante, por la noche. Vagones cama, ropa limpia. En las plataformas y en los pasillos, guardia armada. El tren va poco menos que vacío, hacia esa parte ahora casi nadie viaja.

En la estación de Alicante nos reciben solemnemente unas autoridades. Se acercan automóviles, nos precipitamos al puerto, al que llegó, ayer, la motonave soviética *Nevá* con víveres que las mujeres soviéticas mandan a as mujeres y a los niños españoles.

La ciudad, de dulces colores azules y rosa, es de un sosiego idíli-

co, un poco como en las ciudades de veraneo, un poco indolente. Tiene doblado como en arco el amplio paseo marítimo: palmeras, cafés, granadina en altos vasos con hielo, especuladores y traficantes de moneda extranjera tocados con negros sombreros hongos.

El puerto está colmado por el gentío, en el agua se balancean suavemente barcos de guerra extranjeros; en algunos de ellos, viven ahora representantes diplomáticos... Esto, en verdad, hasta sirve de lección, desde el punto de vista no sólo de la política y de la geografía, sino, incluso, de la arquitectura moderna; es un modelo del arte de la construcción al estilo hitleriano: un combinado diplomático-militar con techumbres planas y vistas pintorescas a tierra, al mar y viceversa. Una obra maestra semejante se crea con una sencillez sin par. Se toma una embajada alemana corriente y moliente, digamos, la de Madrid; se traslada a una ciudad portuaria del país, ante cuyo gobierno dicha embajada está acreditada, y se instala en un barco de línea del último modelo con artillería moderna. El embajador plenipotenciario se hace cargo de las funciones de ayudante en asuntos diplomáticos adjunto al mando del buque de línea, mientras que el consulado se instala cómodamente en cualquier torreta de combate. Todo el gabinete está guarnecido con cañones que apuntan hacia la costa para que los habitantes del lugar no confundan la embajada de una potencia mundial con alguna otra unidad de la marina de guerra.

Pero hoy, aquí, nadie piensa en la misión alemana de gran calibre. Los alicantinos se sienten intrigados y entusiasmados por otro barco, mucho menor, mucho más modesto, pese a que lo han situado en el puesto de honor cerca del paseo. El *Nevá* ha venido aquí diligente y con toda sencillez, deslizándose a través de la formación de los cruceros extranjeros, y en seguida ha pedido a las autoridades del puerto vagones y mano de obra para la descarga. Ahora mismo la grúa va descargando sin parar, de la bodega del barco, cajas nuevas, ordenadas, con inscripciones rusas.

A bordo, todo se ve limpio y sin gente; sube desde abajo un tibio olorcillo que me es familiar. Guiándome por el olor, bajo a la sala de oficiales. La mesa está servida, sobre el blanco mantel hay unos platos que parecen de *borsch*;[4] a la mesa no hay nadie; me siento, tomo una cuchara —realmente es *borsch*—. Entra una muchacha regordeta, pone otro plato; sin sonreír y sin sorprenderse me dice:

—Buenos días, camarada Koltsov; le estuvimos esperando ayer; deje que le cambie el plato, se habrá enfriado el *borsch*; nuestra gente se está afeitando.

Van apareciendo poco a poco el capitán Korenevski, su primer ayudante, el instructor del Partido, el instructor del Komsomol. Aún no han salido de su asombro: ¿qué país es éste? ¿Por qué son así las cosas? Régimen burgués, y se pasean con banderas rojas; en todas partes, la hoz y el martillo; los comunistas vienen a la motonave sin el menor disimulo —¿no los van a molestar, luego?—. Aún después de mis explicaciones, se mantienen un poco en guardia. Por otra parte, la descarga se efectúa con mucha lentitud. Con las autoridades del puerto, pese a su mucha amabilidad, es muy difícil entenderse; en la motonave nadie habla idiomas extranjeros, sólo el primer ayudante masculla algunas palabras en inglés, sobre todo referentes a la vida corriente. La representación plenipotenciaria no ha mandado a nadie desde Madrid, y por teléfono no ha habido manera de concretar nada.

Paseamos por el barco; ¡qué extraño y gozoso ver todo esto soviético, ruso, aquí, junto a las palmeras del mar Mediterráneo, estas toallas abarquilladas, cigarrillos *Pushka* («Cañón»), el periódico *Partstroitelstvo* («El Partido en construcción») en el rincón rojo,[5] zapatillas de deporte que calzan los fogoneros y una balalaica colgada de un clavo en el comedor! De momento las inscripciones de las cajas cargadas resultan incomprensibles para los españoles —yo leo los apetitosos títulos de las obras más populares de Anastás Mikóian y sus colaboradores—. Pero dentro de dos días comenzará la traducción a la lengua española, en masa y al alcance de todo el mundo, de esas obras; pasarán a las manos y a las bocas de los niños de aquí.

Las delegaciones con mensajes y regalos acuden constantemente a la motonave. El capitán no sabe qué hacer con ellas, cómo explicarse. Yo propongo: primero ir a la ciudad, resolver las cuestiones de la descarga, y en la segunda mitad del día, recibir las delegaciones. Primero vamos a ver al gobernador; luego, a la Dirección del puerto; después, a teléfonos, a hablar con Madrid. Por todas partes nos sigue una cola de automóviles de personas muy importantes, muy entusiastas y no muy ocupadas.

En el gobierno civil, nos alcanza una delegación de la fábrica de tabacos de Alicante, con el obsesionante ruego de que la visitemos inmediatamente. El capitán vacila, está confuso. De todos modos, vamos.

La fábrica es grande: viejo edificio de piedra, arcadas frescas, umbrías, varios miles de obreras. Las Carmen de la localidad suelen trabajar en la fábrica un cuarto de siglo, pasan aquí todo el día; aquí, junto a la máquina de hacer cigarros, sobre un periódico extendido, comen con sus críos, por lo que el subido olor a tabaco se mezcla con el penetrante del vino y con el amargoso del aceite de oliva. Tienen magníficas cabezas maternales y unos ojos grandes redondos, que en seguida se llenan de lágrimas a la vista del capitán soviético, de cabello gris, erguido, vestido de uniforme, con la gorra en la mano. No resulta posible hacer un auténtico recorrido de la fábrica. Primero nos conducen a un despacho, y un individuo de la dirección nos presenta a otro individuo de la dirección. Pero luego, en las secciones, todo resulta espontáneo. Una muchedumbre de españolas nos arrastra de una máquina a otra, de un taller a otro. Las cigarrilleras obligan al capitán a tomar cigarrillos, las cigarreras exigen que nos paremos, cada una junto a su mesa, y cada una quiere liar un cigarro especial para el marino soviético. Las mujeres bromean, se ríen, lloran, nos bendicen, bendicen a nuestro pueblo, a las obreras soviéticas. La muchedumbre crece, cada vez se hace más densa, más emocionada; por fin, apretujados por todas partes, nos llevan de pronto, otra vez, al patio, al sol, bajo el cielo azul. Toda la galería y el balcón circundantes se llenan de mujeres vestidas de negro, con flores en las manos y en los cabellos. Se desprenden las rosas de sus peinados y las tienden hacia nosotros, que tenemos ya las manos llenas de flores. Gritos entusiastas: «¡Viva Rusia!» Al capitán Korenevski lo levantan en brazos. Él llora a lágrima viva y se suena, ha perdido todo su empaque.

—¡Dígales que en todo eso yo no tengo nada que ver! Nosotros no hemos hecho otra cosa que traer los víveres aquí en buen estado, pero los han mandado las mujeres soviéticas —que les den las gracias a ellas.

Cubiertos de flores, acompañados de gritos de alegría y de aplausos desde las aceras, los automóviles regresan al puerto. Ahí, ahora, ya no hay modo de abrirse camino ni a pie ni en coche. Ya de lejos se ve el blanco *Nevá* cubierto por la mancha de tinta de la enorme muchedumbre. Bien que mal, la milicia y la guardia del puerto han logrado establecer cierto orden en el desfile de visitantes. Por la escalera del barco sube a la motonave una cadena sin fin de hombres jóvenes y de edad madura, de mujeres, de madres con los niños de pecho en brazos. Reverentemente, como peregrinos, recorren todo el barco, se enternecen ante las particularidades y los detalles soviéticos, se detienen largo rato en el rincón rojo. Muchos han acudido con pequeños y conmovedores regalos; la sala está llena de flores, de frutas, de cintas con inscripciones, de cartas, de cajitas, de dibujos. Respetables madres de familia alicantinas casi asfixian entre abrazos y besos a dos camareras komsomoles; robustos españoles, con lágrimas en los ojos, abrazan a los marineros. Poco a poco procuro cambiar el orden, dirijo a los caballeros hacia las komsomoles, y a las damas hacia nuestros marinos. Con esto, el entusiasmo aumenta en mucho.

Los alicantinos invitan a la tripulación del *Nevá* a presenciar una corrida de toros. El capitán de nuevo está confuso y se aparta a deliberar con el instructor del Partido y el presidente del comité del barco. Cuando vuelve, me ruega que decline la invitación, desde luego de la manera más amable posible. Por más que intento disuadirles, se mantienen firmes. En lo tocante a las corridas de toros, no habían recibido instrucción alguna.

El sol desciende de mal grado hacia el horizonte. Los colores azules y rosa de Alicante se van transmutando en amarillos y morados. En el paseo, entre las farolas eléctricas, dejan pasar la luz, como transparentes, las palmeras de afiladas hojas. Están repletos los restaurantes, las tabernas; están abiertas de par en par las puertas de las barberías, y los maestros barberos, bañados en sudor, aplican la blanca espuma a los mentones. Todos hablan de Rusia, del barco, de los sollos en tomate, de la pasta de berenjena, de las dos komsomoles rusas.

En los cafés del paseo del mar, allí donde permanecen el día sentados individuos sospechosos con sombreros hongos, se están redactando, ahora, telegramas. No los llevan a correos ni a la censura. Existen otras posibilidades. En el barco de línea alemán y a su alrededor, en el crucero argentino, en el italiano, en el portugués, emergen largas antenas de emisoras de radio. De vuelta al *Nevá*, subo a nuestra cabina. El radiotelegrafista me pasa los auriculares.

—¡Escuche, cuánta crepitación! Están friendo desde todos los barcos.

La crepitación es, en efecto, extraordinaria. Transmiten con clave y sin clave, ¡a qué santo, andarse con escrúpulos! Mañana, en la prensa alemana aparecerá un comunicado: a Alicante ha llegado el súper dreadnought *Nevá* llevando sobre cubierta un cuerpo de caballería, en la bodega, una brigada motorizada y en los frigoríficos una escuadrilla de aparatos de bombardeo y un polígono plegable de artillería.

En la sala de oficiales, después de haber dejado que pase una leve corriente de aire por los portaluces, se come *okroshka*[6] y se bebe cerveza de Leningrado.

—¿Por qué no dais una vuelta por el paseo, atontados? ¡Con esta noche! ¡Con este cielo! ¡Con esas palmeras!

No, están muy cansados. Están cansados y son felices. El capitán Korenevski aún no ha vuelto en sí.

Tan sólo un hombre, en el barco, está de malhumor, enojado y echando chispas —es el jefe del equipo de refrigeración—. Con sus ayudantes, ha trabajado a lo estajanovista, día y noche, al pie de los mecanismos refrigeradores y ha logrado traer la mantequilla a una temperatura de siete grados bajo cero en la bodega. Ahora está desesperado por el calor de Alicante y quiere mandar a los tribunales a todo el mundo.

—¿Dónde están los vagones frigoríficos? ¡Y luego habrá quien diga que no hemos traído mantequilla fresca! ¡No lo toleraré! ¡Que venga el jefe de administración más importante de aquí y que me firme un documento conforme ha recibido la mantequilla a siete grados bajo cero!...

No dan ganas de abandonar la pacífica ciudad, el leve bullicio marino de sus calles, las palmeras y el mar azul, el famoso vino, dulce y fuerte, las rosas levantinas en los magníficos peinados negros, la fría cerveza de Leningrado. Al despertarme he sentido molestias en el hombro fracturado y por primera vez en mes y medio he experimentado una sensación de fatiga interior. Pero es necesario regresar hoy mismo al Madrid polvoriento, seco, alarmado y loco. Los fascistas ya están a las puertas de Toledo.

28 de septiembre

En la estación me esperaba Dámaso. Sin pasar por casa, volamos hacia la carretera de Toledo. Por primera vez metí prisa al bandido del chófer; él llevaba el coche como los tunantes borrachos en los films cómicos, la muchedumbre saltaba como galgos a uno y otro lado. ¿Es posible que ya no vuelva a ver esa ciudad, el petrificado frenesí de las calles como hendiduras, la severa elegancia de los sombríos portales

y de las apretujadas plazas, los sueños escultóricos del asperón oscuro, el monasterio-cuartel con las losas hebreas, la sinagoga con la cruz en una esfera de cobre, con un altar moro, cubierto de hierba? ¿Ni a la hechicera Isabel Delgado, ni a los prisioneros moros, ni a los obreros de la fábrica de armas, con los que trepamos por la empinada vertiente del castillo? Y la casa del Greco, ¿será posible que no llegue a permanecer aunque sólo sea unos instantes junto a sus columnas de madera, que no suba por los fríos peldaños de azulejos, que no pase la mano por la reja de hierro junto a la estufa?

Hasta mediado el camino de Illescas, todo tiene un aspecto tranquilo. Más allá recorremos aún veinte kilómetros de carretera casi desierta; sólo encontramos algún que otro grupo aislado de soldados y campesinos, grupos muy pequeños. Sería tonto preguntarles si Toledo ha caído; está claro que no lo han tomado —¿dónde se habrían metido la tropa, los Estados Mayores, los fugitivos, los heridos?—. El viento silba en los oídos, Dámaso ha quedado inmóvil, cual sombría estatua morena, con las manos en el volante; está dispuesto a llevarme aunque sea al infierno, lo sé, con tal de volar sin volver la cabeza, afanoso de movimiento, en un deseo infinito de avanzar en sentido lineal. Hoy no ha conectado la radio, ni siquiera silba, como siempre, cuando está en camino.

Toledo se muestra en una elevación. Bueno, está bien. Verteré el oro alicantino en la taza de hospital de Bartolomé Cordón, herido de gravedad, y le reconfortaré el pecho, atravesado por las balas. ¡Beberé con él por la vida, por la victoria, por la felicidad de la tierra castellana! ¡Hoy, sin falta, estaré en la casa del Greco! Dos curvas más, otros seis kilómetros; llegaremos al puente que cruza el Tajo, presentaremos los documentos...

Delante, en plena carretera, un altercado. Dámaso frena en seco, paramos el coche a veinte pasos, nos acercamos. En medio del grupo, un comandante con casco de automovilista riñe con unos soldados, está a punto de pegarse con ellos. Les pide que vayan hacia adelante, que establezcan un puesto de vigilancia. Echa mano a la pistola, los otros le apuntan con el fusil. Es Fernando, pintor; antes trabajaba en la escuadrilla de André. Excitado, cuenta: el jefe de la columna ha huido, y a él, ayudante del jefe, los soldados no le obedecen y le quieren apiolar. Hace un cuarto de hora, de Toledo ha venido un auto blindado, ha soltado unos disparos y se ha vuelto. Luego los aviones —no se sabe si nuestros o de ellos— han hecho saltar la carretera desde el aire.

Los fascistas han entrado en Toledo hoy, a primeras horas de la mañana. Ayer, al mediodía, el coronel Moscardó, desde el Alcázar asediado, presentó un ultimátum al mando de la guarnición republicana de Toledo: abandonar la ciudad antes de las seis de la tarde. Los sediciosos, entretanto, avanzaban por el oeste, desde Maqueda y Torrijos. El teniente coronel Burillo, nombrado en lugar de Barceló, no respondió al ultimátum, pero de hecho el Alcázar ya estaba libre: los milicianos anarquistas, desmoralizados, habían abandonado sus puestos y las barricadas. Se ponía el sol cuando los cañones fascistas hicieron los primeros disparos sobre la ciudad. Un grupo de anarquistas entró en el Estado Mayor, en el despacho de Burillo. El cabecilla le preguntó qué significaba aquello.

—¿A qué se refiere?

—¿Acaso no oye? La artillería fascista dispara contra nosotros.

—Naturalmente. ¿Y qué? Nos defenderemos.

—¡Oh, no se lo crea usted! No estamos dispuestos a ser carne de cañón. Por lo visto, el gobierno no nos quiere ayudar. Si no puede usted terminar con los disparos de los fascistas en quince minutos, abandonamos la ciudad. Búsquese usted a otros tontos.

Lo dijo así: «Si no termina usted con los disparos de los fascistas.»

Al anochecer, parte de los sitiados se infiltraron en la ciudad y, uniéndose a la organización clandestina, empezaron a disparar con ametralladora desde los tejados. Los anarquistas se retiraron cerca de las ocho. Burillo decidió mantenerse aún por la noche; de madrugada, perdida toda posibilidad de dirección, se retiró por la puerta del este con las últimas columnas disciplinadas. Toda la evacuación se orienta hacia Aranjuez. Al amanecer los moros y la legión extranjera han aparecido en las calles. Un destacamento de sediciosos ha entrado en el hospital militar y ha rematado a todos los heridos, se han salvado veintiséis hombres que fueron evacuados hace tres días. En las pequeñas salas, a los heridos los han matado a bayonetazos; en las grandes, han arrojado granadas de mano a las camas. El gobernador civil se ha quedado en la ciudad y se ha adherido oficialmente a los facciosos. ¡El teléfono con el Alcázar, desde su gabinete, ha trabajado más y mejor!

Alguien grita: «¡Mirad, por la carretera!»

El grupo se arroja a las cunetas dispersándose y permanece quieto. Luego, de súbito, la situación resulta embarazosa para todos. Por detrás de una curva van surgiendo las siluetas de una caravana de refugiados: —adultos, niños, viejas encorvadas, borricos cargados de cachivaches.

¿De dónde? De Vargas. (Es una aldea de la derecha, a cinco kilómetros al este de Toledo.) Les han arrojado bombas desde unos aviones. Los aviones eran negros, con grandes cruces en las colas, volaban muy bajo. Muchas casas han quedado reducidas a escombros. Hay muchos muertos. Se escondieron en los sótanos. Cuando los aviones con las cruces se han ido, ellos, los campesinos, han recogido sus bártulos y se han marchado. Estaban ya en camino cuando han empezado a caer en la aldea obuses de artillería.

Esto significa que los facciosos van a orientar ahora su ataque a Vargas. Hacia allí nos dirigimos por un camino lateral, acompañados por el consejo de no caer prisioneros.

Vamos despacio, nos detenemos a menudo y amortiguamos el motor para escuchar. En el tercer kilómetro, en medio del silencio, un grito. Son dos milicianos, han quedado rezagados. Los fascistas ya están en Vargas. Los milicianos nos piden que tomemos en el coche a un tercer camarada, herido. Está ahí al lado, en una casita campesina.

Una lámpara de petróleo alumbra con pálida luz. Unos niños cenan con la madre en torno a una mesa redonda. Comen garbanzos: legumbres grandes, con aceite de oliva y pan; beben agua teñida de vino. El herido está echado en una cama. El dueño de la casa arregla un cubo de rueda.

—¿Es para el carro? ¿Para marcharse?

¡Oh, no! El dueño por ahora no piensa ir a ninguna parte. Ha de trillar la mies. Este cubo es de la rueda de la trilladora. El herido no le asusta. En la vida pasan muchas cosas. Hay que trillar. El herido también está muy tranquilo. Le ha quedado sobre la cama, a su lado, un trozo de pan.

El frente y la retaguardia se han mezclado. Allí, hombres armados huyen, llenos de pánico. Aquí, en la misma línea de fuego, reparan una trilladora, el ganado pace, los niños juegan.

Vamos a Aranjuez dando la vuelta, pasando por Torrejón de la Calzada, por Conejos, siguiendo caminos vecinales. Hacia allí, a través de campos, de sembrados y estrechos caminos de andadura, se han dirigido en tropel las unidades que han abandonado Toledo.

29 de septiembre

La famosa residencia de los soberanos españoles está repleta de soldados. Los renombrados palacios y parques son bastante modestos —son, más bien, Gatchin y Pávlosk que Peterhof y Dietskoe Sielo.[7] Es maravillosa, tan sólo, una enorme avenida de plátanos. Ahora, a lo largo de la avenida se sientan grupos de soldados, algunos calientan latas de conserva en pequeñas hogueras. Su aspecto es bastante animoso, no parece, de ningún modo, el de un ejército derrotado. En la plaza de la ciudad se está efectuando una penosa tarea. Por orden del teniente coronel Burillo, los jefes de columna y batallón, los que no han desaparecido, reúnen a sus hombres. Cada uno de ellos se ha subido a un recantón o al portal de una casa, y grita, hoscamente: «¡Batallón Canarias!»

—¡Columna Águilas!

—¡Batallón Pi y Margall!

—¡Escuela de tiradores!

—¡Milicia segoviana!

—¡Batallón los Fígaros! (de barberos).

—¡Grupo de deportistas!

—¡Batallón Kropotkin!

Los Águilas se reúnen de mala gana a la entrada de una panadería. Kropotkin cuenta tan sólo diecisiete hombres, el grupo de deportistas ha desaparecido por completo; un batallón se ha reunido con todos sus efectivos, pero quiere partir hacia Madrid; el batallón de barberos ha ido en busca de comida; las demás unidades, treinta o cuarenta columnas y grupos, han perdido por completo sus rasgos distintivos, se han convertido en un montón de vagabundos armados o que han arrojado sus armas.

En la sala de una desierta taberna baja de techo, frente a una mesita y junto a un teléfono, está sentado el bigotudo teniente coronel Burillo quien pacientemente, con estoica calma, intenta poner orden en las unidades, encontrar a los mandos, hacer un recuento de armas. Un joven y rubio oficial le ayuda.

Entran en la taberna un grupo de hombres muy alborotadores y muy armados. Exigen del teniente coronel Burillo un tren para Madrid. Sus autobuses los han inutilizado a balazos junto a Toledo.

—No os doy ningún tren. ¿A qué queréis ir a Madrid?

—Esta noche se celebra una fiesta en honor de nuestro batallón y habrá concierto. A las seis hemos de estar todos allí.

—No iréis a ninguna parte. ¿Por qué os van a festejar? ¿Por haber entregado Toledo? Reunid a todos los soldados, volveremos a las posiciones para que el enemigo no venga por nosotros aquí, a Aranjuez.

Los delegados se quedan confusos ante el tono firme de Burillo y se dirigen hacia la puerta. Pero, después de cuchichear unos momentos, vuelven sobre sus pasos, de nuevo con insolente aspecto:

—¿A quién está usted subordinado, teniente coronel?

—Aquí no estoy subordinado a nadie, y, en general, al ministro de la Guerra.

—¡Magnífico! Déjenos, vamos a llamar a Madrid...

—No os doy el teléfono. Una palabra más, y seréis fusilados por organizar una deserción colectiva.

Se retiran al instante, muy asustados, aunque Burillo ahora no puede detenerlos. La única unidad disciplinada se ha quedado en la carretera de Toledo, espera el avance de los facciosos para contenerlos.

Nos dirigimos hacia allí; por la carretera que viene de la estación, se oye tiroteo. Damos la vuelta hacia ese lugar —un combate encarnizado, con carreritas por las vías, lanzamiento de granadas, con heridos y muertos, en infernal revoltijo—. Era que un batallón de anarquistas había decidido tomar al asalto un tren para Madrid. Pero otros amigos de la evacuación se mostraron vigilantes y rechazaron el ataque. ¡Si hubieran combatido así en Toledo!

Por la carretera en dirección oeste —doce kilómetros— ni una alma, calor tórrido, trigo, huertos, campesinos. ¿Es posible que hayan recorrido todo este trecho, las enloquecidas unidades? Por fin se ven una alta columna de humo, hasta el cielo, y llamas. Arde Toledo. De momento, los fascistas no se mueven de la ciudad; nos hallamos a tres kilómetros de ellos. Una pequeña columna de la milicia popular procura hacerse fuerte aquí, en las colinas de Algodor. Han movilizado a los campesinos de los caseríos y los campesinos ayudan de buen grado a abrir troneras en las gruesas paredes de las caballerizas vacías, a abrir unas zanjas, a formar terraplenes y refugios.

Se me acerca un mozo de pequeña estatura, moreno, con una estrella roja en la gorra negra. Ha sabido por el chófer que soy ruso. Me mira a la cara y su emoción se me contagia.

—Dígame, ¿también tuvieron que retroceder ustedes, en Rusia, durante la guerra civil?

—También tuvimos que retroceder, naturalmente. ¿O se figura usted que la guerra civil fue un gran desfile, una marcha victoriosa del Ejército Rojo? Tuvimos retiradas, tuvimos derrotas, tuvimos meses difíciles, hubo medios años difíciles y un año entero muy difícil. Los guardias blancos a veces nos tomaban ciudades, a veces les ponían sitio y el asedio fallaba.

—Lo sé. En Toledo hemos estudiado la historia del asedio de Stalingrado.

—De Stalingrado, no; de Tsaritsin. A Stalingrado nunca le han puesto sitio los blancos...

—Stalingrado... —¿es su Toledo?

—Es difícil comparar. En todo caso, defender a Tsaritsin era infinitamente más difícil...

Cree percibir en estas palabras un reproche. Calla durante largo rato, fruncido el ceño.

—Las relaciones entre nosotros mismos son muy complicadas. Mire lo que escribe *Claridad*.

Saca del bolsillo un periódico. Un párrafo está señalado con un fuerte trazo a lápiz: «Con toda seriedad hemos de llamar la atención de los camaradas anarquistas sobre algunos hechos que se produjeron ayer mismo cuando en un frente próximo a la capital, una unidad al principio combatió muy bien y luego, de súbito, retrocedió en el momento que creyó oportuno declarando que se subordina sólo a su comité (anarquista). Semejante situación ha de ser rectificada inmediatamente.»

—Ya sé que ustedes, en su guerra civil, deshacían al instante unidades así y castigaban duramente a los responsables de la deserción. ¡Entre nosotros, de esto se habla con toda tranquilidad en los periódicos!

Está muy apenado. Las cosas no van como deberían ir. Las cosas no van como en Rusia. Es un metalúrgico de Toledo, ¡tiene tantos deseos de que todo vaya como en Rusia! No sé cómo consolarle.

—En Moscú y en Leningrado nosotros estudiamos muy detenidamente la revolución francesa y nuestra propia revolución de 1905, pero no las copiamos en noviembre del año 17. Son sólo los pequeñoburgueses los que se han imaginado que «nada hay nuevo bajo el sol». Ahora los obreros españoles luchan junto con todo el pueblo por la República democrática, contra el fascismo; en esta lucha crearéis muchas nuevas formas de organización.

—¿Y los comisarios?

Lo pregunta porque es comisario.

Para provocar un cambio rápido en las tropas, para elevar la disciplina, el Partido Comunista ha mandado, hace unos días, a varias decenas de hombres, políticamente avanzados, con experiencia de combate. Ya están trabajando en las unidades, que están formadas, en su mayor parte, por campesinos sin partido, miembros de los sindicatos socialistas y comunistas. Aprenden ávidamente, donde pueden, elementos rudimentarios de táctica militar, consultan viejos diccionarios enciclopédicos y manuales escolares, ven repetidas veces *Chapáiev* en el cine, estudian y enseñan al mismo tiempo.

Los comisarios del Partido procuran cementar las unidades pese a su heterogénea composición. Intentan controlar las órdenes de los oficiales y, al mismo tiempo, influir sobre los soldados en el cumplimiento de las mismas. Quieren echar a los elementos sospechosos y rodear de un ambiente de autoridad y confianza a los comandantes fieles a la República, comandantes a los que los soldados acusan de traición en los reveses.

De momento nadie ha confirmado oficialmente el nombramiento de comisarios, que trabajan en calidad de personas electas, con plenos poderes de la reunión general de combatientes. Su papel es muy difícil. Es necesario reconciliar y unir en una compañía a cinco partidos diferentes.

Nos acercamos al extremo de una colina. No lejos de ella, se eleva otra. Un grupo de campesinos, vestidos con negras blusas de satén, ponen toda el alma en levantar una especie de terraplén por el estilo de los que se levantaban en tiempos de Gengis Kan. El comisario mira esa fortificación con ciertas dudas. Ni el gobierno, ni el Ministerio de la Guerra, ni el Estado Mayor —nadie ha acudido en su ayuda—; él mismo, cerrajero toledano, en un momento crítico, ha de formar a su buen entender una barrera contra el ejército de Franco-Mussolini-Hitler, que ataca a la República. Se abstrae examinando un librito de hojas amarillentas con diseños. Es un manual para la construcción de presas en las aldeas. El joven reflexiona. Llama a unos campesinos. Delibera con ellos largo rato. Se ha olvidado de mí por completo. Y volviéndose sólo por casualidad, sonríe animosamente.

—¡Aprenderemos, te lo aseguro, camarada! ¡Y muy pronto!

Al anochecer, regreso a Madrid.

La mitad de los faroles de la capital están pintados de color azul —defensa antiaérea—; la otra mitad, brilla con cegadoras luces —se han cansado de pintar y no han terminado—. Si, por la noche, se deja encendida la luz en una habitación sin enmascarar la ventana, los piquetes de guardia entran en la casa, y si la encuentran cerrada, pueden disparar a la ventana. Pero aquí mismo, a lo largo de la calle, está encendida una hilera de potentes faroles.

30 de septiembre

De las calles de Madrid desaparece rápidamente el mono. Los jóvenes vuelven a sacar de los armarios los pantalones y las americanas de cheviot, con pañuelitos de color en el bolsillo de arriba. Bueno, así es mejor. Es más fácil distinguir hacia dónde va cada uno.

Se ha iniciado una perceptible salida de gente de la capital. Se nota, sobre todo, por lo que toca a los extranjeros. En el Florida ya estamos más holgados. La mayoría se va sigilosamente. Cada día encuentras a alguien en el vestíbulo o en la barra del bar que está comentando la situación de los frentes, examina la marcha de los acontecimientos, critica al gobierno por su vaguedad, por su falta de decisión, se burla de las milicias que, cual rebaño, se dispersan ante los Junkers, echa pestes del caos y de la torpeza reinante, y de pronto desaparece.

—¿No ha visto a fulano?

—Pero si se fue hace tres días.

—¿Adónde?

—A donde va la gente. A Valencia, a Barcelona, a Toulouse, a París, a Londres, a Tombuctú, a Estocolmo, a Salónica, a Tientsin... A sitios adonde se puede ir.

En efecto, ¿a qué santo han de permanecer en Madrid, si ha caído Toledo? A su modo de ver, la guerra ya está perdida y, por lo visto, se terminará en pocas semanas. Sólo se puede pensar de otro modo si se confía en un milagro, y los milagros se producen sólo para el que tiene fe, para el que reza; para el que no dispone de caminos milagrosos, Toledo, la ciudad fortaleza, la ciudad montaña, ha sido abandonada

sin orden ni concierto, sin defenderla, al primer empujón. ¿Cómo es posible con semejantes tropas, con semejantes mandos, e incluso con otras tropas y otros mandos, cualesquiera que fuesen, defender Madrid, ciudad abierta, sin fortalezas, con un millón cien mil habitantes, sin fortificaciones, con entradas y salidas abiertas, hambriento, desorganizado?

Sumandos que predeterminan la caída de Madrid hay más que suficientes. Cualquier observador, turista político, incluso simpatizante, incluso con el alma dolorida, se puede decir: ha llegado el fin. Desde luego, a él le ha llegado la hora de irse. A todos ellos les ha llegado la hora de irse, de volver apresuradamente a sus casas, anunciando el fin; hasta quienes viven más lejos, en Nueva York o incluso en Helsinki, pueden hacer el viaje en un solo día llevando un telegrama sobre la entrega de Madrid, sobre el final de la guerra civil, sobre la derrota del Frente Popular.

¿Y cuántos son los sumandos para el milagro? Intento calcular lo que hace falta. Anotemos.

1. Un poco de aviación.
2. Cinco mil tiradores; no, ocho mil, sin que todos ellos deban ser obligatoriamente unos héroes, pero sí hombres firmes, disciplinados, capaces de mantenerse tenazmente en las trincheras y no huir de la aviación. Quince batallones de gente así al principio. Con una buena sección de ametralladoras, no ya por compañía, sino por batallón.
3. Las trincheras mismas.
4. Tanques. Aunque no sean más que veinte. No digo cincuenta. Con cien tanques, se podría llegar ahora hasta Sevilla, hasta la frontera portuguesa. Pero no digo cien. Digo veinte.
5. Limpiar un poco la ciudad. Echar aunque no sea más que a treinta mil fascistas. Fusilar aunque sólo sea a un millar de bandidos. Evacuar a los detenidos. Cerrar las tabernas y las casas de vicio.
6. Un general que fuera obedecido, y no un canalla.
7. Una contundente nota anglofrancesa a Alemania e Italia contra su intervención.
8. Que Largo Caballero comprenda, al fin, que la situación es crítica.
9. Que Largo Caballero comprenda que la situación, si bien crítica, no es totalmente desesperada.
10. Inmediatamente, hoy mismo, empezar a formar reservas para el contraataque.

Además de todo esto, es necesaria la voluntad del pueblo madrileño para defenderse y vencer. Pero esta voluntad existe, todo espera, todo está dispuesto a entrar en movimiento; lo veo. Pero he aquí que esos diez sumandos no se dan. Cada uno de ellos, si apareciera hoy, constituiría un milagro. Los diez juntos, sería el milagro de los milagros. Pero de momento no hay ni uno solo.

En el Comité Central —Díaz, Dolores— se siente mucha amargura. Todos están furiosos contra Largo Caballero. El viejo se ha hundido por completo en el burocratismo, en los papeles, no deja que nadie obre con iniciativa, no permite que se nombre, sin su aprobación, ni un solo sargento, ni que se entregue un solo millar de pesetas, ni un solo fusil. Naturalmente, él no puede resolverlo todo, pide consejo sin cesar a sus ayudantes; el dinero se gasta, de todos modos, sin su permiso, las armas se las llevan sin pedírselas, pero el gobierno no forma tropas, no crea unidades regulares, no hace, por ahora, nada razonable, con serenidad y decisión. Los comunistas llevan a cabo un trabajo inmenso, cada día mayor, pero todo esto es elaboración de materia prima, preparación de semifabricados, de los que nadie, ni el gobierno ni el Estado Mayor, hace uso. El Partido reúne decenas de miles de voluntarios —nadie los inscribe, nadie los arma—. El Partido organiza domingos comunistas multitudinarios para abrir trincheras: los hombres se presentan al lugar de los trabajos cantando y con gran entusiasmo —pero nadie les indica qué han de hacer, dónde han de cavar—; se los tiene esperando todo el día, sin palas, sin explicaciones, hasta que esos hombres se desilusionan y se exasperan. El Partido ha organizado la producción de guerra en muchas fábricas; los obreros están dispuestos a trabajar gratuitamente por la noche, ellos mismos encuentran metal y otras materias primas —no les dan modelos de los obuses, los mandan a paseo cuando, junto con su ingeniero, se presentan en el Ministerio de la Guerra en demanda del pedido—. El pánico, el sabotaje, la labor de zapa crecen con toda libertad en la capital, y el gobierno, desconcertado, cede. Los funcionarios, sobre todo los que ocupan los puestos más elevados, se van sin permiso a Barcelona e incluso al extranjero. En vez de un general fiel al gobierno al que todos escuchen, hay varios generales a los que escucha Largo Caballero, y nadie más. El viejo se ha rodeado de los peores militares de profesión —antiguos administradores coloniales, grandes terratenientes, nulidades en el aspecto militar y reaccionarios en el político—. Las relaciones de Caballero con todos los ministros

son tirantes y malas. A muchos, sobre todo a sus correligionarios de partido, el viejo los trata como a criados. Ellos se quejan en voz baja. Pese a todo, socialistas y comunistas procuran con todas sus fuerzas apoyar y levantar la autoridad de Largo Caballero. En las reuniones, en los mítines, gritan «viva» en su honor, le mandan mensajes de salutación, se esfuerzan por agrupar en torno a su nombre a las masas obreras que luchan contra el fascismo. Él lo acepta todo como algo absolutamente debido e indiscutible, y no siente el menor escrúpulo en reprochar abiertamente, por escrito, de falta de lealtad a cualquier comité sindical, de una región o de una rama de industria, a la redacción de un periódico, si en un manifiesto o en algún otro documento pasan por alto su nombre. En ello se le va más tiempo que en los asuntos militares.

Maduran en torno complots y provocaciones, se preparan actos terroristas y de diversión, corren monstruosos rumores de pánico. Los fascistas se están burlando de los funcionarios del gobierno, se introducen en todas las instituciones, incluso sin tomarse la molestia de encubrirse. En Lérida, la mujer de un general fascista fusilado declara que quiere expiar las culpas de su marido y pide la manden al frente. Los sabios del lugar tuvieron la idea —o prestaron oídos a un ladino consejo— de que sería más prudente utilizarla no en el frente, sino en las oficinas de la milicia popular. Tres días después, la arrepentida viuda desapareció con todas las listas de los milicianos.

Mañana, después de larga interrupción, se reúnen las Cortes. El Parlamento escuchará un informe de Largo Caballero acerca de la actividad del gobierno.

1 de octubre

Las Cortes se han abierto hoy a las diez de la mañana en punto, con recalcada exactitud. La fastuosa sala del Parlamento, recargada de dorados, está sólo medio ocupada. No pocos diputados combaten en los frentes, no pocos han sido torturados y fusilados por los fascistas. Un pequeño sector de la derecha se ve completamente vacío. Sus antiguos ocupantes prefieren reunirse en Burgos.

El público de las galerías resulta insólito para esta sala. Allí, entre

frescos que representan a caballeros medievales con arcabuces, toman asiento combatientes de la milicia popular con las pistolas automáticas sobre las rodillas. Hay muchos obreros, muchachas con mono, muchos oficiales; antes, los oficiales casi nunca visitaban el Parlamento.

Abajo, en el anfiteatro y en las tribunas, en la medida de lo posible, se mantiene el viejo ritual parlamentario. A cada orador, aunque no suba a la tribuna y hable desde su escaño, aunque diga sólo cuatro palabras, un ujier, con antiguo uniforme, con bandas doradas en los pantalones, le ofrece respetuosamente un vaso de naranjada.

Desde un extremo del banco azul de los ministros, se levanta Largo Caballero. Habla muy poco. Recuerda que el nuevo gobierno, el suyo, al que los facciosos quieren derrocar por la fuerza de las armas, es tan legal como los anteriores. Se ha formado por iniciativa del jefe del gobierno precedente, quien recabó para el poder representantes de todos los círculos de la democracia española. Al mismo tiempo, el gobierno no se olvida de la necesidad de llevar a cabo hondas transformaciones sociales en el país después de la victoria sobre el fascismo. Los proletarios españoles que ofrendan su sangre en esta lucha verán cómo se convierte en realidad el primer punto de la Constitución: «España es una república de trabajadores de todas las clases.»

Le aplauden. Luego se pronuncian breves discursos: Enrique de Francisco por los socialistas; Pestaña, por los sindicalistas; Aguirre, por los nacionalistas vascos; Santaló, por la izquierda catalana; José Díaz, por los comunistas; Quiroga y Albornoz, por los republicanos de izquierda. Exigen la unión de todas las fuerzas democráticas contra el fascismo y un apoyo ilimitado al gobierno. José Díaz, entre otras cosas, dice:

—Nosotros, el Partido Comunista, consideramos que hemos de recorrer un largo camino junto con todos los destacamentos honrados de la clase trabajadora, con toda la democracia española. Hay quien procura presentar este gobierno como un gobierno comunista o socialista o, en general, con determinadas ideas sociales. En respuesta, podemos declarar con toda firmeza que este gobierno es la continuación del precedente. Que es un gobierno republicano democrático y que, con él a la cabeza, lucharemos y venceremos a todos los enemigos de la República y de España.

Sin debate, por unanimidad, las Cortes aprueban una moción de confianza al gobierno. Después, entre el entusiasmo general, se da

lectura al proyecto del Estatuto de autonomía del País vasco. Por este Estatuto, los vascos han luchado siglos bajo la Monarquía y años durante la República de Zamora-Lerroux. Ahora se aprueba literalmente en cinco minutos. Dolores Ibárruri exclama:

—¡Viva la autonomía de los vascos!

El Parlamento dedica una ovación al diputado de los vascos Aguirre. Alto, joven, elegante, Aguirre saluda en todas direcciones, sonriendo.

El presidente de las Cortes, Martínez Barrio, cierra la sesión proponiendo que las Cortes vuelvan a reunirse el primero de diciembre. Los asistentes al acto se van, los diputados, muchos de ellos en uniforme militar, se dirigen en seguida al frente, ahora tan próximo a la capital.

Otra vez, después de una pausa, han comenzado las incursiones aéreas sobre Madrid.

Muchos, sobre todo en los círculos diplomáticos, habían interpretado esta pausa como renuncia de los facciosos a los bombardeos aéreos de la capital.

Unos opinaban que el general Franco había prometido a Hitler no volver a matar a la población civil, y que Hitler necesitaba esta promesa para tranquilizar la opinión pública británica.

Otros especialistas en problemas político-militares y en política internacional, afirmaban que quien había prohibido los bombardeos no era Hitler, sino el Papa de Roma, pues las incursiones aéreas sobre la ciudad católica de un millón de habitantes, turba la conciencia del padre santo.

Los terceros demostraban que no eran ni Hitler ni el Papa, sino los países sudamericanos los que habían exigido la interrupción de los vuelos amenazando, en caso contrario, con detener la ayuda de los fascistas brasileños y argentinos.

El motivo de la pausa ha resultado ser mucho más sencillo. Durante las noches oscuras, ha sido difícil bombardear. No bien ha reaparecido la luna, han reaparecido los Junkers.

Algunas personas nos hemos trasladado del Florida al hotel de enfrente, al otro lado de la plaza, al hotel Capitol. En el Florida no podíamos continuar debido al nerviosismo de los extranjeros, a los rumores, al pánico y a las intrigas.

La administración del Capitol nos ha propuesto que nos instalemos dónde y cómo queramos, que paguemos lo que nos parezca,

pero que vivamos en el hotel; de lo contrario, el edificio, completamente vacío, sería destinado a depósito. Es un rascacielos de tipo americano, mecanizado, con muebles metálicos y toda clase de detalles, como el de camas que saltan de la pared cuando se aprieta un botón. Tumbado a la cama, se puede abrir la puerta, apretando un botón, para que entre la camarera a servir el café. Pero las camareras no traen nada, no hay café; por las mañanas, corremos a tomarlo en el Florida.

Me he instalado en un salón semicircular, con grandes ventanales y largo balcón en la cúspide de la torre. Sin levantarse del diván se puede ver toda la Gran Vía, media ciudad e incluso las arrugas cenicientas de las elevaciones en torno. Durante el día, Madrid bulle, tornasolado por el torrente de automóviles que circulan en la capital, por las vitrinas de los almacenes, por el público, por los vendedores de periódicos, por los vestidos de las mujeres. Pero cuando se oscurece el cielo y la plateada luna castellana fluye sobre los tejados, cuando ulula, penetrante, la sirena, cuando los reflectores sondean el cielo y las sordas explosiones alteran el silencio nervioso y escondido de la ciudad, Madrid, con su millón de habitantes, con su gobierno, con sus rascacielos, se vuelve solitario como en un témpano de hielo.

2 de octubre

... Y entonces sus calles quedan vacías, resuenan, sonoros, los pasos de las patrullas, los disparos de fusil y de pistola. Ayer por la noche se me precipitó en la habitación, desencajado, el joven Georges Soria, corresponsal de *L'Humanité*. No había corrido del todo la cortina para tapar la ventana, la patrulla disparó porque se veía un rayo de luz y la bala pasó a dos centímetros de la cabeza de Georges. A continuación subió en ascensor la patrulla que había disparado y comenzó entre nosotros una larga y viva conversación, salpicada de gruesas palabras, con mutua comprobación de documentos: la patrulla, los nuestros; nosotros, los de la patrulla. No llegamos a ningún acuerdo, pero hicimos las paces y estuvimos largo rato dándonos palmaditas en los hombros.

Durante el bombardeo, lo más cómodo es deslizarse hasta el balcón —después de haber apagado las luces y de haber corrido todas las cortinas— y tumbarse allí, pero sin moverse; de lo contrario, las patrullas te pegarían un tiro, dirían que hacías señales con un espejito o con alguna otra cosa. Hoy, desde el ala derecha del balcón, se veían las explosiones y las llamas por la parte suroeste; allí se encuentran el aeródromo de Getafe y el barrio obrero de Carabanchel.

Debajo de nuestras viviendas, en la planta baja, está el cinematógrafo Capitol, el mayor de Madrid, que pertenece a la Paramount. Su vestíbulo se ha destinado a refugio. Las sillas están tiradas por el suelo; los instrumentos del jazz, dispersos; unas quinientas personas permanecen sentadas o semitumbadas, soñolientas, sombríamente silenciosas. Casi todas son viejos y mujeres con niños medio desnudos a su alrededor. Tienen las caras grises, hinchadas, fatigadas, como los pasajeros que han esperado largo tiempo el tren en un empalme ferroviario.

Poco a poco va apareciendo la luz del día, la alarma se ha terminado. Vamos a Carabanchel —viejo barrio de la gente pobre de Madrid—. Calles estrechas, casas de una planta, míseras tiendecitas. Aquí viven obreros de la construcción: albañiles, hormigoneros, yeseros, pintores de brocha gorda. Son los hombres cuyas manos han edificado los palacios, bancos y hoteles.

Ahora han quedado muy pocos trabajadores adultos —se han ido al frente—. En Carabanchel permanecen las mujeres y los niños. Llevan negros vestidos usados y contemplan un embudo enorme, todavía humeante. En un embudo como éste caben holgadamente tres caballos con sus jinetes. Es el embudo de una bomba de cien kilos. Son bombas de gran potencia. En España, nunca se habían fabricado. Y aún se tardará en fabricarlas. Son bombas de producción alemana, de las fábricas de Rheinmetall y de Krupp. De una sola vez hacen saltar un objetivo y queman lo que han hecho saltar. Sólo que esta pobre bomba no ha tenido suerte. Ha caído en un solar, no ha destruido nada, no ha matado a nadie. Y las madres proletarias exclaman aliviadas: ¡qué suerte!

Las madres se han enterado de que por aquí anda un ruso. En seguida le han rodeado, en seguida han comunicado que Lucía Ortega, viuda, ha recibido víveres de las mujeres soviéticas.

Las amas de casa han encontrado muy justo que haya sido Lucía la primera en recibir las provisiones. En primer lugar, es viuda; en se-

gundo lugar, tiene siete criaturas, muchas para una viuda, y, en tercer lugar, seis de ellas son chicas.

Hemos ido a casa de Lucía y ella misma ha salido a nuestro encuentro. Lucía es una mujer todavía joven, muy animosa. De todos modos, aún no se sabe si es viuda. Su marido, Pedro Ortega, desapareció hace seis semanas en Mérida, sin que de él se hayan tenido noticias.

Lucía me presenta a sus criaturas y se siente muy halagada de que yo anote sus nombres en mi cuaderno. Las niñas se llaman: Clarita, Conchita, Pepita, Encarna, Rosita y Carmencita. El niño se llama Juanito, su nombre entero es Juan Buenaventura Adolfo Ortega García, y, según nosotros, simplemente Vania. Aún es muy pequeño y no sabe qué ha de hacerse con un instrumento tan simple como la nariz. Las seis hermanas mayores le ayudan con los dedos y con los bajos de las falditas.

De un destartalado armario, Lucía saca solemnemente todo un surtido de artículos. Mantequilla envuelta en papel pergamino, una bolsa de azúcar, dos pastillas de chocolate, potes de leche condensada, conservas de carne y pescado, pasta de berenjena, paquetes de galletas «Pushkin». Todo ello está sin tocar y desde hace tres días sirve de exposición para las vecinas. Ahora el ama de la casa abre hospitalariamente la pasta de berenjena de la fábrica Voroshílov y rompe unos trozos de chocolate. La mantequilla no se atreve a tocarla; en España, la mantequilla casi no se come, fuera de turistas extranjeros o de gente muy rica.

—Ya ve —dice Lucía sin deseo alguno de generalizar o de hacer propaganda—, de su país nos mandan chocolate y mantequilla, de Alemania e Italia, bombas.

Pepita y Rosita, siguiendo mis instrucciones, hunden unas galletas en la mantequilla y las lamen haciendo ruido, mientras que Juanito mete la nariz en la pasta de berenjena.

Miguel Martínez habló en las Cortes con Prieto. Después, en *El Socialista*, órgano de Prieto, ha aparecido una nota en primera página, sin firma, destacada en negritas:

«¡Cinco mil hombres, plenamente decididos a batir al enemigo! ¡Cinco mil! ¿Tiene Madrid estos cinco mil hombres? Todos nuestros lectores obreros exclamarán: ¡naturalmente, sí! Pero, de todos modos, nosotros repetimos: necesitamos cinco mil, claro, mejor si son ocho, pero por lo menos cinco mil valientes. Cinco mil, pero disciplinados y que aguanten hasta el fin. Cinco mil soldados así son, ahora, más importantes que veinticinco mil camaradas desorganizados, aunque sean leales. Esperamos la transformación de los milicianos en auténticos soldados del Ejército Popular. Esto acortará la lucha y nos llevará a una pronta victoria.»

5 de octubre

En la escuadrilla internacional quedan muy pocos aparatos. Con ellos, turnándose, trabajan quince hombres.

Abel Guides es el que más ha de combatir, ya en un aparato de bombardeo ya en un caza. He llegado al aeródromo de Barajas en un momento desagradable. Un aparato de bombardeo acompañado de tres cazas ha salido hace ya dos horas y nadie ha vuelto aún. Por el tiempo transcurrido, los aparatos han debido quedarse sin bencina.

Por fin, el puntito tan esperado. Aumenta, se acerca, se convierte en un pequeño avión. Ya baja rápidamente para aterrizar, ya rueda por la hierba seca, espinosa. Corren hacia él, y el piloto, sin haber parado aún los motores, grita desde su asiento:

—Han cumplido el objetivo, han encontrado la columna de blindados y han arrojado las bombas. Ya estaban de vuelta cuando los ha alcanzado una bandada entera, nueve cazas, que han empezado a picotear. En total, dos cazas han salido ilesos, el aparato de bombardeo parece que está borracho, temo que Gustavo esté herido.

Sobre el tercer caza no le preguntan nada. Mientras el piloto se desabrocha las correas, sus camaradas cuentan los orificios de bala en las alas y en la cola. Son cinco... ¿Quién iba en el caza derribado? Pero no, Guides vive. Desde luego es él quien, con gran maestría, casi a plomo, baja al campo. Su cara de negras cejas expresa emoción y tristeza. Grita que preparen cuanto antes un coche sanitario. No hay coche. Entonces, una camilla. Ya aparece el aparato grande. Oscilando en el aire, inclinándose a un lado, aterriza torpemente, dando saltitos.

Todos corren hacia el avión. Nadie abre desde el interior. El propio jefe del aeródromo abre la portezuela. La cabina está llena de sangre. El piloto, exhausto, está sentado; mejor dicho, cuelga de las co-

rreas, inclinado sobre el volante. A su alrededor, en el suelo, un gran charco rojo. El piloto tiene, atravesados por las balas, no sólo los hombros, las piernas y los brazos, sino, además, las manos. El respaldo del sillón está hecho jirones sobre la misma cabeza del piloto. ¡Cuanto dominio de sí mismo y cuánta valentía ha necesitado para escaparse, crucificado por las balas, del cerco de las aves de rapiña, para volar hasta el aeródromo, salvar el avión y a sus camaradas!

El bombardero y el ametrallador también están heridos, pero de menos gravedad que el piloto: los cazas fascistas los han atacado desde abajo y por delante.

El avión está acribillado; los cristales, rotos; los mecanismos, abollados. Un ingeniero español trepa por él, maneja los cables y mueve la cabeza, aprobatorio.

—¿Servirá?

—Servirá.

—¿Cuándo?

—Dentro de media hora. Bastará cargarlo de bencina y limpiar las ametralladoras.

—Por lo menos lave la sangre. ¿Y piloto? ¿Y bombarderos?

Guides explica:

—Gente hay. Éste es el mal, tenemos más tiradores que ametralladoras y más pilotos que aparatos.

Está apenado.

—Hacemos lo que podemos. Francia no nos ha apoyado. Los españoles son unos bravos mozos, pero a su lado tiene que haber aún alguien que los sacuda. En agosto no bombardeaban a menos de tres mil metros, ahora van con nosotros a quinientos. Ayer aún se estrelló uno, murió en el hospital hoy le enterramos.

Nos llaman a la sala de cirugía. Allí se oyen voces y discusiones. Al piloto herido le han extraído unos cascos de metralla y le han taponado los agujeros de las heridas. Pero él exige una comida con todas las de la ley: entremeses, asado y vino. Pone el grito al cielo hasta que Guides le encarga en su presencia sardinas, tomates, un filete y una botella de Valdepeñas. Calmado y cerrados los ojos, de pronto advierte que preparen el filete con mantequilla y no con ese terrible aceite de oliva, de lo contrario, vomitará y tendrá un derrame cerebral —él se conoce—. Guides le reprende:

—¿Cómo no te da vergüenza, camarada? Este país está en guerra, compréndelo, ¡tú eres un camarada!

Pronunciada por Guides, la palabra «camarada» resulta un encomio. Al presentar a sus pilotos o mecánicos, de algunos de ellos dice: «Éste es un camarada», lo que suena como un título. De sí mismo, sin pertenecer al Partido, dice: «Yo soy un camarada», o bien: «A mí, como camarada, no hace falta recordarme esto...»

Vamos a enterrar al aviador español. Ha muerto, a consecuencia de las heridas, en el hospital militar número uno de Carabanchel. Por el portalón del hospital, a menudo salen pequeños cortejos fúnebres. En vez de música, suena el tambor de guerra. Los sencillos ataúdes van cubiertos con banderas republicanas. Tras los ataúdes caminan en silencio personas vestidas de uniforme militar y otras de paisano.

Nuestro cortejo es igual. Somos unos treinta individuos. No hay que ir lejos. Ya se ve la pared del cementerio municipal.

Llevan el ataúd por los caminitos del cementerio. La tumba ya está preparada, es una concavidad estrecha, dura, de hormigón. Nuestras tumbas, en Rusia, son más amplias, más blandas, más frescas. Bajan el ataúd —de la cavidad de hormigón se escapa una seca y asfixiante nube de cal—. Unos minutos de silencio, todos de pie con el puño en alto; es el último saludo, memoria sobre el que ha caído y garantía de la lucha futura.

Los acompañantes se retiran y como despedida estrechan las manos a los parientes. Éstos se han puesto en fila, son unas doce personas, serenas, sin lágrimas en los ojos. Un viejo con severa levita y barba blanca ha levantado la hermosa cabeza, ostensible y orgullosamente. Hoy ha enterrado a su hijo mayor, capitán de las fuerzas aéreas. Pero otros dos hijos con mono azul están de pie a su lado. A la puerta del cementerio, se despiden de su padre. Se los lleva un gran coche que lleva inscrita la palabra «Aviación».

En el aeródromo he obtenido definitivamente lo que he estado gestionando estos días. Pasado mañana podré trasladarme en avión al frente del Norte. En un Douglas llevan allí armas, correo secreto del gobierno y a algunos representantes responsables del gobierno y del Estado Mayor centrales. Con muchas dificultades ha sido posible obtener dos puestos, uno para mí y otro para el operador cinematográfico Karmen. Cuando, desde el aeródromo, di las gracias a Prieto por teléfono, el ministro, fiel a su estilo, respondió: «Me dará las gracias cuando haya aterrizado y eso según sea el lugar donde se haga el aterrizaje.»

7 de octubre

En el aeródromo nos esperaba una sorpresa, no sé si agradable o desagradable, la verdad. Nos presentamos Karmen, yo y su traductora Lina, argentina, a las siete de la mañana, como se nos había indicado. Naturalmente, estuvimos esperando largo rato hasta que vinieron el piloto y el mecánico, españoles. Menos mal que se abrió el bar de la escuadrilla y pudimos tomar café caliente, unos bocadillos y ron, donde los franceses. Luego, a eso de las diez, cuando ya habían sacado del hangar un espléndido y grande aparato, cuando ya habían colocado en él la carga y empezaban a poner en marcha los motores, resultó que de los quince viajeros, estábamos sólo presentes Karmen y yo. El comandante del aeródromo empezó a llamar a los ministerios, buscando a los ilustres delegados —a unos, no los encontró; de otros le dijeron que estaban en camino; los terceros se habían puesto urgentemente enfermos, a los cuartos, nuevos e inaplazables asuntos los obligaban a diferir el vuelo—. Esperamos hasta mediodía —en todo ese tiempo se presentó sólo un marino, destinado a Bilbao—. El comandante estaba tan furioso que sin consultar a nadie nos permitió tomar en el avión a Lina, que nos acompañaba. Se sacaron de la cabina once sillones; en su lugar se cargaron cajas con ametralladoras portátiles y municiones.

Guides, como siempre, estaba atareado por el aeródromo; también fue el último a quien vimos en tierra, con su sonrisa y su casco blanco. El poderoso avión ganó altura rápidamente y desde los tres mil metros se lanzó hacia el norte. Un cuarto de hora más tarde nos encontrábamos ya sobre territorio enemigo. El piloto, un hombre cejinegro de magnífica presencia, con gorra y un uniforme engalonado no menos magnífico, fumaba un enorme cigarro junto al volante. Llevaba el Douglas en zigzag, procurando volar sobre montañas y parajes deshabitados, lejos de los centros de población. Primero fuimos hacia la izquierda, hasta el río Duero; más a la izquierda, quedó la ciudad de Valladolid. Luego, sin acabar de volar hasta Quintana del Puente, viramos en dirección más occidental. Se tardó en todo ello cerca de una hora.

En las proximidades de Burgos, el piloto tomó aún más altura, hasta los cuatro mil quinientos metros. Se suponía que por ahí había aeródromos alemanes, los que defienden la capital fascista. El mecánico se fue a la cola, y también nosotros, sentados sobre cajas, nos pusimos a observar si aparecían cazas. Precisamente entonces empezó a fallar el motor de la izquierda. Karmen, con mucha deferencia para mis conocimientos de aviación, me preguntó a qué podía ser debido el fallo. Me limité a responderle: «Aquí, esto no es para tomarlo a broma.» Hizo un gesto de indiferencia con la mano e intentó filmar Burgos —una franja bastante precisa de blancos edificios por la parte de la derecha—. Pero el piloto y el mecánico, con sus cigarros, habían llenado de humo la cabina de manera insoportable. El marino dormía como un tronco. El mecánico —pura pasión española por las sensaciones— sacudió al marino y señalando por la ventanilla gritó: «¡Burgos!» El marino, sin despertarse, asintió con la cabeza y sacó la pistola.

Así, con el motor izquierdo sin funcionar, descendiendo poco a poco, veinte minutos más tarde salimos a la vista de Reinosa. Eso ya era territorio del norte republicano, aunque ahí un aterrizaje forzoso entre montañas, llevando bombas, tampoco era un plato de gusto.

Diez minutos más, y a lo lejos, acercándose vertiginosamente, se descubrió el mar. Costas recortadas por múltiples bahías, arbolado, parques, praderas y la larga y curiosa lengua de tierra de Santander, con el palacio real en un cabo. Después de haber parado los motores, tomando un viraje infinitamente largo, bajamos al campo de aviación y rodamos suavemente por la hierba mojada, levantando surtidores de gotas. Abrimos las ventanillas, las puertas —en torno caía una diminuta lluvia otoñal, la primera lluvia desde que emprendí el vuelo en Veliki Luki—. Ovejas mojadas, tejados mojados, casas rojas, de ladrillo, a lo lejos, húmedo aire de mar; todo, no se por qué, me recordaba a Inglaterra.

Santander se encuentra a medio camino entre Bilbao y Gijón. ¿A quién visitar antes, a los asturianos o a los vascos? Dan ganas de ir antes a Asturias —allí, el asedio de Oviedo se acerca a su fin, los mineros han ocupado algunos barrios de la ciudad—. Pero los vascos se convirtieron en región autónoma hace seis días y ahora en todas partes despliegan una impetuosa actividad gubernamental. Por otra parte, Bilbao tiene cable telegráfico directo con Londres, desde allí es posible comunicarse magníficamente con Moscú. Bueno, no, ¡primero, a Asturias!

El comandante del aeródromo nos facilita un coche; nos dirigimos a la ciudad, al Comité del Frente Popular.

La acogida, aquí, es hostil, seca. El presidente del Frente Popular, al mismo tiempo Comisario de Guerra de Santander, no quiere dejarnos pasar ni a Asturias ni al País Vasco. Se muestra frío a todos mis mandatos, a mis certificados del Ministerio de la Guerra e incluso al hecho de haber volado hasta aquí directamente desde Madrid, por encima del territorio fascista, con armas, bombas e información. Declara que preguntará por radio a Madrid y sólo después verá hasta qué punto puede prestarnos su concurso.

Madrid puede responder dentro de dos semanas, si responde. Todo esto es fastidioso. Pedimos la dirección del Partido Comunista. Nos la dan, pero el chófer del aeródromo ya se ha marchado; hay que ir al comité del Partido andando, bajo la lluvia, con los trebejos cinematográficos de Karmen y una maleta de carretes de repuesto.

La ciudad presenta el típico aspecto de los lugares de veraneo en conserva invernal; en verano, aquí se trasladaba antes la corte real y toda la nobleza madrileña. Ahora, no hay rey ni nobleza. Mas, por las aceras, nos cruzamos con una enorme cantidad de público burgués, de fosco aspecto; muchos llevan perros de la cadenita. ¡Y cuántos paraguas! Todo el mundo va con paraguas. Nunca habría creído que en toda España hubiera tantos paraguas como en este solo paseo del mar, en Santander.

Sin paraguas, íbamos nosotros como unos infelices; pero el mal no estaba en eso, sino en Lina. No habíamos hecho diez pasos cuando me di clara cuenta de que ahí, con Lina, éramos gente rara. En Madrid antes de emprender el vuelo, Karmen y yo, por si acaso, nos quitamos el mono y nos vestimos de paisano. Pero la pobre muchacha subió al avión con sus malos pantalones de soldado, de tela de algodón, con los enormes y despellejados zapatos con que había andado por Guadarrama y por Toledo preparando sopa a los soldados. La magnífica cabellera rizosa, los grandes labios en el rostro criollo... todo ello, en el mejor de los casos, podía servir para una película infantil de *La cabaña del tío Tom*, pero de ningún modo para presentarse ante esos burgueses sin foguear.

La mandamos que se comprara una falda, pero las tiendas estaban todas cerradas por ser la hora de la comida. Fuimos a un restaurante del paseo del mar en la planta inferior, en el café y en el bar, había mucha gente con tipo de especuladores; nuestra aparición, con Lina en pantalones, fue acogida con hostil rumor de voces. Subimos a la planta superior, el camarero, en frac, también muy irritado, nos sirve guardando absoluto silencio una comida excelente —pescado, pato, alcachofas, queso—, cosas de las que en Madrid ya casi se han olvidado. Sólo el pan es escaso, dan una pequeña rodaja: en el norte no hay trigo.

En el comité del Partido nos cuentan que Santander aún está lleno de fascistas, el poder republicano es débil, con muchos elementos sospechosos, y no domina bien la situación. Casi no hay ningún enlace con el gobierno central, el gobernador civil y el comité del Frente Popular gobiernan a su manera. No hace mucho se les ocurrió (o se les sugirió) un truco: las autoridades hicieron una lista de los individuos más sospechosos de simpatía por los sublevados, incluyendo a los jóvenes en edad militar, los llamaron y les presentaron el dilema de o salir al extranjero o quedarse con la perspectiva de ir a parar a la cárcel. La mayoría, naturalmente, prefirió los pasaportes para salir al extranjero; se fueron en barco a Francia y algunos, hasta sin pararse, se dirigieron directamente a Burgos y a Salamanca, al Estado Mayor de los facciosos. A menudo barcos extranjeros visitan Santander; nadie comprende bien ni su procedencia ni su designación. Recientemente, un barco inglés, después de permanecer diez días en el puerto de la ciudad, después de haber tomado carga y a unas personas, levantó anclas y partió, en apariencia, rumbo a Londres; en realidad, se dirigió a Vigo, puerto fascista.

El propio comité del Partido es, aquí, bastante débil; por lo visto no goza de mucha influencia y va a la zaga de los otros partidos.

Hablamos por teléfono con Gijón. Los asturianos están muy contentos de nuestra venida, de la llegada de los primeros rusos, y nos piden que nos traslademos allí sin pérdida de tiempo y sin salvoconductos especiales de ninguna clase. En Llanes saldrá a nuestro encuentro el secretario del comité del Partido de Asturias.

Por la noche, Santander se ve mojado, oscuro, huraño. Cuatro bares vacíos, mal alumbrados. Dormimos en el hotel Méjico. A la cena, varias familias burguesas de irritado aspecto; en nuestra presencia, todos callan, pese a que Lina viste ya una falda de franela de treinta y dos pesetas. El portero nos recuerda varias veces que, si queremos, podemos pagar en dólares.

8 de octubre

Majestuosa y bella región, montaña y mar. Profundos desfiladeros, agudos apelotonamientos roqueños y repliegues han quebrado y encabritado esta tierra. Los caminos corren, se elevan y caen formando audaces espirales. Ríos de rápido curso precipitan desde las alturas las aguas heladas y, abriéndose salidas por las cadenas montañosas, desembocan directamente al océano Atlántico. Las cimas nevadas del Morcín y del Aramo dominan, severas, el horizonte. En las montañas y en los desfiladeros se esconden pequeñas ciudades y poblados. Es como Suiza más el Donbass y un poco de la zona costera del lejano Oriente. Para el Cáucaso, es demasiado húmedo y neblinoso. No hace mucho, esta hermosura servía aún de cebo para los más refinados y mimados viajeros. Ahora, la estación no es, de ningún modo, para turistas. Por todas partes corre el agua, todo rezuma; además, no hay pan, y la situación general no es acogedora. En los desfiladeros, retumban los disparos, corre la sangre.

Nos hemos retrasado en gran manera por el camino: casi a cada revuelta Karmen salía a filmar vistas maravillosas; yo me enojaba, le escandalizaba; y al instante, yo mismo le pedía que filmara aún otro paisaje, otro valle, otro yugo de poderosos bueyes con almohadillas en las cabezas. Muchas de estas fotografías no saldrán bien; la niebla no se ha dispersado ni un solo momento.

En una posada de Llanes nos ha recibido Angelín, el secretario del Comité Regional del Partido Comunista de Asturias, y nos ha conducido hasta Gijón en su espacioso Hispano-Suiza. Llegamos a la ciudad entrada la noche. Aquí no hay hoteles, todo está ocupado por los milicianos y por los refugiados de Oviedo. El comité no tiene edificio propio, ocupa un vasto piso en una casa de viviendas. Comen y duermen en el mismo piso. Nos han acogido muy jubilosamente, de manera sencilla y fraternal. La mujer de Angelín prepara la comida para todos; las mujeres de los demás miembros del comité lavan la ropa y cuidan de la limpieza de las habitaciones.

Permanecimos sentados a la mesa hasta muy tarde, hablando; ellos nos contaban como está aquí la situación; nosotros les hablábamos de Moscú, al que aquí quieren como a su segunda patria. Muchos asturianos vivieron y trabajaron en la URSS después de la sublevación del año 34.

9 de octubre

Esta región se encuentra ahora separada del mundo no sólo por la naturaleza. Por el oeste y por el sur, la presionan las tropas fascistas de Galicia, León y Burgos. Por el mar, disparan sobre ella los cruceros facciosos. Una estrecha franja a lo largo de la costa la une con Santander y el país de los vascos; más allá, en San Sebastián, en Irún, otra vez fascistas. La principal ciudad de Asturias, Oviedo, está casi totalmente ocupada por una numerosa guarnición de facciosos, perfectamente armados.

De todos modos, los proletarios asturianos son por ahora los combatientes más avanzados del pueblo español. Aquí existe ya organización y experiencia de combate, un estilo duro, tenaz, de lucha en las condiciones más difíciles. Angelín es un obrero joven, pero serio, meditativo, que ve con mucha sensatez toda la complejidad de la situación. Los comunistas, en la situación de guerra, se han colocado en el primer plano, mas el comité procura no destacarlo, no quiere desplazar de la dirección de esta zona a los socialistas, que tienen aquí viejos lazos y puntos de apoyo en el movimiento obrero, en los sindicatos. Anarquistas, aquí, hay pocos; los republicanos de izquierda forman un partido pequeño burgués que, si bien participa en el gobierno, casi es imperceptible en la vida política; liquidados los dueños de las fábricas y de la industria minera, la autoridad local se ha preocupado y, a la vez, ha socializado, la industria pequeña, artesana, y el pequeño comercio —todo, poco menos que hasta los limpiabotas—. Angelín se rasca el pescuezo y reconoce que en Asturias el Frente Popular no está del todo completo...

Nos mete prisa para que visitemos al gobernador civil. El pequeño gobierno regional de Asturias se ha instalado temporalmente aquí, en Gijón, a treinta kilómetros de Oviedo. Su presidente, al mismo tiempo gobernador, es Belarmino Tomás, socialista, minero. La instalación del gobierno es modesta, como la de un comité ejecutivo de un soviet de distrito.

Con cálidas palabras, Tomás pide que transmitamos al pueblo soviético el agradecimiento infinito de los asturianos por el asilo y la ayuda prestados a los luchadores revolucionarios de Asturias en el año 1934.

—Esa fraternal ayuda no se olvidará nunca entre nosotros. Su recuerdo nos es doblemente caro ahora, cuando vuestros pueblos ya prestan ayuda con víveres y ropas a todo el pueblo español, a nuestras mujeres y a nuestros niños.

Habla del trabajo de su gobierno. Es difícil, sobre todo porque, de hecho, Asturias está bloqueada, sin abastecimiento del exterior ni en pertrechos militares ni en víveres ni en mercancías. El enlace con el gobierno central, con Madrid, se mantiene en parte por radio; en parte, raras veces y con gran riesgo, por avión.

Municiones, los asturianos tienen bastantes, hasta podrían repartirlas con otros frentes; carne también hay en la región, pero el problema del pan es muy duro. Las regiones cerealistas de España —Castilla, Aragón, Valencia— ahora no pueden abastecer a Asturias ni por mar ni por tierra. Para comprar trigo en Francia faltan divisas. No hace mucho, para dar de comer a los combatientes, en Gijón se interrumpió por completo la venta de pan durante dieciocho días.

Otra de las preocupaciones de los dirigentes asturianos es la del calzado y ropa para los combatientes. La población de la retaguardia estaría dispuesta a dar al frente toda su ropa y todo su calzado, pero entonces ella misma quedaría desnuda y descalza: la guardarropía de la gente pobre de Asturias no está muy bien surtida. Sin abrigo o impermeable, sin botas o, por lo menos, sin chanclos, aquí hasta los soldados excelentes pueden perder en mucho, su capacidad combativa... Tampoco hay en Asturias tabaco, cerillas.

Del gobierno regional forman parte dos socialistas, dos comunistas y cuatro republicanos. Juan Ambou, joven obrero, comunista, dirige la sección militar del gobierno asturiano. Las operaciones directas del asedio de Oviedo corren a cargo de los comisarios González Peña, socialista, y Juan José Manso, comunista, ambos diputados al Parlamento por Asturias.

Los accesos de combate contra Oviedo forman un círculo cerrado de seis kilómetros de diámetro en total. Mas, para poder recorrer todas las posiciones, hacen falta días y más días: no hay carreteras de circunvalación; a cada lado hay que llegar pasando por montes quebrados, por barrancos y collados, por túneles y viaductos.

Para acercarse a Oviedo, lo más fácil es ir por el norte. En cuarenta minutos hemos llegado de Gijón a las líneas avanzadas. Desde un suburbio de Oviedo, Lugones, se abre una vista sobre toda la ciudad, sobre la catedral y los edificios del gobierno. Por esta parte no se prosigue la ofensiva. Una doble línea de trincheras y fortines espera al enemigo, al que los republicanos obligan a salir en esta dirección.

Las trincheras y fortificaciones son hondas, cómodas, trabajadas con habilidad, a lo minero. Pero en ellas ha entrado el agua, y la gente, con vestidos de verano, se moja, se debilita, tose. Las toallas han sido utilizadas como bufandas; de las sábanas se han hecho peales; las mantas, con un agujero para la cabeza, las llevan los soldados como impermeables.

Aquí casi no hay el exotismo ni la solemne y banal hermosura que allí, en Castilla, inundan cada vivaque, cada bandera de batallón, cada patrulla nocturna de la carretera. Aquí, la gente mira la guerra no como un espectáculo o como un cataclismo, sino como un trabajo. Hacen la guerra a lo minero, seria, tenazmente.

Por el oeste (aquí se puede llegar sólo volviendo a Gijón) se encuentra el sector más difícil para los republicanos. Ahí los inquieta un grupo de tropas fascistas que cuenta con varios miles de hombres. Esta columna de facciosos logró abrirse paso a través de la línea de milicias populares por Luarca. Luego los mineros la cercaron, han parado la columna y no la dejan moverse del sitio. Para liquidar por completo esta cuña hacen falta más refuerzos. Pero los mineros prefieren antes acabar con Oviedo. He aquí la pequeña ciudad de Trubia. Su célebre fábrica de armas. Los facciosos procurarán entrar aquí. Trubia se defenderá, pero los mineros, por si acaso, evacuan todo el utillaje importante de la fábrica, los tornos principales, y de lo que ha quedado han recogido lo necesario para poner la fábrica en marcha.

Durante los últimos días, debido a la tupida lluvia y a las nieblas, los combates han remitido. En Oviedo se puede penetrar sólo desde el sur o desde el suroeste. Al atardecer, otra vez estamos en Gijón. Nuestros anfitriones se sienten confusos, no pueden mostrarnos nada —diluvia, hay humedad, el mal tiempo no permite ni sacar la nariz a la calle—. ¡Y es tan hermoso, esto, en verano! Les sabe mal que no veamos el Gijón hermoso, que no veamos nada. No comprenden que ellos mismos son un espectáculo conmovedor, este puñado de jóvenes comunistas que aquí, en este abandonado extremo de Europa, junto a la costa atlántica, encabezan la lucha de la clase obrera

contra el fascismo, contra la reacción y la esclavización del hombre por el hombre. Pin, pequeño, modesto y de ingenuo aspecto, ha leído de cabo a rabo a Carlos Marx, a Federico Engels, a Vladímir Lenin, a José Stalin, a Máximo Gorki, a Jorge Dimitrov, todo lo que de ellos ha sido traducido a la lengua española. Ahora está ávido de publicaciones marxistas sobre agricultura —¡está al frente de la sección de agricultura en el gobierno asturiano!—. Desea ir a Moscú, al Instituto Agrario —desde luego, no ahora, sino después, cuando se haya logrado la victoria—. La frágil y delgada Agripina, con los cabellos atados por una cinta, con pantalones de lienzo —esto no es Santander, aquí el mono está otra vez a la orden del día—, es la organizadora del movimiento femenino, ¡no es nada, organizar el movimiento femenino en toda Asturias! Tiene veintiún años, de ellos uno y medio lo ha pasado en la cárcel por la sublevación («Agripina, ¿qué quieres ser?» ¡Para qué hacerle preguntas superfluas! No qué, sino quién. Bien claro está, quién: ¡una segunda Dolores!). Juan Ambou y su mujer trabajaron un año en la Unión Soviética —están saturados de recuerdos, de impresiones, de canciones, de melodías de los films soviéticos, y todo cuanto allí asimilaron, hasta los más pequeños detalles, quieren utilizarlo, aplicarlo aquí—. Lafuente, un hombre ya de edad madura, que ha pasado por las cárceles y las torturas, está ahora dedicado en cuerpo y alma al abastecimiento de guerra, a la producción de obuses, de cartuchos; ¿no sería posible obtener algunos materiales, folletos, sobre esta cuestión? ¿No hay, sobre ese tema, algunas instrucciones u órdenes del camarada Voroshílov? ¿Dónde han sido publicados, cómo hacerse con ellos? Angelín me llena de preguntas acerca de los métodos de trabajo en las células, acerca de los comités de minas, acerca de las interrelaciones entre los miembros del triángulo,[8] sobre la organización de los periódicos del Partido, sobre los corresponsales obreros; me muestra los dos periódicos asturianos del Partido y me consulta acerca de su compaginación... ¿Y cómo está de salud, Pepe Díaz? ¿Qué tal Pedro Checa? Nuestra llegada los ha animado, ha acercado Asturias a Madrid y a Moscú, ha creado la impresión de que todo eso no se halla tan lejos ni tan separado, de que el enlace se establecerá y será muy estrecho, de que pronto fluirán, hacia aquí, hombres, cartas, libros, materiales. ¡Todo será magnífico!

Casi al término de la conversación, de súbito, otra vez sienten remordimientos de que nosotros no nos divirtamos; bajo la lluvia torrencial nos llevan al cine a ver un film ruso —esto deberá de interesarnos...—. Un viejo local de espectáculos está repleto de adolescentes; el film ruso resulta ser una escenificación norteamericana de *Resurrección* con texto español. El príncipe Nejliúdov va en un cincelado trineo de ópera por montones de guata; en la estación, la guata en jirones grandes como el puño cae sobre la aterida Anna Sten frente a la ventanilla del vagón en que el príncipe juega al bridge con otros caballeros; el *starosta*[9] con largos pantalones claros presenta a Nejliúdov el pan y la sal de la hospitalidad, y Nejliúdov responde: «¡Muchas gracias!»

Al salir, Pin me dice, como sintiéndose culpable: «Parece que a ti no te ha gustado.» Yo le acaricio la mano.

10 de octubre

Aquí están los distritos mineros de Langreo, Mieres Castandielo, la planta siderometalúrgica de La Felguera y muchas otras fábricas, separadas entre sí por cadenas de montañas, unidas por collados, por carreteras en espiral, por túneles. La mayor parte de las minas están paradas, los mineros se han ido a pelear, el trabajo prosigue tan sólo en algunos tajos.

En Sama subimos a una mina; subimos porque, como ocurre aquí con frecuencia, la entrada a la mina se encuentra al pie de la montaña y la veta sube hacia la parte alta, por el interior de la tierra.

En las galerías despiden su mortecina luz las lámparas de aceite de los mineros. Pálidos rostros juveniles y otros macilentos, marchitos, de personas entradas en años; sólo trabajan jóvenes menores de dieciocho años y viejos. Trabajan con espíritu de sacrificio y desinteresadamente; los dueños huyeron con la caja y el comité de la mina se encuentra sin dinero para pagar los jornales desde hace dos meses. Se dan ciento diez gramos de pan al día por persona.

En los poblados, la miseria habitual de los mineros se ha hecho dos veces más aguda debido a las privaciones de la guerra. Sin embargo, ¡cuánto ánimo, cuánta sosegada firmeza proletaria en todos, hombres y mujeres! ¡Qué decisión de seguir luchando, qué seguridad en la victoria y en sus frutos! ¡Cuánto orgullo por las primeras conquistas de los obreros! Nos muestran casas de cultura, hogares infan-

tiles, escuelas de adultos, todo cuanto en dos meses han tenido tiempo de crear, pese a la guerra.

En este montañoso rincón de España, a menudo se oyen frases rusas pronunciadas con aplicado esfuerzo. Dicen *tovarich, sasedanie, saius gorniaki, Vorochilovgrad...*[10] Los mineros asturianos, los que trabajaron en el Donbass, conservan con enternecedor afecto los recuerdos de nuestro país. Muestran con orgullo botas altas rusas, vasos y platitos de té, pitillos cuidadosamente conservados. Y nos encargan, sin cesar, saludos y regalos para distintas jóvenes ciudadanas soviéticas cuyos nombres, llamándonos aparte, nos ruegan anotar en nuestro cuaderno. Poco a poco he reunido dos relojes niquelados de señora, un abanico, collares, una chaqueta de punto, cinco fotografías, un encendedor, un perrito tallado en carbón de piedra y una carta.

Los nombres de los asturianos recuerdan de manera muy divertida nuestros viejos nombres campesinos, que elegía del santoral el cura del pueblo. En dos días hemos conocido gente que se llama Agapito, Serafín, Carpo, Agripina, Paulino, Timoteo, Aquilina y Aquilino (el secretario del comité del Partido en Langreo). Nuestro chófer se llama Nicanor.

He aquí, por fin, el Naranco y San Claudio, los arrabales del sur de Oviedo. Desde aquí la milicia del pueblo entró al asalto en la ciudad.

Nos acomodamos para pasar la noche en la casa de cierto marqués junto al parque de Oviedo, ya reconquistado. Acudieron todos los dirigentes militares. Al principio escucharon las noticias que nosotros traíamos de Madrid; luego empezaron a discutir sobre la disposición de las unidades y de si debían dejar a los facciosos un agujero por el que pudieran escabullirse de la ciudad cuanto antes. Aquí se sostiene la cándida idea táctica de que al enemigo, si se le deja un agujero de esa naturaleza, se mete en él, abandona sus posiciones y ahorra a los atacantes un innecesario derramamiento de sangre. Son los restos de la sabiduría militar medieval sobre el asedio de ciudades.

11 de octubre

Los mandos decidieron aprovechar para el ataque la niebla de la mañana, única defensa contra la aviación alemana. Defensa muy relativa, pues los alemanes, aunque al azar, aun a través de la «leche», ya están bombardeando.

Es una sensación muy desagradable y aciaga la que se experimenta estando, como aquí, sin ver nada y sin saber nada, con el bajo techo blanco de la niebla encima. Los poderosos motores zumban sobre las mismísimas cabezas. A cada instante, estallidos como truenos en torno —sin ver el objetivo, los bombarderos van a hacer carne. No necesitan ir muy lejos para reponer su dotación de bombas— cada media hora vuelven a su base y muy pronto regresan con una nueva partida... Fue muy triste, en el camino de regreso, encontrarse con un repugnante montón de ladrillos requemados y en disforme montón en vez de la pacífica casita en que nos habíamos detenido. La mujer y los dos niños con quienes habíamos estado hablando, habían quedado triturados. Los vecinos nos contaron que la bomba cayó al cuarto de hora de haber partido nosotros.

Los arrabales se han terminado; he aquí la estación, el depósito de locomotoras; luego, el bulevar y las calles de la ciudad. Un vagón de tranvía está derribado sobre los raíles.

En dirección contraria a la nuestra, literalmente bajo las balas, corre gente pobremente vestida, con atadijos y criaturas en los brazos. Son habitantes de los barrios ocupados ya por los republicanos. Huyen de la ciudad hacia los poblados mineros, hacia Gijón, temerosos de caer de nuevo en el cautiverio fascista.

Reconocen a Juan Ambou, sobre la marcha se le arrojan al cuello, lloran, exclaman, con incoherente frase:

—¡Juan! ¡Ah, eres tú, nuestro valiente! ¡Has venido a liberarnos!

Intento interrogarlos, pero casi no pueden coordinar sus ideas. Dos meses de régimen fascista, registros, detenciones, y, de pronto, la libertad; de pronto, los suyos, y, al mismo tiempo, tiroteo en las calles y bombardeo aéreo...

Más allá, el combate se sostiene con ametralladoras, con fusiles, con granadas de mano y, donde hace falta, con ataques a la bayoneta:

los asturianos han recibido bayonetas y han aprendido a utilizarlas; esto también es nuevo en España.

El enemigo responde con las mismas armas y con artillería ligera. La milicia popular abre boquetes en las paredes laterales de las casas contiguas, y de este modo se abre un paso totalmente interior, a cubierto de las balas, a lo largo de una calle entera. A través de pasos semejantes, ha evacuado la población de las doce calles ya ocupadas, se saca a los heridos y a los muertos, se llevan municiones y granadas.

Sobre esta parte sur de la ciudad, ocupada ya por los republicanos, aún domina el campanario de la iglesia de San Pedro. Este templo de Dios riega sin cesar las calles con nueve chorros de ametralladora, dispuestos en abanico. Con todo, Juan no puede resistir la tentación de llegar a su vivienda de Oviedo.

Corriendo a trechos, alcanzamos una alta casa de la calle de la Argañosa. En la escalera no hay nadie. En el sexto piso, la puerta del apartamento, un sello de lacre y un letrero de la policía secreta fascista: «Vivienda a disposición de la policía. Prohibida la entrada.»

Juan rompe alegremente el sello y la inscripción. Dentro, todo está revuelto. Se han llevado la biblioteca, hasta la última hoja. Quedan en el armario ropa de abrigo, un abrigo de cuero, y ropa interior de lana. Juan no toma nada —no quiere preferencias respecto a los combatientes de la milicia popular—. Las balas del campanario de San Pedro tabletean molestas sobre la cornisa del edificio. Se cae el estuco.

Juan sonríe pícaramente, toma de la mesa una muñeca afelpada: una muñeca típica de una tienda de artesanía de Moscú.

—¡Demostraré a mi mujer que he estado en casa!

El sector republicano va arañando de hora en hora nuevas posiciones hacia el interior de la ciudad. El coronel Aranda, jefe de los facciosos, se retira a los cuarteles de Pelayo. Si los mineros mantienen el carácter del ataque y no debilitan su presión, Aranda se verá obligado o a rendírseles o a huir hacia el norte, hacia Lugones, donde se le ha dejado el agujero de salida a que nos hemos referido.

Pero entretanto el combate está en su apogeo. Ambas partes disponen de numerosos recursos de fuego y no los regatean. El combate es muy encarnizado, los milicianos se lanzan valientemente hacia adelante, los autobuses apenas tienen tiempo de evacuar a todos los heridos.

Pese a la intensidad y dureza de los combates en las calles, pese a todo su dramatismo, es necesario, hablando cuerdamente y partiendo de la experiencia de España, valorar con cierta reserva su eficiencia, sobre todo para los atacantes. Si los combates en las calles duran dos o tres días, tienen un carácter decisivo. Si se prolongan, las tropas se acomodan en las casas, se acostumbran a las paredes de piedra, muchas cosas recaban su atención, el espíritu y el ritmo de la ofensiva se debilitan. Unidades que combatieron magníficamente en el campo, pierden en gran parte sus cualidades después de permanecer dos o tres semanas en las barricadas de una ciudad.

Salimos de Oviedo y de nuevo volvemos a acercarnos a ella por el arrabal de San Claudio. De pronto la niebla se disipa, brilla el sol, y la aviación puede mostrarse con todo su brillo. Tres trimotores Junker sosegadamente, a una altura que no pasa de los trescientos metros, se pasean por encima de la hondonada de Oviedo. Karmen puede grabarlos sin el menor obstáculo con su aparato.

Durante esos tres meses, ya he presenciado no pocas incursiones de la aviación, pero ésta lo supera todo. Nadie estorba a los Junkers, ni cazas ni antiaéreos. En toda Asturias, los republicanos no tienen más que una avioneta deportiva de un solo asiento.

Ahora los alemanes se ocupan de la verde ladera del Naranco. Suponen que ahí se encuentran las baterías republicanas, las cuales, en efecto, todavía ayer disparaban desde ese lugar contra los cuarteles.

Metódica, cuidadosamente, como en unas maniobras, cubren de explosiones toda la ladera, una superficie de tres kilómetros de largo y tres de ancho.

Arden dos grandes sanatorios. Toda la montaña está cubierta de negro humo.

Los Junkers se van; a la media hora están de regreso y vuelven a empezar. Han decidido no dejar sin bombardear ni un solo palmo del Naranco. De este modo entra en la nueva guerra mundial la aviación de Hitler.

De los aviones se desprenden dos paracaídas. El viento los arrastra hacia nuestro lado. Ya han tocado tierra, lentamente. Alguien corre hacia ellos. Nos traen dos grandes cajas de zinc con varios miles de mechas de dos minutos para las granadas de mano. Iban destinadas al teniente coronel Aranda, pero no han llegado al destinatario.

Por el barrio de Buena Vista, los republicanos han ocupado dos grandes calles y la plaza de toros. Ahora se inicia un nuevo ataque: la unidad de esta parte quiere alcanzar la calle de la Argañosa, por callejuelas, y unirse con el primer grupo en la plaza de América.

En espera de la señal, Juan Ambou sueña:

—Pronto terminaremos con Oviedo. Entonces dirigiremos nuestras tropas de mineros a Galicia, a León, a Burgos. Irrumpiremos en Castilla...

Es necesario creerle. En Asturias saben combatir. Sólo que no tienen ropa de abrigo —Juan tirita en su mono de lona—. No tengo con qué protegerle del frío: hace tres días me permití dar mi abrigo de París a un mozo que había quedado empapado en una sucia zanja de Lugones.

... Después del combate han vuelto, muy excitados, a la misma casa de ayer, a la del marqués. De nuevo han acudido todos, han comido y después de comer nos han enseñado a beber la famosa y excelente sidra asturiana. La gente de aquí sabe verterla con singular habilidad formando un largo chorro —bajan el vaso con una mano y con la otra inclinan la botella a una altura superior a la cabeza—. De este modo se forma más espuma. Yo me apliqué con mucho tesón para aprender y luego no podía encontrar de ningún modo mi cuarto.

Karmen asegura, jurándolo, que recorrí tres veces toda la casa, sus dos pisos, que rebusqué en todos los armarios de cada habitación, abrí todos los cajones, a la vez que soltaba toda clase de denuestos contra el marqués. No lo recuerdo. Entretanto, acudió un aparato de bombardeo y, por lo visto, estuvo largo rato buscando nuestra casa; pasó muchas veces por encima de nosotros, a escasa altura, pero no arrojó ninguna bomba —probablemente tenía miedo de soltarlas sobre el centro de la ciudad, sobre sus propias tropas, facciosas—. Quizá les estuvo arrojando víveres. Al parecer, esta circunstancia me llevó también a proferir horribles blasfemias, y los asturianos, riéndose, decían que con semejante sidra no hay bombardeo que asuste.

Karmen aún logró captar aquí, en Oviedo, con la radio del marqués, la emisora de la Unión de Sindicatos Soviéticos, y oí los dulces trinos de *No hay modo de contar los diamantes en las cuevas de piedra...*[11]

12 de octubre

El chófer Nicanor se ha desquitado bien con nosotros. Todos esos días, para no perdernos de vista, en vez de dejarle donde el coche, le llevábamos a donde íbamos. Ayer, al correr bajo el fuego de las ametralladoras de San Pedro, ante el revoltijo de los Junkers, al ver la casita destrozada, con la familia muerta, al ver cómo cargaban a heridos y muertos en los autobuses y otras escenas desagradables, perdió su digno aspecto, apenas podía seguirnos, tenía el rostro pálido, los brazos como zurriagos, la espalda encorvada. Alguien le tomó el pelo en voz alta y esto acabó de apabullarle.

Hoy, cuando nos ha tenido acomodados en el coche, ha arrancado con tal ímpetu que nos hemos mirado muy significativamente. Después, ha comenzado una carrera fantástica por espirales de montaña, con espantosos virajes en las curvas, con el alocado vuelo de las ruedas traseras sobre precipicios y abismos, con lo que el estómago se desplazaba hacia arriba y se ponían frescos los sobacos. A Karmen el rostro le había quedado infinitamente más pálido que a Nicanor en el día de ayer, y el mío por lo visto tenía el mismo color. De lo que no cabe la menor duda es de que hoy hemos estado mil veces más cerca de la muerte que ayer, ante los recursos más nuevos de la técnica militar. Hasta la propia entrada de Gijón, Nicanor no ha pronunciado ni una sola palabra. Fumaba, displicente, una hedionda porquería. Únicamente a la entrada del comité del Partido, al dejar el coche libre de sus atontados pasajeros, ha hecho que en sus labios se dibujara una leve sonrisa.

Ha sido muy penoso separarse de estos hombres que enseguida se nos han hecho tan entrañables como si hubiéramos vivido y trabajado juntos durante muchos años. Estrechan así sus lazos de amistad tan sólo las personas que desde hace mucho tiempo, sin verse, han estado unidas por unas mismas ideas y una misma percepción de la vida, una misma educación, aunque se haya efectuado en distintos idiomas y en diferentes países, por un mismo odio a unos mismos enemigos, por el mismo amor a la clase obrera, por la fidelidad al comunismo, por el amor y la fe en el Partido... Al despedirnos quizá por un mes, quizá por un año, quizá para siempre, nos han abrazado y con tosco gesto nos han dado unas palmadas en el hombro Angelín, Juan Ambou, Agripina, Juan José Manso, Pin (al despedirse, nos ha dicho: «Pin es mi apodo, me llamo Juan García»), Lafuente, Damián. Querían acompañarnos hasta Llanes, pero Angelín no se lo ha permitido.

Al caer la tarde estábamos ya en Santander, y después de un breve descanso, hemos cambiado de coche y hemos proseguido nuestra ruta hacia los vascos, a Bilbao.

13 de octubre

Ciudad extraña, que no se parece a nada. Y a lo que menos se parece es a una ciudad española. No se ven, aquí, ni la chillona elegancia de los rascacielos americanizados de Madrid y Valencia ni la llamativa pobreza de los barrios obreros de estas últimas ciudades. Todos los colores son apagados; los contrastes, limados; todo presenta un aspecto uniforme de color negro o gris oscuro: las casas, las tiendas, los puentes sobre el Nervión (en vasco *¡Ibaisabal!*), consistentes aunque no de grandes dimensiones; todo se ve fuerte, sólido, de buena calidad, pesado. La riqueza no se expone a la vista, como en Madrid y Barcelona, pese a que es aquí, precisamente, donde se encuentran las principales fortunas de España: la burguesía minera, siderometalúrgica, comercial y financiera, y aquí es donde ésta ha sido menos afectada por la guerra, donde conserva sus posiciones fundamentales.

Bilbao se parece más bien a una vieja ciudad portuaria inglesa, con mucho tráfico de mercancías, con el hollín de las estufas de antracita y la honorable suciedad de las calles. Sólo una sombría nota exótica ofrece la muchedumbre de la ciudad: absolutamente todos, ministros y vendedores de periódicos, soldados y profesores, todos, todos, llevan boinas negras, como se lleva el fez o el turbante. No se ve ni un sombrero y casi ninguna cabeza descubierta. Las mujeres, como los hombres, van tocadas de negro, con pañuelos negros. Son esbeltas y hermosas; en cambio, los hombres son de tipo bajo, robusto, pícnico.

Con rostros bastante tristones, los bilbaínos, en estos días de barro y humedad, están sentados en las terrazas de los cafés tras las vidrieras. La taza de café no es su ideal, pero ahora no están abiertos los célebres figones vascos: santuarios bien caldeados de grasientos embutidos, empanadas y *foie gras*, de criadillas de cordero hervidas, de pesada cerveza oscura y embriagadora sidra.

A menudo se encuentran sacerdotes, también bajitos y carigordos, de mirada pesada y soñolienta debajo de los párpados semicerrados. En Castilla no había visto ni uno, excepto el pálido canónigo Camarasa en Toledo, con chaqueta de paisano.

Nos hemos instalado en el hotel Inglaterra, en mal estado y sucio, junto con los refugiados de Irún y de San Sebastián. He ido volando a telégrafos, en busca de la compañía inglesa *Direct-Spanish*. Resulta que el cable con Londres funciona bien. Me he sentado a la mesa y hasta las cuatro de la madrugada he ido dibujando con lápiz tinta y empleando papel de copia, con letras latinas de imprenta, una crónica sobre Asturias; Lina ha ido llevando el texto, por partes, al telégrafo. El alma se me había caído a los pies al tener que recurrir a semejante técnica carcelaria, pero ya antes de haber terminado la crónica me han traído un telegrama «urgente» de Moscú comunicándome que habían recibido la primera parte sin omisiones. ¡Esto significa que pasado mañana por la mañana en *Pravda* ya aparecerá una crónica sobre Asturias!

14 de octubre

Juan Astigarrabía es el secretario general del Partido Comunista de Vasconia. Al mismo tiempo, es el ministro de Transportes en el nuevo gobierno regional. Reservado, poco hablador, nervioso y muy delgado para un vasco. Me ha presentado a Aguirre.

La residencia del jefe del gobierno se encuentra en el antiguo edificio de un banco. La guardia presidencial, también con boinas, si bien rojas, y con escarapelas doradas, presenta armas. El comandante nos conduce solemnemente por la escalinata de mármol.

Pero esta escalinata de mármol está cubierta por dos capas de toscos y pesados sacos de tierra. Se ven sacos a lo largo de un corredor abovedado. Con sacos terreros están defendidas las enormes ventanas. Los cristales de los espejos tienen pegadas en forma de cruz tiras de papel de periódico, para preservarlos de las explosiones.

Han pasado treinta días desde que el Parlamento español aprobó por unanimidad el estatuto vasco, por el que este pueblo ha luchado durante tres cuartos de siglo. La región goza del primer mes de autonomía, pero no hay tiempo para disfrutarlo.

Después de haber recibido en Madrid el documento oficial de su independencia, los vascos tuvieron que defenderla inmediatamente con las armas en la mano. Los fascistas respondieron a la concesión

del estatuto con un implacable bombardeo de Bilbao. Por sus resultados, éste ha sido el bombardeo aéreo más efectivo de una ciudad de la retaguardia entre todos los conocidos hasta hoy. Durante una sola incursión, fueron muertas doscientas veinte personas, hombres, mujeres y niños. Una bomba de trescientos kilos destrozó las cinco plantas superiores de un gran edificio. En otras casas quedaron destruidos dos y tres pisos superiores. Esta vez los aviadores alemanes y los Junkers no tuvieron nada que ver con el bombardeo; éste corrió a cargo de los italianos con sus aparatos Caproni. Desde entonces, la población de Bilbao no conoce el descanso, día y noche, desde detrás de los sacos terreros y de las ventanas con tiras de papel pegadas en cruz, espera la señal para bajar a los sótanos y aguardar el nuevo ataque aéreo.

El presidente Aguirre es joven, elegante, amable. Por su aspecto parece un artista, pero su especialidad es la producción de chocolate. Creo que es así. En su partido —partido burgués de los nacionalistas vascos— es considerado como de extrema izquierda. Sobre la mesa tiene un pequeño crucifijo de marfil; Aguirre es un católico convencido, como es católico todo su partido. Y con el mismo convencimiento y no menos dureza habla del papel destructor y letal del fascismo, que está en contradicción con el humanismo cristiano suyo y de sus amigos.

Aguirre describe las atrocidades de los facciosos en San Sebastián; habla de la ayuda extranjera que reciben los reaccionarios, sobre todo del Vaticano; está entusiasmado con la nota soviética al comité de no intervención de Londres.

—Lo que más nos admira de esta nota es la firmeza de tono y la plenitud de voz de la democracia soviética. Ésta es la única manera de hablar con los perturbadores fascistas de la paz. Es muy lamentable que la timidez del tono empleado por otros Estados democráticos ha comenzado a habituar a los gobiernos fascistas al sentido de irresponsabilidad y a la impunidad completa de cualquiera de sus actos.

Astigarrabía está presente en nuestra conversación y asiente con la cabeza. Resulta insólito ver sentados en torno a una misma mesa a un católico creyente, nacionalista, y a un ateo, marxista, obrero. La amenaza de la peste fascista ha de ser espantosa para inducirlos a que se unan.

Pese a la enorme diferencia de criterio de los partidos políticos, la coalición se ha realizado, existe y no tiene un carácter defensivo, sino

un carácter ofensivo contra los fascistas. Pero no ha sido fácil lograrlo. Los nacionalistas vascos constituyen el flanco más derechista del frente contra el fascismo. Están unidos por numerosos lazos con el gran capital industrial y financiero del lugar. Las ideas religiosas y el nexo con el clero los aproxima a los reaccionarios clericales de la Navarra vecina y facciosa, la Vendée española.

Estuvieron dudando, pero acabaron eligiendo el Frente Popular. Desde luego, aquí hay muchas fuerzas que les son hostiles: comunistas, socialistas. Pero la cuestión la decidió la propia vida; la economía y las inclinaciones políticas de la población dictaron la actitud que se debía tomar. Los agrarios de Navarra y de Andalucía se proponían alcanzar una expansión exterior para exportar los productos agrícolas. El partido católico de Gil Robles pugnaba por la centralización económica de España al estilo del Tercer Reich hitleriano. Todo esto frustraba los planes de autonomía administrativa de Vizcaya; su poderosa industria pesada cuenta casi por entero con el mercado interior de España. En torno a Bilbao hay grandes minas de hierro, fábricas siderometalúrgicas, químicas, de vulcanización y construcción de maquinaria.

Entre los trabajadores hay muchos católicos adheridos al partido de los nacionalistas. Su sentido de clase los ha orientado certeramente contra el fascismo. Si la dirección del partido nacionalista no se hubiera unido al campo antifascista, su parte obrera se habría indignado y el partido se habría quedado sin una base de masas. Y, al fin, ¿no había sido de manos de las Cortes antifascistas, del Parlamento del Frente Popular de quienes habían recibido los vascos su autonomía? Franco la negaba, exigía una España «única e indivisible». La elección se hizo, pese a lo que esperaba la reacción, a despecho de las exhortaciones y de las intrigas del Vaticano.

15 de octubre

Desde luego, el complicado entretejido político dificulta en alto grado la labor de defensa del gobierno local. Los partidos se observan recelosos; el cumplimiento de las órdenes y disposiciones que emanan del miembro de un partido es frenado cautelosamente por otro parti-

do, mientras no han llegado a comprenderlas con claridad. En tiempo de guerra, esto, a veces, equivale a la muerte.

Ésta es la causa de que haya aquí mucha desorganización. Existe una aguda falta de pan, azúcar, carbón para las fábricas, cerillas. Se han puesto en circulación mecheros de fabricación casera, de gasolina y pedernal. ¡El pedernal y el eslabón, lo que entre nosotros se hizo común después de año y medio de guerra civil, se usa aquí, en Bilbao, a pocas horas de viaje de Francia, al cuarto mes de lucha! Verdad es que el gobierno de Vizcaya no dispone de divisas y los países contendientes prefieren ahora entregarles mercancías contra pago al contado; incluso por cinco mil abrigos que la Confederación General del Trabajo facilitó magnánimamente a los vascos hubo que pagar con dinero del escuálido bolso de la región. Sin embargo forman parte de la coalición gubernamental comerciantes e industriales poderosísimos y de extraordinaria experiencia. ¡No se trata de un doctor en ciencias químicas como Giral o de un albañil como Uribe! Las autoridades vascas poseen un sinfín de relaciones comerciales con el extranjero, reservas de divisas, el potente Banco de Bilbao, dedicado al comercio exterior, con grandes sucursales en Francia, Inglaterra y América. Cada tres o cuatro días, del puerto de Bilbao zarpan barcos con mineral de hierro hacia Inglaterra, en cumplimiento de viejos contratos. ¿Por qué regresan vacíos, sin trigo ni harina, sin azúcar, sin ropa de abrigo? Hasta ahora no se ha organizado el transporte de carbón de Asturias por ferrocarril.

Visitamos el puerto —enorme ensenada, dársena, astilleros, decenas de barcos y centenares de pequeñas embarcaciones de pesca fondeadas—; las embarcaciones llenan todo el Nervión, hasta su desembocadura en el mar; todas están paradas, temen a los cruceros fascistas que, al parecer, navegan a lo largo de la costa.

Cruzamos Portugalete, viejo barrio de pescadores, y llegamos hasta Las Arenas, lugar de veraneo marítimo de Bilbao. De súbito, en medio de una calle, una enorme bandera blanca con una inscripción: «Zona internacional.»

Más allá de la bandera, una playa y un gran barrio de lujosas casas de recreo con garajes y toda clase de servicios. Gran surtido de banderas de todos colores, hasta de los países más exóticos. En cada casa de recreo y en la playa, a pesar de no hallarnos ni mucho menos en la estación de los baños, se ve gran animación, numerosa gente, rebaños enteros de automóviles sobre la hierba verde.

Las paredes de las casas y de las empalizadas aún están adornadas con insolentes carteles fascistas. Y los ingenuos mozos con fusil, la guardia de la zona internacional, no se deciden a arrancar esa porquería. El mando les ha ordenado mantener con todo rigor la intangibilidad del barrio neutral. El mando nada ha dicho acerca de la entrada en dicho barrio, y la salida de coches y camiones, acerca de lo que contienen, acerca de personas y cosas.

16 de octubre

En un viejo monasterio de capuchinos se ha instalado el cuartel de las milicias comunistas. Los capuchinos no se oponen, han declarado que están de acuerdo teniendo en cuenta las necesidades de la guerra. Los milicianos, por su parte, después de haber organizado un dormitorio para quinientas personas en la iglesia principal del monasterio han dejado en su sitio, sin tocar en lo más mínimo, todas las estatuas, lámparas, flores y velas. Únicamente a los pies de mármol de una Madona algún diligente soldado ha colocado un letrero que dice: «¡Muerte a los fascistas!»

Los batallones comunistas de la milicia popular desempeñan aquí aproximadamente el mismo papel que el Quinto Regimiento en el frente central. Son reconocidos como batallones modelo por su disciplina, por su capacidad militar y por su intervención en los combates. Aquí se encuentran algunas unidades evacuadas de las inmediaciones de Irún, donde lucharon con una tenacidad y un heroísmo ejemplares. Los «capuchinos» —como los llaman, en broma, por el nombre de su cuartel general— gozan de buena reputación lo que, en parte, es un mal: a los combatientes recién instruidos se los llevan a los distintos sectores por compañías y a veces hasta por secciones. Esto fortalece el sector, pero impide que se constituya un regimiento entero de alta y homogénea cualidad. Se repite aquí lo que ha ocurrido con el Quinto Regimiento de Madrid.

Pero —es necesario hacer honor a la verdad— los combatientes vascos son mucho más organizados y mucho más tenaces que los otros. Son, como los asturianos, mucho menos impresionables que los castellanos y los andaluces, no se entregan tan rápidamente al

desaliento ni al despreocupado entusiasmo, no son tan sensibles a las inclemencias del tiempo, son más sosegados y sufridos. ¡Qué pueblo más singular, más original! Ha llevado una vida aparte y ha conservado su antigua cultura, comenzando con su lengua peculiar, emparentada sólo con la de los abjasios y armenios. Los obreros vascos tienen en mucha estima su nacionalidad y esto ha hecho religiosos a muchos de ellos, pues en su modo de ver las cosas, la Iglesia vasca se halla estrechamente vinculada a la cultura nacional, a las peculiaridades éticas, a los usos y costumbres del país. Los obreros católicos ingresan ahora en el Partido Comunista porque éste, rectificando sus antiguos errores, apoya el sentimiento nacional de los vascos contra el españolismo de gran potencia de la altanera nobleza...

El sector del frente más próximo se encuentra sólo a ochenta kilómetros de aquí. Pero el frente está en calma, no pasa nada —lluvia, nieblas—. Mejor es volver cuanto antes a Madrid. Las noticias que de allí llegan son bastante malas. Karmen, el pobre, ha caído enfermo y se encuentra abatido; guarda cama con fiebre; el tiempo es tan desastroso que no puede filmar nada.

De nuevo, hasta bien entrada la noche, he estado dibujando los infantiles trazos de las letras de imprenta para telégrafos. Luego, aprovechando la oscuridad, nos hemos trasladado a Santander; quizá encontremos avión.

17 de octubre

Hemos tenido una suerte extraordinaria. Precisamente hoy, precisamente dos horas después de nuestra llegada a Santander, ha emprendido el vuelo hacia Madrid un Douglas. El aparato estaba aquí inmovilizado por el mal tiempo desde el 7 de octubre. La correspondencia que habíamos dejado ahí al pasar procedentes de Gijón, ahí estaba.

Otra vez en el avión había sólo un pasajero: el ex gobernador civil de Bilbao, cargo abolido por la formación del gobierno autónomo.

Esta vez hemos volado más a la izquierda, formando un arco hacia el este, por delante de Vitoria y Soria, a través de Guadalajara. Tan

sólo en un lugar, no lejos de Sigüenza, apareció a lo lejos un caza. Pero ya estábamos llegando al término de nuestro viaje.

Cuando entré en el Comité Central, comenzaron literalmente a dejarme sin aliento entre abrazos. Pedro Checa, el más reservado de todos, exclamó: «¡Una alegría semejante no nos la esperábamos!» Esto ya era excesivo... Pero cuando José Díaz, brillantes los ojos, añadió: «Nada nos da miedo en el mundo», comprendí que aquella alegría no se debía ni mucho menos a mi llegada.

Resulta que ayer se recibió de Moscú un telegrama a nombre de José Díaz en respuesta al saludo del Comité Central del Partido Comunista de España.

He aquí el telegrama: «Al Comité Central del Partido Comunista de España. Camarada José Díaz: Los trabajadores de la Unión Soviética se limitan a cumplir su deber al prestar ayuda en la medida de sus posibilidades a las masas revolucionarias de España. Se dan perfecta cuenta de que la liberación de España del yugo de los reaccionarios fascistas no es una causa privada de los españoles sino una causa común a toda la humanidad avanzada y progresiva. ¡Fraternal saludo! I. Stalin.»

Ayer por la noche ya se publicó en *Mundo Obrero*. Hoy, por la mañana, aparece en todos los periódicos de Madrid. El telegrama ha producido una impresión enorme. Llegan felicitaciones a la dirección del Partido.

Los miembros del Comité Central responden que el telegrama, tanto por su contenido como por su sentido, va dirigido a todo el pueblo español, a todos los luchadores contra el fascismo.

Es difícil imaginarse otro momento en que el pueblo, el gobierno y las tropas estuvieran tan necesitados como ahora de esas alentadoras palabras. La atmósfera se había enrarecido no tanto por los reveses militares cuanto por las noticias que llegaban del extranjero, que reflejaban el aislamiento casi completo de la España republicana.

El pueblo se sentía profundamente solo y ello le entristecía, le llenaba de amargura.

Y en ese momento llegan unas palabras firmes, alentadoras y fraternales...

He pasado el resto del día recorriendo la ciudad, he visitado fábricas, el Quinto Regimiento, la Alianza de los escritores, a los anarquistas, los sindicatos socialistas. El telegrama de Moscú es el tema general de conversación, en todas partes se redactan telegramas de respuesta, cartas, resoluciones y saludos de agradecimiento.

Yo mismo, al pasar por las inquietas calles de Madrid, me he sentido aún más ligado a la lucha de este pueblo, he percibido en mí una gota de esa oleada de simpatía, solidaridad y apoyo que ha llegado hasta aquí de lejos, desde mi propio pueblo.

... Por resolución del gobierno y orden del ministro de la Guerra se ha creado el cuerpo de comisarios del ejército, con un comisariado de guerra en cabeza. El comisario general es Julio Álvarez del Vayo. Los vicecomisarios son Crescenciano Bilbao (socialista), Antonio Mije (comunista), Angel Pestaña (sindicalista), Roldán (anarquista) y Pretel (socialista, segundo secretario de la Unión General de Trabajadores).

Objetivo del comisariado: «Establecer un control de carácter político-social sobre los soldados, milicianos y otras fuerzas armadas al servicio de la República, hacer eficiente la coordinación entre el mando militar y las masas combatientes a fin de utilizar mejor las posibilidades de las fuerzas citadas» (primer punto de la orden de Largo Caballero).

«El ministro de la Guerra en cualquier momento puede dar las instrucciones que estime oportunas al Comisariado General y a todos los comisarios» (punto sexto).

Han sido nombrados unos doscientos comisarios de batallones y brigadas.

18 de octubre

He aquí el aspecto que ofrece el estreno de un nuevo film en octubre de 1936 en Madrid.

Sobre el frontispicio del Capitol, una inscripción luminosa que dice: «Ministerio de Instrucción Pública, sección de propaganda cultural.» Ante la puerta no hay quien pase, ni a pie ni en coche. Entre la tupida muchedumbre han quedado inmovilizados decenas de automóviles. En los postes de las farolas acaban de fijar llamativos carteles. De vez en cuando, la música toca unos compases, los gritos de saludo y los aplausos avanzan como en reguero por la plaza del Callao. La muchedumbre se aparta, abre paso a los miembros del gobierno, a los líderes de los partidos republicanos, a los diputados más populares.

—¡Viva Azaña! ¡Viva Prieto! ¡Viva Dolores! ¡Viva Rusia!...

El joven ministro de Instrucción Pública, en calidad de anfitrión, recibe a los huéspedes en el vestíbulo. El Ministerio de Instrucción Pública también ha tomado sobre sí el trabajo político y de enseñanza en el frente y en la retaguardia.

En un vestíbulo pequeño, detrás del palco de honor, Manuel Azaña conversa brevemente con Giral y con el ministro vasco Irujo. Luego guarda silencio y se sume en sus pensamientos.

Estos meses le han envejecido sensiblemente. Los rasgos de su cara redonda, blanda, que recuerda un poco el rostro de una dama, se le han hecho más graves y agudos. Antimilitarista, el pasar a ser el primer ministro de la Guerra de la República, redujo el ejército, y con su famoso decreto dejó en situación de retirados a ocho mil oficiales. Desde el exterior, razonaba Azaña, nadie amenaza al país. En el interior de España, la inmensa langosta de la oficialidad se traga el presupuesto del Estado y, al mismo tiempo, constituye una base permanente para la restauración monárquica. Tenía razón, pero no fue consecuente hasta el fin. La reacción se recuperó a pasos de gigante en la República de abril. Azaña y sus amigos, arrojados del poder, reorganizaron su partido y se aproximaron a la pequeña burguesía urbana, al campesinado medio. Pero ahora, los problemas de la guerra y de la paz han tomado un nuevo giro en España.

El presidente y los ministros entran en el palco. El enorme anfiteatro les tributa una ovación.

La luz se apaga poco a poco, una orquesta sinfónica toca un melancólico preludio. Luego la cortina se separa y flotan lentamente las primeras escenas del film. El Ministerio de Instrucción Pública ha dedicado esta película a la memoria de los marinos españoles caídos en defensa de la patria y de la República. En el film se ven marinos. Pero el mar y el paisaje no son españoles. Una barca motora lleva, rauda, a un hombre de cabello gris desde el paseo marítimo de la capital hacia el severo y dilatado espacio del mar Báltico. ¿Cómo le van a recibir allí, en la isla fortaleza, la partida de marineros revolucionarios, pero todavía sin organizar?

Malos vientos otoñales soplan sobre el Báltico. Bandadas de aves rapaces acuden dispuestas a clavar sus garras en la gran ciudad que a ellos les parece moribunda. Es necesario reunir todas las fuerzas para defenderla, llevar la lucha a todos los combatientes, hasta el último hombre. Pero no es tan fácil hacerlo. Los combatientes han olvidado lo que es disciplina, se quejan de las dificultades, alborotan, se divierten.

Unos marinos medio golfos asedian a una joven y triste mujer, la llaman con todo descaro:

—¡Señorita!...

Unos soldados rojos liberan a la mujer de aquellos importunos. Esto provoca en un relajado marino anarquista profunda irritación contra la modesta y disciplinada infantería.

El comisario penetra audazmente entre el grupo de marinos. Convierte aquella masa sin forma, turbulenta, pero con sentido revolucionario y de clase, en un destacamento de combate que lucha valientemente contra los blancos. El relajado y desorganizador de unos días antes participa en esta lucha y en ella se regenera... He aquí a los fascistas rusos que cercan a los marinos por dos partes. He aquí la estremecedora escena de la ejecución... En Madrid se ve el film de Vishnievski por primera vez. ¡Y cómo lo miran!

Se percibe cómo la sala sigue el drama de Kronstadt. Se ve en la penumbra cómo lo vive. A mi lado, los ojos abiertos a más no poder de la juventud en lucha; por encima de la baranda del palco, el atento perfil del presidente. Pero ¿dónde está el ministro de la Guerra, dónde están los demás? Alguien sale silenciosamente del salón y vuelve agitado.

—Malas noticias. ¡Ha caído Illescas! Las tropas siguen retrocediendo. Al parecer, ha caído Seseña.

Un espectador, sentado a la vera, pregunta sin apartar los ojos de la pantalla:

—Decidme, ¿a cuántos kilómetros están ellos?

—¿Quiénes son «ellos»? ¿Yudénich o Franco?

—¿A cuántos kilómetros de qué: de Madrid o de Petrogrado?

El frente ya había llegado hasta aquí, hasta Madrid; luego lo hicieron retroceder cincuenta kilómetros y se ha mantenido firmemente durante tres meses, lo siguen manteniendo ahora. Al mismo tiempo, el ejército fascista, por el suroeste, en un mes ha avanzado trescientos kilómetros. Está llamando a las puertas de la ciudad.

La aviación de los intervencionistas cubre de bombas las unidades republicanas, las riega con lluvia de ametralladora, las quema, las fulmina con artillería pesada. Es necesaria una inmensa cohesión, disciplina, audacia, audacia desesperada, una audacia como la de esos marinos de Kronstadt y esos proletarios petersburgueses. ¿Será suficiente la del pueblo de Madrid?

La faz de la milicia popular cambia de día en día. Un poco más y

ésta constará de unidades firmes, magníficas. Pero ¿no es ya tarde? ¿No estará ya perdida la capital?

La gente busca la respuesta en la pantalla. Acoge con una ovación cada éxito de los rojos, con un penoso silencio cada nuevo avance de los guardias blancos. Oigo en la sala llantos y a continuación el estallido de la alegría triunfante, victoriosa.

No sabemos todavía cuál será el destino de Madrid. Pero conocemos el final del espléndido film acerca de los marinos de Kronstadt. Nadie ayudó al pueblo soviético en su lucha a muerte contra la burguesía rusa y mundial. Se ayudó a sí mismo: los marinos rojos ayudaron a la infantería roja; los comunistas, a los sin partido; la ciudad, al campo; el norte, al sur; Donbass, a Tsaritsin; Tsaritsin, a Moscú. Y aquí, ahora, cuando rodeado por una neutralidad fría y hostil el pueblo español defiende su vida y su libertad, cuando únicamente un pueblo hermano apoya desde lejos sus fuerzas morales y físicas, sólo una cosa puede salvarle y le salvará: la cohesión, la organización de sí mismo, y, sobre todo —esto es lo más importante— la fe en sus propias fuerzas. Así ocurrirá, más tarde o más temprano, cualquiera que sea el destino de Madrid...

La luz, brillante, alumbra todo el local. Gritos de «¡Viva Rusia!» se mezclan con la majestuosa melodía de la *Internacional* y del himno republicano de España.

20 de octubre

La línea del frente, desde un punto de vista formal, pasa a treinta y tres kilómetros de la ciudad. Pero al bajar por la escalera del Ministerio de la Guerra, Miguel oye el presuroso tableteo de las ametralladoras y el sonido especial de los antiaéreos —como si rasgaran, como si desgarraran inmensos trozos de tela—. Los aviones enemigos han madrugado para hacer su visita. Arrojan bombas y octavillas dirigidas a la población:

«¡Madrid está cercado, toda resistencia es inútil, contribuid a que la ciudad se rinda! De otro modo, la aviación nacional os barrerá de la faz de la tierra.»

Miguel lleva en el bolsillo los últimos radios captados al enemigo:

«Salamanca desde León. 19 /X 24 jefe aeródromo al general en jefe de fuerzas del aire. Recibidos... 4, Junkers, 6; w, Fokker, 2, Dragon, 1; Heinkel, 6; también Heinkel, 30. Municiones 16 955, bombas A 379, B 230. De 100 había 15. De 10 con uno, 61; de 10 con cinco, 6; de 5 con cinco, 55. De 4-186. Carburante A 36 939, V 4532 M (300) E (FT 800) G (28317) Y (243) X (1903). Atlántico (115).»

Otro radio interceptado:

«Salamanca desde Sevilla. 19/X 18/20 al general en jefe de fuerzas del aire, el jefe de la segunda escuadrilla. Recibidos: Junkers de transporte, 3; Savoya, 2; han volado uno y tres de reconocimiento Heinkel; una avioneta para enlace, una de estafeta.»

He aquí un tercer radio interceptado:

«Recibidos y tenemos 3 de 6. De iluminación, 50. Incendiarias, 295. Explosivas italianas 12 397. De 50 kilos, 34. De... kilos explosivas, 853. De 2 kilos explosivas, 5951. De 20 kilos incendiarias, 302. Alemanas de 10 kilos, 172; de 50 kilos, 107. De 250 kilos, 139. De 500 kilos, 9. Incendiarias, 17.»

Ésta es la «aviación nacional» de Franco... Se le enfrenta un puñado de aviones gubernamentales acribillados, arañados, cuatro veces reparados. Estos aviones vuelan de sector en sector, pero, naturalmente, no pueden acudir a todas partes. Cuando aparece un avión republicano, le rodean al instante cinco, seis, ocho cazas alemanes y le muerden con el fuego de las ametralladoras desde arriba, desde abajo y desde los costados, desde todos los ángulos de ataque.

Miguel va a la carretera de Toledo. Se están terminando varias líneas de zanjas y trincheras. En los valles pacen lentamente rebaños de ovejas.

A veinte kilómetros de la ciudad, espaciados estallidos de las baterías gubernamentales. Disparan contra Illescas, ocupada por los fascistas.

Hoy el fuego es más centrado, pero es escaso, flojo. El enemigo contesta con moderación.

Unos kilómetros más y el panorama cambia, la carretera está batida por la metralla. Ha sido necesario dejar el coche junto a unos arbustos al pie de un talud.

Los combatientes han aprendido ya a atrincherarse poco a poco, se abren pequeños hoyos. En general, el combatiente empieza a ser otro. Ha desaparecido la frívola jactancia y el alarde de las armas. Han dejado de adornar los fusiles con cintitas de seda; en cambio, se ha

comenzado a limpiarlos. Los brillantes automóviles rojinegros, después de haberse encontrado bajo los aviones, han sido humildemente repintados de color caqui. A medida que la lucha se agudiza, se van viendo menos los chillones adornos superfluos susceptibles de enternecer a los escritorzuelos poco exigentes que convierten la guerra en un espectáculo dramático. Que pase un poco más de tiempo y en los campos de batalla surgirá otra fuerza armada, de nueva calidad, reeducada, plena de valentía.

Por ahora los soldados siguen aún colocándose demasiado juntos. Desean mantenerse cerca unos de otros. No existe aún la independencia, la seguridad en sí mismo del combatiente solo, a treinta o cuarenta metros de su camarada. El estar tan juntos eleva en alto grado las pérdidas ocasionadas por las armas de fuego.

¡Fuego! Palabra sencilla, antiquísima. En tiempos de paz, habla de la estancia tibia, de la comida caliente, del calzado que el viandante ha puesto a secar. Casi desde los primeros tiempos de la existencia del hombre, el fuego le ha servido para defenderse del frío, de la humedad, para sentirse alegre, para conservar y aumentar sus fuerzas vitales. No en vano los hombres adoraban el fuego. De todas las formas de paganismo, la adoración del fuego ha constituido la más alta expresión de los instintos orgánicos del ser humano.

En la guerra, para conservar las formas, se llama fuego a la muerte. Tres Estados fascistas, valiéndose de un ejército profesional, vierten con fuego de combate, decenas de millones de unidades mortales sobre los jóvenes regimientos de la milicia popular, surgidos ayer. Los combatientes están echados en hoyos ante Illescas; ahí están sin moverse desde hace dos días, bajo el fuego del enemigo, bajo un fuego que es a veces de mediana intensidad, a veces, fuerte, a veces huracanado o moderado, como hoy. Ya han salido del cascarón, se acostumbran al fuego.

¡Fuego! Un oficial de carrera del ejército alemán, alto, enjuto, anguloso, con gafas, está sentado sobre la hierba al lado de Miguel, anota en un cuadernito las explosiones de las granadas, calcula la posible potencia del fuego. Algunos shrapnels silban muy bajo, encima de la cabeza; los combatientes, sin querer, se encogen de hombros. El oficial se ríe, para infundir ánimos:

—¡En la guerra mundial era más duro!

Este oficial no figura ahora en las listas de la Reichswehr, figura en otras listas. Por sus méritos de guerra ante la patria, el imperio ale-

mán le concedió como premio tres años de sufrimientos y torturas en un campo de concentración.

Apenas rehecho de los tres años de cautiverio fascista, el antifascista alemán se ha apresurado a acudir a los campos de Castilla, surcados por los obuses, bajo el fuego de los aparatos de bombardeo y de caza alemanes. Además escribe, aquí, un manual para los soldados, el abecé de la táctica militar.

¡Fuego! ¡Fuego! Los asesinos fascistas de tres países vierten un abrasador aguacero de muerte sobre la pacífica tierra española. Arden en deseos de penetrar en la capital. El pueblo aprieta en sus manos cada vez con más fuerza sus pobres armas, cada vez se lanza con más audacia a la lucha. Pero el círculo de fuego se va estrechando más y más. ¿Qué será de Madrid? ¿El Verdún español? ¿O compartirá la suerte gloriosa y trágica de la Comuna de París?

21 de octubre

A primera hora de la mañana, frente al gran edificio del Ministerio de Agricultura, se forma una cola. La cola sale de una puerta enorme, se extiende por la acera, tuerce por una esquina y allí termina casi como en forma de campamento. En la cola se lían pitillos, se come un bocado, se acuna a los pequeñuelos, se leen periódicos, se remienda la ropa y, simplemente, se duerme en la acera, contra la pared. Aquí, hasta han intentado encender hogueras sobre el asfalto.

En esta cola es posible estudiar la etnografía de España. Los duros rasgos de castellanos y aragoneses alternan con la femenina redondez morena de los andaluces. Los fuertes y rechonchos vascos suceden a los huesudos, esbeltos y rubios gallegos. La Extremadura delgada, triste y pobre es la que predomina en esta fila campesina, larga y abigarrada, insólita e inquieta en la avenida de la capital.

En el interior del ministerio, la cola corre por el patio, luego por la escalera y desemboca en una sala de conferencias abarrotada de gente. Ahí los campesinos llenan toda la platea, y los funcionarios del ministerio constituyen algo así como una presidencia o tribunal de exámenes.

A cada uno de los que pasan, lo anotan en un registro y le preguntan de dónde ha venido, qué tenía, cuál es su familia, qué rama de la agricultura conoce bien, qué oficio domina.

Los funcionarios tienen prisa. Interrumpen los locuaces relatos de los refugiados sin mirarles los ojos, abiertos como ruedas de molino, sin escuchar la cantinela de los amargos calvarios de los campesinos. El torrente de infortunios humanos los desconcierta. Han de atender a toda la cola, pero la cola no se acaba, crece cada vez más, no se le ve el fin. Todo un pueblo campesino ha sido arrancado de sus lares, ha sido arrancado con obuses de artillería, con bombas de aviación, con huracanado fuego de ametralladora. Los campesinos descolgaron sus viejas escopetas de dos cañones. Apuntaron cuidadosamente contra los rapaces trimotores que llevaban una cruz negra en la cola. Pero los perdigones de caza nada pueden contra los aparatos de bombardeo del tipo Junker.

Acuden a Madrid a salvarse y a quejarse. Destacamentos de castigo de los terratenientes españoles, fusilamientos en masa, confiscación completa y sin indemnización de toda la cosecha de los campesinos; así se llama ahora el «problema agrario».

En el extranjero escriben, refiriéndose a España, que aquí se ha producido un motín espontáneo de campesinos y braceros dirigido contra todos y contra todo en el mundo. En realidad, se ha producido un motín de terratenientes contra la moderada reforma agraria de la República...

El Ministerio divide en grupos a todos los campesinos evacuados que se registran. A los más conscientes en el aspecto político y con mayor capacidad combativa, se les concede el derecho de ingresar en la milicia popular. El gobierno se encarga de la manutención y cuidado de sus familias. Con otros forman convoyes y los mandan a las provincias de la retaguardia. Ahí ayudan a los campesinos de la localidad en las faenas del campo. A un tercer grupo los destinan como obreros a las fábricas de guerra que se amplían. El cuarto grupo está constituido por los que quedan en la capital para las obras de fortificación. Éstos son pocos; en Madrid bastan los propios obreros de la construcción, y los víveres escasean mucho.

La gente de la cola va pasando por delante de la comisión, reciben en seguida hojas de ruta y vales de comida, para sí y para sus familias. Muchos, en realidad, no estarían en contra de discutir acerca de los destinos que se les asignan. Pero ahí mismo, al lado de la comisión, se encuentra toda la platea, llena de personas que esperan. Al que co-

mienza a discutir le gritan: «¡Todos esperamos, no hay tiempo de discutir!» Él, confuso, menea la cabeza, confirmando que no hay tiempo para discutir. Pero, apartándose a un lado, encuentra de todos modos a alguno de los funcionarios, en el pasillo, y procura convencerle en voz baja de que sería posible que le mandaran más cerca de su localidad. Sería muy útil en el frente, sobre todo para ir de descubierta, y, lo más importante, sería el primero en entrar en su pueblo... No sabe que de su pueblo no quedan más que tizones e informes montones de piedras.

Mando con más frecuencia telegramas a Moscú, los envío varias veces en el transcurso del día y de la noche —la situación ha comenzado a exigirlo así—. Transmitir por cable a través de Marsella o de Londres se ha hecho difícil y premioso. Trabaja mucho mejor el telégrafo por radio, sobre todo la *Transradio Española*, que enlaza directamente con Moscú.

Sin embargo, ha habido un caso desagradable que he decidido no dejar sin consecuencias. Un telegrama urgente, importante, ha sido retenido seis horas y ha llegado tarde al periódico. Al tener noticia de ello, exigí explicaciones y no satisfecho con las que me daban mandé el siguiente telegrama a *Pravda*: «Mi número doscientos quince ha llegado tarde a consecuencia de un sabotaje en Transradio.» Adjunté, como siempre, la traducción española. La censura dejó pasar el telegrama, pero el jefe, a quien le llevaron una copia desde la sala de aparatos, se puso hecho un basilisco y se quejó al ministro de Comunicaciones. El ministro prohibió la transmisión de este nuevo telegrama, pero ya era tarde, el telegrama ya había llegado a Moscú. Se celebró una reunión de los empleados de Transradio. Examinaron lo ocurrido con mi primer telegrama y comprobaron que el retraso había sido inmotivado, premeditado. Se decidió expulsar del trabajo a dos individuos, culpables de lo ocurrido.

El presidente del comité obrero se ha entrevistado conmigo y en nombre de todos los empleados me ha prometido su concurso total y su ayuda para poder informar a los lectores soviéticos acerca de la lucha del pueblo español.

Hace tiempo que se está preparando el enlace radiotelefónico entre Madrid y Moscú, pero no se sabe cuándo comenzará a trabajar.

He visitado el palacio del duque de Alba en compañía de Andrée Viollis. Cuando se hizo la distribución de los edificios, éste tocó al Partido Comunista. El Comité Central renunció a utilizarlo como oficinas, creó un destacamento de milicianos voluntarios para la guarda de la casa y de sus riquezas artísticas. En el palacio hay valiosísimas telas de Velázquez, Goya, Tiziano y Murillo. Asombra la biblioteca, con antiguos manuscritos, con incunables. Los duques de Alba, vieja dinastía española de conquistadores medievales, de bandidos coloniales, de ladrones titulados, siempre había rivalizado con la familia real; ahí, en esas salas, se fue sedimentando el botín obtenido a lo largo de seculares expoliaciones coloniales —oro, piedras preciosas, maderas exóticas, mosaicos, porcelana china, marfil...—. Gobelinos enormes alcanzan decenas de metros. Se han conservado las andas de los viejos Alba, sus carrozas, sus armas y sillas de montar... Luego llega la decadencia, la degeneración; los bravos corsarios se convierten en propietarios gotosos de caballos de carreras y cuentas corrientes bancarias. Los «primeros Grandes de España» se enlazaron hace cuarenta años con la familia de los lores de Berwick, ingleses, y desde entonces los escudos de los Berwick y de los Alba se entretejen. Siguen las estancias destinadas a vivienda de la última generación —canapés, pequeños pufs, fotografías con marco, doguillos de porcelana, gramófonos, novelitas de bulevar—. Un cuarto de baño vulgarísimo, con aspecto de templo, de mármol negro y dorado. La guardarropía del duque: botitas para montar a caballo, botitas para baile, botitas para ir a la iglesia, botas altas para ir de caza, botitas suaves para la biblioteca, reservas de pasta para los dientes, de polvos, de talco, de betún para los zapatos. El duque vivió aquí hasta el mismo día de la sublevación; ahora está en Londres, ostenta la representación del general Franco, se lamenta de que su palacio ha sido saqueado. Pero el palacio sigue enterito, los obreros lo han conservado todo, hasta el último hurgón, hasta el más pequeño trozo de jabón en el cuarto de baño. Dicen: «Esto es un museo de la historia del capitalismo.» En efecto, aquí se organizan, ahora, visitas —¡qué puede ser más aleccionador para el pueblo español!—. Sólo en las cavas, también intactas, el comité obrero ha tomado la resolución de ofrecer a la noble representante del pueblo francés y al noble representante de nuestro amigo, el pueblo ruso, una botella a cada uno de borgoña del año 1821. Por más que hemos renunciado a tomarla, insistieron en su acuerdo. He cogido esta valiosísima botella y he prometido destaparla a la salud de los obreros españoles con motivo de la primera victoria.

23 de octubre

El contraataque de los republicanos sobre Illescas no ha tenido éxito. Ha sido concebido e iniciado con bastante corrección, mediante tres columnas —de frente y desde los flancos—. Las columnas estaban dirigidas por buenos comandantes. Los combatientes han luchado con arrojo, han llegado al cuerpo a cuerpo incluso con los moros y han matado a no pocos de ellos. Illescas se encontraba casi en manos de las unidades que mandaba el mayor Rojo. Pero a combatientes y comandantes les ha faltado dominio de sí mismos. Por otra parte, el fuego del enemigo, de artillería, de ametralladora y de aviación, ha sido arrollador... De todos modos esta operación es consoladora, ofrece síntomas de que se ha producido cierto cambio radical en las tropas.

Pero ayer, avanzando por la carretera de Extremadura, los facciosos tomaron Navalcarnero, importante nudo de comunicaciones, Quijorna y Brunete. Tienen prisa. ¡Si ese cambio se hubiera producido un mes antes! Con unidades como las que se han batido junto a Illescas, bien que mal se habría podido contener al enemigo ante Toledo.

Miguel recorre los sectores de lucha, traba conocimiento con los comisarios, con los delegados políticos, conversa con los combatientes. Por la noche escribe folletos de divulgación acerca del trabajo político, sobre táctica, sobre defensa antiaérea.

Todos los días a dieciocho horas, en torno a una mesa redonda de mármol, se reúnen Del Vayo, sus cinco vicecomisarios, Miguel y otros dos comisarios. Se informa y se dan a conocer los episodios del día transcurrido, se toman resoluciones acerca del día siguiente. Al otro lado del rellano está la residencia de Caballero. Allí acude Del Vayo para ponerse de acuerdo con el presidente del consejo y ministro de la Guerra.

Este sistema es poco apropiado; las secciones dirigidas por los vicecomisarios trabajan casi todo el día en el vacío; las directrices dadas el día anterior por la tarde envejecen a pasos de gigante debido al cambio rapidísimo y catastrófico de la situación, y sólo a las dieciocho horas pueden recibirse nuevas directrices. El propio Del Vayo está ocupado de día en su Ministerio de Relaciones Exteriores y en los despachos de quienes le sustituyen para cumplir toda clase de encargos de partido.

Los organismos del comisariado aún trabajan a tientas, sin experiencia; por de pronto toman en consideración todas las ideas, proposiciones y proyectos que les sugieren, pero no están en condiciones de digerirlos.

Los propios comisarios no saben todavía de qué ocuparse primero. Unos sólo controlan al jefe militar, sin interesarse por la unidad; otros, al contrario, se pasan todo el tiempo entre los combatientes, pero casi desconocen a su jefe, y ambos evitan encontrarse. Unos se consagran a la labor de instrucción, a los periódicos, octavillas y libros, sin ocuparse de la vida militar de la unidad; otros se han concentrado en el avituallamiento, en las preocupaciones de la intendencia; los hay también que empuñan el fusil como los demás combatientes, considerando que su ejemplo personal como soldados es por completo suficiente para cumplir sus obligaciones como comisarios. Todo esto de por sí no está mal, pero por ahora son muy pocos los que logran combinar en su labor todas las funciones del comisario.

Los comisarios de las unidades del frente central tienen una mala costumbre: acudir todos los días a la ciudad para informar al comisariado; aquí se pasan dos o tres horas. Hoy se les ha prohibido hacerlo; la recogida de los informes, personales y escritos, corre a cargo de los inspectores, que visitan el frente: los comisarios no tienen derecho a ausentarse de sus unidades sin que se les llame.

Después de larga resistencia, de dilaciones burocráticas y vacilaciones, el Ministerio de la Guerra ha aceptado las bases de organización de tropas regulares tal como ha propuesto el Quinto Regimiento. Se ha establecido como unidad militar la brigada mixta compuesta de tres o cuatro batallones, con un destacamento de descubierta, una compañía de zapadores, una sección de comunicaciones, un destacamento de transporte y tres baterías de artillería. El batallón consta de una compañía de ametralladoras y tres de tiradores. Los efectivos de la brigada han de ser 3 000 hombres, 12 cañones, 2 500 fusiles y 60 ametralladoras.

Desde luego, esta composición de la brigada sólo existe por de pronto en el papel. Pero su formación ha comenzado; las heterogéneas columnas, compuestas de retazos, se van transformando en briga-

das. Quien efectúa este cambio con más éxito es Líster; su brigada pronto será una realidad. De momento, al frente se mandarán en total seis brigadas. Pero carecen aún de cañones y de transporte. Largo Caballero y quienes le rodean actúan con una monstruosa e incomprensible lentitud en la creación de reservas.

Se habla muy mal del general Asensio, comandante en jefe del frente central. Todo cuanto este hombre toca se desploma, se hunde, se deshace. Han empezado a llamarle en voz baja «el organizador de las derrotas». ¿Se trata, simplemente, del destino de un hombre convertido en cabeza de turco por los reveses generales? ¿Se trata, quizá, de incapacidad inofensiva? No, Asensio es un hombre muy inteligente, de lúcido juicio, culto. Por sus conocimientos, por el don de hacerse cargo rápidamente de una situación dada y comprenderla, Asensio es, en verdad, una estrella de primera magnitud entre los militares españoles. Largo Caballero está loco por él, defiende a rajatabla, frente a todos los ataques y críticas, a ese hombre tan dudoso.

24 de octubre

El día ha sido relativamente tranquilo. El contraataque en Illescas, de todos modos, ha contenido a los facciosos. ¡Si se les pudiera contener de este modo aunque fuera unas dos semanas, mientras se forma el ejército y llegan las reservas! ¡Si se pudiera! Porque en Albacete algo se está formando; allí se reúnen, de momento por docenas, voluntarios internacionales; serán unidades de choque, con experiencia de la guerra mundial; con ellas se podría iniciar un buen contraataque y alejar de Madrid a la horda fascista. Además, habrá tanques y aviones —a pesar de todo, el gobierno ha logrado comprar unos pocos en el extranjero, ya se están montando, ya se instruye a su personal de combate y técnico—. ¡Estas dos semanitas!

De la ciudad desaparece todo aquel que puede hacerlo. Pero son pocos los que lo logran. Se van de Madrid, valiéndose de todos los medios, buenos y malos, las personas de buena posición, los altos funcionarios. La gente pobre no tiene adónde ir ni en qué ir. Y el caso es que si algo ocurre, es precisamente la cabeza de la gente pobre la que va a saltar.

Los burgueses extranjeros o se han marchado o han pasado de los hoteles a las residencias anejas a las embajadas. No han quedado más que cuatro o cinco corresponsales de prensa.

Cuando llega la noche, la oscuridad de las calles es total; en todas partes piden la documentación; ir en coche sin armas resulta peligroso.

De pronto llega Aragón de París. Ha abandonado todas las ocupaciones, se ha zarandeado por toda España, junto con Gustav Regler y Elsa Triolet, en un autobús para agitación y propaganda que la Asociación Internacional de Escritores ha comprado e instalado para la Alianza española. Hemos cenado en el último restaurante vasco que queda; luego hemos conversado largo rato en mi estancia. Aragón está furioso por la posición que ha adoptado el gobierno de Francia, por la traición de hombres que se denominan demócratas, patriotas, enemigos del fascismo. Ahora, cuando Madrid se halla en peligro, declaran que en efecto, antes habría hecho falta ayudar a los españoles, pero que ahora ya es tarde, ahora de todos modos la partida se ha perdido.

25 de octubre

Los fascistas han agrupado sus fuerzas y hoy se han lanzado de nuevo a una ofensiva decidida por todo el frente en torno a Madrid. Los milicianos se defienden no sin tenacidad, pero el enemigo golpea con el fuego concentrado de la artillería y con tanques.

Al principio, los tanques provocaban un miedo cerval. Ahora los milicianos han empezado a acercárseles, arrastrándose, y a arrojarles granadas de mano. En este sentido ha desempeñado un gran papel la película *Los marinos de Kronstadt*; después de ver este film, los jóvenes comunistas españoles sueñan con repetir la hazaña de los soldados rojos ante Petrogrado e intentan repetirla.

Los comunistas y parte de los socialistas exigen la destitución de Asensio en su calidad de comandante jefe del frente central. A él se atribuye la teoría que en estos últimos días ha comenzado a circular en el Ministerio de la Guerra y en el Estado Mayor: estratégicamente no tiene ningún sentido defender Madrid, aquí puede quedar atasca-

do todo el ejército; es preferible abandonar la capital, retirar los ejércitos al este y allí reagruparlos; completarlos, organizarse y después cercar Madrid y aplastar a Franco.

Se examina en secreto el problema de la evacuación del gobierno y de las instituciones gubernamentales más importantes. Los partidarios de la evacuación sostienen que es preferible llevarla a cabo ahora, con tiempo, que en el último instante, como si fuera una huida. El ministro del Interior, Galarza, sin consultar con nadie, ha publicado en los periódicos una declaración suya afirmando que, pese a los malos rumores, el gobierno no tiene la intención de irse de Madrid y establecerse en otra localidad.

Cada vez son mayores las dificultades con los víveres. Se ha interrumpido la distribución de los productos mandados por la Unión Soviética. Se han retenido como reserva intangible para el caso de que el abastecimiento de la ciudad sufra alguna interrupción.

Es muy peligrosa la situación en lo tocante al abastecimiento del agua. Los depósitos de agua de Madrid se hallan emplazados lejos, en la montaña, en la zona de Lozoya-Buitrago. Si los fascistas logran abrir brecha o pueden disparar con su artillería sobre Lozoya, dejan sin agua a la capital.

Por la noche he ido a despedir a un grupo.

En la densa oscuridad de la noche madrileña, junto al frente, me ha sido muy difícil encontrar la casa que buscaba, con un autobús vacío ante la puerta. Llamo; ojos atentos miran a la luz de un farol, a través de una ventanita de la puerta. Tranquilo jardín de un hotelito aristocrático; en el interior, tras las puertas cerradas, tras cortinas que no dejan escapar ni una rendija de luz, clara iluminación y alborozo, el movimiento que precede a un inmediato viaje.

Cuarenta personas parten de Madrid a altas horas de la noche. No van al frente. No van a Valencia. No van a Barcelona.

Es la delegación que se dirige a Moscú, a las fiestas del 7 de noviembre.

En los años anteriores, las delegaciones del pueblo español también asistían a los festejos de octubre. Lograban partir a costa de largas gestiones y visitas por las oficinas de la policía o a costa de un gran riesgo, pasando ilegalmente la frontera, con pasaporte a otro nombre, con un cambio conspirativo de ruta. Ahora el gobierno de la República ha concedido pasaportes diplomáticos a los obreros y campesinos que van a la Unión Soviética. ¡Se trata de embajadores auténticamente plenipotenciarios! El pueblo los ha elegido en los puestos de trabajo, en el combate, en los talleres y en las trincheras.

Antonio Hierro Muriel, de la provincia de Salamanca, combatiente de la columna de Francisco Galán, del Quinto Regimiento. Herido, ha sido elegido por los heridos del hospital para formar parte de la delegación. Y ésta le ha elegido como su presidente.

Pablo Fernández Amigo, obrero, fundidor de una fábrica de guerra de Madrid, no está en peores condiciones que Hierro Muriel para consolidar la amistad entre los dos pueblos. En su infancia, los chiquillos se burlaban de él preguntándole: «Dinos, ¿de quién eres amigo?» Pablo se desconcertaba al responder y se enojaba. Pero ya a los quince años comenzó a responder firmemente: «Soy amigo de la Unión Soviética. Por ahora nuestro pueblo no tiene otros amigos.»

Tres campesinos españoles —un republicano, un socialista y un comunista— harán una carrera diplomática no menos brillante en la Unión Soviética. Los han elegido en las aldeas inmediatas al frente, a cuatro o cinco kilómetros de la línea de fuego. La elección ha sido premiosa, acompañada de largas discusiones, con un riguroso examen hasta elegir a los mejores. Con uno de ellos, con Alfredo López Sánchez, de la provincia de Toledo, en Rusia habrá que andarse con cuidado. Si se descuidan y le dejan unos momentos en una aldea soviética, luego no habrá manera de encontrarle, de distinguirle: hasta tal punto se parece a un koljosiano ruso —blanquito de piel, pelirrojito, chatito, con gorra...—. Tiene cuarenta y cinco años y lleva una bandera de la aldea de Mazarambroz para el mejor de los koljoses que tenga ocasión de visitar. A menudo llama todavía a la gente «señor», pero rectifica con «camarada».

Desde luego, quienes mayores éxitos van a cosechar van a ser las mujeres.

A Encarnación Sierra la verán como obrera de la fábrica de tabacos, como madre de cinco niños españoles, como combatiente de la columna Burillo y como comisario de la misma.

María Mínguez Pérez hace su viaje a Moscú aprovechando unos días de permiso. ¡Es su primer permiso! Desde el primer día de la guerra civil, María Mínguez se encuentra en las primeras líneas de fuego. En el sector de Buitrago, todas las candidaturas presentadas para el viaje a Moscú quedaron desechadas ante la suya. Los combatientes tributaron una calurosa despedida a María Mínguez. Lo mismo que a la joven comunista Carmen Salvaro, elegida en la columna Victoria.

Amalia Prejara Galbariata no tiene grados, títulos ni profesiones distinguidas. Su único título es el de ser madre de dos españoles que combaten en el frente contra el fascismo. Es más que suficiente...

Ha llegado la hora de la partida. Toman sus maletitas; en ellas, modestos y enternecedores regalos para Moscú.

Sin encender los faros, se suben al autobús. Les dan indicaciones en cuanto al camino a seguir —ahora esto es indispensable—. Hay ya quien se acerca a la carretera de Alicante. Si llega y da con el autobús, esos pasaportes diplomáticos no van a provocar, por decirlo suavemente, la impresión esperada.

¿Protección? Protestan.

—¡Nos protegeremos nosotros mismos no peor que otros!

Últimas palabras de despedida, exclamaciones contenidas, y el autobús desaparece en seguida, se pierde en la oscuridad junto con las personas.

Transcurrirán unos cuantos días, pocos, y estas personas saldrán a la luz, ante enormes muchedumbres alborozadas, entre banderas y luces de fiesta. Verán grandiosas columnas de un pueblo libre y poderoso, su ejército invencible. Verán a Voroshílov correr a caballo ante las divisiones rojas.

Yo estaré lejos. Pero desde lejos, esta vez con ojos españoles, tendré la mirada fija en el gran país del socialismo, en la fiesta de sus victorias, en los huéspedes obreros de todo el mundo, huéspedes de la democracia soviética, y en los cuarenta embajadores del heroico y ensangrentado pueblo español que se encontrarán en la plaza Roja de Moscú.

26 de octubre

La primera línea de defensa de Madrid ha sido rota. Los fascistas se la están comiendo a pedazos. Han cortado la línea del ferrocarril en Ciempozuelos. ¡Si se les pudiera contener aún algunos días y se consolidara la segunda línea de defensa! En ésta sólo acaban de iniciarse las obras de fortificación. La ciudad comienza a atrincherarse, miles de madrileños han empezado a abrir zanjas y a construir reductos.

Albañiles y profesores, escolares y pensionistas de los asilos de ancianos, amas de casa y ministros, han pasado el domingo en los arrabales de la ciudad con la pala en la mano.

Ahí podía verse a José Díaz y a Dolores Ibárruri, a los directores del museo del Prado y a dueños de perfumerías.

Nadie desea ver las jetas de los legionarios, las cicatrices —señal de los duelos celebrados durante su vida estudiantil— de los nazis alemanes por las calles de Madrid. Nadie, excepto los fascistas de la clandestinidad, desea ver al general Franco en el Palacio Nacional.

Ya no es posible evacuar Madrid como es debido. La evacuación de las instituciones según un plan requiere por lo menos algunas semanas. ¡Y la población! El caso es que casi el noventa por ciento de la misma se ha hecho culpable de alguna cosa a los ojos de los fascistas.

Para evitar la monstruosa y sangrienta pesadilla, no hay más remedio que defender Madrid, defenderlo como quien defiende su propio cuerpo. El instinto de autoconservación aumentará las fuerzas y la audacia del pueblo madrileño.

Por fin el general Asensio ha sido retirado del mando del frente central. Pero no ha sido destituido, sino que incluso ha sido elevado en dignidad: Caballero le ha nombrado su sustituto.

Para mandar el frente central, incluido Madrid, se ha nombrado al general Pozas, hombre entrado en años; dicen que muy fiel a la República y al Frente Popular.

A Asensio en todas partes le llaman abiertamente traidor. Y al mismo tiempo, muy en serio, aducen otra versión de sus fracasos y derrotas. No, no es un traidor, se trata de otra cosa. Se trata de complicaciones amorosas. En el momento culminante de la operación ha exagerado la nota en lo tocante al elemento femenino. El caso es que, en general, eso solía serle útil, tonificaba sus facultades, pero ahora, no se puede negar, ha sobrepasado la medida. Así hablan no los camareros de café, sino personas responsables, ¡ministros!

Todos estos días, la ciudad es bombardeada diariamente dos o tres veces. Los madrileños han dejado de echar bravatas y discutir sobre el tamaño de las bombas, pero al mismo tiempo, en cierto modo, se han habituado a la situación. Antes de correr a los refugios antiaéreos, pese al aullido de las sirenas, examinan atentamente las crucecitas negras de los Junkers en el cielo: hacia dónde van, cuál es su dirección.

Al pasar en su «autoplano» por la calle de Alcalá, Dámaso, de

pronto, ha frenado en seco. Ha saludado con la mano a un señor bajito, de agradable aspecto.

—¿Quién es?

—Es Angelillo. El cantante. El dueño de su «autoplano».

Aunque algo confuso, quise trabar conocimiento con él. El famoso tenor resultó ser un hombre amable y correcto, tanto más cuanto que allí cerca le estaba esperando un Packard de doce cilindros. Junto con los dos chóferes nos sentamos a tomar una taza de café, que ya no es natural. Un tropel de muchachas y adolescentes rodearon en seguida a Angelillo, y él, con gesto habitual, sin mirar, empezó a conceder autógrafos —en postales, en servilletas de papel, en pañuelos de seda—. La muchedumbre hablaba y se reía, los milicianos daban palmaditas a Angelillo, le sacudían: «¡Canta!» Las vendedoras de naranjada daban voces en la acera; el contenido de sus botellas se bebía, como siempre, sin vasos: empujaban al interior del envase una bolita de cristal y vaciaban la botella llevándosela directamente a los labios... ¿Es posible que sea ésta una ciudad amenazada por un peligro mortal?

27 de octubre

Algo importante, complejo, cierto proceso hondísimo se está produciendo en las entrañas de la enorme ciudad. Me da vergüenza confesármelo, pero no puedo comprender qué cosa es ésta. No soy español. No sé si, de serlo, lo comprendería, lo captaría. No sé si lo comprenden el gobierno y los dirigentes políticos.

Algo nace y algo muere.

Parece que está muriendo la idea de impotencia y de fatalidad.

Están naciendo, por lo menos entre las capas avanzadas de la masa, la idea y la voluntad de resistencia, de defensa de Madrid, la idea de que Madrid ha de conservarse, ha de ser inviolable.

¿Acaso esta idea y esta voluntad nacen hoy? ¿Acaso no ha existido desde el primer momento esta idea de defender Madrid contra el fascismo? ¿No se ha repetido un millón de veces, acaso, en los periódicos, en los mítines, en el éter, en las enormes telas extendidas sobre las calles: «¡No pasarán!», «¡Conservar Madrid o morir!»?

Pero en estas palabras se percibía un mayor acento en la segunda parte que en la primera.

El sentido de lo trágico, en el español, es extraordinario, es nacional. Los muchachos de seis años cada domingo ven la muerte de seis toros en la plenitud de sus fuerzas y llenos de furor, a veces ven también la del mismo torero. Las funerarias son tiendas de los más lujosas y adornadas. La idea de la muerte, aunque sea de una muerte digna y heroica, pero al fin y al cabo de la muerte, acude con excesiva frecuencia a la cabeza del combatiente español, incluso del que figura entre los materialistas, se adueña de él en exceso, le induce a acciones a veces desesperadas, a veces ingenuas.

Esta psicología sólo puede curarla una larga permanencia en los combates, bajo el fuego. Dicho con más sencillez, sólo puede curarla el hábito de la guerra.

Se están efectuando ahora ciertos cambios moleculares. A mi modo de ver, se trata de grandes cambios. ¿Lo perciben los dirigentes, generales y jefes? ¿No se engañan en cuanto al estado de ánimo del pueblo y de su capacidad combativa? ¿O me engaño yo? ¿Qué ocurrirá si el pueblo, que ya ha madurado para la lucha, se encuentra sin jefes, que han pasado de maduros y se han podrido?

Acompañados por un potente fuego de artillería y aviación, los fascistas todo el día han avanzado por la carretera de Toledo hacia Getafe y por la carretera de Extremadura hacia Leganés. Ayer se adueñaron de Seseña y Torrejón de la Calzada. En el Guadarrama hay tranquilidad. Y en todas partes —en el frente de Aragón, en los del Sur y en los del Norte— reina la calma; todos están pendientes de la suerte de Madrid.

Pasada medianoche, Miguel Martínez salió por la carretera de Valencia y luego viró a la derecha, por una carretera estrecha, hacia Chinchón. Los árboles surgían de la oscuridad como diablos en el brillante círculo de los faros del automóvil. Era terrible pensar que el guía motorista podía estrellarse contra un árbol y que, antes de que pudiera lanzar un grito, el coche iba a rematarle. Mas era imposible reducir la marcha: motorista y chófer formaban un par de endemoniados.

Más allá de Chinchón, en plena llanura, después de haber mirado el reloj, Miguel hizo detener el automóvil y la motocicleta. En torno, a la luz de la luna, la tierra parecía de yeso, ondulada, formaba picos y redondos cráteres volcánicos; crecían, mezquinos, arbustos ásperos y resecas hierbas.

Un cuarto de hora más tarde, a través del sonoro cántico de los grillos, empezó a notarse un zumbido lejano, regular, tranquilo, que fue creciendo poco a poco. El chófer y el motorista se estremecieron. Miguel sonrió. En la carretera apareció una cadena de pequeñas lucecitas. Cada vez más cerca. El zumbido se transformó en estruendo y, al fin, por una cuesta se vio bajar unos tanques. Una compañía. Sólo una compañía.

El automóvil encendió los faros —los tanquistas se detuvieron inmediatamente—. Creían que aquella carretera estaba por completo desierta, no esperaban encontrar a nadie. Varios hombres se adelantaron, hablaron con Miguel Martínez, y sólo después le abrazaron.

La compañía de tanques evitó pasar por el Chinchón dormido, lo dejó a un lado. Pero en otro pequeño pueblo, la gente se despertó, todos salieron a la calle y gritaban llenos de entusiasmo: «¡Viva!»

28 de octubre

Los facciosos hoy vuelven a atacar, pero el general Pozas ha tomado la decisión de contraatacar en las direcciones de Griñón, Seseña y Torrejón de la Calzada.

Del grupo de choque, orientado hacia Seseña, forman parte: la nueva brigada de Líster, recién formada, las unidades de Toledo, que Burillo reunió y reorganizó en Aranjuez, y la columna de Uribarri. A este grupo de choque, le apoyarán también la compañía de tanques, cinco baterías y aviación. Las columnas de Modesto y Mena actúan en los flancos.

La brigada de Líster está aún completamente verde; dos de sus batallones están formados por buenos combatientes del Quinto Regimiento; los demás han pasado por doce días de instrucción y sólo hoy, al atardecer, han recibido fusiles. Burillo está muy animado, confía en que, si los tanques abren brecha, puede dar la vuelta a Illescas y hasta irrumpir en Toledo. Si no entra en la ciudad, por lo menos la hostigará.

A todos les entusiasma la participación de los tanques y de la aviación. Es posible que esto constituya, en efecto, el envite que provoque el cambio, que eleve el espíritu de las tropas.

Miguel ha recorrido todos los batallones, ha hablado con los comandantes, con los comisarios —el estado de ánimo es bueno, sobre todo después de haberse distribuido los fusiles—. A todos se les explica de qué modo la infantería ha de acompañar a los tanques, a una distancia de cincuenta a doscientos metros, no más. Se explica de qué modo hay que conquistar las trincheras y las posiciones del enemigo, después de que los tanques han aplastado los puntos de fuego y la primera línea de defensa.

Los propios tanquistas arden en deseos de entrar en combate. Son jóvenes, sólo algunos de ellos rebasan los treinta años, los demás son mozos de veintiún y veintidós años. Sólo preguntan y vuelven a preguntar «¿Nos seguirá la infantería?» Ninguna otra cosa los inquieta ante su primer combate.

Lo único que infunde grandes recelos es la artillería. La artillería en general, de no poner sumo cuidado en evitarlo, tiende a burocratizarse rápidamente, a atascarse en su propio estatuto, en su reglamento, muy complicados. En los ejércitos de corte antiguo, la sabiduría artillera establece una rigurosísima centralización, un increíble papeleo, priva de todo derecho a los jefes inmediatos de la artillería que de hecho actúa. En el ejército español esto resulta monstruoso. Los objetos a batir se señalan poco menos que con veinticuatro horas de anticipación, a base de los datos del día anterior o de dos días antes. Esos objetos no son objetivos concretos: baterías enemigas, concentraciones de tropas, edificios, ferrocarriles, sino, sobre todo, cuadraditos en el mapa. El mando indica en qué cuadrado se han de efectuar durante el día tantos disparos, y nada más. Para cambiar de objetivo o aunque sea de cuadrado, es necesario ponerse en relación por escrito con el jefe de artillería de todo el sector... Voltaire, artillero francés, está desesperado del orden aquí establecido. Cuenta que hace unos días el jefe de una batería vio a una gran masa de infantería enemiga que atacaba, pero no disparó contra ella, sino que siguió mandando obuses a otra parte. Según la orden recibida, dada la víspera, se suponía que allí se encontraba una batería enemiga. La batería ya no estaba en aquel lugar, pero por más que Voltaire dijo, se continuó disparando en una dirección absurda; el oficial de artillería temía ser sometido poco menos que a un consejo de guerra si no se atenía a la orden.

Se preparó de antemano el texto de la orden que iba a dar el ministro de la Guerra sobre la operación de mañana. He aquí algunos párrafos de su parte final:

«... En su afán de conquistar Madrid, el enemigo ha agotado y extendido sus fuerzas colocándose bajo nuestros golpes. Mientras las fuerzas enemigas se han extendido y agotado, nuestras fuerzas, las fuerzas del Ejército Popular, han crecido y se han organizado. Hemos conseguido buen material de guerra. Poseemos tanques con cañones y ametralladoras, tenemos una aviación excelente y audaz. Ha llegado la hora de asestar al sangriento fascismo un golpe demoledor y aplastarlo ante las puertas de Madrid. Contamos, para ello, con todas las posibilidades, contamos con lo más importante: el amor y la fidelidad de los hijos de la España libre por su patria y por su independencia.»

«... Los tanques y aviones son potentes armas para golpear al enemigo. Pero la suerte del combate, su éxito, lo decide la infantería. ¡Camaradas! El día 29, al amanecer, nuestra artillería y nuestros trenes blindados abrirán un mortífero fuego contra el enemigo. Aparecerá luego nuestra gloriosa aviación que arrojará sobre las viles cabezas del enemigo muchas bombas y lo abatirá con fuego de ametralladora. Saldréis luego vosotros, nuestros valientes tanquistas, y en el punto más débil del enemigo romperéis sus líneas. Después, sin perder minuto, os lanzaréis vosotros, nuestros queridos infantes; avanzad como auténticos patriotas españoles, atacad las unidades del enemigo, ya desmoralizadas y batidas por la artillería, la aviación y los tanques; vosotros las castigaréis y las perseguiréis hasta su aniquilamiento total.»

«... Poseemos material de guerra, tenemos armas, ocupamos una posición táctica favorable. ¿Qué más queremos? ¡Españoles! ¡Arrojémonos contra los alevosos invasores y aniquilémoslos! El que así sea depende de nosotros.»

La orden debía ser leída a las unidades mañana, a las seis y diez minutos de la mañana, al dirigirse las tropas a ocupar las posiciones de partida. Pero a medianoche, al escuchar por radio el parte del Ministerio de la Guerra, Miguel, de pronto, se quedó helado: a continuación del parte, el locutor del ministerio leyó toda la orden, excepto los primeros párrafos donde se indicaban las unidades y los nombres geográficos.

Luego se tocó, como de costumbre, el himno republicano.

Miguel llamó en seguida a la sección de operaciones del Estado Mayor de donde, riéndose, le contestaron que al ministro le había gustado el texto de la orden y había mandado que se diera a conocer.

El texto ha sido dado también a los periódicos de la mañana... ¿Un escándalo?... El interlocutor del Estado Mayor volvió a reírse. En el Estado Mayor hubo objeciones, pero el ministro ha dicho... Al fin y al cabo, el ministro lo ve mejor.

29 de octubre

Son las cinco de la madrugada. Los estados mayores y los jefes trabajan. Nerviosismo, inquietud, agitación. Líster está sentado en la única habitación de una casa de Valdemoro, solo ante una mesita minúscula, en la que apenas cabe el mapa. La habitación está repleta de gente, todos gritan, hay unas discusiones con la artillería; todos se dirigen a Líster, quien escucha a cada individuo y despacio, después de una pausa, responde haciendo un esfuerzo. Está fatigado, extenuado.

¿Se han colocado ya todas las unidades en la posición de partida? Nadie puede decirlo con exactitud.

Son las seis. Las baterías han comenzado a disparar.

Las seis y treinta minutos. Aparece la columna de tanques. Los tanquistas tampoco han dormido, también están un poco nerviosos, pero con mucho ánimo, sonrientes. La infantería los saluda con exclamaciones clamorosas. Los jefes de las torretas con un gracioso gesto de mano invitan a los infantes a que los sigan.

La aviación, no se sabe por qué, se retrasa. Sólo a las seis cuarenta se oyen unas explosiones en dirección a Torrejón, Seseña e Illescas. Los tanques se lanzan al ataque.

Corren por el campo y se acercan al pueblo. Enmudece el fuego algo desordenado del enemigo. Sin encontrar resistencia, la columna rebasa las trincheras y penetra en la calle principal de Seseña. No se comprende por qué no obstaculizan su marcha. Cubren esta parte unidades de la columna fascista del coronel Monasterio.

Pequeña plaza circundada por viejas casas de piedra. Ahí hay soldados, marroquíes, vecinos del pueblo, bastante tranquilos todos.

Un oficial fascista levanta el brazo para detener el tanque que va en cabeza. El jefe del tanque está de pie, silencioso, con medio cuerpo asomando por encima de la torreta. Las dos partes se contemplan.

El fascista pregunta, amable:

—¿Italiano?

El jefe tarda aún unos segundos en contestar, luego desaparece en la torreta, cierra tras de sí la tapa y dispara.

En ese momento, el pueblo se convierte en un hervidero.

Los tanques arremeten contra la muchedumbre, la destrozan con fuego de cañón y de ametralladora, la aplastan con las cadenas. Se oyen los gritos salvajes de los moros, sus balas rebotan sonoras contra el blindaje del tanque.

La columna sigue avanzando, a través de la plaza, siguiendo la calle. Aquí ha quedado embotellado y no puede desenvolverse un escuadrón de caballería mora.

Los caballos se encabritan arrojando a los jinetes moribundos y cayendo ellos mismos unos encima de otros. En pocas decenas de segundos se forma un tupido montón de cuerpos de caballo y de hombres, de feces rojos, de blancos chales árabes de muselina. Los tanques no pueden dispararse unos a otros al occipucio; la máquina del comandante suelta contra ese montón algunos obuses y unas ráfagas de ametralladora, luego trepa sobre la masa viva y avanza aplastándola, oscilando en los baches; tras ella siguen las otras máquinas.

Tres cañones han sido abandonados en la calle, sus servidores han huido llenos de pánico. Los tanques embisten las piezas, las destrozan y aplastan con rechinar de hierros.

¡¿Y más allá?! Más allá se termina la calle. Se ha terminado la aldea. Los tanques le han rebasado en unos veinticinco minutos.

Pero era evidente que las fuerzas en ella acantonadas no habían sido aniquiladas y conservaban su capacidad combativa. Para acabar con la aldea era necesario repetirlo todo desde el comienzo. La columna describe un círculo y entra en Seseña por el mismo camino. Aún no ven a su propia infantería; quizá llegue de un momento a otro.

Ahora se ve con toda claridad lo difícil y lo arriesgado que resulta combatir en estas estrechas callejuelas.

Esto no es la Europa oriental, donde el tanque puede dar la vuelta fácilmente aplastando la valla de un huerto, los pepinos del bancal o incluso pasando a través de una casa de madera. Un poblado español, como por ejemplo éste de Seseña, constituye un tupido laberinto de callejuelas y callejones sin salida, estrechos y retorcidos; cada casa es una vieja fortaleza de piedra con muros de medio metro o de un metro entero de espesor.

Esta segunda vez, el choque se desarrolla con mayor lentitud, es

más complicado y duro. El tiroteo y el estruendo son increíbles. Es muy peligroso quedar embotellado en esta ratonera de piedra.

Y he aquí que a los fascistas se les ha ocurrido subir los cañones restantes a los tejados de las casas y desde allí disparan contra las torretas de los tanques. Esto por poco acaba con las primeras máquinas que han logrado deslizarse sólo gracias al mal tiro de reglaje y al nerviosismo de los fascistas.

Los tanques siguientes disparan al sesgo, por debajo de las cornisas de las casas. Los tejados se hunden, y con ellos se hunden los cañones.

Un nuevo mal: los moros se han hecho con botellas de gasolina y, encendiéndolas, las arrojan envueltas en guata contra los tanques. Esto puede provocar el incendio de los forros de goma, con el peligro de que se encienda todo el tanque.

El combate se desarrolla ahora en varios focos. En lugares distintos, tanques aislados destrozan lo que tienen a su alrededor, disparan contra las posiciones de fuego, apagan los incendios de las propias máquinas saliendo del tanque bajo las balas enemigas.

¡Y esos muchachos suben a los postes, cortan los cables telefónicos! A uno de ellos una bala le alcanzó en el poste. El muchacho se desliza lenta, suavemente; tambaleándose, tapándose con la mano la herida del pecho, cae medio muerto al regresar a la torre.

La columna de nuevo sale a la carretera, más allá de la aldea. Los hombres están algo cansados, algunos sufren quemaduras. Hay heridos. Pero la excitación y el ímpetu no han hecho más que aumentar. ¿Dónde está la infantería? ¿Qué le ha ocurrido? ¡Aún no ha llegado! Bueno, ¡al diablo con ella! Todos se sienten animados por un mismo afán: ya que han penetrado en la retaguardia de los fascistas, hay que destrozar todo lo que sea posible.

Después de un breve descanso, los tanques se dirigen hacia Esquivias. El sol quema, como en pleno verano. Permanecer dentro de los tanques comienza a ser sofocante.

Ya son las diez. A lo lejos aparece una nube de polvo, con los gemelos se ven unos camiones. Es la infantería motorizada de Monasterio que va en socorro de Seseña. ¡Ah, demonios! Los tanques se sitúan cerca de un viraje de la carretera y desde allí disparan en forma de abanico. Los camiones se detienen; parte de los soldados se aprestan a defenderse; los demás huyen.

Los tanques, sin detenerse, se aceran a la infantería, que suma

aproximadamente batallón y medio. Con nutrido fuego la aniquilan casi por completo. Entusiasmados, los tanquistas aplastan los camiones, deshacen, entre crujidos, un cañón de campaña, otro...

—¡La pena es que no podamos coger prisioneros!

—¿Quién te lo impide? Ata a uno al gancho de remolque, te seguirá al trote.

—¡O los colocamos en el centro, los rodeamos con los tanques y los llevamos con convoy de orugas!

La columna entró en Esquivias. Ahí se encuentran con una zanja antitanque abierta a toda prisa. Una máquina no tuvo tiempo de frenar, primero se tumbó, luego pareció que iba a salir, pero le saltó la cadena.

El capitán dejó dos tanques para ayudar al que había quedado atascado y con los demás se dispuso a limpiar la aldea. Ahí había unas dos compañías de «regulares»: también huyeron.

Unos cadáveres estaban tendidos sobre el camino; a los tanques les resultaba muy difícil no tocarlos, pero a pesar de todo avanzaron en zigzag por la estrecha calle. Es fácil y agradable aplastar a un escuadrón entero de enemigos vivos, pero es repugnante pasar por encima de un cuerpo muerto, insensible. El conductor dijo: «De pronto me sentí chófer homicida.»

¡Están ya a diez o doce kilómetros en la retaguardia de los fascistas! Habían creído realizar un pequeño ataque acompañados de la infantería y había resultado una brecha de largo alcance. El sol se encuentra en el cénit; los tanquistas, apartándose de Esquivias, salen de sus máquinas y toman una ración en frío, salchichón, queso y vino.

Esperan a los atascados. Llegan éstos y siguen más allá, hacia Borox.

Rebasaron la aldea, sin encontrar resistencia, en quince minutos. Empezaron a trazar un arco para regresar siguiendo la carretera de Toledo. Entonces, por detrás de la cresta de una larga colina, aparecieron ocho tanques fascistas.

Eran tanques ligeros italianos, tipo Ansaldo. Las máquinas republicanas se detuvieron y comenzaron a disparar rápida, duramente, con puntería directa.

Tres Ansaldo botaron en seguida, como vacías vagonetas de carbón en el patio de una fábrica. Quedaron inmóviles. Los demás, retrocediendo, se apresuraron a desaparecer tras la colina. Era muy fuerte el deseo de perseguir esas tortugas verdes. Pero el capitán dio la señal de regresar al punto de reunión.

Tardaron mucho en volver, siguieron un nuevo camino. La gente estaba apagada, fatigada; una somnolencia infantil les hacía doblar el entumecido espinazo. En su camino de regreso no encontraron a un solo soldado de su infantería.

¿Qué había sucedido?

Junto a la puerta de la casita de Valdemoro estaba de pie, esperando a los tanquistas, Líster. Líster contó a Miguel, torciendo sombríamente un extremo de la boca: al principio las unidades siguieron bien, pero después de haber recorrido kilómetro y medio, vacilaron, se agacharon y en grupos más o menos pequeños empezaron a atascarse entre las colinas y las rugosidades del terreno.

Cuando los tanques se perdieron por completo de vista, la infantería de la dirección principal se detuvo; luego volvió a avanzar, llegó hasta el mismo Seseña, donde fue recibida con fuego bastante débil y retrocedió.

Entretanto, la columna de Mena derrotó a los facciosos junto a Torrejón y ocupó la aldea.

A los tanquistas los felicitaron, los vendaron y les dieron de comer; ellos preguntaron, bajito, por qué se había rezagado la infantería. Miguel respondió, sombrío: «Aún no han aprendido a actuar conjuntamente.» José Díaz, Dolores, Mije y Pedro Checa llegaron y asediaron a Líster. Pasaron todo el día en el frente.

30 de octubre

Los fascistas hoy no atacan, están desconcertados por la incursión que los tanques hicieron ayer. Creen que esto es el comienzo de una gran contraofensiva de poderosas reservas republicanas y fuerzas motorizadas. En realidad se trata de una modesta llamarada y temo que, por ahora, sea la última.

Los periódicos han hinchado la victoria. Hablan de una brillante contraofensiva, poco menos que del aplastamiento y final de la marcha fascista sobre Madrid.

La compañía de tanques está escondida en un campo de olivos al pie del cerro de los Ángeles. Los tanquistas arreglan las máquinas, las limpian, hacen repuesto, descansan. Están entusiasmados por la cali-

dad de sus máquinas. El blindaje ha resultado insensible a las granadas de mano y a los proyectiles de la artillería ligera. Las balas perforadoras ni siquiera han dejado arañazos, sino únicamente manchas en la pintura. El cañón de tiro rápido es muy movible en su torre. Están magníficamente dispuestas las ametralladoras. Todos los motores han trabajado sin un fallo.

Hay dos heridos graves. Uno ya ha muerto. Los heridos leves han permanecido en la unidad. He aquí a Simón, tiene arrancado un buen trozo de piel de la cabeza; se desliza, vendado, por debajo del tanque.

Rezongan contra la infantería, pero están dispuestos a entrar otra vez en combate aunque sea hoy mismo. Prometen no hacer más locuras, no saltar del tanque bajo el fuego de ametralladora sólo para arrancar de una casa una bandera monárquica.

Por la noche, en el teatro Calderón se ha celebrado un mitin en honor de la Unión Soviética, con radio transmisión para Moscú. Yo he presentado ante el micrófono a los oradores españoles y he hecho una breve exposición de sus discursos. ¿Es posible que me hayan oído allí, en la patria, en viviendas, clubs y estaciones? Me imaginaba mentalmente a mis amigos, a las personas soviéticas, conocidas y no conocidas, junto a los receptores. En el palco de honor ha entrado Largo Caballero con dos distinguidos ayudantes, y también lo he presentado a los radioyentes... No bien se ha terminado el mitin, se ha presentado la aviación enemiga; dos bombas han caído ante la entrada misma del teatro y han matado a varias personas. Otra ha estallado ante el cine Capitol. Otra, en la cola de una lechería; la bomba ha destrozado a varias mujeres y ha herido a varias decenas de personas.

Hemos regresado a nuestras casas; los bomberos cubrían con arena los charcos de sangre del asfalto. Luego ha caído una lluvia tibia.

31 de octubre

La presión más fuerte de los facciosos sobre Madrid se da en la carretera de Extremadura, desde Navalcarnero. Por aquí avanzan la caballería, infantería y los tanques ligeros que les quedan.

Que les quedan, porque ayer, ante Griñón, la artillería republicana disparando con tiro directo aniquiló cuatro tanques y dejó a otro fuera de combate.

Lo hizo un joven artillero, el mayor Enrique Bollanos, jefe de la batería.

Está herido. Miguel ha ido a verle al hospital de Carabanchel y a darle las gracias en nombre del comisario general. Bollanos, pequeño, enteco, pálido, estaba en la cama, contraída la cara por el dolor y sonriendo. Corre el peligro de perder una pierna.

Ha llevado a cabo un acto temerario, ha infringido todos los voluminosos y pesados reglamentos de la artillería española: sin orden escrita, sin orden verbal, sin orden alguna, sin dar cuenta por teléfono de la maniobra, por pura iniciativa propia teniendo en cuenta las nuevas circunstancias que el combate presentaba, dirigió el fuego contra la sección motorizada italiana, la batió y la hizo retroceder.

—¿Cómo ha realizado usted semejante arbitrariedad? —preguntó Miguel al mayor, en son de broma.

—Le confieso que, sobre todo, porque me daba pena perder los cañones. Los italianos se dirigían a la aldea donde estaba la impedimenta de mi batería. Me dio rabia y me puse hecho una furia...

Valdemoro ha sido abandonado; Líster se retira combatiendo hacia Getafe, último poblado que se encuentra ante Madrid en la parte meridional. Las unidades de Líster se consumen, se deshacen.

Aquí se ha hecho prisionero a un italiano. Cuando Miguel, deseando interrogarle, le ha puesto la mano sobre el hombro, el italiano se ha estremecido de pies a cabeza: a cada instante espera que se le haga justicia. Al fin, viendo que se le trata humanamente, se ha reanimado un poco y habla. Tiene documentos: es Luidgi Corsi, cabo de la primera bandera (regimiento) de la legión extranjera. Campesino, de la provincia de Brindisi; ha estado de servicio en la tercera compañía del Décimo Regimiento de artillería, que tiene sus cuarteles en Roma.

A finales de septiembre, declara el prisionero, el jefe del regimiento, general Perico, le eligió a él, personalmente, lo mismo que a los otros componentes de un grupo de cincuenta hombres para una misión secreta. Zarparon de Génova con quince cañones, en un pequeño barco, rumbo al puerto de Vigo. Desde allí fueron trasladados en camiones al frente de Talavera, a Cáceres. Sólo entonces les cambiaron los uniformes italianos por uniformes españoles. En Cáceres hay una unidad de tanques alemana; en Talavera, un centro de instrucción de ametralladoras alemán.

Ante Seseña, Corsi mandaba una batería de los cañones llegados con él de Italia. Esos cañones fueron los aplastados por los tanques republicanos. Luidgi Corsi solloza y pide que se crean sus palabras, pues él es miembro de las juventudes fascistas italianas y no miente.

Se puede creer al asustado Luidgi. No es culpable más que de lo que él mismo ha contado. De todo lo demás responde su alto mando de Roma.

De la ciudad se va todo el que puede y como puede. Han proliferado los chóferes sin control que, en coches robados, llevan a las personas acomodadas, por cantidades fabulosas, a Cuenca o más lejos, por la carretera de Valencia. Personas acomodadas, pero no muy ricas. Los muy ricos prefieren quedarse en Madrid, esperando a Franco.

La profesión de chófer se ha convertido, en todos sentidos, en la más importante. Entre los jefes y altos funcionarios se habla del chófer que cada uno tiene, de hasta qué punto le es fiel, de si va a permanecer a su lado o preferirá abandonarle y evacuar a su propia familia.

Al coche de mi Dámaso algo se le ha averiado en el motor; el coche está ahora en reparación y utilizo un viejo Mercedes del Comisariado, conducido por chóferes de turno.

El hotel Capitol ha quedado desierto. Todo el personal ha salido al frente y se ha dispersado. Nosotros, los últimos mohicanos, nos hemos trasladado al Palace, un hotel enorme, parece que el mayor de Europa, también completamente desierto. Aquí aún dan algo de comer.

1 de noviembre

El general Varela ha declarado que el ejército fascista ataca a Madrid con cinco columnas: por la carretera de Extremadura, por la de Toledo, por Ávila (Guadarrama) y por Sigüenza (Guadalajara); la «quinta columna» está formada por las fuerzas clandestinas de la propia capital. Invita a los corresponsales extranjeros a participar en la entrada triunfal en el Madrid vencido.

Hoy los combates son mucho más encarnizados. Cuanto más se acercan a las paredes de la ciudad, tanto más se eleva el espíritu de resistencia y de protesta entre los combatientes de la milicia popular. Muchos de ellos tienen entre esas paredes a sus madres, mujeres e hijos.

Pero los oficiales huyen. Desaparecen de repente. Se ha llegado hasta al extremo de que en algunas columnas los milicianos les han facilitado escolta. En otros lugares ha habido conflictos; han fusilado a varias personas.

Sin jefes, sin enlace, sin órdenes firmes y claras, ha comenzado el desorden, la confusión, el disparar contra las propias unidades. Un oficial provocador mandó a la artillería abrir fuego contra Torrejón, declarando que la aldea había sido ocupada de nuevo por los facciosos. En realidad allí se encontraban aún los republicanos. ¡Han abandonado Torrejón bajo el fuego de su propia artillería!

La compañía de tanques ha sido dividida en secciones y hasta en unidades de una sola máquina. Durante todo el día van de un sector a otro, hasta quedar exhaustos, contienen los ataques, desempeñan el papel de la artillería, crean una impresión de defensa. Semejante táctica, hablando en términos generales, es disparatada, absurda, ¡pero qué se puede hacer en esta situación!

Dos tanquistas heridos se están muriendo en el hospital. Simón, con la cabeza despellejada, está de nuevo en su máquina, peleando.

El gobierno no toma ninguna medida para evacuar por lo menos las instituciones estatales más importantes, el Estado Mayor. No se han tocado de sus lugares los depósitos de armamento, de cartuchos, de obuses, de medicamentos, de material para primeras curas.

En las cárceles de Madrid hay ocho mil fascistas encerrados, de ellos tres mil oficiales de carrera y de la reserva. Si en la ciudad penetra el enemigo o se produce un motín, el enemigo tendrá ya preparada una columna excelente de oficiales. Es necesario sacar de la ciudad a esos cuadros inmediatamente, aunque sea a pie, por etapas. Pero nadie se ocupa de ello.

De este problema se habló muy duramente en la reunión del comisariado. Se subrayó que todos los partidos representados en el comisariado y en el gobierno cargan con la responsabilidad ante el pueblo por haber dejado en Madrid, en un momento peligrosísimo, a una columna fascista de ocho mil hombres, reunida y organizada, en realidad, aunque haya sido en la cárcel, por las propias autoridades de la República.

Los comisarios se sobresaltaron. Del Vayo interrumpió la sesión y cruzando el rellano fue a ver al ministro. Volvió veinte minutos más tarde tranquilizado; Caballero reconoce la importancia del problema y ha encargado evacuar a los detenidos al ministro del Interior, Galarza.

... En el hotel han aparecido, de súbito, dos moscovitas, corresponsales del periódico *Komsomolskaia Pravda*: Misha Rosenfeld y Yuri Korolkov. Han contado una historia poco clara: llegaron a Alicante en un barco soviético que ha transportado víveres; deseaban visitar unas aldeas en los alrededores de la ciudad, pero como no conocen el español, el chófer entendió mal la dirección y los ha traído a Madrid. Aunque el pequeño error ha sido de cuatrocientos kilómetros y de día y medio, no he querido discutir. Está claro que los dos muchachos tenían unos deseos locos de estar en Madrid, y no había ni podía haber permiso —el viaje aquí está prohibido desde hace semana y media.— El problema estaba en cómo hacerlos volver y en qué.

Por suerte, todo se ha resuelto bien. El chófer alicantino, después de haber visitado en Madrid a sus parientes, ha sentido nostalgia y ha tenido prisa para regresar. Hemos comido bien con los periodistas komsomoles, que me han contado un montón de novedades. Luego hemos visto la ciudad y lo notable de la capital española: sus bombardeos aéreos. Ahora las incursiones se efectúan tres o cuatro veces al día. Todos los depósitos judiciales de cadáveres están repletos. En mis telegramas he dejado de describir y referirme a todos los bombardeos: son demasiados, son excesivamente terribles y siempre es lo mismo.

En el coche de los komsomoles ha sido posible evacuar aún a tres mujeres madrileñas.

Cada sitio en un automóvil que sale de Madrid constituye, ahora, un destino humano, un giro en la saeta de la vida.

2 de noviembre

Aumenta el frenesí triunfal de los facciosos, cada vez es más alta la ola de entusiasmo entre sus amigos. Por radio oímos alborozo en Alemania, en Italia, en Portugal y, parcialmente, en Inglaterra. En estos países consideran que Madrid se encuentra ya en su agonía. Los periódicos y las emisiones por radio enumeran los inmediatos decretos y reformas del general Franco cuando entre en la capital. Ya tiene formada la policía, ya tiene preparados los tribunales de castigo, ya ha elaborado las listas de todos los «rojos», ya están nombrados los altos cargos.

De Francia llegan unas vocecitas de impotencia. Blum dijo algo a alguien, pero luego lo desmintió. Delbos declaró, pero luego lo desmintió. A Pierre Cot le atacan en el parlamento por ayudar a los republicanos, por haberles facilitado algunos aparatos de bombardeo Potes y algunos cazas Devoitine; Pierre Cot lo desmiente.

En Inglaterra no desmienten nada. Los periódicos de Londres compiten en predecir el día exacto en que los fascistas entrarán en Madrid. Unos consideran que será pasado mañana; otros, que será el miércoles, 5 de noviembre. Las fuentes de información alemanas señalan el viernes, 7 de noviembre, «día que, según consejo de algunos amigos, ha elegido el general Franco especialmente para amargar la fiesta anual de los marxistas, el aniversario de la revolución bolchevique».

El gobierno de la República, por su parte, calla. Largo Caballero por nada del mundo quiere publicar ningún documento —ni una declaración de carácter internacional, ni un llamamiento a su propio pueblo—. Varias veces los ministros comunistas han exigido semejante llamamiento público del gobierno. Largo Caballero se cierra en banda, dice que no se debe sembrar el pánico. Le replican que, al contrario, el pánico se acentúa debido al silencio del gobierno, debido a no saber cuáles son sus propósitos, debido a la inseguridad de que el gobierno esté decidido a seguir defendiéndose con toda decisión y, en particular, a defender Madrid.

Es necesario decir al pueblo la verdad, que éste aún no conoce por completo. En las masas dormitan aún enormes fuerzas y posibilidades de lucha; es preciso hacerlas aflorar con una exhortación franca, clara y valiente. Así lo han hecho ya todos los partidos del Frente Popular, cada uno de por sí, pero el gobierno como tal, calla.

¡De qué sirve la palabrería y la comparación con la defensa de Petrogrado! Entonces, el gobierno soviético dio a conocer abiertamente el peligro que amenazaba a Petrogrado y a Moscú cuando el enemigo estaba aún ante Tula. En cambio aquí, al jefe del gobierno le falta decisión y honradez para explicar al pueblo la catastrófica situación militar.

Largo Caballero ve, en esto, su descrédito personal, teme los reproches por haber dirigido mal la guerra durante estos dos meses. ¡Como si la cuestión fuera de reproches! El pueblo perdonará, se levantará, aún puede salvar la situación. Así lo cree el Partido Comunista. Pero Largo Caballero tiene miedo a la movilización general y es-

pontánea del pueblo, no puede tolerar que aparezcan unos sargentos y capitanes a quienes no haya nombrado él personalmente, que tomen unos fusiles y mantas sin su visto bueno.

Ante la puerta de su gabinete, los ayudantes contienen a la muchedumbre de jefes, comisarios, intendentes y funcionarios del Estado. Él está dentro, encerrado con su favorito, el general Asensio.

El Partido Comunista, trabajando por su cuenta y riesgo, reúne fuerzas y recursos para la defensa de Madrid. Sus tambores redoblan por las calles. Doscientas mil mujeres madrileñas, obreras, empleadas, amas de casa participan, con Dolores al frente, en la manifestación comunista pidiendo la defensa proletaria de la capital.

Bajo la cúpula del cine Monumental, ante seis mil obreros, José Díaz exige que la ciudad se mantenga a toda costa. En la sala el aire es sofocante y tenso, el enorme anfiteatro, con sus seis mil pares de ojos abiertos a más no poder, está pendiente de la pequeña figura de José.

Todos saben que ha perdido no hace mucho a su entrañable hija, miembro de las juventudes comunistas, que él mismo acaba de levantarse de la cama, este mismo día, apenas repuesto de sus nuevos y fuertes ataques.

Pero ahora José sonríe. Cuando explica con profundidad su pensamiento, la sonrisa le asoma a los labios.

La tensión de su discurso, apasionado, concentrado, se eleva de manera regular y rápida. La sala se identifica hondamente con cada uno de sus pasajes. Ora se sume en un silencio sin fondo, ora estalla de entusiasmo. Los seis mil hombres se levantan al unísono y cantan solemnemente, como un juramento, la *Internacional* cuando José cita las palabras del saludo soviético al pueblo español.

En los barrios obreros, en las secciones que la sociedad de Amigos de la Unión Soviética tiene por los distritos, se están haciendo preparativos para conmemorar el aniversario de Octubre. A mí vienen a verme y me abruman la preguntas, me piden datos, me piden consejo acerca de cómo han de hacer los carteles y los periódicos murales, quieren saber si tienen mucho parecido los retratos de Stalin y de Voroshílov que han pintado unos aficionados, si se ha dibujado con exactitud el escudo soviético. Tenía varios números de *La U.R.S.S. en construcción*, los han recortado y, entre discusiones, se han repartido todas las fotografías sin excepción.

Por mi parte, he pedido a Dolores que me diera aunque sólo fuera un pequeño artículo para el número conmemorativo de *Pravda*.

Dolores no me ha contestado en seguida, me ha mirado, tristemente callando. Pero de súbito, enarcando las cejas, exclama:

—¡Bueno, sí! ¡Naturalmente, lo escribiré! Ahora mismo, no te vayas, por favor.

Ha cerrado tras de sí la puerta y ha salido una hora después con algunas cuartillas escritas cuidadosamente, con bonita letra.

«Desde lo más hondo de mi corazón, del corazón de una mujer española y de una madre que, como todas las madres, lo que más quiere en el mundo son sus hijos, os envío a vosotras, mujeres rusas y mujeres de todo el mundo, mi grito de dolor y de protesta. Lo mismo que siento yo, lo sienten ahora todas las mujeres y madres del pueblo español, las que han mandado a sus maridos al sangriento combate y las que luchan, ellas mismas, por la libertad, por la felicidad del pueblo español, por la paz en todo el mundo, contra los provocadores fascistas de la guerra.

»¡Mujeres y madres de la Unión Soviética y de todo el mundo! Las mujeres españolas os presentan su amargura, su ira, su dolor por la inocente sangre vertida. En los días felices de la fiesta del País del Socialismo, no os olvidéis de nosotras, mujeres de Castilla, de Asturias, de Vizcaya y de Cataluña, como no nos habéis olvidado y nos habéis ayudado durante todos estos duros meses de lucha. Acordaos de nuestro pueblo, herido, ensangrentado, acordaos de nosotras, de vuestras hermanas, que caen en lucha desigual por su vida y su honor.

»Elevad más alto aún vuestra fuerte voz de protesta contra la intervención fascista en España. Condenad aún con más fuerza a los viles asesinos; vosotras, fuertes, felices, tranquilas, ayudadnos a vencer, ayudadnos a derribar y derrotar al enemigo que penetra en nuestras casas, que destroza nuestros hogares. Esto es lo que deseaba deciros, sin ensombrecer vuestra fiesta, queridas hermanas, mujeres soviéticas.»

Masha ha conseguido un asiento en un coche y ha partido hoy. En el último instante ha entrado en la habitación llevando en brazos a una criaturita de rostro oval, pensativo y soñador, con una bondadosa sonrisa, y largos mechones de suaves cabellos rubios, una criatura de unos dos años de edad. Es un ahijado. Es un hijo español.

Es posible que aún lleguen a tiempo a la fiesta de Moscú.

3 de noviembre

Durante todo el día se ha librado una porfiada lucha entre los restos de la milicia popular y las grandes fuerzas de los facciosos, con su potente artillería y su aviación.

En la carretera de Toledo, los republicanos, habiendo reunido seis batallones, atacaron junto con seis tanques y rompieron las líneas de los fascistas. Las unidades de Burillo han penetrado en Valdemoro. Querían avanzar más aún, pero los facciosos han acumulado refuerzos a toda prisa, se han lanzado contra los republicanos y los han desalojado del pueblo.

Los tanques, entretanto, habían sido llamados al sector inmediato; han ayudado a la columna de Uríbarri a irrumpir, por tercera vez, en Torrejón. En este lugar, el enconado combate ha durado unas cinco horas.

Los combatientes se han comportado bien, ya han aprendido a no malgastar los cartuchos, a correr a trechos, a pegarse a las rugosidades del terreno y a permanecer echados, tranquilos, bajo la aviación. No está bien decir tranquilos, es mejor decir firmes. Por tres veces han volado los Junkers sobre las ruinas de Torrejón, por tres veces han cubierto todo el sector de estrépito, fuego y humo, y los combatientes se han mantenido en su sitio.

Pero cuando los tanques se han retirado, la infantería ha abandonado Torrejón media hora después.

Los tanques habían ido a Leganés. Allí la situación era mucho peor. Los fascistas han partido de Navalcarnero cual amenazador alud, han llegado hasta Móstoles y lo han ocupado. Era necesario cubrir Leganés totalmente desamparado.

Líster y Bueno han contraatacado en dirección a Pinto, mas no han logrado apoderarse de la localidad.

El día no ha traído éxitos, todos están exhaustos, pero el estado de ánimo es mejor. Ha aparecido el furor combativo, cosa que ha faltado durante todas estas últimas semanas.

Los comandantes de infantería hasta están contentos de sus pérdidas, el número de muertos y heridos ha aumentado mucho durante estos dos días. El hospital militar de Carabanchel y la enfermería del Quinto Regimiento están archirrepletos. «¡Así, pues, se lucha! ¡Así, pues, combatimos y no huimos! ¡Ah, si se hubiera combatido así diez días antes! ¡Si tuviéramos ahora algunas reservas!»

Pero aún no hay reservas; los que se habían comenzado a formar, se han lanzado sin la debida preparación aquí, en esta carnicería, en la retirada ante Madrid. En alguna parte están en camino los catalanes de Durruti. Los anarquistas han decidido mandar una columna en ayuda de Madrid. Cuatro anarquistas han entrado a formar parte del gobierno, García Oliver es el ministro de Justicia...

Miguel Martínez ha pasado todo el día con una sección de tanques. La sección ha sido enviada de un lugar a otro nueve veces, la han mandado cada vez a donde las líneas republicanas crujían y se rompían.

En todas partes los han recibido con enternecedora alegría, los infantes arrojaban sus gorros al aire, aplaudían, se abrazaban, hasta se han sentado en los tanques cuando éstos han avanzado, al ataque. Pero no bien llegaba el motorista de enlace llamando a la sección a otro lugar, cambiaba el estado de ánimo, se hacía sepulcral y desesperado. Los milicianos, baja la cabeza, arrastrando el fusil por el suelo, caminaban hacia atrás, hacia la retaguardia, hacia Madrid.

Por la mañana, los tanquistas estaban animados; luego se fatigaron, se enfurecieron, se callaron. ¡Desde cuándo luchan, sin descansar, durmiendo cuatro horas al día! De todos modos, han salido una y otra vez, decenas de veces, han trepado a las colinas, han disparado sin cesar, dispersando las concentraciones de la infantería enemiga. El metal de los cañones y los mecanismos de las ametralladoras se han puesto incandescentes. No había agua para beber. El fuego enemigo los afligía poco. Las balas tamborileaban como las grandes gotas de la lluvia contra un tejado de planchas metálicas. Sólo resultaban peligrosos los impactos directos de los obuses de gran calibre. Sin embargo, los tanques han avanzado, abriéndose paso a través de la cortina de fuego de la artillería, se han acercado a los cañones y los han obligado a enmudecer.

Sólo preguntaban:

—Además de nosotros, ¿combate aún alguien más?

Miguel les respondía:

—¡Naturalmente! ¡Poco a poco! ¡Todo a su hora! Todavía no se ha puesto en su punto la acción conjunta. Están aprendiendo.

Los tanquistas se sonreían. A esto, no respondían nada. Tenían

enormes deseos de dormir. Adelgazaban a ojos vistas y se habían puesto sucios como deshollinadores. Durante todo el tiempo deseaban agua fresca y descabezar un sueño. Han cambiado mucho en estos seis días.

Simón se queja constantemente de dolor de cabeza.

—Es que no sólo me despellejaron la cabeza, también me la golpearon. Tengo un zumbido en el cerebro, como si me resonara una concha dentro. No sé qué hacer. Es un ruido terrible. Como si hubiera descolgado el teléfono, me hubiera puesto el auricular sobre la oreja y oyera un zumbido. Que me tomen por lo que quieran, pero dentro de poco, cuando anochezca, entrego la sección y me acostaré unas horas. Entonces todo pasará. La cabeza me zumba como un poste telegráfico en el campo. El capitán ya me ha dicho tres veces que me vaya a acostar, pues me acostaré... A ver, muchachos, vamos a soltar unos cacahuetes más, ¡mirad, esos bandidos otra vez levantan columnas de humo!

Las explosiones de los obuses se acercaban, una nube de humo se levantó muy cerca, a unos cuarenta metros. Simón se adelantó en su máquina, se detuvo en la cresta de un montículo. Los tanques no deben detenerse así, en la cresta de un montículo. Los tanques, en el combate, no han de quedarse parados nunca.

Miguel no vio, sólo oyó las dos explosiones que siguieron. Fueron muy fuertes. Tuvo la impresión de que se trataba de tiro largo.

—¡Tiro largo! —gritó con voz sorda.

No era tiro largo. Fueron dos impactos directos sobre el tanque de cabeza, el de Simón. Otro obús estalló ante el mismísimo tanque de Pedro.

Miguel saltó de la máquina y se acercó corriendo al tanque de Simón. Esto también era estúpido. Otros hicieron lo mismo, todos deseaban auxiliar a Simón.

—¡Atrás! —gritó el conductor del tanque de cabeza.

El motor le funcionaba. El tanque dio un brusco tirón hacia adelante, trazó un círculo y se apartó a un lado. Desde luego, tenía razón. Unos segundos después, en el lugar en que acababa de encontrarse, estalló otro obús.

Cuatro tanques siguieron avanzando, hacia la batería, para vengar a Simón. Éste quedó colgando, como muñeca rajada, sobre el borde de la torreta. Sus dos compañeros estaban ilesos, pero totalmente rojos, por la sangre de su jefe.

Empezaron a sacar a este último, de pronto, todos se tambalearon. Las piernas del compañero habían quedado en la torreta. Una pierna, rota por la rodilla; otra, por la cadera.

Aquello resultaba horrible por lo que tenía de insólito. Por lo visto la explosión se produjo no encima de la torreta, sino en ella misma. Por el tanque, resultaba difícil verlo; el metal del lado de la torreta se había torcido algo.

Rehechos de la sorpresa, continuaron sacando a Simón. Lo colocaron sobre una manta. El vendaje de la cabeza se le había caído, se lo pusieron bien, aunque esto tenía poca importancia. Simón no respiraba en lo más mínimo, pero de súbito se volvió con su poderoso cuerpo sobre un costado. De nuevo todos se estremecieron, pero alguien sonrió levemente: resulta que Simón estaba vivo.

Le colocaron otra vez sobre la espalda y comenzaron a atarle fuertemente los muñones de las piernas. Era imposible parar una hemorragia tan grande de sangre, que en seguida ennegreció la manta y la dejó empapada. Pese a todo, Simón vivía. De hombres como él, se dice: tienen un «poderoso organismo».

El motorista fue a Leganés en busca de una ambulancia. Volvió muy pronto. En Leganés no hay ambulancias. Hay una, pero no quiere venir aquí. El chófer dice que ya es imposible llegar. Los sanitarios estaban dispuestos a acudir, pero el chófer no ha querido.

Todos miraron al motorista. Sintieron odio por sus escuálidos hombros y sus grandes orejas.

—¿Por qué no has pegado un tiro al chófer y no has conducido tú mismo la ambulancia?

El motorista contestó, y esto aún le perdió más. Dijo:

—Ya son muchas las víctimas.

El conductor Timoteo, manchado de sangre de pies a cabeza, se le acercó y levantó el brazo. Para todos estaba claro que no le pegaría, pero el motorista, a pesar de todo, se apartó un poco. Esto le perdió definitivamente.

—¿Sabes lo que es un jefe? —le preguntó con amargura Timoteo—. ¡De dónde vas a saber tú lo que significa que el jefe muera en combate!

Dirigió la mirada al cuerpo de Simón y añadió:

—Está gravemente herido.

Echaron al motorista que permaneció alejado hasta que se hizo de noche, mirando ya como una persona ajena, como un papanatas.

En la motocicleta dos tanquistas se fueron a Leganés. Volvieron muy pronto, con el coche. El chófer juraba que no había tenido idea de negarse a hacer el viaje. Pero todos comprendían que mentía.

4 de noviembre

Desde Lisboa y desde Roma ya comunican por radio que las tropas del general Varela han entrado en la capital y han ocupado los edificios centrales. He telegrafiado a *Pravda*.

«Hoy, Madrid está por entero en manos de los trabajadores. Las organizaciones gubernamentales y obreras trabajan, en las calles reina el orden, los alrededores están cubiertos de barricadas, y nadie las ha atacado aún; la radio de Madrid, como veis, funciona.»

Por la noche, los facciosos han entrado en Getafe. En el barrio cercano al aeródromo, los ha retenido durante hora y media una trinchera de milicianos. Los moros y los «regulares» han hecho una matanza.

La joven telefonista de la subestación del distrito de Getafe se negó a evacuar, dijo que tendría tiempo. Ha mantenido el enlace hasta el último momento. Durante la última media hora, ella misma ha dado noticia de lo que veía por la ventana.

Sus últimas palabras han sido:

—Oigo los gritos de los moros.

Diez minutos más tarde, a la llamada telefónica respondió una voz de hombre.

No hay refuerzos ni reservas, las unidades existentes durante esta noche aún se han deshecho más, ya ni siquiera huyen formando una muchedumbre desorganizada, sino que caminan indiferentes hacia la ciudad. Donde forman aún algo semejante a una columna, los combatientes se pasan horas enteras esperando a que llegue alguna orden, a que se encuentre el oficial desaparecido. Las órdenes no llegan, los oficiales no se presentan. Y la columna, despacito, abandona el frente, se dirige en grupos indolentes hacia donde pueda encontrar comida o, simplemente, va al azar, sin rumbo.

Donde la situación es mejor es en el Guadarrama. Casi todas las unidades han mantenido sus posiciones. Por otra parte, la presión tampoco es allí muy fuerte, los fascistas ahora no tienen por qué luchar en la montaña cuando pueden avanzar hacia la ciudad por el valle.

Sigue manteniéndose relativamente tranquila la dirección sureste. Una división de fascistas con un empuje podría cortar las carreteras de Valencia, Alicante y Albacete. Quizá esto suceda mañana. Aunque, según los radiogramas captados, el mando enemigo ha decidido dejar dichas carreteras «para la huida de los conejos». Es el mismo método del «agujero» empleado en Oviedo, sólo que esta vez lo aplican los fascistas. Piensan que disponiendo de un paso para la retirada, los madrileños se precipitarán hacia allí y no defenderán la ciudad.

Por radio se ha comunicado el orden en que se efectuará la entrada triunfal de los fascistas en Madrid. El general Mola, sustituto de Franco, entrará montado en un caballo blanco, que le ha sido regalado con este fin por la organización navarra del requeté. Mola se detendrá en la Puerta del Sol, le presentarán un micrófono y sólo dirá: «Estoy aquí.» Después invitará a los periodistas extranjeros a tomar café en un viejo establecimiento de la plaza.

Aparte de todo lo demás, esto resulta práctico. La Puerta del Sol, aun con hallarse en el centro de la ciudad, no se encuentra muy cerca de sus arrabales. Madrid presenta en su parte suroeste una profunda hondonada. Basta cruzar el puente de Segovia o rebasar la estación del Norte, y hasta la Puerta del Sol no quedan más que algunas manzanas, menos de un kilómetro.

En la prensa francesa, inglesa y soviética ha comenzado una campaña para salvar de los crímenes fascistas a la población indefensa de Madrid. En todas partes se recuerdan las sangrientas matanzas de Badajoz y de Toledo. Para lavarse las manos ante una nueva matanza, Franco ha dado una orden hablando de moderación:

«Al entrar en Madrid, todos los oficiales de las columnas y servicios han de tomar serias medidas para mantener la disciplina y evitar todos los actos que, con ser actos personales, pueden redundar en perjuicio de nuestra reputación. Si toman amplio carácter, pueden provocar el peligro de que las tropas se corrompan y pierdan su capacidad combativa. Se procurará mantener las unidades en la mano y evitar que soldados aislados sin permiso de los jefes penetren en las tiendas y otros edificios.»

¿Y el gobierno? ¿Qué hace? Todo el mundo lo pregunta, nadie lo sabe. Caballero, como antes, sigue eludiendo el tomar una decisión. No está de acuerdo en publicar un llamamiento dirigido al pueblo.

No permite que se evacue nada de Madrid. Y él mismo, según palabras de muchos que le rodean, se inclina a aceptar la teoría de Asensio, según la cual la cuestión no está en Madrid, ni tiene sentido alguno defender Madrid, sino que es necesario retirarse con el ejército y dar la batalla después de haber abandonado la capital.

Los ocho mil fascistas siguen permaneciendo en las cárceles de Madrid, como antes. Hablan abiertamente de su pronta liberación. El personal de prisiones comienza a hacerles zalamerías. Sin dificultad podrían ya ahora salir de las cárceles, pero lo consideran desventajoso; las calles, para ellos, son peligrosas.

Diez tanques van y vienen todo el día en torno a Madrid y casi con su fuego ininterrumpido, con breves contraataques, frenan la ofensiva del enemigo. Los fascistas creen, sin duda alguna, que aquí está actuando una brigada de tanques entera.

A eso del mediodía, Miguel Martínez los ha encontrado en la carretera de Extremadura. Tenían las máquinas paradas en un recodo. Los combatientes estaban sentados en el suelo, junto a los tanques, fumando.

—Estamos cazando moscas —dijo el capitán—. No tenemos munición, hemos gastado ya, hoy, dos dotaciones. Ahora no podemos enlazar con la base. Estamos cazando moscas.

Miguel se encargó de ir a buscar municiones, lo cual resultó ser una empresa muy complicada.

La base aún se encontraba en el campo de olivos al pie del cerro de los Ángeles, cerca de Vallecas. Para llegar allí hacía falta recorrer paralelamente toda la línea de fuego, pasando por caminitos entre las carreteras principales. El chófer era torpe y poco espabilado, conocía el terreno peor que Miguel. Fue preciso volver atrás, a la ciudad, y llegar al cerro por la carretera de Valencia.

En el campo de olivos había ya un camión lleno de obuses, pero no de la clase que hacía falta a los tanquistas. Tuvieron que descargarlo y volverlo a cargar. La operación requirió aún quince minutos.

Miguel se obstinó, quiso ganar tiempo y, a pesar de todo, volver por el camino más corto, sin cruzar la ciudad. Luego se arrepintió. El regreso se convirtió en una tortura.

Nadie sabía por dónde había que pasar. A cada cruce de caminos, las personas con que se encontraban manifestaban opiniones distintas: o que más allá ya estaban los fascistas o que el camino estaba completamente libre. No podía creerse ni lo uno ni lo otro, podía haber errores y también provocaciones. Miguel decidió continuar el viaje prestando oído y observando la dirección del fuego de artillería de los facciosos, que disparaban en toda la línea del frente. Pero tampoco así era fácil orientarse.

El chófer del camión y el del coche discutían entre sí. Se perdían de vista uno del otro. Parecía como si el chófer que llevaba las municiones estuviera tentado de huir a la ciudad. Miguel decidió tomar asiento en el camión.

Pero nada menos que en el tramo más abierto y batido de la carretera, el camión se paró. Algo le pasaba al motor. ¡El diablo entendía a aquel hombre! ¡Bonito lugar había encontrado para quedarse parado! Las explosiones de los obuses comenzaron a acercarse al camión. ¡Hacía falta ingeniárselas para quedarse atascado allí! Si un obús daba en el camión cargado de municiones, todo volaba hecho añicos por los aires. ¡Hacía falta ser idiota! Podía haberse parado en otro lugar, más cerca o más lejos. ¡Idiota! Miguel y el otro chófer, junto al camión, vociferaban. Mejor habría sido cruzar la ciudad. Miguel pensaba que los tanquistas estaban sin municiones desde hacía ya dos horas. En mal momento había llevado consigo a aquel estúpido chófer. Podía haberse parado, por lo menos, detrás de alguna casa, entonces no estarían a la vista...

Miguel ya se disponía a ir a buscar otro camión, cuando, de súbito, el vehículo se puso en marcha.

Cuando llegaron a donde los tanquistas, habían transcurrido dos horas y media.

—¡Menudo rato! —dijo el capitán—. Y nosotros, aquí, cazando moscas.

Apagó el cigarrillo y ordenó distribuir las dotaciones.

Se hallaban poco más o menos en el mismo lugar, pero se habían dispersado. La artillería de los facciosos los había localizado y disparaba contra ellos.

—Soltaremos unos cacahuetes —dijo el capitán.

Y los tanques otra vez entraron en combate.

A las cinco de la tarde, como de costumbre, se reunió el Comisariado General. Miguel informó acerca de la lucha contra la deserción. Propuso que para esa lucha se creara una comisión central. Comisiones provinciales. Comisiones en las brigadas. Medidas punitivas: desde el fusilamiento hasta la reprobación pública, según la premeditación a que obedezca la ausencia. Notificación, en las plazas de los pueblos,

por parte de los alguaciles, de cuáles son los vecinos que han desertado, traicionando a la patria. Listas negras de desertores pegadas en las paredes. Y octavillas.

Nadie le escuchaba. Del Vayo estaba echado en un diván, seriamente enfermo. Bilbao hojeaba unos papeles. Roldán estaba escribiendo algunas notas. Ángel Pestaña miraba las paredes con los ojos llenos de lágrimas. Mije no estaba.

—¡Octavillas! —dijo Del Vayo.

Con un rictus de dolor en la cara, sobreponiéndose a sus torturas, se acercó pesadamente a la mesa. Tomó un grueso lápiz azul.

—Camarada comisario general —dijo Miguel—. Usted sabe que, desde ayer, tenemos algo de aviación de caza. Mañana aparecerá sobre la capital. El jefe de la escuadrilla ha pedido que se le preparen octavillas para arrojarlas desde los aviones que sean un llamamiento tranquilizador dirigido a la población de Madrid.

—¡Magnífico! —dijo Del Vayo—. Ahora mismo escribo el texto: ¡Magnífica idea la del jefe de la escuadrilla! Estará muy bien que lo hagamos. Les ruego que no se vayan, ahora mismo la escribo. ¡Es una idea estupenda! ¡No se vayan, por favor!

Nadie se disponía a marcharse. No había adónde ir. Todos sentían cierta envidia de Del Vayo, que iba a escribir la octavilla. Su grueso lápiz azul se deslizaba rápidamente por el papel. Del Vayo dejaba a un lado las cuartillas escritas. Escribía con unas letras muy grandes, en cada cuartilla no había más de unas diez palabras.

—¿Qué medidas se tomarán con los detenidos? —preguntó Miguel—. Galarza no ha hecho nada. Son ocho mil hombres. Una gran columna fascista.

—Todo a su tiempo —respondió suavemente Del Vayo—. Ahora mismo termino la octavilla. Por favor, no se vayan. Creo que en el presente caso no estaría bien que la octavilla fuera larga.

—Hasta sería contraproducente —comentó Pestaña—. Por otra parte los cajistas... Procuraré que se imprima a la vez en varias tipografías. ¿Cuántos ejemplares se necesitan?

No se daba cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Un millón —dijo Miguel, sin reflexionar—. De un millón a un millón doscientas mil. No es mucho. De una hoja de periódico salen treinta y dos octavillas.

—¿Tan pequeñas? —Del Vayo estaba afligido—. No cabrá lo que he escrito.

—Todo depende del tipo de letra —terció Bilbao—. Puede componerse con un tipo de letra pequeño.

Todos deseaban hablar de la octavilla el mayor tiempo posible.

Los facciosos han rebasado Getafe y han penetrado en Carabanchel Alto, barrio obrero, el primer barrio de la ciudad. Ha comenzado la matanza. La comunicación telefónica no está cortada. La gente de Carabanchel, de Getafe, simplemente marca un número, llama y comunica noticias terribles. Ya se encuentran del otro lado de las barricadas, en campo fascista, ¡y hablan con nosotros por teléfono! Los facciosos llaman a sus parientes y a sus amantes, los saludan: «Pepita, ya estoy aquí, en Madrid. Pero hoy no podré llegar por la calle hasta donde estás tú. Te abrazo. ¡Hasta mañana!»

El Partido Comunista y el Quinto Regimiento organizan destacamentos de distrito y de calle para la lucha de barricadas. La consigna del Partido es luchar por cada calle, por cada casa.

Al volver, bien entrada la noche, no he reconocido el hotel. Aquí ha sido evacuado a toda prisa desde Carabanchel el hospital militar número uno. Los pasillos están repletos de camas, de armarios con instrumental, de material sanitario, de orinales, de cajas con ficheros. El olor a creosota se ha extendido en seguida por todos los pisos. Arrancan de las puertas los cortinones; del suelo, las alfombras y esteras. El conserje me ha dicho que el hotel se liquida, casi todos los huéspedes se han ido ya; hoy, el señor aún puede pasar aquí la noche —las habitaciones no están todas llenas de heridos—; mañana le preparo, al señor, la cuenta.

El tanquista Simón ha sido trasladado del hospital al hotel Palace. Ha comenzado a producírsele una infección de la sangre, el traslado le ha sido perjudicial. Miguel Martínez le ha encontrado. Simón conserva la lucidez mental. Ha pedido a Miguel que le pegue un tiro, pero que no le deje entre los blancos.

Las calles han quedado siniestramente desiertas. La gente mira de soslayo. Han empezado los pacos desde los pisos altos, desde detrás de las esquinas.

Durante el día de hoy, ha habido aún cuatro bombardeos de aviación. Han muerto muchos niños. Acaban de traer y poner sobre la mesa veinte fotografías. Son fotografías grandes, hermosas, de niños que parecen muñecas.

Son muñecas rotas, con grandes agujeros negros en la frente, en el cuello y junto a las orejas. De no ser estos negros agujeros muertos,

los niños parecerían vivos. Algunos hasta tienen los ojos abiertos, como sorprendidos. Están deshechas las trenzas, los labios se sonríen dejando ver pequeños dientes blancos.

Los niños perecen porque se pasan todo el día en la calle. Se meten por todas partes, en todas partes hormiguean. En los barrios obreros, en el puente de Toledo, en Atocha, ayudan a los mayores a levantar barricadas. Pequeñuelos que no llegan a cuatro cuartas del suelo, después de hurgar largo rato, arrancan un grueso adoquín de la calle, lo colocan en un capazo de esparto y, agarrándolo por las asas, llevan solemnemente la piedra a la barricada. Un viejo albañil les dirige un movimiento de cabeza aprobatorio, coloca la piedra y echa encima arena. Los pequeñuelos vuelven dignamente a buscar otra piedra.

5 de noviembre

Desde la mañana, inoportunamente, se han pegado en todas partes carteles en honor de Largo Caballero.

Entre dos cilindros de cañón, situados en vertical, se representa su cabeza, en grandes dimensiones. El cartelista lo ha estilizado un poco a lo Mussolini, sólo que como unos diez años más viejo. La leyenda dice: «Gobierno de la victoria.»

Por la mañana ha aparecido otra vez la aviación dispuesta a bombardear, pero de súbito se ha encontrado con un grupo de cazas pequeños, muy rápidos. Sobre la parte occidental de la ciudad, se ha entablado combate. Los aparatos de bombardeo fascistas se han dado a la fuga. El entusiasmo del público ha sido increíble. Los madrileños aplaudían, alzando los brazos al cielo, arrojaban los gorros hacia arriba, y las mujeres, los chales.

De Madrid han partido todos los extranjeros que directa o indirectamente apoyan al gobierno republicano. Algunos se han trasladado a las embajadas. Además, las misiones diplomáticas han declarado como zonas que gozan del derecho de extraterritorialidad muchas casas que pertenecen a individuos particulares, ciudadanos extranjeros, y han colgado en tales edificios banderas y escudos. Éstos son los edificios convertidos en residencias de los fascistas que esperan a

Franco. Tienen miedo a que en el transcurso de las últimas horas antes de la caída de Madrid, «la chusma de la ciudad», sobre todo los anarquistas, los persigan y los maten.

Hoy ha sonado el teléfono y la señorita de la central ha dicho que iban a hablar desde Moscú.

He esperado lleno de emoción. Madrid, Barcelona y París se llamaban y discutían entre sí; de súbito, una voz lejana, pero clara, gozosa, ha pronunciado mi nombre y patronímico. Hablaba el comité de radio de la Unión Soviética, que mandaba su felicitación con motivo de haberse establecido el enlace radiotelefónico directo, y con motivo de la inmediata fiesta, comprobaba la calidad de la audición y pedía que dijera unas palabras para la emisión extraordinaria que se hace desde la plaza Roja el día de la gran fiesta, el 7 de noviembre.

—El 7 de noviembre, al atardecer, le llamaremos otra vez, le pediremos que nos cuente sus impresiones acerca de cómo ha celebrado Madrid ese día.

Yo callaba.

—¡Oiga! ¡Oiga! —resonó en el auricular, desde Moscú.

—¡Esta bien! —he gritado—. ¡Llamad! ¡Está bien!

Nunca había sido tan hermoso Madrid como ahora, como estos últimos días y noches, cuando el enemigo lo atenaza con negro anillo mortal.

Antes, esta ciudad no me gustaba, pero ahora me causa una pena insoportable abandonarla. El otoño es seco, limpio; suaves puestas de sol, hondísima transparencia del cielo sobre los viejos tejados. Parece que se divisa la estratosfera a través de semejante transparencia.

No habíamos conocido nunca a este pueblo, lejano y extraño para nosotros; nunca habíamos comerciado con él, no habíamos combatido con él, no habíamos aprendido de él ni le habíamos enseñado nada.

También antes, desde Rusia, se hacían viajes a España. Los hacía algún que otro individuo, personas extravagantes, aficionadas al exotismo sazonado, un poco amargo.

Hasta en la mente del hombre ruso culto, el anaquel español estaba casi vacío, polvoriento. Podía hallarse en él Don Quijote y Don Juan (nombre que pronunciaban a lo francés), Sevilla y la seguidilla, Carmen con el torero, «corre y susurra el Guadalquivir»[12] y aun *Los misterios de la corte madrileña.*[13]

La cultura de la antigua Roma, la del Renacimiento italiano, es

una cultura magnífica. Ha fecundado el arte de todo el mundo y de nuestro país. Mas, no se sabe por qué, al mismo tiempo nos ha velado, a nosotros, España, su literatura, su música, su turbulenta historia, sus hombres ilustres. Y, sobre todo, nos ha velado el pueblo español, este pueblo lleno de vitalidad, tan original, tan franco y —esto es lo más sorprendente— que recuerda de manera asombrosa, por muchos de sus rasgos, a algunos pueblos soviéticos.

De pronto, este pueblo que durante tanto tiempo ha vivido vegetando en el ángulo inferior izquierdo del continente, este pueblo del que nadie poseía un verdadero conocimiento, pueblo de secas mesetas castellanas, húmedas montañas asturianas y ásperas colinas aragonesas, se ha levantado, bien erguido, ante el mundo entero.

Ha sido este pueblo el primero que, en la tercera década de nuestro siglo, ha recogido el guante arrojado por el fascismo, ha sido este pueblo el que se ha negado a hincarse de rodillas ante Hitler y Mussolini, ha sido el primero en plantarles cara y entrar con ellos en valiente lucha armada.

Ante un inmenso anfiteatro de espectadores, insensiblemente neutrales en el exterior, atemorizados en el interior, los asesinos fascistas, como los experimentados toreros al toro de la aldea, quieren apuñalar a este pueblo, acabar con él, matar cuanto hay en él de digno, orgulloso y honesto, dejar con vida tan sólo a aquellos que volverán a la esclavitud, que besarán sumisamente las manos de los señores.

Pero el pueblo no es un animal de matadero; los verdugos se equivocan. Herido, ensangrentado, más tarde o más temprano dominará el arte de combatir y aplastará, pisoteará a los insensatos verdugos.

Entrada la noche, al hotel hospital ha venido el capitán de tanques con tres de sus hombres. Han buscado a Simón, han hablado con el cirujano, le han preguntado si es posible trasladar al herido. El cirujano, un viejo alto, elegante, de aspecto aristocrático, ha dicho que a la más pequeña sacudida, Simón muere. «¿Hay esperanzas?», han preguntado los tanquistas. El cirujano ha dicho que no hay la menor esperanza: ha empezado la infección de la sangre. «¿No se le puede envenenar?», han preguntado los tanquistas. El cirujano ha respondido que no es posible, que él no tiene derecho a hacerlo, que esto es un crimen. Todos se han quedado mirándose durante largo rato. Miguel ha preguntado si no es posible destruir la ficha médica de Simón. Al cirujano se le han dulcificado y humedecido los ojos. El

hombre ha dicho que la ficha se podía destruir, que hacía falta sacar y quemar las fichas de los heridos. No ha podido contener su emoción. Ha añadido aún que entre sus heridos hay ciento diez sin esperanza, como Simón; ¡él no puede convertirse en el envenenador de una masa!

Los tanquistas se han apartado. Han permanecido largo rato contemplando a Simón, que dormía, con el rostro cubierto con una gasa. Tenía al descubierto la herida de la cabeza, que se le cicatrizaba; lo demás estaba debajo de la manta.

6 de noviembre

Pasan por la ciudad bastantes refugiados. No son madrileños, son habitantes de las aldeas de los alrededores y de los suburbios. Van entrando en la ciudad y la llenan. Por delante del Palace, por delante del edificio de las Cortes, en la plaza de Castelar, ha pasado un gran rebaño de ovejas. Su color pizarroso armonizaba muy bien con el asfalto. Nadie se ha sorprendido de ver las ovejas por las avenidas y plazas de Madrid; la ciudad ya se ha deformado en comparación con su habitual aspecto anterior.

La masa principal de los habitantes de Madrid —obreros, empleados y sus familias— no se van, por ahora, a ninguna parte. Todos esperan que el gobierno diga algo, esperan a ver cómo y cuándo el gobierno da a conocer su decisión, evacuar o «permanecer hasta el fin», como ha dicho Largo Caballero. Por ahora no hay decisión alguna; por lo visto se esperan reservas o existe alguna otra posibilidad.

Hasta las cinco de la tarde he estado en la Casa del Campo, gran parque de las afueras de la ciudad. Ahí abrían trincheras los obreros junto con los milicianos armados. El estado de ánimo no es malo. De las casas vecinas, las mujeres traían en jarros agua y vino. Los combatientes tenían pan.

Más allá del puente de Toledo, en la segunda o tercera travesía de Carabanchel, tras una barricada pequeña, baja, abierta por el medio, se combatía a lo largo de la calle. Las balas chascaban contra las paredes de las casas; nosotros corríamos de portal a portal, como cuando llueve. A lo largo de la calle, iba y venía, atravesando la barricada y

disparando, un carro blindado con un cañón. En una calle lateral, había unos heridos en camillas, sobre la acera; eran jóvenes obreros. Un sanitario entrado en años y unas mujeres los atendían.

El puente estaba minado, las negras mechas de las cargas de dinamita afloraban a la superficie. El Manzanares es un riachuelo sin importancia, casi siempre está seco; vadearlo no ofrece ninguna dificultad.

He vuelto al hotel y he comido solo en el desierto restaurante. El camarero, al servirme la comida, me ha dicho que, con esto, el restaurante se cierra.

El conserje me ha presentado la factura; he pagado hasta el 6 de noviembre inclusive, también el desayuno, la comida y el café de la comida. Asimismo he pagado una cuenta especial por los periódicos. Le he dado propina. Él ha preguntado si no tenía que mandar a un mozo para que me trajera el equipaje... No, por ahora no. Le he preguntado adónde podría trasladarme. Ha reflexionado un poco. Probablemente al Florida. Aunque no sabe si dicho hotel funciona. Durante los últimos días se han cerrado muchos hoteles. Está bien, le he pedido que de momento no llame al Florida. De momento, que se quede ahí el equipaje. Es poca cosa: una maleta, un gran mapa plegable, una máquina de escribir y un aparato de radio. Que sigan ahí por ahora. El conserje, muy correcto, no ha tenido nada en contra —naturalmente, pueden quedar ahí—. En último caso, podría poner las cosas en la trastera.

He ido al Ministerio de la Guerra, al comisariado. Allí no había casi nadie, sólo dos mecanógrafas. Me han dicho que Del Vayo estaba en una reunión del Consejo de Ministros.

Me he dirigido a las estancias de Largo Caballero. En la antesala esperaban algunas visitas de poca monta. Estaban esperando paciente y tranquilamente. Nadie los hacía salir. Era evidente que allí no se celebraba reunión alguna.

Me he trasladado a la presidencia del Consejo de Ministros. La casa estaba cerrada; en torno, no había nadie. Cuando ahí se celebran reuniones, suele haber muchos coches, esperan periodistas y fotógrafos.

Ha empezado a oscurecer. He ido al Ministerio de Relaciones Exteriores. Está desierto, los guardas se pasean. En la sección de la censura para el exterior, un funcionario a quien conocía se abandonaba a un ataque de histerismo. El funcionario me ha dicho, llorando y



Madrid, 27 de julio de 1936. Los milicianos realizan instrucción militar, una vez que les han sido entregadas las armas en el cuartel de Francos Rodríguez n.º 5, antigua iglesia de los Salesianos. (*Efe*)



Madrid, 20 de julio de 1936. Los soldados salen en libertad, tras la toma del Cuartel de la Montaña. (*Efe*)



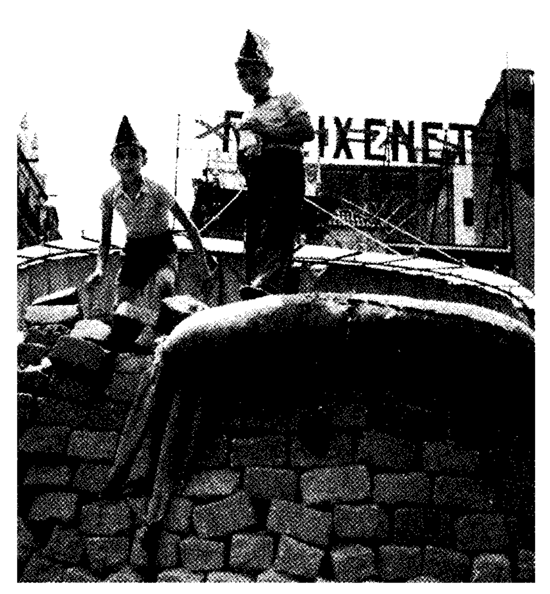
Madrid, 20 de julio de 1936. Toma del Cuartel de la Montaña por las milicias. (*Efe*)



Barcelona, 19 de julio de 1936. Barricada improvisada. (*Ullstein Bild*)



Madrid, 22 de julio de 1936. Los ciudadanos saludan puño en alto a las milicias republicanas procedentes de Valencia. (*Efe*)



Barcelona, agosto de 1936. Dos muchachos en una barricada. (*© Gerda Taro, 2002 by International Center of Photography, NY/ Magnum Photos/ Contacto*)



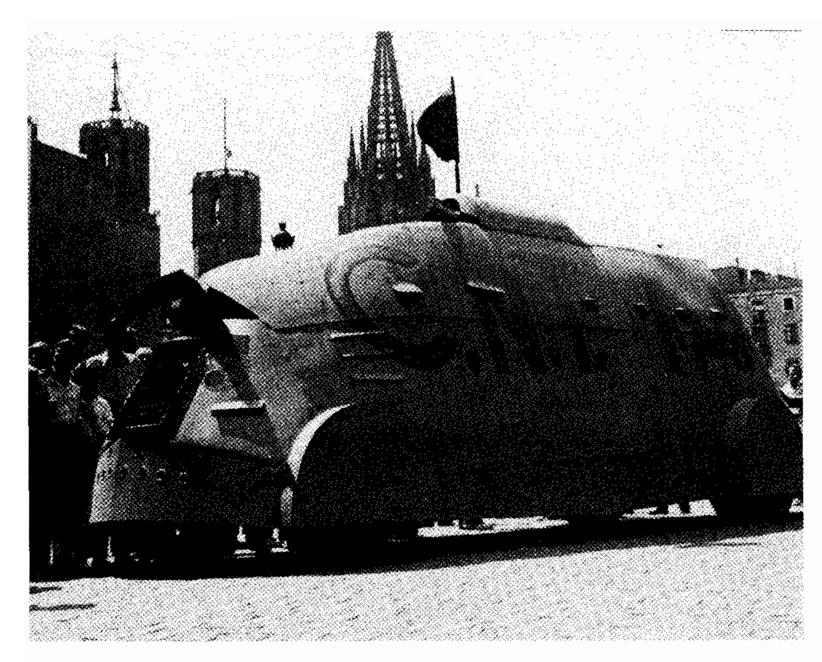
Barcelona, 19 de julio de 1936. Barricada en las Ramblas. *(Pérez de Rozas/Icub)*



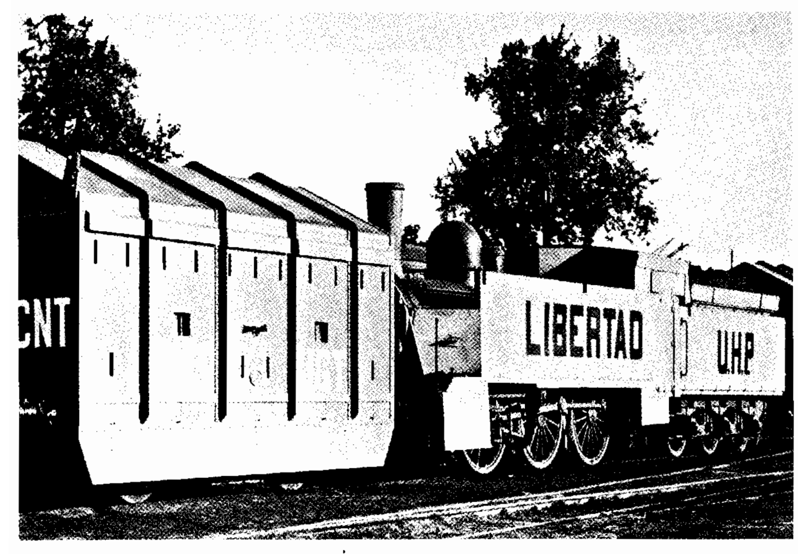
Frente de Aragón, cerca de Fraga, 7 de noviembre. Tropas republicanas durante una ofensiva en el río Segre. (*© Robert Capa © 2001 By Cornell Capa/ Magnum Photos/Contacto*)



Tardienta (Huesca), Agosto de 1936. Tropas republicanas de la columna Del Barrio-Trueba inician un ataque contra posiciones nacionales. (*© Juan Guzmán – Efe*)



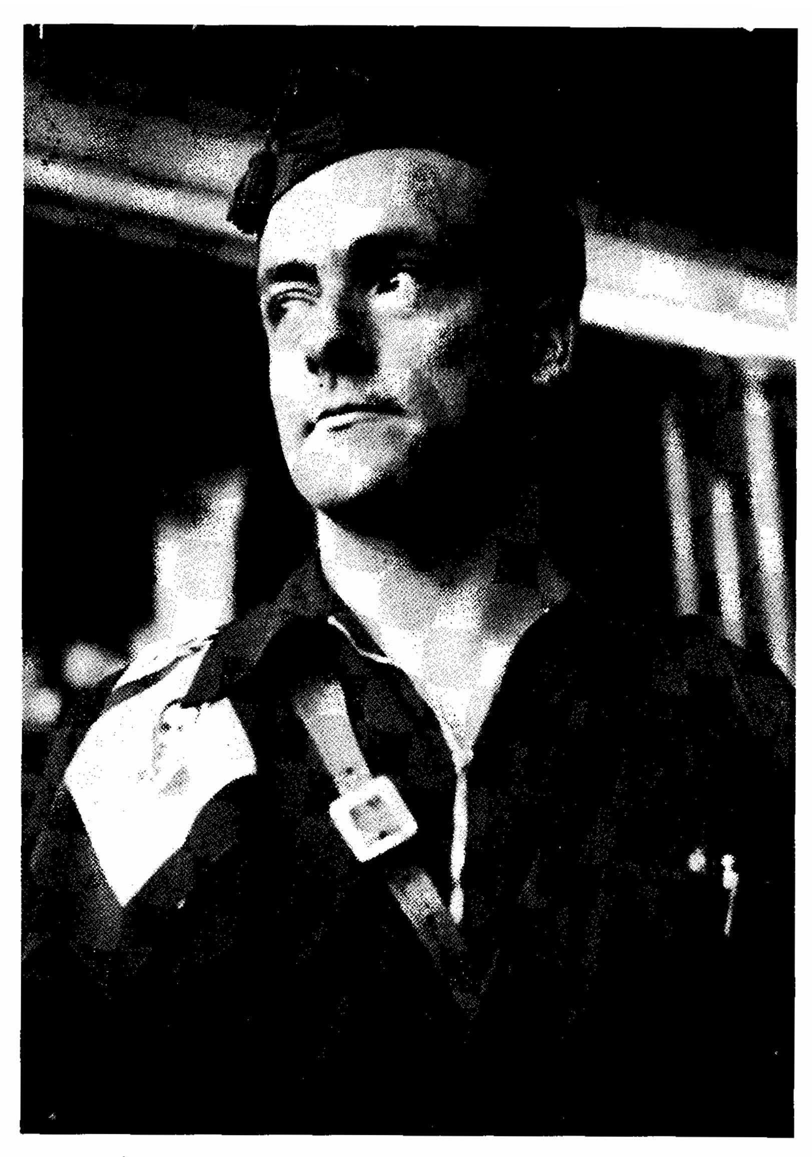
Julio de 1936. Camión blindado de la CNT-FAI de Sabadell delante de la catedral de Barcelona. (*Icub*)



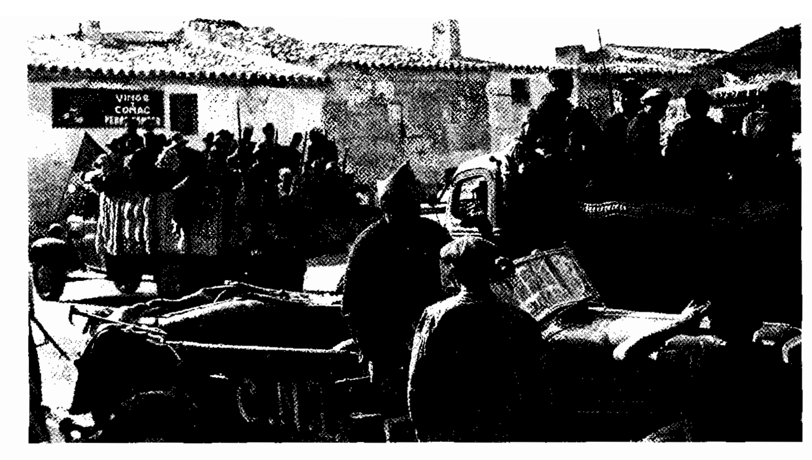
Zona republicana, 1936. Tren blindado construido por los obreros de Valencia, viaja con destino al frente de Aragón. (*Efe*)



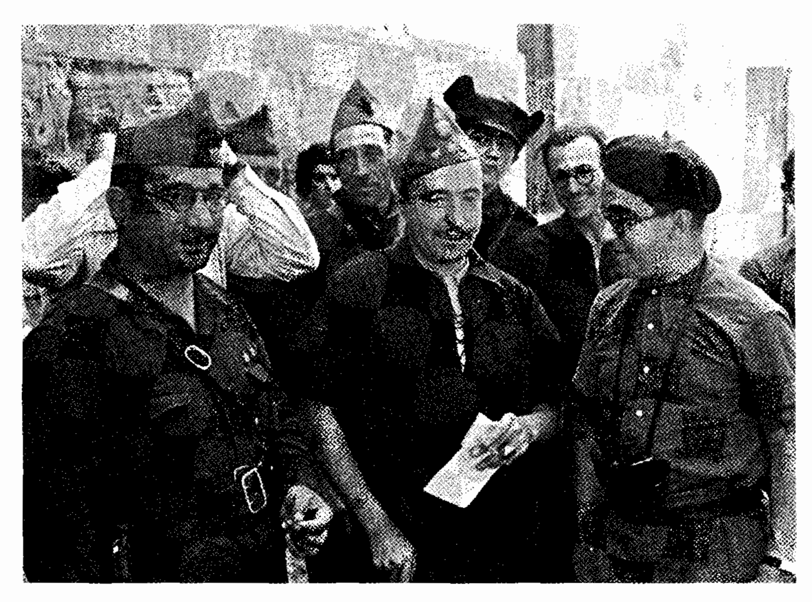
Tierra y Libertad, revista anarquista editada en Barcelona entre 1903 y 1939 por la FAI. (*AISA*)



Juan García Oliver. (*Icub*)



Bujaraloz (Zaragoza), 14 de agosto de 1936. El líder anarcosindicalista Buenaventura Durruti conversa con un anciano desde su Hispano-Suiza requisado. Junto a él, tropas a sus órdenes circulan en camiones con dirección a Zaragoza. (© *Juan Guzmán - Efe*)



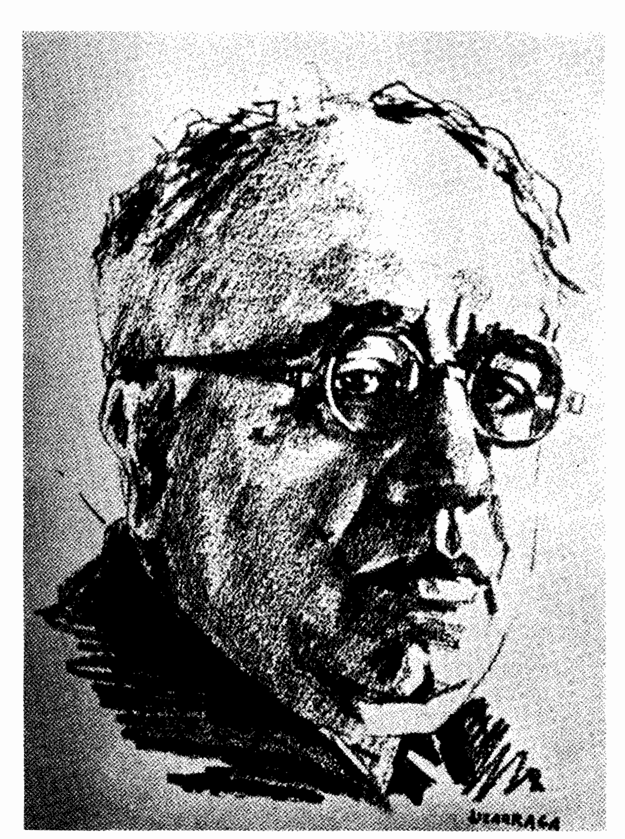
Angües (Huesca), 12 de agosto de 1936. El corresponsal del periódico «Pravda» Mijaíl Koltsov y agente del Komintern (a la derecha), con el capitán Alegre y un grupo de milicianos. (*Efe*)



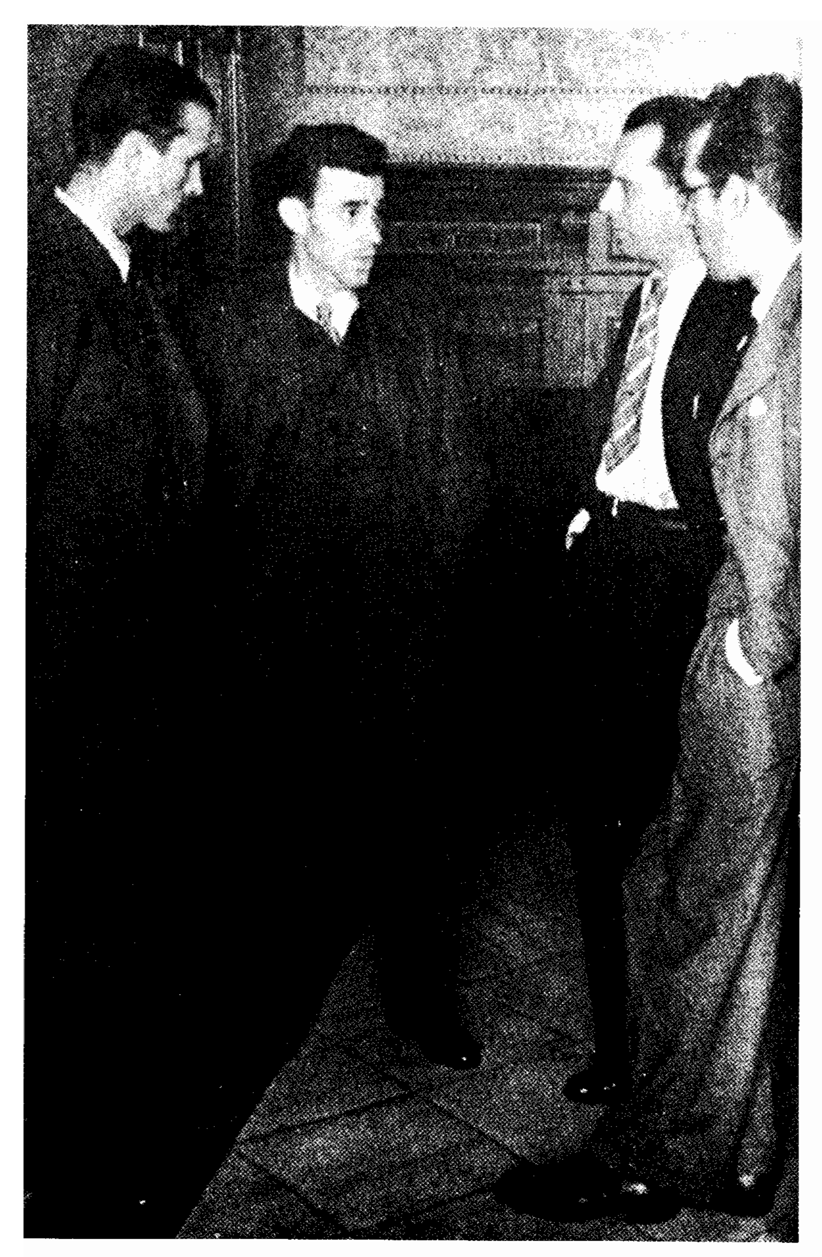
Madrid, 1936. Milicianos en el frente de Guadarrama. La sierra se constituyó en una lucha de posiciones que se mantuvo durante toda la guerra. (*Efe*)



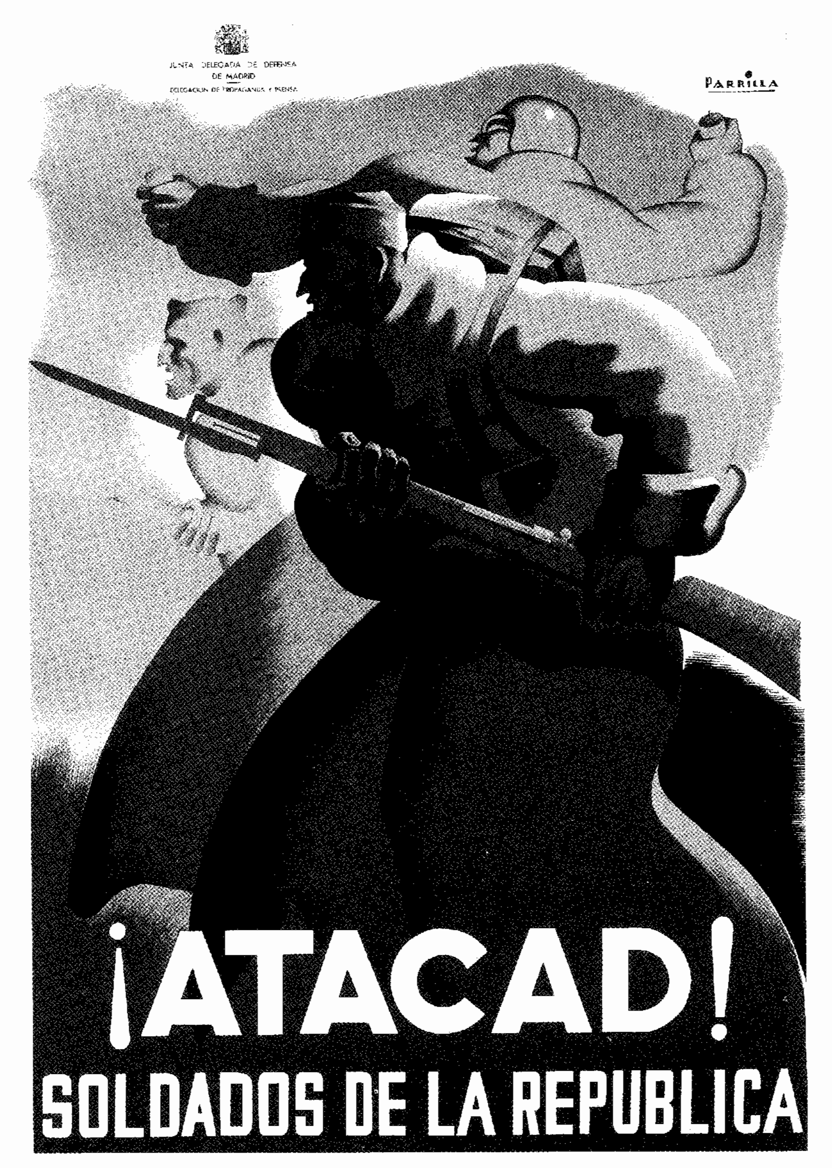
22 de agosto de 1936. Indalecio Prieto con Dolores Ibárruri y Matilde de la Torre. (*Foto Ringart*)



22 de agosto de 1936. Manuel Azaña, presidente de la República. (*Dibujo de Lizarraga*)



22 de agosto de 1936. José Díaz, secretario general del Partido Comunista, conversando con Checa, Delicado y Uribes, miembros del Comité Central. (*Foto Ringart*)



Dibujo de Parrilla editado por la Junta de Defensa de Madrid. *(AISA)*



27 de agosto de 1936. Campesinos armados de Castilla la Nueva.



27 de agosto de 1936. Banderín de una unidad de milicianos.



Extremadura, 1936. Un grupo de campesinos saludan, puño en alto, a los milicianos que van a unirse con las fuerzas de Madrid. (© *David Seymour/ Magnum Photos/Contact*)



3 de septiembre de 1936. Tropas marroquíes de Franco.



3 de septiembre de 1936. Soldados franquistas conduciendo a un grupo de campesinos castellanos prisioneros.



Toledo, 1936. Tropas republicanas salen del Palacio de Santa Cruz. (*Efe*)

temblando, que el gobierno, dos horas antes, había reconocido como insostenible la situación de Madrid, había tomado el acuerdo de evacuar y había evacuado. Largo Caballero había prohibido dar la noticia de la evacuación «para no provocar el pánico». Dada la urgencia de la marcha, se había acordado efectuarla de manera descentralizada, es decir, cada departamento partiría por su cuenta y riesgo, como pudiera y en lo que pudiera. Algunos ministros, según había oído aquel funcionario, protestaron, pero la resolución fue mantenida. Los principales personajes ya habían partido. Esto se había hecho poco antes de que se terminara el trabajo en las oficinas; los empleados se fueron sin saber nada, mañana se presentarán a sus puestos y el gobierno ya no estará.

El hombre lloraba y se retorcía las manos, quería llamar por teléfono a sus camaradas, encontrar, entre todos, un camión y obtener un pase para salir de Madrid. Dicen que hacen falta ciertos pases, que es necesario presentar las listas a la comandancia...

—Ríase de los pases —le he aconsejado—. Si encuentra un camión, ya tiene pase.

He ido al Ministerio de la Gobernación —allí el panorama era el mismo—. El edificio estaba casi vacío, quedaban sólo los empleados inferiores. Desde el exterior, todo ofrecía el aspecto habitual. En la Puerta del Sol, ante la fachada del ministerio, resonaban las campanillas de los tranvías.

He ido al Comité Central del Partido Comunista. Se estaba celebrando una reunión del buró político completo, faltaba sólo Mije, que se encontraba en el Quinto Regimiento.

Ahí han contado lo que sigue: Hoy, de repente, Largo Caballero ha decidido, en efecto, evacuar. Ha hecho aprobar su decisión por mayoría del Consejo de Ministros. Ya se ha ido, se han ido casi todos. Los ministros comunistas querían quedarse. Les han dicho que un acto semejante constituiría un descrédito para el gobierno y que estaban obligados a salir, como todos. La dirección de todos los partidos del Frente Popular está asimismo obligada a irse hoy.

Todo esto podía y debía haberse hecho antes, con tiempo, y no de esta manera; pero el viejo, con su recelosa terquedad y despotismo, con su demagogia, había llevado las cosas a tal situación.

Ni siquiera los más destacados dirigentes de las organizaciones, dependencias y organismos estatales habían sido informados de la marcha del gobierno. Al jefe del Estado Mayor Central, el ministro le

dijo, en el último instante, que el gobierno iba a salir, pero sin indicarle ni adónde ni cuándo. El jefe del Estado Mayor Central, con algunos oficiales, salió de la ciudad para buscarse un refugio. El ministro de la Gobernación, Galarza, y su ayudante, el director general de Seguridad, Muñoz, han salido de la capital antes que nadie. De los ocho mil fascistas detenidos no se ha evacuado ni uno solo. La ciudad no se defiende ni desde el exterior ni desde el interior. El Estado Mayor del jefe del frente central, del general Pozas, ha huido. Caballero ha firmado un papelucho en virtud del cual la defensa de Madrid se transfería a una junta especial (a un comité), presidida por un general de brigada, José Miaja, hombre viejo a quien nadie conoce. Se le busca por todas partes para hacerle entrega de la orden, pero no se sabe dónde está. El Comité Central ha acordado: defender cada calle de Madrid, cada casa, con el concurso de los obreros y de todos los ciudadanos honrados. Entregar a los fascistas sólo ruinas, luchar hasta el último cartucho, hasta el último hombre. Se nombra al secretario del Comité Central, Pedro Checa, delegado para la organización madrileña; Pedro Checa deberá pasar a la clandestinidad en el momento en que sea necesario. Además, Antonio Mije entra a formar parte de la Junta de Defensa de Madrid, y se hace cargo de la sección militar.

En el patio se embalan los archivos. A Pedro Checa se le acercan, uno tras otro, los secretarios de los comités de distrito y de las células de la fábricas. Sosegadamente, como es en él habitual, Pedro Checa se pone de acuerdo con ellos, les comunica las direcciones de las viviendas y de los puntos de reunión ilegales. Sonríe y me dice, guiñando un ojo: «Es hora de ahuecar el ala...»

Son las diez y veinte de la noche. Así, pues, en Moscú ya es la una y veinte. Allí, en las calles, están colgando a toda prisa los últimos adornos para la fiesta, los carteles y los retratos. Los porteros acaban de limpiar cuidadosamente las calles. Es posible que aún no haya terminado el concierto en el Gran Teatro; generalmente dura hasta muy tarde. Sería interesante saber qué tiempo está haciendo allí ahora. ¿Habrá mucha nieve, ya? ¿Habrá niebla, por la mañana?

Me he dirigido una vez más al Ministerio de la Guerra. Las puertas del jardín estaban cerradas. Nadie ha respondido ni a las llamadas del claxon ni a las luminosas de los faros. Ha sido necesario acercarse personalmente a la puerta y abrirla. En el portal no hay retén de guardia; las ventanas están todas iluminadas, las cortinas para el enmascaramiento contra la aviación no están corridas.

He subido por los peldaños del vestíbulo: ni una alma. En el rellano, ahí donde se encuentran las entradas a las estancias del ministro, por un lado, y a las del comisario general, por el otro, están sentados en sendas sillas, como dos figuras de cera, dos viejos empleados, vistiendo librea y pulcramente rasurados. A estos empleados no los había visto nunca. Están sentados con las manos en las rodillas, esperando que, tocando un timbre, los llame el jefe; lo mismo da que sea el de antes u otro nuevo.

Hilera de despachos; todas las puertas están abiertas de par en par, brillan las lámparas que cuelgan del techo; sobre las mesas, mapas abandonados, documentos, comunicados, lápices, blocs llenos de notas. He aquí el despacho del ministro de la Guerra, su mesa. Se oye el tictac del reloj sobre el reborde de la chimenea. Son las diez y cuarenta minutos. Ni una alma.

Más allá —el Estado Mayor Central, sus secciones, el Estado Mayor del frente del centro, sus secciones, la intendencia general, sus secciones, la dirección de efectivos militares, sus secciones—, una hilera de despachos; todas las puertas están abiertas de par en par, brillan las lámparas que cuelgan del techo; sobre las mesas, mapas abandonados, documentos, comunicados, lápices, blocs llenos de notas. Ni una alma.

He vuelto al portal. Delante, más allá del jardín, en la calle de Alcalá, la oscuridad es absoluta. Se oyen unos disparos, el espantoso alarido de una persona y luego risas. El chófer se ha alarmado; es el chófer de turno, hoy no ha sido relevado, no ha comido; me pregunta si no se puede retirar, desearía buscar algo de comer. Las agujas del reloj de pulsera brillan, señalan las diez y cuarenta y cinco minutos. Dentro de hora y cuarto será el 7 de noviembre. No, en esta noche, querido Madrid, no es posible abandonarte.

LIBRO SEGUNDO

A eso de las dos de la madrugada, el general Miaja llegó al Estado Mayor. Miaja ha iniciado su actividad en la defensa de Madrid con un delito de servicio.

Resulta que ayer, a las seis de la tarde, en el momento de la huida de la capital, el sustituto del ministro de la Guerra, general Asensio, llamó a Miaja y le entregó un sobre sellado, con la siguiente indicación escrita: «No abrirlo hasta las seis de la mañana del día 7 de noviembre de 1936.»

Miaja volvió a su casa. El sobre le quemaba las manos. Por teléfono unos amigos le comunicaron la noticia de que el gobierno y el alto mando habían salido de la ciudad. También unos amigos le dijeron que, según rumores, a él, Miaja, se le había confiado entregar Madrid a los fascistas.

Aquello tenía visos de ser cierto. Miaja es considerado como un general sin suerte, vulgarote, como un hombre provincial que ha intentado vanamente ocupar un puesto distinguido en los círculos militares. Los jóvenes generales, sobre todo Franco, Queipo de Llano y Varela, siempre se han burlado de él, de su torpeza, de su bastedad, de su falta de habilidad para situarse. Su propio apellido (Miaja-migaja) se prestaba a la burla. En julio, al producirse el levantamiento, a muchos les pareció divertido que se nombrara a Miaja ministro de la Guerra. En muchos salones levantaban el dedo con seria comicidad: «¡Oh, sí, Miaja es el mejor hombre para ponerse ahora al frente de un ejército de tales efectivos!» El pobre permaneció en su cargo de ministro unas horas. Intentó localizar por teléfono a algunas unidades, atar cabos, enlazar con algunos jefes, todo fue en vano. Resultó que nadie estaba en su casa; algunas veces se rieron sin disimulo por teléfono al oír decir que quien preguntaba era el ministro de la Guerra, general Miaja. Sin haber logrado nada, confuso, presentó la dimisión el mismo día.

En el hecho de que ahora la dirección militar haya dejado a Miaja el Madrid abandonado e indefenso, hay también cierta burla. Es indudable que la idea ha sido de Asensio, formalmente general republicano,

pero, de hecho, compañero de escuela de Franco, Varela y Yagüe, a quienes se parece por su educación, por su estilo y por sus gustos.

Después de unas horas de vacilación, Miaja decidió abrir el sobre, ilegalmente, sin esperar la mañana.

El paquete contenía una orden del ministro de la Guerra:

«Para poder cumplir su tarea principal de defensa de la República, el gobierno ha decidido salir de Madrid y encarga a Su Excelencia de la defensa de la capital a cualquier precio. Para ayudarle a cumplir esta difícil tarea, en Madrid se crea, aparte del aparato administrativo habitual, una Junta de Defensa, con representantes de todos los partidos políticos que forman parte del gobierno y en la misma proporción. La presidencia de la junta se asigna a Su Excelencia. La Junta de Defensa tendrá plenos poderes del gobierno para la coordinación de todos los recursos necesarios a la defensa de Madrid, defensa que se prolongará hasta el fin. Si, pese a todos los esfuerzos, resulta necesario entregar la capital, se encarga a dicho órgano de la salvación de todo el material de guerra, así como de todo cuanto pueda tener valor para el enemigo. En este caso, las unidades deben retirarse en dirección a Cuenca, para crear una línea de defensa en el lugar que indique el mando del frente central. Su Excelencia está subordinada al mando del frente central, con el cual deberá mantener enlace constantemente en lo que respecta a las cuestiones operativas militares. De él recibirá, también, órdenes de defensa, así como de suministro en material de guerra e intendencia. El Estado Mayor y la junta se instalarán en el Ministerio de la Guerra. En calidad de Estado Mayor se le transfiere el Estado Mayor Central, excepción hecha de la parte que el gobierno estime necesario tomar consigo.»

Miaja se lanzó en busca del Estado Mayor que se le transfería y del Estado Mayor del frente central. No encontró a ninguno de los dos. Todos habían huido. En el Ministerio de la Guerra no había ni una alma. Se puso a llamar por teléfono a las correspondientes casas particulares. Nadie se daba por enterado. En algunas viviendas, al saber que hablaba el «presidente de la Junta de Defensa de Madrid, general Miaja», la gente colgaba prudentemente el auricular sin responder nada.

Se puso a buscar a la Junta de Defensa. No encontró a nadie. Los representantes de los partidos, designados para formar parte de la junta, habían abandonado la capital sin autorización, excepción hecha del comunista Mije. Todo ello se parecía como gota de agua a

otra, a la humillación de que fue objeto Miaja al ser nombrado ministro de la Guerra en julio.

Miaja se dirigió al Quinto Regimiento de milicias populares. El Quinto Regimiento contestó que ponía por entero a la disposición del general no sólo sus unidades, sus reservas, sus municiones, sino, además, todo su aparato de Estado Mayor, a sus jefes y comisarios. Checa y Mije establecieron contacto con Miaja en nombre del Comité Central. A última hora de la noche aparecieron algunos oficiales para los trabajos de Estado Mayor —el teniente coronel Rojo, el teniente coronel Fontán, el mayor Matallana—. El Quinto Regimiento cedió para el trabajo del Estado Mayor a Ortega, miembro del Comité Central, jefe de la sección de servicios del Estado Mayor Central.

Todo esto lo contaba el propio Miaja, de pie en medio de la gran sala de recibir del ministerio, rodeado de las personas que poco a poco se iban reuniendo en el edificio abandonado. Miaja es un hombre viejo, alto, rubicundo, totalmente calvo, de mejillas flácidas, fofas, con grandes gafas de carey. Tiene aspecto de lechuza. Se exalta, se enoja, se da golpes al pecho y al vientre.

Los oficiales del Estado Mayor intentan establecer enlace con las columnas, que ayer retrocedieron hasta el recinto de la ciudad. Es en vano. Es imposible encontrar a nadie. El teniente coronel Rojo, tomando a su cargo las funciones de jefe del Estado Mayor, manda a algunos jefes y comisarios que encuentra a su disposición a que recorran, simplemente, la ciudad, a que vayan por cuarteles y barricadas hasta dar con las unidades y a que traigan aquí, al Estado Mayor, a los jefes y delegados de enlace. Los obuses de que se dispone llegan para cuatro horas de fuego. Cartuchos para todo Madrid: ciento veintidós cajas. En realidad hay muchos más obuses y cartuchos, quizá diez veces más. Pero no se sabe dónde están y es como si no existieran.

Por la orilla del Manzanares, junto a los puentes de la ciudad, algunas unidades se mantienen y hacen fuego, por su cuenta y riesgo. Rojo procura establecer contacto, ante todo, con ellas. Es necesario facilitarles municiones, ametralladoras, y, además, comprobar si los puentes están a punto para que puedan ser volados en cualquier momento, minar todas las casas inmediatas y dirigir las explosiones. De esta última misión se encarga Santi, voluntario, hombre de mucha audacia, comunista.

Los tanques también siguen yendo y viniendo en torno a la ciudad. Ayer, después de haber perdido el enlace con el mando, decidie-

ron hacer vida independiente. Su jefe, por iniciativa propia o por ruego de las unidades que se mantienen, emprende breves contraataques en la Casa de Campo y junto al parque del Oeste. Por la noche, cuando lo que corresponde a los tanques es descansar, hicieron de potente artillería, es decir, a ruegos de los milicianos, sencillamente, dispararon al azar, en plena oscuridad, en dirección a los fascistas. El capitán de los tanquistas se presentó en el Ministerio de la Guerra hacia las tres de la madrugada sucio, pálido, fatigado a no poder más.

—Protección del trabajo, ¿dónde estás? Según creo es así como se habla en Moscú, ¿no? Las esforzadas unidades republicanas en las últimas horas del día 6 de noviembre, han irrumpido en el Madrid patrio...

Con bromas sombrías procuraba vencer su fatiga:

—En tales casos, Clausewitz y Alejandro Magno recomendaban coñac.

En el ministerio había coñac. En el cuarto de baño de las habitaciones abandonadas por Asensio había dos botellas sobre el antepecho de la ventana. A todos les hizo gracia mi propuesta de que las botellas no se destaparan hasta las seis de la mañana teniendo en cuenta la indicación del sobre. Bebimos a la salud del buen Asensio que ha asegurado la defensa de Madrid con coñac. Era mucha la amargura del alma.

Miguel Martínez fue al Comité Central.

Desde el exterior, la casa parecía abandonada y muerta; en el interior, tras cortinas cuidadosamente bajadas, se trabajaba febrilmente. Checa daba órdenes a más y mejor. Junto con los secretarios de los comités de radio, organizaba la movilización general de toda la población antifascista en condiciones de luchar y de trabajar. Los militantes del Partido, conjuntamente con otros elementos de confianza, recorren las casas, piso por piso, hacen listas de voluntarios, crean comités de guerra en los edificios, con la misión de defenderlos hasta el fin, entregándolos sólo en ruinas. Parte de los trabajadores se destinan a la lucha directa; otra parte, a las obras de fortificación; los demás, al abastecimiento y a la producción de guerra.

Aparte de los comités de distrito, se han creado cinco comités militares de Partido, de sector. Sus funciones son de carácter puramente militar y político para la defensa de cuatro sectores de la capital. Los comités normales de distrito cuidan del trabajo de defensa de la población civil. Todos los viejos que no estén en condiciones de trabajar y las madres de familia con niños, han de ser evacuados inmediatamente de la ciudad.

Miguel preguntó qué había de la evacuación de los fascistas detenidos. Respondió Checa que no se había hecho nada y que ya era tarde. Para ocho mil personas hace falta muchísimo transporte, escolta, una verdadera organización; ¿dónde hacerse con todo ello en un momento semejante?

No hay por qué evacuar a todos los ocho mil, entre los que hay mucha gente inofensiva, morralla. Es necesario elegir a los elementos más peligrosos y mandarlos a la retaguardia a pie, en grupos pequeños, de doscientos hombres.

—Se escaparán.

—No se escaparán. Que se encargue de la escolta a los campesinos; serán, sin duda alguna, mucho más seguros que la guardia de la cárcel, tan sobornable. Y si una parte se escapa, al diablo con ella, luego se les puede echar el guante otra vez. Lo importante es no hacer entrega de estos cuadros a Franco. Por pocos que se logre mandar —dos mil, mil, quinientos—, ya será algo. Que se lleven por etapas hasta Valencia.

Checa reflexionó, meneó afirmativamente la cabeza. Destacó para ese trabajo a tres camaradas. Fueron a dos grandes cárceles.

Los encarcelados estaban jubilosos. Decían, riendo, a la administración: «Ésta es la última noche que pasamos aquí. Mañana tendrán ustedes otros clientes.» No amenazaban a los carceleros. En España, el personal de las cárceles permanece en sus puestos cualquiera que sea el régimen político, en calidad de especialistas insustituibles. Lo único que cambia son los detenidos.

Hicieron salir al patio a los fascistas, los iban llamando por lista. Esto los desconcertó y los aterrorizó. Creyeron que iban a fusilarlos. Los llevaron en dirección a Arganda; hacia allí fue, con el primer grupo, un inspector a organizar un punto de etapas provisional.

A las seis de la mañana nos acercamos a los puentes. El tiroteo era más débil. La gente dormitaba. Todo estaba agarrotado, en una espera sombría, desesperada. ¿En espera de qué? Salvar Madrid es imposible, pero también es imposible entregarlo. Y el caso es que se ha hecho precisamente todo lo que se podía hacer para entregar Madrid y nada para salvarlo. La historia condenará a quienes han dado lugar a esta desgracia. ¡Pobre historia, cuántas obligaciones descargamos sobre ella!

No es posible entregar Madrid. Es necesario pelear hasta la furiosa exaltación, hasta el último cartucho; luego, hasta la última pizca de dinamita; después, a la bayoneta; después, con los adoquines de las calles; luego, a puñetazos, y luego, cuando ya le echen a uno la mano, con los dientes. Que sepa el enemigo lo que significa tomar una ciudad como ésta. En Carabanchel han entrado demasiado aprisa; pero ahora, que vayan a paso de tortuga —cada calle será para ellos una carnicería—. De este modo es posible seguir combatiendo quince días, un mes, antes de que lleguen a conquistar toda la ciudad.

A lo largo de una callejuela, hay una cola; está formada sólo por mujeres y niñas. Aún no es de día y ya forman cola. Es una cola para tortas. Avanza muy despacio porque hay que freírlas. Las fríe en una sartén una vieja vendedora; toma un puñadito de pasta hecha con harina de maíz que tiene en un recipiente de arcilla y la extiende sobre la palma de la mano; después, de una botella de cerveza, echa aceite en la sartén y en ella fríe la torta. En la sartén caben tres tortas anchas y una estrechita. La vieja imprime un brusco movimiento a la sartén, las tortas dan la vuelta y siguen friéndose. Pone en un plato de estaño la torta pequeña y vende las otras tres. Tiene papel de periódico cortado en cuadrados. Coge la torta con una hojita y la entrega por la ventana. La torta cuesta un real, es muy barata. No podrá decirse que la vieja sea una especuladora. Las compradoras se van de tres en tres. Llevan las tortas a sus casas. Las comerán con el café. La vieja vende sólo una torta por persona. Mi chófer y yo también nos ponemos en la cola, somos, allí, los dos únicos hombres. Tengo muchas ganas de comer tortas, y el chófer lleva veinticuatro horas sin probar bocado.

Mas, para luchar, para luchar hasta un exaltado frenesí, es necesario que la gente crea en algo, que sienta que luchar tiene un sentido. Que es posible mantener Madrid. Quizá, en efecto, sea posible mantenerlo... Si se resiste, por ejemplo, hasta que lleguen reservas. El diablo sabe, a lo mejor, de pronto, llegan... Hablando en términos generales, ya están llegando nada menos que seis brigadas enteras. Se hallan en alguna parte alrededor de la capital. Al parecer, una brigada ya está en Vallecas. Cubre la retirada por la carretera de Valencia. ¿Para qué cubrir la retirada? ¡Que se cubran a sí mismos quienes se retiran! Reunir seis brigadas, si no es posible reunir más, atacar al enemigo por la retaguardia, cercarlo, empujarlo hacia Madrid, meterlo en una ratonera, aplastarlo... Hubo el «milagro del Marne». ¿Qué

hace falta para que haya el milagro del Manzanares? ¡Si se produjera! Es necesario que se produzca...

Ya es completamente de día, comienza la animación por las calles, crece y he aquí que una enorme oleada de personas, de carruajes, de objetos y animales, en creciente excitación, aumentando amenazadora, se pone en movimiento desde la parte sur y suroeste de la capital.

Sólo ahora, por la mañana, la capital ha sabido que el gobierno se ha marchado, que no existe una verdadera defensa de la capital, que el enemigo está en las puertas de la ciudad, que ha rebasado sus umbrales.

En el transcurso de dos horas, se embotellan rápidamente las calles principales, luego las laterales, después las callejuelas. Una compacta y fluyente masa humana se agita, bulle, se fatiga profiriendo gritos y lamentos. De la muchedumbre sobresalen automóviles atascados, camiones, vagones de tranvía sin gente, carros llenos de trastos. Un auto blindado lleva encima, desvergonzadamente atados con cuerdas, colchones, almohadas, baldes, líos de ropa. Hay un coche fúnebre, con un muerto, al que todos han abandonado, incluso el cochero.

Ahora el pánico se produce espontáneamente. La gente se desespera y llora, habla con los desconocidos, como durante un terremoto, las madres llaman a sus hijos. Un comerciante, llevado de su codicia, ha cargado su mercancía en un carro —telas chillonas—; una pieza de seda se ha desenrollado, ha quedado prendida en alguna parte, su dueño grita, y alguien, con la mayor indiferencia, arranca un trozo de la tela brillante, reluciente, como si se tratara de una tira de serpentina.

Esto es el diluvio, el fin del mundo, la destrucción de Pompeya, una locura de pánico colectivo. De todos modos, también la demencia posee su regularidad.

La infinita masa de gente, aunque ha obstruido todas las calles, se mueve, pese a todo y aunque sea con lentitud, en dirección este.

He dejado el coche y al chófer después de indicar a éste que, cuando el flujo ceda, vaya al Ministerio de la Guerra. Por mi parte, poniendo en acción los codos, he comenzado a abrirme paso hacia el Palace. Quería visitar a Simón.

Más de una hora he tardado en llegar a la Plaza de las Cortes. Junto a la puerta había numerosas ambulancias con heridos, a los que

nadie descargaba. ¿Era necesario descargarlos? A quienes primero se ha de evacuar es a los heridos.

Me he precipitado a la sala donde está Simón. La gente de la calle se agrupaba entre las camas, hablaba con los heridos, reflexionaba acerca de lo que debían hacer. Algunos habían acudido con camillas de propia fabricación y recogían a sus parientes heridos, madrileños, y se los llevaban a sus casas para esconderlos de los fascistas.

Simón ya no estaba. Los de las camas contiguas me dijeron que había muerto hacía una hora y que en seguida le habían llevado al depósito de cadáveres.

Se entra en el depósito de cadáveres por una callejuela —aquello había sido un garaje para turistas ricos—. Había muchos cadáveres, ya habían comenzado a colocarlos en dos pisos. Simón estaba arrimado a la pared; sobre él colgaba un gran neumático de automóvil. Se le veía el rostro tranquilo.

Tocaron las sirenas. Aparecieron unos Junkers. Se oyó una explosión, a lo lejos.

Pero luego, el público, interesado y gozoso, en vez de dispersarse, levantó las caras al cielo.

Los aparatos de bombardeo modificaron su curso, dieron la vuelta hacia el occidente y se alejaron a toda prisa. Quedó un grupo de cazas, contra los que se lanzaron, en formación cerrada, unos aparatos pequeños, que se presentaron por un lado, muy rápidos y de mucha capacidad de maniobra.

Los Heinkels comenzaron a dispersarse, el combate se hizo por grupos. Uno de los aviones se desplomó envuelto en llamas, dejando tras de sí una línea de humo negro. La gente de la calle estaba entusiasmada, aplaudía, lanzaba boinas y sombreros hacia arriba.

—¡Los chatos! —gritaban—. ¡Vivan los chatos!

A las dos horas de haber aparecido los nuevos cazas republicanos, el pueblo de Madrid ya les había inventado el nombre de «chatos». Los aparatos tienen, realmente, este aspecto: la parte de la hélice apenas sobresale formando una leve prominencia por delante de las alas.

Los Heinkels huyeron. Para recalcar el hecho, los «chatos» dieron especialmente dos vueltas sobre la capital, descendieron en picado, trazando hermosas figuras de alto pilotaje, mostrando a poca altura los distintivos tricolores de la República. La muchedumbre, en las calles, con gozosa emoción escuchaba el sonoro roncar de los motores

amigos. Las mujeres agitaban sus pañuelos y de puntillas, tendido el cuello, enviaban besos al cielo, como si desde arriba pudieran verlas.

Ahora, en Moscú, el desfile de noviembre está en su apogeo. Estarán desfilando o, probablemente, habrán desfilado ya las academias militares. La división proletaria, el Osoaviajim,[14] la caballería, la artillería. Estarán entrando, o quizá ya habrán entrado, por los dos pasos, a ambos lados del Museo de Historia, los ruidosos aludes de tanques. En el mismo instante aparecen en el cielo los primeros grupos de aviones. El público aplaudirá, ya mirando hacia arriba, ya dirigiendo sus miradas sobre las pesadas y rápidas tortugas de acero...

Frente a la entrada principal del Palace, se encuentra desde ayer, sin moverse de allí, un Buick de cinco plazas, completamente nuevo. He pedido que busquen al chófer. Ha resultado ser un hombre de baja estatura, de mediana edad, pulcro, con corbata.

—¿Qué le ocurre a su coche? ¿Está en buen estado?

—Sí. Espero a mi jefe. —Me nombró a un destacado funcionario de la dirección de ingenieros militares.

—Su jefe se fue ayer a Valencia en otro automóvil.

—No puede ser. Me lo habría dicho.

—No sé. Le vi con su mujer y sus hijos. Su mujer llevaba un sombrero azul; su hijo mayor, de unos veinte años, llevaba un aparato fotográfico colgado al hombro. El coche parecía mayor que el suyo.

Me escuchaba, frunciendo el ceño.

—Seguramente está usted en lo cierto. Mi jefe tiene además un Packard de siete plazas. El sombrero azul, el aparato fotográfico... tiene toda la razón. En el Packard probablemente han podido colocar mucho equipaje... Yo también tengo familia. Algunos chóferes han abandonado a sus jefes y han trasladado a sus familiares. Yo no lo he hecho. Anteayer me despedí de mi familia, aunque la tengo aquí, en Madrid.

—¿Cómo se llama usted?

—Dorado.

—Sea mi chófer.

Dio la vuelta al automóvil, muy despacio, como si lo mirara por primera vez. Examinó las ruedas, el radiador, la figurita que lo corona, las manijas de las portezuelas, el portabultos de la parte trasera. Todo se veía nuevo, cuidado, limpio. Abrió la portezuela delantera, se sentó al volante, puso el coche en marcha y preguntó con toda sencillez:

—¿Adónde le llevo?

En la segunda mitad del día, Miguel Martínez intentó hacer algo en el comisariado. De la jefatura, no había quedado nadie, excepto Mije, que estaba ocupado en la Junta de Defensa. Tres mecanógrafas, a las que ayer no dieron cuenta de la evacuación, habían acudido a trabajar en los despachos vacíos. A una de ellas la nombraron secretaria y tomó asiento en la mesa del despacho. Apareció el comisario Gómez, se presentaron dos o tres personas más. Continuaron trabajando, como si no hubiera sucedido nada. Llamaron a Checa pidiéndole que mandara a unos cuarenta hombres para destinarlos como delegados políticos a las unidades que defienden los puentes. Checa respondió que no disponía de un solo comunista libre, pero a la media hora envió ya a cinco hombres. Les entregaron un mandato a cada uno, un bloc, tres lápices tinta, un plano en colores de Madrid y un paquete de cigarrillos, les indicaron los números de los teléfonos a los que debían llamar cada dos horas para informar de la situación en el sector. De una de las columnas llegó un motorista con una nota del jefe. Éste pedía que se le mandara a un comisario en seguida, que el motorista lo llevara en el sidecar. Esto causó a todos muy buena impresión y levantó los ánimos. Gómez y Martínez iban y venían por la estancia con aspecto de personas importantes; hasta se sentían mejor sin los superiores, en situación de responsables. No se sabe cuánto va a durar esto... Checa ha mandado a nueve personas más, ¡cuánto vale este hombre! «¿Qué hacer, de qué debemos ocuparnos?», preguntaban los comisarios de nuevo cuño. Casi todos eran obreros de la construcción. No había tiempo para darles conferencias sobre trabajo político. Miguel decía: «Lo primero es levantar los ánimos a los combatientes, ni un paso atrás. Lo segundo, levantar los ánimos a los jefes. Lo tercero, organizar grupos de dinamiteros y antitanquistas. Lo cuarto, reforzar la segunda y la tercera línea de defensa, que los vecinos de las casas construyan barricadas. En quinto lugar...» Los comisarios tomaban notas con los nuevos lápices en los blocs nuevos. «¿Qué, en quinto lugar?», preguntaron. Miguel no sabía qué era lo quinto. «En quinto lugar —dijo, después de reflexionar un poco— manteneos firmes, sin dar un paso atrás hasta que nos lleguen potentes refuerzos y entonces Franco será totalmente derrotado a las puertas de Madrid.» «Hasta que nos lleguen potentes refuerzos», escribieron con alegría los comisarios en los nuevos blocs. «¿Y si no llegan? —pensó Miguel para sus adentros—. ¿Y si llegan demasiado tarde?»

Al pasar por la calle de Alcalá, dije a mi nuevo chófer que se metiera por una calle lateral, donde se encuentra la Alianza de los escritores antifascistas. La maciza puerta del viejo palacete estaba abierta de par en par.

—¿Se han marchado todos? —pregunté al portero.

—No, todos no...

—¡¿No?!

En el interior, vacío, silencio. Un busto de mármol, como un esqueleto, formaba una mancha blanca en la penumbra. En el jardín de invierno, no había nadie; nadie en el salón, nadie en el comedor.

Subí al piso principal. Abrí y cerré una tras otra numerosas puertas, no encontré a nadie. Probablemente el guarda se había equivocado.

Subí aún más arriba, a la buhardilla. Ahí antes vivía la joven generación de los marqueses, muchachos y muchachas Tampoco había nadie.

—¡Hola! —grité ya al entrar.

Una débil voz me respondió desde lejos.

Me precipité hacia adelante, hacia la última de las habitaciones.

Sobre una cama sin arreglar estaban sentados Rafael Alberti y María Teresa León. Ante ellos, en una mesita, había dos tazas con restos de café y la pistolita de plata, que conocí en la carretera de Talavera. Con esa pequeña pistola María Teresa detenía a los combatientes en fuga, los detenía y les suplicaba que volvieran a la línea de fuego.

Hicieron un movimiento como para levantarse, a Rafael la mano se le dirigió hacia la pistolita. El movimiento se interrumpió al reconocerme Rafael.

—¡Hola! ¡¿Tú aquí?! ¿Qué significa esto?

—¿Vosotros, aquí? ¿Por qué no habéis marchado?

—No nos iremos. Nos quedamos.

—¡Qué tontería es ésta!

—¡No es ninguna tontería!

No los había visto nunca como entonces. A Rafael se le había alargado la cara. Sus ojos, que siempre miran el mundo como un espectáculo, eran duros y no querían ver nada más. María Teresa miraba con asombro —se había alarmado, acababa de salir de su aturdimiento—. Su dulce rostro, de suave línea y con hoyitos, tenía, entonces, un aspecto desagradable, como si fuera de yeso, como la máscara que le sacaron en Moscú. En el Congreso de escritores que se celebró

en esta ciudad, alguien tuvo la idea de sacar máscaras de yeso a todos los escritores invitados. La idea fue acogida con entusiasmo, todos se precipitaron hacia el estudio de un escultor, pero las máscaras resultaron desagradables, no gustaron a nadie, las rompieron y se perdieron.

—¿Por qué diablos os quedáis aquí?

—No tenemos ningún otro sitio adonde ir. Estamos en nuestra ciudad, en nuestra casa. Nos defenderemos cuando nos llegue a nosotros el turno. Cierto, no por mucho tiempo. —Sonrió pálidamente, señalando la pistolita de plata—. Tres balas para ellos, las dos restantes, para nosotros.

—¡Esto es una locura!

—Somos españoles, antifascistas, revolucionarios. Hemos hecho agitación para la defensa de Madrid, hemos dirigido la Unión de Escritores Antifascistas, esto significa que hemos de perecer junto con la ciudad; nosotros mismos nos hemos dictado esta sentencia y la sentencia ha de cumplirse.

—¿Y los demás miembros de la Alianza?

—Casi todos se han quedado también en la ciudad, con la misma decisión.

—Esto es una locura. Una tontería de cien mil diablos. Intelectualoidismo abyecto. Madrid aún no se defiende... Tenéis que iros, mientras no sea tarde. Tenéis que iros y llevar con vosotros a toda la intelectualidad madrileña honrada, salvarla de la muerte, del aniquilamiento, del oprobio fascista.

—Hemos considerado más justo perecer demostrativamente y dar al mundo un ejemplo de autosacrificio en masa ante el fascismo.

—¡Esto es delirar! ¡Es idiotismo! ¡Gran cosa, el autosacrificio! Un matarife marroquí os va a degollar a ti y a María Teresa, entre libros polvorientos, los tirantes del viejo e impotente marqués y los malolientes bustos de mármol. El revolucionario no es un animal de matadero, no es un fanático sumiso, no es un suicida. Mientras es posible, lucha, ataca, resiste. Cuando ya no es posible, se retira, conservando las fuerzas, se esconde, huye. Y de nuevo, cuando se presenta la primera ocasión, reanuda la lucha, la continúa, vuelve a atacar. Es muy trágico lo que habéis ideado, pero no es tan hermoso ni mucho menos. Y en relación con vuestros camaradas, en relación con la Alianza, esto es un crimen.

Me miraban y se miraban descontentos y casi con hostilidad. La muerta armonía de su decisión se había resquebrajado. Alberti repuso, vacilante:

—Esto se puede interpretar de distintas maneras.

Yo me puse furioso:

—¿Por qué, de distintas maneras? Si queréis meteros las balas de vuestro juguete en los sesos es cosa vuestra, yo no soy vuestro mentor. Pero haced el favor de cumplir primero vuestro deber de dirigentes: con carácter de disciplina antifascista y en perfecto orden, evacuad a todos los miembros de la Alianza madrileña, a los literatos, pintores, compositores, a sus mujeres y a sus hijos. Perdonad mi falta de tacto, pero el daño que puede producirse no se limita al asesinato y a la tortura de la intelectualidad antifascista. Los habrá también a quienes los fascistas quebrarán la voluntad, los obligarán a subordinarse, a humillarse, a disimular sus culpas, a hacer méritos —¿estáis acaso seguros de que no los habrá?—. Y el que esto ocurra se deberá al hecho casual de que hoy nadie los ha ayudado a evacuar Madrid. ¿Quién responde de ello?

Los dos, extraordinariamente agitados, iban y venían por la estancia. María Teresa se retorcía los dedos.

—¡Pero y tú! ¡Tú exiges que nos vayamos y tú, ruso, te quedas aquí...!

—¡De ningún modo! Si yo estoy aquí aún es porque... bueno, porque aún me queda una cierta esperanza. Es posible que la ciudad de todos modos se defienda. Por lo menos durante cierto tiempo... Y si todo se termina, si cae la última barricada, podéis tener la seguridad de que no me quedaré aquí, me iré. No tengo el menor deseo de ver la jeta del general Franco.

—Y nosotros... ¿También nosotros podemos ser los últimos en irnos?

—Naturalmente. Nadie os meterá prisa. Pero antes haced salir a los otros. Sacad a los viejos, a los débiles de cuerpo, a los débiles de espíritu, vosotros mismos veréis mejor a quién se ha de evacuar.

Su rigidez empezó a ceder.

—No disponemos más que de un pequeño camión...

—El comisariado nos facilitará aún dos coches. Con el mío, serán tres. Es un Buick excelente, hoy me lo han regalado, es posible colocar en él a cuatro académicos o a un premio Nobel...

María Teresa sonrió entre lágrimas:

—Hasta ahora bromea...

—No es necesario llevarlos a todos hasta Valencia o Cuenca. Lo que hace falta es conducirlos hasta Alcalá de Henares, es decir, a veinticinco kilómetros. Los coches pueden estar de vuelta a la hora. La cuestión está en las horas de que dispondremos... Bueno, esto ya se verá.

Rafael se acercó al teléfono, a medio camino volvió la cabeza, dudando; de todos modos, descolgó el auricular y marcó un número. Dijo a alguien, ya casi con voz firme:

—Se ha decidido evacuar a gran parte de los intelectuales... ¿Qué? Sí. Di que el gobierno facilita todas las comodidades, los mejores coches, la salida con las familias... ¿Qué? ¡De ningún modo!

Frunció el entrecejo y añadió hablando por el auricular, ya con la voz decidida de un jefe:

—Se trata de la salvación de los cuadros de la intelectualidad. Toma una hoja de papel y anota los nombres; te los voy a citar.

A las cinco de la tarde, las unidades fascistas intentaron rodear el parque de la Casa de Campo. Ahí los recibieron con enérgico fuego de ametralladora y de artillería (bajo el seudónimo de artillería actuaban cuatro tanques). En Carabanchel hizo su aparición la caballería mora. Dos carros blindados abrieron un intenso fuego a lo largo de la calle, desde los mataderos. La caballería retrocedió.

Más aún: las unidades que cubren el puente de Toledo decidieron efectuar un contraataque y lo hicieron. Al anochecer, avanzando cautelosamente por los patios hacia la parte sur de Carabanchel, los milicianos volaron con granadas de mano un tanque italiano. Mataron a sus servidores. Luego, los milicianos, con sus propias manos, empujaron el tanque un centenar de pasos; después hicieron llegar hasta allí un camión y sacaron el trofeo por el puente de Toledo. La máquina italiana, maltratada y rota, fue llevada por las calles de la capital, entre indescriptibles gritos de entusiasmo.

El enemigo ha atacado la ciudad por distintos sectores, pero, de momento, con pocas fuerzas, por lo visto tanteando con qué firmeza tiene la intención de defenderse la guarnición de Madrid o si va a defenderse y si existe en realidad.

En todas partes los milicianos se han mantenido en sus puestos, junto a las barricadas. Rojo ha designado a los jefes de las columnas que actúan en los sectores de la capital: Barceló, Galán, Escobar, Líster, Prada, Clairac, Bueno. Se trata, en parte, de oficiales de carrera y, en parte, de jefes de las milicias del Quinto Regimiento.

Los fascistas hasta última hora de la tarde no han emprendido el ataque fundamental, lo que podría llamarse asalto a Madrid. Por lo visto están acercando las fuerzas principales para dar, mañana, un empujón decidido y penetrar en el centro de la ciudad.

La enorme oleada de refugiados va pasando poco a poco a través de Madrid. Ahora, aunque despacito, cruza ya su parte oriental. En la carretera de Valencia, los anarquistas han establecido patrullas de control, dejan pasar a quien se les antoja, y a quien no se les antoja no le dejan pasar. A ellos les gusta mucho el servicio de barrera en patrulla. Resulta que ayer retuvieron a algunos destacados funcionarios de los altos organismos oficiales, se burlaron de ellos y por poco los fusilan. Al alcalde de Madrid, el famoso gordezuelo Pedro Rico le obligaron a volver a la capital. Lleno de miedo, el hombre se ha refugiado en el edificio de una embajada extranjera, ¡qué vergüenza!

Por las calles laterales del paseo de la Castellana, ha habido varias escaramuzas sangrientas. Los fascistas de la «quinta columna» disparan desde los desvanes contra los milicianos o, simplemente, contra los peatones. Contra los que van solos disparan con fusil; contra los grupos, con fuego de ametralladora. Arrojan pequeñas bombas, a veces simplemente granadas de mano. Es preciso decir que se trata de un procedimiento de lucha muy desmoralizador. Íbamos en el coche por la calle de Goya y delante de nosotros, en una encrucijada, aproximadamente a manzana y media de distancia, se produjo una explosión, cayeron al suelo varias personas, se oyeron lamentos y gritos. En el campo todo esto resulta bastante más sencillo. Aquí, la gente se desconcierta, teme salir a la calle, y si sale, camina muy tímidamente, apretándose contra las paredes. Pero la actuación de la «quinta columna» ha provocado un estallido de espantosa furia. El pueblo ha entrado en las casas desde las que se disparaba y no sólo ha hecho registros generales, en todos los pisos, sino que, al mismo tiempo, ha dado muerte a muchas personas, inocentes y culpables, destrozando todo cuanto tenía al alcance de la mano. A una casa hasta le han pegado fuego. A alguien se le ha ocurrido dar cuenta de todo ello por radio y advertir que lo mismo se hará con cualquier casa y con sus moradores si en ella se descubren terroristas y agentes diversionistas del fascismo. Que los moradores de cada casa se controlen a sí mismos, la responsabilidad recae sobre cada uno de ellos y sobre todos en conjunto.

En el transcurso de dos o tres horas, se ha constituido en la ciu-

dad un frente interior. En las manzanas de la retaguardia se organizan algo así como comités de inquilinos pobres, mejor dicho: comités antifascistas. Montan la guardia, controlan a los inquilinos, están en contacto con las autoridades del distrito. Se produce en la ciudad cierto estremecimiento, buen estremecimiento —es posible que Madrid, en verdad, pelee bien, barrio a barrio—. Va cediendo la rigidez del miedo y del fatalismo y va siendo sustituida por un impulso de tenacidad, de ira y de intransigencia.

A eso de las siete de la tarde, ha salido *Mundo Obrero* en una pequeña hoja gris. Nota de la redacción: «Hoy nos vemos obligados a reducir el tamaño de nuestro periódico por causas muy ajenas a nuestra voluntad. Cuando se aclare la situación en los frentes de Madrid, *Mundo Obrero* saldrá según su formato habitual.»

Titular sobre el texto: «¡Combatientes, conmemorad el decimonono aniversario de la gloriosa revolución rusa con una inflexible resistencia!»

Telegrama de Moscú: «La URSS festeja solemne y alegremente el XIX aniversario de la Revolución. En todo el país, las ciudades y los koljoses, adornados e iluminados, ofrecen un aspecto de fiesta. Por la tarde, en todas partes se han celebrado reuniones consagradas al aniversario de la revolución. En el Gran Teatro de Moscú ha tenido lugar la sesión solemne del Consejo de la capital junto con las organizaciones del Partido y de los sindicatos. En la presidencia han aparecido los dirigentes del Partido y del gobierno, que han sido acogidos con clamorosas ovaciones. Kalinin, presidente del Comité Ejecutivo Central, ha hecho un detenido informe acerca de los éxitos de la URSS en todos los terrenos (Agencia Fabra).»

Otro telegrama:

«Amenaza fascista en el Brasil.»

Además: el parte del Ministerio de la Guerra correspondiente al día de ayer con detalles sobre pequeños tiroteos en los frentes del Norte y de Aragón.

Otro telegrama: desde Barcelona, un parte del consejero de guerra, coronel Sandino, informa de que cerca de Bujaraloz tres soldados se han pasado a nuestro lado.

Anuncios: «Visitad el taller de modas Gutiérrez.» «Casa Donato: vinos, licores, vermut. Calle de Galileo, número 18.» «Bar Benito: café con leche, café exprés.»

Informaciones: «La reunión de guardas y porteros de los ministerios civiles se celebrará mañana a las diez de la mañana en la calle de Abad, número 9.» «Se han encontrado una cartera y dos certificados a nombre de Timoteo Luna. Pregúntese en el Sindicato de los Trabajadores de Banca y Bolsa.»

Un poco aguado, la verdad... De todos modos, no está mal que el periódico haya salido. Al mismo tiempo, en las calles se vende otro número de *Mundo Obrero*, impreso con anterioridad, de treinta y dos páginas, un número especial, con ilustraciones, dedicado al decimonono aniversario del poder soviético.

¿Y de nosotros, qué saben, en Moscú? Los fascistas han proclamado que han entrado en Madrid el 7 de noviembre. Desde aquí no se ha dado ninguna información. Voy a telégrafos —está cerrado, no funciona—. Desde el comisariado llamo a la central telefónica internacional. Pregunto con quién había comunicación. Sólo con Barcelona. ¡Magnífico! ¡Venga la comunicación! Pido el hotel Majestic —me enlazaron con él—. Llamo a Liza Koltsova, que ha llegado a Barcelona hace unos días.

—¿Aún estas ahí, en Madrid?

—Sí. Y te felicito con motivo de la fiesta.

No me pregunta nada más.

—Tengo el lápiz en la mano. Dicta.

Dicto brevemente un comunicado de lo sucedido durante las últimas dieciocho horas, hora por hora.

No me pide que repita nada. Al final dice:

—Ahora mismo lo transmitiré a Moscú.

La redacción ahora no trabaja, es fiesta. Pero hay personas de guardia. Quien necesite saberlo, llamará por teléfono al que esté de guardia y sabrá que Madrid, el 7 de noviembre, ha estado en manos del pueblo.

Vuelvo a los puentes. Escaso fuego de artillería. El número de combatientes, en todas las barricadas, ha aumentado sensiblemente. No se nota que haya pánico. Al contrario, los hombres, diligentes y tranquilos, preparan nidos de ametralladora, acarrean sacos llenos de tierra. Han aparecido algunos cañones, para los que se construyen reductos. Parte de los combatientes, envueltos en mantas, duermen sobre la acera.

En el Estado Mayor, la excitación era extraordinaria. Resulta que el tanque italiano del que se habían apoderado era la máquina del jefe. Al oficial fascista muerto, español, se le encontró una orden de

operaciones del general Varela sobre la toma de Madrid. El teniente coronel Rojo, con sosegada voz, la leía por segunda vez, deteniéndose y trazando al margen de cada punto con lápices rojo y azul pequeñas señales. Los jefes de las columnas estaban sentados sobre mesas y sillas, escuchando ávidamente.

Varela indica el «objetivo para el día "D": situarse en las posiciones de partida para el ataque y asalto a Madrid, ocupar y mantener la línea que cubre nuestro flanco izquierdo».

Formula la idea de la maniobra como sigue: «Atacar al enemigo en el frente comprendido entre los puentes de Segovia y de Andalucía para inmovilizar allí las fuerzas enemigas. Trasladar el grupo de choque al noroeste con la misión de ocupar el sector comprendido entre la Ciudad Universitaria y la plaza de España, punto de partida para el ulterior movimiento hacia el interior de Madrid.»

Con este fin, Varela señala los objetivos:

A su flanco izquierdo: «bajo el mando directo del coronel de la legión extranjera» asegurar el flanco de la operación contra «el posible ataque de las unidades rojas desde el norte y noroeste», avanzando en dirección al «campamento de ingenieros —puerta de Rodajos—, monte de Garabitas —Puente nuevo (pasarlo)—, plaza Redonda —hospital clínico de la Ciudad Universitaria—. Iniciación del movimiento: a las seis horas».

A su grupo de choque: atacar de frente la parte central de la ciudad, para lo cual:

La columna n.º 1 entrará en la Casa del Campo por brechas abiertas en el muro, atacará cubierta por la columna n.º 4 (del flanco izquierdo), vadeará el río, proseguirá el ataque a través del parque del Oeste, ocupará la cárcel Modelo y los cuarteles. Luego proseguirá el ataque hasta la calle del marqués de Urquijo. Desde la cárcel Modelo asegurará la colaboración de fuegos con el flanco izquierdo cuando éste alcance la Ciudad Universitaria. Mantendrá bajo su fuego todas las calles situadas frente a su dispositivo.

La columna n.º 3 entrará en la Casa del Campo desde el aeródromo de Cuatro Vientos. Una compañía de ametralladoras reconocerá el parque hasta el muro meridional, ocupará la puerta del Ángel y el puente del Rey. La columna cruzará el Manzanares después de construir un puente de pontones. Atacará los cuarteles de la Montaña, ocupará la iglesia de las Carmelitas en la plaza de España, mantendrá bajo el fuego de ametralladoras y artillería el palacio Real y la Gran Vía.

La columna n.º 2 atacará Carabanchel Bajo para distraer la atención del enemigo. Una vez ocupado Carabanchel Bajo, avanzará en dirección al puente de Segovia, que no rebasará sin la correspondiente orden. No entrará en combates encarnizados para evitar grandes pérdidas, sino que se limitará a atraer la atención del enemigo para facilitar el ataque de las tres columnas primeras.

La columna n.º 5 atacará el puente de Toledo con un objetivo análogo al de la columna n.º 2 (demostrativo).

Varela mantiene como reservas dependientes directamente de él mismo, las columnas n.º 9 y n.º 6, compuestas de tiradores marroquíes y ametralladores de Ifni, guardia civil y destacamentos del requeté.

Esta parte de la orden contiene muchos detalles topográficos, que no he tenido tiempo de anotar mientras Rojo efectuaba su lectura en voz alta.

Para la artillería de acompañamiento y apoyo directos, se remite a una orden especial. Al grupo centralizado de artillería se le confía la misión de realizar el fuego de contrabatería, el de prohibición sobre la carretera que sale de Madrid y sobre las salidas desde el puente de Andalucía; se le asigna también la tarea de intensificar el apoyo directo de las columnas de choque y de hacer fuego contra objetivos imprevistos. Se indican los sectores de su emplazamiento: Villaverde, monte de Garabitas y aeródromo de los Cuatro Vientos. Los grupos formados por cañones de ciento cincuenta y cinco milímetros abren el fuego por orden de Varela o del coronel Yagüe; los demás, a requerimiento directo de los jefes de las columnas.

Para la aviación, tanques y autos blindados, se remite a órdenes especiales.

Cada grupo de artillería recibe una sección de ametralladoras antiaéreas.

Siguen indicaciones detalladas acerca del enlace: direcciones de los puntos de mando para el abastecimiento de artillería y otros tipos de pertrechos de guerra, para los servicios de intendencia, sanidad y demás detalles.

La orden es pavorosa. No contiene vacilaciones ni variantes de ninguna clase. Se trata del asalto y conquista de Madrid por completo —hasta el edificio en que nos encontramos está incluido en el objetivo militar del día—. Y casi no hay nada para contraponer a este alud de hierro. Columnas desparejadas, de composición heterogé-

nea, incompletas, hechas de retazos. Sobre todo en dirección a la Casa de Campo. Ahí se encuentra la columna de Escobar, conglomerado de grupos ocasionales, casualmente reunidos en su huida hacia los muros de la capital.

A pesar de todo, el haberse apoderado de la orden militar enemiga ha elevado los ánimos. Ahora por lo menos se sabe lo que nos espera.

Alguna demora se debe de haber producido en el campo enemigo. Sus columnas n.º 2 y n.º 5 son las únicas que han cumplido hoy su misión de atacar para inmovilizar nuestras fuerzas en los puentes de Segovia y de Toledo. Y aún es mucho decir afirmar que la han cumplido. Han tomado muy al pie de la letra la frase «no entrar en combates encarnizados para evitar grandes pérdidas». ¿De qué se han asustado? ¿De nuestros dos coches blindados y nuestros tres tanques?... Las demás columnas casi no han efectuado ningún movimiento.

Pero en la orden de Varela el asalto no se señala con exactitud para el 7 de noviembre. Se dice: «objetivo para el día «D». No hay duda de que el día "D".» ha sido trasladado al día de mañana.

Rojo pidió que no le estorbaran. Se sentó a una mesita, cara a la pared, y empezó a meditar la orden, llamando de vez en cuando a los jefes de las columnas para cambiar impresiones con ellos. Señalaba con el lápiz la orden del general Varela. De todos modos, para todos resultaba agradable que los obreros milicianos hubieran apabullado el tanque italiano y hubieran pescado esa insolente orden en la que el enemigo dispone ya de las calles madrileñas como si fueran suyas.

Salí, tomé el coche y subí hacia la plaza de España. La Gran Vía aún no estaba bajo el fuego de las ametralladoras y de la artillería de la columna n.º 3, como se preveía en la orden de Varela. Al final de esta calle, frente a la entrada del Capitol, ardía una farola, pintada de color azul, había gente.

—¿Qué pasa?

Ponen la película rusa *Chapáiev*.

Era difícil contenerse, no entrar. El inmenso local estaba repleto a más no poder. Había muchas mujeres y aún más milicianos. En realidad, éstos deberían de hallarse ahora en las barricadas; pero bueno, no importa...

La tensión es extrema. Acaban de sorprender a Vasili Ivánovich. Crepita una ametralladora; en la sala, por la fuerza de la costumbre, empuñan los fusiles —hasta tal punto se ha agudizado en todos el reflejo a los disparos...—. Empiezan a lanzar obuses sobre la casa en llamas, hasta el intrépido Pietka se siente atemorizado.

«Leche, Vasilivánich... ¡Hay que retroceder!»

«Chapai... nunca ha retrocedido.»

Y tres mil hombres gritan, en respuesta:

—¡Viva Rusia! ¡Viva!

Exactamente del mismo modo gritaban los aragoneses pobres, al ver Chapáiev, hace tres meses, en Tardienta. Los partisanos rusos, los marinos rusos, aun después de su muerte alientan a los pueblos del mundo en su lucha contra los opresores.

Desde el comisariado llamé otra vez a Barcelona, transmití el último telefonema del día para Moscú:

«Dentro de veinte minutos será medianoche. Podemos decir, en verdad, que también en Madrid el día ha sido de fiesta. Las bandas fascistas han querido penetrar hoy en la capital. Pero los obreros madrileños han frustrado las órdenes de los generales fascistas. Aunque a costa de sangre, hoy han defendido Madrid. ¡La fiesta de los trabajadores de todo el mundo no ha sido ensombrecida! Para mañana, según algunas noticias, el enemigo prepara un gran ataque mediante numerosas columnas y con el apoyo de poderosos recursos de fuego. Pero también la capacidad combativa de Madrid aumenta de hora en hora.»

Rojo ya ha preparado la orden. Se ha decidido que entre en acción la Brigada Internacional, sin esperar la llegada de otras reservas, prometidas por el gobierno. No importa que sea un despilfarro y deshaga la idea de poseer un potente grupo, concentrado en algún lugar, para acudir en ayuda de la capital —¿es así, en verdad?—, no es posible esperar más.

La orden del mando de Madrid para el día de mañana es mucho más breve y modesta que la del general Varela:

«Datos acerca del enemigo. El enemigo ha efectuado hoy ataques demostrativos preparando el asalto general a Madrid.

»Idea de la maniobra: las columnas del centro y de la Casa de Campo mantendrán con todas sus fuerzas el frente que ocupan a fin de contener el ataque del enemigo.

»Las columnas laterales, del flanco derecho (Barceló) y del flanco izquierdo (Bueno y Líster), atacarán al enemigo de flanco y por la retaguardia.

»Las columnas de reserva (Brigada Internacional y Álvarez Cove)

cerrarán el acceso del enemigo a las alturas de la Ciudad Universitaria, del parque del Oeste y de Rosales.

»Objetivos de las columnas:

»Barceló. Atacar de flanco y por la retaguardia a las columnas del enemigo que ataca hacia la Casa de Campo. Se pone a disposición del jefe de la columna la tercera brigada mixta (Galán).

»Clairac. Antes del amanecer, desplegar la columna a lo largo de la carretera desde la estación de Pozuelo hasta Carabanchel, teniendo como flanco derecho la ramificación de dicha carretera desde Pozuelo de Alarcón hacia Carabanchel. Por el flanco izquierdo, mantener contacto con la columna de Escobar. En caso de repliegue forzoso, se conducirán las unidades, ordenadamente, por la puerta de Rodajos hacia el puente de la República, que se defenderá tenazmente.

»Escobar, Mena, Prada. Las tres columnas se unen bajo el mando del coronel Alsugaray. Mantener a cualquier precio el sector ocupado y contener el ataque del enemigo.

»Líster. Desde la parte oriental del sector del puente de Vallecas, atacar hacia Villaverde.

»Bueno. Desde la parte occidental del sector del puente de Vallecas, atacar hacia Carabanchel Bajo.

»Enciso. Situarse en el interior de la Casa de Campo teniendo como objetivo el de aniquilar al enemigo que se introduzca en ella.

»Brigada Internacional. Cubrir los accesos a las alturas de la Ciudad Universitaria y del parque del Oeste.

»Álvarez Cove. Con un batallón de la guardia de asalto, cubrir el paseo de Rosales y los cuarteles de la Montaña.

»Tanques. Se ponen a disposición de la columna Barceló.

»Artillería. Quince minutos de preparación, empezando a las seis horas cuarenta y cinco minutos. Apoyo inmediato —a requerimiento de los jefes de las columnas, a través del jefe de artillería—. El punto de mando del jefe de artillería estará en el edificio de la central telefónica.»

... Hay que acomodarse donde sea para dormir un poco. Aunque se trate sólo de tres o cuatro horas. De lo contrario, puede uno caer rendido. Podría dormir aquí, en el Estado Mayor, o en el comisariado, sobre un diván. Dorado, el nuevo chófer, me propone ir a su casa, en un extremo de la ciudad. Allí hay poco sitio, pero está limpio.

—No vale la pena, camarada Dorado, inquietar y alarmar a su familia. ¿Y si probáramos en el Palace?

Nos dirigimos al Palace.

El portero, desamparado, se había quedado triste detrás del mostrador, entre un caos de camillas, escupideras y orinales, que llenaban el vestíbulo. Sonríe pálidamente, se siente algo apenado por el lujoso hotel.

—¿Se puede pasar esta noche, aquí?

Lo pregunto como si me presentara en este lugar por primera vez en la vida.

—Probablemente... Se ha dejado libre el ángulo izquierdo del segundo piso por lo que pueda suceder. Son algunos apartamentos.

¿Qué entiende por lo que pueda suceder? No vamos a descifrarlo.

—Está bien, denos un apartamento. ¿Qué precio tiene?

—Ahora no lo sé con exactitud. Ya no hay administración... Ni siquiera sé si hace falta pagar, ahora, ni a quién.

Elegí el apartamento ciento diez: despacho, salón comedor y dormitorio con dos enormes camas.

—Camarada Dorado, dormiremos juntos. En la puerta pondremos un parapeto de sillas. Acercaremos las camas. Pondremos las armas en la cama, entre los dos. Que no nos durmamos —a las cinco hay que estar otra vez en los puentes—. Espero que hasta las cinco no nos inquietará nadie.

—Tengo un sueño muy ligero, puedo despertarle a la hora que quiera.

Llamaron cuidadosamente a la puerta. El portero me trajo la maleta que dejé para que me la guardaran ayer, 6, de noviembre. ¿Había sido realmente ayer? Parece que hace un año. ¡Y qué día, ostras verdes!

—No hacía falta, por ahora no necesito la maleta... Bueno, déjela.

Empezamos a desvestirnos, luego lo pensamos mejor, sólo nos quitamos los zapatos, nos desabrochamos el cuello. Será mejor dormir vestidos.

—Usted aún no sabe —me dijo Dorado— que yo soy comunista, miembro del Partido; no se lo había dicho. Antes era socialista, no hace mucho ingresé en el Partido Comunista.

—¡Es magnífico! ¡Esto me alegra mucho, camarada Dorado! Es una agradable sorpresa. ¡Sí, espere, vamos a brindar para celebrarlo!

Él sonrió cortésmente.

—¡No se ría, brindaremos, y lo haremos con un vino que nunca ha visto usted ni en sueños! Ni lo he visto yo.

Abrí la maleta y saqué la botella, cuidadosamente envuelta, de vino de Borgoña, cosecha de 1821, la valiosa botella de las cavas del duque de Alba, cuyo linaje es más noble y famoso que el de la casa real española de los Borbones.

Había prometido a la guardia obrera del palacio de Alba destapar la botella para celebrar la primera victoria de las tropas republicanas. ¿No será un poco pronto?... No, no vamos a poner a prueba por más tiempo el destino.

Pasamos al cuarto de baño y tomamos dos vasos mate para enjuagar los dientes.

—Bebamos, camarada Dorado, comunistas los dos, con motivo de la fiesta del 7 de noviembre. Y también porque el día de hoy no ha sido el día «D».

Él no comprendió. Yo añadí:

—Bebamos en el sentido de que este día lo hemos pasado, a pesar de todo, en Madrid, en el sentido de que no tememos los combates del día de mañana, de pasado mañana ni ninguno de los combates futuros.

Chocamos los vasos para el lavado de dientes y el chófer dijo, amistosamente:

—Estoy muy contento de haberle conocido.

8 de noviembre

No nos despertó la explosión de una bomba ni el golpe de las culatas de fascistas infiltrados en la ciudad, contra los cuales habíamos parapetado la puerta, sino el canto de un gallo. Al principio me pareció un sueño. Por un instante me pasó por la imaginación el koljós, el distrito de Pugachov, el aprovisionamiento de cereales, la isba del presidente del Soviet de la aldea; luego pasé a la granja avícola Rossoshil; la joven zootécnico —¿cómo se llamaba? ¿Polikárpova? ¿Polikánova?—. Lloraba: las gallinas habían enfermado de difteria, el centro zootécnico del distrito no le había prestado ayuda —era una buena muchacha...—. El gallo cantaba a más no poder... Es España. ¿Por qué España? Un apartamento... Un tocador, estúpida palabra. Un gallo en un apartamento —muy estúpido—. Pero ¿dónde está el gallo?

Dorado ya se había levantado, se movía sin hacer ruido por el gran dormitorio, arreglándose los escasos cabellos con un trozo de peine.

El gallo vociferaba realmente aquí, en el lujoso hotel Palace, y no cantaba uno solo, cantaban varios. El hospital había trasladado consigo su base de aprovisionamiento, las aves para la dieta de los heridos. El gallinero lo habían instalado, provisionalmente, en el salón del primer piso.

Ante la puerta había ya ambulancias con heridos recientes; esto significaba que el combate se había reanudado; eran algo más de las seis.

Al otro lado de los puentes de Toledo y de Segovia, el tiroteo era furioso. Los milicianos se mantienen bien, se han situado firmemente en los edificios. Hasta llegan a avanzar un poco, reconquistando en breves carreras y lanzando granadas de mano a algunos solares, pequeños edificios y corrales. La composición habitual de las columnas se ha modificado algo. Entre los milicianos del tipo anterior —jóvenes con gorros de soldado— han aparecido obreros de edad media y hasta de edad avanzada, algo torpones, pero muy serios y diligentes. Han acudido a las barricadas como acude la gente a apagar un incendio, como en nuestro país acudían los obreros a descargar troncos durante los *subbótniks*[15] —no a divertirse ni a matar el tiempo, sino a hacer algo necesario—. De ahí que las pérdidas se hayan elevado sensiblemente desde la mañana. Hoy, la mayor parte de los muertos y heridos son, precisamente, obreros de más edad, que acudieron ayer a pelear. Pero eso ha hecho subir en gran medida el espíritu combativo. La juventud sigue a la generación más vieja, va haciendo suya la sensatez y la intencionalidad de la lucha: el hecho es que hasta ahora esta masa de jóvenes milicianos se había empapado sólo de congoja por la retirada sin fin, por la estupidez de órdenes absurdas y contradictorias, por las incomprensiones y los conflictos con comandantes inexperimentados o sospechosos. Aquí, en cambio, todo está claro, no hay adónde huir: si se entrega esta calle y luego ésa y después aún esas otras dos, llegará el fin de todo.

Otra ventaja tienen ahora los madrileños: están en su casa, conocen, sobre todo aquí, en los barrios obreros del extrarradio, cada callejuela, cada casa, cada desván, mientras que los sitiadores —campesinos acomodados de Navarra, hijos de propietarios gallegos, africanos, soldados de la legión extranjera— no están acostumbrados a luchar contra los muros de una ciudad que les es ajena y en realidad

desconocida, ni ven muy claro cómo han de efectuar esta lucha. Sólo el alto mando fascista y parte de la oficialidad ha vivido en la capital y se orientan en el laberinto de sus calles.

No obstante aquí, según la orden de Varela (es poco probable que la haya modificado), actúa contra nosotros un grupo de sujeción y de demostración. El golpe principal va dirigido a través de la Casa de Campo. Me traslado a dicha parte y tampoco ahí la situación es mala. La artillería —cuatro baterías, verdad es que compuestas de viejos cañones— mantiene a los fascistas en sus posiciones de partida. Nuestras unidades se atrincheran muy enérgicamente, baten con fuego de ametralladora las avenidas y los senderos. En dos sectores he encontrado combatientes de la Brigada Internacional. Van bien vestidos, con guerreras nuevas, con gorros de color sufrido, con bandas o polainas, con fusiles nuevos; en su mayor parte son alemanes y franceses. Aquí forman el primer escalón, y detrás, en el parque del Oeste y en el extremo meridional de la Ciudad Universitaria, forman el segundo. Un batallón ha sido enviado a Villaverde, en ayuda de Líster. Por su aspecto externo, no hay entre ellos tantos soldados con experiencia de la primera guerra mundial como se había dicho. Son hombres, por término medio, de veinticinco a treinta y cinco años. Algunos se dan muy poca maña en el manejo de las armas, se quedan confusos y desconcertados contemplando la ametralladora incluso cuando se encalla por los motivos más fútiles.

Poco antes del mediodía se ha logrado realizar aquí un pequeño contraataque. Españoles y voluntarios internacionales, después de una preparación artillera, se lanzaron en dos grupos entre los árboles, rodearon dos pabellones con moros. Desde luego, habría sido posible cogerlos prisioneros o acabar con ellos, pero faltó destreza. Los moros, con gritos aterradores, arrojando a su alrededor granadas de mano, saltaron de los pabellones y se abrieron paso hacia sus filas. De todos modos, el enemigo ha sido contenido, incluso ha retrocedido un poco.

En el Estado Mayor, las noticias que llegan de todos los sectores son por ahora satisfactorias. Los milicianos resisten. Sólo Barceló no ha iniciado aún su golpe de flanco. De repente, toca la sirena. Vuelan sobre la ciudad siete Junkers acompañados de cazas. Los «chatos» no se ven. Los fascistas se mueven por el cielo sosegado, impunemente. Bueno, ahora lanzan su carga en el centro mismo de la ciudad. Resuenan las explosiones, que desgarran los oídos. En torno, sobre los tejados de las casas, se ven columnas de humo. Los aviones se dirigen hacia aquí, hacia el Ministerio de la Guerra. Sí, sueltan sus bombas hacia aquí. Otra explosión, al lado mismo, por lo visto en el paseo de Recoletos... Los cristales vibran, algunos caen tintineando. El Ministerio de la Guerra no tiene refugio antiaéreo... A Miaja y a Rojo procuran convencerlos de que bajen al sótano, donde los archivos. Pero los Junkers ya han pasado. Se han ido. En el cielo han aparecido los cazas republicanos —demasiado tarde. Los han avisado con cinco minutos de retraso; estos cinco minutos son decisivos— para regresar a su territorio, la aviación fascista sólo necesita un instante. Tienen el aeródromo de Getafe, defendido por artillería antiaérea. Por ahora el mando prohíbe a los «chatos» volar lejos; no hay más que un puñado; cada hombre, cada aparato, son de un inestimable valor.

Esta vez las destrucciones causadas por la incursión aérea son grandes, las víctimas son muchas. Han muerto muchas mujeres, niños, personas indefensas e inofensivas. La muerte los ha alcanzado en poses casuales, inocentes. Una anciana estaba colgando ropa; la han encontrado tendida sobre las sábanas y los pañales chamuscados, con una cuerda en la mano, sin cabeza. La explosión que oímos tan cerca del Ministerio de la Guerra se produjo en un gran garaje. La bomba atravesó el tejado —¡de cristal!— y encendió numerosos camiones y coches. Ahora todo ello está ardiendo, envuelto en llamas de gasolina.

En el momento culminante de la confusión provocada por los Junkers, me llaman al teléfono... ¡desde Moscú! Me llamaban por el teléfono del comisariado. El Estado Mayor de la Defensa de Madrid ha ordenado desconectar todos los demás teléfonos, particulares, para evitar que puedan sostenerse conversaciones con los barrios conquistados por los fascistas.

Al aparato habla otra vez el comité de la radio. Felicitaciones con motivo de las fiestas, me han hablado de la parada militar y del desfile, me han pedido que, en respuesta, les comunique mis impresiones.

¡Impresiones!...

He explicado en breves palabras de qué modo se mantiene Madrid, lo que he visto en los combates de hoy junto al río y en la Casa de Campo, les he comunicado que en aquel mismísimo instante, mientras hablábamos por teléfono los Junkers estaban bombardeando. ¿Es cierto que ha sido tomado Toledo? —me ha preguntado el Comi-

té de la radio—. ¡¿Tomado por quién?! Por los republicanos. ¿Toledo conquistado por los republicanos? No, no es verdad. Cómo se lo pueden imaginar, no lo entiendo...

El Partido Comunista trabaja magníficamente. No será ni mucho menos una exageración afirmar que entre todos los partidos, el comunista es el único cuya presencia se nota ahora en Madrid. Todos los antifascistas, hasta los grupos más moderados y «de la charca», obedecen de buen grado a la dirección del Partido, aceptan todas las indicaciones que el Partido da sobre la defensa de Madrid ellos mismos acuden en solicitud de dichas indicaciones. Los miembros del Comité Central y del comité provincial de Madrid pasan el día entero en los frentes de combate con las unidades, participan en los contraataques, construyen nuevas barricadas y fortificaciones.

Al atardecer, los altavoces y los chiquillos vendedores de *Mundo Obrero*, con no menos potencia que los altavoces, convocan al pueblo a un «mitin grandioso, sensacional y admirable» en el cine Monumental.

El cine está lleno a rebosar, la sala se ve adornada con banderas, con consignas en honor del XIX aniversario de la gran revolución socialista de Octubre, con retratos de Marx, Lenin, Stalin, José Díaz y Thälmann.

Suben a la presidencia del acto los miembros del comité de Madrid, luego Pedro Checa y Antonio Mije, después —la sala se levanta llena de entusiasmo y aplaude clamorosamente— ¡Dolores!

El presidente de la reunión declara que ésta se dedica al decimonono aniversario de la gran revolución socialista y a la defensa de Madrid. Ovaciones, música... ¡ah, qué bien, que haya música! ¡Hacía falta! En estos días, sobre todo cuando en el alma se elevaba un sentimiento profundo, a la vez amargo y majestuoso, se notaba cierta sequedad en los oídos, de modo análogo a como suele notarse sequedad en la garganta. Ahora, cuando la orquesta —¡todavía hay orquestas en Madrid!— ha lanzado al aire la majestuosa y sonora melodía de la *Internacional*, el pecho ha exhalado alegremente, por primera vez en todo este tiempo, henchido de alegría todo cuanto le acongojaba —el deseo de escuchar una canción de combate—. Y si en esto terminara todo el mitin del cine Monumental, bastaría para que pudiera considerarse, en justicia, «grandioso, sensacional y admirable». Las lágrimas en los ojos, los luminosos rostros de los obreros, de los militares, de la juventud, de las mujeres revelan que para todos ellos

constituye una ayuda inmensa, un regalo de fiesta, tener la posibilidad, en el momento más difícil de sus vidas, en estas horas catastróficas y decisivas, tener la posibilidad de reunirse aquí en una grandiosa congregación combativa de Partido y cantar juntos, firmes, anhelantes, acompañados por la música, la impresionante canción de la lucha proletaria y de la victoria.

Antonio Mije pronuncia un discurso; Mije es un buen orador, pero esta vez describe magistralmente, con fuerza y sinceridad, la crítica situación de Madrid, la ausencia, en el momento dado, de toda ayuda exterior, la necesidad vital, revolucionaria, inapelable, de luchar y mantenerse hasta que lleguen refuerzos. Enumera brevemente, con toda precisión, de manera concreta, las condiciones sin las cuales la defensa de Madrid, hasta por poco tiempo, es imposible: creación de nuevos y nuevos destacamentos de combate, resistencia tenaz, lucha por cada casa, fortificaciones, trincheras, barricadas, rigurosísima disciplina militar, orden en los barrios de la retaguardia, castigo implacable contra la «quinta columna», contra todos los terroristas, provocadores, espías, recogida de todas las armas, producción de pertrechos de guerra, rigurosa economía de víveres. La reunión escucha atentamente, interrumpe con aplausos y exclamaciones de «muy bien». La segunda parte de su discurso la consagra Mije a la Unión Soviética, a la revolución de octubre, a la guerra en Rusia, a las victorias del socialismo, a la lucha contra los trotskistas y derechistas, a los planes quinquenales, a la dirección del Partido, a la política del Komintern. Exhorta a los bolcheviques madrileños a ser dignos de su nombre, a no ceder Madrid a los fascistas ni hoy ni mañana ni pasado mañana ni nunca, ¡como no fue cedido ayer, el día 7 de noviembre!

Luego habla Dolores.

Ha adelgazado, está muy pálida; ahora parece aún más alta, más imperiosa y, en cierto modo, más joven. Como siempre, vestida de negro y, pese a la sencillez de su vestido, elegante.

—¡Camaradas obreros de Madrid! No se da crédito a los ojos al ver que, en este momento, cuando los obuses del enemigo han comenzado ya a derruir los edificios de nuestra capital, cuando en el cielo de Madrid vuelan los aviones facciosos sembrando la muerte entre las mujeres indefensas y los niños, no se da crédito a los ojos al ver que nos hemos congregado hoy en una reunión semejante... Pero, de todos modos, nos hemos reunido aquí y no sólo, ni mucho menos, para

levantar nuestros ánimos. Nuestro espíritu de lucha es ya bien alto en estos días de durísimas pruebas. Nos hemos reunido aquí para observar nuestra costumbre predilecta, nos hemos reunido aquí para honrar como es debido al maravilloso país que se denomina Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Honrarlo como es debido por la magnífica ayuda que dicho país ha prestado al pueblo español. Por su firme posición en Ginebra y por su actos, que permiten al pueblo español reunir fuerzas para el contraataque, para rechazar y arrojar al enemigo.

—Hoy, ese pueblo, que supo vencer a sus enemigos interiores y exteriores, nos dice: «¡Hermanos españoles, seguid nuestro ejemplo!» El pueblo ruso estaba esclavizado más que ningún otro pueblo. Pero creó el Partido bolchevique, el Partido de Lenin, que con asombroso arte venció todas las dificultades de la revolución, limpió el camino a los combatientes del comunismo y venció a despecho de todo.

—Nuestro Partido Comunista español ha exigido y exige de todos sus miembros que luchen contra el enemigo en las primeras filas. ¡Exigimos que el comunista, jefe militar, organizador o comisario político, sea siempre el primero!

—¡Camaradas! ¡Necesitamos resistir el asalto enemigo aún dos días, tres, cuatro, ocho, cuantos días sea preciso, cuanto haga falta! ¡Y resistiremos! El fascismo podría encontrar en Madrid tan sólo ruinas, sólo nuestros cadáveres. Pero no logrará ni esto. ¡Madrid será la tumba de muchos y muchos fascistas!

Mientras la sala hierve en aplausos, Dolores contempla a las mujeres, que aquí son muchas. Se dirige a ellas, levanta las manos con las palmas hacia arriba, como si llevara almuerzas de algo valiosísimo, que no debe ser vertido...

—¡Mujeres de Madrid! ¡Vosotras estáis aquí! ¡Veo que no han desaparecido aún las heroínas de la Guerra de la Independencia, las intrépidas españolas de aquella progenie que luchó contra las tropas de Napoleón Bonaparte y las arrojó del país! Ya sé que estáis dispuestas y que podéis repetir la hazaña de la Independencia. ¡Amigas de Madrid! En el año 17, un pueblo, con su decisión, se hizo dueño de su país. ¡Mostremos nosotras también nuestra decisión, conservemos nuestra capital, hagamos que la consigna «¡No pasarán!», se convierta en una realidad! ¡Hagamos que los hombres y las mujeres del Madrid trabajador lleguen a ser libres y no esclavizados, que muestren al mundo entero cómo es necesario luchar y vencer!

Los representantes de otros partidos y organizaciones han acudido a este mitin comunista para celebrar el aniversario soviético. Hacen uso de la palabra Ariel, orador anarquista, Régulo Martínez, por los republicanos de izquierda. La presidencia y la asamblea me ruegan que transmita un saludo al periódico *Pravda* con motivo del aniversario de Octubre; el texto del saludo es acogido con clamorosos aplausos.

«El pueblo de Madrid saluda a los valientes obreros soviéticos, edificadores del socialismo. Nosotros luchamos decididamente defendiendo cada palmo de nuestra tierra contra las hordas de los mercenarios fascistas. Siguiendo vuestro ejemplo de la heroica lucha de Petrogrado, no abandonaremos las trincheras, resistiremos hasta el último hombre, hasta la última gota de sangre. Porfiamos en nuestro empeño de conquistar una vida feliz, semejante a la vida de vuestro pueblo. Vuestro apoyo decidido y entusiasta ha elevado nuestro ánimo. Junto con vosotros, cuanto hay de progresivo y democrático en el mundo se encuentra a nuestro lado, y la consciencia de que ello es así nos da nuevas fuerzas y energía. En estas horas trágicas, ante las bocas de los cañones fascistas, Madrid saluda fraternalmente a los obreros soviéticos. ¡Os juramos que no pasarán! ¡Viva el pueblo soviético!»

El mitin termina. La gente se separa con precaución en la oscuridad, unos van a sus casas, otros van al frente. El frente no está lejos, se encuentra unos cuantos barrios más allá. Escasos disparos. En el sector central, junto a los puentes, nada ha cambiado en el transcurso de estas horas. En nuestro flanco izquierdo, la columna Barceló, con los seis tanques que se le han asignado, ha logrado, si no avanzar, por lo menos esbozar un movimiento. En todo caso, el enemigo ha quedado ahí confuso y no ha desarrollado su propio movimiento envolvente. En cambio, en la Casa de Campo, al final del día, los fascistas han roto por el flanco las líneas republicanas y han penetrado nada menos que kilómetro y medio en el interior del parque.

A pesar de todo —no importa que el enemigo esté kilómetro y medio más cerca—, a pesar de todo, esta noche me siento profundamente dichoso. Ahora ya está claro: Madrid se defiende. No baja la cerviz, como en el matadero, para recibir el cuchillazo del matarife. Peleará «aún dos días, tres, cuatro, ocho, cuanto haga falta», como dice Dolores. No se entregará sin combate. Muy quedamente me digo a mí mismo: quizá no sea entregado.

9 de noviembre

Todo el día ha sido de encarnizados combates. Los fascistas continúan el asalto a la capital, bien que a ritmo retardado, según los puntos de la orden del general Varela. Cierto es que el día «D» se ha extendido ya a setenta horas. Las columnas fascistas n.º 1, n.º 4 y n.º 3, insisten en su movimiento envolvente y procuran entrar en la ciudad a través de los macizos del parque. La Brigada Internacional, con grandes pérdidas, mantiene el frente en los accesos a las alturas de la Ciudad Universitaria.

Pero ¿dónde están las reservas? De ellas nada se sabe en concreto. Cinco brigadas debían atacar al enemigo por la retaguardia, coordinando su acción con la de las unidades que se encuentran en la ciudad. Cinco brigadas y aún otra: la Segunda Internacional. De todo ello no hay ninguna noticia. No hay enlace con el Estado Mayor del frente central, con el general Pozas. De allí, de vez en cuando llegan extrañas llamadas telefónicas o extraños oficiales de enlace para enterarse de en qué manos se encuentra Madrid. De Valencia, del ministro de la Guerra, del Estado Mayor Central, nada, como si se los hubiera tragado la tierra.

Pero esto es imposible. Es necesario saber cuánto tiempo hay que resistir hasta que lleguen reservas o alguna ayuda. De ello depende la táctica de la defensa. Si la ayuda llega mañana, hoy es posible contraatacar con más decisión, defender más encarnizadamente cada centenar de metros de territorio, no dar al enemigo la más mínima ventaja en el terreno. Si la ayuda puede llegar sólo dentro de cuatro o cinco días... entonces es preciso emplear con mucha más economía la tropa y los pertrechos de combate; en este caso es necesario replegarse lentamente, combatiendo, ceder una manzana al día, ganando tiempo, prolongando la lucha, en este caso nos mantendremos firmes aunque sea en una parte de la ciudad sin permitir que los fascistas puedan afirmar que han dominado la capital. Por ahora todo se hace sin perspectivas ni siquiera para las próximas veinticuatro horas. No está claro lo que ocurrirá dentro de dos. A eso del mediodía, en Carabanchel, ante el puente de Toledo, donde hasta ahora se había logrado contener al enemigo, algo ha crujido. Los carros blindados fueron a aprovisionarse, en las barricadas decidieron comer un bocado, y de pronto, un fuego de ametralladora concentrado, en forma de varios abanicos, hizo saltar los puestos de vigilancia. En seguida el pánico se corrió a la plaza de España, de donde inmediatamente llamaron por teléfono a la calle de Alcalá. Del Estado Mayor, la gente se lanza a todo correr hacia aquel lugar. A Miaja y a Rojo casi los arrastraron a la fuerza a los automóviles para que se trasladaran cuanto antes al extremo oriental de la ciudad... Una hora más tarde cesó la confusión, el ataque había sido rechazado sin emplear siquiera refuerzos de otro sector.

Una pequeña unidad se ha sumado por ahora a los defensores de Madrid, por lo demás, sin que en ello intervinieran para nada el mando del frente central o el alto mando. Ha venido un batallón de guerrilleros: muchachos audaces, decididos; durante estos meses han combatido en el Guadarrama, que era considerado el frente más próximo a Madrid y que ahora se ha convertido en el más apartado de la ciudad.

Los soldados del batallón, en su mayor parte campesinos, son excelentes tiradores y granaderos. El jefe los ha elegido uno a uno, ha puesto a prueba su valentía personal. La tabla de sanciones disciplinarias del batallón es de una extrema complejidad; por pequeñas faltas no se paran en barras y sueltan un coscorrón; por verdaderos delitos militares, liquidan al culpable tras una roca o en un bosquecillo. Por otra parte, en este batallón se preocupan en extremo de sus combatientes, para que no les falte nunca comida ni bebida, para que vayan bien calzados y se mantengan siempre en un excelente estado de ánimo. El jefe es un hombre de poca talla, chaparro, de fisonomía agitanada, espesa barba negra y aspecto atemorizador. Le delatan sus dientes blancos, alegres, como los de un adolescente, y sus ojos desorbitados, pícaros e insolentes. Pertenece al Quinto Regimiento, lo mismo que su batallón, y es miembro del Partido Comunista. En el Comité Central se lamentaron de la extrema parquedad de su erudición marxista, así como de los usos en demasía simplistas establecidos en el batallón. Pero esos muchachos luchan con tanta honradez, tanta fidelidad y tanta audacia contra el fascismo, cumplen con tanta disciplina todas las órdenes, que se decidió dejar para más tarde lo de convertirlos en profesores de marxismo, ya habrá tiempo para ello otro día.

Poco después de la confusión y de haber liquidado la brecha jun-

to al puente de Toledo, llegó al Estado Mayor un coche cubierto de polvo. Bajó de él un oficial y llevándose la mano a la visera de la gorra, saludando a derecha e izquierda, subió precipitadamente por la escalera central. Reconocieron en él a un ayudante del séquito de Largo Caballero. ¡Por fin! Todos acudimos apresuradamente, llenos de alegría, a la gran estancia del presidente de la Junta de Defensa de Madrid. El jefe del Estado Mayor salió de la sala inmediata de operaciones y se quedó junto a la puerta con mucho interés. El oficial saludó militarmente al presidente de la Junta de Defensa y con amplio movimiento de brazo sacó de debajo de la cazadora un gran sobre.

—De parte del jefe del gobierno, ministro de la Guerra.

Antes de abrir el sobre, el presidente de la Junta estrechó cordial y fuertemente la mano del primer mensajero mandado desde Valencia al Madrid asediado.

Se sentó a la mesa y buscó con la mirada la hoja de marfil para cortar papeles, del ex ministerio. No se encontró. Nosotros esperábamos. Con un sujetapapeles de alambre desgarró el apretado papel vergueteado. Sacó la carta. La leyó. Miró al oficial recién llegado. Volvió a leerla.

Se levantó de la mesa con la carta en la mano; despacio, con pasos de plomo, acarminado, flácidas las mejillas, se dirigió hacia la salida; luego, de súbito, volvió atrás, hacia la mesa, sacó de debajo de ella el cesto para los papeles, arrojó allí la carta y se alejó rápidamente.

Nos precipitamos al cesto, sacamos la carta. Nadie nos lo impidió.

El jefe del gobierno y ministro de la Guerra, Largo Caballero, se dirigía por carta al general, presidente de la Junta de Defensa de Madrid, con un ruego urgente: dado que el Ministerio de la Guerra y el Estado Mayor Central, al partir, no tuvieron tiempo de llevarse consigo la vajilla de mesa y la mantelería, cosa que ahora da origen a ciertas dificultades, se entregarán al portador de la presente, los servicios de mesa y de té del Ministerio de la Guerra, con los correspondientes juegos de manteles y servilletas, y, asimismo, se le facilitará el autotransporte necesario para trasladar inmediatamente los objetos citados a Valencia...

... Al atardecer la situación se complicó en gran manera. La batalla se hizo encarnizada junto al puente de la Princesa. Por dos veces los moros se abrieron paso hasta el río, de donde por milagro se logró desalojarlos. De nuevo voló la aviación, que ha causado grandes daños; nuestros cazas la alcanzaron, es cierto, pero ya fuera del recinto de la capital, después del bombardeo; derribaron un Heinkel. Uno de los «chatos» quedó ligeramente averiado, se vio obligado a aterrizar en Vicálvaro, en territorio nuestro. Después volaron algunos aparatos de bombardeo republicanos, bombardearon la parte occidental de la Casa de Campo, ocupada por los fascistas. Encontraron, por el camino de Humera, una columna de tanques italianos y la bombardearon. En el sector de la cárcel Modelo, los milicianos agotaron sus cartuchos, y alguien empezó a hacer agitación para que se retiraran. Por poco lo logran. La artillería pesada de los facciosos se ha aproximado por alguna parte y ha comenzado a destruir casas más allá de la plaza de España. De Carabanchel Bajo han logrado pasar a nuestro lado dos mujeres; cuentan que allí, desde hace tres días, se está realizando una monstruosa matanza de obreros. No son sólo fusilamientos, no —los fascistas dicen que es necesario ahorrar cartuchos— sino una auténtica degollina. Moros y falangistas se ejercitan en cortar el cuello, de oreja a oreja, a los obreros atados.

Otra vez Moscú ha logrado enlazar conmigo por teléfono. He oído una voz de *Pravda*:

—¿Cuál es la situación?

—Los fascistas se han aproximado más al río. Han recibido más artillería. El fuego de los cañones dificulta la defensa de los puentes. También la dificultan las incursiones aéreas. En los barrios que han conquistado, degüellan a la población obrera. Pero esto no ha hecho más que aumentar el espíritu combativo. Se luchará valientemente.

—¿Se luchará valientemente?

—Sí, se luchará valientemente. Esperamos refuerzos.

—¿Se os mandan grandes refuerzos?

Yo no había dicho «se nos mandan grandes refuerzos». Había dicho sólo: «esperamos refuerzos». La voz volvió a preguntar insistente, sugerente:

—¿Se os mandan grandes refuerzos?

Por la voz y por la pregunta se me recordaba: aquí hemos olvidado que, aparte del Madrid asediado por el enemigo, aparte del Madrid aislado y, por de pronto, sin ayuda, existe además todo un mundo, existen dos campos mortalmente enemigos entre sí y que ambos, al acecho, esperan a ver qué cariz toma este encuentro desesperado, aquí. Que del curso o del resultado de esta batalla pueden depender muchas cosas, lejos de Madrid. Grité por el auricular y repetí sonoramente dos veces:

—¡Sí, se nos mandan grandes y potentes refuerzos! ¡Grandes refuerzos de las tropas republicanas acuden en ayuda de Madrid!

—Así, pues, ¿habrá grandes refuerzos?

Ahora ya percibía no sólo al camarada al otro extremo del imaginario cable telefónico, sino, además, el millón entero de oídos entre nosotros, a todos los escuchas profesionales de los seis países que nos separan, a todos los amigos y enemigos, que han sintonizado sus receptores, ávidamente, con la onda del Madrid republicano, popular, y he gritado con todas mis fuerzas:

—¡Sí, los refuerzos serán de peso! Llegarán pronto, de un día a otro. ¡Nosotros podemos mantenernos perfectamente hasta su llegada!

El camarada me ha hecho aun rápidamente algunas otras preguntas. Me ha preguntado por qué no he ido a Valencia.

—¡No te expongas! —me ha dicho.

—No me expongo.

—Ahora tenemos en *Pravda* a la delegación española que ha venido a las fiestas de noviembre.

—Transmíteles un gran saludo.

Después se ha puesto al aparato una taquígrafa y le he hecho un comunicado acerca de cómo ha transcurrido el día 9 de noviembre. En Moscú sólo mañana aparecerán los periódicos, después de las fiestas. Pero estas noticias ya se transmiten por radio, nuestro país sabe que Madrid no cayó el día 7, que se mantuvo el día 8, que se ha mantenido también hoy.

10 de noviembre

Ha transcurrido otro día y Madrid sigue estando en nuestras manos. Las fuerzas de los defensores no se han debilitado. Aunque la tensión del combate no ha cedido. Al amanecer, tres batallones de milicianos, con ayuda de la aviación, han logrado avanzar en la Casa de Campo. Por el sur, la brigada de Líster se ha apoderado de algunas calles de Villaverde.

Combaten magníficamente los soldados de la Brigada Internacional. Es una pena que esta unidad —junto con los tanques, habría podido constituir un excelente ariete para el ataque— haya sido utilizada aquí y se gaste con gran desventaja en la defensa de los barrios de la capital. Qué le vamos a hacer. Es necesario mantenerse. Esto ahora es lo más importante del mundo. Hombres entrados en años, veteranos eméritos y dirigentes que han pasado por dos y tres revoluciones, que han consumido años en cárceles y campos de concentración, pelean al lado de los jóvenes como simples soldados, con sus cuerpos cierran al fascismo el camino a Madrid.

Los vuelos de la aviación torturan incesantemente a la ciudad. Los Junkers aparecen casi cada dos o tres horas. La aviación republicana no puede ocuparse mucho de la defensa antiaérea, vuela contra las unidades enemigas atacantes.

La «quinta columna» no se calma. Como antes, los fascistas de la clandestinidad siguen arrojando bombas contra los viandantes, sobre todo por la noche. Casi no se atreven a atacar a la gente armada. Su objetivo es sembrar el pánico entre la población civil. Una bomba ha matado a dos niños que estaban jugando en un portal.

La Junta de Defensa ha promulgado un nuevo decreto sobre el registro de las armas. Toda persona detenida con armas sin registrar será considerada como perteneciente a la organización clandestina de los fascistas. La Junta ha unificado los pequeños destacamentos de autodefensa, que habían proliferado en gran manera en la ciudad. Las instituciones y organizaciones tienen derecho a crear, según permiso especial, su propia guardia sólo para el interior de sus edificios. La guardia exterior de las calles ha sido centralizada. En las calles impera un relativo orden.

Al atardecer, un agradable suceso nos ha emocionado a todos. Sobre el aeródromo de Alcalá de Henares, no lejos de Madrid, ha aparecido un Junker de bombardeo. Sin prestar atención al despegue de los cazas, ha parado los motores y demostrativamente se ha dispuesto a aterrizar. En el aparato no había tripulación de combate; de él ha salido tan sólo el piloto, un oficial español. Ha declarado que hace tiempo deseaba ponerse a disposición del mando republicano y que ha aprovechado para esto la primera oportunidad, cuando los ametralladores y bombarderos alemanes habían ido a tomar un bocado.

Algunos de los que se fueron han regresado. Hay quien viene a Madrid durante el día y va a pasar la noche a Alcalá o a algún otro poblado, al este de la capital. Se han instalado en el Palace el operador cinematográfico Karmen y Georges Soria, corresponsal de *L'Humanité*. Hemos constituido aquí una minúscula colonia.

He deshecho la maleta y he vuelto a hacerla después de haberme cambiado la ropa interior. El chófer Dorado ha visto la operación; luego ha cogido la maleta, la ha bajado y la he colocado en el portaequipajes del coche.

Karmen, Soria y yo estábamos conversando de pie ante la ventana de mi habitación. Ante nuestros mismísimos ojos, a través de la calle —ha sido asombroso— un obús de artillería ha dado en el edificio de las Cortes. Ha estallado en su interior y a nosotros nos ha hecho tambalear ligeramente.

Nos hemos precipitado hacia abajo, a la otra acera, y hemos penetrado en el edificio por una entrada lateral. Los servidores y guardas del Parlamento estaban aterrados, pero poco a poco han vuelto en sí. Una vieja mujer de la limpieza ha quedado cubierta de estuco, blanca como una panadera. No sabe lo que le pasa, pero no ha sufrido el menor daño. Examinamos el lugar donde ha estallado el obús. Resulta que ha atravesado el tejado junto a la sala principal y ha estropeado la estancia donde suelen trabajar los periodistas. Algunos objetos y cuadros de las paredes han quedado intactos. El viejo reloj sigue funcionando como si nada hubiese ocurrido.

Hoy termina el último plazo de llegada de las reservas prometidas para contraatacar a los facciosos. Pero por ahora no hay reservas de ninguna clase, se están organizando y reorganizando en algún lugar. La gente ha llegado al límite de sus fuerzas, los obuses y cartuchos se están terminando. ¡Sería monstruoso que tuviera que cederse la ciudad precisamente ahora, después de los cuatro días más atormentadores, ahora que los defensores de la capital han adquirido lo más importante, lo más valioso: el espíritu de combate, la voluntad de resistir, la osadía ante el enemigo! ¡Y el caso es que quizá no haya otro remedio! Aparte de los telegramas de simpatía de reuniones y sindicatos, Madrid no recibe, por ahora, nada.

Por el teléfono del comisariado me llama una voz en lengua rusa:

—Mijaíl Efimovich, habla con usted un buen amigo, un muy buen amigo, probablemente usted le reconocerá cuando le vea...

Hablaba desde lejos, por algún teléfono suburbano, pero en seguida he respondido:

—¡Hola, Zalka! ¿Dónde está? ¡Venga aquí!

Recuerdo la voz y las manos, lo mismo que el rostro. Desde luego, es el acento de Zalka, lento y suave, con «l» occidental, «ga» ucraniano, «r» sonora, con la tendencia húngara a acentuar la primera sílaba con minúsculas pausas después de cada palabra. Recuerdo sus manos, no muy grandes, de palma ancha, de dedos cortos, finos, uñas duras y espeso vello rubio.

Se oyó una risita por teléfono. Dijo, muy contento:

—No es Zalka, mi querido Mijaíl Efimovich, es otra persona. Pero no se ha equivocado usted. No tardaré en verle, mas por de pronto estoy muy contento de oír su voz.

Han visitado al teniente coronel Rojo, para ponerse de acuerdo acerca de los objetivos, el jefe de la Brigada Internacional, Emil Kleber y su ayudante Hans. Por ellos me he enterado de que está ya formada la II Brigada y que del mando se encarga Pavel Lukács.

«Es húngaro, escritor —ha dicho Kleber—. Usted debe conocerle, ha vivido mucho tiempo en Moscú. Al principio querían que la II Brigada fuera sólo un refuerzo de reserva de la Primera. Pero ahora hemos llegado a la conclusión de que es necesario destacarla urgentemente como unidad operativa independiente.»

Durante estos cuatro días, los jefes, los comisarios y el Estado Mayor han llegado a conocerse muy bien y han trabado amistad. No se oyen discusiones ni réplicas como había en el Ministerio de la Guerra antes de la defensa de Madrid. Todos acentúan su obediencia, no se discuten las órdenes, si bien no siempre se cumplen. Se ha dejado de lado el juego al amor propio militar, ha aparecido el espíritu de trabajo colectivo. Miaja interviene muy poco en los detalles de las operaciones, está poco al corriente de las mismas, ésa es cosa que deja para el jefe del Estado Mayor y para los jefes de columnas y sectores.

Rojo se gana a la gente con su modestia, que encubre grandes conocimientos concretos y una insólita capacidad de trabajo. Es ya el cuarto día que no levanta la espalda, encorvada sobre el mapa de Madrid. Como una cadena sin fin acuden a verle comandantes, comisarios, y a todos a media voz, sosegada, pacientemente, como en la oficina de información de una estación de ferrocarril, repitiéndose en algunas ocasiones veinte veces, explica, inculca, indica, anota en los papeles y, con frecuencia, dibuja.

Ahora, muy entrada la noche, de nuevo se ha entablado un duro combate en la Casa de Campo. Los facciosos han decidido recuperar la zona del parque que de día les ha sido arrebatada. El tiroteo es furioso. Oscuridad; resulta difícil orientarse, los combatientes tropiezan entre sí, se interrogan unos instantes y otra vez se separan. Los obuses han encendido varios árboles, lo que aumenta más aún la os-

curidad en torno. Un cascote de obús ha caído en la depresión en que estamos sentados, no ha herido absolutamente a nadie, pero alguien, echándose a correr, me da dado tal golpe en la sien con el tacón de su bota que se me ha enturbiado la vista. A continuación, otro diablo me ha saltado sobre el pecho con una bota claveteada. Después, han continuado disparando largo rato por encima de la cabeza; en torno, vociferaban y corrían mientras que yo permanecía en el barranco echado, inmóvil, con un enorme chichón, sin deseos de moverme hacia ninguna parte, mortalmente furioso y ofendido contra todos, contra fascistas y contra republicanos. Está claro, es la guerra, ¡pero no es tolerable que pueda propinarse tal coz con el tacón de la bota a la sien de un hombre! ¡Esto es imposible!

11 de noviembre

Al atardecer, he telegrafiado a *Pravda*:

«En los ataques de esta noche y de la mañana, los republicanos han hecho numerosos prisioneros. Hoy por la mañana la aviación de la República ha efectuado una brillante incursión sobre el aeródromo fascista de Ávila y ha destruido doce aviones.

»El contraataque de ayer en la Casa de Campo obligó a los fascistas a retroceder y a detenerse en esta dirección. Hemos visto que los moros saben huir como los demás cuando se los aprieta bien con fuego de ametralladora y de fusil, con la aviación y con un repentino ataque a la bayoneta. También saben entregarse prisioneros, y lo hacen de buena gana. No están en contra de reconocer sus faltas y de prometer que otra vez no volverán a pelear, ni siquiera si los movilizan a la fuerza.

»Al ver que recibía un fuerte golpe, el enemigo ha reagrupado algo sus fuerzas y ha reanudado su ataque principal desde el suburbio de Carabanchel. En esta parte, ayer y hoy vuelven a librarse encarnizados combates de calle. Algunas casas se conquistan con ataques a la bayoneta y granadas de mano.

»A las catorce horas, los fascistas han iniciado en dicha parte un fuerte ataque de artillería sobre el puente de Toledo. En ese momento yo me encontraba en el barrio de Carabanchel Bajo, colindante con el puente, del que este barrio, durante el ataque, ha quedado cortado.

Con enormes dificultades, los combatientes conservan las barricadas bajo el fuego huracanado de la artillería. De todos modos, hasta este momento, a las dieciocho horas, el puente y varias calles delante de él siguen en manos de los republicanos. Una bomba ha incendiado el gran edificio de Capitanía General, antes dirección de la región militar de Madrid.

»Se está librando una furiosa batalla, y al lado, en una pequeña plaza, se celebra un mitin relámpago. Los agitadores y los delegados políticos, a menudo mujeres, animan a los combatientes.

»El Madrid asediado llora la muerte de Antonio Coll, al que llamaban el "marino de Kronstadt"... Después de haber visto el famoso film soviético, Antonio Coll, marino de la flota republicana española, que había pasado a combatir en tierra, se propuso detener y poner fuera de combate, con granadas, a los tanques fascistas. Y lo logró. Fueron volados cinco tanques italianos. Antonio Coll se les acercó a rastras, llevando al cinto una docena de granadas. Fue herido por casualidad, y hasta el último momento ha tenido la esperanza de restablecerse para continuar su magnífico trabajo.

»El gran aparato de bombardeo Junker que ayer pasó al lado de los republicanos, ya ha recibido hoy un número de la aviación gubernamental y ha volado con nueva tripulación para bombardear las unidades fascistas. No ha necesitado tomar una dotación de bombas; su carga era completa, dentro del avión y en el portabombas. Los oficiales de la legión extranjera habrán experimentado sobre su propia piel cuán agradable resulta el contacto de las bombas alemanas.»

(En el telegrama no he dicho que estas bombas han dado mucho que hacer. Alguien tuvo la idea de desprenderlas y colocarlas en el suelo, se desconcertó en la compleja red de cables procedentes del calorífico eléctrico y por poco lo echa todo a perder. El piloto de la nave tampoco sabía cómo desprender las bombas. Los aviadores estuvieron largo tiempo cambiando impresiones sobre el caso, hasta que de súbito llegaron a la conclusión más simple: volar sobre el enemigo y librarse de las bombas sobre las posiciones fascistas apretando unos botones.)

«Al atardecer se han observado concentraciones enemigas en el sector de Villaverde. Por lo visto, los fascistas piensan asestar el tercer golpe envolvente desde el sureste de Madrid para cortar la única carretera libre hacia Valencia y, en lo fundamental, rodear completamente la ciudad.

»Las unidades republicanas, la milicia popular y los obreros de Madrid se defienden con auténtico heroísmo y replican al enemigo con golpes cada vez más contundentes. Los dos o tres días próximos pueden decidir la suerte de Madrid y, quizá, de toda la guerra civil.»

Con las últimas palabras del telegrama me refería a las reservas que, sin embargo, hasta ahora no han entrado en combate, no mantienen verdadero contacto con el mando de Madrid y que ojalá lleguen a concentrarse mañana.

Las desarticuladas columnas madrileñas, abandonadas a su suerte por el ministro de la Guerra, gracias a la abnegación de algunos jefes, gracias a la valentía y a la energía de los obreros madrileños, gracias a la dirección política de los comunistas de la ciudad, han podido contener el primer empuje del enemigo, han podido frenar el asalto a la capital, poner orden en sus propias filas, defender Madrid, casi sin armas, durante cinco días seguidos. Esto es, en verdad, un milagro, pero ¿cuánto tiempo puede prolongarse sin apoyo desde fuera?

La presión del enemigo crece y mañana aún será más fuerte. Al tumbarse uno a dormir, no puede pensar en otra cosa.

12 de noviembre

Niebla, tiempo lluvioso. Esto es mejor, interrumpe el trabajo de la aviación.

Ataque demoledor, feroz, de los fascistas casi contra todos los puentes del Manzanares. Los facciosos cubren de fuego toda la orilla. Auténticos torbellinos de fuego. A menudo, a mí mismo me producen escalofríos. Pero los milicianos resisten, también hoy resisten; —¡y éstos son, en parte, los mismos hombres que huyeron a todo correr ante Talavera, ante Toledo, al oír un disparo de ametralladora!

En el puente de Segovia, la compañía mandada por el sargento Velázquez se ha lanzado al contraataque. Aquí peleaban dinamiteros asturianos. Al canto de la *Internacional*, bajo una lluvia de fuego de ametralladoras, han avanzado por la carretera de Extremadura y ¡han reconquistado al enemigo casi kilómetro y medio!

En el puente de la Princesa, han participado en el ataque los tanques fascistas Ansaldo. Son más pequeños y más débiles que los republicanos, pero en las calles de una ciudad resultan bastante móviles. A pesar de todo, los muchachos de las Juventudes Socialistas Unificadas los han hecho retroceder con granadas.

No sé si el general Varela continúa ateniéndose a su orden para el día «D». El mando fascista ahora cambia la dirección de sus golpes contra Madrid y los combina. Se venga de los fracasos de su infantería y de sus tanques con un incesante y poderoso fuego de artillería. El estruendo de las explosiones casi no cesa. En las ventanas vibran sin cesar los cristales. Los equipos de bomberos apenas tienen tiempo para localizar los incendios.

Tengo sobre la mesa tres radiogramas captados por el telégrafo de Madrid, que los ha hecho llegar al comisariado.

«Madrid. Al general Franco. Entusiasmados y respetuosos, admiramos al vencedor que ha entrado con sus benditas tropas en la capital de España. Enviamos nuestras preces a los caballeros de la santa Iglesia, liberadores de la patria. El alcalde de la ciudad de Burgos, Adella. Pagada respuesta, quince palabras.»

Otro: «Madrid. Al general Franco. ¡Ave César, imperator! Antonio Arenvero.»

El tercero: «Madrid. Al general Varela. Felicito por victoriosa entrada en Madrid. La historia le está contemplando. Bolivaro.»

La heroica resistencia de Madrid ha resultado una sorpresa no sólo para los fascistas. Ayer y hoy han aparecido por aquí algunas fisonomías que habían desaparecido sin dejar rastro el 5 y el 6 de noviembre. Los «regresados» se asoman con aire de indiferencia a sus antiguos despachos y oficinas. Ante sus mesas de escribir ven a los empleados de la Junta de Defensa. Hacen como si no se dieran cuenta de nada, como si estuvieran de paso, como los turistas. Por la mañana, al salir del Palace con el chófer Dorado, nos hemos encontrado con su ex jefe. A mí me ha saludado amablemente, pero a Dorado y al Buick los ha mirado como si los viera por primera vez. Dorado tampoco le ha saludado y se ha sentado con el ceño fruncido al volante... En la segunda mitad del día, cuando la ciudad se ha vuelto singularmente ruidosa, los turistas valencianos se han evaporado otra vez.

La Junta de Defensa ha establecido unas nuevas normas para los pases de entrada y salida de la ciudad. De este modo se evitan la huida desordenada y el innecesario regreso a Madrid de las personas que lo han abandonado.

La Junta trabaja muy enérgicamente. En la ciudad regula el co-

mercio al por menor, el abastecimiento de víveres, organiza la evacuación. Los fascistas detenidos han sido gradualmente evacuados desde el 7 de noviembre...

Al atardecer, por fin se han concretado las perspectivas del contragolpe de mañana, con las reservas. En el Estado Mayor lo llaman, con altisonante expresión, contraataque, pero a mi modo de ver, en su forma definitiva, no se trata más que de un contragolpe. Los grandes planes de amplia maniobra por parte de seis brigadas desde el sector de Arganda hacia Pinto-Parla con itinerarios auxiliares de otras cuatro brigadas hacia Leganés e Illescas, esos grandes planes, se han reducido en mucho. Rojo ha exigido parte de las brigadas para sí, para los sectores defensivos de la ciudad —«no es cuestión de caldo gordo, sino de subsistir»—. No queda más que un grupo de choque sumamente pequeño, formado por cuatro brigadas, una docena de cañones y una docena de tanques, grupo que mañana ha de atacar a los fascistas desde la retaguardia, en dirección al cerro de los Ángeles y a Getafe. Por su parte, Madrid atacará en todo su flanco derecho y en el centro del dispositivo de defensa.

Desde luego, esto no es de ningún modo un segundo Mame, pero...

13 de noviembre

Día de desilusiones y grandes amarguras. Por lo visto, el contraataque no conducirá a nada. El grupo de choque principal ha entrado en combate muy tarde. La preparación artillera ha sido sencillamente lamentable. Los nuevos combatientes, mal instruidos, han avanzado con desgana y al acercarse al cerro de los Ángeles se han desconcertado ante el fuego enemigo y se han pegado a las rugosidades del terreno. Allí siguen, por ahora.

Las unidades madrileñas también al principio se han lanzado al ataque, pero no han ido muy lejos. Resulta difícil a los fascistas penetrar en el interior de Madrid, pero no es menos difícil hacerlos saltar de los lugares en que se han fortificado ya. Arrojar a los facciosos, de un empujón, lejos del río ha resultado hoy una empresa imposible.

La Brigada Internacional ha avanzado con arrojo a lo largo del

muro de la Casa de Campo. Corriendo hábilmente a pequeños trechos, en grupos y uno a uno, aprovechando los montículos y las piedras, desplazando adelante las secciones de ametralladoras, dos batallones han avanzado más de un kilómetro. Era posible ir mucho más allá, pero los flancos, la columna de Galán y otra, anarquista, se han rezagado y no han hecho nada para alcanzarlos. Los tanques puestos a disposición de este grupo, varias veces se han separado hacia adelante, han regresado al lugar en que se hallaba la infantería procurando arrastrarla consigo. Los tanquistas intentaban convencer a los combatientes de que no perdieran el tiempo, de que avanzaran, de que conquistaran una amplia extensión cubierta por un fuego sumamente débil, pero los requerimientos no han dado resultado alguno. «Estamos cazando moscas», dijo, según su costumbre, el capitán de los tanques. Siempre es oportuno cuando lo dice. Dos secciones de tanques, irritados sus servidores, avanzaron una vez más, irrumpieron en las defensas de alambres espinosos, aplastaron nidos de ametralladoras, destrozaron alguna impedimenta de artillería, estropearon varios automóviles fascistas. Se desahogaron un poco, pues se habían pasado toda la semana junto a los puentes «como espantapájaros en huerto», según expresión del mismo capitán.

Este fracaso es muy duro, pero no se aprecia tan dolorosamente como esto había podido parecer antes. Por lo visto no ha llegado aún la hora de aplastar a Franco a las puertas de Madrid, pero con la llegada de los refuerzos la defensa de la ciudad, aunque por ahora pasiva, encarnizada, se hace más real.

Lo mismo que en los días anteriores, a las dos de la tarde han aparecido sobre la ciudad los Junkers acompañados de sus cazas. Miaja se puso rojo de ira y con su mullido puño dio un golpe a la mesa del comedor.

—Pero ¿cuándo comen éstos? Ni ellos comen ni dejan comer a los otros. Les ruego que no se levanten de la mesa.

De todos modos, él mismo se dejó llevar por la tentación y con la servilleta al cuello, se precipitó hacia el balcón cuando le dijeron que el combate aéreo tenía lugar sobre el mismísimo edificio del ministerio.

Los Junkers ya huían, los «chatos» atacaban a los Heinkels. Con ceñidos virajes y bajando en picado hacían centellear sus alas de color, como las mariposas, provocando el entusiasmo del público que, ávido, observaba desde la tierra.

Luego el combate se desplazó más allá del ángulo de la casa y no se vio nada más. Todos nos sentamos a la mesa para proseguir la comida. Cinco minutos después, comunicaron por teléfono que se habían abatido varios aparatos y que uno de los pilotos se había tirado en paracaídas y había sido hecho prisionero. Miaja ordenó que lo trajeran aquí, al Estado Mayor. Unos diez minutos más tarde se oyó un extraordinario ruido y griterío de la muchedumbre. Desde el balcón se veía cómo se iba acercando a la verja del ministerio, lentamente, un automóvil rodeado de gente por todas partes, hasta por encima. Se abrió la portezuela, hicieron salir a alguien y lo arrastraron a través del jardín del ministerio.

Un grupo de acompañantes y mirones se precipitó hacia el interior del edificio. Salí a la escalera; por sus amplios peldaños mitad conducían, mitad llevaban hacia arriba a un joven de constitución atlética, en cuya cara se dibujaba una mueca de dolor; se agarraba con las manos el vientre, como si se le hubiera roto la correa y le cayeran los pantalones.

No era, ni mucho menos, un aviador fascista. Era —le reconocí a la primera mirada— el capitán Antonio, jefe de un destacamento de los «chatos».

¿Por qué le arrastran de este modo? Está muy pálido, da trompicones, casi no ve. En la gran estancia en que Rojo trabaja con sus ayudantes, se desploma sobre un diván, poco menos que destrozándolo con su poderoso cuerpo.

—Antonio, ¿has sido tú quien ha saltado en paracaídas? ¿Te han atacado a ti?

Respiraba pesadamente.

—Dame agua. Tengo el vientre acribillado.

—¡Antonio!

—¡Qué casa de locos es ésta! ¿Por qué disparan contra los suyos? ¡Dame agua en seguida! Tengo fuego en el vientre. Muchas balas en el vientre. Dame agua y luego te explicaré lo que ha sucedido.

—Antonio, no cuentes nada. No has de beber, si estás herido en el vientre. Ahora mismo te hospitalizarán, te llevaran al Palace.

—Cuanto antes al hospital, y ¡un poco de agua! He de apagar el fuego de las balas. ¡No te apartes de mi vista, por favor! Seis víboras me han atacado a la vez. Iba por debajo de las nubes y de pronto seis Heinkels, de todas partes, ¡todos contra mí! Te lo suplico, ¡no te apartes de mi vista!

—No me apartaré de tu vista. Iré contigo al Palace. Es el hospital. Yo vivo allí mismo, a tu lado. Antonio, querido, no hables, ¡te lo prohíbo!

Todos los presentes escuchan horrorizados. ¿Por qué habían arrastrado aquí a un aviador republicano herido, por qué no lo habían llevado a la enfermería? Empieza el vocerío, todos se acusan unos a otros. Coinciden todos en que la culpa recae por entero en la orden de Miaja. Se les había mandado traer al aviador aquí, y lo habían traído. Pero la orden estaba basada en una información falsa, en el hecho de que en paracaídas se había arrojado un aviador fascista. ¿Había que cometer la idiotez de cumplir una orden, basada en una información falsa? ¿O se había cumplido en un acto de provocación? Todos coinciden en que no se debía haber cumplido la orden. Nadie llama a los sanitarios ni manda traer una camilla. Todos coinciden en que es necesario llamar a los sanitarios y mandar que traigan una camilla. Antonio empieza a deslizarse del diván, se le cierran los párpados. Por fin llegan los sanitarios con la camilla. Cogen a Antonio, muy torpemente, del diván y lo colocan en la camilla, de través. Pero dan un empujón a un sanitario, éste suelta una mano y Antonio cae estrepitosamente al suelo. Todos gritan de horror y dolor, únicamente Antonio no grita. Le cogen otra vez, vuelven a ponerlo en la camilla, bajamos hacia la ambulancia, vamos al Palace, sólo a tres minutos. Le llevan a la sala de operaciones. Aquí hay un tropel de gente, se fuma, hay montones de guata sucia; unos dedos sin recoger, unos pies y aún otra incomprensible parte de un cuerpo, semejante a una rodilla, en una gran jofaina, esperan a la enfermera; de la pared cuelga un cartel con una pareja bailando: «Pasad el verano en Santander.» A Antonio le colocan en la mesa de operaciones; de pronto, este hombre, tan grande, parece un niño...

Dos horas más tarde el doctor Gomecilla vino a decirme que Antonio ya estaba operado, que se hallaba en la habitación inmediata, que me llamaba, nervioso. De los intestinos le han sacado cuatro balas; otras dos le han quedado en los órganos internos, sacarlas es muy peligroso. La cuestión está en que el herido permanezca inmóvil; si no, se le producirá una peritonitis y todo se habrá terminado. Por lo visto el aviador tiene una constitución de hierro, hay posibilidades de que se salve, si se logra que permanezca completamente inmóvil en la cama. Pero está muy intranquilo. Está nervioso y le llama. Quiere explicarle alguna cosa.

Fui a ver a Antonio. En efecto, estaba muy nervioso. Ante todo tuve que coger una hoja de papel y escribir su informe.

—¿Comprendes? No hay ningún documento. Hay que levantar acta...

—¿Qué documento quieres? Te has batido valientemente, como un héroe, estás herido, has de curarte; de los documentos ya se encargarán los otros.

—El documento es necesario. En el diario del aeródromo se anotó a qué hora emprendimos el vuelo, a la señal de alarma. Por favor, toma esa fecha y anótala en el informe. Lo recuerdo muy bien; quince horas cuarenta y ocho minutos, pero compruébalo con el diario, ¡esto es un documento!

—¿No querrás decir trece horas cuarenta y ocho minutos? A las quince horas cuarenta y ocho minutos ya te estaban operando...

—¡Un momento! ¡Un momento! Lo recuerdo con exactitud; ayer, a las quince horas cuarenta y ocho, a las quince...

—Ayer no, hoy; ¡el combate se ha librado hoy, hace tres horas!

Antonio se inquietó:

—¿Hoy? ¡¿Es posible que haya sido hoy?! ¿Cómo puede engañarme la memoria? ¡Tú bromeas! ¿Acaso el combate ha sido hoy? ¿A qué día estamos?

—Ha sido hoy. Te han puesto narcótico. Todo esto carece de importancia. Lo principal es que no te muevas, te curarás.

Está muy deprimido por haber confundido los días.

—¿Es que no tengo nada en el cerebro? Dime la verdad.

—¡No tienes nada en el cerebro, cabeza loca! Estáte quieto.

—¿Y los muchachos, qué? ¿Todos bien?

—Más que bien. Tus muchachos han derribado cinco aparatos, y tú, además, uno; en total, seis.

—¡Son unos águilas! ¡Ah, mis buenos muchachos! Son jóvenes, a seis los mandé a perseguir a los Junkers y yo, con otros dos, de los más experimentados, me puse a combatir con los cazas... Combatimos bien contra seis. Cada uno de nosotros derribó a una víbora... De pronto veo que el camarada de mi derecha ha desaparecido y que también han desaparecido todos los fascistas. Estaba claro que habían descendido por debajo de las nubes. Me inquieto por los jóvenes. Los muchachos son jóvenes y aún poco experimentados. Bajo en picado... ¿No confundo nada? En todo caso, dímelo.

—No confundes nada. Calla, haz el favor. No has de hablar.

—Me siento inquieto por los jóvenes. Bajo en picado... Y entonces, de pronto, otra vez seis Heinkels, otros, viniendo de todas partes, como perros de presa, ¡todos contra mí! No tuve tiempo de orientarme —enseguida una ráfaga de ametralladora me cortó el ala izquierda y los alerones—. Entré en barrena. De tiempo en tiempo procuro nivelar el aparato por medio del motor —todo inútil—. ¿Comprendes? Todo es inútil. ¡¿Comprendes?!

—Comprendo. Calla, querido, luego me lo contarás.

—¿Comprendes? Me dolía perder el aparato. Pero era inútil. Aparatos, tenemos pocos, ¿comprendes? Entonces me desabroché el cinturón, empujé el aparato con los pies y salté. Salté y me dije: el viento sopla hacia el sur, en dirección a los fascistas, por esto hay que caer con rapidez, retardando el paracaídas... A unos cuatrocientos metros lo abro, bajo sobre una calle, no sé en manos de quién está... Unos veinte metros deciden de mi suerte. ¿Comprendes? ¿Comprendes? ¿Puedes comprender lo que pensaba en estos momentos?... Y encima, comienzan a disparar desde la tierra —no sé si contra los aviones o contra mí—. De nuevo tampoco sé quién dispara. Y de pronto algo me arde en el vientre. Es posible que por estupidez alguien hasta de nuestra parte haya disparado... Pero no lo digas a nadie. Mis muchachos no deben saberlo en ningún caso. Para su temple político-moral es inútil saberlo. Estos errores pueden darse, pero no son característicos. No hay que educar a los aviadores a base de tales equivocaciones. ¿Comprendes? Esto, cállalo.

—No soy yo quien ha de callar, sino tú, ¿comprendes? Si sigues hablando me iré en seguida. Para ti sólo hay una salvación: no moverte, estar acostado, callar.

—¿Sólo una salvación?... ¿Esto quiere decir que la cosa va mal?

Enmudeció y pronto se puso a hablar otra vez:

—Estando herido en el vientre, según las reglas, ya no podía saltar. Me di un golpe muy fuerte contra el suelo. Recuerdo muy claramente que se precipitaron hacia mí unos rostros desconocidos. Quiénes eran, tampoco lo sabía...

—No me haces caso. Me voy...

—Bueno, callaré. Es una gran pena que me hayan acribillado. Habría bajado a tierra sin contratiempos y hoy habría peleado otra vez... Contra los fascistas. ¡Contra los fascistas! ¡Contra los fascistas!

—Te pido y te propongo que dejes de hablar. Así sanarás más pronto y volverás al frente.

—¿Crees que volveré?

Me miró a los ojos con una mirada de pronto tan omnividente y penetrante que me asusté pensando que iba a leer en mi rostro la palabra «peritonitis». Pero no la leyó. Se debilitó y en seguida se quedó adormilado.

El destacamento del capitán Antonio ha volado hoy otra vez en combate a las dieciséis horas y unos minutos. Ha derribado otros cuatro cazas, tres Heinkels y un Fiat.

En total, sobre Madrid han sido derribados hoy diez aviones fascistas, ocho alemanes y dos italianos. Las pérdidas han sido un aparato de bombardeo Breguet, de tipo antiguo, y el de Antonio.

Titulares de hoy por la noche en *Mundo Obrero*:

«Combate aéreo sobre los tejados de Madrid.»

«¡Gloria a los héroes del aire! Los aviones fascistas, derribados por los aviadores de la libertad, son una prueba ante el mundo de que el fascismo será vencido en las puertas de Madrid.» «¡Vivan los pilotos de la República!»

Por la noche, he recorrido los sectores de los arrabales. La ofensiva ya se ha congelado. La mayor parte de las unidades han vuelto a sus posiciones de partida, excepto en la Casa de Campo, donde la Brigada Internacional y la III Brigada de Galán, con ayuda de los tanques, pese a todo han avanzado a lo largo del muro cuatro kilómetros. Los combatientes del grupo de choque siguen pegados al suelo ante el cerro de los Ángeles, sin ir adelante ni atrás. De todos modos, en su conjunto, el día de hoy ha sido de mucha utilidad. Los fascistas ven que Madrid no sólo resiste, sino que, además, ataca, que no está tan abandonado, que acuden a ayudarle. Esto desconcertará al enemigo, le obligará a reorganizarse, a buscar refuerzos, le robará tiempo. Y tiempo es lo que aquí, en Madrid, hace falta. Cada día que pasa hace más fuertes a los republicanos, si bien a costa de que también el enemigo se refuerce.

14 de noviembre

Hoy el día ha sido relativamente tranquilo. La tensión, en la ciudad, se ha debilitado un poco. Hay tiroteo ante el puente de Toledo. Dos automóviles han sido alcanzados por obuses —sus ensangrentados

restos están desparramados sobre los adoquines—. En las barricadas, los combatientes permanecen tranquilos, pacientes, responden al fuego de manera metódica, sin disparar en vano.

Hoy, por la mañana, ha sido volado el puente de Segovia. Lo ha volado un Junker de una bomba, sin quererlo él mismo. Apuntaba a las unidades republicanas que estaban junto al puente.

Cerca de la estación de Atocha, las bombas han estropeado la fachada del Ministerio de Fomento. Dos enormes columnas de mármol se han deshecho como si fueran de azúcar. Al lado del ministerio, una bomba ha abierto un embudo muy hondo, por el que se ven los raíles del metro. Bien es verdad que el metro, aquí, no está construido a gran profundidad.

La potencia de las bombas es enorme. Son bombas de media tonelada.

Ha llegado la columna catalana con Durruti al frente. Son tres mil hombres muy bien armados y equipados exteriormente, en nada parecidos a los combatientes anarquistas que rodeaban a Durruti en Bujaraloz.

Durruti me ha dado un jubiloso abrazo, como a un viejo amigo. Y en seguida ha dicho, en son de broma:

—¿Ves? No he tomado Zaragoza, no me han matado, y no me he hecho marxista. Todo queda para más adelante.

Ha adelgazado, se ha vuelto más disciplinado, su aspecto es más marcial, tiene ayudantes y habla con ellos no en tono de mitin, sino de jefe. Ha pedido un oficial-consejero. La han propuesto a Santi. Ha hecho varias preguntas acerca de él y lo ha aceptado. Santi es el primer comunista en las unidades de Durruti. Cuando ha llegado, éste le ha dicho:

—Tú eres comunista. Está bien, veremos. No te moverás de mi lado. Comeremos juntos y dormiremos en la misma habitación. Veremos.

—De todos modos, tendré algunas horas libres. En la guerra suele haber siempre muchas horas libres. Pido permiso para poder apartarme de tu lado en esas horas.

—¿Qué quieres hacer?

—Quiero aprovechar las horas libres para instruir a tus combatientes en el tiro de ametralladoras. Disparan muy mal con ametralladora. Quiero enseñar a unos cuantos grupos y crear secciones de ametralladoras.

Durruti sonrió.

—Yo también lo quiero. Enséñame a mí a manejarla.

Al mismo tiempo, ha venido a Madrid García Oliver; ahora es ministro de Justicia. Durruti y Oliver van juntos.

Los dos famosos anarquistas han conversado con Miaja y con Rojo. Han explicado que las unidades anarquistas han venido de Cataluña a salvar Madrid y que lo salvarán, pero después de esto, no se quedarán aquí, sino que volverán a Cataluña y a los muros de Zaragoza. Luego han pedido que se les asigne un sector independiente, donde los anarquistas puedan mostrar sus éxitos. De otro modo, podrían surgir equívocos, hasta el punto de que otros partidos comenzaran a atribuirse los éxitos de los anarquistas.

Rojo ha propuesto situar la columna en la Casa de Campo para atacar mañana a los fascistas y arrojarlos del parque en dirección suroeste. Durruti y Oliver han estado de acuerdo. He hablado con ellos. Están convencidos de que la columna cumplirá muy bien su misión. Oliver me ha preguntado si existen en el Ejército Rojo unidades de infantería de choque, especiales, de singular valentía, a las que se pueda situar delante de otras tropas más débiles, para que den el golpe y arrastren tras de sí a las unidades más débiles, y luego, después del combate, se retiren a la retaguardia y con la misma función pasen a otro sector.

Le he dicho que, según mis noticias, entre nosotros no existen unidades de este tipo. La táctica de los grupos de choque es la más acertada, pero el mando ha de tener la posibilidad de crear grupos semejantes *en cualquier* momento a base de unidades frescas y con capacidad combativa, cualesquiera que sean.

Oliver ha dicho que, para España, en el período actual, las unidades de esta clase son muy necesarias, y no se imagina que en el futuro inmediato pueda lucharse sin ellas.

Largo Caballero ha visitado algunos centros de formación en torno a Madrid y ha regresado a Valencia, sin llegarse a la capital. Dicen que le han aconsejado no visitar ahora la ciudad, porque los obreros están muy irritados contra él, por su partida repentina, a escondidas, lleno de pánico, el 6 de noviembre.

Tales conversaciones, en general, son muy desagradables. No sin fundamento, desde luego, pero con un radicalismo excesivo, en Madrid se ha comenzado a censurar y a denigrar a todos cuantos se han ido evacuados. Quienes el 5 y el 6 no lograron obtener un puesto en

un autobús o en un camión para Valencia, ahora desprecian ostentosamente a los «viles cobardes». A su vez, los «valencianos» en el transcurso de esta terrible semana han creado literalmente la leyenda de unos madrileños insolentes, pendencieros y soberbios, descarados y pagados de sí mismos, hasta el punto de no obedecer al gobierno central. A Valencia le ha sentado como un trallazo la descocada manifestación del serio periódico *Política*, de Izquierda Republicana, el cual en el lugar más destacado, al lado del título, ha escrito: «Algunos aficionados al suave clima marítimo se han dirigido demasiado apresuradamente a la costa. ¡Que intenten esos turistas entrometerse otra vez en Madrid!»

Estas conversaciones han inquietado al Partido Comunista, pues socavan la atmósfera de disciplina y confianza. El comisario del Quinto Regimiento ha publicado sobre esta cuestión un artículo especial:

«El gobierno se ha trasladado a Valencia. El gobierno, por consideraciones sentimentales y una falsa comprensión de sus funciones, no puede permitirse el lujo de permanecer en Madrid cuando Madrid no constituye el mejor punto desde el cual el gobierno puede cumplir sus funciones de carácter nacional e internacional. El pueblo español necesita que el gobierno esté donde con mayor utilidad pueda organizar la victoria. Por este motivo, los combatientes saludan el traslado del gobierno. Nosotros nos encontramos a disposición de la Junta de Defensa de Madrid, digna representante del gobierno del Frente Popular.

»Es comprensible que el enemigo quiera cercar Madrid, encerrar en Madrid al gobierno español para facilitar, con esto, a los estados fascistas el reconocimiento del "gobierno" de Franco y Mola afirmando que el de Madrid, cercado, no tiene conexión con el resto del país.

»En respuesta a ello, contestamos como combatientes, como españoles:

»—Camaradas miembros de gobierno, vosotros gozáis de nuestra plena confianza, nosotros queremos que estéis en el lugar donde más cómodamente podáis dirigir el país y la defensa. Es cosa distinta el que algunos funcionarios y dignatarios sencillamente hayan tenido miedo y hayan huido de Madrid sin necesidad, abandonando sus puestos. A esa gente la tratamos como se trata a los cobardes, a los canallas, único calificativo que merecen.

»Apoyamos total e incondicionalmente a nuestro gobierno, al go-

bierno de Largo Caballero, formado por todos los partidos y organizaciones antifascistas.»

Lo ocurrido con Antonio ha causado una honda impresión en el Estado Mayor. Se ha dado una orden especial sobre la salvaguarda de la vida de todos los pilotos, aunque sean enemigos, que efectúen un aterrizaje forzoso o que salten en paracaídas sobre territorio republicano. Todos los aviadores ilesos serán dirigidos inmediatamente al Estado Mayor, sin hacerlos objeto de ofensas de palabra ni de hecho. Se ordena que a los heridos se los conduzca inmediatamente al hospital. Quienes infrinjan la orden serán entregados a un tribunal militar.

En la orden se dice:

«Comprendemos muy bien el sentimiento de ira y de furia que se apodera de los milicianos al ver a los fascistas destructores de nuestras casas. Pero principios de orden militar nos obligan a exigir de todas las unidades una actitud correcta respecto a los aviadores prisioneros. El piloto que salta en paracaídas, queda fuera de combate y, al mismo tiempo, es de gran valor la información que de él se puede obtener. El mando espera que no serán las medidas de castigo, sino la conciencia de los combatientes republicanos, lo que hará cumplir esta orden.»

La orden se ha publicado en todos los periódicos y ha sido transmitida por radio.

15 de noviembre

Hoy ha intentado atacar Durruti. Estaba muy nervioso antes del combate, ha exigido que se le facilitara toda la artillería y toda la aviación, y, en realidad, se han rebañado cañones de toda la ciudad para ponerlos a su disposición, la aviación republicana ha efectuado dos vuelos sobre las posiciones de los facciosos en la Casa de Campo, luego los «chatos» han patrullado sobre la columna salvaguardándola de la aviación fascista.

Todo ello no ha servido para nada, los anarquistas se han asustado ante un fuego de ametralladora bastante débil y no se han lanzado al combate. El pobre Durruti, fuera de sí, ha ordenado fusilar a algunos cobardes, luego ha abolido la orden, luego ha cambiado impresiones con Oliver, luego ha declarado al Estado Mayor que la culpa la tiene toda la mala preparación artillera y, al fin, ha tomado la decisión de repetir el ataque mañana.

Los facciosos han emprendido un furioso asalto al puente de los Franceses. Hacia este punto han dirigido el fuego de artillería las ametralladoras y los tanques Ansaldo. Hacia el mismo punto han volado ocho Junkers, los cuales casi simultáneamente han arrojado unas setenta bombas sobre los destacamentos que cubren el puesto. En el transcurso de varios minutos la tierra ha temblado literalmente debido a las monstruosas explosiones de las bombas de cien kilogramos. Se ha levantado una tromba de fuego, arena, piedras y cascotes. Los milicianos han volado el puente.

Como respuesta a la magnánima orden sobre el humano trato que se ha de tener con los aviadores, los fascistas han arrojado sobre el aeródromo madrileño de Barajas una carga monstruosa. Al paracaídas iba atada una caja de madera con la inscripción: «Valladolid.» Al abrir la caja, se ha encontrado dentro un cadáver cortado en pedazos, un montón espantoso de carne ensangrentada y trozos de ropa. Por algunos indicios se ha logrado reconocer el cuerpo del aviador de un caza republicano, José Galarza, quien ayer participó en un combate aéreo y efectuó un aterrizaje forzoso en territorio enemigo.

Para llevar a cabo su acción, los fascistas necesitaron por lo menos varias horas. Tuvieron que cortar el cuerpo de José Galarza (¿muerto o vivo?) a lo matarife, en pedazos; luego tuvieron que colocar esos trozos en una sábana, atarla para hacer un lío, colocarlo en la caja, atarla al paracaídas, entregarla a un aviador, efectuar el vuelo con la caja y arrojarla.

El capitán Antonio se consume en la cama. Le es muy difícil no moverse. Exige que le visiten sus «muchachos» de la escuadrilla de «chatos», los llama por su nombre, cita entre ellos a José Galarza. Un obús ha estallado nuevamente junto al Palace. Las paredes han temblado. Los heridos han saltado de sus camas y han salido al corredor. Ha saltado y ha salido, también, Antonio. A duras penas lo han metido en la cama. Tiene vaga la mirada, habla mucho. El médico ha dicho que empieza la peritonitis.

Ha ocurrido una desgracia. Los fascistas han logrado, pese a todo, forzar el Manzanares.

Durruti quería reanudar hoy el ataque en la Casa de Campo, pero mientras su Estado Mayor y sus batallones se ponían de acuerdo en

cómo atacarían y quién iría delante, los propios facciosos han comenzado a atacar. Los moros han pasado el río y han penetrado en la Ciudad Universitaria.

En seguida han mandado allí a la Brigada Internacional, pero ya era tarde. Los moros se han apoderado de varios edificios, se siguen infiltrando.

Ha comenzado la lucha cuerpo a cuerpo. Se lucha a la bayoneta, a veces a culatazos.

Un francés, de la Brigada Internacional, se ha agarrado a un corpulento marroquí, ninguno de los dos podía vencer al otro. El francés ha cogido al moro una granada de mano del cinto y le ha golpeado la cabeza. La granada ha estallado, han muerto los dos.

A la puesta del sol, se ha logrado arrojar a los moros del edificio de la Facultad de Filosofía. Pero se mantienen en los demás edificios.

Al mismo tiempo, los fascistas han intensificado el ataque en toda la línea de su ofensiva. Los madrileños han de defender una línea casi de dieciséis kilómetros.

Durante todo el día se han librado incesantes y encarnizados combates aéreos. Los «chatos» pelean intrépidamente contra la aviación fascista que casi es tres veces superior. A las dieciséis horas, durante su cuarto combate del día, un caza republicano, separándose de su eslabón, ha atacado audazmente a un grupo de Junkers. Tras él se ha lanzado una bandada entera de Heinkels y lo han derribado. El aviador ha saltado en paracaídas y ha caído indemne en el paseo de la Castellana. La muchedumbre, entusiasmada, ha llevado en brazos al valiente a un automóvil. A los quince minutos ya se encontraba en el edificio del Ministerio de la Guerra. Los miembros de la Junta de Defensa aplauden al héroe, le abrazan. El piloto, Pablo Palancar, se siente confuso ante semejante recibimiento. Tiene los cabellos enmarañados, de sus atrevidos ojos no ha desaparecido aún la excitación de la lucha y del peligro. Informa brevemente y pide permiso para volver en seguida a su unidad.

17 de noviembre

Noche de pesadilla. Los Junkers han volado furiosos desde las once de la noche hasta las cinco de la madrugada. Han atacado con bombas de media tonelada toda la parte central de la ciudad. Los edificios más afectados por el bombardeo han sido los hospitales.

En el Palace vibraban sin cesar las paredes, tintineaban los cristales rotos, gritaban histéricamente los heridos. La enfermería se ha convertido en un manicomio ensangrentado. No he podido ir a ninguna parte, hasta el amanecer he permanecido sentado junto a la cama de Antonio, sosteniendo en mis manos las suyas, grandes, pero ya débiles y húmedas, procurando no estremecerme con él cuando retemblaban las bóvedas, cuando la oscuridad absoluta quedaba rasgada por el relámpago de las explosiones y el precipitado rumor de pasos en el corredor despertaba el gregario deseo de lanzarse hacia abajo y refugiarse en el sótano. ¡Antonio no puede correr, no debe ser llevado a ninguna otra parte!

—¡¿No me abandonarán, aquí?! ¿No me dejarán? Me parece que ya han salido todos. ¿Por qué nos quedamos, nosotros?

—No se ha ido nadie, quédate tranquilo en la cama. Sobre nosotros tenemos nada menos que cuatro pisos. Además, yo estoy contigo, a tu lado, esto significa que no pasa nada grave, ¿no es así?

—¡No te vayas por nada del mundo! De otro modo, también yo me levantaré e iré detrás de ti.

Se durmió, mejor dicho, quedó adormilado, inconsciente, después de las cuatro de la madrugada. Yo salí a la calle —en torno, ruinas, cascotes, huellas de incendios—. El Palace ha sufrido poco; en cambio, a su lado ha sido reducido a cenizas un gran hotel de lujo, el Savoy, uno de los mejores de Madrid. Del bar instalado en la planta baja, por una verdadera casualidad, ha quedado el mostrador con licores. Estremecido por el frío matinal, he contemplado cómo dos mozos, riendo, probaban el contenido de las botellas.

En el hospital de San Carlos han quedado completamente destruidos los dos pisos superiores. Han sufrido mucho el hospital provincial de Madrid de la Federación Sanitaria y el hospital de la Facultad de Medicina de la Universidad. En San Carlos hay veintitrés

muertos y noventa y tres heridos por efectos del bombardeo. Además, a consecuencia de la evacuación precipitada del hospital, por la noche, han muerto noventa heridos.

Se supone que las bombas no han caído en los hospitales por casualidad. Los bombarderos arrojaban primero hacia abajo bengalas luminosas, veían cuáles eran los edificios y luego echaban las bombas.

En la Ciudad Universitaria, se está librando una batalla terrible. Los fascistas por ahora han avanzado en poca profundidad, pero tienen una facilidad diabólica para afianzarse en el terreno. La Brigada Internacional y los milicianos españoles están dando muestras de un heroísmo maravilloso. Los combatientes de los batallones Tählmann y Edgar André se han lanzado seis veces al ataque. Hay muchos muertos. Los moros se agarran como lapas.

¡Qué hombres, estos antifascistas voluntarios! El comisario del batallón Tählmann me dice:

—Toma cualquiera, al azar; es carne de la propia carne y sangre de la propia sangre de la clase obrera revolucionaria. Karl, acércate, cuéntanos quién eres.

—Tengo treinta y cuatro años —dice Karl Krein—. Antes trabajaba de contramaestre en las grandes empresas metalúrgicas alemanas, en la de Siemens, en la de Borsig, me ganaba muy bien la vida. Mi salario, como contramaestre, era tres veces mayor que el de los simples obreros de mi brigada. Cuando Hitler llegó, yo, por figurar en las listas de los hombres de poca confianza, fui detenido; luego me pusieron en libertad, por error, y en seguida huí con mi familia a Francia. Allí obtuve un trabajo mucho menos calificado, pero de todos modos ganaba cincuenta francos al día. Cuando me enteré de que habían venido aquí, a España, nazis alemanes, lo dejé todo y me apresuré a venir, para llegar hasta su pellejo.

—¿Cuántos hijos tiene usted?

—Dos.

—¿Y qué le dijo su mujer, cuando usted pensó dejarla y venir a pelear?

—Tengo una buena mujer. Es una camarada. Piensa como yo. Me dijo: «Vete, lucha contra el fascismo. Ayuda a los españoles, yo ya me las arreglaré para subsistir con los hijos.»

—¿Cómo se le han dado estos primeros días?

—Un poco duros, si he de ser sincero. Estoy contento de mi batallón, de mis camaradas, de la ametralladora. Pero la cosa va muy mal

con la artillería. A nosotros nos machacan con la artillería. Todo lo que nos echan encima es de fabricación alemana e italiana. Yo, como metalúrgico alemán, lo veo mucho más claro que otros. He recogido algunas granadas enemigas; en ellas están grabadas las letras «K» y «E», o sea Krupp y Essen. Disparan con balas «dum-dum», de fabricación italiana. He estado presente en el interrogatorio de prisioneros, yo mismo los he interrogado. Ésos tienen buen material, ¡el diablo se los lleve!

—¿Y cómo son las relaciones con los españoles?

—Buenas. En nuestro batallón internacional, tenemos no pocos españoles. Somos amigos, como hermanos. No crea, ¡aprovecho todos los momentos para estudiar la lengua española!

Me mostró un pequeño cuaderno de notas con tapas de hule.

19 de noviembre

Estas cuarenta y ocho horas han sido lo más terrible de cuanto hasta ahora ha experimentado la desgraciada ciudad.

Madrid arde. Las calles están llenas de luz, en las calles hace calor, pero no es de día ni es verano, sino una noche de noviembre. Camino por la ciudad; un enorme resplandor ilumina las calles por todas partes, a dondequiera que me dirija.

Madrid arde. Lo ha incendiado la aviación alemana.

Arden los edificios públicos, los hoteles, las enfermerías, los institutos. Arden sin fin las viviendas.

Es imposible apagar todos estos incendios, los equipos de bomberos ya no pueden más. No darían abasto aunque hubiera un número de bomberos cinco veces mayor. Procuran, con ayuda de voluntarios, evitar tan sólo las complicaciones, las explosiones y la muerte de las personas. Se apresuran a cortar las conducciones de gas, sacan la gasolina, aíslan las casas vecinas.

La resistencia de Madrid ha provocado en los fascistas una furia ciega. Han decidido borrar de la faz de la tierra la capital de España, aniquilar a sus habitantes o por lo menos obligar a los defensores de Madrid a ceder la capital para conservar un millón de vidas humanas. Lo que ahora ocurre puede hacer perder el equilibrio hasta al hombre

más firme. Ni siquiera sé si cabe garantizar que los madrileños adultos conservan la psique en orden. En la ciudad han aparecido muchos alienados.

El hecho es que la prueba aún no ha terminado. El mando fascista bombardea a Madrid con fuerza creciente. Aquí ha sido concentrada en lo fundamental toda la aviación de los facciosos. Hoy, durante el día, han bombardeado la ciudad veinte Junkers acompañados de treinta cazas —había de una vez cincuenta aparatos en el aire—. La aviación republicana, numéricamente, es en mucho más débil. Su audacia no siempre puede compensar la superioridad de fuerzas del enemigo. De todos modos, los «chatos» han abatido hoy dos Junkers y dos cazas.

El bombardeo se reanuda cada tres o cuatro horas. Y después de cada incursión aérea, es mayor y mayor el número de ruinas humeantes, cada vez hay más y más carne humana ensangrentada. Resuenan por las calles los lamentos, los llantos, los gemidos de la enloquecida gente. Asesinos perspicaces, tranquilos, en naves grises, oscuras, de acero, una y otra vez vuelan sobre la ciudad, una y otra vez arrojan el estruendo de la muerte sobre las indefensas personas. Transcurren tres o cuatro horas. De la calle han tenido tiempo de retirar a las víctimas; soplan en las habitaciones frías corrientes de aire —son muy pocos los cristales de las ventanas enteros, no rotos—. Y todo vuelve a comenzar desde el principio. Lo que parecía una maligna utopía, prototipo libresco de la futura guerra, se ha convertido ahora en un hecho. En el umbral del año 1937, el militarismo fascista, a los ojos del mundo entero, destruye una enorme capital europea.

Una bomba de doscientos kilogramos, si da en el blanco, derriba una casa de cinco pisos. A veces penetra incluso en el sótano. En la ciudad se cuentan por decenas las bombas de este tipo que han hecho blanco. Pero los fascistas arrojan también bombas de trescientos kilogramos y de media tonelada —destruyen edificios de ocho pisos—. Para aniquilar un barrio obrero, con sus frágiles casitas, de delgadas paredes, los fascistas ni siquiera necesitan hacer semejante gasto de sustancias explosivas. Unas cuantas bombas incendiarias provocan un incendio en diez minutos en cualquier grupo de casas de los suburbios.

Bien avanzada la noche, recorremos las calles de Madrid. Ayer, la aviación fascista necesitaba aún bengalas luminosas. Hoy, la ciudad en llamas se ilumina a sí misma. Embriagados por el espectáculo de los incendios, los asesinos vuelven una y otra vez, arrojando siempre nuevas bombas sobre nuevos blancos, sobre nuevos seres vivos.

El mercado de la plaza del Carmen es pasto de las voraces llamas. Humo sofocante, rancia hediondez de aceite de oliva, de pescado requemado. Con lo que había costado traer hasta aquí los víveres... Mañana, gran parte de la ciudad quedará hambrienta. Caen con estrépito las vigas y viguetas de la techumbre. Una inmensa columna de llamas pone candentes las casas en torno. Apretadas las manos, llorando silenciosamente, María Teresa León contempla el incendio. Rafael Alberti tiene inmóviles los ojos, como espejos, como objetivos fotográficos. Madrid arde, ¿será posible que quede reducido a cenizas, que sea totalmente aniquilado? Sí, ahora esto parece posible.

En una elevación, en un hermoso parque, está ardiendo el palacio del duque de Alba, tesoro de las artes, con su biblioteca, con su galería de pinturas. Estuve allí a finales de octubre, la milicia obrera mostraba con orgullo de qué modo conservaba ese monumento de arte y del pasado, desde las grandes estatuas, los cuadros y gobelinos hasta las más pequeñas fruslerías, hasta los viejos guantes del duque. El dueño de la casa había huido a Londres; desde allí clamaba al cielo sobre el vandalismo de los rojos, mientras los milicianos quitaban cuidadosamente el polvo del lomo de los libros. Un bombardero alemán ha soltado una bomba incendiaria sobre el palacio, y por lo visto no ha sido una sola. Ahora todo se retuerce y deforma bajo las llamas. Y otra vez los obreros milicianos, arriesgando sus vidas, sacan del fuego y colocan sobre el césped los cuadros, las armaduras de los caballeros medievales, las viejas armas, los valiosos infolios de la biblioteca. Buen ejemplo para quienes, de buena fe, desean ver claro cuál es la clase social que defiende la cultura y cuál la que la destruye...

Al mismo tiempo, los facciosos se lanzan furiosamente al asalto contra la Ciudad Universitaria. Traen cada vez más refuerzos, artillería, morteros. Los ataques les cuestan muy caros, sus pérdidas, sobre todo de tropas moras, son enormes. Los espacios comprendidos entre los edificios de la Ciudad Universitaria están sembrados de cadáveres.

Durruti está muy abatido por el hecho de que ha sido precisamente su columna la que ha dejado penetrar al enemigo en la ciudad. Pero quiere resarcirse del fracaso con un nuevo ataque, en el mismo lugar en que los anarquistas han retrocedido. Los bombardeos incesantes, el asesinato de los indefensos habitantes de la ciudad, le llenan de ciega furia. Se le aprietan sus grandes puños, su alta figura se encorva ligeramente, diríase un gladiador-esclavo de la antigua Roma que pone en tensión sus fuerzas en un desesperado impulso de liberación.

El cuerpo diplomático ha comenzado a dar muestras de alguna vida. No puede decirse que se deba ello a un sentimiento de amor hacia el gobierno republicano o hacia el pueblo madrileño. Sencillamente, a los señores diplomáticos les han fallado los nervios. El caso es que las bombas de los Junkers no entienden muy bien de discriminaciones. En la Ciudad Universitaria, han destrozado el edificio del Liceo francés, adornado con bandera nacional nuevecita, de gran tamaño. Algunas bombas han caído en las proximidades de la embajada británica. Los representantes de Francia e Inglaterra han contemplado las destrucciones de la ciudad, sobre todo en los hospitales. Han publicado una nota de protesta contra los bombardeos. En esta nota se citan todas las palabras adecuadas al caso: «humanismo», «población indefensa», «horrores de la destrucción» y «principios de humanidad». Falta sólo un pequeño detalle: no llevan dirección. La nota va dirigida, quién sabe por qué, a las redacciones de los periódicos madrileños, a nadie más.

20 de noviembre

Llueve a torrentes desde la mañana. Esto representa, a pesar de todo, cierto alivio. La aviación no ha aparecido. Los milicianos, junto con los combatientes de la Brigada Internacional, atacan los edificios del hospital Clínico y del asilo de Santa Cristina. Por ahora, tres ataques han resultado infructuosos.

21 de noviembre

Otra vez ha llovido durante toda la jornada.

Poco antes del mediodía, junto con las secciones de asalto de los republicanos, he conseguido penetrar en el hospital Clínico y en el asilo de Santa Cristina. Ambos edificios han sido conquistados mediante un ataque frontal, con granadas de mano y a la bayoneta.

Los moros y regulares se han retirado unos doscientos metros, no más. Mantienen bajo su fuego los edificios que les han sido arrebatados, a los que es necesario llegar a rastras o corriendo a trechos; aún no han sido abiertas las galerías de comunicación.

Junto a un pabellón de ladrillo sin terminar de construir, se encuentra la facultad de medicina totalmente en ruinas. Techos y suelos están hendidos por los obuses, el instrumental está destrozado, deformado. Las camas, están tumbadas; los suelos, cubiertos con los cascotes de las vasijas rotas.

Abajo, en el depósito de cadáveres, me he encontrado con un viejo guarda que se las ha arreglado para permanecer indemne aquí, después de un triple asalto y de haber pasado el edificio de unas manos a otras. Pide a las partes contendientes que le entreguen sus muertos en el depósito, para su custodia, y se siente muy triste ante la negativa. Por lo visto ha perdido el juicio. No es para menos; ¿acaso soñaba el modesto depósito del edificio universitario con disponer de tal abundancia de cadáveres? ¡Quién iba a pensar que el rincón académico más silencioso y retirado iba a convertirse en campo de batalla de los combates más encarnizados y furiosos!

¡Pobre Madrid! Era considerado como una ciudad despreocupada, fuera de todo peligro, feliz. La guerra mundial pasó lejos de ella, sin tocarla. Ahora, en quince días, Madrid ha sufrido más que todas las capitales europeas durante todos los años de la guerra. ¡La propia ciudad se ha convertido en campo de batalla!

Cuando, fatigados, mojados, sucios, atontados y contentos, nos arrastramos desde el Clínico hasta la segunda línea, llegó alguien corriendo y nos dijo que en el sector contiguo, en el parque del Oeste, había sido muerto Durruti.

A primera hora de la mañana, aún le había visto en el rellano de la escalera del Ministerio de la Guerra. Le invité a que me acompañara al asalto del Santa Cristina. Meneó negativamente la cabeza, me dijo que iba a preparar su propio sector y, ante todo, a poner a cubierto de la lluvia a parte de sus combatientes.

Le dije, en son de broma:

—¿Acaso son de azúcar?

Él me respondió sombrío:

—Sí, son de azúcar. Se deshacen en el agua. Dos se convierten en uno. Aquí, en Madrid, se estropean.

Han sido las últimas palabras que le he oído. Durruti estaba de mal humor.

Una bala perdida o, quizá alevosamente dirigida, le ha herido

mortalmente cuando salía Durruti del automóvil, ante el edificio de su puesto de mando.

¡Qué pena, Durruti! Pese a sus errores y extravíos anarquistas, era, sin duda alguna, uno de los hombres más brillantes de Cataluña y de todo el movimiento obrero español. Había venido a defender Madrid con unos pensamientos muy distintos de los que tenía ante Zaragoza.

¡Qué pena, Durruti!

En nombre del Partido Comunista, José Díaz ha dirigido una carta de condolencia a García Oliver.

La niebla y el barro han puesto sordina a la lucha. Ambas partes se tirotean indolentemente. En Carabanchel, algunos tramos de la primera línea se encuentran a unos treinta pasos como máximo de la línea enemiga. A la hora gris del anochecer, los enemigos se llaman unos a otros:

—¡Eh, bandidos! ¡Germanófilos!

Silencio. Luego, la respuesta:

—¡Abajo al bolchevismo!...

Estoy todo el día en pie, yendo de un lugar a otro, y no puedo acudir a todas partes. Además, la vida se ha constreñido. Se amontonan formando un gran primer plano, desplazando a segundo término todo lo del mundo, las posiciones fascistas, dispuestas en elipse. En el interior de nuestro baluarte, hay sectores; en ellos, barricadas, en cada una de las barricadas, tantos cañones, tantas ametralladoras, tantos hombres. Entre estos sectores, corriendo de uno a otro, los días pasan como un instante. En cierto modo, muchas cosas quedan totalmente apartadas en la lejanía, se han hecho abstractas, desconectas. Hacia alguna lejana parte se han ido, y parecen irreales, las combinaciones gubernamentales, las complejidades y sutilezas de los estados. No hay historia ni literatura ni geografía, excepción hecha del plano de Madrid; de todo el globo terráqueo, se mantiene presente tan sólo Moscú, sobre todo la carretera de Leningrado, la calle de *Pravda*, el cuarto piso... En el propio Madrid, la gente viva se divide, en primer lugar, en ilesos y heridos. Los ilesos se dividen en militares y civiles. Son civiles todos aquellos que no llevan armas encima (esto es así, porque tanto en las barricadas como en las columnas como en los Estados Mayores son muchos los milicianos y jefes que van vestidos como sea, sin prenda alguna de uniforme militar). Tres semanas atrás, Madrid era todavía una ciudad capitalicia compleja, normal, grande; se daban en ella gran número de facetas de categorías y formaciones, de tipos humanos, de clases. Desde luego, todo esto sigue existiendo, pero o bien se ha trasladado a Valencia o permanece, por ahora, oculto, escondido, al acecho. Todo respira y late al mismo ritmo que la vibración de este anillo oval de fuego, todo espera de hora en hora, de minuto en minuto, a ver cómo se dobla el anillo, a ver si se rompe, si se endereza o si, por el contrario, se convierte en nudo corredizo y estrangula, con fuego, al Madrid antifascista.

Miguel Martínez pasa breves momentos en el comisariado y en el Estado Mayor, momentos que alterna con su trabajo político en los sectores. Son pocos los nuevos comisarios que han llegado; a los nuevos los destinan, sobre todo, a las unidades de reserva. Los «viejos», los que llevan haciendo de comisario quince o veinte días, eligen a los hombres apropiados y los dirigen al comisariado. En este duro período, los comisarios sólo han podido distinguirse por su optimismo y su valentía —quienes los poseían—. Los demás se han eclipsado, han pasado a desempeñar papeles secundarios, sobre cuestiones relativas a los servicios, en dependencia de los jefes de las columnas y sectores, se han convertido en intendentes, en gestores para obtener pertrechos de combate y ropa.

Un mal comisario es un espectáculo deprimente, lamentable. Mejor es que no haya comisario, es necesario retirarlo enseguida. El buen comisario combativo ha justificado aquí, una vez más, su designación.

22 de noviembre

Otra vez lluvia y barro. Sin embargo, la lucha ha continuado durante todo el día. Los fascistas han intentado quitarnos el edificio del hospital Clínico. No lo han conseguido. Ahora, sólo una lengua larga y estrecha une a las unidades fascistas con la parte interior de la Ciudad Universitaria.

Las unidades republicanas han conquistado las ardientes ruinas de la Casa de Velázquez. En el piso superior han encontrado a algunos camaradas suyos muertos. Antes de fusilarlos, los fascistas, los desnudaron por completo.

Ha mejorado algo nuestra artillería. En el rascacielos de la telefónica ha establecido un punto de observación. Ha descubierto en la Casa de Campo una batería enemiga que disparaba contra la infantería republicana. Al instante, por teléfono, el fuego de la artillería madrileña ha sido dirigido contra dicha batería; un cañón ha sido destrozado en seguida; el otro ha enmudecido. Los milicianos, aprovechando este éxito, se han lanzado adelante y han ocupado un nuevo sector del parque.

También en el día de hoy los artilleros han descubierto una gran columna de facciosos, unos mil quinientos hombres, que se estaba secando al sol entre chaparrón y chaparrón. De nuevo el oportuno fuego de artillería ha caído en el centro mismo de la columna causándole grave quebranto.

Al anochecer, cuando el tiroteo cede un poco, cuando después del combate los hombres, envueltos en sus húmedas mantas, descansan junto a las mezquinas hogueras, se animan los invisibles espacios de las radios españolas.

«Con céfiro nocturno fluye el éter.» Por el éter, desde las orillas del Guadalquivir, desde Sevilla, a las nueve y media de la noche, corren las soeces agudezas de cuartel y las amenazadoras blasfemias del general Queipo de Llano, borrachín y narcómano, sadista y obsceno.

A las diez menos cuarto, radio Salamanca comienza la transmisión cifrada para la clandestinidad fascista de Madrid. Las emisoras de la capital ahogan esta transmisión, las milicias y los comités de las casas pasan la ronda por las viviendas, hacen registros procurando hallar con las manos en la masa a los radioyentes, mejor dicho, a los escuchas de la «quinta columna».

A las diez de la noche, la «Unión-Radio» transmite los partes de guerra y las novedades políticas. Por lo general a esa misma hora algún comisario o algún diputado pronuncia un discurso.

Después de las diez, empiezan a competir entre sí los transmisores de Tetuán, de Tenerife y del «Radio-Club» de Lisboa.

Tetuán transmite aullidos y danzas con redoble de tambores. En lengua árabe se explica con mucha grandilocuencia que Goering-pachá ha entregado a Franco-pachá selam aleikum del cheik Hitler, que el coronel Mahomet ibn Omar fue invitado, ayer, a la mesa de Valera-pachá y que todos los fieles deben tener en mucha estima este gran honor.

Tenerife sirve a sus oyentes un baturrillo de las más delirantes noticias. Hasta los fascistas consideran que esa estación no tiene desperdicio.

Por Tenerife es posible enterarse de que Roosevelt ha fracasado en las elecciones presidenciales. Que el embajador británico ha sido despedazado por la milicia republicana en las calles de Cartagena. Y hasta que la Falange Española, al entrar en Madrid, ha organizado la distribución de leche a los niños, a quienes los republicanos mataban de hambre.

El «Radio-Club» portugués, por lo común intenta hacer un análisis profundo y emotivo de la situación militar, política e internacional.

Por ejemplo:

«La demora en la operación de Madrid no es ni mucho menos una demora, sino una pausa que permite a las tropas nacionales preparar todos los recursos efectivos para el ataque, y al enemigo, reorganizar sus recursos de defensa.»

O bien:

«Los líderes marxistas no desisten de su propósito y porfían en su intento de defender a Madrid en Madrid.»

El comentarista militar del «Radio-Club» no está de acuerdo en lo más mínimo con esta táctica. A su juicio, los defensores de Madrid deberían abandonar la ciudad y pelear con el ejército fascista en algún otro punto, según acuerdo previo.

Después de lamentar semejante terquedad de los «líderes madrileños», el informante llega al reconocimiento de la inevitabilidad de un hecho:

«Es perfectamente lógico que defiendan la capital. A fin de cuentas, éste es su deber.»

Lo mejor es la conclusión final del teórico lisboeta:

«Madrid todavía no se rinde. El arte militar es un arte muy peligroso y difícil. De ello nos convencemos ahora con especial claridad y precisión.»

La emisora de Burgos empieza a trabajar más tarde que las demás. Es el órgano del regente supremo y por esto se reviste de gravedad y seriedad:

«El Japón y Alemania ya han abandonado la Sociedad de Naciones. Italia mantiene con ella las relaciones más superficiales. Éstas son las tres potencias fascistas que han comenzado la sacrosanta lucha contra el comunismo. No hay duda alguna: el primer país que

más sufrirá a causa de ello será Gran Bretaña. ¡Qué va a quedar de este inmenso Estado colonial si el Japón afirma su superioridad en Asia, e Italia en el mar Mediterráneo!»

El representante de Franco en el éter propone a Inglaterra no hacerse rogar y unirse, mientras no sea tarde, al cohesionado bloque Berlín-Tokio-Roma-Burgos. ¡Pobre Inglaterra, hasta dónde has llegado, y quién te amenaza!

En esta emisión, desde el cuatro de noviembre se ha introducido una sección especial: «Últimas horas de Madrid.» Se ha comunicado cuál será el orden con que se efectuará el desfile fascista ante el Ministerio de la Guerra, se han citado los nombres de los directores de las bandas militares que participarán en el desfile, se han delimitado los distritos en que actuarán los destacamentos de castigo de la «Falange Española», se ha expuesto el plan para el traslado de las instituciones de Burgos a los edificios de Madrid.

Después de quince días, la sección ha cambiado de nombre. Ahora ya no se llama «Últimas horas», sino «Últimos días de Madrid». El locutor declara: «El Jefe del Estado, excelentísimo señor general Franco, ha indicado que la inminente torna de El Escorial y de su monasterio de San Lorenzo, principal centro histórico y religioso de España, equivaldrá a la conquista de la capital. Por lo que respecta a Madrid, el general Franco no considera justo apoderarse de la ciudad a sangre y fuego y evitará en esta operación el innecesario derramamiento de sangre.»

Es agradable escuchar los buenos discursos. Sobre todo cuando al mismo tiempo los trimotores del orador arrojan bombas explosivas e incendiarias sobre las casas y los hospitales de la capital.

23 de noviembre

Por la mañana ha muerto el capitán Antonio.

Ha estado delirando hasta las últimas horas de su vida: subía al caza, atacaba los aparatos de bombardeo fascistas, daba órdenes. Un cuarto de hora antes de la muerte, de súbito, ha recobrado el conocimiento.

Ha preguntado qué hora era y cómo luchaba su escuadrilla. Recibida la contestación, ha sonreído.

—Qué feliz soy de haber conducido, por lo menos antes de la muerte, a mis muchachos al combate... ¡Son mis discípulos, mi semilla, mi sangre!

Ahora ya no combate. Grande, tranquilo, yace sin movimiento, con una flor en la almohada.

Primero lo han llevado abajo, al garaje convertido en depósito de cadáveres, donde también estuvo el tanquista Simón. Luego le hemos trasladado a un cementerio, en la parte oriental de la ciudad. Hermoso cementerio. Aquí traen gente sin cesar. Ahora es poco menos que el único. El cementerio donde enterrábamos antes a los aviadores de la escuadrilla internacional, en el extremo de Carabanchel, ya está en manos de los fascistas.

Sólo cinco personas acompañan el ataúd de Antonio, entre ellas el médico y la hermana de la caridad que lo han estado cuidando. Los «chatos» no han podido acudir a despedirse de su jefe. El día es claro, combaten. Precisamente estando nosotros en el cementerio han volado por encima de él altos, muy altos; la audaz bandada se lanza una y otra vez a nuevos combates.

En este cementerio no entierran los ataúdes, los colocan en nichos de cemento, dispuestos en dos pisos.

Hemos mirado una vez más a Antonio.

El celador del camposanto ha comprobado el documento del hospital, ha colocado la tapa del féretro y lo ha cerrado. Extraña costumbre la de España: cierran el ataúd con llave.

—¿Quién es, aquí, el pariente más próximo? —pregunta el celador.

—Yo soy el pariente más próximo —contesto.

Me ha tendido una llavecita de hierro atada a una cinta negra. Hemos levantado el ataúd hasta el nivel de los hombros y lo hemos colocado en la hilera superior de nichos. Nos hemos quedado mirando cómo un albañil, manejando hábilmente la llana, tapiaba el hueco.

—¿Qué inscripción se ha de poner? —pregunta el celador.

—Ninguna —he respondido—. Por de pronto, yacerá aquí sin inscripción. De él escribirán donde hace falta.

24 de noviembre

A eso de las dos de la madrugada, la silenciosa oscuridad ha sido rota por un tiroteo furioso, por el tronar de los cañones, por serpientes de fuego en el cielo —huellas de las balas trazadoras— como si todo se produjera en el mismísimo centro de la ciudad. Al comprobarse lo que sucedía, se ha visto que, en efecto, se trataba de un ataque y de un intento nocturno de abrir brecha, pero por ahora seguimos en las líneas anteriores.

De noche, el combate parece que se está librando al pie de la ventana; de día, el tiroteo, de todos modos queda ahogado por el ruido de Madrid.

Los fascistas han emprendido un ataque desde la parte meridional de la ciudad y otro desde la parte suroeste. El golpe ha sido cuidadosamente preparado. La infantería, precedida de los tanques, se ha lanzado al ataque con granadas de mano, con bengalas luminosas.

El ataque ha sido rechazado después de dos horas de lucha. Los atacantes han sufrido grandes pérdidas.

En las ropas de los cadáveres marroquíes se han encontrado billetes de banco alemanes de cien mil marcos, impresos en el año 1923. El valor real de tales billetes de «cien mil» era, en aquel entonces, el de una caja de cerillas. ¡Qué gente más ahorrativa, los alemanes! ¡Han conservado en algún depósito montañas de esta basura de papel para utilizarlo cínicamente treinta años más tarde y pagar con él a los asesinos mercenarios, a los desgraciados, ignorantes y engañados moros!

Durante el contraataque ha sido capturado un tanque fascista. Otros tres tanques fascistas han quedado inmovilizados entre las líneas de combate.

El tercer golpe lo ha dirigido el enemigo contra la Ciudad Universitaria. Por la estrecha franja con que cruza, aquí, el dispositivo republicano, ha acercado sus unidades y ha intentado abrirse paso hacia la parte central de la ciudad. Este ataque lo ha rechazado por completo la XII (II) Brigada Internacional.

El combate ha sido muy encarnizado durante todo el día. En la Ciudad Universitaria se lucha por cada decena de metros. Los internacionales derrochan sus fuerzas, pero las pérdidas de los fascistas

son muchísimo más elevadas. Ahora Franco ha adoptado una nueva táctica: en vez de lanzar a la carnicería a sus diezmadas unidades de choque, a los moros y a la legión extranjera, mezcla con estos combatientes, los mejores, soldados de filas y movilizados. Esto le da ventaja en cuanto a la masa.

Después de cambiar impresiones con sus ayudantes en Leganés, Franco ha declarado por radio que mañana, 25, entrará definitivamente en Madrid.

Para el mando de la II (al mismo tiempo XII) Brigada Internacional, ha sido designado Mate Zalka, quien ha aceptado el difícil puesto con decisión y optimismo. En unos cuantos días se ha granjeado la simpatía de los combatientes de dieciocho nacionalidades, unidos en la brigada. No es un hombre duro ni singularmente autoritario, pero su influencia en la unidad es muy grande; Zalka es, más bien, el tipo de jefe-padre, jefe-hermano, valiente, cordial, alegre y animoso. Para todos encuentra unas palabras, a veces en un dialecto, muy indefinido, hispano-francoalemán-húngaro-ruso. Pero nadie se queja de no entenderle: después de oírle, hasta la gente díscola, aunque rezongue, hace precisamente lo que quiere Zalka, que es, al mismo tiempo, el general Pavel Lukács. Después de semejantes explicaciones se vuelve hacia mí y me hace un guiño con uno de sus ojos grandes, azules y bondadosos.

—¡La cosa marchará! ¡La cosa marchará, querido Mijaíl Efimovich!

Las bajas le estremecen. Ante los demás aún se mantiene animoso, pero encerrado conmigo, deja caer la cabeza en las manos, se le sacuden los hombros, de sus labios salen maldiciones y lamentos, maldiciones y lamentos.

25 de noviembre

Tampoco hoy ha entrado Franco en la capital, como había prometido. A los madrileños les ha costado esto muy caro. Ha sido necesario batirse en todos los sectores. A primera hora de la mañana han sido sobre todo furiosos los ataques desde el sur. Aquí han resistido heroicamente las unidades de Líster y de Prada. El segundo ataque ha ido

dirigido contra la cárcel Modelo. Lo apoyaban el fuego concentrado de la artillería y nueve tanques. Los republicanos han rechazado este ataque con gran maestría y valor. Han avanzado hasta las mismas posiciones de artillería, han destruido los cañones con granadas de mano y han vuelto. Aquí han perecido hoy dos alemanes antifascistas: Willi Wille, teniente del batallón Tählmann, y Gustav Kern. Éstos son días en que se han perdido numerosos jefes excelentes, socialistas, comunistas, anarquistas y republicanos. Caen en el combate al atacar al frente de sus unidades. Desde el punto de vista táctico, esto es una locura. Pero la situación exige tales actos de autosacrificio y heroísmo. ¡Se está formando una nueva moral combativa, la moral de los defensores de Madrid!

Por la noche he intentado sintonizar mi receptor con Moscú, no lo he conseguido de ningún modo.

«El 13 de noviembre, en la ciudad de Uja, en el Palacio de Cultura, se ha abierto el Congreso extraordinario de la República Autónoma Soviética de Bashkiria. El Congreso ha discutido el informe del presidente de la Junta de Bashkiria sobre el proyecto de la nueva constitución y lo ha aprobado por unanimidad. El Congreso ha mandado un saludo a la heroica República democrática de España.»

Esto se escribe en el periódico madrileño *El Liberal*, en su hoja única, pálidamente impresa, hoja única porque el bloqueo fascista ha dejado a Madrid sin papel para periódicos y los aviadores alemanes han arrojado sobre la imprenta de *El Liberal* una bomba de ciento veinte kilogramos.

No todo es formalmente exacto en el telegrama. Pero en Uja reconocí sin dificultad Ufa, y en la Junta de Bashkiria, el Comité Central Ejecutivo de Bashkiria. Además, ¿desde qué otro lugar del extranjero, si no es desde Ufa, desde Nalchik, desde Moscú, un poder estatal puede mandar ahora un saludo a la República democrática de España?

Los liberales de Madrid lo saben muy bien. La información extranjera de su periódico casi no rebasa el marco de los telegramas recibidos de la URSS. Hubo Europa, hubo un Lloyd George en Londres y un Delbos en París, viajaban las delegaciones, resonaban los discursos en los banquetes interparlamentarios, tintineaban las copas en señal de amistad y fidelidad, pero cuando el general Franco, con otros amigos, berlineses y romanos, ha puesto en marcha, en España, batallones para instalar su comandancia en el Parlamento, en seguida se han esfumado todos los amigos ilustres, han desaparecido de las mesas las copas, han cesado las conversaciones acerca del recíproco apoyo de los países democráticos. En cambio, los liberales madrileños se han enterado de que existe la República Autónoma de Bashkiria y de que ésta simpatiza activamente con la República democrática española, se han enterado de lo que antes que ellos sabían, hacía mucho, los obreros españoles.

El Congreso se ha celebrado en la época en que en el mundo capitalista se pisotean hasta las más raquíticas libertades democráticas, conquistadas por siglo y medio de revoluciones burguesas y lucha parlamentaria.

En una época en que se han abolido hasta los derechos que sobre el papel se asignaba a los ciudadanos del estamento proletario y campesino.

En la época en que en varios países se ha convertido plenamente en realidad la teoría de Benjamín Constant sobre la diferencia entre los habitantes y los miembros de un Estado: sólo se consideran miembros con plenos derechos del Estado las personas que poseen determinado grado de instrucción y ocio para su cultivo intelectual, así como la propiedad, el capital que les permite gozar de dicho ocio.

En la época en que los estados capitalistas han retrocedido del régimen democrático al régimen de los patricios romanos, de caballeros, de clientes y esclavos.

La democracia burguesa ha sido puesta boca arriba por el fascismo en varios países. Tenía que acabar suicidándose, como en Alemania, o empezar una auténtica lucha armada buscando sus aliados en los proletarios y campesinos, como hoy en España.

Pero la clase obrera, en semejante alianza, no es el pariente pobre y sin cobijo. Tiene fuerzas y valentía, tiene unidad, tiene su ideal de régimen democrático, y este ideal se ha hecho ya una realidad, se presenta hoy como un hecho en Moscú, en el gran palacio del Kremlin, en el perfil de la nueva constitución soviética.

En un brillante círculo, al pie del faro soviético, todo es luz y calor, pero ¡cuánto más fuerte y cegadora es la luz, cuánta mayor es la alegría que despiden sus rayos, cuando se mira desde lejos, desde la profundidad de la oscura noche!

Es difícil imaginarse una noche más oscura que la de hoy, aquí. En la calle, hasta las patrullas de guardia cubren con la mano sus pequeñas linternas, fuman escondiendo el pitillo en la bocamanga. Es-

tán cerrados los postigos de las ventanas, están bien bajadas las cortinas. Al otro lado del tabique de mi habitación, gimen los heridos. Los cañones destruyen Madrid. Son cañones de Krupp, el viejo armero del kaiser Wilhelm y —ahora— de su heredero Adolf Hitler. Los aviones de bombardeo zumban sobre nuestros tejados, son aparatos de bombardeo Junkers, pájaros rapaces del imperialismo alemán. Los tanques se esfuerzan por atravesar los puentes y llegar al corazón de Madrid, son los tanques del negro soberano de Italia, Mussolini. Todas las fuerzas de la reacción mundial se han abocado sobre esta ciudad y la ahogan con un anillo de hierro y de fuego, ¿por qué lo han hecho? Únicamente porque Madrid, lo mismo que todo el país, desea vivir libremente, sin violencias contra la personalidad humana y sus derechos, sin arrastrarse ante quienes oprimen a sus propios países y a países ajenos.

Ante esta apasionada noche de bacanales, ante el feroz torbellino de las oscuras fuerzas, Europa ha agachado la cabeza, asustada. Los gobiernos, los líderes de los estados y de los partidos, aquellos a quienes mañana les espera el mismo huracán fascista, no luchan, no discuten, no se oponen, se tapan medrosamente las cabezas con la ingenua esperanza de poderse librar del fascismo haciendo concesiones, comprándose la libertad, ofreciendo regalos. Únicamente los proletarios del mundo han acudido a la oscura y fría noche madrileña, velan y tiritan de frío en las barricadas, aprietan incansables los mojados fusiles e incansables fijan sus miradas en las impenetrables tinieblas. Ellos ven claro lo que no pueden o no quieren ver los famosos políticos y ministros de su país. Defendiendo Madrid, defienden París, Londres, Copenhague, Ginebra, porque si se vence hoy a la democracia española, al pueblo español, los bandidos fascistas intentarán mañana agarrar por la garganta a los pueblos francés, inglés, checoslovaco y a otros pueblos de Europa y del mundo, como ayer torturaron a los pueblos abisinio y de la China.

Desde la lejanía, a través de la bruma, nos alumbra aquí el gran faro, Moscú, con su collar de luces diamantinas, y el alto Kremlin, bajo las estrellas de rubíes de sus torres, y la blanca sala del palacio y la gente que en ella se encuentra. Sólo allí, en ese palacio, en esa ciudad, en ese país, no se han asustado del vendaval fascista. Sólo allí se preparan, con sangre fría y confianza en sí mismos, para enfrentarse con él, las armas en la mano. Y allí, hoy, será desplegada la Carta de las libertades y de los derechos de los trabajadores.

Este documento es el único de cuantos existen hoy en la tierra que puede infundir ánimos y tranquilizar a las personas fatigadas y que se desesperan en su lucha contra el imperialismo. Y no sólo porque este documento muestra con una claridad meridiana los resultados a que lleva la lucha consecuente por la libertad, por la felicidad del hombre, contra la opresión y la explotación. Sino, además, porque no se limita a ser una bandera y un programa de lo que se ha de lograr: es, al mismo tiempo, una firme lista de todo lo que ya se ha hecho, de lo que ya existe. Se ha hecho todo, existe todo lo que figura en la nueva constitución soviética. Antes de declarar que se conceden los derechos del ciudadano soviético, el pueblo los ha conquistado y los ha consolidado. Antes de proclamar la democracia soviética en todo su alcance, el pueblo la ha creado, la ha cultivado y la ha educado con la conciencia de su derecho y de su fuerza, la ha armado contra los ataques del enemigo.

«Así, pues, es posible vencer —se dice el obrero, el campesino, el intelectual, sorprendido cara a cara con el monstruo del fascismo. Así, pues, todo esto existe. Así, pues, esto no es sólo un sueño.»

Sí, es posible vencer. Sí, todo esto existe, y existe sin permiso de Hitler y Mussolini, sin haber preguntado cuál era su opinión. Todo cuanto se describe en la nueva constitución soviética vive y respira. Vive y florece una fuerza invencible: la democracia soviética. Está a la vista de todos —es posible acudir, mirar, oír, estudiar, tocar con las manos—. Esta democracia no sólo piensa en sí misma. Los bashkirios en su Congreso no sólo han hablado de sus problemas, han hablado, además, de las cuestiones españolas. Han mandado un saludo a Madrid —y no sólo un saludo—. Las madres y los niños madrileños se nutren con pan, con carne y con leche mandados por el pueblo de Bashkiria y por todos los pueblos de la Unión Soviética. Cuando los mineros asturianos, vencidos hace dos años por la reaccionaria casta militar, se vieron obligados a abandonar su patria, encontraron una nueva patria, pan y trabajo al amparo de la democracia soviética. Dicen que esto no es del agrado de los hitlerianos y de los generales de Franco. Es posible...

El obrero español, alemán y chino tienen una sola alegría, pero es una gran alegría. Existe el País Soviético, existe la democracia soviética, y a ella nada le asusta, con ella nada es espantoso, a esa democracia nada es capaz de destruirla... Así, pues, se puede combatir y vale la pena combatir, en cierto lugar la victoria existe y existen también sus

frutos. Una sola luz atraviesa con sus rayos la noche madrileña, cerrada, peligrosa y mortal. Pero esta luz no se debilita, nadie ni nada podrá apagarla nunca.

26 de noviembre

Hoy ha sido un día de calma total. Por lo visto, el día de ayer dejó muy rendidos a los fascistas. Tienen muchas pérdidas.

También la aviación nos deja hoy completamente tranquilos. Ello se debe, sin duda, a que ayer los aviadores republicanos atacaron el aeródromo de Talavera y lo destrozaron.

Las agencias telegráficas fascistas y las que con ellas simpatizan, difunden desgarradoras noticias acerca de una pretendida toma de la embajada alemana, efectuada, dicen, por anarquistas de la milicia popular.

En realidad se ha producido algo completamente distinto.

Después de que el gobierno alemán reconoció de manera oficial la junta facciosa de Burgos, los republicanos dieron a la embajada alemana de Madrid un determinado plazo para su marcha y evacuación.

Cuando dicho plazo hubo vencido, representantes del ministerio se lo recordaron a la embajada. En pleno día, los funcionarios de la embajada partieron de Madrid formando una caravana entera de automóviles y camiones. Al salir de la ciudad no fueron registrados, no los hicieron objeto de ninguna inspección, solamente les examinaron los documentos.

Cuando el personal de la embajada se hubo marchado, se presentaron en el edificio funcionarios del Ministerio de la Gobernación y policía para sellar las puertas de entrada. Se quedaron asombrados al ver que la embajada aún se hallaba habitada y en no poca medida.

A las llamadas de la policía, salió de la casa una muchedumbre de personas con las manos en alto en señal de rendición. Resultó que había allí treinta fascistas de mucha nota y muy conocidos, a los que o bien se buscaba o se creía que habían huido hacía tiempo al campo de los facciosos. Hoy se publican sus nombres.

Antes de evacuar, la embajada, en sus automóviles, bajo bandera

diplomática, se apresuró a meter en todas partes, por las otras misiones diplomáticas, a algunos de sus inquilinos de más relieve, entre ellos el teniente coronel Avia, el marqués de Urquijo, la condesa de Los Moriles y otras personalidades de alto copete. Los demás aquí quedaron atascados.

Al entrar, siguiendo a los fascistas, en el edificio de la embajada, los madrileños han visto una auténtica fortaleza. Puertas, pasillos, escaleras, todo está defendido con sacos terreros, con obra de cemento, con troneras y parapetos para fusiles y ametralladoras.

La embajada se ha llevado consigo la mayor parte de las armas, pero algo ha quedado: veintiún revólveres, tres ametralladoras portátiles y siete culatas de otras ametralladoras de la misma clase, pistolas automáticas, siete fusiles, doce escopetas de caza, un fusil antiaéreo, un mortero, tres cajas de granadas de mano, caretas antigás, cuatro puñales, una bandera monárquica española y un montón de emblemas fascistas españoles de todas clases. Miguel Martínez, que recorrió las estancias del edificio junto con la policía, pedirá para sus comisarios las pistolas y las ametralladoras portátiles.

En el patio de la embajada habían quedado siete automóviles y un camión. La policía, por toda una serie de indicios, ha reconocido en esos automóviles los «autos fantasma» que por las noches tiroteaban a los viandantes y a las patrullas de la milicia sembrando el pánico por la ciudad.

¡La embajada alemana era el refugio de los bandidos nocturnos motorizados!

Los detenidos han declarado que los funcionarios de la embajada Meyer y Alles, oficiales de reserva, habían formado con ellos una auténtica unidad de combate. Cada uno tenía su propia arma, a cada uno se le habían asignado funciones militares y un determinado puesto. ¡Oficiales alemanes se dedicaban aquí a instruir y a provocar alarmas!

Para constituir en todos sentidos una copia del «tercer imperio», la embajada alemana había organizado aquí, además, un pequeño campo de concentración. Muy pequeño, para una persona. Metieron en él a un judío. Jakob Voos suministraba carne para la mesa de la embajada. Un día dijo en la cocina que simpatizaba con la República española. Al día siguiente le detuvieron en la embajada, le encerraron en la trastera y le tuvieron allí cuarenta y tres días, hasta la misma evacuación, vigilado por dos fascistas españoles, sin interrogarle, pero

sometiéndole a burlas y golpes. ¡Por qué no había de ser en Dachau! Ahora Voos está en libertad, loco de alegría. Miguel se ha quedado largo rato contemplándolo con sentimientos encontrados, viendo a ese hombre sencillo, de rala barbita pelirroja y gris, escuálido, a ese pobre viejo del Dvina-Moguilov-Madrid, con quien no puede vivir en armonía, en un mismo planeta, el Reichkanzler y Führer Adolf Hitler.

27 de noviembre

La conversación que sostuve con Rafael Alberti y María Teresa León el 7 de noviembre se ha repetido sobre una base más amplia. En la casa del Quinto Regimiento se han reunido los hombres de ciencia más destacados de la capital española. Ahí se encontraban el doctor Río Ortega, el profesor de la Universidad de Madrid Enrique Moles, el escritor Antonio Machado, el doctor Sánchez Coviza, don Antonio Madinaveitia, el doctor Sacristán, Arturo Duperier y muchos otros. Las blancas cabezas estaban rodeadas de los jóvenes rostros de comunistas, milicianos y jefes de la milicia popular. La reunión ha sido organizada por el Comité Central del Partido Comunista. El Partido procura convencer a la intelectualidad madrileña en la figura de sus representantes más destacados —sabios famosos, escritores, artistas— de que abandonen temporalmente Madrid para poder proseguir su labor en la retaguardia, en una situación más tranquila.

La proposición ha conmovido muy hondamente a los invitados. Ha comenzado un debate acerca de lo que es más justo e importante: permanecer ahora en Madrid o evacuar mientras no cesen los horrores del bombardeo y de los incendios.

Han discutido largo rato. Antonio Machado ha dicho:

—Yo no quería irme. Soy viejo y estoy enfermo. Pero quiero luchar a vuestro lado, quiero acabar mi vida con honor, deseo morir con dignidad, prosiguiendo mi trabajo. Esto es, precisamente, lo que me convence de que he de estar de acuerdo con vosotros. Saldré de Madrid, lucharé a vuestro lado por la obra común que estáis llevando a cabo.

El Quinto Regimiento se ha encargado de todos los trabajos de evacuación de los sabios, facilitará automóviles para sus familias, camiones para bibliotecas y laboratorios.

La conversación terminó muy tarde, todos estaban emocionados; los académicos, con lágrimas en los ojos, abrazaban a los obreros y daban las gracias a la clase obrera por su defensa de la cultura española.

Desde allí, fuimos con Rafael Alberti y María Teresa León a su casa, a la Alianza. El guarda se negó a abrir durante mucho rato.

—¡¿Quién es?! —gritaba.

En respuesta nos pusimos a cantar *Los alegres muchachos*.[16]

—¡No abriré! —juraba el guarda tras la puerta. El camarada Alberti me ha dicho que no dejará entrar a ningún extraño, y mucho menos a los fascistas.

—¡Mientes, nos dejarás entrar! ¡Quien va por el mundo cantando, nunca ni en ninguna parte se pierde!

Por fin nos reconoció y nos abrió. En el frío comedor, María Teresa sacó la vajilla de plata y el cristal del marqués del Duero. Puso en los platos de los marqueses garbanzos, aliñados con aceite de oliva rancio, frío. Añadimos pan y naranjas, que habíamos conseguido en el Quinto Regimiento. Resultó estupendo.

Ahora en la Alianza reina otra atmósfera. A los viejos, enfermos y llorones los han mandado a Valencia y a Barcelona. Han quedado los jóvenes; de día van a los sectores de combate, hablan a los combatientes; al anochecer se reúnen aquí, a leer versos y a soñar juntos.

El guarda se unió a nuestra frugal pero aristocrática cena, bajo los retratos de los grandes de la más alta alcurnia. Dijo que unos parientes de los marqueses preguntan en secreto si está entera la vajilla de plata, si no se la han llevado los escritores, si no se la llevarán antes de la vuelta del marqués.

—Tardará en volver —dijo displicentemente Rafael, echando vinagre y sal a cada garbanzo por separado. ¡Tardará!

Y yo también pensé: ¡El marqués tardará, maldita sea su estampa!

28 de noviembre

El frente dibuja un entrante muy profundo hacia el suroeste, casi hasta la misma Talavera. Ésos son los lugares donde en septiembre se perdió y por poco cae prisionero de los blancos, Miguel Martínez. Hacia allí se han dirigido las columnas de Burillo y de Uríbarri, con arti-

llería y coches blindados. La intención era cruzar por sorpresa el Tajo, cortar las comunicaciones del enemigo y, a ser posible, apoderarse de Talavera.

Las columnas se han puesto en marcha bien, pero el mando no ha tenido paciencia para esperar a que llegara la noche y efectuar entonces su avance. De día, casi al final de su recorrido han sido descubiertas por la aviación de reconocimiento fascista y luego bombardeadas durante siete u ocho horas seguidas. Esto ha perjudicado mucho al grupo, pero no ha detenido la maniobra. Los republicanos se han acercado a la mismísima orilla del río, han batido con fuego de artillería el aeródromo, el cementerio y la propia ciudad de Talavera. El pánico de los facciosos ha sido extraordinario; a toda prisa han retirado tropas de las líneas de Madrid, unos ocho batallones, y los han lanzado a la defensa de Talavera. ¡De haber tenido los republicanos un poco más de decisión y de experiencia, habrían podido adueñarse de la ciudad, sin ninguna duda! Pero incluso tal como ha sido hecha, la maniobra ha resultado de gran utilidad: ha alejado de Madrid a una parte de las fuerzas enemigas, ha debilitado la presión sobre la capital.

¡Qué doloroso, de todos modos, que sean los propios madrileños quienes deban emprender maniobras de diversión! Leemos algunos partes de guerra y se nos cierran los puños de ira. El mando de uno de los frentes no siente escrúpulos para escribir en su parte que «ayer se procedió a la revista de nuestras tropas y a la limpieza de las armas». ¡Esto, ahora, en los días de grandiosa tensión a las puertas de la capital! Los mismos jefes que escriben semejantes partes, obstruyen sin cesar el telégrafo de Madrid con saludos y declaraciones de que «ven entusiasmados la desigual y heroica defensa de Madrid».

Hoy se cumplen los veinte días de esta defensa. Veinte días desde el momento en que el fascismo armado llegó al corazón mismo de España y comenzó el asalto a la capital. Veinte días de resistencia del Madrid republicano, popular. ¡Veinte días! Difícilmente creía nadie que Madrid iba a defenderse de este modo. Lo digo con toda honradez: tampoco yo lo creía mucho.

Veinte días y noches de combates furiosos, de fuego de artillería, de bombardeos aéreos, de encuentros en las barricadas, de ataques y contraataques de tanques, de incendios, de lucha a la bayoneta y cuerpo a cuerpo.

Millares de hombres han caído en las puertas de Madrid como mueren los valientes. Han muerto magníficos jefes y comisarios, experimentados dirigentes de las masas y héroes de filas. Han muerto Durruti, Heredia, Willi Wille, el aviador Antonio, el tanquista Simón, el antitanquista Coll y otros, y otros... Pero Madrid ha resistido, se defiende e incluso ya asesta golpes.

En el momento de la rápida ofensiva de las tropas fascistas, cuando aparecieron éstas ante los muros de la capital, al mando faccioso y también, si se quiere, al mando republicano, la toma de Madrid les parecía inevitable. La tendencia era a considerarla más bien como un hecho político que militar: ¡cómo podía librarse la batalla aquí, ante una indefensa ciudad, sin fortificaciones! Ambas partes consideraban que el duelo decisivo de los dos ejércitos se produciría ya más allá de la capital. Los aficionados a los paralelos históricos recordaban Borodino. Los pseudo Kutúzov españoles se olvidaban de que el capitán ruso poseía aquello por lo que valía la pena sacrificar temporalmente la capital. Al abandonar Moscú, Kutúzov conservaba para la maniobra un ejército numeroso, bien organizado, unido por el impulso patriótico. En cambio aquí, con la pérdida de Madrid, se perdía todo cuanto poseía el ejército republicano de más o menos combativo y moralmente firme; quedaban retazos heterogéneos de unidades más cinco o seis brigadas nuevas, formadas a toda prisa, sin foguear.

Pero el pueblo, la clase obrera con los comunistas en cabeza, intervino por sí mismo en la lucha; con su decisión y con su voluntad claramente expresada rectificó los errores dictados por el pánico del mando. La defensa de Madrid, en primer lugar, se ha efectuado. Difícilmente se encontrará hoy quien se atreva a negarlo. En segundo lugar, esta defensa se ha convertido en un combate general y, quizá, decisivo de la guerra civil. Y el combate se libra, por ahora, con buenos resultados para los republicanos.

En los veinte días que precedieron al 7 de noviembre, los fascistas recorrieron en el camino de Madrid unos ciento veinte kilómetros, con una media de seis kilómetros al día. En los subsiguientes veinte días, Franco ha avanzado dos kilómetros, es decir, no ha avanzado nada. Madrid ha detenido al ejército fascista. Y no sólo lo ha detenido. Al defender su ciudad, las unidades madrileñas han ido atrayendo gradualmente hacia sí toda la masa fundamental de las fuerzas militares del enemigo. Franco se encuentra aquí casi con todo su ejército. La lógica de la lucha le ha obligado a desplazar también hacia aquí nuevas reservas, una y otra vez, y hasta unidades de nueva for-

mación. Los defensores de Madrid, al encajar los golpes de las fuerzas sitiadoras, asestan además grandes golpes al enemigo.

En ninguna parte ha sufrido Franco pérdidas tan grandes y tan sensibles como ante Madrid. La Casa de Campo es un verdadero molino, millares y millares de fascistas han sido aquí triturados por el fuego de las tropas republicanas. Los facciosos se ven obligados a cambiar incesantemente las tropas mandadas al parque, ninguna resiste aquí más de tres días.

Después de haber atraído hacia sí las fuerzas básicas del enemigo, manteniéndolas en constante tensión, Madrid las encadena, las priva de su anterior movilidad, las arranca de otros sectores y frentes, con lo cual ayuda a los demás frentes y sectores republicanos. Por esto resulta tan doloroso que en algún lugar estén descansando, se ocupen de revistas de tropas, en vez de pelear, ¡en vez de ayudar a Madrid y ayudarse a sí mismos!

Aquí, en el fuego, en la lucha, se regeneran las propias tropas republicanas. Ahora ya se puede decir con fundamento de causa que éstas son unidades valientes, firmes, fogueadas. Visita uno las columnas conocidas y no sale de su asombro al ver de qué modo han cambiado los soldados y los oficiales. Un batallón de anarquistas lucha magníficamente en Villaverde. En cuatro días ha tenido veinte muertos y cincuenta heridos —¡es el mismo batallón que tanto alborotaba y desertaba en Aranjuez, el que procuró apoderarse del tren para huir del frente!—. En los combatientes han aparecido la sangre fría, el aguante bajo el fuego, el espíritu de iniciativa y la pericia. Hasta por la noche —de lo que antes ni siquiera se hablaba— se busca al enemigo, se hacen servicios de descubierta y, como regla general, al regresar, los combatientes traen consigo no sólo impresiones, sino, además, algo de peso: una ametralladora enemiga, fusiles, algún prisionero.

Ante Madrid, los republicanos han aprendido a manejar tipos de armas nuevos para ellos, desde los cazas y tanques hasta los simples morteros y pozos de lobo. Aquí mismo han aprendido a defenderse con los mismos tipos de armas que las del enemigo. En el telegrama del 25 de noviembre, en cinco líneas hablé de los ataques fascistas contra la cárcel Modelo, ¡y aquello fue un gran asalto, con intensa preparación artillera, con diez tanques, ametralladoras y granadas de mano! Lo rechazó con arrojo y pericia, sin recabar refuerzos, una brigada de las Juventudes Socialistas. Antes, un combate así habría

constituido un enorme acontecimiento. Ahora se considera como algo muy natural.

La resistencia de Madrid ya ha hecho que a alguien se le suban los humos a la cabeza, y ello no entre los mismos madrileños, que sienten a cada instante el contacto de la espada enemiga contra su pecho, sino entre gentes que observan la lucha desde lejos. Algunos periódicos declaran que Madrid está fuera de peligro. Esto es una estupidez. Aunque la ciudad se defienda dos años, aunque disponga de un ejército de medio millón de hombres, no será posible afirmar, de ningún modo, que no corre el peligro de ser conquistada; esto no se podrá afirmar mientras el enemigo no sea rechazado a cien o ciento cincuenta kilómetros de distancia.

Los comentaristas militares elaboran hipótesis muy hermosas, pero por completo gratuitas. Uno de ellos representa a Franco como un alocado jugador que se lo juega todo en una baza. «La cuña que deja de moverse hacia adelante —escribe el comentarista— siempre se corta fácilmente por un golpe de flanco en cualquier dirección.»

¡No siempre ni con tanta facilidad! El autor del artículo está absolutamente convencido de que «la correlación de fuerzas permite que las mejores unidades de Franco, en los suburbios de Madrid y en sus arrabales occidentales, puedan ser encerradas como en una ratonera». Tiene, empero, una idea muy vaga de dicha correlación de fuerzas. Cree, como muchos otros, que las fuerzas de los fascistas junto a Madrid son numéricamente insignificantes en comparación con las de los republicanos. Esto no es verdad. Las fuerzas de infantería son casi iguales en ambas partes. En artillería y aviación, los fascistas poseen una gran superioridad cuantitativa. Franco no se pone en peligro, ni mucho menos en un «inmenso» peligro. Ni es forzoso, ni mucho menos, para él, caer en una ratonera. Desde luego, los casos de cerco inesperado con aniquilamiento absoluto del ejército atacante, no son raros en la historia de las guerras. Pero, al procurar comprender una situación militar, no hay que tomar a ciegas los ejemplos históricos, sino que se ha de buscar y hallar en cada situación lo nuevo y aleccionador. En el presente caso, Franco y sus consejeros alemanes, que también conocen la historia militar, observan vigilantes, yo diría hasta nerviosos, sus flancos, han reforzado esos flancos y sus comunicaciones con artillería, ametralladoras y barreras de alambre espinoso. Procuran no arriesgarse, no precipitarse, y precisamente es esto, el miedo a quedar cercados, lo que frena a la tropa que ataca a

Madrid. Ello es, en parte, lo que ha dilatado la batalla de Madrid. Los republicanos algo preparan para los golpes de flanco, pero es ingenuo creer que Franco va a esperar sumisamente veinte días la ratonera que le asigna un manual de historia militar.

Con todo, la defensa de Madrid ya se ha convertido en una gran victoria en la lucha contra el fascismo. Es muy difícil juzgar acerca de todas las resonancias de la lucha. Algunas de ellas, después de extenderse por el mundo, vuelven hasta nosotros como eco repetido. Los amigos que ya lloraban a Madrid, se alegran de su resistencia. Los enemigos que ya veían la entrada triunfal del dictador fascista en la capital sometida, están desilusionados y desconcertados.

¿Se ha debilitado la amenaza sobre la capital? No, no se ha debilitado. No se ha debilitado en lo más mínimo. Mas, por otra parte, se puede afirmar con razón que ahora tomar Madrid, para los fascistas, no es más fácil, sino mucho más difícil. E incluso si en algún lugar el enemigo lograra moverse hacia adelante, se rompería los dientes, se los trituraría, de manera mucho más espantosa contra cada manzana de casas, contra cada calle, contra cada edificio.

Veinte días sangrientos, torturadores, tensos y gozosos. ¡Nunca se podrán olvidar!

29 de noviembre

Hay calma en la ciudad. Se oyen tan sólo disparos de artillería —junto a las barricadas y trincheras, el tiroteo casi ha cesado—. Los aparatos de bombardeo también comienzan a aparecer con bastante menos frecuencia: los «chatos» —cazas republicanos— desplazan cada vez más a los fascistas del cielo de Madrid.

Esto, al principio, ha parecido un descanso, un respiro. Pero a última hora de la tarde, el secreto de la calma se ha descubierto. Grandes fuerzas de los rebeldes, acompañadas de artillería y tanques, se han lanzado en dirección noroeste de un suburbio de Madrid, han roto los puestos débiles, poco compactos, de la columna Barceló y atacan la zona del parque real de El Pardo.

El golpe es claro: ante el fracaso de sus asaltos frontales, el enemigo ha decidido envolver a Madrid por los flancos y, ante todo, cortarlo del Guadarrama, estrangular a los destacamentos de la montaña, obligarlos a rendirse, arrebatar los depósitos de agua potable y las principales fuentes de energía eléctrica de la capital.

Por otra parte, quieren hacer salir a los madrileños de los muros de la ciudad y obligarlos a luchar en campo abierto, donde hasta ahora ellos, los fascistas, han sido más experimentados y más fuertes.

La lucha adquiere una nueva forma, son necesarias nuevas fuerzas, un nuevo aguante, nueva sangre, nuevas reservas.

2 de diciembre

¡Esto sí es combatir! ¡Esto es un verdadero combate, no se puede negar! Incluso defendiéndose cabe luchar de tal modo que el enemigo pierda la respiración.

La III Brigada, al principio se ha desconcertado y ha corrido. Ocupaba la parte más extrema por la derecha, estaba muy orgullosa de haber avanzado tres kilómetros ahí, dos semanas atrás, pero no se había preocupado de fortificarse bien durante estas dos semanas. Los fascistas se han lanzado contra ella de golpe, como quien da un mazazo en la cabeza. Treinta Junkers, acompañados de aviones de asalto, han puesto de punta todo el sector, han reducido a escombros las casitas de veraneo, han destrozado la carretera, los puentecitos y, desde luego, las trincheritas endebles, construidas con desgana. Luego han avanzado los tanques, apoyados por la artillería. La III Brigada ha echado a correr. Su jefe, Francisco Galán, se arrancaba los pelos de su fina barbita, que acaba en forma oval su largo rostro, su cara rojo cobriza de caballero castellano medieval. Francisco y José Galán son hermanos del capitán Fermín Galán, fusilado en 1930 por haberse sublevado contra la monarquía de los Borbones. Los dos son comunistas, los dos han mandado secciones del Quinto Regimiento desde la formación del mismo.

En veinticuatro horas, la III Brigada ha perdido todos los frutos de su ataque del 13 de noviembre. En los extremos de los poblados de veraneo de Humera y Pozuelo de Alarcón, tras las paredes del cementerio, Galán, rabioso, ha detenido a sus hombres. Y allí, sus hombres han comenzado a luchar como granaderos de Napoleón.

Los fascistas no pensaban detenerse ahí. Han interpretado la resistencia como una detención temporal. Entusiasmados con la maniobra, han lanzado contra esta parte más tanques, más infantería, más aviación. Y han sufrido, con esto, grandes pérdidas. A la aviación le han salido al encuentro los «chatos», que persiguen, derriban e incendian a los Junkers, los asustan, los obligan a huir sin haber arrojado las bombas o arrojándolas al azar, sin dirigirlas a ningún objetivo.

Frente a los tanques alemanes con ametralladoras, se han presentado los republicanos con cañones. Además, actúan los coches blindados y actúan bien. Miguel Martínez corre, entusiasmado, en un auto blindado, nunca había creído que esta máquina pudiera dar tan buenos resultados. Creía que el coche blindado había envejecido de manera definitiva y quedaba desplazado por el tanque. ¡De ningún modo! Escondido tras una elevación del terreno o entre unos árboles o tras una casa, acecha al tanque, se lanza a su encuentro a gran velocidad y en una dirección angular respecto al movimiento del tanque, dispara con tiro directo y escapa a toda marcha. Claro está, los carros blindados no pueden actuar, aquí, en unidades, en formación; necesitan caminos o, por lo menos, campos a propósito, secos, con leves ondulaciones. Pero esta clase de lucha antitanque, medio guerrillera, ha resultado en estos lugares muy oportuna.

Miguel ha perdido ya la sensibilidad en la nariz y en los pómulos, apretados contra la rendija del visor. Pero no es posible apartarse, es una lástima no experimentar una y otra vez la punzante y absorbente sensación que provoca acercarse al enemigo. Dos disparos casi simultáneos, el propio y el del tanque fascista. Luego, cerca de un segundo de espera. Es la espera del resultado: ¿quién ha hecho blanco? Espera artificiosa, prolongada por el ruido y por el zumbar de los oídos. Espera equívoca —el resultado ya existe, ya está dado—. Si no fuera a favor nuestro, lo percibiríamos tumbándonos hacia un lado o cayendo de espaldas con los intestinos desgarrados. La máquina, la técnica, se adelanta a los sentidos humanos. Esto es sorprendente sobre todo en la técnica militar. Los instrumentos creados por el hombre, incluso los más sencillos, a veces sobreviven a sus dueños. Hace unos días, en la muñeca rota y deformada de un aviador que había sido derribado y muerto, vi intacto su reloj de pulsera. El piloto había caído de una altura de mil quinientos metros. El reloj sonaba. Vivía.

Después de cada doble disparo y de la espera, Miguel mira en silencio a los otros dos hombres que están con él en la apretada caja; éstos también le miran y en sus miradas se refleja una recíproca aprobación, una osada sonrisa: «¡Vivimos, seguiremos disparando!» Y otra vez el coche de hierro, dando golpes con su duro techo al occipucio, se hunde en la hondonada, se abre paso entre los terrones.

La infantería —los combatientes de la III Brigada— saludan alegremente con la mano al carro blindado, cada vez que aparece éste corriendo por detrás de una curva. No sólo le hacen signos con la mano, sino que ellos mismos combaten, corren a trechos, eligen refugios para los nidos de ametralladora, cubren con denso fuego los lugares de paso del enemigo, hasta cuyos tanques se arrastran y hacen saltar las transmisiones de las orugas con manojos de cinco o seis bombas de mano. En los reglamentos esto se llama defensa rígida, pero en esta rigidez hay también su elasticidad, su flexibilidad, la tendencia a atacar por parte de quien se defiende, las sacudidas, como provocadas por un resorte, de los contraataques.

En toda la zona de las dos aldeas, se oye sin cesar el chasquido de las ametralladoras, el ruido de las roncas explosiones de obuses y granadas, el suave zumbido de las balas; los fascistas siguen echando más carne al asador, su fuego es cada vez más fuerte, pero la situación es clara: la III Brigada ahora no retrocederá; se ha obstinado, se han hecho tercos el jefe y cada combatiente de por sí; se han obstinado y eso es todo; haciéndose obstinado, el combatiente adquiere un doble oído, una doble vista, empieza a disparar con mayor precisión, a cuidar más de su vecino; las secciones han comenzado a ayudarse mutuamente, las compañías y los batallones han empezado a actuar con acierto de manera conjunta; los heridos han dejado de gritar como locos y de arrancar del tiroteo a los ilesos; los ilesos han dejado de formar grupos de cinco para llevar a un herido a la retaguardia, como suele ocurrir cuando se está nervioso; vendan al camarada y le dejan ahí echado, hasta que acuden los sanitarios; los sanitarios no se esconden, sino que se acercan con calma hasta la primera línea; los enlaces no desaparecen en el transcurso de medio día, cuando se los manda con algún despacho por veinte minutos; los suboficiales se aproximan a los jefes de compañía o de batallón con pequeñas proposiciones hechas con mucha iniciativa: avanzar hasta esa casita, unir esas cuatro ametralladoras en una batería; todo junto, expresado en diferentes tipos de obstinación, de resistencia, de calma y de seriedad, se funde en un todo complejo que puede ser calificado de «tenaz combate de defensa».

Hoy, al final del tercer día, Galán, animado, da un gran tirón. Después de pedir unos pequeños refuerzos, quiere reconquistar el cementerio de Pozuelo, que él mismo ha abandonado. El cementerio está rodeado de una pared de piedra, está ahí enfrente, al otro lado de un solar desnudo, a unos quinientos pasos. «Se me irán a hacer sus faenas más allá —dice Galán—. ¡Hala, muchachos!» Seis tanques irrumpirán por la izquierda, desde la línea de ferrocarril; la infantería, tras ellos; los coches blindados dispararán a través del solar. El ataque comienza según todas las reglas, pero no sale bien. Resulta que el cementerio está atiborrado de ametralladoras y de cañones antitanque, responde con fuego huracanado, pavoroso. Ahora ya es el cementerio el que se obstina. Así lo perciben en un instante los combatientes de la III Brigada y su ánimo desciende verticalmente, como el mercurio de un termómetro que se introduce en agua helada. En seguida se han sentido fatigados, se quejan de que llevan cuatro días sin comer (no es cierto, durante esos días de combate siempre han comido bien), de que las pérdidas son demasiado grandes (no es cierto, las pérdidas son pequeñas), de que los pueden envolver y cortar por el flanco (esto es una tontería, es materialmente imposible), de que sin apoyo de la propia aviación no tiene sentido atacar (nuestra aviación ya ha volado dos veces), de que hasta el anochecer queda sólo hora y media, de que no tiene sentido empezar para pelearse luego en la oscuridad.

Galán interrumpe el ataque. ¡Hasta qué punto, a pesar de todo, son aún frágiles las tropas, cuán variables en su estado de ánimo! Si los facciosos hubieran tenido en ese momento la idea de avanzar, otra vez habrían arrojado lejos a la III Brigada, como lo hicieron el 29 de noviembre... Al anochecer, orden de Rojo: abrir trincheras en el sector y mantener firmemente Pozuelo y Humera, sin pasar al contraataque. A la III Brigada la sacan a la reserva. Miguel tiene la cabeza llena de chichones y la frente con cardenales, pero se despide con pena del auto blindado. El conductor le dice: «Cuando vuelvas a tu país, cómprate uno como éste. En él, puedes sacar a pasear a las muchachas, puedes disparar con el cañón si alguien no te gusta.»

3 de diciembre

El mando, desde luego, habría podido ayudar a Galán con reservas más importantes. Pero al ver que la III Brigada se mantenía por sí misma, prefirió no anular su contraataque de más amplios vuelos a través de la Casa de Campo, hacia el monte de Garabitas, con el propósito de cercar a los facciosos en la Ciudad Universitaria. Para esta operación han reunido todas las fuerzas libres, todos los tanques, todos los aviones.

Este ataque tampoco ha tenido éxito. Acaso lo único que se ha logrado ha sido alarmar a los fascistas, que han reunido sus reservas y, por esto, han dejado en paz a Galán.

Todo se efectuó, en líneas generales, como es debido: primero la aviación bombardeó el monte Garabitas, luego preparación artillera, después avanzaron los tanques y tras ellos avanzó la infantería, las unidades catalanas que han quedado aquí después de la muerte de Durruti. Pero la altura, según lo que se ve, ha sido convertida por los fascistas en un auténtico fortín, con cemento armado, al estilo alemán, con una poderosa artillería y una rica defensa contra los tanques. Sólo ahora empezamos a ver cuán sensible resulta el pequeño cañón antitanque. De todos modos, las máquinas llegaron muy lejos. Pero la infantería catalana no siguió, sólo hizo un simulacro de ataque abriendo un tiroteo increíble desde las posiciones de partida. Sabemos ya defendernos, pero todavía no sabemos atacar.

Zalka-Lukács está fatigado y atormentado. Las brigadas XI y XII han soportado muchos días de duro combate en la Ciudad Universitaria, han sufrido graves pérdidas. Anteayer pereció el miembro del Comité Central del Partido Comunista de Alemania Hans Beimler. «¡Qué hombres, qué hombres!», exclama Lukács. No puede habituarse a la muerte de su gente, pese a que él mismo los conduce al combate. En las memorias de Amundsen hay una simple frase que vale tanto como todo el libro. Amundsen dice: «El hombre no puede habituarse al frío.» Lo dice Amundsen, él lo sabe. Él pasó gran parte de su vida en el Ártico, entre los hielos, en los polos Norte y Sur. Allí acabó su vida, esforzándose por salvar a un hombre que le era extraño y antipático. En el norte, en Spitzberg, en Groenlandia, por debajo de los

hielos eternos, los hombres extraen carbón de piedra. Los hombres se hielan para obtener calor. Pasan hambre para que la gente pueda comer. Permanecen años enteros en la cárcel en aras de la libertad. Luchan, aniquilan, mueren en pro de la vida, de la felicidad. El género humano es revolucionario. Lukács siente un ávido y entrañable cariño por las personas. Para él no hay mayor satisfacción que tratar a la gente, hallarse entre ella, bromear con ella, decirle cosas agradables y rebosantes de simpatía, sentir el calor de su espíritu y hacer sentir el suyo. No es amigo de reñir ni de quedarse solo en la habitación. En Moscú, le disgustaban y le pesaban las discusiones literarias, era un entusiasta de las fiestas, de las conmemoraciones y de los homenajes, de los banquetes y de las veladas amistosas. En Hungría ha sido condenado en rebeldía a la pena de muerte como implacable enemigo del régimen. Fue a dar en la desconocida Rusia, luchó como voluntario contra Kolchak en Siberia, contra Wrangel en Crimea. En España lucha contra sus enemigos con un pueblo que le es desconocido. Se hiela para obtener calor.

En torno de él se ha constituido ya, como bien unido grupo, el Estado Mayor y la Sección política. El italiano Nicoletti, el alemán Gustav Regler, los búlgaros Bielov y Petrov, el francés Dumont son tipos diferentes, caracteres distintos, temperamentos diversos. Han coincidido procedentes de diferentes países, se han encontrado y han encontrado un lenguaje común.

Sueñan con sacar su brigada aunque sólo sea por diez días a la reserva, para descansar, dormir, lavar, vestir de nuevo a los combatientes. «Dadnos dos semanas —dice el general Lukács—, recibiréis no una brigada, sino una muñeca. ¡Un caramelo!»

4 de diciembre

Las embajadas extranjeras siguen campando por sus respetos en Madrid. La población, los defensores de la ciudad, las autoridades, están indignados y muchas veces han querido cortar las alas a los desenfrenados espías. Lo dificulta el gobierno de Valencia. La situación internacional de España es muy penosa, cada nuevo conflicto puede empeorarla.

Hoy, la paciencia de los madrileños ha tocado a su fin. A pesar de todo, han entrado éstos en una de las casas defendidas por banderas extranjeras. Han atentado contra la bandera finlandesa.

¿Cuántos finlandeses viven en Madrid? Esta pregunta se la han formulado muchas personas. Finlandia nunca ha tenido relaciones de ninguna clase con España. No comerciaba con ella, no tenía establecida con España relaciones culturales, no había personas con las que se intercambiara correspondencia.

Y, de súbito, la misión finlandesa se ha puesto de moda en Madrid. De ella se habla, se discute, sobre ella se hacen conjeturas.

El interés se concentra, sobre todo, en un tema. Resulta que han aparecido en Madrid, como de la misión finlandesa y bajo su bandera y protección, nada menos que seis casas de numerosos pisos, llenas de inquilinos a más no poder. Y esos inquilinos son muy extraños. Se distinguen por la morbosa pasión al estilo de vida sedentario, casero, hasta el punto de que ninguno de ellos, en tres meses, ha salido a la calle ni una sola vez.

Durante los últimos tres días, por lo visto obedeciendo a indicaciones recibidas por radio o simplemente animados por el cañoneo en los suburbios de la ciudad, los inquilinos de las casas finlandesas han comenzado a pasar al ataque. Desde la casa sita en la calle de Fernando el Santo, por la noche tirotearon a una patrulla de la milicia. Al día siguiente, de la misma casa arrojaron una pequeña bomba e hirieron gravemente a un niño. Esto ha sido lo que ha acabado con la prolongada paciencia de los madrileños y de sus autoridades.

Ayer por la tarde, la dirección de orden público envió a todas las embajadas y misiones una nota dando cuenta de la concentración de facciosos y terroristas al amparo de la bandera finlandesa y advirtiendo que, para evitar un estallido de la indignación pública, se vería obligada a tomar medidas para liquidar los nidos fascistas.

La casa situada en Fernando el Santo se encuentra, precisamente, delante mismo de la embajada británica. Los agentes de la policía advirtieron a los ingleses que tenían la intención de penetrar en la casa finlandesa y que no estaba excluido que encontraran resistencia. Los ingleses respondieron flemáticamente que nada tenían en contra.

El director general de Seguridad llamó a la pesada puerta y exigió que le dejaran entrar. Desde el interior respondieron que sin orden escrita del director general de Seguridad no abrirían a nadie. El director se hizo un guiño a sí mismo, enseguida sacó del bolsillo su propia

orden, preparada y firmada de antemano, y la hizo pasar por debajo de la puerta.

En el interior de la casa, por lo visto, quedaron asombrados ante la extraordinaria rapidez de la operación a los pisos superiores, volvieron y declararon que no abrirían y que no se sometían a orden alguna.

El director se pellizcó con dos dedos su minúsculo bigote y ordenó a la policía derribar la puerta.

Desde la casa abrieron fuego de ametralladora y de fusil.

Uno de los policías cayó bañado en sangre.

Esto enfureció a la policía a más no poder. Un mozo de la guardia republicana, después de pedir a los demás que se apartaran un poco, lanzó una granada de mano contra la pesada puerta. La explosión no causó en ella grandes destrozos, pero los disparos del interior pararon en seguida. La policía acabó de romper la puerta. Entró en el patio de la casa, junto con los agentes, Miguel Martínez. El edificio había sido transformado en un auténtico cuartel fortificado.

En la planta baja había muchas mujeres. Los intrépidos maridos las habían dejado como objeto de clemencia y como primera protección en caso de contratiempos.

Los milicianos dejaron a las mujeres en las mismas viviendas de la primera planta y subieron. Ahí los recibieron con nuevos disparos. Cae gravemente herido otro de los combatientes. Sus compañeros, apretando los puños, no disparan. Observan la orden: no recurrir a ninguna violencia para no causar ningún daño, involuntariamente, al valioso organismo de algún ciudadano finlandés. Jugándose la vida, rompen las puertas de las tres plantas superiores. ¿Con qué se encuentran?

¡Con mil cien hombres, mil cien fascistas! ¡Mil cien fascistas españoles!

En vano dicen en alta voz cinco o seis veces: «El que aquí sea finlandés o extranjero que dé unos pasos adelante.» La muchedumbre calla, bajas las cabezas. Aquí no hay finlandeses, no hay extranjeros. Hay, simplemente fascistas españoles.

La casa era un verdadero cuartel militar. Las viviendas particulares habían sido transformadas en dormitorios de soldados, en cada uno de los elegantes tocadores de las damas se habían colocado de treinta a cuarenta colchonetas. El comedor era colectivo; había un gran depósito de provisiones y unas normas de racionamiento colgadas de la pared, así como una lista para la entrega de tabaco, y una biblioteca de libros fascistas.

Y lo más importante: un montón de armas además de una producción especial de bombas de mano con potes nuevecitos de leche condensada, aún no soldados.

Conducen a los fascistas en interminable fila por la escalera, los hacen subir en autobuses, los trasladan a la cárcel. ¡Mil cien hombres, mil cien terroristas armados, sólo en una de las seis casas encubiertas bajo la bandera finlandesa! (no se incluyen en este número los edificios de la misión misma y de la embajada). Si uno recuerda que en Madrid a cada paso se encuentran casas adornadas con banderas extranjeras y con documentos de garantía pegados en la pared, si uno empieza a hacer cálculos y a sumar, se vienen abajo todas las cifras sobre el alcance numérico de la «quinta columna» fascista clandestina. Ha de ser varias veces mayor de lo que hasta ahora se había creído.

Todos esperaban desde luego, que la misión finlandesa presentara una protesta categórica contra la incursión en una casa que se encontraba bajo su protectorado. No se ha presentado ninguna protesta. El ministro finlandés, al enterarse de lo ocurrido en la calle de Fernando el Santo número 17, ha llamado por teléfono a la Dirección General de Seguridad, se ha interesado por los resultados del registro, ha manifestado su más extrema sorpresa por la composición de los moradores de la casa y por la conducta de los mismos, ha insistido en que estaba totalmente de acuerdo con las medidas tomadas por la policía e incluso ha ofrecido su colaboración para instruir la correspondiente causa. ¡Hasta qué punto se han conservado todavía amables los diplomáticos!

6 de diciembre

Hay una calma casi absoluta. En días como hoy, nos sentimos como si nos encontráramos en algún lugar de invernada: por la tarde no hay adónde ir, si no es al Estado Mayor o al comisariado; sólo es posible trabajar, leer o escuchar la radio. Soria se ha agenciado incluso un violín de mala muerte y ha empezado a hacerlo rechinar. Hemos declarado que esto sobrepasa todos los horrores del asedio de Madrid y

que le echamos del piso si no deja de tocar. Soria se ha ofendido, ha dicho que ha estudiado en el Conservatorio y que de todo tiene la culpa la calidad del violín.

El larguirucho Frank Pitkern, corresponsal del *Daily Worker* inglés, viene a vernos. Es un hombre original y muy ingenioso. Vive en el edificio del monopolio de sangre canadiense. Sí, existe también semejante monopolio. La sociedad canadiense para transfusión de sangre ha enviado a España una expedición especial, con médicos, con instrumental, con vasijas. Los canadienses han declarado que se comprometían a organizar la transfusión de sangre para todos los heridos en todos los frentes si se les concedía para ello derecho monopolista. El gobierno ha aceptado la proposición.

La expedición ocupa un gran palacete ya viejo. Las habitaciones no brillan por su pulcritud. En cómodas de viejo estilo, en chimeneas sin encender, se amontonan grandes tarros metálicos con sangre, parecidos a latas de conserva. Aquí la recogen de los donantes y la distribuyen por hospitales y enfermerías de campaña.

Frank nos habla de los cómicos usos que se observan en la embajada británica. Allí se han reunido numerosos refugiados con pasaporte inglés, para quienes se ha organizado una residencia y un comedor. No todos esos moradores, ni mucho menos, poseen el aspecto externo y las maneras correspondientes al prototipo de los súbditos del Imperio Británico. En su mayor parte, son españoles de Gibraltar, ruidosos y no muy aseados. Ni todos los ingleses natos están a la altura del aristocratismo de gran mundo que ha hecho célebre desde hace mucho tiempo a la embajada británica de Madrid. El embajador ha ordenado que se rezara antes de la comida; esto provoca bromas e irreverentes observaciones. Fue a parar a la residencia un tal Jack Robinson, ex mecánico de automóviles, actualmente juerguista y amigo de bromas no muy refinadas. El régimen propio de un asilo de ancianos establecido en la residencia le resultaba pesado. A la mesa, divirtiéndose a sí mismo, este hombre de poco peso echó al aire un trozo de pan con el propósito de hacerlo caer en su plato de sopa. El pan cayó exactamente en la sopa, pero salpicó a sus vecinos de mesa. Robinson fue solemnemente despedido de la residencia «por haber arrojado pan a la sopa desde una altura inadmisible», según se declaró en la correspondiente orden. Frank se alegró en gran manera, escribió un atronador artículo acusatorio contra la embajada británica de Madrid y el artículo se publicó bajo unos enormes titulares: «Jack Robinson, hombre sin patria. Ha arrojado pan a la sopa desde una altura inadmisible...» El propio embajador, mister Ogilyv Forbs envejece y se consume a causa de todos estos sobresaltos. Sólo encuentra consuelo en su ocupación predilecta: tocar la cornamusa escocesa. Desde detrás de la puerta del embajador, llegan melancólicos sones; los moradores del consulado suspiran y se alejan de puntillas.

En Madrid han quedado no más de una decena de corresponsales extranjeros, incluidos los comunistas. Hasta los periódicos de mayor difusión del mundo, sacrificando los intereses de la información sensacionalista desde el Madrid asediado, poco a poco y con distintos pretextos, retiran de aquí a sus representantes. No están muy satisfechos del carácter de la información: los periodistas, incluso los más moderados y de derechas al hablar del Madrid de hoy, se ven obligados a exaltar el heroísmo y la decisión de los obreros, el papel de vanguardia y organizador de los comunistas, se ven obligados a condenar las bestialidades de los invasores, la perfidia y el cinismo de las embajadas extranjeras que esconden en sus edificios a los elementos fascistas.

No hace mucho ha estado en Madrid Pierre Herbart, secretario y pariente de André Gide. Le recibimos amistosamente. Herbart había acompañado al viejo en su visita a la Unión Soviética y había compartido con él sus entusiasmos y su simpatía por el comunismo. No obstante, Herbart mantenía una actitud bastante extraña. Dos días después, de sus conversaciones circunspectas y evasivas se pusieron en claro cosas más que inesperadas. Resulta que André Gide ha escrito un libro acerca de la Unión Soviética el cual, en esencia, como dice Herbart, se aparta de las declaraciones hechas por el autor durante su viaje. Herbart no explica las causas de este cambio repentino, mejor dicho, las califica de puramente psicológicas: el viejo, según expresión de Herbart, ante todas las cosas reacciona dos veces y su segunda reacción a menudo contradice la primera; cuál de las dos reacciones es la auténtica, es cosa que se deja al juicio de los demás. Pero este cambio repentino ha alarmado en gran manera a Herbart, quien administra el «izquierdismo» de André Gide, y ha pensado «volver a cubrir» el libro con un viaje de su patrón a España; había venido precisamente para preparar el terreno. Pero el terreno ha resultado poco a propósito. Los españoles, sobre todo en Madrid, han declarado abiertamente que si André Gide ha escrito en verdad un libro hostil a

la Unión Soviética, lo mejor que puede hacer es no presentarse por aquí: será objeto del desprecio y del boicot tanto por parte de la intelectualidad como por parte del pueblo. Se ha alarmado, sobre todo, otro amigo de Gide, cuya casa frecuentaba con asiduidad, el holandés Jef Last, quien trabaja aquí en las Brigadas Internacionales. Ha venido a verme desesperado, exclamando que André Gide se ha cubierto de oprobio para siempre al manifestarse contra la Unión Soviética, sobre todo ahora, en plena lucha contra el fascismo. Me ha dejado el texto del telegrama que ha mandado al viejo:

«Estimo el momento absolutamente inoportuno para la publicación de tu libro. Te pido ardientemente frenar la edición hasta conversar en Madrid. Sigue carta. Jef Last.»

Herbart regresó con urgencia a París a fin de «hacer todo lo posible para salvar a André Gide de su locura». Hoy me he enterado de que, pese a todo, el libro ha visto la luz. En esto no veo yo ninguna «locura», lo que se ven son causas completamente distintas.

Ha venido a despedirse de Soria Delaprée, un francés joven y elegante enviado especial de *Paris-Soir*. Ha dicho que se iba porque el periódico había dejado de publicarle los artículos por considerarlos demasiado comunistas. Delaprée nunca se ha tenido por comunista ni por afín al comunismo. Simplemente, se ha comportado como periodista honesto, todos los días transmitía datos acerca de cómo los aviadores fascistas asesinan a mujeres y a niños indefensos. Al fin y al cabo, le habían enviado para que informara, ¡no para otra cosa! Sus crónicas no se publican y él ha decidido dirigirse a París, cambiar impresiones con la redacción, explicar que, ahora, toda otra información de Madrid sería una falsedad.

7 de diciembre

La ciudad ha cambiado firmemente de aspecto. Ante todo, ha dejado de ser capital. Para esto ha bastado que de Madrid partieran unos tres mil individuos. El millón restante ha empezado a vivir de otro modo. Madrid nunca ha sido una ciudad industrial. Su vida fastuosa y alegre siempre ha girado en torno al centro del Estado; durante la República, en torno al gobierno. El burocratismo, el parlamento y los grupos

políticos, la intelectualidad, los círculos académicos, periodísticos y literarios, los bancos, los comerciantes, los pensionistas, los que acudían de provincias, todo ello ha vivido administrando el país, mangoneando, aleccionando y adoctrinando las provincias. Los obreros de Madrid son, en su mayor parte, de la construcción, de los servicios comunales e impresores.

Doce ministerios se han trasladado a Valencia. Han llevado consigo, en general, a poca gente y pocos papeles. Pero todo cuanto han dejado aquí ha comenzado a trabajar en el vacío o se ha parado por completo. Los inmensos edificios gubernamentales están cerrados o han sido ocupados —en una décima parte de su superficie— por las instituciones y oficinas provinciales, por los Estados Mayores. Junto a los inmensos archivos han quedado vigilantes viejos y ciegos. Han aparecido en la ciudad millares de viviendas desocupadas, cuidadas por los parientes pobres de los dueños que han huido o por los criados, que poco a poco van vendiendo los objetos de sus amos. En las puertas se han pegado documentos en los que se describen con todo detalle los méritos contraídos ante la patria por parte de los dueños ausentes de las casas.

La calle de Madrid ha adquirido un carácter democrático, popular. Las aceras han sido ocupadas por el miliciano y su amiga del arrabal. Los soldados se pasean en hileras de cuatro y cinco, abrazados, cantando. Contemplan los escaparates de los almacenes donde, entre escasas mercancías, se coloca un letrerito impreso en un cartón: «Esta empresa ha sido incautada»... Pasan largos ratos revolviendo montones de libros en los carritos de los libreros de lance; ahí se apilan Lope de Vega y Alejandro Dumas, Antonio Chéjov y Valle Inclán, *Decamerón* y *Tarás Bulba, Descubrimiento de las Indias Occidentales*, *Cálculos para las construcciones de cemento armado, Magia blanca y negra*. Aquí está, con chillona cubierta, el libro de Ramón Sender *Madrid-Moscú*. El libro se abre en la página sesenta y una, allí se lee: «El espectáculo del Gran Teatro asombra por su monumentalidad. Decoraciones, interpretación de los artistas, música y política. Sí, ¡en la belleza de los colores y de los matices de *Petrushka* hay política!... La representación termina a eso de las once de la noche. Cerca del teatro, esperan una docena de enormes y confortables autobuses, como los que en Madrid sirven para los turistas ricos. Varios centenares de obreros salen del teatro, toman asiento, alegremente, en los autobuses y regresan a sus barrios. Subo a un tranvía, que por diez kopeks

me lleva calle arriba, casi hasta la plaza donde se eleva la estatua de Pushkin, cerca de la cual vivo. La ciudad está muy animada y no se calma casi en toda la noche. Moscú no duerme, trabaja y vive durante las veinticuatro horas del día...»

Los milicianos revuelven los libros de los vendedores ambulantes, no saben cuál llevarse consigo a las trincheras. Hay mucha literatura erótica, que en España siempre ha proliferado. Comprende minúsculos folletos de bolsillo con dibujitos obscenos y gruesos tomos de profesores sospechosos: *Descripción completa de todos los procedimientos conocidos por la ciencia y la sociedad, antiguos y modernos, para conquistar el alma femenina, ensayados y comprobados por los caballeros más distinguidos de todos los siglos y pueblos*. Un joven castellano, con una cantimplora en el cinto, fruncido el ceño, hojea el tentador libro. El libro cuesta diez pesetas. ¡Por diez pesetas, toda la experiencia milenaria del amor! Una doncella repintada le sisea con insistencia. Apoyada contra la pared, cruza las piernas; tiene abultadas pantorrillas enfundadas en seda negra y cara de vieja; muestra con la mano enguantada: «¡Cinco!» El soldadito vacila, luego deja silenciosamente el trabajo científico sobre el amor y se va con la mujer.

Ante las puertas de los cines se forman largas colas. La Junta de Defensa ha establecido precios muy reducidos; cines y teatros están llenos a rebosar, trabajan desde las tres de la tarde hasta las nueve de la noche. Proyectan en su mayor parte films viejos —¡de dónde van a sacar otros, nuevos, en este Madrid asediado y abandonado!—. Han aparecido unos carteles. «¡En los próximos días, vean el nuevo film ruso, auténticamente antifascista, *La juventud de Maxim*!» Ayer por la tarde, durante la sesión de cine en el local Goya, se presentaron los aparatos de bombardeo. Se interrumpió la proyección. La sala estaba a oscuras, ardían sólo las bombillas rojas *ad hoc*. El director del cine gritó a todo el público que bajara al sótano. La sala entera le respondió con un rugido y pataleando: «¡Que siga la película!» Se proyectaba el film de gangsters y aventuras *Terror en Chicago*. Los bandidos y la policía se perseguían en automóviles, disparaban a los escaparates de los almacenes y escondían unos de otros el cadáver de un multimillonario. La sala estaba hecha una furia, los soldados amenazaban con matar al director si no daba orden de que la sesión continuara. Se reanudó la proyección del film. Los gangsters encerraron a una beldad, a la novia del detective, en un sótano, junto con el ataúd; la joven

estaba sentada en un barril de cerveza, con vestido de baile, bañada en lágrimas; de súbito, la tapa del ataúd empezó a levantarse muy lentamente —en efecto aquello era horripilante—. Una explosión ensordecedora se produjo muy cerca. Las paredes del cine temblaron, se oyó ruido de cristales rotos, la pantalla de nuevo se apagó. Durante un minuto todos permanecimos en silencio, aguzando el oído. Enseguida el público se irritó contra el director del cine. «Venga la película —gritaban los soldados— venga, ¡si no, te hacemos papilla, fascista, cornudo, gusano!» Se reanudó la proyección, los cuadros oscilaban, saltaban en la pantalla, por lo visto el mecánico en su cabina también se sentía nervioso, pero lo fundamental estaba claro: el muerto del ataúd no era otro que el propio joven detective. Éste abrazó a su novia y empezó a forcejear en la puerta para salir al exterior, pero los gangsters comenzaron a echar al sótano gases asfixiantes; la novia se desmayaba ya haciendo bellos movimientos cuando, al fin, llegó la policía. El público, estirándose indolentemente, sale a la calle.

Ahí mismo, en el cruce, en la negra oscuridad, los viandantes rodean a un músico ciego, le arrojan unas monedas de cobre al sombrero, le piden que toque la *Internacional*. El músico toca y la muchedumbre canta a su alrededor. No se trata de una organización, de una unidad militar o de alguna sociedad; sencillamente, la muchedumbre, en una oscura calle de Madrid, canta a coro la *Internacional* y la *Joven Guardia*.

En Madrid se pasa hambre. Los mercados están casi vacíos, pero no se nota que haya singular especulación. Los tenderos, sobre todo los de pocos vuelos, procuran demostrar que comprenden cuál es su deber civil, venden sus cortas reservas sin elevar los precios al mayor número posible de manos. En los cafés, la primera taza (esto ya no es café, pero se llama así) se sirve con azúcar (esto ya no es azúcar, sino un pellizco de polvo pardo en un minúsculo paquetito de papel); la segunda taza —con perdón sea dicho—, sin azúcar; la tercera —sea dicho aún con mayor perdón— ya no la sirven. El mozo considera que es una cuestión de honor servir, aunque sea en porciones más pequeñas, al mayor número posible de clientes. Lo que está peor es el suministro de tabaco.

Me he hecho con un nuevo amigo y ayudante. Se llama Saver. Es español, pálido, carirredondo, con enormes ojos y con círculos azules aún mayores debajo de los ojos. Tiene nueve años, pero, bromas aparte, es un buen ayudante. Para las seis de la tarde, cuando yo regreso a

la ciudad, cada día pasa por todas las redacciones de los periódicos de la noche y me trae los primeros ejemplares, directamente salidos de las rotativas. Me da los periódicos que ya han salido y me informa con toda claridad, con inteligencia y en pocas palabras por qué los demás se han retrasado. A *Claridad*, la censura le ha tachado tres titulares, y los están cortando del estereotipo. *Informaciones* aún no ha vuelto a su propia imprenta después de la explosión de una bomba y en la tipografía ajena demoran la salida del periódico. En el *Heraldo de Madrid* esperan el fluido eléctrico; allí, en la imprenta, no se ve absolutamente nada...

Pero éstas no son más que ocupaciones secundarias de Saver. Al minuto sus gritos resuenan en todos los pisos y pasillos del enorme hotel-hospital. Entra como una centella en las habitaciones del hotel convertidas en salas y vende periódicos. Ni siquiera la puerta de la sala de operaciones está cerrada para él —el orden establecido en los hospitales es, aquí, pasmoso—; echando una mirada de reojo sobre la mesa de operaciones y los doctores con gorros blancos, Saver coloca los periódicos en el alféizar de la ventana, sin decir nada. Si pasa por alto alguna sala, los heridos le llaman gimiendo; Saver se disculpa presuroso, coloca del periódico en la mesita de noche y rebaña las monedas de cobre el monedero de cuero. Los periódicos que le quedan, los vende en la calle, mirando al cielo, atento el oído por si resuenan los motores de los Junkers.

Saver entrega lo que gana a su padre, un zapatero de Santa Olalla, hombre de mal genio, hambriento y, a veces, borracho. El padre bebe de pena. Tuvo que evacuar a Madrid con una familia muy numerosa, huyendo de los fascistas; ahora las autoridades quieren también evacuar de Madrid a la familia. No hay trabajo, en el comedor para refugiados dan mal de comer, no se ve el fin de la guerra...

Después de haber discutido con el padre, Saver considera que sus ocupaciones del día han terminado; vuelve a mi habitación. El orgulloso muchacho casi nunca toma comida —ni pan, ni conservas, ni una manzana—. Pero está muy a gusto sentado en un sillón ante la estufa eléctrica. Un invierno tan frío, y en ninguna parte calientan. Con el rostro apoyado en su pequeño y moreno puño, el niño se queda primero largo rato inmóvil, sentado en el sillón, cerrados los ojos, como una ama de casa fatigada después de todo un día de ajetreo en el mercado, en la cocina y con los pequeñuelos. Luego se reanima un poco y entonces saca del bolsillo de su rota cazadora su propio periódico.

Es una publicación minúscula, de impresión infame en ocho paginitas, editada en Barcelona. Se titula *¡Ja-ja!*

Saver se sume en los versos y en los dibujos. Alegres mariquitas viajan en coche, se ofrecen flores, se desafían a espada; unos ratones saltan ya a un tarro de harina, ya a un saco de hollín, y salen de allí parecidos a pequeños negritos con cola. Saver se ríe suavemente. Luego pregunta acerca de los niños soviéticos y recibe la correspondiente porción de palabras rusas. Según hemos convenido, estoy obligado a comunicarle ocho palabras al día, y los domingos, cuando no hay periódicos de la tarde, doce. Saver se empapa, como una esponja; es de una curiosidad ávida en extremo; por ahora, la guerra le priva de escuela. Repantigado en el sillón, repasa, soñador, en voz alta, la riqueza verbal ya acumulada: *Bu-ma-ga... Ka-randach... Izdra-stui-tie... Izpichki...*[17]

Hoy se cumple un mes de la defensa de Madrid. Ahora miro con otros ojos todo el decurso de la lucha. La guerra, por lo visto, todavía será larga, dilatada, muy difícil. Se están acumulando fuerzas por ambas partes. El país prepara nuevas —y no pequeñas— reservas. Franco posee mucho material de guerra, pocos hombres. Recurre a los italianos y a los alemanes, «moros arios», como los han apodado los milicianos.

9 de diciembre

Ayer los cazas fascistas atacaron a un avión de pasajeros francés, de la sociedad *Air-France*, y lo derribó. A bordo del avión iban Delaprée y Châteaux. Ambos están heridos y han sido llevados a Guadalajara. Hoy he ido a visitarlos, junto con Georges Soria.

Guadalajara ha sufrido mucho a consecuencia de los bombardeos de los últimos días. Humean las ruinas del magnífico palacio del Infantado. Varias bombas han caído en el hospital, han muerto y mutilado a cuarenta heridos. Otras bombas han caído en un asilo infantil, han hecho una montaña de pequeños cadáveres. En dos días, la ciudad ha perdido, en total, ciento cuarenta personas, en su mayor parte pacíficos e indefensos habitantes.

Una muchedumbre enfurecida de guadalajareños se ha presenta-

do en el edificio de la cárcel local, ha desarmado a la guardia, ha sacado de las celdas a cien fascistas y los ha fusilado. El mismo día destacamentos de la milicia local han detenido a elementos sospechosos y enemigos y han metido en la cárcel a otros cien individuos como rehenes. «Por si hay un nuevo bombardeo», dicen sombríamente en Guadalajara.

Los periodistas heridos yacen en una habitación del hospital militar en dos camas contiguas. Su estado es muy grave. A Châteaux, una bala explosiva le ha roto y deshecho la tibia. Ayer se habló de amputarle la pierna; hoy parece que su estado ha mejorado un poco. A Delaprée una bala le penetró por la ingle y le salió por atrás después de haberle roto los órganos internos. Sólo se le puede operar en Madrid. El dolor le deforma el pálido y hermoso rostro.

—Probablemente de ésta no me levanto. Tengo esta impresión.

Ha agradecido la visita, el haber llamado a su mujer de París y otros cuidados.

—Aún no habíamos tenido tiempo de tomar altura para volar sobre los montes que rodean Madrid. No llevábamos en el aire más de diez minutos. De repente, sobre nosotros apareció, por un lado, un caza. Dio una vuelta; por lo visto, nos estuvo contemplando a su gusto. Es imposible que no viera las señales distintivas... Esto queda por completo excluido. Desapareció por unos minutos y luego de golpe, por abajo, a través del piso y de la cabina, empezaron a penetrar las balas. Caímos heridos por los primeros disparos. El piloto quedó ileso. Se dirigió bruscamente al aterrizaje. Abajo se veían unas colinas... El avión dio un golpe muy fuerte contra el suelo, se puso vertical sobre la proa. Gravemente heridos, desangrándonos, caímos uno encima del otro. Me parece que se inició un incendio, ya no comprendía nada. Unos minutos después aparecieron unos campesinos, rompieron la portezuela y nos sacaron con todo cuidado...

Pregunta qué nuevos pasos ha dado el gobierno de su país en respuesta al ataque pirata contra un avión civil de Francia. Alguien le había dicho que desde París se había mandado un ultimátum a los facciosos. Esto le alegra. Pero no se ha mandado ultimátum alguno. El gobierno francés no ha hecho nada, oficialmente ni siquiera se da por enterado de lo que ha ocurrido. No quiero desilusionar a Delaprée gravemente herido, quizá en trance de muerte. Manifiesto la esperanza de que lo que es ahora el gobierno francés va a cantarle a Franco las cuarenta. El herido abriga la misma esperanza:

—¡Si por lo menos esta vez hicieran algo! Si no es así, a mí hasta me va a dar vergüenza llevar esta infame bala en la ingle.

11 de diciembre

Desde las afueras de la ciudad ya se divisa la brillante y azulina nieve del Guadarrama. Las montañas están adornadas por la nieve y por el sol. Se han hecho más claras y más próximas. Por los desfiladeros, subiendo y bajando, serpentea, la línea del frente, retumban escasos disparos. Los hombres avanzan cautelosamente en esquíes, en carros, en mulos.

Antes eso parecía endiabladamente cercano y, en efecto, hallarse a treinta o cuarenta kilómetros ¿no es hallarse ante las mismas narices de la capital? Ahora, cuando el frente pasa entre las facultades de medicina y de filosofía de la Universidad de Madrid, ahora, el sector montañoso se ha convertido en algo apartado, tranquilo y secundario. Pero, desde luego, esto es una ilusión. La calma en el Guadarrama es una formalidad. Es un equilibrio inestable. Puede desplomarse el día menos pensado.

En el campo del fascismo español, asignan un valor singular, místico, a la toma de El Escorial, al dominio del famoso monasterio de San Lorenzo. Dando vueltas y más vueltas a sus explicaciones por su larga inmovilización ante Madrid, Franco ha declarado, entre otras cosas, que la toma de El Escorial, el centro histórico religioso más importante de España, equivaldría políticamente a la toma de Madrid, e incluso sería más importante. Ahora, en señal de su acendrado amor por el Escorial, Franco lo ha bombardeado desde el aire.

Me aproximo a El Escorial confuso, como un escolar se acerca a la mesa de exámenes. ¡Cuántas sentencias y fórmulas sabihondas no se han pronunciado aquí, en el transcurso de siglos, por parte de literatos viajeros, cuántos reproches dirigidos a Felipe II, cuántas burlas sobre su edificio, cuántas definiciones debeladoras de este pesado cajón de piedra! ¿Qué puede añadirse a ello, aún?

Pero cuando, tras un recodo del camino, majestuosamente, en medio de una poderosa y de ningún modo sombría solemnidad, se descubre el gigantesco anfiteatro granítico rodeado por un muro de

rocas aceradas, y en su falda, tallado de estas mismas rocas, se ve el dórico cuadrilátero granítico de impecable sencillez con sus dos mil seiscientas ventanas, en seguida se desvanece y se olvida toda la monda estética de las casuales generalizaciones psicológicas. El Escorial es, en verdad, hermoso y veraz por su idea y por su ejecución; es un monasterio-fortaleza, un palacio-oficina del fuerte y católico imperio colonial del siglo XVI, correspondiente al apogeo y comienzo de la decadencia de dicho imperio. El edificio encarna en sí, armónicamente, la época, el espíritu de los vencedores, el infinito trabajo del pueblo y el espléndido arte —por lo que tiene de limpio y noble— de sus maestros.

El viejo celador de El Escorial está desagradablemente sorprendido por el repentino visitante. Rezonga, tarda, de modo sospechoso, en encontrar las llaves, pero al fin se resigna, y entramos con él en la desierta y embrujada ciudad de El Escorial, en el laberinto geométrico de los patios, en los corredores abovedados, en las grises galerías de granito, en los pasos secretos, vemos las oscuras y resquebrajadas telas. Desde luego, al general fascista le resultaría agradable pasearse aquí con sus cortas piernas, junto con algún mayor alemán, señalar con la fusta, como anfitrión, los cuadros, ordenar que se abran los postigos de las habitaciones inferiores de Felipe, sentirse también alguna cosa...

Pregunto si no han caído aquí bombas. Aquí no. Han estallado a un centenar de metros, en las dependencias de servicio que circundan al propio monasterio; allí se ha montado un hospital. Hirieron gravemente a un niño.

—Pero aunque estallaran aquí —el celador agita negligentemente el manojo de llaves— no podrían hacer ningún daño: estos muros y bóvedas son más fuertes que las mismas rocas.

Es evidente que el viejo tiene poca fe en la potencia y en las posibilidades de la industria militar alemana. Que no tenga que hacer luego una amplia crítica de sus errores...

En la grandiosa catedral, rumoroso silencio. En el fondo de un altar lateral, en un rincón oscuro, en el extremo del último de los bancos comunes, el sitio de Felipe. Esto es una demostración de la modestia del rey católico quien, ante Dios, era el más humilde de los pecadores. Pero no sólo esto. Detrás del banco, hay una puerta disimulada en la pared y hasta una ventanilla del tipo de las ventanillas de oficina —por ella, durante los largos oficios divinos, pasaban al rey

partes de guerra, papeles que requerían una resolución escrita—. Ahí mismo, desde luego, se encontraba la escolta.

Este espíritu de utilitarismo, de sentido práctico, escondido bajo el velo de la humildad cristiana y de la virtud, impera en El Escorial como en ningún otro edificio religioso. El combinado gubernamental monárquico fue brillantemente organizado ya al ser construido y no ha necesitado casi ninguna modernización. Las celdas de los monjes son espaciosos y cómodos apartamentos para vivir y trabajar: enorme despacho, pequeña alcoba, reclinatorio y cuarto de aseo. Además, conservan toda la severidad de la época de la Inquisición: suelo de piedra (con muelles esteras en él), brasero de hierro (con estufa eléctrica Siemens adaptada a él), una simple campanilla de bronce (al lado del teléfono automático). Sobre las mesas, montones de libros, nuevas revistas, textos políticos de hoy, en muchos idiomas. Los pacíficos eremitas escurialenses, los más allegados a los círculos fascistas, efectuaban desde aquí una inmensa propaganda contra la república, contra el Frente Popular. Hasta ellos llegaron —y los echaron— poco menos que un mes después de haberse iniciado el levantamiento faccioso. Varias docenas de escurialenses trabajan en el Estado Mayor de Burgos y, como es natural, son ellos mismos quienes presionan para que se tome cuanto antes el monasterio de San Lorenzo.

Una escalera de mármol conduce hacia abajo, hacia una estancia a cubierto de los ataques aéreos: la tumba de los reyes. Es poliédrica; aquí, en cuatro pisos, en los distintos lados del poliedro, se hallan los ataúdes de mármol de reyes y reinas, desde Carlos V hasta María Cristina y Alfonso XII inclusive. Veintitrés están ocupados y llevan sus correspondientes inscripciones; el vigésimo cuarto está libre y sin inscripción.

Éste lo prepararon para Alfonso XIII. El candidato, si bien de edad avanzada, fue destronado y se dedica a jugar a la Bolsa en el extranjero.

Permanezco en este lugar largo rato, pienso qué se puede hacer, pero no se me ocurre nada. Tampoco es cuestión de utilizar este puesto libre para otra persona. Y así se perderá un buen ataúd de mármol.

Fuera, el helado viento de las montañas inclina los arbustos hacia el suelo. Unos milicianos procuran calentarse ante una pequeña hoguera. Estos milicianos guardan honradamente El Escorial. Guardan un monumento histórico, una pieza de museo, una curiosidad pétrea de un lejano tiempo pasado y terrible. Saben que el enemigo quiere

abrirse paso hasta aquí, pero es difícil que se imaginen todo el alcance de este propósito. En el siglo XX, en el año 36, los degenerados seguidores de los olvidados verdugos de España quieren convertir de nuevo El Escorial en un centro rector y símbolo del país. Quieren arrojar al pie de esta montaña al pueblo encadenado, ensangrentado, desfallecido a causa de las torturas fascistas.

... Hoy ha muerto en Madrid, trasladado al hospital francés, Delaprée.

14 de diciembre

Por lo visto, el general Lukács no logrará ahora hacer de su brigada una muñeca y un caramelo. Con enormes dificultades, el 11 de diciembre consiguió llevar su unidad a la reserva para el descanso y la reorganización. La XI Brigada Internacional también ha sido relevada. Ambas brigadas han combatido incesantemente durante más de un mes, desde su llegada a Madrid. Sus hombres no han dormido ni una sola noche bajo tejado. Han perdido casi el cuarenta por ciento de sus efectivos. Los que han quedado sanos y salvos, están cubiertos de una costra de suciedad, tienen callos en las manos de tanto usar los cerrojos de los fusiles. Se les ha gastado el calzado, se les han roto los uniformes, se les han afilado los rostros, se les han secado los labios.

Sólo tres días han permanecido las brigadas en reserva; mañana vuelven ya a lanzar al combate a la Undécima; el turno siguiente, por lo visto, corresponde a la Duodécima. El enemigo ha emprendido nuevos ataques serios desde el sector de Brunete en dirección a Boadilla del Monte.

Hoy ha efectuado varios ataques de tanques apoyados por un potente fuego de artillería, mas, por ahora, no ha logrado tomar el pueblo.

15 de diciembre

Duro combate por Boadilla del Monte. Los batallones en cabeza de la XI Brigada mantienen los accesos a la aldea. De todos modos, la situación es crítica. La Duodécima entrará en fuego por la noche.

16 de diciembre

A las tres de la tarde, después de un largo intervalo, ha vuelto a irrumpir en el cielo de Madrid la aviación fascista: cinco Junkers acompañados de veintitrés cazas. Los «chatos» se han retrasado un poco, los Junkers han logrado arrojar sus bombas. Se ha desarrollado un duro combate aéreo, los republicanos han derribado, casi sobre la misma ciudad, tres Heinkels. Los aparatos de bombardeo y los demás cazas se han visto obligados a salvarse huyendo. Es una pena que hayan tenido tiempo de lanzar las bombas.

Este bombardeo, por su inutilidad militar, por su roma crueldad, por la elección del objetivo constituye uno de los más viles entre los bombardeos fascistas de Madrid. Han sido arrojadas unas veinte bombas grandes, de cien kilogramos, sobre el barrio obrero de Tetuán, cerca de la plaza de toros. Decenas de casas de uno y dos pisos han sido convertidas en montones de escombros.

Hasta ahora hay un centenar de víctimas, entre muertos y heridos. Muchas personas han perecido no a causa de las bombas mismas, sino por haber quedado aplastadas al desplomarse tejados y paredes.

Una enorme muchedumbre hormiguea en torno a las ruinas. Entre el llanto general y los lamentos de dolor, los milicianos, los voluntarios y los parientes de las víctimas sacan los cadáveres de las personas, adultos y niños.

Esto se efectúa con una lentitud insoportable y torturadora. Colocan cinco, diez ladrillos en pequeños capazos y los apartan a un lado. Se descubre un pie, un hombro o una manita infantil. Llorando a lá-

grima viva, las madres esperan hasta que queda libre todo el cuerpecito; a veces, empujando a los que tienen a su alrededor, se arrojan al montón de cascotes y ellas mismas, como locas, arrancan con las uñas los pequeños cadáveres cubiertos de polvo de cal.

En las casas que se han salvado, si se puede decir que se han salvado, la gente sin salir de su pasmo, permanece de pie o vaga entre las paredes resquebrajadas, los cristales rotos, los muebles salpicados de sangre, sin saber adónde ir ni qué hacer. Son los indigentes, es la pobretería de Madrid, son las míseras familias de los obreros de la construcción, los artesanos...

Una mujer entrada en años, ama de casa, cuenta: a su vieja madre, muy enferma, le dolía el pecho. La mujer la desnudó y comenzó a pintar con yodo el pecho de su madre; en aquel momento cayó la bomba. Todo se desplomó, se hundió. La madre ha quedado gravemente herida, acaban de trasladarla al hospital.

Al otro lado de la calle, hay una entrada del metro. Abajo, en el andén, en las vías, un enorme campamento de refugiados, de desgraciadas personas que se han quedado sin casa. Unos se han situado directamente sobre el asfalto o hasta entre los raíles, sobre la grava. En la penumbra del túnel lloran y juegan los niños. Se duermen ahí mismo, sobre montones de trapos sucios. Cuando llega el metro (ésta es una estación terminal) es necesario pasarse largo rato haciendo marchar de los rieles a la gente, para no aplastar a nadie. Después de cada bombardeo, las estaciones del metro quedan invadidas por una muchedumbre semejante, de gente sin techo. La Junta de Defensa intenta evitarlo, pero no puede hacer nada. Es preciso tener bastantes refugios antiaéreos. Madrid no los tiene. ¡Ay de las ciudades que no preparen refugios contra el enemigo del aire!

En la segunda mitad del día, las tropas del flanco derecho de la defensa han abandonado Boadilla del Monte. Los fascistas han intentado proseguir el ataque a lo largo del río Guadarrama, pero han sido contenidos por las Brigadas XI y XII. Habiendo recibido unas pequeñas reservas de la columna de Perea, los internacionales querían echar al enemigo con un contraataque, pero se han demorado excesivamente en la preparación. El enemigo está fatigado y también se ha detenido. Los fascistas han comenzado a fortificarse y a abrir trincheras. Poco a poco se ha calmado.

20 de diciembre

En ningún periódico madrileño ni del resto de España ha aparecido hasta ahora una sola línea dedicada a Vicente Rojo. Los reporteros llegan al virtuosismo en las descripciones y en la caracterización de jefes y comisarios, de intendentes e inspectores de sanidad, publican enormes retratos de las cantantes y bailarinas que actúan en los hospitales, pero del hombre que, de hecho, dirige toda la defensa de Madrid, no dicen ni media palabra.

Me figuro que no se debe ello a enemistad o antipatía, sino, simplemente, a que «no se les ha ocurrido». Aquí, a veces, no se ocurren las cosas más claras.

Es difícil no darse cuenta de Rojo. Sin exagerar puede afirmarse que se le puede ver y es asequible durante las veinticuatro horas del día en el Estado Mayor de la Defensa, se pasa las veinticuatro horas del día vistiendo su guerrera con dos estrellitas y la insignia republicana sin levantar la espalda ante la mesa con mapas, dibujando croquis y haciendo señales con el lápiz de color, escribiendo notas de servicio, hablando con centenares de personas, hablando siempre sosegadamente, a media voz, tosiendo por tener resfriada la garganta, examinando a su interlocutor con ojos atentos, tranquilos.

Como jefe del Estado Mayor de la Defensa de Madrid, el teniente coronel Rojo mantiene en sus manos todos los hilos de la compleja telaraña de unidades, grupos, baterías, barricadas aisladas, equipos de zapadores y escuadrillas de aviación. Sin descansar, sin dormir, sigue atentamente cada movimiento del enemigo en cada uno de los centenares de sectores en que está dividida y diseminada la línea de combate, y en seguida reacciona, en seguida elabora una solución concreta y la propone al mando.

Es un oficial de carrera, un militar profesional, pero no de los privilegiados, sino de los hijastros.

En la última hora de la noche, liando un cigarrillo, de tabaco canario, sonriendo no sin amargura, Rojo explica:

—En nuestra familia no ha habido nunca ni oficiales ni tradiciones militares. Sólo mi padre fue sargento. Éramos muy pobres, sobre todo después de la muerte de mi padre. A usted le parecerá extraño,

pero mi profesión militar la debo a la muerte de mi madre. Gracias a esto, sí, gracias a esto, fui incluido en la categoría de huérfanos militares y entré en un orfelinato militar, de donde, como alumno sobresaliente, pasé al cuerpo de cadetes del Alcázar de Toledo... Como todos los oficiales españoles, serví en Marruecos. Primero, en una unidad de choque; luego, en una unidad colonial, en Ceuta. Pero a mí me atraían las cuestiones teóricas del arte militar. Hice todo cuanto de mí dependía para volver al Alcázar como profesor del cuerpo de cadetes. Ahí he dado clases durante diez años. He enseñado estrategia, táctica, historia del arte militar. Yo mismo he escrito no poco sobre estas cuestiones y he creado una revista bibliográfica militar, que se ha publicado hasta producirse la sublevación.

Rojo habla de sus temas predilectos de táctica militar: las campañas napoleónicas en España y, sobre todo, las guerras del Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba, el famoso caudillo del siglo xv, quien creó por primera vez algo por el estilo de un ejército regular poco antes del Renacimiento. La sublevación fascista sorprendió a Vicente Rojo sumido en la preparación de un trabajo histórico acerca de la táctica del Gran Capitán.

Han transcurrido pocos días: los discípulos de Rojo, pertenecientes a la nobleza, se sublevaron con las armas en la mano contra la República, uniéndose a la sedición de los generales en Tetuán y Sevilla. Su modesto profesor republicano, por el contrario, en seguida se puso a disposición del gobierno.

Conociendo la popularidad de que gozaba Rojo entre los cadetes y el respeto que éstos sentían por su profesor, el Ministerio de la Guerra lo mandó al Alcázar como parlamentario. Naturalmente, la tentativa no condujo a ningún resultado positivo. Los cadetes del Alcázar estaban dispuestos a entusiasmarse con el talento del Gran Capitán, pero no se disponían ni mucho menos, como él, a atacar junto con los franceses, Nápoles, sino que, por el contrario, anhelaban entrar con los italianos en su Madrid español.

Rojo se puso al frente de una columna de milicianos formada por sencillos obreros madrileños, sin instrucción militar alguna, más fieles a su patria que los hijitos de los militares. Fue el jefe del sector de Somosierra y resistió allí la presión del grupo septentrional de los facciosos. Mandó una columna cuando la contraofensiva republicana en Seseña. Luego fue ayudante del jefe del Estado Mayor Central y al formarse la Junta de Defensa de Madrid, se puso al frente de su Estado Mayor.

—Aquí tenemos nosotros muy pocos especialistas en cuestiones militares. Éstos en su mayor parte figuran en el campo de los sublevados. Pero los que están aquí, conmigo, trabajan, cada uno de ellos, por cinco. Lo más importante es que nuestra labor cada día se va haciendo más fácil. A nuestros ojos crecen y ganan en calificación los Estados Mayores de las unidades inferiores, se forjan y estudian espléndidos jefes de las unidades militares grandes y pequeñas. Este mes ha sido para ellos una escuela extraordinaria. La han cursado de día en las posiciones y de noche en esta habitación, a mi lado. Me enorgullezco de mis nuevos discípulos. Y, he de reconocerlo, también yo he aprendido mucho de ellos. Sobre todo tenacidad, empuje, decisión.

No es fácil asimilarse tan rápidamente la sabiduría militar. El Gran Capitán gastó en ello muchos años, necesitó dos guerras para organizar, por primera vez, la acción conjunta de infantería, caballería y artillería. Nuestros «pequeños capitanes» de milicias han de aprender a hacerlo en unas cuantas semanas. Además, han de preocuparse también de la aviación y de los tanques, de los cuales Gonzalo de Córdoba estaba libre. Reconozco que el curso de enseñanza es pesadito. Pero tengo confianza en su éxito. Confío en que los jefes procedentes de las fábricas madrileñas vencerán a los jefes del Alcázar. Por lo que a mí me toca, consagro a ello todos mis esfuerzos.

—¿Y su trabajo histórico?

—Mejor es que no lo pregunte. Los fascistas han saqueado con saña mi casa. Se ha perdido todo: la rica biblioteca histórico-militar, los mapas, los manuscritos, los documentos, todos mis objetos, los de mi mujer, los de mis hijos. Este impermeable de percha es todo cuanto poseo. Me advirtieron, me propusieron evacuarlo todo, pero resultaba violento distraer a los combatientes para trasladar mis bienes personales...

En el Estado Mayor hace frío, pero Rojo con su cazadora y su bufanda hace como si no lo notara. Desde una gran hornacina nos está contemplando, severo y orgulloso, un caballero de bronce con lujosa armadura. En el pedestal tiene grabada con vieja letra cursiva: *El Gran Capitán*. Al lado, sobre un banco, duermen hombres fatigados con ropas de obrero en las que se han cosido a toda prisa signos distintivos de oficiales.

Se dice de Vicente Rojo que es demasiado reservado, que habla poco sobre temas políticos, que guarda silencio acerca de los problemas más candentes, que, quizá, algo calla para sí. Dan ganas de pen-

sar que esto no es cierto. Por ahora la defensa de Madrid es, en grandísima parte, mérito suyo. Esto pesa más que las ampulosas y a menudo vacuas declaraciones de los revolucionarios de nuevo cuño procedentes del generalato cortesano.

Rojo enseña a la gente, forja oficiales del pueblo. De los pequeños capitanes obreros surgen y surgirán grandes capitanes. Se escribirán nuevos libros sobre el nuevo arte militar del pueblo español en su lucha por la libertad. Los escribirá Vicente Rojo. También escribirán acerca de él.

21 de diciembre

Ahora raras veces estoy en la ciudad ni suelo pasar la noche en ella. Toda la actividad de combate se ha estabilizado en las afueras, en las fortificaciones y trincheras. Miguel Martínez está ocupado en probar a la gente en los sectores de lucha, en descubrir cuadros firmes de dirección política para redistribuirlos de manera más racional.

Las trincheras forman una larga y tortuosa línea; en algunos lugares entran en los barrios urbanos y se convierten en una línea de barricadas, de edificios y calles fortificados; vuelven a salir al exterior y así, en varias decenas de kilómetros, forman como una alargada herradura en torno a Madrid, con los extremos apoyados en la barrera montañosa septentrional: Guadarrama y Somosierra.

Las trincheras están ahora bien construidas, con una profundidad de metro ochenta centímetros hasta dos metros y una anchura de metro a metro y medio. En casi todos los sectores cuentan con parapetos, troneras para los fusiles y nidos de ametralladoras sólidamente cubiertos.

En algún que otro lugar han puesto en las trincheras algo así como un tillado con tablas de caja y con escombros secos. En los demás sitios, el fondo de las trincheras es de tierra húmeda, arcillosa. Esto hace que en los días lluviosos, debido al ir y venir constantes, se forme en ellas mucho lodo.

A cada ocho o diez pasos, en la pared exterior de la trinchera se han abierto cavidades de diferente tamaño. Sirven para conservar las municiones, los objetos, la ropa, y, a la vez, son un refugio sólido para el descanso y el sueño.

Se nota que los hombres se han acomodado ya en las trincheras, en las que hasta se ven bastantes trastos. El pie pisa ora un trozo de pan, ora un gorro roto, ora un libro o, lo que es peor, un cargador completamente lleno de cartuchos o, incluso, una redonda granada de mano hundida en el barro. La granada no presenta ninguna huella de desgaste, es completamente nueva, de acero negro pulido, con estrías, una «naranja». Estas granadas, dicho sea de paso, son muy buenas, sobre todo para la defensa. Son fáciles de arrojar, siempre estallan y poseen gran fuerza destructora. Aquí, granadas de mano del tipo de botella con mango de madera, son más útiles para el ataque.

La cuarta línea de trincheras, la tercera y la segunda están unidas a la primera con zanjas de comunicación, de sesenta a ochenta centímetros de profundidad.

La poca profundidad de las zanjas de comunicación hace que los combatientes sufran a menudo heridas, y ello no porque dicha profundidad sea poca, sino porque a los soldados les da pereza (o les resulta violento ante otro) caminar largo rato encorvados o a rastras. Se pasean por tales zanjas cubiertos sólo hasta la cintura y no pocas veces caen bajo la certera bala de un moro. He visto a muchos heridos; casi el setenta por ciento de los de estos últimos tiempos lo están en la cabeza, en la parte superior del cuerpo.

Los fascistas se encuentran muy cerca, a unos trescientos metros, a doscientos y, en algunos puntos, a cincuenta. Se ven claramente sus movimientos en las líneas avanzadas, sus automóviles y hogueras en el plano posterior. A veces, en las horas de calma, se oyen las melancólicas canciones de los moros.

La línea de defensa está batida. ¿Cómo reacciona a ello el soldado? Hoy el cielo está cubierto de nubes y, por consiguiente, es un día sin aviación. Son las diez de la mañana. En el sector en que me encuentro, procuramos contar a grosso modo, junto con los combatientes, la frecuencia de los disparos. En diez minutos, el enemigo nos manda cinco obuses de artillería (de los cinco han estallado cuatro), cuatro minas de mortero, treinta y dos ráfagas de ametralladora, de seis disparos por término medio, quince salvas de fusil (de cuatro o cinco fusiles) y, finalmente, unos doscientos ochenta disparos de fusil ora como fuego graneado ora como disparos sueltos. Durante este mismo tiempo, ha habido minuto y medio casi de silencio absoluto.

¿Qué tipo de fuego es el que más impresiona?

En general, los combatientes de Madrid están acostumbrados a todos los tipos de fuego, están fogueados. A las ametralladoras no las temen, ante los obuses de artillería, adoptan una actitud casi filosófica. Pero una pieza tan simple como el mortero los inquieta mucho. El mortero dispara a trescientos metros con tiro por elevación, la mina cae verticalmente y si da en plena trinchera, causa de golpe muchos destrozos. Naturalmente, es muy raro que llegue a acertar de este modo. Pero en la lucha de posiciones hay tiempo suficiente para situar los morteros y afinar la puntería.

El fuego de la aviación, sus bombas, ha sido hasta ahora el más pavoroso. Pero también en este sentido es mucho lo que ha cambiado la psicología del combatiente. Éste ha comprendido no sólo todas las posibilidades, sino, además, todas las imposibilidades de la lucha aérea. Deja de correr de un lugar a otro al aparecer la aviación. Al contrario, se queda en un sitio, se echa y mira hacia arriba. Ahora comprende que sólo si la bomba le cae directamente encima puede matarle. Fuera de este caso, estando echado, es posible quedar ileso incluso a veinte metros de la explosión, pues los cascotes de metralla vuelan en forma de embudo abierto hacia arriba. Ni uno solo de los últimos bombardeos de los Junkers ha desmoralizado y ha descompuesto a las unidades republicanas. Tampoco les ha causado sensibles pérdidas.

En la conciencia del combatiente del Ejército Popular que se encuentra bajo el fuego del enemigo, se está produciendo (aún no se ha producido de manera definitiva) un cambio radical. De lo que he denominado heroísmo del pánico —la idea fija sobre la muerte y la fatigosa disposición a perder la vida— de ese estado de tensión, pasa a la mentalidad de soldado, adquiere gran sangre fría y aguante, pericia para adaptarse a la situación y al terreno. Este proceso cada vez es más intenso; naturalmente, aún no se ha efectuado por completo: es demasiado poco el tiempo transcurrido.

22 de diciembre

Su propio fuego lo efectúan ahora los republicanos de otro modo. En las trincheras frente a Madrid los soldados han comenzado a comprender que lo de menos valor en el disparo es su ruido y lo más valioso —lo único valioso— es que dé en el blanco. Se diría que ésta es una verdad para niños de pocos años. Pero también la guerra pasa por su edad infantil. Aún hace dos meses, tanto entre los republicanos como entre los facciosos, era muy corriente, como aquí se dice, «el ataque de fuego». No con ayuda del fuego, sino precisamente de fuego. Consistía este ataque en que un grupo de tropas se surtía de un millón de cartuchos y obuses y comenzaba a disparar sin descanso. Cuando se había disparado el último obús y el último cartucho, si el enemigo no huía, el ataque se consideraba terminado y fallido. Ahora de esto ya se ríen, ¡pero antes se hacía en serio!

Ahora las unidades republicanas ahorran los cartuchos y procuran no disparar. De la masa general comienzan a destacarse tiradores de primera aislados y secciones enteras de tiradores modelo. Las ametralladoras no se colocan a la buena de dios, sino teniendo en cuenta la situación, o baten con ellas los lugares de paso más cómodos del enemigo. Lo mismo ocurre con la artillería: después de haber adquirido experiencia en el tiro desde posiciones cubiertas, ésta ha aprendido a disparar también desde las líneas avanzadas, con tiro directo, con fuego de daga contra los objetivos móviles, contra los tanques. Los artilleros se aficionan a su trabajo, cuidan de sus cañones. En nuestro sector, durante un ataque, los fascistas descubrieron un cañón y lanzaron sobre él granadas de mano. Pero el capitán de artillería, gravemente herido en la cabeza, permaneció en su puesto hasta que el cañón estuvo en completa seguridad.

También los republicanos disparan con mucho enardecimiento sus morteros y lanzagranadas. Al principio estos «cañones de trinchera» eran tenidos en poco aprecio, pero ahora actúan en toda la línea de defensa de Madrid.

El combatiente de las tropas republicanas ha adquirido, ahora, otro aspecto. Ya no es el guerrillero de facha inverosímil con una pluma de pavo real en el gorro o un sombrero mexicano, con el máuser

en un costado y una vieja espada de Toledo en el otro. El invierno y, sobre todo, el grave giro que ha tomado la guerra, ha disciplinado a soldados y a jefes. Unos y otros visten, si no por completo de uniforme, por lo menos de la misma manera: cazadora de paño, pantalones también de paño ajustados en las botas y gorro, sea de paño, de cuero o de piel, con orejeras, como los de nuestros esquiadores (los vascos siguen con sus boinas).

Y, naturalmente, la manta. El soldado español no se separa de su manta, la lleva a todas partes consigo. Esto a nosotros puede parecernos cómico, pero el hecho es que aquí casi desconocen los capotes. Los oficiales llevan capa, que es, en realidad, la misma manta con un orificio para la cabeza, con cremallera y largos extremos que cuelgan libremente. El soldado usa la manta en todos los casos de la vida. Duerme y monta la guardia envuelto en ella, con la manta se resguarda de la lluvia, en ella envuelve sus bártulos y sus reservas de comida. Se tienden sobre ella durante el tiroteo. Al herido o al muerto también lo llevan envuelto en la manta o sobre ella.

Desde luego, cada pueblo y hasta cada individuo tiene sus usos y costumbres. Pero, de todos modos, la vida de los soldados en las trincheras nivela a las naciones. El soldado español, lo mismo que el inglés y el turco, se aburre en la trinchera, a la vez que le toma afecto, como a su casa. Después de la humedad y de la lluvia, se tiende a calentarse al sol en la elevación, aunque esto puede costarle la vida. Está sujeto a cambios de humor, que se reflejan en su capacidad combativa. Los muchachos de la trinchera en que he pasado el día de hoy, ayer por la tarde se aproximaron a las posiciones del enemigo y les echaron octavillas en una longitud de unos cien metros. Obvia decir lo mucho que se arriesgaron. Y por la mañana, estos mismos mozos se han puesto muy nerviosos cuando los fascistas han comenzado a batir con tiro ajustado la trinchera vecina. Aquí, el soldado, como en todas partes, se siente más seguro en las posiciones y más desconcertado en la lucha de maniobra en pleno campo. En el combate de maniobra, al instante, como de un salto, se eleva el papel del jefe experimentado, y, como es natural, la oficialidad preparada al frente de los marroquíes y soldados de la legión extranjera, ejercitados en la táctica de campaña, ha obligado a hacer un gran esfuerzo a las inexperimentadas columnas de obreros de la ciudad mandados por jefes también obreros y con poca experiencia.

No hace falta decir cuán importante es el trabajo de la sección política para el ánimo combativo del soldado. En el frente de Madrid, en este sentido, se han obtenido grandes éxitos. Cierto, aún no es lo que haría falta. En las trincheras hay más instructores políticos y culturales de los necesarios. Pero aún hay pocos auténticos comisarios de guerra. Por otra parte, el jefe de la unidad con mucha frecuencia utiliza al comisario y al delegado político como procuradores y agentes en los distintos organismos de abastecimiento y esto los separa de los combatientes.

Miguel Martínez se ha ocupado muchísimo de los comisarios, introducido la práctica de los informes políticos que proporcionen al mando y a la alta dirección política una idea clara de la capacidad combativa y del estado político-moral de las unidades, a la vez que disciplinen a los propios autores de los partes. Pero ha chocado con grandes dificultades. Los informes políticos o bien se convertían en relaciones formularias sobre el estado plenamente satisfactorio y la alta moral de las tropas, repitiendo el contenido de los partes del mando, o, por el contrario, reflejaban sin sentido crítico el pánico y la impotencia de las unidades y los jefes. Era muy difícil evitar que los autores de los informes políticos incurrieran en exageraciones.

He aquí el informe político de Virgilio Llanos, comisario de las unidades de Brunete, correspondiente al 26 de octubre:

«Bajas: heridos, 1; enfermos, 8. Moral de las unidades: excelente, con enormes deseos de atacar. Armamento: fusiles, 5 026; ametralladoras, 32; ametralladoras portátiles, 4; cañones, 9. Situación: la misma. Acciones de la jornada: movimiento demostrativo hacia Navalcarnero. Al fuego de ametralladora del enemigo, nuestras unidades han contestado enérgicamente. Aviación: a las 17 horas nos han atacado los aviones del enemigo. Deserciones: un sargento, 4 cabos y 31 guardias nacionales, que cubrían el cruce de caminos junto a Chapinería, han desaparecido con armas y municiones.»

He aquí sus mismas palabras del día 2 de noviembre:

«Bajas: no hay. Moral de las unidades: muy mala, como regla general. Es imposible señalar excepciones. Faltan las unidades que ayer huyeron. Las causas de su pánico radican en la falta de municiones, prometidas la víspera. Situación: en este momento, en Boadilla del Monte. Hoy es posible la retirada hacia Majadahonda.»

Virgilio Llanos es un comisario muy bueno e inteligente (socialista). Los dos informes reflejan la inexperiencia y el desconcierto en los primeros días de su trabajo, durante la retirada general ante Madrid.

Sabemos que Boadilla no fue abandonado ni el 2 de noviembre ni el 3, aún se mantuvo dos meses.

He aquí un informe engañoso del comisario Pedro Alcorcón, correspondiente al 5 de noviembre:

«Bajas: 11 enfermos. Moral: excelente, afectada sólo por la fatiga de los combatientes, que piden el descanso, prometido desde hace mucho tiempo. Situación de las unidades: la misma que ayer. Instrucción cultural: se han dado a conocer los decretos del gobierno y el contenido de los periódicos. Acontecimientos: no ha habido.»

En realidad, la unidad había abandonado las posiciones que ocupaba y la mitad se había dispersado. El comisario fue destituido, entregado a los tribunales, pero... desapareció sin dejar huella.

He aquí un informe político del propio Miguel, desde la carretera de Extremadura, correspondiente al 2 de noviembre:

«El destacamento que contraatacaba ha sido sorprendido por la aviación enemiga. Los combatientes se han dispersado rápidamente y se han echado al suelo, gracias a lo cual han logrado evitar pérdidas. Insuficiencias del contraataque: 1. Lo hemos iniciado con un retraso de una hora; 2. El movimiento de las secciones ha sido increíblemente lento, sobre todo teniendo en cuenta que los tanques nos limpiaban el camino; 3. Las secciones, en el ataque, se disgregan en exceso. Es necesario avanzar en grupos más compactos y muchísimo más aprisa. Los jefes no han de perder de vista a sus hombres, sobre todo los jefes de las secciones y de las compañías. Es necesario destacar pequeños grupos de vanguardia para el primer contacto con el enemigo, de otro modo nos detenemos en el campo bajo el fuego enemigo sin haber llegado a sus posiciones; así se pierden toda la utilidad y todo el sentido del ataque; 4. La unidad ha de dispersarse únicamente en el momento del bombardeo aéreo, pero en todos los otros casos ha de mantenerse más compacta, formando grupos y no individuos aislados; ha de aprovechar las rugosidades del terreno para el avance; 5. Está vergonzosamente organizada la alimentación de los combatientes, mejor dicho: no está organizada; el ataque se ha demorado en espera del desayuno, que no ha llegado, los combatientes han atacado en ayunas. Sólo hacia las dos de la tarde nos han traído un poco de pan, tomates y vino. Para los jefes y comisarios había sardinas, pero las hemos desmenuzado en el puchero con pan y cebolla. Los jefes pueden contar con una mejora de rancho sólo en caso de que la unidad se nutra decentemente; 6. Es necesario examinar y criticar con mayor audacia los errores, éste es uno de los caminos que conducen a la victoria; 7. Los periódicos han llegado tarde, cuando ninguno de los combatientes tenía ya deseos ni fuerza para leerlos. El coche de la prensa tarda en llegar aquí, desde el centro de la ciudad, quince minutos; ¿quién lo retiene? En el comisariado ha de haber una persona responsable exclusivamente del envío de la prensa a los sectores del frente, ha de entregarla bajo firma con indicación de la hora de entrega.»

En noviembre y diciembre los informes se hacen mucho más serios y prácticos. He aquí el informe de uno de los comisarios, correspondiente al 12 de diciembre:

«Bajas: 1 muerto, 1 herido. Ayer por la noche nuestra unidad atacó y tomó unas trincheras enemigas, de unos 200 metros de longitud. Antes del amanecer, el terreno conquistado ha sido fortificado para poder rechazar los contraataques; se ha establecido un nido de ametralladoras. El ataque se llevó a cabo sin efectuar un solo disparo hasta llegar cerca de las trincheras, ha sido una prueba de entusiasmo y valentía. En el combate se ha distinguido el sargento de infantería Bartolomé Tur, quien ha sido presentado para el ascenso a teniente. Al enemigo se le han cogido municiones, mantas, palas y demás material de zapadores. El feliz resultado del golpe de mano de esta noche ha mejorado sensiblemente el estado de ánimo de combatientes y jefes.»

En un sector han establecido un gran aparato, han organizado cursillos de formación cultural, escuelas para acabar con el analfabetismo, cine. En los reductos hay pupitres escolares, globos, pizarras de clase. A mí me parece que esto es excesivo. Estas cosas han de hacerse más lejos, en la retaguardia. La brigada, con toda esta organización, ha echado demasiadas raíces en su sector, con todos esos bienes, irá de mala gana al relevo o cederá de mala gana lo que tiene a otra unidad. Lo peor es que se le ocurra llevárselo todo consigo. El que los combatientes o una unidad militar se recargue de objetos en período de guerra es un mal bastante sensible. Emilio Jiménez, soldado, campesino de Extremadura, tiene aquí, en la trinchera, una guitarra, otra guitarra rota, dos almohadas, un retrato de Kropotkin con un marco dorado de madera, un hermoso caballo de madera (para su hijo), un despertador, un sombrero de paja, dos enormes vasos de shrapnels, un saco de semillas y una vieja espada de Toledo con un escudo en la empuñadura. La espada me la ha regalado.

23 de diciembre

¿Y qué harás, después de la guerra?

Esta pregunta hace poner en guardia a quien se formula y luego le hace reflexionar profundamente.

No, son muy pocos, en nuestra trinchera, quienes después de la guerra deseen seguir siendo militares. Sólo desean vencer a los fascistas, echar a los alemanes y a los italianos. Después, Juan Fernández quiere de nuevo ser empleado de aduanas en San Sebastián, Valentino López, abrir otra vez su quiosco de periódicos en Valencia, y Emilio Jiménez, labrar de nuevo su seca y avara tierra de Extremadura. Desde luego, todos hacen una enmienda: esta guerra ha de cambiar la vida, si no por completo, por los menos en mucho. Arrojar para siempre a los estraperlistas, a los reaccionarios de la administración de aduanas; en Valencia no habrá más grandes especuladores y fascistas, y el soberbio hidalgo no volverá a hacer burla de Emilio Jiménez. En cuanto al joven Paco Domingo, en vez de respuesta a mi pregunta, sus amigos le levantan sin ceremonias el gorro de miliciano que le cubre la cabeza. Sobre su occipucio, se riza levemente una coleta de torero. Paco la lleva algo cortada, para que no asome al exterior, pero no cortada por completo. Si es necesario, en dos semanas tendrá ya una auténtica coleta. ¡Si es necesario! Claro que es necesario. Los facciosos han truncado los éxitos de Paco Domingo en el momento de mayor empuje. Paco Domingo ha mandado ya al otro mundo, de manera muy interesante, cincuenta toros. De él empezaban a hablar lisonjeramente los más severos críticos de la tauromaquia, Paco conserva aquí mismo, en las trincheras, un cuaderno con recortes de periódico. Se esfuerza para convencerme de que al día siguiente de haberse terminado la guerra, es indispensable nacionalizar todos los criaderos españoles de toros de lidia. Y luego, ¿no sería posible organizar una gira de toreros en Rusia? En España la temporada de las corridas termina en octubre; pues bien, en invierno se podría organizar algo en Moscú... Me imagino a Domingo calzando botas de fieltro y clavando banderillas al mejor toro de raza del trust ganadero sobre la pista helada del estadio Dinamo y me horripilo.

¿Vale la pena desilusionar a un joven tan decidido como Paco, resquebrajar sus bien ajustados planes? No, no vale la pena.

Pero al lado de estos hombres que han empuñado el fusil sólo temporalmente para rechazar la invasión fascista, en las trincheras de Madrid se forjan también nuevos militares profesionales, núcleo del ejército regular republicano. El albañil Ángel Blanco combatió excelentemente en la Ciudad Universitaria. Bajo una lluvia de balas sacó del campo de batalla el cuerpo de un alemán antifascista muerto por los facciosos, no quiso que el enemigo lo profanara. Ahora aquí ya es sargento, conduce a los soldados a todos los golpes de mano y a todos los ataques, ha sido herido, pronto le enviarán a la escuela militar, y lo único a que ahora aspira es a obtener formación militar, hacerse militar profesional. El capitán Ariza tiene un aspecto muy marcial, un rostro enérgico, voluntarioso bajo el casco de acero, posee dotes de mando y goza de mucha autoridad entre sus combatientes. Sin embargo, ni siquiera olió el viejo ejército español. Hace cinco meses se dedicaba pacíficamente a su profesión de maestro en una aldea asturiana; de las guerras se había ocupado sólo por el manual de historia. Ahora es un auténtico oficial, sueña con la academia, pero no pedagógica, sino militar.

—Tanto más cuanto que mi carrera de maestro está cortada de raíz: tengo a mis órdenes, como miliciano, al director general de Primera Enseñanza, y nos hemos tirado los trastos a la cabeza.

El director está presente, zurciéndose con cara hosca unos calcetines, y confirma:

—¡Que caiga en mis manos luego, en el ministerio, me las va a pagar todas!

24 de diciembre

«Durante tres días seguidos se ha mantenido desencadenada la tempestad. Nos ha sacudido de tal modo, que era imposible escribir. Nuestra fragata, *El águila del Norte*, se encuentra más allá de Gibraltar. Sin timón, con las velas en parte desgarradas, es arrastrada por la corriente en dirección suroeste. ¿Contra qué nos lanzará, qué será de nosotros? Es de noche. El viento se ha calmado, las olas van menguan-

do. Estoy sentado en el camarote y escribo. Lo que tenga tiempo de escribir acerca de lo visto y experimentado, lo meteré en una botella y la arrojaré lacrada al mar. Y a vosotros, quienes la encontréis, os suplico que la mandéis a la dirección indicada. ¡Dios todopoderoso! ¡Ilumina mi memoria y mi entendimiento, alivia al alma doliente, lacerada por las dudas! Soy el marino Pavel Evstafevich Kontsov, oficial de la flota de Su Majestad la Emperatriz de todas las Rusias, Catalina II; hace cinco años, quiso Dios que me hiciera digno de una distinción especial en el combate del famoso Chesma... Y a mí, tan humilde, me fue dado entonces, en la oscuridad, desde los barcos de Yanuari, arrojar personalmente al enemigo la primera bomba incendiaria. La bomba, que cayó en el pañol de la pólvora, hizo estallar y volar por los aires la nave almirante turca, y con los brulotes, que llegaron a toda prisa, se incendió toda la flota enemiga...»

Tengo abierto sobre las rodillas un libro de cubierta azul, de tupidas hojas algo amarillentas; es el segundo tomo de las obras de Grigori Petróvich Danilevski, *La princesa Tarakanova*, sexta edición, con retrato del autor, impresa en San Petersburgo, en la isla de Vasiliev, tipografía de Stasiulevich. Junto al libro, sobre un adoquín de piedra arrancado de la calle, una pastilla de chocolate Suchard, un chisquero de cobre con su larga mecha amarilla, como una cola, un racimo de uvas envuelto en un trozo de *El Sol* y una curiosidad de ultramar, una cajetilla de cigarrillos *Kasbek*; en la tapa de la cajetilla, un montañés de buena planta galopa montado en un brioso caballo, y ante él se perfilan las azulinas sombras de las nevadas cumbres del Cáucaso, más altas, más pacíficas que las laderas blancas del Guadarrama que tenemos ante los ojos.

Hoy es fiesta; se trata de la Nochebuena. No, en esto no hay nada de eclesiástico. El sentido religioso de la fiesta se ha evaporado. Ha quedado la necesidad de descansar, de divertirse, de pasar una noche en calma y comiendo bien. Los combatientes desenvuelven los paquetes que han recibido de Cataluña, de Valencia; se reparten entre sí tocino, huevos duros, uvas. Y mi cajetilla de *Kasbek* varias veces ha sido visitada ya por los dedos oscuros y endurecidos de los soldados.

El libro de Grigori Danilevski me lo ha dado su hija, Alexandra Grigórievna, esposa del general Rodríguez. El espíritu romántico se transmitió a los descendientes del autor de *La princesa Tarakanova* y *Mirovich*. Alexandra Danilevskaia se puso a recorrer Europa, llegó a cruzar los Pirineos y aquí se enamoró de ella, de la hermosa de Járkov, un oficial español. Se casó, se quedó para toda la vida aquí, en un país extraño, desconocido, pero hizo un voto: educar a sus hijos por lo menos como medio rusos. Con paciencia y cariño inmensos, se ocupó de la instrucción de sus dos hijas, les enseñó a leer, a escribir, les enseñó luego literatura; creó en su casa una pequeña biblioteca rusa y recitaba a coro con sus hijas poesías rusas, ante la sorpresa y el bondadoso entusiasmo del bueno de Rodríguez. Rodríguez era, como suele decirse, un hombre de convicciones izquierdistas, adoraba a su familia, murió hace algunos años después de una larga enfermedad. La mamá Rodríguez, hermosa mujer de pelo canoso, se presentó un día en el Palace. Sus hijas Julia y Elena, por su aspecto, son verdaderas españolas. Se ofrecieron, con todas sus fuerzas y su saber, para ponerse al servicio de la amistad entre la Unión Soviética y su nueva patria. Era en el momento más crítico, el enemigo se acercaba a Madrid. Les hicieron sitio en el coche de los corresponsales de la *Komsomolskaia Pravda*, las evacuaron a Alicante. Después, empezaron a trabajar como traductoras en la representación comercial de la Unión Soviética. Su biblioteca, con *La princesa Tarakanova*, con las bilinas, con Tiútev, me ha sido una ayuda inestimable durante las largas horas de trinchera ante Madrid.

El mando ha dado a conocer la orden de Navidad. Felicita a los soldados, pero recomienda no debilitar la vigilancia durante la Nochebuena. Los fascistas han trasladado —¡cuántas veces!— la fecha de su entrada en la capital para el día del nacimiento de Cristo. El general Franco visitó ayer el sector de Boadilla del Monte. Puede esperarse cualquier sorpresa.

En las posiciones avanzadas se han duplicado los puestos de observación y de guardia. Ora en un sitio, ora en otro, resuena circunspecto un disparo, una ametralladora suelta una corta ráfaga. De todos modos, es agradable estar un poco de fiesta, es agradable permanecer sentado, como ahora, en la cavidad de la trinchera, sin hacer nada, sobre una manta extendida, fumando y golosineando. Alguien ha traído aún una barrita de queso excelente, de la que se cortan sabrosas y finas rodajitas, como de ámbar. Cada cinco o diez minutos se puede tomar un racimo de uvas o un trozo de queso, o de chocolate o echar un pitillo. El libro, sobre todo, resulta muy oportuno: «El bravo francés de buena estampa, moreno, jefe de una goleta, no tardó en hacer honor al nombre de la gran nación a que pertenece. Al reconocer en mí a un marino ruso, me miró, guardó unos momentos de si-

lencio y me preguntó: "¿No es usted Kontsov?" "¿Por qué se lo figura?", le pregunté alarmado. "¡Oh, yo desearía que lo fuera!", respondió. "Todos hemos sentido pena por el valiente Kontsov y hemos preguntado por él... Me sentiría feliz de poder servirle..."»

Las sombras de la noche descienden rápidamente sobre las posiciones, como ocurre en invierno, y en seguida cambian la situación. Se hunden en las tinieblas el esqueleto de un carro blindado que se incendió y cuatro cadáveres a su alrededor. Allí están hace ya quince días, entre las líneas, en la «tierra de nadie»; no es posible retirarlos de ese lugar, porque ambas partes lo mantienen bajo su fuego. Cuando se calman las ametralladoras, se acentúa la acción de la artillería. Las explosiones retumban ya atrás, en las calles de Madrid, ya súmamente próximas. Desde ambas líneas vuelan con frecuencia las bengalas luminosas, en prevención de un repentino golpe de mano. De pronto observamos en las filas enemigas una lucecita indicadora, intermitente, que sustituye a los señalizadores diurnos, con que se corrige el tiro tal como se hacía en tiempos pasados. La artillería republicana ya utiliza para esto el teléfono. Los soldados disparan contra la lucecita y ésta desaparece.

De súbito se produce un desesperado tiroteo de ametralladora y fusilería. No se sabe quién lo ha iniciado. Han traído a un herido que grita: «Dadme una nota del capitán para la enfermería; que no me corten la pierna, si no, ¡no voy!»

Poco a poco se restablece la calma.

Hacia las nueve, nos traen la cena. Ésta es la hora sacrosanta del reposo y de la tregua. En España, durante la hora de la comida y de la cena, no se combate. ¡Sobre todo en Nochebuena!

Las unidades republicanas comen mucho mejor que las de los facciosos, separadas de su retaguardia. Los milicianos tienen carne, arroz, sopa caliente. Los facciosos, día tras otro, judías en frío, tomates picados. Esto sirve de tema constante de conversación en ambos campos. Los milicianos, de buen humor por la buena cena, sacan un altavoz de hojalata fabricado por ellos mismos y empiezan a invitar a sus enemigos a tomar un bocado. Elogian el cordero asado, la sabrosa salsa y la mermelada de naranja. Del otro lado responden bastante pacíficamente: «¡Mentira!» La aviación gubernamental ha arrojado octavillas por toda la línea del frente invitando al enemigo a que acuda a celebrar la Nochebuena en las trincheras republicanas. A quienes se pasen a nuestras filas, se les promete una cena suculenta y cien

pesetas por el fusil. Cada vez es mayor el número de los que se pasan. Pero el alto mando ha advertido por medio de la orden que se mantenga una vigilancia especial por Nochebuena: los fascistas pueden presentarse a cenar sin invitación.

En un reducto cerrado, a la luz de un cabo de vela, tocan la guitarra. Benito Vargas, joven bracero de Andalucía, baila un fandango. Con enormes zapatos, baila un zapateado sobre las tablas de una caja de cartuchos, y con los dedos castañetea tan bien como si tuviera castañuelas. El zapateado de Benito hace oscilar la llama de la vela, pone en movimiento negras sombras; me acuerdo de otro fandango, en la plazoleta del parque de la Exposición de Sevilla: los blancos trajes de los turistas norteamericanos, el cobre sonoro de una banda de música, el gobernador militar, general Cabanellas, y su pegajosa mirada que no se desprendía de las largas piernas, con medias de seda de las bailarinas... Hace unos días, el viejo hipócrita declaró en Burgos que España durante doce años ha de consagrarse al ayuno y a la oración para lavar los pecados del Frente Popular. El único pecado del Frente Popular es no haber vigilado a tiempo a los generales Cabanellas y haberles dado ocasión de encender el fuego en la pacífica morada española. Pero no importa, aún veremos a España entre flores, cantos y danzas, con el júbilo impetuoso, apasionado, del pueblo triunfante. Conocemos un país que, en la lucha por su libertad, a veces parecía un desierto hambriento, y helado. La palabra «marasmo» se oía todos los días, se había hecho familiar. ¿Quién la recuerda ahora, en el país soviético?

La artillería no se tranquiliza, pero en las trincheras se echan a dormir. La unidad de guardia ocupó los puestos de vigilancia; los demás, se envuelven en sus mantas. Aquí puede uno ver con sus propios ojos hasta qué punto es capaz de dormir como un tronco un hombre cansado. «Aunque dispares con un cañón no lo despiertas.» Uno mismo se convence de ello echándose por un momento en la manta del capitán Ariza, que no duerme. Basta cerrar los ojos, y ya todo da lo mismo. Que disparen con cañones, con ametralladoras, con lo que se quiera y dónde se quiera, lo que importa es dormir y dormir.

25 de diciembre

Me despierta el frío, que pellizca con insistencia los pies, furtivamente y cada vez con más fuerza. El sol todavía no ha salido, pero ya viste de blanco el horizonte. Los restos del carro blindado y los cadáveres a su alrededor, otra vez aparecen en el primer plano. Ha estallado una granada y ha roto dos cajas de cebollas. Alguien mastica los grandes y dulces bulbos. Los otros aún duermen, extendidas las piernas, lanzando algún pequeño grito o sonriendo en sueños. Un miliciano va a buscar periódicos para la compañía, todos le hacen encargos para Madrid.

Pero ¿no estamos, por ventura, en Madrid? Detrás de nosotros, al otro lado de un solar, ya se levantan las casas del arrabal urbano, y más allá se ven los altos edificios de la Gran Vía. Desde allí, por nuestro lado, los raíles de tranvía cruzan la línea del frente y se pierden en el parque, en dirección a los facciosos, a Franco, a los marroquíes, a Hitler...

No, todo esto se percibe de otro modo.

Cuando pasas de la primera línea de trincheras a la segunda línea, ya te sientes en la retaguardia. La cuarta línea es un pacífico refugio. El puesto de mando, a unos ochocientos pasos, ya es un balneario. Y cuando, desde aquí, te plantas en una calle central donde por casualidad no haya casas derruidas, empiezas a dudar de que exista la guerra. Al contrario, los de Valencia, con sólo acercarse al este de Madrid, se sienten ya unos héroes y combatientes. Y también tienen razón, a su modo: en Madrid puede morirse de una bomba de aviación e incluso de un obús mientras se compran unos pitillos en un estanco.

El domingo pasado decidí darme el gustazo de vivir a lo grande y fui a pasear a la Puerta del Sol. La plaza estaba llena de gente, miles de parejas iban y venían tiernamente agarradas del brazo, los vendedores ambulantes ponderaban los objetos de más imperiosa necesidad para los defensores de la patria: plantillas, medias suelas, espejitos, encendedores, mechas y piedrecitas para los mismos, insignias de todos los partidos, fundas para pistolas, papel de cartas, insecticidas, pipas, peines, jabón, gorras de todas las formas y clases. Puse la bota sobre la caja de un limpiabotas, el muchacho comenzó a suavizar la reseca piel con untos grasientos, frotó con un viejo paño de terciopelo; me dio un leve golpecito en la puntera con el cepillo, invitándome a cambiar de pie, y una atronadora explosión nos ensordeció; la muchedumbre echó a correr; yo, hacia un lado; el limpiabotas, hacia otro; unos segundos más tarde se vio el lugar de la explosión: un obús de artillería había dado en un estanco y lo había hecho papilla; había arrojado al exterior su contenido: destrozados anaqueles vacíos, cristales rotos, el cadáver del vendedor; cinco minutos más tarde, la plaza se había sosegado, retiraron el cadáver; me puse a buscar al limpiabotas, lo encontré; nos miramos uno al otro con alegre reprobación; faltaba limpiar la segunda bota: el limpiabotas la humedeció con un líquido espiritoso, con un trozo de vieja guata quitó las capas de polvo; pasó un cepillo duro y con una astillita sacó de un pote trocitos de crema que fue poniendo en la bota; luego debía seguir el frotamiento con otro cepillo más suave y peludo; en ese momento estalló el segundo obús; otra vez carreras y empujones; exclamaciones de «¡no hay muertos!»; el obús cayó en la entrada del metro, la que estaba cerrada, por reparaciones, con una tabla; el público empezó a marcharse sin miedo, pero irritado: ¡no dejan pasear en un día de domingo!

Existe, de todos modos, cierta firme lógica interna en el hecho de que los combatientes se sienten fuera de Madrid. Ahí donde la bestia fascista roe los obstáculos que encuentra en su camino, ahí donde de noche y de día hablan los fusiles, ahí donde durante semanas enteras están dispersos bajo el fuego cadáveres sin recoger, ese lugar no es Madrid. Donde los niños van a la escuela, donde ondean banderas republicanas y obreras, donde los muchachos venden, gritando, periódicos por las calles y los parientes visitan a los heridos, ese lugar es Madrid.

Gastón Doré escucha cómo los combatientes escriben cartitas a Madrid. Y pregunta caviloso:

—¿Es hermosa esta ciudad que estamos defendiendo?

Gastón no tiene nadie en Madrid, no ha estado nunca allí. Es un panadero de París; tiene diecinueve años. Empezó a luchar contra los fascistas en los grandes bulevares. Cuando supo que los fascistas querían conquistar España, pidió la cuenta a su patrono y vino aquí. De la Brigada Internacional ha pasado a una unidad española. Con ella, sin entrar en Madrid, se ha metido en estas trincheras. Los fascistas de otra nación, pero del mismo pelaje que los fascistas parisi-

nos, pretenden entrar en la capital, exterminar a los trabajadores, a sus mujeres e hijos, ahogar todo lo vivo y libre. Gastón Doré no quiere permitirlo. Ha venido a defender Madrid, a cubrirlo con su joven cuerpo. Esta ciudad, a la que él nunca ha visto, se le ha hecho cara y entrañable. Como a todos aquellos para quienes resultan odiosas las fúnebres tinieblas fascistas. Como para todos nosotros.

28 de diciembre

Los combates en el flanco derecho de la defensa han demostrado que no puede diferirse ni un solo día más la reorganización de las tropas. El sistema de «columnas» —si esto puede ser denominado sistema— hace infructuosa toda operación, hasta la más simple. El ejemplo en que mejor puede verse la certeza de esta afirmación nos lo ofrece la columna Barceló, muchedumbre heterogénea, floja y pesada de unidades con una confusa dirección. Forman parte de la columna veintiún destacamentos, con un total de 4403 hombres. Dichos destacamentos son: batallón Educación, 120 hombres; guardia de asalto, 110 hombres; guardia republicana, 201 hombres; caballería a pie, 84; batallón Dimítrov, 419; compañía Madrid, 213; batallón Pestaña 617; batallón Castus, 300; columna de vascos, 320; compañía de aviación, 90; compañía del primer regimiento, 130; segunda compañía del primer regimiento, 94; batallón España, 350; batallón de acero, 280; sección de la juventud campesina, 40; destacamento Plumas 60; destacamento campesino, 180; segundo destacamento de la juventud campesina, 300; batallón de guerrilleros, 200; Águilas de la libertad, 120; compañía de acero, 100; Estado Mayor y servicios, 75.

La columna de Escobar cuenta con 25 destacamentos cuyos efectivos oscilan entre 11 y 548 hombres. La columna de Mena, 51 destacamentos, con efectivos que van desde los 34 hombres (batallón Colonia Popular) hasta los 1 185 (batallón Córdoba). También aquí hay águilas y halcones y leones rojos y caballería a pie e infantería motorizada. A mi pregunta de en qué viaja la infantería motorizada, me han contestado seriamente que en caballos. Y los hombres de caballería van andando.

Ahora las columnas se han reorganizado definitivamente en brigadas de efectivos iguales, aproximadamente según la plantilla que fue adoptada ya a finales de octubre por el Ministerio de la Guerra a base del proyecto del Quinto Regimiento.

El propio Quinto Regimiento se ha disuelto, tal ha sido la resolución del Comité Central del Partido Comunista. En su parte fundamental, pasa a la I Brigada mixta del ejército regular de la República. Con su resolución, el Partido Comunista desea ofrecer un ejemplo a otras organizaciones políticas que han creado y conservan sus formaciones de milicias.

En un bosquecillo, muy maltrecho por los obuses, cerca de Villaverde, a trescientos metros de la línea de fuego, se ha celebrado una pequeña ceremonia. El comisario del Quinto Regimiento, Carlos Contreras, ha pasado la bandera regimental a su nuevo dueño, a la Primera Brigada mixta del ejército. Ha contado la historia de la bandera. Hubo un tiempo en que ésta ondeó sobre las barricadas antifascistas de Roma y de Milán. El Partido Comunista italiano la conservó durante muchos años en la clandestinidad y no hace mucho la entregó a los combatientes españoles. Sesenta mil hombres se han unido de nuevo bajo esta bandera, que sirve otra vez de estímulo para la lucha contra la reacción y la opresión.

El ex jefe del Quinto Regimiento, ahora jefe de la I Brigada mixta, Enrique Líster, toma la bandera y la entrega a sus unidades.

—Muy pronto —dice—, desde las trincheras de la defensa de Madrid, esta bandera avanzará hacia adelante y tras ella irá nuestra brigada mixta. El Partido Comunista de España que ha creado el Quinto Regimiento, tendrá ahora como uno de sus méritos el haber participado como elemento rector en la creación del Ejército Popular de la República española.

Ha bastado sacar la cuestión de su punto muerto, ha bastado vencer la rutina, la resistencia a la innovación, y ahora todos con avidez y entusiasmo se preocupan de la reforma. Cada brigada se esfuerza por hacerse con su oficialidad permanente, lleva la cuenta de su armamento, se procura su intendencia y su transporte. Los jefes más experimentados y hábiles ponen de manifiesto en este caso su ingenio y su iniciativa. El primer puesto lo ocupa, desde luego, el astuto general Lukács. Ya se orienta a las mil maravillas en este ambiente que le era desconocido, se ha procurado activos agentes para los suministros, ha desplegado una actividad extraordinaria. La Brigada casi no sale de los combates, pero Lukács ha encontrado tiempo para organi-

zar un taller de reparación de armamento, una magnífica enfermería, una sastrería, una lavandería, una biblioteca y un parque automóvil de cuyas dimensiones se cuentan ya leyendas. De tiempo en tiempo, Rojo le llama; después de largas explicaciones, Lukács sale del despacho del jefe de Estado Mayor ligeramente agitado y protesta en voz alta, si bien con no mucha decisión:

—¡Nos desnudan, querido Mijaíl Efimovich! ¡Nos dejan sin un hilo! ¡Otra vez nos han retirado quince camiones y tres automóviles! Nos los toman para otras brigadas, para las que no se preocupan de sí mismas. Y a nosotros por preocuparnos de nosotros mismos, nos castigan. Qué le vamos a hacer, Lukács es un soldado español honrado, se subordina al mando único.

—Bueno, pero a vosotros alguna cosa os habrá quedado aún.

—Algo sí, pero no más, querido Mijail Efímovich. ¡Si supiera, querido amigo, lo que cuesta todo esto, cada camión, cada hornillo de petróleo, cuánto sudor, sangre, trabajo, ... enchufe!

Los ojos le brillan, maliciosos, a lo pícaro.

—Querido Mijaíl Efimovich, en el comisariado hay una barbaridad de coches, y mis delegados políticos no tienen en qué ir de una parte a otra. Hay un viejo Packard y un pequeño Ford, que allí no sirven para nada...

30 de diciembre

Ayer y hoy, los madrileños han intentado efectuar una operación ofensiva, tomar Brunete y Villanueva de la Cañada. Han actuado unidades de la ex columna Barceló y dos batallones de la Undécima Internacional. Se había decidido sorprender a los fascistas por la noche. Pero las unidades estuvieron errando por el bosque durante la noche entera, perdieron la orientación y sólo entraron en combate hacia las nueve de la mañana, bastante fatigadas. A pesar de todo, irrumpieron en Villanueva de la Cañada y se apoderaron casi de toda la aldea. Continuando el combate, habrían podido adueñarse también de Brunete. Pero no se sabe por qué motivo hoy se ha dado la orden de interrumpir la operación. Todas las unidades libres se trasladan en una dirección por completo distinta: a Guadalajara. Estoy

absolutamente convencido de que si la operación se hubiera prolongado un día o dos más, se habría podido tomar Brunete, sin muchas dificultades. Esta confusión se debe a una dualidad de poderes. El mando del frente central y el mando del frente de Madrid no pueden coordinar con precisión sus planes. De hecho el mando del frente central se ha convertido en una superestructura superflua sobre el del frente de Madrid. En los momentos difíciles y críticos, se queda al margen y deja que los madrileños salgan del apuro como puedan; en los períodos más tranquilos, el Estado Mayor del general Pozas hace sentir su autoridad. Lo más acertado sería, desde luego, refundir los dos Estados Mayores y de los dos generales dejar aquí uno solo. No faltaría trabajo para el otro, el mundo no se acaba en Madrid. Pero aquí aún toman en mucha consideración el humor y los resentimientos de los generales.

En realidad, ahora es posible atacar por Guadalajara. En esa parte los fascistas tienen completamente abierto el flanco izquierdo. Con una presión enérgica cabe llegar hasta la misma Sigüenza. Pero todo esto es muy poco económico, es necesario combatir en lugares apartados, en la montaña, hay el peligro de atascarse, y las unidades se necesitan junto a Madrid: según datos del servicio de exploración, Franco prepara una nueva operación ofensiva.

1 de enero de 1937

Festejamos la llegada del nuevo año con los «chatos». En torno a largas mesas se habían sentado los pilotos de los cazas; sus cabezas rubias al rape, sus caras redondas, sus ojos y dientes alegres, hacían irreconocible el sombrío comedor del monasterio franciscano. Llegué junto con Miaja y Rojo —los aviadores los han recibido con un atronador «viva», como nunca había resonado entre esas viejas paredes—. El general y el teniente coronel estaban visiblemente emocionados, sobre todo Vicente Rojo. ¡Él, siempre tan reservado, tan oficial, tan hombre de gabinete! Rojo conocía la aviación como elemento componente de sus cálculos, de sus órdenes y de sus planes operativos. Ante la mesa de trabajo, frente al mapa, con el parte en la mano, se alegraba de los éxitos de los cazas o se irritaba cuando éstos llega-

ban con retraso. En ese comedor, por primera vez se encontró frente a frente con los «chatos» vivos, con estos modestísimos héroes, que todo los días, tranquila y sencillamente exponen sus jóvenes vidas para salvar a los habitantes de Madrid de la negra muerte que llega por los aires. Rojo mira ávidamente los rostros juveniles, algo cohibidos, escucha las conversaciones y cantos en torno a la mesa, capta otras miradas que le observan interesadas y tranquilas... Al partir, dice con una animación poco habitual en él: «Estoy muy agradecido por esta velada.»

En nuevo año anterior, en Barvija,[18] bebimos champán del Don, nos paseamos en trineo sobre la nieve por el río Moskova, corrimos por el bosque. Del koljós, salieron a la carretera unas komsomoles. «Escuchad... la nieve cruje... un caminante; una doncella se le acerca volando, de puntillas, y su vocecita resuena más dulce que una tonada de caramillo: "¿Cómo se llama?" Él mira y responde: "Agafón"... En *Pravda* publiqué horóscopos burlescos de año nuevo. Prometí que el año 36 transcurriría bajo el signo del planeta Marte. Que los italianos, avergonzados por los reproches de la Liga de las Naciones, se retirarían, disculpándose, de Abisinia. Que en Alemania, bajo el signo de Escorpión, se retirarían definitivamente del consumo todos los productos alimenticios no arios: mantequilla, carne, granos y patatas. Que a Manchzhou-Go, Jebéi-Go y Beipin-Go, seguirían Chajar-Go, Shangai-Go. Que el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública, abandonaría por fin la constelación del Cáncer[19] y se ocuparía de organizar con acierto la enseñanza en las escuelas. Que serían un éxito las carreras: Sujumi-Odesa a caballo, Leningrado-Moscú sin chanclos y Orenburg-Poltava de puntillas. Que los camaradas Shmidt y Ushakov recorrerían en canoa la ruta marítima del norte y aprovecharían el viaje para acabar con el analfabetismo entre los osos. Señalaba con insistencia un nuevo planeta que no figura en los libros de los viejos astrólogos, la denominada Estrella Roja; indicaba que es una estrella feliz.

Me faltó imaginación y humor para predecir que la llegada del año nuevo siguiente la celebraría con conejo en conserva y cerveza en un monasterio franciscano en las montañas de Castilla, con los «chatos» a mano derecha y a mano izquierda y que los italianos iban a bombardear la Biblioteca Nacional de Madrid. ¡A ver quién es el guapo que elabora hoy un horóscopo para el año 37!...

Por orden verbal del jefe de la escuadrilla, se han adelantado disimuladamente las agujas del reloj del comedor en ocho o diez minutos. Se ha hecho para que los «chatos» se acuesten un poco antes. Mañana, como siempre, habrá combate aéreo.

2 de enero

El cielo del año 1937 se abre con toda su fastuosa y brillante hermosura. El cielo de Madrid es famoso; sorprendente por su transparencia, por su enorme luminosidad, ofrece una percepción casi corpórea, plástica, de su hondura. Se puede mirar este cielo como si fuera un tranquilo estanque de cristal, como si fuera una escena de teatro iluminada, distinguiendo los primeros y los segundos planos, los bastidores de nubes, la fina limpieza de los tonos y su lenta y majestuosa transformación. Loaron este cielo con himnos de colores Velázquez y Ribera, lo pintó de negro el enojado Goya, la Inquisición elevó hacia él rezos y maldiciones, la fetidez y el humo de la carne humana puesta en las hogueras. Luego quedó congelado por trescientos años, indiferente, inmóvil, inconmovible. Ahora lo odian. Si, en una calle de Madrid, alguien empieza a mirar al cielo, en seguida todo el mundo, en torno, se aprieta en los soportales, y los chóferes dan gas al motor.

Ahora lo mejor es que el espléndido cielo madrileño esté cubierto por la sucia lona de las nubes invernales. La turbia capa de microscópicas gotas de lluvia defiende las vidas humanas mejor que todos los refugios de hormigón armado y los sótanos, pues cuando llueve los fascistas no bombardean. Pero las nubes raras veces cubren este cielo, rutilante y mortífero. El hombre que haya pasado el invierno de 1936-1937 en Madrid, siempre verá dibujada mentalmente, hasta en las viejas telas de Velázquez y Ribera, la aviación de bombardeo y de caza.

Todas estas sensaciones artísticas se desvanecen al instante cuando en un raudo avión uno se separa de la tierra y vuela encima y en torno de la capital. El viento silba en los oídos, los compactos macizos de tejados y las agudas cúspides de los rascacielos huyen de sesgo bajo los planos del avión. Aquí, arriba, esto ya no es el cielo, sino el espacio aéreo. Es además un espacio poco tranquilo. El piloto y el ob-

servador se miran sin cesar, buscan el peligro en las tres dimensiones. El enemigo nos puede perseguir en línea recta, puede acercarse en cualquier dirección, puede presentarse de golpe por arriba, por abajo, por cualquier ángulo de ataque.

«La falta de espacio en el aire» se acentúa por el hecho de que la línea del frente es muy quebrada, las partes contendientes se hallan aquí muy próximas una a la otra. A menudo coinciden las zonas batidas por la artillería antiaérea de los dos enemigos, y el avión difícil de identificar puede ser objeto de un fuego cruzado. Conclusión: Madrid no es el lugar más cómodo para los paseos de los observadores aéreos. Tampoco hay quien suelte, aquí, un globo cautivo.

Es endiabladamente difícil orientarse en la monótona confusión cenicienta de montañas, hoyas, desfiladeros y meseta de la Castilla central. Los raros puntos de referencia y de orientación, casas y viejos castillos, todo ello está tallado en piedra salvaje y se funde con las rocas. El más pequeño cendal, y todos los puntos de referencia se pierden.

Con dificultad se reconocen en la depresión montañosa las señales del aeródromo. Al bajar más, se ven aviones dispersos por el campo, como medida de precaución contra los bombardeos. Junto a los aviones hay camiones cisterna para repostar, automóviles; van y vienen hombres que visten mono. Pero, si no tenéis una dirección exacta, la última dirección, recibida hoy mismo por la mañana, no se os recomienda aterrizar en este aeródromo. La sorpresa podría ser muy desagradable. Los aviones nuevecitos, con brillantes franjas republicanas, son maquetas, es decir espantajos de aviones hechos de madera. Los camiones y los coches son sólo esqueletos traídos especialmente aquí desde el cementerio de los automóviles. La gente sí, la gente es de carne y hueso. Pero también ella va y viene por el campo no para trabajar, sino como vivo y abnegado cebo para los aviones de bombardeo fascistas. Todo en este aeródromo está falsificado, lo único que posee de auténtico es la batería antiaérea, bien escondida para los huéspedes no invitados pero, aquí, muy esperados. Los falsos aeródromos poseen su dirección, están hoy en un sitio y mañana en otro, son objeto de cuidados especiales.

Sólo se puede de verdad aterrizar donde están los aviadores españoles si va uno provisto de invitación y de un guía. Entonces uno aterriza en el lugar más inesperado y encuentra toda una unidad de aviación con su impedimenta donde no habría esperado encontrar ni un conejo.

Bien escondidos, los aviadores se pasan el día entero con un periódico o un libro en la mano, cada uno de ellos a dos pasos de su avión o sentado en él.

Su jornada de combate empieza casi al amanecer; antes se levanta sólo el personal técnico y los maestros armeros, quienes comprueban los aviones, los motores, se aseguran del buen funcionamiento de las ametralladoras, examinan la suspensión de las bombas. Lo hacen muy cuidadosamente, con toda el alma. De todos modos, el piloto vuelve a examinar por sí mismo el aparato y las armas después de ellos.

La espera de la llamada, según declaran todos los combatientes del aire, es probablemente la parte más atormentadora de su vida. Cuando el cielo está encapotado, el piloto se dispone a pasar el día más tranquilo. Si el cielo está claro, un día sin volar es una auténtica tortura. A menudo el jefe de la escuadrilla permite a dos o tres de los más inquietos elevarse aunque no haya señal de «enemigo a la vista». Los arrojados cazadores vagan por el cielo en busca de su presa: aérea, algún que otro «gorrito» de exploración, o terrestre, camiones con obuses, alguna sección de caballería mora o el coche de algún general.

Los «chatos» han resultado ser maestros en todo. Hacen servicio de exploración, arrojan pequeñas bombas sobre las unidades del enemigo, compiten con los aparatos de asalto en el rapado y afeitado de los objetivos en tierra, desparraman octavillas sobre las ciudades ocupadas por los fascistas. Pero todo esto, de paso. La misión fundamental de las unidades de caza del frente de Madrid es luchar contra los contingentes básicos de la aviación germanoitaliana, obstaculizar sus vuelos alevosos sobre la capital, defender a la población pacífica e indefensa de Madrid, a sus trabajadores, a sus mujeres e hijos. Ahora esta misión se cumple muy bien.

El que así sea no se ha logrado de una vez. El general Duglas, de pelo negro, de largo rostro, juvenil y reflexivo, pasa revista en su memoria a dos meses de lucha desesperada y mortal por el aire, lucha con un enemigo experimentado e insolente:

—Juzgue usted mismo. Nos ha correspondido ser los primeros en recibir el golpe del fascismo armado. Armado con toda la técnica alemana más avanzada y nueva. El ejército alemán ya se distinguió por su aviación durante la guerra mundial. El «general del aire», Goering, no se cansa de exaltar a derecha e izquierda las esforzadas tra-

diciones de la escuadrilla de caza de Richthofen, a la que él mismo perteneció. Es precisamente ante los aviadores de Goering, pilotando aparatos alemanes modelo 1936, ante lo que tiemblan los gobiernos de París y de Londres. La aviación italiana también es considerada como una de las mejores de Europa. En pocas palabras, lo que distintos profetas han escrito en sus novelas acerca de la guerra futura, es aquello con que nos hemos encontrado sobre Madrid. Y no está mal, como ve usted estamos cruzando la cara al propio Goering...

En los primeros grandes combates aéreos, los republicanos no tuvieron pérdidas muy grandes, pero sí sensibles. Se debía ello a que no utilizaban todas las posibilidades de los magníficos aviones que habían recibido y, sobre todo, a que contraponían su arrojo a la acción del enemigo, sin tener en cuenta su perfidia.

Ni uno de los pilotos gubernamentales que han perecido ha caído en combate de igual a igual y noble. ¡Qué nobleza puede esperarse de los fascistas! Contra el capitán Antonio se lanzaron a la vez seis cazas y le cortaron una ala con ráfagas de ametralladora. A José Galarza le atrajeron lejos de la línea del frente y le atacaron luego con cinco aviones para arrojar después a Madrid su cuerpo cortado en pedazos. A Enrique Lores le estuvieron esperando una docena entera de aparatos —ocho Heinkels y cuatro Fiats— y le acosaron, como una jauría, hasta que le abatieron con un diluvio de fuego.

Al ser atacados por los republicanos, los aviadores alemanes se valían de una ingeniosa estratagema para salir del combate. Se fingían muertos, caían en barrena como si estuvieran irremisiblemente perdidos; se deslizaban con la panza y las ruedas hacia arriba para dar a su caída un carácter más definitivo; el republicano se alejaba creyendo que había liquidado a su enemigo; en ese momento, cerca de la tierra, el alemán nivelaba su aparato y huía en vuelto rasante.

Pero después de los primeros encuentros, la situación cambió de raíz. El carácter y resultado del combate han empezado a depender exclusivamente de que los aviadores republicanos se presenten a tiempo. Su aparición, a su vez, depende de que se les llame a tiempo desde los puestos de observación, de la vigilancia y de la vista de los mismos. El despegue y llegada de los aviones son efectuados por los aviadores republicanos en tiempos récord por su poca duración. Consecuencia: bastan un minuto o dos más de la cuenta para que los Junkers tengan tiempo de arrojar las bombas y huir a toda prisa, con la particularidad de que su escolta de cazas corre delante. Si se ganan uno o dos minutos, los cazas gubernamentales reciben a la banda aérea, le cortan el camino y entran en combate con los fascistas, mejor dicho, se lo imponen. Los Heinkels corren; en los Junkers, la tripulación se agarra a los gatillos de las ametralladoras, olvidándose de los botones de los lanzabombas. El cúmulo de aparatos rueda por el cielo apartándose de Madrid, en la tierra se ha salvado un centenar de vidas humanas, los madrileños respiran aliviados y agradecidos.

Cuando se traba combate, a menudo la lucha se sostiene en escalera, en varios pisos. En la parte baja, un piloto republicano acosa hacia la tierra a un fascista, ahora no cree en la caída en barrena y sólo abandona al enemigo cuando ha hecho blanco. Sobre el republicano se cierne una troika de Heinkels. Encima de ellos, ya en el cuarto piso, luchan en tiovivo cuatro aviones fascistas y cuatro gubernamentales. Del resultado de la pelea en el piso superior pueden depender los choques en los pisos inferiores.

En breves palabras, tranquilos y con la sonrisa en los labios, los «chatos» cuentan los infinitos episodios de su vida de combate. En su ímpetu no hay jactancia. Hablan con la confianza y la seguridad de los combatientes que han medido sus fuerzas con las del enemigo y saben ahora cuáles son sus respectivos valores.

—Hace unos días cinco aparatos se encontraron con nuestro eslabón. No dimos la vuelta, no nos pusimos a elegir ángulo de ataque, nos lanzamos de frente. Quisimos comprobar quién tenía los nervios más fuertes. Pues bien, los fascistas no resistieron. A medio camino se tiraron hacia abajo y luego se dispersaron. Es sorprendente hasta qué punto carecen de solidaridad y cohesión en la pelea. Si alguno de los nuestros se duerme, se le echan encima en grupo y le estrangulan. Pero si los atacan a ellos, actúan por el principio de «sálvese quien pueda». Nosotros, en cambio, cuando nos damos cuenta de que alguno de los nuestros se ha metido en un mal paso, lo abandonamos todo y no dejamos en paz al enemigo hasta haber recuperado a nuestro compañero. Si no nos equivocamos, en esto radica la diferencia entre la moral fascista y nuestra moral social, ¿no es así?

No se equivocan.

Dos eslabones acompañaban a un Potes republicano que iba a fotografiar las posiciones enemigas. Ocho cazas fascistas se acercaron subrepticiamente a los republicanos por atrás y los atacaron de golpe. A los pilotos gubernamentales, dada la enorme velocidad de sus

aparatos, no les habría sido difícil acelerar y salir en seguida del campo de batalla. Pero acompañaban al Potes, más lento, y no admitieron ni siquiera la idea de que pudieran dejarlo solo. Dando al instante media vuelta, contraatacaron al enemigo literalmente a unos cuantos metros de distancia. Se lanzaron directos hacia las ametralladoras enemigas. Las balas incendiarias, con brillantes llamaradas, les saltaron por las alas. Fue un verdadero milagro que ninguna diera en los depósitos de carburante. Pero el enemigo tembló, reculó e interrumpió el ataque que había preparado con tanta suerte. Los siete aparatos, incluido el Potes, volvieron sanos y salvos al campo, aunque no ilesos, con un par de decenas de brechas. La cohesión y el arrojo del conjunto asustó al enemigo.

3 de enero

A los aviadores les gusta pitorrearse de Jorge Garmia:

—Que le explique cómo se equivocó de puerta.

Jorge cuenta de buen grado la confusión que sufrió:

—Nos levantamos nueve por una llamada hacia Madrid. No encontramos al enemigo debido a la espesa nubosidad, en dos capas. Cuando ya dábamos la vuelta y cruzábamos la primera capa, me separé del grupo. Busco, subo hacia arriba —encima de la segunda capa—, y en seguida encuentro la escuadrilla. Me sitúo en la última fila, muy contento de haberme colocado tan rápidamente en formación. Sigo el vuelo y, de súbito, un cálido sudor me invade todo el cuerpo. Resulta que me había situado en la formación de una escuadrilla alemana. O sea, dicho con otras palabras, volaba hacia el diablo y mi primer aterrizaje sería en el infierno. ¿Qué hacer? Volamos en cuña, en total catorce piezas, y yo, en medio de la última fila. Verdad es que ya anochecía, la visibilidad era mala. Total, que me dejé caer atrás y hacia abajo, y volví en mí cuando estaba ya lejos, bajo las nubes, en un lugar desconocido. Resultó que me encontraba sobre el enemigo. A nuestro aeródromo llegue solo, cuando ya oscurecía; apenas lo encontré.

Después de cada combate, el jefe, organiza su examen circunstanciado el mismo día. Los resultados y las circunstancias del combate se controlan desde cuatro puntos de vista: los informes de cada piloto por separado, las declaraciones de sus compañeros, los datos proporcionados por los puestos de observación y lo que comunican las unidades de tierra, los puestos de guardia y los testigos casuales. La crítica es fraternal, pero muy detallada y severa.

El coronel Julio, jefe de todos los cazas del frente de Madrid, ha ideado y elaborado nuevos métodos tácticos para salir del combate aéreo. Ha llegado a obtener un método no sé hasta qué punto adecuado para la nación española, pero muy conveniente para cualquier nación: salir del combate sólo cuando el enemigo ha dejado limpio el aire. Mientras se observe esta regla, el enemigo no tendrá de sí mismo una opinión excesivamente alta. Si se huye aunque sea una sola vez del campo aéreo de lucha aunque sea por el método más científico-militar, pero dejando el aire al enemigo, no puede esperarse nada bueno. Desde luego, esto no reza para los casos en que el enemigo es en varias veces superior por el número de aviones y por su armamento.

Los cazas republicanos se atienen firmemente a su regla. Ello ha obligado a los fascistas a reducir en mucho sus vuelos sobre la capital y a cambiar de estilo. Ahora una troika y un grupo de siete Junkers no se arriesgan a aparecer sobre Madrid ni siquiera acompañados de escolta. Si vienen, son dieciocho o veinte aparatos a la vez, rodeados de una horda de Heinkels, una verdadera procesión. Se ponen en marcha bien formados, y con aspecto venerable, pero cuando acude volando la rauda bandada gris verdosa con franjas rojas, los fascistas huyen cada uno por su lado.

Después de cada procesión sobre Madrid, el general Franco encuentra que falta alguien. Duglas lleva consigo, en el bolsillo superior de su sencilla cazadora a rayas, un cuadernito de notas. En él lleva la cuenta de sus pérdidas y ganancias. El balance resulta más que positivo y hasta asombroso. La famosa escuadrilla de Richthofen durante año y medio de guerra mundial derribó ciento cuarenta y siete aviones. De ellos, correspondieron al propio Richthofen y a otros cinco cazas de los mejores, ciento veinte. Los aviadores republicanos de España, en el transcurso de dos meses, han derribado setenta aparatos alemanes e italianos únicamente en el sector de Madrid (y abatir un caza rápido moderno no es lo mismo que derribar un ataúd volante, modelo 1916). No hay aquí ni un piloto cuyo vuelo pase de cuarenta horas por avión derribado al enemigo. Para los mejores combatientes, la relación es de siete horas por avión derribado, y para el heroico aviador Palancar, jefe de la escuadrilla en que ahora nos encontra-

mos, por cada Heinkel derribado le corresponden sólo seis horas y media de vuelo.

—Y el salto al paseo de Madrid, ¿cómo se le cuenta?

Palancar, pequeño, robusto, de atrevidos ojos, responde sosegadamente y con cierta malicia:

—Cuéntelo como quiera. Desde luego, he de responder por un aparato perdido. Y respondo. A decir verdad, yo mismo dudaba de si debía saltar o no. Para un buen combatiente es un honor muy pequeño saltar del avión mientras lo pueda utilizar, por poco que sea. Son los italianos, los Fiats, los que tienen ese estilo: no bien te acercas a su grupo, no bien disparas, ya es todo un caos, humo y paracaídas a granel. Aquí tuvimos una fuerte agarrada y me cortaron los cables. El aparato perdió por completo la dirección. Sin embargo, procuré salvarlo. Hasta a doscientos cincuenta metros del suelo hice lo imposible para mantenerme de costado. Pero fue inútil. Entonces, ya a unos ochenta metros, decidí abandonarlo. Si vivo, pensé, ya saldaré la cuenta. Salto y veo que el viento me lleva sobre los tejados de las casas. Y aunque tengo la cabeza dura, no lo es más que los edificios de Madrid. Menos mal que el viento soplaba hacia nuestra parte: con lo cerca que estamos unos de otros, por menos de nada el viento te coloca entre los fascistas. Bajaba y me decía: ¿es posible tener tanta suerte como para caer, por ejemplo, en la plaza de toros?... Claro, casos así no suceden. Pero, de súbito, bajo mis pies descubro el paseo de la Castellana. El mismo en que tanto me han hecho suspirar las señoritas... Bueno, salté sobre la acera. Lo más terrible fue lo que ocurrió después. Los madrileños casi me ahogaron de alegría. Me rompieron toda la cazadora. Por el aparato voy saldando la cuenta, hasta con intereses: ya he derribado cuatro Heinkels y, con la ayuda de Dios, aún derribaremos alguna cosa más.

—¿Y cómo derribó la famosa *Paloma azul*?

En vez de responderme, Palancar de pronto se echa a correr, apretándose el cinto sobre la marcha. Durante todo el tiempo de la conversación estaba pendiente con un oído del teléfono de la tienda, y el teléfono se había puesto a sonar. El que está de guardia en el aeródromo da la señal: «Todos a Madrid.» Luego sucede algo con la rapidez del rayo. En cuatro minutos doce segundos todo el destacamento pone los motores en marcha, despega y ya en el aire se coloca en formación siguiendo al aparato de mando, el de Palancar. El roncar de los motores resuena aún en los oídos y los cazas ya han desaparecido.

Junto con los destacamentos de otros aeródromos, cinco minutos después ya luchan contra el enemigo.

La espera se hace insoportable. Han transcurrido ya cuarenta largos minutos. El encuentro debe de haber sido grande y serio.

Por fin llaman desde Madrid, desde el puesto de observación. Una gran victoria. Los republicanos han derribado seis cazas alemanes: todos han caído en territorio republicano. El final de la información se oye mal; sobre el aeródromo, con alegre tronar, regresa completa la bandada del teniente Pablo.

No siempre el regreso es muy alegre. En la tienda se encuentra el diario de las acciones militares. En la página que corresponde al 13 de noviembre se indica: «Objetivo: cubrir de la aviación de bombardeo del enemigo la línea del frente Casa de Campo-Carabanchel Bajo. Cómo se ha cumplido: cumplida. Pérdidas del enemigo: cinco cazas derribados. Pérdidas propias: el capitán Antonio, jefe de la escuadrilla.»

Por año nuevo, el periódico de los bolcheviques madrileños escribía: «¡Gloria a vosotros, camaradas aviadores! Vosotros habéis ayudado como nadie a nuestra capital. Poniendo en peligro vuestra vida a cada instante, habéis realizado y realizáis inolvidables hazañas, guardando el cielo de Madrid contra los sangrientos bandidos y verdugos. El pueblo español os quedará eternamente agradecido.» Pero no sólo el pueblo español, todo el mundo de los trabajadores y de las personas honradas, así como, naturalmente, la Unión Soviética, se inclina ante la intrepidez de los heroicos aviadores republicanos, los caídos en la lucha y los que gozan de buena salud, de los primeros audaces caballeros del pueblo que han osado retar en la lucha a la mortífera hueste aérea del militarismo fascista y la han puesto en fuga.

4 de enero

Por primera vez hemos visto en gran cantidad prisioneros fascistas. Los han cogido en Guadalajara, al tomar las aldeas de Algora y Mirabueno. Son cuatrocientos hombres, viejos soldados del ejército regular o movilizados. Constituían la guarnición de ambas aldeas, fueron sorprendidos por los republicanos y se rindieron. El júbilo que esto ha

provocado entre los madrileños es enorme. Llaman a esta ofensiva, ofensiva de año nuevo y tienen la esperanza de que todo el año transcurrirá así. A los prisioneros, los fotografían sin cesar y les regalan cigarrillos; ellos levantan de buena gana el puño, gritan «salud» y «viva el Frente Popular»; los han conducido a Madrid y los han paseado largo tiempo por las calles entre las manifestaciones de entusiasmo de la muchedumbre. Los fascistas han intentado contraatacar en Algora, pero sin resultado, y han retrocedido dejando en las rocosas colinas centenar y medio de cadáveres. Los soldados madrileños vagan entre los cuerpos muertos, se inclinan, les sacan documentos y octavillas fascistas; todo esto es nuevo para ellos; hasta ahora, aunque el enemigo ha sufrido pérdidas enormes, no había retrocedido y los republicanos sólo habían tenido ocasión de ver sus propios cadáveres.

Ayer, al atardecer, todo ese sector de defensa de los facciosos había sido conquistado por las tropas republicanas. Desarrollando la ofensiva, se podría llegar hasta los muros de Sigüenza. Pero las tropas ya están fatigadas, quieren descansar, no están acostumbradas a combatir en la montaña. Por otra parte, en el flanco derecho de la defensa de Madrid, los facciosos han iniciado una nueva ofensiva, muy seria: no hay más remedio que retirar tropas de la parte de Guadalajara y de nuevo reforzar con ellas los sitios más vulnerables. Los facciosos porfían en su intento de cortar la carretera entre Madrid y El Escorial a fin de apoderarse de esta ciudad y aislar Guadarrama.

La ofensiva de los fascistas es muy inesperada; éstos en seguida han roto las líneas republicanas y han pasado el bosque que cubre a Majadahonda por el sur.

El golpe en Guadalajara ha sido un golpe en el vacío. Y el hecho es que por esta operación se interrumpió la ofensiva sobre Brunete. Alguna mano hay que trastoca las cartas en los Estados Mayores republicanos.

11 de enero

Una semana entera de combates casi incesantes y durísimos. Los fascistas se han apoderado de Aravaca y de Pozuelo. ¡Pero a qué precio! Después de sufrir enormes pérdidas, por completo agotados, los facciosos se han detenido; su nuevo salto hacia Madrid otra vez ha fracasado.

Nuestras pérdidas también son muy grandes. Las unidades han luchado muy bien, excepto la XXXV Brigada. Pero una compañía de esta brigada, rodeada de fascistas por todas partes, también ha combatido valientemente y ha perecido toda ella menos tres hombres. Un batallón de otra brigada cercado ha resistido todo el día y por la noche con gran pericia ha roto el cerco y se ha reunido con los suyos. Un batallón de la Undécima Brigada Internacional fue sorprendido por la noche en un cruce de caminos; se agazapó con mucha cautela, dejó que el enemigo se le acercara hasta muy poca distancia y abrió un intenso fuego de ametralladora. Los fascistas se dispersaron dejando muchos cadáveres. ¡Por primera vez los republicanos combaten con tanta sangre fría y audacia estando cercados!

En esta batalla los fascistas han utilizado gran cantidad de tanques, aunque sin mucho éxito. Un caso curioso: una sección de tanques facciosos perseguía a la XXXV Brigada, que retrocedía, y creyendo que Majadahonda ya estaba tomada, se adelantó hasta la linde del bosque. A su encuentro se dirigía un automóvil con un oficial republicano. Al ver el tanque, el madrileño quiso huir. Pero el jefe faccioso, saliendo del tanque y tornando al republicano por un fascista, le preguntó cuál era el camino que conducía a Majadahonda. El madrileño, sin decir palabra, con un gesto invitó al otro a subir al coche. Entraron juntos en la aldea y los tanques los siguieron confiadamente. En Majadahonda, los milicianos les hicieron fuego. Los conductores cerraron la tapa y echaron a correr abandonando a su jefe. El oficial fascista no tuvo más remedio que levantar las manos en alto y rendirse.

Pese a todo su heroísmo, nuestras unidades sufren cruelmente de la confusión y desorden, de la falta de organización y, quizá, de la traición agazapada en los Estados Mayores. Sólo ahora se ha descubierto casualmente que en el bosque de Remisa hay unas fortificaciones muy buenas, construidas ya en octubre —trincheras, fortines, nidos de cemento armado para ametralladoras—. Nadie de Madrid se dio el trabajo de comunicarlo; ¡las unidades combatían a doscientos pasos de las trincheras preparadas sin sospechar que las había! Sin tiempo para fortificarse, los combatientes han abandonado el bosque.

Para taponar el agujero ha sido necesario lanzar ahí a la brigada de Lukács, que no ha descansado aún, ha sido necesario llamar a Lís-

ter, que se encontraba en Villaverde, ha sido necesario reunir casi toda la brigada republicana de tanques. Sólo ha sido posible detener a los fascistas el 7 de enero, después de varios contraataques. Nuestra contraofensiva está señalada para mañana.

13 de enero

Llevamos dos días atacando. Atacamos con riqueza de medios, mas los resultados son por ahora pobres.

Atacamos bien, y no es broma. Las unidades van al combate con ganas de pelear, valientemente; los soldados se sacrifican, el entusiasmo es mucho, hay un sincero afán de provocar, por fin, un viraje y trocar los papeles con el enemigo.

Los tanques se distinguen por su actuación. En un relieve muy difícil, rocoso y cubierto de colinas, salvando peligrosos fosos y barrancos, con cuidado para no caer en los pozos de lobo, bajo el fuego de los cañones antitanques, las máquinas irrumpen en el dispositivo de los facciosos, apagan y destrozan sus puntos de fuego, aplastan a sus hombres, destruyen los cañones. Tres tanques que se encontraron en un camino con una unidad entera de ametralladoras fascistas formada por doce camiones, la segaron por completo, sin darle tiempo a que empezara a defenderse.

De Pablo, el general de los tanques, va de un lugar a otro por los sectores de lucha, estimula a las compañías y a las secciones, procura que las máquinas no se retengan al repostar gasolina, que reciban a tiempo nuevas dotaciones de munición y, sobre todo, que no pierdan el contacto con la infantería. Miguel Martínez —tensos los nervios, con el ánimo algo excitado— le acompaña, conversa con los tanquistas. Están contentos: hoy han salido de sus casillas.

De Pablo quiere ir hasta la mismísima línea de fuego, para lo cual sube con Miguel a un carro blindado. Miguel entra sin dificultad en la menguada caja de acero, pero el general con penas y trabajos acomoda en ella su poderosa y atlética humanidad. La gorra con galones dorados, sin duda alguna, quedaría ahí, maltrecha. El general la da al chófer de su Chevrolet, que se la guarde.

Avanzan en dirección a Majadahonda. El anchuroso valle entre montañas está cubierto de nubecitas blancas y negras de la artillería. El eco repite las explosiones. En una casita junto a la carretera se cruzan los puntos de mira de las baterías fascistas y republicanas. No se sabe, pues, en manos de quién se encuentra la casita. Nuestra infantería se desliza por sus costados, los tanques pasan por delante de ella corriendo, como si no la vieran.

De Pablo y Miguel salen del blindado y se sitúan en una elevación. Dos soldados que allí estaban descansando intentan convencerlos de que se echen: unos cinco minutos antes ahí mismo, a pocos pasos, había estallado un obús. De Pablo no está de acuerdo. Al diablo los obuses, él ha de ver con sus propios ojos cómo actúan los tanques y los tanques han de verle a él. Mira en todas direcciones, el sol le achicharra con saña la lisa cabeza afeitada.

—De todos modos no le van a reconocer —dice Miguel—, va sin la gorra. En España no han visto nunca a los generales a menos de cien kilómetros del frente. Otra cosa era tenida por incorrección.

De Pablo se irrita: «No los han visto, ¡pues ahora los verán!»

Ordena al conductor del coche blindado que vaya a buscarle la gorra. Los dos soldaditos se arrastran algo más lejos; de nuevo, muy cerca, ha estallado una granada rompedora levantando hasta los cielos llamas, humo y negras pellas de tierra.

El coche blindado vuelve corriendo; ahora el general va de un lugar a otro del campo de batalla, empuja a las pequeñas subsecciones hacia adelante, sitúa de otro modo los tanques, dirige el fuego de ametralladora. Los propios soldados y suboficiales, al ver las palmas doradas de la gorra, se sienten más importantes, se esfuerzan más, se tranquilizan. En las explosiones de artillería, propias y ajenas, comienzan a ver una lógica y un sistema; en los heridos, una necesidad desagradable; en todo el combate, cierta regularidad y un sentido. Un miliciano ofrece un poco de vino de un botijo, mira cómo bebe De Pablo, mira su rostro de aspecto joven, totalmente rasurado, de aspecto campesino, mira las fuertes manos del general y se ríe:

—¡Este chaval es de los nuestros!

El general está contento de que le hayan llamado chaval. Aquí se siente más alegre que en el puesto de mando. Y aquí es posible hacer más.

Hasta ahora aquí sólo se pueden dirigir las unidades estando al lado de ellas. Los Estados Mayores aún no poseen auténticos medios de dirección y enlace.

Al comparar la ofensiva de los facciosos del 3 de enero con la nuestra de hoy, se ve que la capacidad de combate de las tropas gubernamentales no cede en mucho a la de los franquistas. Sobre todo por la calidad del combatiente, por la calidad del infante, y no hablemos de los aviadores y tanquistas.

La ventaja de las tropas de Franco consiste en su mayor organización, en la mayor osadía, en el mayor riesgo militar.

El ejército fascista dispone de todas las ventajas que ofrece un sistema de mando único. Lo que decide el general Franco junto con sus consejeros alemanes ha de ser incondicionalmente cumplido por todos los oficiales inferiores. Nadie se atreve a discutir o a modificar las órdenes que recibe de la instancia superior. Esto se ha logrado con castigos duros y feroces en el frente y en la retaguardia aplicados a los jefes incapaces y desobedientes, desplazando sin escrúpulos a quienes piensan de otro modo, con castigos severos y fusilamientos. La tiranía de Franco provoca contra él un enorme descontento. Pero las presiones y el terror permiten a la dictadura fascista disponer libremente de los contingentes militares sin discusión, maniobrar con ellos, trasladarlos con facilidad de un punto a otro o mantenerlos largo tiempo en reserva. Para esta última ofensiva suya, Franco preparó en Cáceres un nuevo y numeroso grupo de tropas. Formó unidades mixtas con los soldados del ejército regular alemán y, en parte, con los marroquíes y los fascistas españoles. Durante seis semanas, sin interrupción, instruyeron a los soldados sólo para una cosa: para la ofensiva, para el ataque. Los prisioneros cuentan que en ese tiempo ninguno de los ejercicios efectuados en Cáceres se dedicó a la defensa.

Franco ha arrojado todas estas nuevas reservas sobre Majadahonda, sobre Pozuelo, sobre Aravaca y Las Rozas, como un poderoso grupo de choque, de una vez, por entero, generosamente, como quien arroja leña al fuego. Los fascistas atacan en columnas apretadas, concentradas, densas, con artillería en las primeras líneas de modo que los cañones antitanque se dirigen hacia nuestras máquinas sin esperar a que éstas se les acerquen. A sus propios tanques, los fascistas los disponen en dos escalones, y si la infantería, delante del segundo escalón, retrocede o incluso si se para, cae bajo el fuego de aquéllos, cosa de la que se les advierte sin rodeos.

Con esta formación, sin ahorrar gente, Franco ha organizado estos días verdaderos «ataques psíquicos»: bajo el fuego graneado de los republicanos, las columnas de los facciosos avanzaban sin pararse, perdiendo en su marcha a centenares y millares de hombres. Ha costado mucho detener a esta falange y ello ha exigido el sacrificio de algunas aldeas.

Nuestra contraofensiva ha sido concebida con acierto, pero se ha cumplido sin vigor, despacio, rechinando. Las unidades se han reunido con mucho retraso, perdiendo el tiempo más valioso, el del comienzo de la batalla, y con esto han perdido el factor sorpresa, primer tesoro del atacante.

Durante la propia batalla, dos grupos de tropas que actuaban por separado, no tenían verdadero enlace entre sí, carecían de un jefe común. No ha habido enlace, contacto, comprensión, unidad de criterio. Esta duplicidad se remonta al doble mando: el de Madrid y el del frente central. Los oficiales de ambos Estados Mayores se escriben, discuten entre sí, no llegan a ponerse de acuerdo para distribuirse las tropas. Sus diferencias son objeto de especulación por parte de los aventureros y traidores. ¡¿Cuándo se terminará, por fin, este escándalo?!

16 de enero

La conspiración del silencio que mantenía la prensa en torno al teniente coronel Rojo por fin se ha roto. Ahora escriben acerca de él, le citan en segundo lugar al enumerar a los dirigentes y héroes de la defensa de Madrid. No puedo menos que alegrarme de haber contribuido a ello hablando de Rojo en la prensa antes que nadie. *El socialista* dice en un artículo de fondo: «Ha sido necesario que el periodista ruso Miguel Koltsov nos descubriera la personalidad de Vicente Rojo, rectificando nuestra mala tradición: desdeñar a nuestros hombres y no parar mientes en ellos. Un extranjero los descubre ante nosotros haciéndonos exclamar: "¡Pero si es verdad, y nosotros no nos dábamos cuenta!" Desde los cacareados tiempos de la denominada "europeización", no reparamos en nuestros valores nacionales y culturales, no reparamos en los españoles de talento que hay en nuestras propias filas. Estamos agradecidos a Miguel Koltsov por el descubrimiento que ha hecho, por habernos mostrado a un hombre que, en la quietud de su modesto gabinete, entrega todas sus fuerzas a la salva-

ción de Madrid. ¡Y cuántos hombres hay aún, sin que nos demos cuenta de su existencia, en los Estados Mayores y en las trincheras! El caso de Vicente Rojo no es ni mucho menos el único. La lucha ha destacado a numerosas y brillantes figuras a las que no sabemos ver. En ello se dejan sentir las supervivencias de nuestras viejas costumbres —repetir eternamente unos mismos nombres, ser reacios a encontrar otros nuevos y acostumbrarnos a ellos—. Que nos sirva esto de lección y de advertencia, tan importante en las condiciones de la presente lucha.»

18 de enero

En un ángulo penden cuatro tablas con nombres de calles.

Un ingeniero ilumina los rótulos con una linterna de bolsillo. Esto es, en verdad, un cruce de calles de Madrid. Pero no nos encontramos en él, sino debajo de él, en un estrecho corte oval, en una alcantarilla, a nueve metros por debajo de la superficie del suelo.

El alto ingeniero se ve obligado a arquear endiabladamente el espinazo, mientras que yo, dada mi talla, necesito sólo inclinar cavilosamente la cabeza.

Así avanzamos durante bastante tiempo.

Madrid dispone de unos excelentes servicios comunales, de una magnífica conducción de aguas y un buen alcantarillado. Todos los colectores, galerías, grifos y depósitos se encuentran en perfecto estado. Ahora también este sistema de tuberías y canales subterráneos ha sido aprovechado para las operaciones militares. Es utilizado por los republicanos como medio de ofensiva. Por poco ocurre lo contrario. Durante los primeros días del asalto fascista contra Madrid, los facciosos se apoderaron de la parte terminal de la red de alcantarillado y empezaron a penetrar por ella. Entonces, en noviembre, no les habría costado gran trabajo efectuar en el centro de la capital un «desembarco subterráneo», que habría podido desempeñar si no un papel decisivo, por lo menos sumamente dramático en la epopeya madrileña. Pero Franco, entonces, tenía plena confianza en sí, creía más sencillo y fácil tomar la ciudad simplemente por medio de un ataque frontal, a través de la Ciudad Universitaria.

Los defensores de Madrid se dieron cuenta rápidamente del peligro que los amenazaba por debajo de la tierra. Aniquilaron en parte con granadas de mano a los destacamentos fascistas subterráneos; a otra parte la enterraron viva mediante varias explosiones. Todo este sistema de los servicios de Madrid fue puesto bajo control, con guardia permanente, y se ha minado. Nos detenemos casi a cada treinta pasos; el ingeniero examina las indicaciones del plano y con enorme cuidado sorteamos los cables invisibles de la trampa: una mina eléctrica. Ahora los fascistas por aquí no pueden pasar. Los republicanos han tomado en sus manos la iniciativa de la lucha subterránea.

La lisa alcantarilla de cemento se termina. Más allá ya nos movemos a rastras por una galería recientemente abierta en la húmeda tierra. El ingeniero apaga la linterna: aquí es imposible desorientarse. Arriba, encima de nosotros, se ha terminado la última barricada de la defensa de Madrid, nos arrastramos por debajo de la zona que es «tierra de nadie», batida por el fuego de ametralladora y por los lanzagranadas de ambas partes contendientes. La anchura de la zona es de unos cien metros.

El recorrido se prolonga largo rato y comienza a parecerme infinito. Según mis cálculos y la fatiga de mis rodillas, ya nos hemos arrastrado hasta Sevilla. De súbito, aparece delante una mancha blanca, que comienza a hacerse más clara y, poco a poco —no creo a mis propios ojos— se transforma en el brillo de la luz del día. ¿A lo mejor el carcamal de Queipo de Llano extiende ya hacia nosotros sus brazos?

El ingeniero se vuelve y en voz muy baja me explica muy tranquilo:

—Aquí tenemos un respiradero. Para que penetre aire puro en la galería de mina.

—¡¿Cómo, un respiradero?! ¡Pero si esto se encuentra delante mismo de las líneas de los facciosos!

—No, delante no. Ya estamos debajo de la zona fascista. Qué le vamos a hacer, de algún modo hay que respirar...

—Pero desde arriba pueden verlo... Además, ¿cómo se las han arreglado para salir a la superficie? ¡Esto es una locura!

El ingeniero no está del todo de acuerdo:

El agujero lo hemos abierto de noche, mientras llovía. Es muy poco probable que desde arriba se note mucho. Y aunque se vea, la calle, de todos modos, está por completo cubierta de agujeros y embudos de los obuses de día, no van a ponerse a estudiar cada agujero

de la tierra. Que intenten meterse, ¡los agasajaremos con ametralladoras!

En esta respuesta se refleja una psicología de guerra característica, aquí, de mucha gente: la comodidad es más importante que la seguridad. Es mejor arriesgar la vida que padecer un calor sofocante. Mejor es esperar días enteros la muerte, que molestarse unas horas y tender una manguera con aire puro.

Continuamos arrastrándonos. Ahora ya nos hallamos a bastante profundidad del dispositivo enemigo. Unas cuantas decenas de metros más bajo tierra y estaremos ya debajo del edificio que ha de ser volado. Pero el oído atento capta delante una voz humana. Ahora es el ingeniero quien se alarma:

—¡Quieto! No pueden ser los nuestros. En esta galería el trabajo ya se ha terminado hoy, todos nuestros hombres han salido.

Nos quedamos escuchando otra vez largo rato conteniendo la respiración. Sólo se oye una voz. ¿Con quién estará hablando? No, por lo visto canta. El ingeniero saca el revólver.

—Procuraremos acercarnos un poco más. Hay que poner en claro lo sucedido.

Seguimos arrastrándonos.

—¿Qué está cantando? Me parece que *La cucaracha*.

—A mí también me lo parece.

Un suspiro de alivio. *La cucaracha* está categóricamente prohibida en el ejército fascista, Franco considera revolucionaria esta canción. ¿No será, a pesar de todo, algún republicano? Pero ¿por qué canta? ¿Se ha vuelto loco? También esto sucede a veces. En efecto, tras un recodo, a la brillante luz de una lámpara eléctrica de minero, hay un hombre ocupado en algún trabajo.

—¡Pedro! ¿Tú aquí? ¡Si yo he ordenado a todo el mundo que saliera arriba!

—Sí, comandante, pero he decidido bajar aquí una vez más para nivelar la cámara de la mina. Es un poco apretada para la carga.

Pedro es un viejo picador de las minas de Río Tinto. El rostro le brilla de sudor, lo tiene sucio de tierra; mechones de pelo canoso le salen por debajo de la boina.

—¿Por qué estás cantando? Si la vida no te importa, por lo menos piensa en la mina.

—¿Acaso cantaba? No me he dado cuenta. Cuando trabajo suelo cantar, por la fuerza de la costumbre. Naturalmente, esto es una ton-

tería. El sonido se transmite en la tierra hasta muy lejos. Pero me he olvidado de que no estoy en mi mina. ¿Quieren escuchar a los fascistas?

Ahora nos encontramos debajo de los mismísimos cimientos de una gran casa, de muchos pisos, convertida en fortín por los fascistas en los arrabales de Madrid. Las voces y risas de los soldados pueden oírse sin dificultad. Cuando mejor puede abrirse la galería debajo de ellos es cuando disparan con las ametralladoras y quedan ensordecidos por sus propios disparos. El ingeniero por última vez calcula la carga. Su volumen se calcula fundamentalmente según la fórmula gH^3, donde g es el coeficiente de la densidad y composición del suelo y H la longitud de la línea de menor resistencia. La magnitud puede modificarse de manera muy sensible debido a la presencia en el suelo de elementos al parecer sin ninguna importancia e inexplosivos. Por ejemplo, la presencia de agua, aunque sea tan sólo hasta el grado de la humedad del suelo, aumenta la fuerza de la explosión en ocho, nueve o diez veces. La magnitud de H (línea de menor resistencia) suele calcularse por la distancia más corta hasta la superficie de la tierra, hasta el aire. No obstante, la longitud de la onda explosiva siempre es más larga que el radio de la destrucción. La onda va apagándose paulatinamente en longitud; en su comienzo, en el centro, convierte en polvo el granito y el acero; al final, se percibe sólo como un sonido.

El ingeniero sonríe no sin amargura.

—Yo mismo he construido este edificio. ¡Habría podido creer que cuatro años más tarde iba a estar aquí, debajo de él, calculando cómo puedo hacerlo volar!... En el sexto piso tengo mi vivienda, con mi estudio, con proyectos, con calcos, con medidas de edificios antiguos... ¡Qué le vamos a hacer! Cerramos el camino a los bandidos fascistas con cuerpos humanos —¿podemos sentir pena por los trabajos hechos con nuestras propias manos?—. Cuando hayamos echado al enemigo, construiremos edificios diez veces mayores, y no serán los feos rascacielos de los bancos. Nosotros, arquitectos, estamos muy satisfechos de que precisamente durante el asedio de la capital, el gobierno del Frente Popular haya sacado de los archivos y haya aprobado un plan para la reconstrucción de Madrid, con prolongación del paseo de la Castellana, edificación de viviendas, escuelas, teatros...

Al volver, somos tres. Aguzamos el oído por si el enemigo construye una contramina. Esto ocurre a cada paso. Con frecuencia, los tra-

bajos subterráneos se efectúan simultánea y paralelamente, con la particularidad de que, a veces, ambas partes tienen noticia de lo que el enemigo hace. Vence en el sector quien antes hace volar la mina. Pero efectuar la voladura antes de tiempo significa perder un golpe, destruir una galería vacía y ponerse al descubierto. Y así yacen bajo tierra, casi uno al lado del otro, dos jugadores, que aumentan arrojados sus puestas, y las puestas estriban en la vida de varios centenares de hombres y una nueva posición en la prolongada lucha. Hemos presenciado varias explosiones. Casi siempre se producen muy entrada la noche, al amanecer. Después del trueno y de la llama, una enorme nube de negro humo, de hollín, de polvo y arena envuelve el edificio; éste es el momento en que las unidades preparadas de antemano se lanzan al ataque. Si la mina se ha colocado con mucha exactitud, hace volar por los aires los nidos de ametralladora y los compartimentos en que, según los datos obtenidos por los servicios de observación y de exploración, duermen los soldados fascistas. Quien ha quedado ileso casi al instante comienza a disparar, pero sus disparos son inútiles mientras no se sedimenta la nube de polvo. Todo el arte de la unidad atacante estriba en aprovechar este momento (la nube se sedimenta en el transcurso de ocho a diez minutos) para penetrar en el edificio. Si se incurre en el más pequeño retraso, el éxito del ataque queda en seguida disminuido o hasta se pierde por entero. En este caso, el resultado de la explosión se calcula sólo por las bajas hechas al enemigo y por la destrucción de sus fortificaciones.

Durante todo el tiempo de la defensa de Madrid, los fascistas han efectuado seis explosiones de minas. Casi todas ellas han resultado infructuosas, se han producido en edificios y trincheras abandonados. Los republicanos han volado varias decenas de minas y con ello han hecho retroceder a los facciosos en Carabanchel, en la Ciudad Universitaria y junto a la cárcel Modelo. A los republicanos les resulta más fácil la lucha subterránea, ellos tienen obreros muchísimo más calificados para ese tipo de lucha y todos los planos de los edificios de la ciudad.

Todo esto parece muy pasado de moda. En la época de los aparatos de bombardeo de vuelo rápido y de los poderosos tanques, en la época de las bombas de gases asfixiantes, ¿qué importancia puede tener abrir galerías durante semanas enteras, ese tráfago ratonil bajo tierra, esas decenas de miles de horas de trabajo gastadas para hacer saltar a un centenar de soldados y una casa? ¿Vale la pena ocuparse de semejantes cosas y estudiarlas ante la faz de la futura técnica militar, rauda y demoledora? Sí, vale la pena, y mucho. Los caprichos de la guerra son incontables. Hay que estar preparado para cada uno de ellos. Además, ¿cuándo y dónde se ha dicho que la guerra imaginada por los teóricos y descrita en sus elucubraciones estrictamente científicas e hipotéticas es la única que se considera auténtica y que «no es auténtica» la que se produce en la realidad, en cada momento dado? Estoy convencido de que la guerra futura, «según todas las reglas», pondrá de manifiesto la vitalidad de muchos tipos de armas y formas de operar.

Un ejército de vanguardia ahora ha de ser, naturalmente, un ejército de maniobra, móvil, motorizado, alado. Pero no puede prescindir de la trinchera, y la trinchera no será trazada siempre, ni mucho menos, por un abrezanjas ni vaciada por un zapador de división. La pala modesta y honrada aún salvará no pocas vidas. Es útil que se ejercite en su uso hasta el habitante del cielo, el paracaidista. El enemigo no se para en barras, lo mismo se aprovecha de las debilidades minúsculas e inocentes que de los errores grandes, fundamentales. A él le da lo mismo herir en un sitio que en otro. Aquiles no tenía que haber hecho el tonto, sino, simplemente, debía haber llevado una plantilla metálica en su sandalia derecha.

21 de enero

La primera habitación estaba completamente vacía, sin muebles.

En la segunda, había dos mesas de oficina, una pila de mantas en un rincón y un cesto. En la pared, bajo un cristal, colocado en un marco desproporcionadamente grande, de otra fotografía, colgaba un retrato de Trotski, recortado de un periódico extranjero. Resultaba más que extraño ver esta fotografía en Madrid, hoy.

Miguel Martínez y José Quesada entraron en la tercera y última habitación. Ahí, en un diván muy largo arrimado a la pared, con las cabezas dirigidas una a la otra, dormían dos muchachos.

En realidad, la hora no era muy temprana: la una y media. Pero una botella de anís que había en el suelo explicaba por qué los dos muchachos estaban acostados tan tarde. Después de despertarlos y

de disculparse por la molestia, Miguel les preguntó dónde estaba la dirección del POUM de Madrid. Vueltos en sí, los muchachos explicaron que la dirección estaba en otro lugar.

—Aquí sólo hay el buró de propaganda. El comité madrileño del POUM se halla instalado en la calle de Goya, número 17.

Bien. Miguel y Quesada, conocido suyo, periodista argentino, se dirigieron a la calle de Goya número 17.

Ahí la situación era completamente distinta. En una rica vivienda burguesa, iban de un lado para otro coquetas señoritas, tecleaba una máquina de escribir, tocaba la radio. Tras la puerta tintineaban los platos, se percibía el sabroso olor de la comida.

Miguel y Quesada manifestaron su deseo de hablar con alguien de la dirección. Una figura como la de un enano salió del comedor; dijo que se llamaba Enrique Rodríguez y que era el secretario del comité madrileño del POUM. Dijo que estaba dispuesto a facilitar cualquier información a los dos visitantes sudamericanos. Preguntó sobre todo Quesada. Miguel, sombrío, tomaba notas en un cuadernito. Habría sido mejor, desde luego, haber acudido con una taquígrafa o con dos: Enrique era parlanchín como un riachuelo de montaña, como un jilguero retozón, como una vieja. Comunicó en seguida un montón de novedades. Resulta que en España se está librando una guerra civil. El enemigo es muy fuerte. Madrid se defiende heroicamente desde hace ya... Rodríguez se quedó cortado, se puso a recordar cuántos días hace que Madrid se defiende heroicamente.

—Setenta y cuatro —dijo Miguel, fruncido el entrecejo.

—Eso es, setenta y cuatro.

Comunicó a continuación que los alemanes y los italianos ayudan a Franco, pero que el movimiento revolucionario internacional, a su vez, ayuda a la clase obrera española.

Quesada indicó que todo esto, en realidad, ya era conocido. Tanto a él como a su colega, les interesan más los datos acerca de la actividad de la organización política en cuyo edificio se encontraban.

El locuaz Rodríguez en seguida se hizo reservado. Entonces hubo que arrancar con sacacorchos cada una de sus palabras.

—¿De qué se ocupa el POUM en Madrid y en sus alrededores?

—Efectuamos trabajos de distinta clase.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, sindical, de organización, militar, de propaganda.

Tenemos un buró especial de propaganda. Lo hemos instalado en otro edificio.

—¿En qué estriba su trabajo militar?

—Ahora se ha reducido sensiblemente. Antes teníamos nuestras propias unidades junto a Sigüenza, en Cataluña y en otros frentes. Pero el gobierno ha decidido tomar en sus manos el ejército y une las unidades al margen de los caracteres de partido. En cambio, ahora hacemos más hincapié en el trabajo cultural y político entre los soldados. Editamos el periódico *El compañero rojo*, mandamos agitadores. Esto también a través del buró de propaganda. Lo tenemos montado con mucha amplitud.

—¿Y qué consignas presenta el POUM en su propaganda?

—Revolucionarias, desde luego. Desenmascaramos el verdadero sentido del Frente Popular. En general, desenmascaramos distintas cosas.

Rodríguez tomó un aire de persona importante.

—¿Qué cosas son las que desenmascaran?

—¿Cuál es el verdadero sentido del Frente Popular, según ustedes?

—De esto habría que hablar largo rato. Pero en lo fundamental, el Frente Popular significa, desde luego, la entrega por parte del proletariado de todas las posiciones revolucionarias.

—¿Sí? ¡Qué interesante!

Rodríguez añade, como quien recita una lección de memoria:

—Como resultado de la política del Frente Popular, España será dividida entre los imperialistas franceses y soviéticos.

—¡Esto es terriblemente interesante! Pero si es así, ¿por qué los imperialistas franceses no ayudan a la España republicana? Algunos de ellos, a mi parecer, hasta están inclinados a ceder España a Franco y a los alemanes.

—¡Esto es un juego, un juego! ¡Un juego diplomático! Además, no lo olviden, los franceses tienen mucho miedo a Hitler. Por esto son tan neutrales...

Rodríguez calla torpemente. Se da cuenta de que no ha ido por donde debía. Continuar desarrollando esta conversación, tan rica de contenido, es superior a sus fuerzas. Por lo visto, se trata de una figura para cubrir las apariencias. No es él quien mueve los asuntos del POUM en Madrid. El infatigable argentino continúa interrogándole:

—Esto que acaba usted de comunicar, ¿es la opinión de Trotski?

—Sí... Pero en general, he de decirles que no en todo estamos de acuerdo con él. En vano se nos tiene por trotskistas incondicionales. Nosotros tenemos en cuenta su opinión en los problemas internacionales, pero exigimos que él tenga en cuenta la nuestra en las cuestiones españolas. Por esto hemos tenido que mandar de vuelta la misión militar que él envió. Hablando sinceramente —pero esto, por favor, no lo publiquen— sin el POUM Trotski no tendría ninguna cuarta internacional. El hecho es que fuera de nosotros no cuenta con nadie.

—¿Y cuántos miembros del POUM hay ahora en Madrid?

—En otoño llegábamos al millar y medio. Ahora, naturalmente, somos menos. No olvide que se está procediendo a la evacuación.

Rodríguez se compromete a preparar para la próxima visita de los sudamericanos una colección completa de las publicaciones del POUM. Sigue mostrándose amable, pero su rostro se ensombrece evidentemente cuando Miguel, después de consultar su libro de notas y de citar los nombres de Florencio López, Mariano Salas y Fernando Salvadores, pregunta si esos personajes siguen formando parte de la dirección del POUM.

—Sí, forman parte. Mejor dicho, formaban parte. ¿Por qué?

—Por nada. Para precisar.

Esta última pregunta recarga pesadamente la atmósfera. Rodríguez se despide con expresión hostil, desconcertado.

Al salir a la calle, Miguel y Quesada examinan allí mismo periódicos madrileños del 17 de diciembre de 1935, obtenidos de antemano. Así es, en efecto. Es un hecho. Florencio López, Mariano Salas y Fernando Salvadores fueron los principales autores del robo con fractura de millón y medio de pesetas destinadas al pago de salarios para los obreros de las empresas comunales madrileñas. En los periódicos se insertan las declaraciones que hicieron al ser detenidos y fotografías tomadas junto a una mesa, ante un gran montón de billetes de banco.

El POUM requisó numerosas viviendas ricas y hotelitos abandonados, con preferencia los que tenían buenas cavas, eligió los mejores automóviles, tomó bajo su control político teatros, establecimientos de diversión, empresas gastronómicas y papelerías. En torno a la organización, se ha agrupado un buen número de individuos expulsados de diferentes partidos por corrupción, estafa y robo.

Se proveyeron también de tropas propias. En Barcelona y en Lérida era muy frecuente encontrar automóviles con jóvenes amenazadoramente hoscos y señoritas cubiertas de pies a cabeza con correajes, revólveres y distintivos.

Los poumistas fueron ampliando su economía. En las páginas de su periódico comenzaron a aparecer rebuscadas resoluciones firmadas de manera sospechosa por «Los campesinos marxistas del distrito de Barbastro».

En general se podía vivir.

Pero luego las cosas tomaron mal cariz. Tres jefes que encabezaban a tres columnas poumistas convirtieron en regla de conducta partir del frente con sus unidades en el momento mismo en que era necesario pelear. Un destacamento de ochocientos hombres del POUM abandonó antes del mismísimo combate una posición clave en el frente de Aragón.

El pequeño destacamento que lleva el nombre de Tählmann se vio obligado a ocupar precipitadamente el lugar abandonado por los desertores, y al rechazar el ataque del enemigo, perdió la mitad de sus efectivos.

En otro sector del mismo frente una ofensiva de los republicanos recién empezada fracasó también por abandono de las unidades del POUM.

En el frente del centro, en el sector de Sigüenza, los poumistas, inesperadamente y a despecho de las protestas de los milicianos, se llevaron de allí a sus unidades. En su lugar se colocó un batallón de ferroviarios, los cuales, parapetados en la catedral, cubrieron heroicamente la retirada en dicho sector.

En su hojita *El compañero rojo* (editada no se sabe dónde), el POUM asegura que los trotskistas combaten por la república en las filas de la Brigada Internacional. Los jefes de las Brigadas Internacionales XI y XII, Hans y Lukács, niegan categóricamente que en sus unidades haya compañeros de esta clase.

Tales hechos han infundido en los círculos militares una natural desconfianza respecto a todo cuanto sucede bajo signo trotskista. Las unidades poumistas se han disgregado. A sus jefes los han echado del frente. Ello ha coincidido por cierto, con la llegada a Barcelona, en plan conspirativo, de tres sujetos que se denominaban a sí mismos «misión militar» de Trotski en ayuda del POUM. Después de haber pasado una semana en Barcelona, la «misión» se ha retirado silenciosamente de España.

Todo esto aún no sería nada. Todo esto aún podría pasar. En el re-

vuelto entretejido de los acontecimientos, en la tempestuosa situación política española, los poumistas aún podrían mantenerse y nutrirse durante largo tiempo. Quien los ha metido en un mal paso y los ha perdido ha sido su propio jefe al imponerles unas obligaciones que son en verdad inauditas y que no pueden cumplirse de ningún modo. En el país en que el Frente Popular encabeza la lucha armada por la libertad y la independencia, en el país en que el nombre de la Unión Soviética está rodeado literalmente de la veneración y cariño generales, Trotski ha dado a sus partidarios dos directrices: primera, manifestarse contra el Frente Popular, y segunda, manifestarse contra la Unión Soviética.

Desde ese momento, el POUM se ha organizado, al estilo trotskista, en dos filas. En la primera fila, el propio Nin (ex secretario de Trotski, ahora secretario del POUM) y unos cuantos individuos más, intervienen en las reuniones con ataques y provocaciones contra el Frente Popular, con calumnias contra el gobierno de la República, oponiéndose a la transformación de la milicia popular en una fuerza armada regular. En un mitin convocado por los trotskistas en Lérida, Nin, que entonces aún formaba parte del gobierno de Cataluña, se lanzó contra los decretos de dicho gobierno por los que él mismo había votado. Esto acabó mal. Por exigencia de todos los partidos y organizaciones de Cataluña, Nin, por su doble juego, fue excluido de la composición del nuevo gobierno catalán.

El periódico del POUM, *La Batalla*, ha encontrado un objeto único de su odio y de sus diarios ataques. No se trata del general Franco ni del general Mola ni del fascismo italiano o alemán, sino de la Unión Soviética. Acerca de la Unión Soviética, en *La Batalla* se publican las mentiras más feroces y venenosas. Cada día comunica dicho periódico que en Moscú ha estallado una sublevación, que el Komintern se ha liquidado y que Dimitrov ha sido detenido y desterrado a Siberia, que la prensa soviética se manifiesta contra el Frente Popular, que en Leningrado se pasa hambre... No existe un solo periódico de los facciosos que no haya publicado extractos de *La Batalla*.

28 de enero

Verdadero bosque embrujado. Sobre todo por la noche. Extraviarse de noche en la Casa de Campo es lo más fácil del mundo. Desde luego, de humanos es el errar. Pero no se recomienda hacerlo en la Casa de Campo en la primavera de 1937. Este bosque —en el pasado, parque de excursiones para los madrileños— está ahora densamente poblado por gentes en alto grado heterogéneas. Caperucita Roja, si se equivoca de sendero, puede encontrarse a los cincuenta pasos con el lobo gris con casco de acero alemán o con un pomposo marroquí, algo remojado, con un hermoso fez y un fusil ametrallador.

Éste es el motivo de que el jefe del sector se fije repetidamente en las siluetas de los árboles y de que una y otra vez compruebe el camino en los recodos. Todas las veredas han perdido su configuración debido a la lluvia, los puntos de referencia han desaparecido entre la niebla, por los escasos disparos, no hay modo de comprender de dónde viene el fuego. Son sobre todo engañosas las balas explosivas de los facciosos: chasquean como si procedieran de nuestra parte. Una de estas traidoras balas mató ayer por la noche, con muerte instantánea, al valiente y simpático capitán Ariza, joven maestro asturiano.

Por fin, se ha instalado en una elevación, entre los árboles, un camión con un altavoz. Lo han colocado de día. Para el amplificador trabaja un motor complementario. La pequeña Gabriela Abad, propagandista del Comisariado de Guerra, es la primera en acercarse al micrófono. Exclama, en medio de la oscuridad:

—¡Soldados que combatís por orden de Franco, Mola y Cabanellas, escuchad, escuchad!

Gabriela habla rápida, precisa y apasionadamente de las mujeres que ayudan a sus maridos a defender Madrid, invita a los soldados engañados a abandonar las trincheras y pasarse al campo del gobierno legal, republicano, a reintegrarse a sus familias, que los están esperando.

Después de ella habla el jefe del sector, un oficial del antiguo ejército. Subraya su fidelidad a la patria y al pueblo, su confianza en la victoria.

Gabriela lee el llamamiento de don Ricardo Belda López, célebre

mayor fascista, predilecto de Franco, hecho prisionero en el asalto al cerro de los Ángeles. Belda exhorta a los oficiales y soldados a arrojar las armas y entregarse a los republicanos.

Los oyentes están en las trincheras, a trescientos metros de aquí. Dos veces han disparado con mortero, pero a un lado: el sonido se dispersa mucho. Aguzamos el oído en la oscuridad: ¿no se acercará alguien? Por ahora, nadie... Al tercer día, los evadidos se presentaron durante la misma emisión. Llegaron a tiempo de acercarse al micrófono y decir sus nombres.

—Nosotros ya estamos aquí, fumamos cigarrillos con los republicanos, nos han recibido magníficamente. ¡Venid con nosotros!

Cada vez hay más prisioneros y evadidos. No puede decirse que se pasen en torrente, pero el hecho está ahí: de manera regular, cada día, casi en todos los sectores del frente madrileño, los republicanos capturan a soldados, clases y oficiales del ejército faccioso. Durante el asalto al cerro de los Ángeles, se hizo prisionero casi a todo el batallón, incluido su jefe. Y cada día, cada noche, se levanta ante las trincheras alguien con las manos arriba, con el fusil boca abajo, gritando: «¡No disparéis, me paso a vuestro lado!»

Es espantoso ver cómo se comportan, mejor dicho, como se sienten los prisioneros durante las primeras horas. La espera de la muerte cierra sus consciencias y su psique con un espasmo macizo y tardo. Los párpados se les ponen azulinos, las piernas se les doblan, les tiemblan los brazos y hasta los hombros. Los prisioneros responden como en sueños: «Sí, señor...», «No, señor...» Se les enturbia la vista, a veces hasta les dan náuseas. No es ridículo ni mucho menos. Sienten aún cernida sobre sí la muerte.

Los facciosos no cogen prisioneros. O matan a bayonetazos a los republicanos en las trincheras o los fusilan inmediatamente después del combate. El ejército gubernamental trata humanamente a los prisioneros. Pero no hay que olvidar el momento en que éstos son capturados. El soldado ve frente a sí al enemigo, aunque sea cogido por sorpresa, con las armas en la mano; es un enemigo que se defiende y que aún es peligroso. En pleno combate es más fácil, menos peligroso y hasta más agradable disparar contra un soldado enemigo que desarmarle y llevarlo consigo. Para esto hace falta una enorme presencia de ánimo, aguante, sentido de superioridad frente al enemigo. Incluso si el soldado o el oficial se entregan, incluso si han dado sus armas, son necesarios trabajo y riesgo para sacarlos del combate. Si

los prisioneros reciben ayuda a tiempo, pueden cambiar de conducta al instante y matar a quienes los escoltan. Está claro que los soldados de escolta tampoco van a andarse con distingos ni están obligados a hacerlo en tales momentos. Todo ello hace que el proceso de coger prisioneros resulte muy impresionante. En el sector de Majadahonda vimos a un grupo de jóvenes combatientes republicanos que por primera vez participaban en el combate, contraatacar y coger a tres facciosos. Estaban tan excitados como sus propios prisioneros.

En el Estado Mayor del batallón o de la brigada, se somete a los prisioneros a un primer interrogatorio. Esto no se hace aún con toda la pericia necesaria. Al soldado enemigo le preguntan largo rato de dónde es, cuándo ha sido movilizado, qué estado de ánimo hay en Marruecos o en Galicia, en vez de enterarse en seguida de dónde tienen los nidos de ametralladoras, cuál es el objetivo militar de la bandera fascista y dónde tiene ésta escondido su puesto de mando. Durante los últimos tiempos, el servicio de exploración de las tropas ha puesto cierto orden en esta tarea. A las unidades se les ha cursado instrucciones acerca de cómo interrogar a los prisioneros. De todos modos, el servicio de exploración y la exploración en combate andan aún muy cojos en el ejército republicano.

Los evadidos se presentan en su mayor parte por la noche, aprovechando la oscuridad. Se pasan de las unidades más diversas, según sea el lugar en que estén situadas, según sean los puntos y senderos por los que pueda huir imperceptiblemente. En un mismo sector se han pasado a los republicanos soldados de distintas unidades que se han relevado en un determinado lugar. También han acudido soldados de las unidades inmediatas al enterarse de que ahí existe un vado. Los últimos soldados que se han pasado cuentan que en algunas posiciones los fascistas han colocado alambre espinoso no con vistas a la defensa, sino especialmente para impedir a sus soldados la evasión al campo republicano. La noticia es muy consoladora, pero necesita confirmación y reiteración.

De creer a los evadidos, los facciosos han llegado al último grado de descomposición y desmoralización, basta empujarlos con el dedo y se entregarán todos como un solo hombre. Pero tales declaraciones han de ser tomadas con espíritu crítico, a veces más aún que respecto a los datos proporcionados por los prisioneros. El que se pasa, lo ve todo de un determinado color, habla sólo de los aspectos débiles del enemigo, sin darse cuenta de sus posibilidades y grado de seguridad

o callándolos. A menudo lo hace con la mejor de las intenciones, pero sin reportar mucha utilidad.

Existen, eso sí, excelentes tipos de soldados. En su mayor parte se trata de obreros, revolucionarios consecuentes, que han entrado con toda conciencia en el ejército faccioso con el fin único de llegar por este camino al campo republicano. Así son, por ejemplo, dos que se pasaron ayer. Prepararon con mucho cuidado su evasión y no se presentaron con las manos vacías. Se hicieron con un montón de importantes informes militares, muy exactos y recientes, y trajeron, además, un sistema novísimo de ametralladora antiaérea alemana con todo su utillaje, incluso el trípode, con cápsulas de recambio y munición. Desde luego, a estos muchachos los han premiado generosamente, los han mandado a sus casas, que están en la retaguardia republicana, y les han concedido un mes de permiso.

Los prisioneros, por lo común, dan menos datos, pero en general son bastante veraces. Ello depende de su cargo y graduación. Los sargentos y oficiales dan noticias de mayor amplitud, pero son mucho más reservados. El mayor Belda López, por ejemplo, en el interrogatorio se mostró muy parlanchín. La mejor manera de llegar a conclusiones exactas acerca del enemigo es comparar las declaraciones de varios prisioneros y evadidos interrogados aproximadamente al mismo tiempo, pero por separado. ¿Qué nos dicen tales datos?

El proyecto operativo inmediato de Franco consiste en un nuevo ataque en el frente de Madrid, esta vez en el flanco derecho de los fascistas, para cortar las comunicaciones entre la ciudad y Valencia, aislar de este modo de manera definitiva la capital y obligarla a rendirse por el hambre. El mando de esta nueva operación se confía al teniente coronel Asensio, uno de los ayudantes de más confianza de Franco. Oficiales y soldados ven con muy buenos ojos la dirección del nuevo golpe considerando que, de otro modo, resulta imposible tomar Madrid; así lo ha demostrado la amarga experiencia de los ataques precedentes.

Los facciosos prestan ahora una enorme atención a la defensa antitanque y antiaérea. Ahora todo el frente de Madrid está dotado de novísima artillería antitanque alemana. Los cañones están situados a intervalos de doscientos a trescientos metros.

El abastecimiento de pertrechos de guerra al ejército —cartuchos, obuses— es perfectamente normal. Sin embargo, se toman enérgicas medidas para enseñar a los soldados a economizar la munición, les prohíben disparar sin haber entrado en contacto combativo con el enemigo.

Para la nueva ofensiva, Franco reúne, aunque a veces con muchas dificultades, importantes fuerzas. Además de las unidades alemanas y marroquíes totalmente reorganizadas, se efectúan reclutamientos complementarios en el territorio conquistado por los fascistas. La calidad de los nuevos reclutas, desde el punto de vista de la moral fascista, ha empeorado mucho. La aguda crisis de hombres obliga a los facciosos a reclutar para el ejército personas a todas luces poco seguras —republicanos, socialistas—. A veces, los sacan directamente de la cárcel. A los detenidos se les presenta a elección: o fusilamiento en la cárcel o servicio en el ejército fascista. No pocos de los evadidos a nuestras filas pertenecen a esta categoría de ex encarcelados.

Los fascistas compensan la brecha en el estado político-moral del ejército intensificando el rigor y el régimen de obligatoriedad, a la vez que mediante una disciplina de hierro en el frente. Bajo la amenaza de severos castigos, a los soldados se les prohíbe sostener conversaciones políticas de toda clase. Cada sector y cada trinchera se hallan por completo aislados de los demás. Cuando, hace unos días, en la Casa del Campo, un soldado fue a ver a un amigo suyo que estaba en la trinchera vecina para charlar, el oficial le golpeó hasta hacerle salir sangre, y le quería fusilar; otros oficiales tuvieron que disuadirle de que lo hiciera.

Los soldados comen de manera irregular y pésimamente. En algunos sectores del frente de Madrid empezaron la agitación y las protestas; después de ello, la comida mejoró, pero sólo por algunos días. Llevan muy estropeados el calzado y la ropa, pero no les dan prendas nuevas. Esto resulta patente por los mismos prisioneros y evadidos: son auténticos andrajosos, vestidos con ropa de verano rota, sin manta, calzados con alpargatas. A menudo los combatientes republicanos recogen entre todos, para sus prisioneros, tabaco, periódicos, naranjas, calcetines, bufandas. El mando fascista ha permitido a sus soldados requisar la ropa y el calzado de los campesinos de las aldeas. Se prohíbe hacerlo en las ciudades.

El cansancio, el frío, el hambre, la mala alimentación, los fracasos ante Madrid y la prolongación general de la guerra han provocado un estado de ánimo bastante malo entre las unidades de los facciosos. La pelea entre la Falange española burguesa y los fanáticos kulaks clericales del campo navarro hace vacilar el frente fascista.

Pero de todo esto no puede inferirse de ningún modo que ha menguado la capacidad combativa del ejército de Franco.

He preguntado a un soldado, obrero socialista, llevado por los fascistas al frente desde la cárcel y evadido a nuestro campo a las tres semanas.

—¿Y has disparado contra los republicanos?

—He disparado.

—¿Mucho?

—Mucho...

—Así, pues, ¿habrás matado a los tuyos?

—Es posible. Tenía que disparar a la fuerza. El sargento vigilaba todos nuestros pasos. Por todas partes te encontrabas siempre con algún sargento que empuñaba la pistola. No son muchos estos sargentos, pero parece que no se acaban nunca. Y, a decir verdad, les tenemos más miedo a ellos que al mismo Franco.

Ésta es la pura verdad. Las clases, procedentes del antiguo ejército, desempeñan un papel enorme en el de los facciosos. Por ahora son ellos quienes le dan cohesión, quienes aseguran la capacidad combativa de las pequeñas unidades, de compañía abajo. El suboficial fascista es de origen español o extranjero... El rufián del ejército colonial, el de palo y tente tieso, el cuero de tambor, mantiene duramente en su mano, como un carcelero, a su sección. Le odian, pero le temen y le obedecen. Conduce a los hombres al combate a tortazos, a palos y pegando un tiro a los que se rezagan. En cambio, cuando la unidad fascista recibe un golpe verdaderamente demoledor, de modo que no quepa la menor duda de su carácter ofensivo, cuando tal sargento pierde aunque sólo sea por un minuto su influjo sobre sus soldados, que no pueden chistar, éstos corren a todo correr, arrojando fusiles, cañones, todo lo del mundo, y nada puede entonces detenerlos. Así ocurrió durante los contraataques republicanos en Majadahonda y Las Rozas, así sucedió en Guadalajara, así se vio en los asaltos al cerro de los Ángeles.

2 de febrero

Todo se ha calmado. Los republicanos preparan ahora una nueva y gran ofensiva. Su objetivo es alejar decididamente a los fascistas de Madrid. Para ello se concentran y se preparan nuevas e importantes reservas, un gran número de brigadas. El propio Largo Caballero ha aprobado el plan preparado por el Estado Mayor Central. En Madrid aún nadie sabe nada acerca de dicho plan, pese a que las unidades madrileñas han de asestar un golpe complementario.

La preparación de la batalla ha de exigir aún otra semana. He decidido, al fin, salir de Madrid por algunos días. No me he apartado de aquí desde el 17 de octubre. Ahora, según me parece, puedo salir. Si ocurre algo inesperado, tendré tiempo de regresar.

Hemos salido con Dorado por la carretera de Valencia, y cerca de Tarancón hemos doblado hacia el sur, a La Mancha.

Madrid ha quedado atrás y sólo en este momento he comprendido de verdad el gran peligro que lo amenaza, de qué modo está, Madrid, separado del mundo, qué destino más extraño, triste, amargo y glorioso se han elegido estos centenares de miles de hombres que viven entre esas paredes, en esas calles, entre esas trincheras y barricadas.

3 de febrero

Ya oscurecía cuando por una carretera llena de baches, abandonada, nos acercábamos al pueblo. Durante todo el camino, el secretario del comité del distrito nos ha invitado a probar manzanas de su bolso; nos ha hablado con pausada palabra de las semillas selectas, de la fuerza de tracción, de la reparación de los aperos, de que las instancias provinciales les habían prometido un tractor y al final no lo han mandado, de que los periódicos llegan con un retraso imposible, de que va muy coja la preparación premilitar de los que han de ser llamados a quintas y de que ésta es una cuestión que depende de la falta de personal preparado.

El campo está formado por bancales ondulados, en suaves colinas; a lo lejos se divisaron unas casas blancas. Así, pues, será posible acostarse, dar un poco de descanso al hombro dolorido, dormir un poco. Iban por el camino dos campesinas con blusas bordadas, con pañuelos en la cabeza; en dirección contraria a la nuestra iba otra, también con un pañuelo en la cabeza, montada en una caballería. Pero iba montada no en un caballo, sino en un borrico. Y esto me recordó que la muchacha montada en la caballería podía ser Dulcinea, la auténtica Dulcinea del Toboso, la adorada dama del ingenioso y desdichado hidalgo don Quijote de la Mancha; me recordó que no estábamos junto al Terek ni en el Kubán, sino en La Mancha, que el pueblo próximo era El Toboso, del distrito de Quintanar, de la provincia de Toledo. El secretario se llama Gregorio Gallego, nunca ha salido de La Mancha, con gran dificultad se puede imaginar el Kubán y se quedaría más que asombrado al encontrarse allí con mozas tocadas con pañuelos, exactamente como en Quintanar.

El Toboso nos ha recibido con hosco ceño. Las casas aparecían inabordables, sin luces, como pequeñas fortalezas de uno y dos pisos. En la pesada puerta de la iglesia, colgaba un candado medieval y un letrero de cartón: «Depósito popular de grano antifascista.» Una larga cola de amas de casa, con pañuelos negros, se torcía como una serpiente tras la esquina y entraba en una tienda de comestibles. Vendían chocolate para desleír, media libra por persona. La aldea se veía limpia, como por Pascua; todo estaba barrido, todo ordenado y en su sitio. Madrid acudía a la memoria como un inmenso vivac lleno de basura.

El alcalde nos recibió amable y circunspecto. Se estaba calentando ante un enorme brasero de cobre; el leve humo de los carboncillos se elevaba hacia las ennegrecidas vigas del techo; al extremo de la estancia vacía y baja de techo, sentados en un banco de piedra, bajo una tabla con viejos decretos amarillentos, había unos campesinos fumando en pipa y escuchando en silencio nuestra conversación.

Al principio hablamos de cuestiones generales y políticas. El alcalde contó que los tiempos son difíciles, desde luego, pero El Toboso los soporta sin el menor descontento y toda la villa, como un solo hombre, es fiel al actual gobierno legítimo. En particular él mismo, el alcalde, hacía cuanto podía para que El Toboso fuera un ejemplo de lealtad y obediencia a las autoridades. De sí mismo dijo el alcalde que, formalmente, era republicano, pero que por sus convicciones

era comunista, si bien tampoco le desagradaban las ideas anarquistas. A la pregunta de qué opinión le merecía el Partido Socialista, el alcalde subrayó que también este partido le había entusiasmado siempre. ¡Acaso se puede ser comunista sin ser socialista y republicano! De los dos mil quinientos habitantes de El Toboso, sólo mil cien participaron en las elecciones de febrero del año pasado. De ellos, doscientos votaron por los partidos del Frente Popular, y novecientos —el alcalde suspiró penosamente— votaron por los partidos de derecha y fascistas. Después de la sublevación y comienzo de la guerra civil, quince hombres fueron detenidos, unos once se escondieron. Los demás, a juicio del alcalde, han comprendido sus errores y ahora, según él se ha expresado, respiran con el mismo pecho que el Estado.

Por lo visto, esta parte de la conversación ha sido la más delicada e incómoda para el alcalde, quien tan pronto se frotaba las manos, ateridas, sobre el brasero, como se secaba el sudor de la frente, como fruncía de manera muy significativa las cejas, como soltaba una pícara risita de conejo, y se alegró mucho cuando recabó su atención la llegada de una muchacha muy joven, muy alta y muy triste.

—¡Aquí tiene usted —dijo muy animado el alcalde—, aquí tiene usted a uno de los muchos ejemplares de las famosas Dulcineas del Toboso! Antes venían los turistas, pero ahora no hay quien contemple a las bellas de aquí.

Por mi parte, he procurado mostrarme como un caballero galante y culto, y he asegurado a la muchacha que desde hacía mucho tiempo soñaba con verla a ella, hecha famosa en la inmortal creación de Cervantes. Pero la bella no me comprendió a mí ni comprendió al alcalde. Era analfabeta, como el noventa por ciento de los habitantes de El Toboso, como el cuarenta por ciento de la población toda de España. La muchacha había acudido a pedir un vale de un kilo de carne para su padre enfermo, carpintero de la aldea.

El alcalde sonrió dulcemente.

—Ya sabes que no soy médico. Sólo el médico puede indicar cuál es la enfermedad de tu padre y saber si esta enfermedad exige una cura con los elementos contenidos en la carne de los animales domésticos o si, por el contrario, esta carne puede complicar la enfermedad y hasta llevarla a un extremo y triste final. Tráeme, pequeña, un certificado médico y daré la orden de que te entreguen la carne que pides.

La muchacha salió, inclinándose tristemente. El alcalde comentó que la población aún no es del todo comprensible y que él se ve obligado a explicar cosas muy simples. Después de esto, pasamos a las cuestiones económicas.

La tierra alrededor de El Toboso pertenece en su mayor parte a campesinos ricos y a pequeños propietarios. Aquí hay pocas haciendas que no tengan cinco, cuatro, tres o por lo menos dos braceros. Había también algunos grandes terratenientes, pero éstos se han escapado, todos, al campo fascista, y la comunidad ha confiscado sus tierras, unas dos mil hectáreas. En esas tierras, según ha comunicado solemnemente el alcalde, se ha organizado un koljós.

—¿Cuántas familias lo componen?

El alcalde no puede decirlo.

—¿Quién lo sabe? ¿Quién dirige el koljós?

Había que entender la respuesta en el sentido de que la tierra confiscada está bajo la dirección del comité del Frente Popular, compuesto por representantes de todos los partidos políticos de la localidad. Por lo que respecta a diferentes detalles como faenas del campo, su distribución, utilización de los caballos y todo lo demás, el comité dispone, para todo ello, de un director técnico, cuyo nombre el alcalde no recordó.

Perdimos casi una hora para encontrar al director técnico. Resultó ser un hombre de poca estatura, muy listo, con autoritarios giros de lenguaje. A las primeras palabras se puso en claro que no es el comité del Frente Popular, sino él, personalmente, quien dirige todas las cuestiones relativas a lo que en El Toboso se denomina koljós. Con ayuda de braceros y de campesinos pobres, utilizando los mulos confiscados, los aperos y las semillas, ya en enero y febrero labró la tierra y sembró trigo, avena y cebada, y ahora está preparando la escardadura de los campos. Da de comer, si bien muy parcamente, a los trabajadores y a sus familias. Al principio entregaba a todos un mismo racionamiento, pero ahora ha introducido una especie de pago por jornada de trabajo o mejor dicho, un pago en especies por cada labor, efectuada a destajo. Ahora procura ponerse de acuerdo con los trabajadores para la poda de las vides y la acolladura de los olivos.

—¿Con qué frecuencia se reúnen los miembros del koljós? ¿Tienen ustedes alguna administración o dirección?

El director técnico explicó que sólo se celebran reuniones para tratar de cuestiones políticas; en cuanto a las técnicas (con este concepto lo abarcaba literalmente todo), el Comité del Frente Popular le ha dado a él, al director técnico, plenos poderes para que lo resuelva todo personalmente... Se ha sorprendido mucho cuando le he dicho que en nuestro país, en la Unión Soviética, se entiende por koljós algo completamente distinto.

—¿Y no sería mejor, por ahora, entregar parte de la tierra confiscada a los campesinos que tienen poca y a los braceros, individualmente o unidos en grupos?

No, ni el alcalde ni el director técnico lo consideran justo.

A su juicio, los braceros y los campesinos individuales no son capaces de cultivar la tierra por sí mismos. No disponen para ello de fuerzas ni de recursos. Y lo más importante es que, al distribuir la tierra, se podría armar algún lío, cosa que al alcalde le preocupa. Dar la tierra es fácil, pero recuperarla otra vez es difícil. Por este motivo, las figuras dirigentes de la villa de El Toboso han decidido por ahora no tocar las haciendas confiscadas, mantenerlas en la mano y, después de la guerra, cuando todo se aclare, ya se verá lo que con la tierra se hace.

Por ruego mío nos mostraron la caballeriza de la hacienda colectiva. Buena cuadra de albañilería. Treinta mulos en el establo. Nunca me había figurado que los mulos pudieran ser tan altos. Ahí mismo se guardaban los arados —viejos arados, con rejas cortas y romas, que en Rusia ya no se encuentran en ninguna parte—. Los mozos de la cuadra abrevaban a los mulos con agua fresca y se llevaron la mano a la boina, saludando, al ver al «director técnico». Todo, en conjunto, daba la impresión de una buena finca administrada por un celoso intendente mientras el dueño se encuentra en el extranjero.

Salimos a la calle —negra noche, no se ve nada a un paso—. En una oscuridad semejante no es necesario ser hombre de imaginación viva ni un don Quijote para percibir en los silbidos del viento los alaridos de las hordas enemigas ni en el golpe de un portillo que se cierra el disparo de un pérfido enemigo. Pequeños grupos y bandas de fascistas sin albergue merodean por los caminos de la retaguardia republicana; de día, se esconden en cuevas y barrancos; de noche, se acercan sigilosamente a los poblados para entregarse al pillaje y a la represión.

—¿Y a qué se dedica la gente de su villa después del trabajo? ¿Cómo pasa el tiempo, cómo se divierte?

El alcalde no sabía qué responder:

—Verá usted, antes mucha gente iba a la iglesia. También la ju-

ventud. No tanto por sus sentimientos religiosos como para distraerse. En la iglesia y a su alrededor podíamos vernos, los muchachos podían echar el ojo a las muchachas y las muchachas a ellos, podían conocerse poco a poco; ahora esto ya queda descartado y no hay dónde reunirse, la gente se queda por las casas o acude a la casa de alguna muchacha que tenga petróleo. Reunirse sin luz, lo prohibimos: puede haber tentaciones. Los viejos, naturalmente, duermen.

El alcalde nos ha conducido a la hostería. Bajo un tejadillo, junto a un abrevadero tallado en piedra, en el que, sin duda alguna, bebió Rocinante, ya se había cobijado el automóvil. Dentro del hostal, ante el frío hogar y a la luz de un lamentable candil, estaba semiacostado, con cara de pocos amigos, el hambriento Dorado. Pero el alcalde, llamando al posadero aparte, le susurró un par de palabras y en seguida desencantó la triste y fría choza. Ardió en el hogar un alegre fuego, en las brasas comenzó a dorarse una apetitosa pierna de cordero; resulta que en El Toboso es posible obtener carne también sin la receta del médico, incluso en cantidades extraordinarias para el estómago.

Además del cordero, el dueño puso a la mesa no sólo olla —guiso español con toda clase de raíces y especias—, no sólo la maravillosa sopa quintanareña, sino, incluso, morteruelo, famosa pasta manchega a base de hígado de ganso, digna de competir con la de Estrasburgo. Sobra hablar del gran jarro de vino del país, un poco áspero y que se sube fácilmente a la cabeza. Por todo esto, como por la cama y por el fuego del hogar, el posadero de El Toboso nos despellejó más que en el hotel más caro de la capital. Pero, a decir verdad, no había tenido oportunidad de cenar de ese modo en el medio año que llevo en España. En sueños se me apareció el ricachón de la aldea y glotón Camacho; el indignado don Quijote le exigía un vale de un kilo de carne para Dulcinea, enferma; Camacho se reía de la armadura de cartón del Caballero de la Triste Figura y exigía un certificado del sastre.

5 de febrero

Desde El Toboso hasta la Villa de Don Fadrique hay una hora en coche. Para hacer este mismo camino en sentido inverso, don Quijote necesitó un día. Calculando que el rocín de don Quijote podía recorrer en una jornada veinticinco kilómetros, los doctos cervantistas que, con su celo, han eclipsado en mucho a nuestros pushkinistas, incluyen a Villa de Don Fadrique en el número de cinco villas en que pudo haber vivido el héroe de la gran novela nacional. Pero los turistas extranjeros nunca visitan Don Fadrique. Nada tienen aquí para ver: la villa no es más que esto, una villa, con casas, campesinos, un molino, unos abrevaderos y ganado. En cambio, Don Fadrique tiene nombre dentro del país. Sus campesinos lucharon contra los terratenientes fascistas durante los años de la reacción monárquica y en los días de la dictadura de Gil Robles. Cuando intentaron prohibirles las reuniones políticas y cerrar la Casa del Pueblo, los de Don Fadrique echaron a los guardias civiles a las afueras de la villa y luego, durante dos semanas, ante la emocionada atención de todo el país, con las armas en la mano, se defendieron contra dos batallones de castigo. Las autoridades fascistas no tuvieron más remedio que entrar en conversaciones y llegar a un compromiso, permitir de nuevo la apertura de la Casa del Pueblo. La villa no sólo ha salvaguardado sus derechos, sino que, además, ha ayudado a los vecinos. En todo el distrito de Quintanar y en esta misma villa, si la guardia civil, los terratenientes o su guardia privada empezaban alguna acción contra los campesinos, en seguida mandaban éstos recado a los mozos de Don Fadrique. Y los mozos acudían, enseñaban de qué modo había que luchar contra los fascistas, y eran los primeros en dar el ejemplo.

En el ayuntamiento nos ha rodeado un nutrido y animado grupo de viejos, jóvenes y mujeres. Han empezado a preguntar sobre la Unión Soviética, cómo se vive allí, qué se dice de la guerra de España, cómo ven el final. Y al mismo tiempo, pasando de unas cosas a otras, han hablado de sus propios asuntos, de sus preocupaciones y de sus éxitos.

En Don Fadrique hay exactamente el mismo número de habitantes que en El Toboso. Pero la villa ha mandado al ejército republicano cuatrocientos hombres. Veinte hombres han perecido combatiendo por la República. Sus nombres, enumerados, están escritos en una lápida conmemorativa rodeada de verdor, y tras ellos se han puesto demostrativamente aún otros treinta números, en espera de las nuevas víctimas.

Los campesinos de Don Fadrique luchan contra el fascismo no sólo con las armas en la mano. El poblado se encuentra a sesenta kilómetros de Toledo y a ciento cincuenta de Madrid. El alcalde y el co-

mité del Frente Popular han organizado suministros regulares a la capital asediada. No pasa día sin que salgan para Madrid dos o tres camiones con pan, queso, heno, vino, verduras y carne.

—Cómo, ¿tenéis carne? En El Toboso no basta ni para los enfermos.

La gente de Don Fadrique frunce el ceño.

—¡Basta! Lo que falta allí es vergüenza, ésa es la cuestión. En El Toboso tienen tanta carne como nosotros, pero el comité permite que se oculte y si se vende, es a escondidas, no para Madrid, sino para Levante —allí la pagan más—. Nosotros, en cambio, nos atenemos a una ley rigurosa: si vienen del este, respondemos que aquí hay víveres, pero no podemos venderlos, porque abastecernos a Madrid. No los damos a ningún precio, no nos asustan papeles de ninguna clase y menos aún si nos vienen con la fuerza. Cuando vienen los madrileños, ya los conocemos, cargamos el camión a más no poder, y no discutimos por el precio. En el propio Don Fadrique puede comprarse carne en la tienda.

En efecto, en la calle principal funciona una limpia carnicería con un rótulo que dice: «sindicato campesino.» Venden dos kilos de cordero a quien lo desea. En la tienda no se forman colas. «Sindicato campesino» es el nombre que se da a la cooperativa de consumo de la localidad. Vende productos agrícolas o los cambia (el dinero en efectivo va muy escaso) por azúcar, café, cerillas, petróleo. Tiene abiertas varias tiendas en la villa. Últimamente, el sindicato adherido a la Federación General Española de Campesinos ha obtenido del Banco Nacional Campesino un subsidio y créditos para sus miembros.

Otra gran asociación de la villa es la de los jornaleros del campo. De él forman parte los jornaleros y los pequeños artesanos de la localidad. El sindicato de campesinos y el de jornaleros han tomado cada uno de ellos, para su disfrute, trescientas hectáreas de la tierra confiscada a los sediciosos. Las setecientas hectáreas restantes han sido entregadas para disfrute individual, por acuerdo del ayuntamiento y partidos del Frente Popular, a los campesinos pobres y a los jornaleros, atendiendo a sus solicitudes.

—Para este año, hemos establecido una regla: quien se compromete a trabajar un trozo de tierra, que trabaje tanto cuanto pueda y que venda el fruto de su labor. Ello será en beneficio del pueblo y del ejército. Luego ya pondremos en claro de quién es esa tierra. En todo caso, por ahora estamos nosotros aquí.

Veinticinco kilómetros de distancia entre los dos poblados, ¡y qué diferencia más enorme!

En El Toboso apenas se disimula la hostilidad y el sabotaje a la República y a su guerra de liberación; miseria demostrativa, ostentosa, en una aldea que siempre ha sido rica, ocultación de productos y especulación con los mismos, explotación de los jornaleros y campesinos pobres al socaire de una engañosa forma izquierdista de colectivismo, la cual, en ciertas condiciones, puede resultar simplemente una protección temporal de la tierra de los propietarios en espera de su llegada.

En Don Fadrique, lucha activa, abnegada, de los campesinos contra el fascismo. Ayuda activa a los obreros y a la pequeña burguesía de la ciudad antifascista, comercio libre de los campesinos con los productos de su trabajo, lo que constituye una ayuda al Estado democrático de nuevo tipo.

¿A qué se debe tanta diferencia? ¿Puede atribuirse tan sólo al hecho de que El Toboso es una población de kulaks y Don Fadrique lo es de campesinos pobres?

A mi modo de ver, la cuestión no radica sólo en esto. En Don Fadrique hay una notable capa de campesinos ricos y acomodados con haciendas de quince, treinta y hasta cuarenta hectáreas de terreno, con cinco o seis mulos y cinco vacas en cada una de dichas haciendas, con trabajo asalariado y gran reserva de mercancías. Con dos de tales hacendados he calculado cuál es su capital básico y he llegado a más de cincuenta mil pesetas en cada caso. Pero tanto estos hacendados como todos los campesinos medios, están por entero al lado del gobierno del Frente Popular, le envían trigo, patatas e hijos para las trincheras. En El Toboso, en cambio, hay numerosos jornaleros que, en el fondo, hasta ahora no están organizados y no han hecho más que cambiar de amo: en lugar del terrateniente, tienen sobre sí el comité, y ni siquiera el comité, sino el «dirigente técnico».

En todo ello se refleja la diferencia en el trabajo de los partidos políticos.

En Don Fadrique, socialistas, comunistas y republicanos, desde hace mucho, y sobre todo en los últimos tiempos, han desarrollado una gran actividad. Han explicado a los campesinos cuáles son sus intereses, les han enseñado a defender sus derechos frente a las depredaciones de los terratenientes fascistas y a la vez los han puesto en guardia contra los irresponsables experimentos de los aventureros iz-

quierdistas de todo pelaje. La consecuencia ha sido que los campesinos saben qué es lo que puede darles la República democrática, qué pueden exigir ellos de la República, saben qué es lo que puede arrebatarles Franco y por qué es preciso luchar contra él.

En El Toboso, el comité del Frente Popular es sólo una pantalla para los forasteros. Toda la vida de la aldea está constreñida en el estrecho marco sindical, y el trabajo político en torno a la iglesia cerrada, por las casas silenciosas y oscuras, lo llevan a cabo los propios fascistas que han quedado indemnes. El Toboso y Don Fadrique son dos polos, dos puntos extremos del estado en que se encuentra hoy el campo español. Entre estos dos polos se sitúan todas las variedades y todos los matices de su vida compleja, turbada y hondamente conmovida.

En Madrid, el ministro de Agricultura Vicente Uribe me había mostrado un grueso tomo de hojas escritas a máquina: tablas sinópticas de las innumerables formas y combinaciones en que se están utilizando las enormes posesiones de los facciosos, confiscadas por el pueblo. Haciendas del Estado, comunales, sindicales, haciendas colectivas e individuales, todas las formas de la cooperación: comercial, crediticia, de producción, etc. Comunas anarquistas integrales, con una absoluta colectivización de todos los bienes, hasta de la ropa blanca en uso, retirada del dinero y sustitución del mismo por bonos cortados de las etiquetas de los paquetes de cigarrillos.

Por ahora, en plena guerra civil, resulta muy difícil regularlo todo e incluso orientarse en todo ello. El gobierno obra bien al conceder créditos y apoyar ahora todas las formas —individuales y colectivas— de explotación agrícola partiendo de un solo carácter: el de su productividad. Labrar todos los campos, sembrarlos, recoger la cosecha, ésta es la exigencia primera y fundamental que el gobierno presenta al campo.

Es imposible hacerlo de otro modo. La reserva de víveres puede decidir la suerte de la guerra y de todo el régimen democrático. Y hay motivos para experimentar una honda alegría: en toda la España republicana no se ve ni un trozo de tierra laborable sin labrar y sin sembrar. Hasta en la misma línea del frente, bajo el fuego de la artillería, bajo las bombas de los aviones, el campesino ha cumplido tranquilamente su deber cívico.

Lo demás depende ante todo de los partidos políticos. Los frutos de su trabajo, bueno o malo, débil, fuerte o nulo, útil o nocivo, pueden verse de manera palmaria en cada pueblo, en cada cortijo, en cada casa campesina.

Allí donde los partidos se han ocupado del campo, donde han salvaguardado el orden, la legalidad y los intereses de sus habitantes, allí donde se ha fortalecido la alianza antifascista con la ciudad, el campesinado ha dado asombrosos ejemplos de heroísmo y de autosacrificio, ha creado destacamentos de partido, ha dado cobijo en sus casas a los refugiados de las ciudades y con una auténtica nobleza española comparte con ellos todo lo que posee. Allí donde la labor política se ha reducido a tomar medidas administrativas, a hacer requisas y a pegar carteles, allí la gente, hosca, se pasa el tiempo en sus casas esperando ver hacia dónde soplarán los vientos. Y gente que no es mala, gente a menudo muy buena, capaz de ayudar a la República luchando y trabajando.

6 de febrero

Los hospitalarios anfitriones no quieren dejarnos salir de Don Fadrique. Nos conducen por el pueblo —nos acompaña ya un grupo de unas cuarenta personas—, nos lo muestran todo y todo nos lo cuentan. Aquí hubo una barricada contra los guardias civiles de Gil Robles, aquí cayó combatiendo Ángel Cabrera, un excelente muchacho, herrero. En esta casa hay que entrar sin falta: a este campesino ayer le nació un hijo y le han dado el nombre de José, en honor de José Díaz. En esta otra casa, durante el día no hay nadie, pero de noche se dan cursos para liquidar el analfabetismo, bajo la dirección de una señora, republicana. Es una pena que esta señora se haya ido por la mañana a Quintanar, nos hemos cruzado en el camino.

—¿Y hay calma aquí, cuando llega la noche? ¿Es aburrido, esto?

—Quédese, pase una noche en Don Fadrique, verá cómo vivimos. Tenemos dos Casas del Pueblo, cine, sala de baile, nuestro propio grupo dramático, numerosos círculos, sala de lectura, talleres voluntarios donde, de noche, las mujeres confeccionan ropa blanca para los combatientes y los heridos.

En este apartado rincón, la gente ha visto los mejores films del mundo y casi todos los grandes films soviéticos. Resulta que uno de

los que más les ha gustado es *El exprés azul*. Lo han pedido por cuarta vez.

El principal orgullo de Don Fadrique es su vieja Casa del Pueblo, la misma cuya defensa hizo que el pueblo plantase cara a dos batallones. La construyeron en tiempos de la monarquía; participó en la construcción todo el pueblo; hombres y mujeres traían las piedras una a una, o un madero, o un cristal para las ventanas. Entramos en este edificio no muy grande, tipo barraca, frío, con varias hileras de bancos de madera. Hay otra casa nueva, lujosa, en el edificio del ex-club de los propietarios, muy ricamente montado, cómodo, con muebles confortables y con todos los detalles que pudieron imaginar los señores provincianos. Pero todas las reuniones políticas siguen haciéndose, como antes, en la vieja casa.

—¿Por qué?

—Entre nosotros, la casa vieja es tenida por más honrosa.

Los donfadriquenses se ríen:

—No se olvide de que todos nosotros, si bien se mira, somos unos Quijotes a pesar de todo.

Se consideran Quijotes, si bien por su origen, por su sangre, por su estamento resulta que son descendientes del campesino Sancho Panza.

Sosteniendo por tradición el culto oficial del gran Cervantes, la España rectora de ayer, la España de terratenientes y monjes, de banqueros y filósofos místicos, interpretaba su libro como dilema trágico e insoluble entre el caballero ideal, el Quijote aristócrata y el zarandeado y ofendido Sancho, plebeyo, entre la poesía y la prosa, entre el sueño maravilloso y la vulgar realidad. Esto era una falsedad y, ante todo, una falsedad respecto a Cervantes. Al gran escritor de España le eran igualmente caros los dos personajes, los describió a ambos con el mismo cariño. Para Cervantes, Quijote y Sancho no constituyen una contradicción, sino una síntesis, no forman una tragedia, sino una apoteosis de las fuerzas espirituales y creadoras del pueblo español.

Han llegado los días de las grandes pruebas. El Caballero de la Triste Figura y su amigo, su escudero, han entrado en combate no ya con los molinos de viento ni con los legendarios encantadores.

Las fuerzas armadas más crueles y más negras del siglo xx han dirigido su golpe demoledor sobre la España pacífica y sin preparar.

El mundo presencia el glorioso duelo de don Quijote. Lucha él

por toda la humanidad, con los enemigos de todo el género humano. Su lanza defiende no sólo su propia tierra, su hogar y su familia, defiende además la cultura española, los libros, las ideas, la libertad de pensar y de crear.

7 de febrero

Valencia me ha recibido con una suave tibieza, con el maravilloso hálito del mar, de las flores y de las frutas. Después del grave Madrid, serrano y guerrero, esto es como un sedante baño. Las naranjas forman como un tapiz dorado en decenas de kilómetros alrededor de la ciudad, no hay adónde exportarlas, no hay a quién venderlas. Los naranjos, llenos de fruto, crecen en las calles principales, en medio del asfalto, entre los postes de las farolas y los cables de los tranvías. Esto resulta tan poco natural como si al abrir el grifo del baño en vez de agua salieran pececitos. Las aceras están obstruidas por una apretada muchedumbre ociosa. Vagan y están sentadas, repantigadas en torno a las mesitas, divisiones enteras de gente joven en edad de quintas. En la plaza central, la de Castelar, un enorme letrero: «No olvidéis que el frente pasa a 140 kilómetros de aquí.» El abastecimiento se hace sin orden, en los mercados hay pocas provisiones, pero en los restaurantes se come a placer carne, pollo, pescado, embutidos y verduras. La ciudad está llena a rebosar, las viviendas están superhabitadas, los ministerios aún siguen peleándose por los edificios; los ministros viven y comen en los hoteles, cada uno de ellos va seguido de una bandada de periodistas; por la noche, en los restaurantes de los hoteles, en torno a la taza de café, que se toma en compañía de todos, se examinan en alta voz todas las cuestiones militares y estatales.

A Largo Caballero le censura todo el mundo: los enemigos, en voz alta, sus partidarios, con sordina. Pero le temen un poco; el «viejo» tiene maneras rudas, de vez en cuando grita, no admite objeciones, los problemas militares los resuelve personalmente como ministro de la Guerra: todos los demás problemas los resuelve personalmente como jefe del gobierno. A fin de cuentas, bien estaría que los resolviera. Pero el caso es que no los resuelve. Los papeles de capitalísimo valor operativo militar se acumulan en enormes montones, sin exami-

nar, sin cumplir. Ocurra lo que ocurra, Largo Caballero se acuesta a dormir a las nueve de la noche, y nadie se atreve a despertar al «viejo». Incluso si Madrid cayera a medianoche, el jefe del gobierno sólo se enteraría por la mañana. Contra él se lleva una sorda lucha, pero él aplasta por ahora a todo el mundo con la amenaza de retirarse y decapitar, así, el Frente Popular. Incluso los comunistas, que ven con mayor claridad que los demás lo nefasta que es la política de Largo Caballero, incluso ellos, consideran por ahora prematura y nociva su dimisión, creyendo que esto perjudicaría la autoridad exterior del gobierno. El «viejo» lo percibe y por esto aterroriza adrede a todo el mundo: o se le escucha sin chistar o lo abandona todo.

La nueva ofensiva se prepara con una lentitud terrible, las unidades no están completas, no están armadas aún, pese a que hay armas. Caballero no entrega ni un solo fusil sin su visto bueno personal; cree que cuanto más tarde entregue los fusiles, tanto mejor los guarda. En realidad, ocurre lo contrario. Los soldados se ejercitan con palos de madera, y al recibir el fusil poco antes de entrar en combate, no saben manejarlo, lo rompen o lo tiran. De la proyectada ofensiva está enterada la ciudad entera; está enterado, naturalmente, el enemigo, y aquí lo saben y el enemigo sabe que nosotros lo sabemos. En los cafés, en los Estados Mayores, en los tranvías se discute acerca de si los facciosos lograrán adelantársenos o de si seremos nosotros los que nos adelantaremos al enemigo.

Después de Madrid, oír todo esto resulta insólito, lamentable e inquietante. En Madrid, a dos kilómetros del frente, se cree más en el éxito que aquí, en la retaguardia.

Lo fundamental en el plan operativo de la ofensiva republicana (este secreto plan también a mí me es conocido, claro está; ¡en qué voy a ser peor que los otros!), lo fundamental estriba en que el grupo de choque, fuerte de quince brigadas, todo un ejército, aseste a los fascistas un golpe en el flanco izquierdo de nuestra defensa, desde el sector de la Marañosa-San Martín de la Vega y alcance el primer día la carretera de Toledo. Un grupo auxiliar atacará hacia Brunete. Otro grupo cubrirá al fundamental por el sur. A los madrileños se les deja que den unos golpes complementarios: uno desde El Pardo y otro desde Villaverde, desde las anteriores posiciones fortificadas de Líster.

Al cuerpo de ejército madrileño, ya fogueado, probado en los duros combates, se le asigna un papel secundario. No falta en esto cálculo político. Largo Caballero y el jefe del Estado Mayor Central, general Cabrera, se han metido en la cabeza que van a liberar Madrid con las fuerzas de un ejército completamente nuevo, formado por ellos mismos, con el cual los madrileños no tienen ninguna relación. De este modo Caballero lavará su mancha, pues no sólo abandonó Madrid en noviembre, sino que, además, declaró abiertamente que carecía de todo sentido estratégico defender la capital cuando no era oportuno. ¡Ahora va a demostrar que tenía razón y se presentará como liberador de Madrid!

El engranaje del Estado Mayor funciona despacio, rechinando. Viajan los oficiales: de Valencia al Estado Mayor del frente central, del Estado Mayor del frente central, a Madrid. Las cartas, las relaciones, los informes, hacen su camino a paso de tortuga, bostezan, envejecen, se anulan. Se celebran interminables conversaciones por teléfono. Los servicios de contraespionaje han advertido muchas veces que los fascistas escuchan, que no es posible confiar en los cables telefónicos. Por esto los jefes conversan en un lenguaje terriblemente conspirativo:

—¡Hola, coronel! ¿Ya han llegado los pajaritos?

—Sí, mi general. Han llegado hoy a las nueve treinta.

—¿Muchos pajaritos?

—Catorce pequeñitos y cuatro grandes. Dos pajaritos grandes al tocar tierra se han roto el chasis.

—¡Caramba! ¿Qué idiota los conducía?

—De esto ya se ha informado al gordote de la aviación. Pero no le ha impresionado en lo más mínimo.

—Para el ministro, éste es un acontecimiento demasiado pequeño. De todos modos seguirá considerando que tenemos a nuestra disposición cuatro pájaros pesados.

—¿Y las tortugas, ya están en camino?

—Todas no, mi general. Dos secciones de tortugas están reparando las transmisiones de las cadenas.

—¡Así no vamos a empezar nunca! ¡La boda se aplaza ya por segunda vez! ¡Juro por la sagrada comunión que los fascistas empezarán antes que nosotros! Los servicios de información comunican que allí ya lo tienen todo preparado para su boda.

—¡No puedo hacer nada! Usted ya sabe, mi general, qué pasa con el novio: se encalabrina cuando hacemos alguna advertencia.

—Y el sustituto del novio, ¿ya ha salido de Valencia?

—Me figuro que no saldrá. El novio hará el viaje con su segundo sustituto.

—¿Con el de la barba?

—Con el de la barba, mi general.

—Esto no tiene nada que ver conmigo. De esto no sé nada. A mí no me encontrará.

—¿Qué manda informar acerca de la salud de los niños?

—Los niños están en perfecto estado de salud. La temperatura se eleva. Téngalo en cuenta: en la última partida de juguetes faltaban dos mil ochocientas piezas. Y esos... cómo se llaman... no bastan. Se me están terminando. Hasta en los días de calma los gastamos... esos... ochenta mil al día.

—¿Y los pajaritos de ellos, no han venido?

—¡Cómo no! Han venido. Siete pájaros. Han echado nueces. Siete nueces.

—¿No hay víctimas?

—Hay víctimas. Una nuez estalló al lado mismo del Estado Mayor. Ha muerto a un hombre con un palo.

—¿Con qué, mi general?

—¡Con un palo, digo!

—Perdone, ¿cómo, mi general?

—¡Con un palo, digo! ¿No entiende acaso el lenguaje figurado? Con un palo, con una ametralladora, ¡¿entendido?!

—¡Entendido, mi general!

La ofensiva estaba señalada para el 27 de enero; luego fue aplazada para el primero de febrero; después, para el día 6. Ahora, para el 20. Entretanto, no ya los servicios de información, sino las mismas unidades del flanco izquierdo de la defensa dan cuenta de la actividad del enemigo en dicho sector. Parece que Franco, a pesar de todo, se nos va a adelantar.

8 de febrero

¡Qué agradablemente estábamos comiendo con Del Vayo y su mujer en un restaurante de la playa! Nos sirvieron enormes langostas frescas y nuestra conversación giraba en torno a la situación internacional, a la posición de Roosevelt, a la posición del Vaticano, a la posición de Blum, a la posición de algún otro personaje, pero alguien vino

y nos dijo que los facciosos avanzan a más y mejor cerca de Madrid, que ya han cortado la carretera de Valencia y que todo está perdido.

Inmediatamente después de comer emprendí el viaje de regreso a Madrid. A última hora de la tarde llegué cerca de Arganda, dejé la ciudad a un lado; el camino estaba libre hasta la ciudad misma, pero el ruido de los cañones se oía muy cerca, la carretera se hallaba embotellada por tropas desconcertadas y asustadas. Debido a la oscuridad, las tomé por tropas madrileñas; al acercarme a los comandantes, empero, no reconocí a nadie. Resulta que eran las nuevas brigadas, que se habían dislocado para la operación de ofensiva, pero se habían detenido y retrocedían sin haber ocupado las posiciones de partida. A oficiales y comisarios se los veía atónitos, asustados; se hablaba de descalabro, de derrota, de la necesidad de retirarse inmediatamente. Para colmo de desdichas, ha ocurrido una desgracia en la XXI Brigada. El jefe de un batallón examinaba, con sus oficiales, una bomba cogida a un prisionero. La bomba estalló y mató a los siete oficiales del batallón.

Al llegar la noche, los facciosos, con fuertes ataques, avanzaron hasta la orilla derecha del Jarama, ocuparon el pueblo de Vaciamadrid, desde donde baten la carretera de Valencia, cortándola.

A Madrid se puede entrar por un camino lateral, pero pasé la noche en una casucha al pie de la carretera para ver lo que sucedía al amanecer.

10 de febrero

Los intentos para echar de Vaciamadrid a los facciosos no han dado resultado. La carretera de Valencia está ahora firmemente batida por el enemigo. Por lo visto, los fascistas están concentrando hacia esta parte nuevas fuerzas. De Madrid ha sido necesario retirar y situar aquí las unidades de siempre. De nuevo han aparecido Modesto, Líster, Hans, Lukács y Márquez. Ellos son los que han de taponar todos los agujeros. Las unidades recién traídas del ejército de reserva, en caótico estado, han sido llevadas a la retaguardia y allí se reorganizan.

11 de febrero

Por la noche, los moros se han acercado sigilosamente a la compañía que custodiaba el puente del ferrocarril, la han aniquilado por entero y han cruzado el Jarama.

15 de febrero

Esta noche, los facciosos han emprendido los primeros ataques en el sector de Arganda. Ahí se ha llegado a la lucha cuerpo a cuerpo y a la bayoneta. Los republicanos han rechazado a los facciosos y han conservado todas sus posiciones. El combate prosigue desde la mañana, pero con menos intensidad. Parece que el empuje ofensivo de los fascistas comienza a debilitarse. El día ha transcurrido entre el estruendo de los disparos de artillería y de ametralladora. Se pone furiosa, sobre todo, la artillería antiaérea alemana. Basta que aparezca en el horizonte un avión y al instante surge en el cielo una inmensa y mortífera nube negra, con reflejos de fuego.

Los fascistas han decidido, por su parte, bombardear las unidades republicanas desde el aire. A las catorce horas, han aparecido sobre el sector de Arganda seis Junkers acompañados de treinta y seis cazas. En un abrir y cerrar de ojos les han salido al encuentro en el aire cuarenta cazas republicanos. En total han participado en el combate, simultáneamente, setenta y dos aviones. Las tropas de ambas partes siguen con el alma en vilo los incidentes del combate aéreo. El ruido ensordecedor de decenas de motores lo invade todo.

Por tres veces intentan los Junkers pasar por encima de las líneas republicanas y arrojar sobre ellas las bombas. Y las tres veces se han visto obligados a huir de los cazas republicanos. No han tenido más remedio que volver a su punto de partida sin haberlas arrojado.

16 de febrero

El chófer Dorado es un buen hombre, pero de todos modos es algo más timorato de lo que debería tratándose de un comunista. Hoy hemos rectificado nuestra apreciación y le hemos calificado de héroe.

Hemos salido de Madrid por Vallecas, siguiendo la carretera de Valencia. Dorado conducía el coche tranquilo y seguro. Estos últimos días hemos venido varias veces aquí, al sector de Modesto y Márquez; el río quedaba a un lado. Como chófer, Dorado no se interesa por el mapa, lo considera entretenimiento de los pasajeros; no sabía que más allá, el río forma un acusado meandro, se acerca a la misma carretera, y que es precisamente ahí donde los facciosos la baten. Dorado iba sin inmutarse a ochenta kilómetros por hora; hemos pasado el mojón que señala los diecisiete kilómetros, el de los dieciocho; entonces, hago inclinar bruscamente la cabeza del chófer poniéndole encima la palma de la mano y le grito: «¡A todo gas!» Por la carretera se hallaban dispersos automóviles despanzurrados, cables telegráficos rotos por los obuses. Inclinándome yo mismo, veo con un ojo el pequeño zapato viejo del chófer que aprieta el pedal del acelerador. Las balas han empezado a chascar por la carretera, pero tontamente, con retraso, sólo una ha resonado en la caja de nuestro Buick, todas las demás han pasado de largo. No podía ser de otro modo. Los fascistas baten la carretera hace ya una semana y no esperaban que hubiera tontos para pasar en coche por aquí. En esto, precisamente, confiaba. Nos hemos lanzado como una bala por el puente de Arganda, allí han corrido a nuestro encuentro los franceses de la XII Brigada y por poco nos matan; creían que irrumpían los facciosos. «¡Bravo! —he gritado— Ésta ha sido tu prueba.» Como un triunfador, tras el volante, Dorado se ha dirigido al Estado Mayor. Lukács me ha echado un rapapolvo. Me ha amenazado con dejarme sin comer por intento de suicidio. Pero no lo ha hecho. De noche, al regresar a Madrid, he contado a los corresponsales extranjeros, bajo palabra de honor, que la carretera de Valencia, pese a las mendaces fábulas de la radio facciosa, sigue siendo viable para toda clase de vehículos, y que así lo he comprobado yo personalmente. Dos corresponsales han cursado telegramas. Con todo, yo no lo he hecho. No hay que exagerar.

17 de febrero

Un grupo de unidades madrileñas presiona desde el flanco y desde la retaguardia a las tropas de los facciosos que actúan en el río Jarama.

Desde las siete de la mañana, los republicanos, con apoyo de tanques y artillería, han comenzado el ataque en dirección a la Marañosa, al sureste del cerro de los Ángeles. La unidad de tanques ha vadeado magistralmente el río llevando tras de sí a la infantería. La artillería de los republicanos ha obligado a cambiar de emplazamiento a la antiaérea de los facciosos en el momento mismo en que ha aparecido la aviación de asalto republicana.

Cerca del mediodía, sobre el campo de batalla se han presentado los aviones fascistas: quince Junkers, acompañados de una nutrida escolta aérea. Toda esta flota ha bombardeado inútilmente el sector en que, creían ellos, se encontraba nuestra artillería. En su segundo vuelo, esa misma escuadrilla ha intentado atacar Arganda, pero ha sido cortada por los antiaéreos republicanos y se ha ido sin arrojar las bombas.

Durante la noche y el día del 18 de febrero, los facciosos han iniciado el contraataque en la Marañosa; en cambio, esto los ha debilitado en el Jarama, junto a Arganda.

Rabiosos por la operación ofensiva del grupo de Madrid, los facciosos han decidido castigar inmediatamente a los madrileños con un bombardeo nocturno. Nocturno, porque resulta menos expuesto para los bandidos del aire. Y he aquí que después de una interrupción de más de un mes, de nuevo tiemblan las ventanas por la fuerza de las explosiones, otra vez oímos los lamentos de los heridos, de nuevo las calles centrales quedan cubiertas con los escombros de las casas derruidas, de nuevo a los depósitos de cadáveres de la ciudad llevan mujeres y niños muertos.

Hace tan sólo dos semanas, declaró Franco que Madrid habría sido tomado hace tiempo de no haber sido su deseo de no someter la pacífica población de la capital a los horrores de los bombardeos de artillería y aviación. ¡«Humanismo» inspirado en los partes meteorológicos, en las pistas, reblandecidas por las lluvias, de los aeródromos! Los aeródromos se han secado y se ha secado al mismo tiempo la filantropía de Franco y de Goering.

Se ha librado un nuevo y duro combate aéreo sobre el Jarama hace sólo una hora. Por lo visto, esta vez los aviadores fascistas habían recibido la orden de mantenerse a cualquier precio, a cualquier precio hacer retroceder al enemigo, y han combatido con mucha tenacidad. Se han derribado siete aviones fascistas. Los republicanos han perdido tres cazas; uno de los aviadores está herido, el segundo está ileso; del tercero, no se tienen noticias. Pero también esta vez, aunque perdiendo tres de sus aviones, han arrojado al enemigo y se han hecho dueños del campo de batalla.

El combate en torno a Madrid va adquiriendo cada vez mayor intensidad. En él participan por ambas partes muchas decenas de miles de hombres. La pequeña guerra se ha convertido en una guerra grande.

18 de febrero

Los combates de los últimos tres días nos ofrecen muchos rasgos y episodios que ponen de relieve hasta qué punto se ha hecho tensa y dura la guerra, cuán lejos se encuentra del período inicial, primitivo, de tipo guerrillero.

La densidad del frente, en el Jarama, es elevada. Ambas partes han concentrado en un sector relativamente pequeño importantes fuerzas, grandes recursos de fuego. El fuego de artillería y de ametralladora, los ataques de la infantería, de los carros blindados, de los tanques y de la aviación, casi no se interrumpen. Van seguidos de incursiones nocturnas, de ataques a la bayoneta, de servicios de exploración a cargo de la caballería en los flancos.

Las pérdidas de los facciosos durante los últimos combates vuelven a ser muy elevadas. Desde los puntos de observación se ven hileras enteras de ambulancias que se dirigen de las líneas de combate a la retaguardia. Muchos de los muertos quedan en el campo de batalla. También los republicanos sufren sensibles pérdidas.

Con admirable arrojo los combatientes de una brigada han puesto fuera de combate y han capturado dos tanques fascistas y un cañón

antitanque. El ataque se ha efectuado en un terreno completamente abierto; únicamente la valentía y el desprecio a la muerte de los bravos «antitanquistas» les han ayudado a hacerse con lo suyo.

Las líneas de las partes contendientes se han aproximado tanto que a veces se entrelazan entre sí. Ayer un tanque republicano entró tranquilamente y sin darse cuenta en un campo situado en el dispositivo de los soldados de la legión extranjera fascista. Los facciosos reaccionaron también con mucha calma a la llegada del tanque, creyendo que era de los suyos. El jefe de la máquina salió fuera para informarse de la situación y sólo entonces se dio cuenta de lo que le pasaba. Su sangre fría y su decisión le salvaron. Volvió en seguida al tanque y abrió fuego. Los moros intentaron atacarlo con su arma antitanque predilecta: obuses de cristal con bencina, pero el tanque acribilló y aplastó a toda la unidad, después de lo cual volvió al lado de los suyos. (Un caso semejante ocurrió en enero en Majadahonda con un tanque fascista, pero allí la tripulación abandonó a su jefe y éste fue hecho prisionero.)

No siempre logran los tanquistas terminar el combate de manera tan feliz. Aquí ha muerto valiente y trágicamente el jefe de una sección de tanques, el gran camarada Fritz, alemán antifascista, obrero revolucionario. El impacto directo de un obús le dejó el tanque fuera de combate. Levemente herido, Fritz se tendió bajo la máquina, con la esperanza de poder salir luego a rastras. Un segundo obús le arrancó una pierna. Desangrándose, el heroico combatiente se defendió a tiros de revólver contra los fascistas que le rodearon; la última bala se la alojó en la cabeza, en su inteligente, osada y alegre cabeza.

Arriesgándose a sufrir nuevas víctimas, los camaradas de Fritz se lanzaron al contraataque y salvaron su cuerpo del escarnio. Allí mismo juraron vengar la muerte de su jefe. ¡En los campos de España, los obreros alemanes continúan luchando contra el fascismo hitleriano!

Cada día son más frecuentes las incursiones de los republicanos en las líneas de defensa inmediatas a la misma ciudad. La última noche, los fascistas intentaron recuperar un grupo de edificios que habían perdido la víspera. Los defensores de Madrid no sólo rechazaron el ataque sino que, además, habiendo descubierto, al perseguir al enemigo, dos ametralladoras que los flanqueaban, se abrieron paso hasta ellas, las destrozaron con bombas de mano y mataron a los que las manejaban.

Con tales salidas, multiplicándolas, los madrileños intranquili-



Tardienta (Huesca), agosto de 1936. Miliciana en un camión en esta localidad, próxima al frente. (*AISA*)



Exiliados de Irún y Fuenterrabía se refugian en Francia cruzando el río Bidasoa. *(AISA)*



Septiembre de 1936. Soldados franquistas en el patio del Alcázar en Toledo. (© *Albert Harlingue/Roger-Viollet*)



Toledo, 19 de septiembre de 1936. Edificios destruidos por los intensos combates en las proximidades del Alcázar. (*Efe*)



Toledo. Casas cercanas al Alcázar de Toledo que resultaron destruidas durante los combates entre los sitiadores republicanos y los sitiados al mando del general Moscardó. (*Efe*)



20 de septiembre de 1936. Koltsov con el comandante del *Nevá* en Alicante.



21 de septiembre de 1936. Fotograma de *L'Espoir*, de André Malraux.



21 de septiembre de 1936. Brigadas internacionales. El comandante «Carlos» (Vittorio Vidali). (*Foto Ringart*)



27 de septiembre de 1936. Juan Ambou, dirigente comunista asturiano, acompañado por Koltsov.



27 de septiembre de 1936. José Antonio Aguirre, jefe del gobierno vasco, visita el frente. (*foto Ringart*)



Irún, septiembre de 1936. Los cruentos enfrentamientos convirtieron a la ciudad en una de las más destrozadas de la primera fase de la guerra civil. (© *Roger Viollet/Contacto*)



Legionarios atacan una posición enemiga en el frente de Madrid. (*Efe*)



Madrid, diciembre de 1936. Grupo de civiles esperando un tren en la estación de Atocha para ser evacuados de Madrid. (© *Juan Guzmán/EFE*)



Septiembre de 1936. Las familias se ven obligadas a huir ante la toma de Irún por parte de las tropas de Franco. (*Roger Viollet*)



Madrid. Vista de la zona de Tetuán de las Victorias, que ha resultado seriamente dañada por los bombardeos aéreos. (*Archivo Francisco Longo/Efe*)



Madrid, 1936. Edificios destruidos en la Ciudad Universitaria. (*Efe*)



Madrid, 5 de noviembre de 1936. Construcción de una trinchera en la calle de Segovia, utilizando los adoquines del pavimento de la calzada. (*Efe*)



Madrid, 27 de septiembre de 1936. Rafael Alberti pronuncia un discurso en el mitin organizado por la Alianza de Intelectuales Antifascistas, en el teatro de la Zarzuela. (*Efe*)



7 de noviembre de 1936. Sitio de Madrid.



Madrid, noviembre 1936. Avance de milicianos en el sector de la Casa de Campo y carretera de Extremadura. (*Efe*)



7 de noviembre de 1936. Sitio de Madrid. (*Del libro* Madrid, *Seix Barral, Barcelona, 1937*)



8 de noviembre de 1936. Duelo oficial en el entierro de Buenaventura Durruti en Barcelona. (*Cortesía de Josep Tarradellas*)



29 de septiembre de 1937. Fábricas catalanas de material de guerra. (*Cortesía de Josep Tarradellas*)



Probablemente Madrid, 1936. Quema de coches. (*Efe*)



Madrid, invierno de 1936. Desolación después de un raid aéreo italo-alemán. La ofensiva nacionalista sobre Madrid, desde el mes de noviembre de 1936 al mes de febrero de 1937, fue una de las más duras de la guerra civil. (*Robert Capa © Cornell Capa/Magnum Photos/Contacto, 2001*)



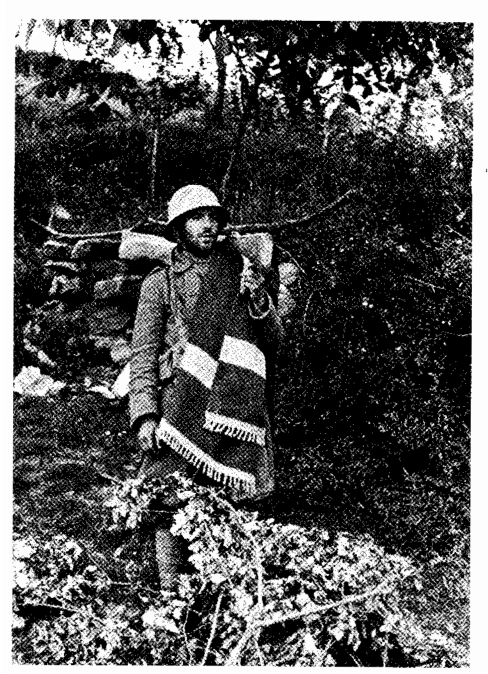
Madrid, noviembre-diciembre de 1936. Los civiles son los que sufren de manera más directa y cruel las consecuencias de los bombardeos del ejército italo-alemán. (*Robert Capa © Cornell Capa/Magnum Photos/Contacto, 2001*)



Madrid, noviembre-diciembre de 1936. Soldados republicanos en un descanso. (*Robert Capa © Cornell Capa/Magnum Photos/Contacto, 2001*)



Frente de Aragón, agosto-septiembre de 1936. Soldados republicanos. (*Robert Capa © Cornell Capa/Magnum Photos, 2001*)



Bilbao, mayo de 1937. Frente de Bilbao. Soldado republicano durante la batalla del monte Sollube. (*Robert Capa © Cornell Capa/Magnum Photos, 2001*)



27 de septiembre de 1936. Sacerdote castrense bendiciendo «requetés» antes del asalto final a Irún.

zan a las tropas que asedian a la capital y de este modo ayudan a sus camaradas del Jarama. Por fin, desde ayer, el alto mando ha unido bajo una sola dirección todas las fuerzas que actúan tanto en el mismo Madrid como en los sectores contiguos, desde Las Rozas hasta Aranjuez. Esta medida responde al estado de ánimo de las tropas del frente central.

En las tropas se afirma la voluntad de efectuar operaciones ofensivas. Los nuevos cuadros, forjados en la lucha, exigen orden y disciplina en el ejército, exigen que se cumplan las órdenes, que se acabe con los métodos de persuasión, con la indolencia y la lentitud en el mando. Aplauden la limpieza de los Estados Mayores y de las instituciones cercanas al frente, quieren que se expulse de ellos a los burócratas, saboteadores y traidores, a los fascistas encubiertos, y que todos ellos sean sustituidos por jefes valientes y enérgicos que hayan demostrado de hecho, en el combate, su fidelidad a la República.

20 de febrero

En la vertiente soleada de las pardas colinas, afloran tiernas manchas verdes. En el recodo del camino, sobre una elevación, florece un almendro, solo, indefenso y enternecedor. Esta esplendorosa y ávida floración en la gris llanura ondulada, parece, a la vez, un desafío quejumbroso y suave. Bajo el almendro, apoyado de espalda contra el tronco, está sentado un hombre con la garganta segada. La sangre desciende cual brillante corbata hasta la cintura y luego forma un gran charco en la tierra.

En las manos del hombre, un periódico fascista. Esta noche por aquí han atacado los facciosos. El centinela se había dormido —los fascistas le degollaron y, como burla, le pusieron en la mano un periódico fascista—. Al muerto no han tenido tiempo de retirarlo porque primero hay que sacar a los heridos.

Ahora los republicanos contraatacan, han reconquistado la elevación del almendro y han avanzado kilómetro y medio. Esto ha costado lo suyo. Cada tres, cuatro o cinco minutos aparecen nuevas camillas, o mulos con dos heridos, atados a unos asientos de mimbre, uno a cada costado del animal, equilibrándose.

Más allá, resuena con mayor intensidad la acerada música del combate. Muchas ametralladoras han mezclado sus voces en una sola, el estruendo de la artillería no enmudece un solo instante. Las baterías republicanas limpian el camino a su infantería, que ataca. Los cañones fascistas disparan contra ella y contra las baterías. No encuentran su objetivo, colocan sus obuses por lo menos a quinientos metros de distancia —y la batería está aquí—. Se dirige el fuego, desde el punto de observación, se elogia la precisión del tiro, pero se exige que los cañones avancen y disparen contra una casita blanca.

En la vertiente de la montaña, el campo rocoso parece totalmente desierto. Sólo cuando uno se acerca más ve que el campo vive. Las granadas explosivas han abierto grandes embudos, de varios metros de diámetro. En cada uno de estos embudos se han acomodado varios soldados. En total hay en este campo un batallón entero que espera de un minuto a otro el momento de lanzarse al ataque.

Esta noche y por la mañana, la muerte buscaba aquí sus presas. Ahora los hombres han venido por sí mismos y se esconden tranquilos en las tumbas que el enemigo les había preparado. Unos se han improvisado un blando lecho con ramas y hojas, otros duermen sencillamente sobre la tierra, envueltos en la manta, alguno escribe cartas a su familia.

Se diría que es una locura esta vida a dos pasos de la línea de fuego, mejor dicho, bajo el fuego mismo, pues la artillería no dispara hacia aquí por pura casualidad y puede empezar a batir el campo en cualquier momento. Pero no es tanto la locura lo que dirige a los hombres, sino el sentido común de los combatientes fogueados. La artillería, en este instante, está ocupada en otro menester: ora manda bombas explosivas contra la batería ora shrapnels contra su personal. No presta atención a la ladera de la montaña. Por eso está muy bien que se aproveche esta ladera como posición de partida para el ataque. Desde luego, no bien éste se inicie, el fuego de la artillería se dirigirá hacia aquí. Pero entonces el batallón avanzará, se acercará al enemigo. ¡Qué le vamos a hacer, del enemigo no es posible esperar otras comodidades!

En un embudo ha resonado el teléfono de campaña. El jefe ha escuchado, ha hablado, ha colgado el auricular, ha meditado unos segundos y ha puesto en pie a los combatientes. El campo ha cobrado vida. De los embudos ha salido gente. Alguien ha guardado en el bolsillo las cartas sin terminar. Quizá pueda terminarlas más tarde.

21 de febrero

En Morata de Tajuña, de súbito, la situación ha empeorado gravemente. Sin que se esperara, han aparecido allí unos mil hombres de infantería fascista; después de una preparación artillera, los facciosos se han lanzado al ataque. Ahí han peleado un batallón de Líster y el batallón polaco. Miguel estaba con ellos; se mantenían muy firmes, contenían al enemigo con certero fuego de ametralladora. De todos modos, pidieron que se les mandara alguna ayuda, aunque sólo fuera un par de tanques y agua. Los polacos no habían bebido desde primera hora de la mañana, el calor y la sed los torturaban, Mandaron a tres combatientes a buscar el agua, pero éstos aún no habían vuelto.

Miguel fue corriendo tras la elevación, subió al coche y fue a ver si obtenía algún refuerzo. A kilómetro y medio, junto a una bifurcación del camino, vio un carro blindado. El conductor se había echado junto al estribo y se estaba fumando un pitillo.

—¿Qué esperas? —gritó Miguel—. ¡Corre, al otro lado de esta colina! ¡Allí haces falta! ¿Donde está el tirador?

—No está. La máquina se ha averiado. El motor no funciona.

—¿Qué se ha estropeado? Enséñamelo. Lo arreglaré, soy mecánico.

Nada podía reparar Miguel, pero el conductor lo creyó y se asustó.

—El motor no anda porque falta agua al radiador.

Miguel abrió el tapón. En efecto, no había agua.

—¡Tú mismo has dejado salir el agua, traidor! ¡A dos pasos de aquí los mejores hombres de España y los obreros extranjeros dan su vida por tu país y tú, preocupado por tu pellejo, inutilizas una máquina de combate!

Con temblorosa mano, Miguel desenfundó su pistola. La rabia le enturbió la vista. Allí estaba el conductor de pie, con las manos en alto, grande, rizoso, con ojos de cordero. Aún sostenía su pitillo entre dos dedos. En torno se reunieron varios hombres, nada hicieron para contener a Miguel. De todos modos, éste logró dominarse.

Oyó a su espalda unas palabras en polaco. Dos jóvenes conducían un borriquito con un minúsculo barril de agua. Miguel trató de per-

suadirlos para que echaran el agua al radiador. Los jóvenes dudaban, mas al fin accedieron. Los combatientes sufren, pero en este momento, el carro blindado les calmará más la sed.

Miguel se puso al volante, el motor funcionaba a la perfección. Los polacos se metieron en la máquina. Al emprender el camino, Miguel dijo al conductor, que estaba de pie, con lágrimas en los ojos:

—Toma el borrico y dentro de una hora llévanos agua allí, al otro lado de la colina, donde hay tiroteo. Si nos la llevas, te pondré otra vez en tu sitio. Si no, serás un desertor, te encontraremos aunque sea en el otro extremo del mundo.

El batallón recibió el carro blindado con exclamaciones de «hurra». Los jóvenes explicaron por qué no habían traído agua y los combatientes aprobaron la resolución tomada.

Pasó una hora, el muchacho con el agua no llegaba. Hubo que sacar del combate el carro blindado por unos veinte minutos y mandarlo por agua. Una hora más tarde, de todos modos, se presentó el conductor con el borrico. Juró y rejuró que no había podido llegar antes. No le hicieron nada, pero no le devolvieron el carro blindado.

Al ponerse el sol, el combate se calmó. Los fascistas habían avanzado algunos centenares de metros, pero en Morata no han entrado.

22 de febrero

La altura del Pingarrón ha pasado muchas veces de unas manos a otras. Ya ha costado a ambas partes varios miles de hombres. Cinco o seis casas y una calva pétrea, lisa y empinada. Eso es lo que ha costado tantas vidas. Pero la guerra no tiene condescendencias. El Pingarrón es la posición clave de toda la zona oriental del sector del Jarama. Quien la domine mandará sobre un gran trecho del río. Y he aquí que miles de obuses, centenares de miles de balas se encuentran en esta superficie que mide menos de un kilómetro cuadrado. Entre las casas y la colina pétrea, se ha abierto —ya nadie recuerda por quién— una breve trincherita. La ocupan, por turno, ora los fascistas ora los republicanos. La pequeña trinchera está inundada de sangre, llena de cadáveres y jirones de cuerpos humanos, despedazados por las explosiones de los obuses. Es imposible distinguir los cadáveres; sólo

una cabeza de la que se conserva entera una mitad habla del África por el pendiente de la oreja.

Cuando se apoderan del Pingarrón, los facciosos lo mantienen aplicando un método especial, yo diría puramente fascista: van mandando ahí, con ciertos intervalos, una compañía tras otra. Cuando una está casi por completo aniquilada, mandan otra. Cuando se ha acabado la segunda, mandan la tercera. Si los republicanos atacan con superioridad de fuerzas, los facciosos se van y contraatacan con varios batallones. Una vez conquistada la cota, dejan en ella un batallón y vuelven a triturar a la gente mandándola allí, compañía tras compañía.

Mientras se lucha encarnizadamente por el Pingarrón, tanto los republicanos como los fascistas procuran envolverse unos a otros por los flancos. Se está librando una batalla bastante movida, de maniobra, también muy sangrienta. En estos últimos días, se ha llegado hasta a los cercos dobles, las unidades enemigas se alternaban como en un pastel de hojaldre.

La infantería republicana y los tanques han aprendido poco a poco a actuar en concordancia y unidos. Varias veces la infantería ha ido delante de los tanques, efectuando una descubierta de combate con grandes secciones. La energía y el arrojo de los tanquistas, una y otra vez entusiasma a las tropas. En todo el Jarama se habla de la hazaña del jefe de un tanque, Santiago, quien ha defendido, solo, su máquina durante veinticuatro horas. El impacto directo de un obús mató al conductor, hirió gravemente y contusionó a Santiago, que perdió el sentido. El tanque quedó entre las líneas de las dos partes. Al atardecer, viendo que los republicanos se dirigían al tanque para recuperarlo, los fascistas volvieron a disparar y un nuevo obús lo incendió. Las quemaduras hicieron volver en sí al herido Santiago, quien salió del tanque, se abrió un hoyo en la tierra y esperó a que se apagara el fuego. Volvió luego al tanque y disparando de vez en cuando se defendió hasta que llegaron refuerzos. Le recogieron sin conocimiento, y su primera pregunta, al comisario y al enfermero, fue: «¿Qué es de la máquina?»

Lo que más me ha conmovido estos últimos días, no sé por qué, ha sido la muerte del joven motorista Manolo, enlace de los tanques. Corría como el espíritu de la velocidad por caminos y senderos. En todas partes aparecía su simpática cara redonda, sucia de polvo, que le ponía blancas las cejas y las pestañas. En pleno combate, bajo un fue-

go huracanado, se acercaba en su moto a los tanques, llamaba y entregaba por la rendija la nota del jefe. Ayer, el general De Pablo le dio las gracias y le premió públicamente; Manolo estaba confuso como un niño. Y hoy, al amanecer, adelantándose vertiginosamente a un coche, se ha estrellado contra un árbol; ha muerto pocas horas después con la misma sonrisa de niño fatigado al final del día...

23 de febrero

Los combates del Jarama aún no se han calmado, pero los tanquistas precisamente hoy han organizado una fiesta, con invitados.

La fiesta ha comenzado con una velada solemne en el cine de arrabal La Cucaracha. A despecho de su alegre nombre, se trata de un edificio gris, estrecho, sombrío, con piso de cemento, con bancos en vez de sillas, con un vacilante estrado de tablas. La sala estaba adornada con plantas y retratos.

Querían hacer sentar al público por nacionalidades para que resultara más fácil traducir el informe y el programa. Pero no ha sido posible. Los tanquistas se han sentado por equipos: los conductores junto con los jefes de las máquinas y los jefes de las torretas. Están tan acostumbrados a explicarse con medias palabras y medios gestos en el combate y en el trabajo, que ya no encuentran ninguna dificultad en su trato recíproco. Han querido celebrar la fiesta juntos del mismo modo que juntos pelean.

En las primeras filas han hecho sentar a los heridos. Con ellos ha habido no pocos inconvenientes. Todos los heridos querían asistir al espectáculo y con este motivo han armado un ruido espantoso. El jefe ha permitido que dejaran salir sólo a los que podían estar sentados. Entonces, algunos de los heridos que debían permanecer acostados se han dado prisa a pasar a la categoría de sedentes; los médicos han protestado. Se ha nombrado una comisión; en general, todo esto ha dado lugar a muchas discusiones y acaloramientos.

Ya en la fiesta, los heridos se han colocado pacíficamente en las dos primeras filas, con vendajes nuevos y limpios. El general De Pablo se ha sentado con ellos.

El comisario de la unidad ha abierto la reunión; es un español fi-

nito, delgadito, con gafas oscuras; tiene grandes ojos y, contra lo que se podía esperar, una voz fuerte, atronadora.

Ha hablado de la lucha firme y valiente que han sostenido los tanquistas republicanos defendiendo la libre capital del pueblo español, Madrid, y los accesos a la misma. De que en las unidades de tanques, al lado de los españoles nativos, luchan valiente, abnegadamente, con un desinterés ilimitado, los hombres mejores, los representantes de la clase obrera de otros países, que han venido para ayudar al pueblo español a defender su patria contra la invasión fascista.

—Nos ofrecen su experiencia, su pericia, su sangre y, con frecuencia, sus vidas —ha dicho el comisario—. Nosotros no lo olvidaremos. Llegará un día en que los trabajadores de España devolverán su deuda a la clase obrera internacional. Ayudarán a cualquier pueblo que entre en lucha con el monstruo del fascismo.

—¡La gente adulta y los niños, los hombres y las mujeres —ha gritado con pasión el comisario— se inclinan ante nosotros, tanquistas! ¡Adultos y niños, hombres y mujeres, comparten con nosotros los peligros y las privaciones de la vida de guerra!

Al oír estas palabras, todos, maquinalmente, miran a las mujeres y a los niños.

Los niños estaban representados por el muchacho Primitivo, un guapo chaval de quince años, de pelo rizado, jefe de torreta de la quinta sección. Primitivo se pegó a los tanques cuando éstos pasaron por la aldea de Galapagar. Al principio, servía el café, luego empezó a actuar como motorista de enlace y luego, de súbito, se aclaró que era un excelente tirador. El jefe ordenó que se le enseñara el manejo de la ametralladora y del cañón del tanque. Se lo enseñaron, él ha aprendido. Ahora, al hacer mención de los niños, Primitivo se ha puesto como la grana, ha inclinado la cabeza hacia un lado y ha sonreído sin despegar los labios.

Las mujeres —eran cuatro— estaban sentadas en fila. La lavaplatos principal, Felicidad, ha comenzado a lloriquear no bien el comisario ha abierto la boca. Otras dos también han llorado un poco. Únicamente la sanitaria Lisa, con cazadora de soldado, mujer alta, recta como un palo, ha permanecido sentada con arrogante expresión en la cara como prueba patente de que es inaccesible a las emociones sentimentales.

Luego, el comisario ha pasado a las cuestiones del trabajo político. Se ha referido también a la singular importancia de la armonía en-

tre el espíritu y el cuerpo, a la necesidad del sensato descanso e incluso —ha añadido con cierta timidez—, incluso de las diversiones.

A él le inquietaba la negra sima a la que se aproximaba. En la reunión de delegados de las secciones, se decidió por unanimidad, con la sola excepción de su voto, del voto del comisario, limitar los discursos a uno solo, de carácter oficial, y luego empezar en seguida el nutrido programa. Por consiguiente, después del discurso del comisario, sin transición alguna, ha comenzado el canto.

De todos modos, el comisario ha redondeado su discurso a un elevado nivel. Toda la sala le ha aplaudido; él sonreía, delgadito, cansado y feliz, se ha quitado las gafas, se ha secado el sudor con el pañuelo.

Han subido luego al estrado, marcando el paso ostentosamente, con pesados zapatos, tres anunciadores a la vez: un español, un alemán y un serbio. Han saludado y han anunciado el programa. Este programa constará —han dicho— de canciones y atracciones, todo ejecutado por los camaradas tanquistas. Las canciones tratarán de la patria. Cada tanquista tiene su patria y cada uno la quiere a su modo, pese a que el pueblo trabajador no vive del mismo modo, ni mucho menos, en todos los países. Así, pues, habrá canciones sobre la patria y luego atracciones, éste es el programa.

El coro español sube al tablado, canta largo rato y con cariño, alternando el canto en común con números de solistas.

Ha cantado sonoras canciones asturianas, luego melancólicas catalanas, después vivas tonadillas madrileñas; ha seguido luego el raudo gorjeo andaluz y, sobre todo, el flamenco, romanzas meridionales, semiárabes, con notas increíblemente altas y largas, que el público escucha conteniendo la respiración, como cuando presencia trucos acrobáticos, y prorrumpe en atronadores aplausos cuando la interminable nota, de todos modos, al fin termina.

A Felicidad, en seguida se le han secado las lágrimas; la mujer ha batido palmas con sus gordezuelas manos haciendo un ruido como un petardo de papel, y gritando: «¡Olé!»

Los franceses han cantado con más moderación y gracia que los españoles, no han cantado y danzado simultáneamente, como éstos, sino que han arrastrado con suavidad los pies, dando unos golpes, como en el zapateado; se cogían de la mano dos a dos y daban vueltas suavemente. Al mismo tiempo, hacían horribles y divertidísimas muecas, que provocaban estallidos de risa en la sala entera. Han cantado canciones normandas, luego saboyanas, después, del Languedoc, muy parecidas por la lengua a las catalanas, y después alegres cancioncitas parisinas. Les han pedido que, como colofón, cantaran la *Carmagnole* y toda la sala la ha coreado.

Los alemanes han comenzado su actuación con un recitado a coro. El conductor Klaus ha advertido que el recitado se hará con algunas interrupciones porque el jefe de la sección, Fritz, uno de los recitadores solistas, murió hace unos días cuando salió del tanque para tensar la transmisión de la cadena. A Fritz le sustituirá el conductor Ernst, pero Ernst no ha tenido tiempo de prepararse y leerá su papel, en vez de recitarlo.

El recitado ha tenido éxito, si bien cada vez que Ernst leía sus palabras, todos se acordaban de Fritz y de lo valiente y honrado que era; le dejaron literalmente como una criba con lluvia de ametralladora; le encontraron una edición de bolsillo de *Problemas del leninismo*, en lengua alemana; varias balas habían atravesado el libro. Ernst, al ver las miradas que le dirigían, se turbaba y tartamudeaba: comprendía muy bien por qué todos le miraban de aquel modo.

Los serbios y los búlgaros también han cantado sus canciones eslavas. Durante el canto han permanecido tranquilos, cavilosos, algo soñadores. La sala los acompañaba tatareando, muchas de aquellas canciones le eran conocidas. Cantaban con mucha sencillez y, además, con cierta solemnidad. Luego, de súbito, todo se ha trocado en una danza desenfrenada, impetuosa; los bailarines daban vueltas como peonzas, el acordeón atronaba, los gritos de admiración lo ahogaban, el endeble estrado de La Cucaracha crujía bajo las fuertes pisadas de los jóvenes pies.

Algunas atracciones han despertado gran entusiasmo y hasta la intervención del público. El conductor Ernst ha ejecutado algunos ejercicios con pesas. Resulta que tiene una musculatura magnífica. «¿De dónde ha sacado las pesas?», preguntaban desde la sala. Ernst se callaba compungido. Detrás de él, el anunciador ha explicado con signos que las pesas estaban en perfecto orden.

Luego, los franceses junto con los alemanes, han presentado un jazz. Como música, no se trataba ni mucho menos de nada extraordinario, pero el ruido era mucho y todo el mundo estaba entusiasmado.

El valenciano Ricardo, ex torero, ha representado con mímica y de manera muy divertida una corrida de toros, y luego una lucha grecorromana. Rodaba por el suelo, se agarraba por la garganta, gemía, ha-

cía «puentes» y se aplicaba la espalda al suelo, saludaba ceremoniosamente y se estrechaba a sí mismo la mano a lo *gentleman*. El público entusiasmado gritaba «bis» y daba patadas en el suelo.

Como último número ha actuado el imitador de sonidos Víctor, de la tercera compañía, un relojero suizo. Primero ha imitado el canto del gallo, después ha gorjeado como el ruiseñor, después ha representado una pelea en una jauría. A continuación se ha puesto a imitar sonidos más finos, como por ejemplo el zumbido de la abeja reina y el aullido de la hiena en el árido desierto. Al final ha propuesto que el público le citara nombres de animales, cualesquiera que fuesen, a su gusto, y él reproduciría inmediatamente los sonidos que les son propios. Esta noble proposición del artista no ha sido estimada como se merecía por el público. El caso era que parte de los espectadores se habían asomado disimuladamente al edificio contiguo y habían visto lo que se preparaba como parte final de fiesta. Esto ha hecho que en la sala se formara un sector singularmente ruidoso.

—¿Qué animales desea el respetable público que imite? —preguntó muy correcto Víctor.

—¡El ictiosauro! —rugen desde el ruidoso sector.

—¡El viejo caracol!

—¡El cañón antiaéreo «erlikon»!

—¡La sardina con aceite!

—¡El cáncer de hígado!

—¡La angina de pecho!

—¡El general Franco!

—¡La solitaria!

El anunciador alemán procura sosegar a los chistosos, pero la sala se ha escapado ya a la subordinación del concierto. De nuevo toca el jazz. Víctor, ofendido, se encoge de hombros, salta del estrado, agarra a la gorda Felicidad y se pone a bailar el vals con ella.

Un cuarto de hora más tarde ha comenzado el banquete. Sobre la mesa había montones de carne en conserva en grandes escudillas, queso, dulces cebollas valencianas, tomates, huevos duros, mucho vino y mucha cerveza. Una plurilingüe batahola ha llenado el estrecho barracón; las ventanas estaban cuidadosamente en mascaradas para que la aviación no divisara nada. Los aviones de reconocimiento fascistas ya han aparecido dos veces sobre la base de tanques de esta zona, mañana habrá que trasladarse a otro lugar.

Pronto se han reanudado los cánticos, el concierto se ha repetido

por entero en torno a la mesa. Resulta que muchas canciones populares, nacionales, que tratan de la tierra natal, son conocidas y comprendidas por otros pueblos de lejanas tierras. Las canciones más difundidas ahora por el mundo son las canciones soviéticas rusas. Las cantan con entusiasmo personas que no han estado nunca en el país soviético y que difícilmente lo verán jamás.

Hemos salido, un grupo, de la alegre barraca de aire sofocante, y después de extender el saco de dormir nos hemos acostado en una elevación, contemplando tranquilamente las estrellas.

—Aquí, en Castilla, la tierra es parca —ha dicho el mecánico Alfred—, es todo piedra, sequedad. Estoy de acuerdo en pelear por ella, pero no me quedaría a vivir aquí. Soy de la Provenza. ¡Qué vegetación la de allí, qué ríos, qué vides!

—También nosotros teníamos buena tierra —ha dicho Henrich Adams, antiguo habitante del Sarre, después de callar un rato—. Teníamos buena tierra y se volvió mala. Ha caído en manos de Hitler. No importa, día vendrá en que quedará limpia, volverá a ser buena.

—No hay tierra mala —ha dicho caviloso Borislav, jefe de sección, un serbio joven y de buena talla—. Una vez estuve en el Extremo Oriente. Hay allí unos parajes que se llaman taiga. No son nada del otro mundo: bosquecitos, terreno pantanoso, barrancos, a veces se crían por allí fieras salvajes; otra vez bosquecitos, otra vez barrancos y así durante miles de kilómetros. Pues la gente que vive allí no cambiaría aquella tierra por ninguna otra del mundo. ¡Cómo les gusta! No se irán de allí nunca ni la cederán a nadie. Es su tierra natal, y basta.

—¿Y el Don, qué río es? —me ha preguntado Adams—. He leído mucho acerca del Don. ¿A qué se parece: al Rin, al Danubio? ¿Por qué se llama «apacible»?

Me he puesto a hablar a Adams, del Sarre, sobre el río Don, sobre la estepa, sobre las aldeas cosacas, sobre los cosacos. Me escuchaba atentamente, en silencio. Me ha preguntado de qué color se ve el río, a simple vista, qué peces se crían en él, dónde es más hermoso, en su cuenca alta o en su desembocadura.

Le he dicho que abajo, después de Rostov, a mí me gusta más. Navegar por los brazos del delta, hacia el mar de Azov... Ahí, en una elevación, se ve la pequeña ciudad de Azov, una vieja ciudad, la vista es muy hermosa...

—En Azov, las muchachas cantan bien. Sobre todo una —añade de pronto Borislav.

—¿También allí has estado, granuja? —dice riendo Adams, del Sarre—. ¡Vaya con el serbio!

—¡Y a ti qué te importa! Vete a saber adónde va uno a parar...

Hemos permanecido largo rato contemplando el negro cielo castellano, sus estrellas puras, claras, como lavadas. Era evidente que todos pensábamos en lo mismo. En aquellos que, muy lejos de aquí, en los diferentes extremos del mundo, están mirando ahora ese mismo cielo, su nocturno negror o su brillante color azulino de mediodía.

—¿Y qué más da que sea serbio? —dice Borislav—. El caso es que cantan bien. Sobre todo una.

28 de febrero

Hace ya tres semanas que duran, sin interrupción, los duros y sangrientos combates al suroeste de Madrid. Sucediéndose unos a otros, se han fundido en una gran batalla; por ahora, la más grande de todas las batallas de la guerra civil en España.

En los combates del Jarama, las fuerzas más importantes de los fascistas españoles y de los intervencionistas extranjeros han chocado con las fuerzas más combativas del joven ejército republicano. Lanzando un poderoso golpe sobre un sector nuevo, que casi no había combatido, el mando fascista esperaba romper sin dificultad el frente y, por fin, aislar Madrid. En vez de esto, se ha encontrado con una defensa activísima, con toda una serie de contraataques y contragolpes demoledores. La operación ideada y empezada por los facciosos como ofensiva, pronto se ha convertido en réplica.

Casi en toda la zona de los combates, los republicanos mantienen las líneas en la parte opuesta del río que se defiende. En algunos lugares han elegido como extremo avanzado de la defensa, su propia orilla. Y sólo en un trecho los fascistas han forzado el río; pero, acorralados en la orilla, no pueden seguir avanzando. Los rodean por los flancos, los atacan de frente, los baten desde la tierra con fuego de artillería y de ametralladora y desde el aire con ataques de la aviación de asalto.

¡Veinte días, y ni una sola hora de reposo, ni de día ni de noche!

Veinte días en el campo, al aire libre, en movimiento constante, corriendo a trechos, bajo los shrapnels, luchando cuerpo a cuerpo, todo esto es completamente nuevo para los republicanos después de la lucha inmóvil, de trincheras y posiciones, ante los muros de Madrid. Ésta ha sido una dura prueba para las divisiones, brigadas y batallones del ejército regular formados sólo hace poco tiempo, y sus combatientes, sus jefes y comisarios, a pesar de todo, la han resistido.

Es muy poco probable que la batalla del Jarama decida la suerte de la guerra civil, ni siquiera del frente de Madrid. Ahora se está apagando sin haber dado ventaja decisiva a ninguna de las dos partes. Pero la batalla del Jarama sin duda alguna entrará en la historia de la guerra como una gran batalla, complicada, con utilización de todos los tipos de armas y de tropas. Que los historiadores de la guerra, empero, no se aficionen demasiado a los esquemas sobre la disposición de las unidades. Que recuerden que en estas unidades combatían: por una parte, guerreros profesionales bajo el mando de instructores y generales alemanes; por otra, jóvenes unidades del pueblo en armas, dirigidas por mandos del mismo pueblo, por jefes de división que comenzaron a empuñar las armas hace medio año, como simples milicianos voluntarios.

3 de marzo

De nuevo reina la tranquilidad en los frentes alrededor de Madrid. Y la ciudad vuelve a vivir su vida ya encarrilada, casi habitual, transparentemente real, sosegadamente intranquila.

Miro cómo trabaja la organización del partido de los comunistas en la capital asediada. He aquí una célula.

Si preguntáis dónde está el buró de la célula, tendréis que añadir a la fuerza de qué célula. En esta fábrica, lo mismo que en otras empresas, hay varias células. Hay células de comunistas, de socialistas, hay grupos de anarquistas, de republicanos de izquierda. Todos utilizan para las reuniones una misma estancia, por turno: la que era antes salón para los clientes.

Hoy se reúne en el salón el buró de la célula comunista. Asisten: el secretario, el secretario técnico, el organizador sindical del Partido, el tesorero, dos representantes de la juventud y varios obreros del turno libre.

Orden del día: 1) sobre la evacuación, 2) sobre el aumento de la producción, 3) sobre el periódico mural.

El informe sobre el primer punto corre a cargo de un montador de la fábrica, anarquista. Acompañó a las familias de los obreros al este, a la costa, y los ha instalado a todos juntos, en un pequeño pueblo. El traslado se hizo rápidamente, bien, sin incidentes; sin duda alguna porque el comité de la fábrica asignó cantidades complementarias a los gastos que la Junta de Defensa de Madrid establece para la evacuación.

Una vez terminado el informe, el anarquista desea retirarse. Le invitan a que se quede y a que participe en la discusión. La evacuación ha planteado un nuevo problema: cómo facilitar la comida a los trabajadores que se han quedado sin ama de casa. Se propone organizar un comedor de la fábrica. Pero la propuesta no tiene éxito: dicen que esto es demasiado complicado y que origina muchas preocupaciones. Después de una viva discusión se acuerda ponerse en contacto con el dueño de la taberna vecina para que éste dé de comer a los obreros que están sin familia, y lo haga a un precio módico. Obtenerle, con este fin, carne, aceite de oliva, patatas y carbón. Surge un debate colateral: si será justo facilitar a la cocina carbón de la cantidad que el gobierno concede para la producción de guerra. La mayoría reconoce que es posible dar un poco.

El segundo punto de la orden del día toma casi todo el tiempo de la reunión. Antes, la fábrica construía tornos. Ahora ha sido requisada temporalmente y produce material de guerra de primerísima importancia. En la reunión general de la fábrica se tomó por unanimidad el acuerdo de trabajar en dos turnos de diez horas para aumentar la producción. Para tres turnos, falta personal: los obreros han salido y salen para el frente, cuesta mucho trabajo retenerlos en la fábrica. Así han trabajado durante dos meses. Ahora, los obreros comunistas proponen: establecer para cada turno la semana normal de cuarenta y cuatro horas; reducir la jornada de producción, con lo que se economizará combustible, y aumentar el rendimiento racionalizando el trabajo. Los ingenieros republicanos acogen la proposición con mucho interés y la apoyan sin reservas... Después de un detallado análisis de todo el plan, el buró resuelve: elevar el proyecto al comité de la fábrica y, después, al delegado del gobierno.

En lo tocante al último punto, sobre la creación de un periódico mural, surge una dificultad. ¿De quién ha de ser órgano, el periódico?

¿De toda la fábrica? En este caso, la redacción deberá estar formada por representantes de varios partidos. ¿Ha de ser órgano del comité de la fábrica? En el comité de esta empresa, los comunistas están en mayoría y la aparición de un órgano del comité puede ser interpretado como un intento suyo para aprovecharse de la situación con fines políticos. Por otra parte, quienes han lanzado la idea del periódico mural, consideran que la misión de tal periódico estriba en hacer propaganda para elevar la cantidad y la calidad de la producción. Al fin, el buró decide hacer salir el periódico mural como órgano de la célula comunista, pero en el artículo de fondo del primer número se invitará a todos los trabajadores y técnicos, sin tener en cuenta las convicciones políticas, a colaborar y exponer libremente sus opiniones acerca del orden establecido en la fábrica, de los defectos del trabajo y de las posibilidades de mejorarlo.

Los comunistas de Madrid han de proceder con extraordinario tacto y sagacidad en su trabajo diario para colaborar —sin perder su personalidad como miembros del Partido— amistosa y estrechamente con los camaradas de los otros partidos del Frente Popular y hacer todo lo posible para cohesionar y unir más aún a todos estos partidos y grupos contra el fascismo.

En la fábrica hay ahora cuarenta comunistas y ochenta personas que han manifestado su deseo de ingresar en el Partido. El secretario de la célula va al comité del sector para ponerse de acuerdo acerca de los requisitos de ingreso.

Hasta no hace mucho tiempo, la organización madrileña del Partido se dividía en doce distritos y tenía doce comités de distrito. Después del comienzo de la defensa inmediata de Madrid, dos distritos, el de Carabanchel y el del Puente de Segovia, han pasado a la ilegalidad —sus territorios han sido conquistados por los fascistas—. Los diez distritos restantes se han agrupado en cuatro sectores. Ha sido preciso hacerlo así porque la mayor parte de los comunistas se han incorporado al ejército. En los días más críticos de Madrid, del 7 al 10 de noviembre, en la ciudad no quedaron más de doscientos miembros del Partido —todos los demás estaban combatiendo en las barricadas y en las trincheras—. Los mejores hombres, proletarios, intelectuales, dieron su vida en defensa de la capital republicana. Y ya entonces, para ocupar los puestos de los caídos, afluyeron al Partido millares de nuevos colaboradores.

El comité del sector tiene varias comisiones: de organización, sin-

dical, de propaganda, femenina y de masas, que se ocupa del trabajo con los comités de casa, de las cuestiones relativas a la evacuación y al abastecimiento de víveres. Cada comisión reúne de manera regular a los miembros activos del Partido. Una vez por semana, se celebra una reunión abierta de Partido para todo el sector. A base del mismo sistema, trabaja el comité del Partido de Madrid. Sólo que, en vez de comisiones, tiene secciones y convoca dos veces al mes las reuniones generales de ciudad.

Es fácil comprender el tema del trabajo, es mucho más difícil hacerse cargo y percibir el contenido del mismo. ¡Qué no han experimentado durante este tiempo los comunistas madrileños! Desde los primeros destacamentos voluntarios de la milicia popular hasta la 1.ª división del ejército regular, en todas partes los bolcheviques de Madrid han estado en las primeras filas, aprendiendo a luchar y enseñando a los otros. Proletarios sencillos, a veces poco instruidos, que empuñaban por primera vez las armas, se han convertido en combatientes calificados, seguros de sí mismos, comandantes y comisarios, artilleros, soldados de caballería, tanquistas y estrategas. Se han revelado como organizadores de la producción, como defensores y edificadores de la cultura, como desinteresados amigos del pueblo, dispuestos a darlo todo por la causa de la libertad y de la independencia.

Pero el mérito principal de los comunistas españoles y, sobre todo, de los militantes de Madrid, estriba en que con enorme dominio de sí mismos y tenacidad han luchado por la conservación y la integridad del Frente Popular, por la unión y la colaboración de todas las fuerzas antifascistas. Han demostrado que pueden trabajar sinceramente y con éxito con los anarquistas, con los socialistas, con los republicanos y, consolidando esta unión, han demostrado su buena voluntad y su auténtica fidelidad al pueblo.

Por más que los enemigos se hayan esforzado para escindir la unidad antifascista, por más que los trotskistas hayan procurado difamarla, la idea de Frente Popular se ha justificado y se ha confirmado como la única acertada, la única sensata. Esto es un gran mérito de los bolcheviques españoles, de su entusiasmo y su sangre fría. En respuesta a las personas de ánimo escéptico que miraban al Partido Comunista español por encima del hombro como a un partido joven, poco ilustrado y poco experimentado, los comunistas españoles han demostrado de qué modo puede revelarse en cualquier país, en una gran lucha popular, el partido del marxismo revolucionario.

7 de marzo

Nueva animación. Los fascistas atacan por el sector de Guadalajara. Pero no sólo se trata de este hecho en sí. Aquí se han descubierto tropas italianas. Hay una división de camisas negras. Se ha hecho prisionero a un sargento y a varios soldados de dicha división. Los prisioneros han declarado, al ser interrogados, que su división desembarcó en Cádiz el 22 de febrero y desde allí fue mandada al frente de Guadalajara.

Ésta es ya la 2.ª división de tropas regulares italianas llegada a España.

La ofensiva, al parecer, es muy seria. Las tropas del enemigo se hallan magníficamente motorizadas y mecanizadas. En el frente de Guadalajara, los republicanos casi no tenían unidades en condiciones de combatir. De un empujón, los facciosos han recuperado las aldeas de Algora y Mirabueno, que perdieron en enero. Los fascistas se acercan a Brihuega. Dirigen un golpe complementario en dirección a Cifuentes.

Ha aparecido también en gran cantidad la aviación de los facciosos, pero el mal tiempo le impide actuar.

En Valencia ha cundido el pánico. Los estrategas de allí consideran que esta vez Madrid no podrá resistir. También aquí la confusión es bastante grande. Las unidades se encuentran muy fatigadas después de la batalla del Jarama, van rotas, están extenuadas, hace tiempo que se les ha prometido descanso.

10 de marzo

... Todo ha resultado de una sencillez extrema. Tres soldados italianos prisioneros se hallan ante nosotros vestidos con su habitual uniforme italiano, tal como lo llevaban en su tierra y en Abisinia, con todos los galones y distintivos. A preguntas sencillas dan sencillas respuestas.

Los han mandado a España casi directamente desde Abisinia. Uno recibió un mes de permiso en Italia; otros, dos meses cada uno. Antes de partir, a finales de enero, la división fue reunida en el cuartel de Avelina donde a los batallones del ejército regular se añadieron batallones de reserva de una división fascista. A estos italianos de la reserva, el gobierno los reunió también de manera muy sencilla: estableciendo un reclutamiento proporcional por las regiones y los distritos del país. Los comités locales del partido fascista permitieron a los movilizados librarse de su servicio pagando una determinada cantidad de dinero. En consecuencia, a la nueva guerra colonial se ha mandado un público bastante pobre, como se hace siempre.

Las dos divisiones mandadas a España han conservado sus estados mayores, y su oficialidad es la misma que tenían en Abisinia. Lo único que se ha hecho ha sido darles nuevos nombres: a la división «Veintiuno de abril», la han denominado división «Intrépida»; a la otra, la han rebautizado con el nombre de «Alas negras». Los batallones han sido designados por números: 751, 530, 636, 638, 730, etc. Artillería, tanquetas y demás también han conservado su anterior personal, de Abisinia. Las divisiones han traído a España sus propias banderas, italianas. Obvia decir que al frente de las tropas italianas ha llegado a España un general italiano. Se llama Soppi, hombre muy astuto, ex inspector general de infantería.

Se me ha olvidado preguntar si el barco *Lombardia* en que las divisiones italianas han navegado hasta Cádiz, es el mismo que las llevó a Abisinia.

Hicieron la travesía, según cuentan los soldados, sin la menor reserva. Por el camino se cruzaron con otros barcos. Ir a una nueva guerra no era muy dulce... Aunque los prisioneros a menudo se sienten muy inclinados a lamentarse, en este caso es posible creerles, es posible comprender cómo les debía de sentar al barbero de pueblo Pascuale Speranza y al albañil Marrone jugarse de nuevo el pellejo en Castilla después de haberlo salvado en África Oriental. Mario Stopini quería echarse de cabeza al mar. También a él le creemos.

Pregunto a un soldado italiano prisionero qué diferencia ve entre la guerra de Abisinia y la guerra de España, y el soldado me contesta con mucha seriedad y sencillez:

—El clima, aquí, es incomparablemente mejor. En cambio, la comida es algo peor. Nuestros oficiales roban aquí más dinero en los suministros que en África.

—¿Y aparte del clima, hay alguna diferencia entre la expedición militar de Mussolini a Abisinia y la que ha emprendido en España?

Los soldados se estrujan el cerebro largo rato. No, no pueden encontrar diferencia.

En efecto, ¿puede orientarse un hombre sencillo en este mundo de bandidos? Al hombre sencillo lo mandan a pillar y a matar a un país, luego lo mandan a otro país. Le obligan a obtener colonias para sus amos fascistas. Al que se niega a obedecer, le matan, qué más da que sea en el frente o en la retaguardia.

Por todo el mundo —en África, en China, en la península ibérica— merodean bandas de salteadores fascistas y de personas por ellos movilizadas. Y las que se denominan grandes potencias democráticas de Occidente, no se atreven a detener a los bandidos.

Las divisiones de Mussolini fueron a Addis-Abeba y nadie intervino, nadie lo impidió. ¿Qué tiene de sorprendente que las unidades dislocadas en las inmediaciones de Addis-Abeba sean trasladadas a las inmediaciones de Madrid? Nadie detuvo la guerra italoabisinia, nadie se opone a la guerra italoespañola, germanoespañola...

12 de marzo

No, no se trata ni mucho menos de una división ni de dos divisiones, como parecía ayer. Se trata de un cuerpo de ejército.

¡Un cuerpo de ejército expedicionario italiano completo y dos brigadas mixtas hispanogermanas, concentrados en el frente de Guadalajara, se lanzan en alud, con golpe cuidadosamente preparado, contra Madrid!

Italianos y alemanes han comenzado con un tropezón. Las unidades republicanas, al volver en sí después de recibir el inesperado golpe, han pasado al contraataque, han puesto fuera de combate más de veinticinco tanquetas italianas, han destrozado varios camiones de infantería y han capturado treinta y siete prisioneros, entre ellos un mayor, un capitán y dos tenientes. De ellos y aún de tres italianos evadidos, se han obtenido datos exactos acerca de la composición del cuerpo de ejército y de sus cuatro divisiones.

El cuerpo de ejército está dotado de todo cuanto se necesita para

una batalla moderna de ofensiva en un frente corto: un regimiento de artillería, más de cien tanques, divisiones especiales antitanques y antiaéreas, unidades de enlace, unidades de zapadores y, finalmente, unidades para la guerra química. ¡Sí, por si acaso, los intervencionistas han trasladado cerca de Madrid tropas para la guerra química! Al mando del cuerpo de ejército se encuentra el general Manzini. Manda la 4.ª división el general Bergonzoli, que dirigió la operación motorizada para la toma de Addis-Abeba. Ayer, Addis-Abeba; hoy, el general quiere tomar Madrid.

A la vista de todo el mundo, las tropas fascistas han penetrado en España y se acercan a su capital. Nadie se lo impide. Se calla la Sociedad de las Naciones. Se mantienen flemáticos y hasta orgullosos los funcionarios del comité de Londres.

Hace ya medio año que el pueblo español, inocente e inexperimentado, lucha, desangrándose, contra los pérfidos maestros de la guerra. Desde hace cuatro meses se defiende contra los invasores el Madrid republicano. ¡Y no bien las hordas fascistas acaban de ser rechazadas a costa de inmensos esfuerzos en los durísimos combates del Jarama, surge como de bajo tierra un nuevo cuerpo expedicionario, trasladado directamente del extranjero! ¿De dónde sacar nuevas fuerzas para la defensa, para la lucha contra la hidra a la que, en una noche, vuelven a crecerle las cabezas seccionadas?

13 de marzo

Llueve a cántaros todo el día. Las nubes bajas cubren los valles y desfiladeros, no hay modo de ver el cielo. La tierra está empapada y fangosa, los hombres están calados hasta los huesos. Todos se envuelven en sus mantas, pero las propias mantas son como esponjas empapadas de agua.

Tres días con barro hasta la rodilla, casi sin comida en caliente, sin un cobijo seco por la noche. Pero nunca, en muchos meses, había visto a las unidades republicanas con tanto entusiasmo.

¡Qué cosas ocurren, qué cosas ocurren! Me da miedo decirlo, me da miedo pronunciar la palabra, ¡pero esto es una victoria!

¡Palabra de honor, una victoria!

Pasado Torija, avanza, en sentido contrario al nuestro, por la carretera, una procesión bastante insólita. Los tanques republicanos que se dirigen a sus bases a reposar, llevan cuidadosamente a remolque cañones nuevecitos de diferentes calibres y sistemas. Hay Vickers pesados, cañones antitanques de tipo medio y cañones ligeros para la infantería. En todos estos bienes, se ven frescas inscripciones italianas.

Más allá arrastran en hilera a ocho tanques ligeros. Montan en ellos, en indolentes poses, como si en toda la vida no hubieran hecho otra cosa que capturar tanques italianos, muchachos madrileños.

Tres kilómetros más adelante, a la izquierda de la carretera, Trijueque. Ha sido tomado por los republicanos hace sólo una hora. En la aldea aún se oye tiroteo —los soldados hacen salir de los sótanos a los fascistas escondidos—. Ora ahí, ora aquí, estalla un desesperado gemido y sale al exterior, en alto las manos, una persona mortalmente pálida vestida con un uniforme nuevecito, con las insignias de la dinastía real de Saboya en la bocamanga.

—*¡Fratelli!*

Los españoles ya saben desde los últimos tres días que *fratelli*, en italiano, significa «hermanos». Al invadir Mallorca, al ametrallar desde los aviones a los fugitivos y a sus hijos, los enviados de Mussolini no pronunciaban esta palabra. En sus labios, la palabra ha aparecido en el momento del peligro, ante la faz de un serio enemigo. Ahora sí creemos que los nobles romanos, al caer prisioneros de los abisinios, también gritaban en alta voz: «¡Hermanos!»

Pasado Trijueque, en la lluviosa penumbra, se está consumiendo el combate del día. La artillería republicana ha trasladado el fuego al cruce de caminos por el que retroceden los italianos. Los tanques, por cuarta vez en el día de hoy, apoyan a la infantería, que persigue a los fascistas. Una batería italiana responde flojamente con un solo cañón. Por lo visto, cubre la retirada de los demás.

Aquí, en la carretera, sucede algo increíble. Postes de telégrafo rotos, maraña de cables, embudos de los obuses, centenares de cadáveres italianos semiabsorbidos por el agua y el barro.

En la pequeña plaza de Trijueque, se reúne toda una muchedumbre de hombres que gesticulan. En este momento, parando una motocicleta cubierta por completo de barro, un enlace comunica al jefe que sobre el bosque situado en el dispositivo de la brigada republicana han sido derribados tres cazas Fiat. El jefe republicano grita:

—¡Abajo el fascismo!

Tras él, un coro entero de soldados con uniformes italianos, gritan ante el micrófono:

—*¡Abasso il facismo!*

Es poco probable que Mussolini esperara semejante efecto de su expedición militar a España.

Es de noche. La oscuridad se ha hecho aún más negra. Llueve. Los fascistas baten la carretera con fuego de artillería y de ametralladora. Cubren la retirada. ¡Ah, si hubiera aún otro batalloncito, sólo uno, el último, cuántos soldados podrían capturarse prisioneros ahora, persiguiéndolos!

El general De Pablo lo comprende, corre de un lado a otro, ruge, busca lo que aún pueda ser lanzado adelante. Pero no hay más tropas, se ha utilizado todo, hasta la última gota. Los combatientes están al límite de sus fuerzas; calados, fatigados, a esta hora ya no reaccionan ni a la retirada del enemigo ni a la vista del botín ni a nada.

Junto con el serbio Kiril, avanzamos a pie, al lado de los tanques, casi hasta el siguiente cruce de caminos. De día esto significaría sencillamente ir al dispositivo del enemigo; ahora, en esta infame oscuridad lluviosa, difícilmente nos verá nadie. El fuego se intensifica. Habría que echarse al suelo, sí, pero no apetece echarse una vez más en el agua y en el barro.

Por la carretera de Brihuega, en abatida caravana, se mueven vehículos italianos. ¡Qué lástima, ante nuestras propias narices! Vemos la cegadora luz de los faros, nos llegan sordamente las voces de los hombres. ¡Qué pena, con las manos vacías no hay modo de capturarlos! Los tanques sueltan una ráfaga; pánico en la carretera, los faros se apagan, gritos, gemidos, los vehículos retroceden.

De Pablo, cual alta sombra, surge a nuestro lado.

—¿Dónde os habéis metido? ¡Aquí está prohibido el paso a los peatones sin blindaje!

Está furioso. No ha podido rebañar nada, ni siquiera para un breve ataque complementario. Están exhaustos, sentados y tumbados en Trijueque, rendidos de fatiga. Se deja sentir el débil aguante de las unidades poco experimentadas, incluso en el ataque, a perseguir al enemigo. De Pablo rezonga diciendo que en los ejércitos bien preparados, a los soldados los entrenan con ejercicios físicos. Él mismo apenas se tiene en pie de fatiga. Es inútil dar cabezazos contra la pared, no hay más remedio que meterse en las máquinas y dormitar en ellas hasta que amanezca.

14 de marzo

Durante estos días, las tropas italogermanas han emprendido en la carretera de Aragón cuatro grandes ataques. Las unidades de Líster y de Lukács los han rechazado por completo. Hace una hora, después de rechazar por cuarta vez al enemigo, los republicanos los han perseguido y han avanzado casi dos kilómetros.

La aviación republicana, a despecho del tiempo pésimo, ha efectuado dos vuelos de asalto y ha castigado duramente a las unidades de infantería enemigas. Se han destruido muchos camiones de infantería y coches.

Se acaba de traer al puesto de mando de la brigada, la oficina de campaña del regimiento italiano: documentos, libros, listas y órdenes.

El éxito obtenido en los días de ayer y de hoy ha elevado en alto grado el ánimo y la capacidad combativa de los soldados y de los jefes republicanos.

15 de marzo

¡Qué no han arrojado los intervencionistas y los facciosos al retirarse desordenadamente de Trijueque! La carretera está obstruida por tractores Fiat para el arrastre de cañones, por enormes camiones Lancia, por coches Isoto Frasquini, está cubierta de macutos, cargadores y cartuchos.

En los camiones hay cantidades extraordinarias de toda clase de bastimentos, es sencillamente asombroso ver de qué modo se han pertrechado los guerreros italianos en su expedición contra Madrid. Por la noche, todo esto se evacua a la retaguardia, en algunos camiones y tractores ha habido gasolina suficiente para llegar hasta la propia Guadalajara, los conductores de las máquinas, llenos de pavor, han dejado hasta las llaves de los motores. Un enardecido muchacho invita a los que pasan a que cada uno se lleve media docena de grana-

das de mano y una buena cantidad de bizcochos. Los soldados se llenan los macutos con granadas y bizcochos.

—¡Caramba! ¡Por fin Mussolini ha tenido la idea de invitarnos!

Pasan de cuarenta mil las granadas que los italianos han abandonado. Son unas granadas muy ligeras. ¿Por qué? Porque no están llenas de duras sustancias explosivas, sino de gases asfixiantes. Cada granada está cuidadosa y lindamente envuelta en papel de cera como si fuera un huevo de chocolate, con una inscripción en italiano y una detallada explicación ilustrada acerca de su uso. Los antifascistas italianos del batallón Garibaldi traducirán a sus compañeros dichas instrucciones.

Para los italianos antifascistas éste es un día de gran fiesta. Están radiantes. Sea o no casualidad, esos obreros revolucionarios que se salvaron de la negra dictadura apenina huyendo al extranjero, han tenido ocasión de participar en el primer encuentro con el cuerpo de ejército de los invasores y le han asestado la primera derrota, que es de esperar no sea la última. Es necesario estimar en todo su valor su aguante y su elevada comprensión: a su enemigo prisionero, le dispensan un trato humano y magnánimo. Los soldados del ejército italiano, sobre todo los jóvenes, campesinos y obreros, recobrados de su miedo inicial, de muy buena gana y con mucho detalle dan cuenta circunstanciada del reglamento y de la organización de sus unidades. Toman ávidamente la prensa italiana antifascista y por ella se enteran de cuál es la verdadera situación de su país. Es más, ellos mismos se ofrecen para hablar por radio a sus amigos y camaradas que han quedado en las divisiones fascistas. A nuestra vista, Andrea Pipitoni se acerca al micrófono del altavoz de campaña y dice, con firme voz:

—¡Escuchad, soldados del cuerpo expedicionario! Os habla vuestro camarada Andrea Pipitoni. He caído prisionero de aquellos a quienes entre nosotros llaman rojos, y me siento muy feliz de encontrarme entre ellos. Son gente noble, honrada y valiente. Aquí hay también italianos que han venido voluntariamente, y no como nosotros, a la fuerza y con engaños, para luchar contra los fascistas y los invasores extranjeros. ¡Camaradas! A los prisioneros, aquí, no los fusilan, sino que los acogen muy amistosamente, a los heridos les prestan ayuda. ¡Amigos, arrojad las armas, uníos a nosotros! ¡Comunicad a mis padres que estoy vivo, sano y salvo, y que considero que es mi deber, el deber de un obrero honrado decir lo que digo!

Mientras él habla, junto al micrófono se forma una verdadera

cola de soldados que desean hablar. Los soldados de Mussolini, después de sufrir un miedo cerval, convencidos de que su vida está a salvo, se sienten entusiasmados y lo expresan con mucho alborozo. Es sobre todo grande su alegría cuando los combatientes los invitan con cigarrillos cogidos en su propio convoy...

Los duros golpes asestados al cuerpo expedicionario italiano en los primeros días de su aparición ante Guadalajara son fruto de la estrecha colaboración entre todas las clases de armas de los republicanos. La invasión en masa de tropas extranjeras en España ha obligado al mando del sector de Guadalajara a hacer un esfuerzo y a demostrar la precisión y la coordinación con que pueden actuar las unidades cuando sienten la responsabilidad y la gravedad del momento. Es difícil decir quién ha actuado mejor estos días, los tanquistas, que han batido sin cesar los recursos de fuego de los italianos, los vuelos de asalto de la aviación contra el enemigo bajo la lluvia a raudales, los batallones de choque de la infantería, que se han lanzado abnegadamente al ataque con jefes y comisarios en cabeza. Es interesante: ¡las pérdidas de los republicanos, en Guadalajara, han sido mínimas!

Desde luego, sería una ligereza sacar conclusiones de largo alcance partiendo de la experiencia que proporcionan tres días de lucha en Guadalajara. El mando italiano y el propio gobierno de Roma tomarán todas las medidas necesarias para poner orden en sus tropas desconcertadas y tan mal paradas. Los invasores poseen muchos recursos de fuego, gran número de baterías y medios para la guerra química.

Madrid sigue estando amenazado, como antes. De todos modos, las tropas de Mussolini, que tanto se jactan de sus victorias en África Oriental, han recibido un fuerte bofetón.

16 de marzo

Durante todo el día de ayer y desde la mañana del día de hoy, la situación en las montañas es algo más tranquila. Después del fracaso y de las pérdidas de estos últimos días, los italianos han creído conveniente atrincherarse, poner orden en sus filas y esperar refuerzos.

Los nuevos prisioneros —han sido capturados cincuenta y nueve hombres— declaran que el mando italiano ha recabado para su sector tropas moras de choque. Los oficiales, ayer, reanimaban a los soldados: «Pronto vendrán los moros, los colocaremos delante, iremos detrás de ellos y entonces veremos quién gana.»

Avanzar a la retaguardia de los batallones africanos, ¡qué honor para los orgullosos fascistas romanos y para los guerreros de pura raza aria a las órdenes de Hitler!

Los tanques de los italianos, por ahora, han dejado de asomarse. Trabaja con mucha intensidad su poderosa artillería —hasta un centenar de cañones de diferentes calibres— y, como el tiempo ha mejorado, su aviación. Desde el mismísimo amanecer y durante todo el día ni por un instante se calma a lo largo de todo el frente el zumbido de los motores ni cesan las explosiones. Junkers, Heinkels y Fiats vuelan en grupos de tres, de ocho, de nueve, por todo el horizonte, bombardean sin cesar las aldeas, los campanarios y las casas aisladas, los campos de olivos, donde es costumbre buscar las unidades militares, los automóviles por las carreteras. La aviación republicana no se ocupa especialmente de los aviones enemigos, ella misma se dirige a volar sobre la retaguardia de los italianos. Hace un momento que ha pasado por encima de nuestras cabezas una escuadra entera setenta aviones republicanos y ya nos llega el ruido de las explosiones desde el otro lado de las líneas fascistas.

Los combatientes no se quejan en lo más mínimo del tiempo. Están contentos de poderse tumbar, por fin, al sol, aunque sea con los Junkers encima, secarse la ropa y el calzado.

17 de marzo

Los Estados Mayores aún están ocupados con el botín de guerra capturado al enemigo, distribuyen por las brigadas los cañones y las ametralladoras, estudian los documentos, las listas de personal y las órdenes de los generales italianos. He aquí una cartilla militar del ejército italiano, tomada al acaso:

«Ejército italiano, cartilla militar de Bottini Francesco, año de nacimiento 1915. Número de matrícula 1424 (63).»

En una de las órdenes, impresas tipográficamente, el general Manzini felicita a las tropas por la toma de Málaga y declara:

«Os hago llegar el agradecimiento y la admiración no sólo del mando y mía personal, sino, además, de "aquel" (la palabra "aquel" va impresa en negritas) que os ha mandado aquí.»

18 de marzo

Por la noche, en Guadalajara, de vuelta de Trijueque, oigo por radio las aseveraciones del cuartel general de Franco en Salamanca sosteniendo que Trijueque se halla aún en las manos de sus tropas, y que en el frente no hay italianos de ninguna clase.

Estoy otra vez en Trijueque; la verdad es que no resulta muy cómodo este lugar, batido por la artillería enemiga; pero sin gemelos, ya no se ve a los fascistas.

Por lo que respecta a los italianos, sólo con los prisioneros capturados estos días, y por iniciativa suya, se forma en Madrid un batallón antifascista completamente italiano.

Hoy mismo hemos visto al capitán prisionero Giuseppe Volpi. Este honorable oficial tuvo tiempo de arrancarse las charreteras y durante largo rato se ha negado a reconocer su verdadera graduación, asegurando que sólo era sargento. El comisario le ha escuchado pacientemente, y luego le ha presentado una fotografía que le habían encontrado en la cartera de bolsillo. En la fotografía, el capitán Volpi luce su uniforme, con charreteras, con el brazo levantado haciendo el saludo fascista, bajo un árbol del que cuelga el cadáver de un abisinio. El capitán ha palidecido levemente y ha dicho: «Mi romanticismo me ha perdido.»

He asistido asimismo a la ceremonia, pequeña y modesta, pero, sin duda alguna, muy agradable para el corazón de «aquel» que desde lejos observa al cuerpo expedicionario. El jefe de división Enrique Líster y el comisario Carlos, en el frente, han entregado en persona al general Miaja la bandera fascista italiana capturada a una de las unidades mandadas para conquistar Madrid.

Esto, en realidad, no es ya simplemente un éxito, sino una victoria auténtica e importante del ejército republicano. Esta noche, después de una breve preparación artillera y de aviación, los republicanos han atacado por dos partes la ciudad de Brihuega; después de ocuparla y de haber hecho más de doscientos prisioneros italianos, han arrojado a las divisiones expedicionarias italianas más allá de las crestas de las elevaciones circundantes.

A primera hora de la mañana, bajo la lluvia torrencial, me he dirigido a Brihuega. De nuevo la carretera, como el día anterior, está obstruida con cañones, morteros y camiones (setenta) italianos, con alambre espinoso, cajas de obuses, de cartuchos, de bombas de mano y otros pertrechos de guerra. Se han cogido cien mil litros de gasolina. Los republicanos ahora han experimentado en la práctica lo que significan los trofeos: varias brigadas se han armado, vestido y calzado totalmente a costa de los italianos.

No lejos de la entrada de la ciudad, en un recodo de la carretera, vemos un cuadro impresionante. Unas bombas de los aviones republicanos, lanzadas con una precisión asombrosa, volaron cuatro camiones con obuses y cartuchos. Voló todo y después las municiones se dispararon por sí mismas en todos sentidos.

En el propio Brihuega, en esta pequeña y poética ciudad medieval, sólo ahora empieza a notarse una tímida animación. La gente se asoma a la calle, mira cautelosamente alrededor y al oír los saludos de los soldados de la República, en seguida se sienten reconfortados. Dos mujeres cejinegras y de grandes ojos, interrumpiéndose mutuamente y sollozando, cuentan con mucha pasión cuánto han tenido que sufrir durante los ocho días de dominio fascista en la pequeña ciudad. Los italianos han dejado vacías todas las despensas, todas las cavas, han degollado todo el ganado y todas las aves de corral, han violado a algunas mujeres, han fusilado a treinta y seis personas, entre ellas a dos viejos maestros de escuela, acusados de simpatizar con el Frente Popular. En la localidad, quien daba las órdenes era el comandante militar italiano y a él se subordinaba también la organización falangista de aquí. Cuando ocuparon la ciudad, algunas familias

que antes se habían declarado republicanas, sacaron de sus casas banderas monárquicas y acogieron con flores a los fascistas. Ahora, claro está, han huido, pero en dos balcones aún se mojan los pedazos de las banderas enemigas.

Los italianos han huido de Brihuega literalmente despavoridos, casi sin tener tiempo de evacuar nada. Se han olvidado de llevarse incluso doce caballos, que instalaron en la vieja iglesia —un admirable edificio de primitivo estilo románico— convertida en cuadra.

Entramos en el edificio del seminario monacal, aquí se había alojado el Estado Mayor de la 2.ª división italiana. Todo está revuelto: muebles, papeles, mapas, restos de comida.

Entre los documentos del Estado Mayor de la división se ha encontrado la orden que reproducimos literalmente, sin comentarios de ninguna clase:

«13 de marzo de 1937, año decimoquinto de la era fascista. Acerca del telegrama del Duce. Transmito el siguiente telegrama, que me ha mandado el Duce: "A bordo de la nave *Pola*, en que me dirijo a Libia, he recibido el comunicado acerca de la gran batalla que se está librando en dirección de Guadalajara. Sigo con ánimo tranquilo el desarrollo de esta batalla porque estoy seguro de que el entusiasmo y la tenacidad de nuestros legionarios vencerán la resistencia del enemigo. El aniquilamiento de las fuerzas internacionales será un éxito de enorme trascendencia y, sobre todo, un éxito político. Comunique a los legionarios que sigo hora a hora su actuación, que se verá coronada por la victoria.

»"Mussolini. General de división Manzini."» (Sello.)

Sobre la mesa de escribir hay un periódico. Es el *Giornale d'Italia* del 9 de marzo del año en curso. En el lugar más destacado de la primera página, bajo unos provocadores titulares, se da cuenta de la ofensiva «nacional» sobre Guadalajara. En el comunicado no se dice qué unidades nacionales —españolas o italianas— efectúan la ofensiva. En cambio se subraya que Brihuega se encuentra bajo el duro fuego de cien cañones.

El periódico, aunque reciente, ya ha envejecido. De los cien cañones que disparaban contra Brihuega, a los italianos les faltan muchos. Les falta también la propia Brihuega.

20 de marzo

Una y otra vez converso con los prisioneros. Es difícil hartarse.

Los italianos confirman el carácter regular de sus unidades militares, la obligatoriedad y el carácter forzoso de su destinación a España, la ausencia total del más pequeño elemento de voluntariedad, o sea, totalmente lo contrario de lo que procura asegurar la prensa italiana, cogida in fraganti.

El mayor italiano Luciano Silvia, hecho prisionero por los republicanos, al ser preguntado «¿por qué ha venido a España?», ha respondido sin ambages:

—Yo obedezco las órdenes de mi gobierno y combato por mi país. Soy un italiano que lucha por su Italia.

—¿Sabía usted que venía a España, al zarpar de Italia?

—Sí, lo sabía. Lo sabían todos nuestros jefes, todos los mandos de regimiento y de batallón. Se trataba de una orden militar. Embarcamos en Sabaudia y desembarcamos en Cádiz.

—¿Cómo ve usted la guerra de España? ¿Quién la lleva a cabo?

—Es una guerra de españoles contra españoles.

—¿Por qué se mezclan ustedes en esta guerra?

—Nos hemos mezclado en interés de Italia. Lo que aquí nos interesa es que por una parte luchan los fascistas y, por otra, los antifascistas. Lo que a nosotros nos mueve son los intereses de Italia.

—Pero ¿en beneficio de qué intereses de Italia han venido ustedes aquí?

—Esto no se lo puedo decir. He venido aquí por disciplina militar y en cumplimiento de órdenes recibidas de la superioridad. Yo, ante todo, soy italiano y militar.

He aquí otro prisionero, el alférez Sacci Acille. Dice lo mismo:

—Yo sabía que venía a España. Únicamente se me prohibió comunicarlo a mi familia. Mis parientes y mi novia creen que se me ha mandado al África.

—¿Es usted fascista?

—Sí, soy fascista porque en Italia todo el que quiere vivir en paz ha de pertenecer al fascismo. Soy un militar profesional y he venido a España obedeciendo órdenes del gobierno italiano y del rey.

—¿De qué manera cumplió usted tales órdenes? ¿Con entusiasmo?

—Yo vine aquí para defender a mi patria y cumplir la orden que se me había dado.

—Pero ¿cómo entiende usted que defiende a su patria, aquí? ¿Acaso España ha atacado a Italia?

El alférez calla y, al fin, llega a decir:

—He cumplido una orden. Soy un militar del ejército italiano y estoy obligado a obedecer a mis superiores. No pertenezco ni he pertenecido a la milicia fascista, no soy más que un alférez del ejército italiano y he cumplido mi deber militar.

Exactamente del mismo modo habla el soldado de filas Romano Salvatore, de la LXXV brigada italiana de infantería. También declara que ha sido mandado por orden del mando, como soldado del ejército. No se ha enterado ni se da cuenta de quién lucha contra quién en España ni por qué motivo. Sólo sabe que ha sido mandado a España a pelear en interés de Italia.

—Soy un soldado, a mí me dan órdenes.

De todos modos, los disciplinados militares del ejército italiano en el frente de Guadalajara han dado muestras, también, de cierto espíritu de iniciativa: a los prisioneros se les han encontrado viejos pergaminos, miniaturas y otros objetos del pasado y de arte que habían robado en la catedral de Sigüenza.

A uno de los soldados prisioneros se le ha encontrado el siguiente documento:

«Por orden de su majestad el rey, Bessi Benzo, hijo de Giuseppe, del reemplazo de 1910, es llamado a las armas. Está obligado a presentarse y entregar la presente orden al mando de la 35 legión, en la ciudad de Spezia, a primeras horas de la mañana del día 25 de noviembre de 1936. Según la ley, será usted entregado a los tribunales si no se presenta, sin causa justificada, en el plazo indicado. Ciani Ferdinando».

El documento lleva el sello del mando de la 90 legión y el escudo oficial del Estado italiano.

22 de marzo

Estábamos en el nuevo puesto de mando de Lukács, en una minúscula aldehuela, colgada, como nido de águilas, en el rellano de unas altas peñas. «Ahora comeremos cordero asado, querido Mijaíl Efimovich», dijo como un buen anfitrión el general español. Se paseaba sin guerrera, en mangas de camisa, con el cuello desabrochado, preguntando por el cordero e interesándose para que echaran más leña al fuego. Para cuando la carne estuviese asada, Lukács preparó vino y un gramófono con la placa «Capitán, capitán, sonría»;[20] puso otra aguja. Tres aviones alemanes volaban sobre la aldea. Los soldados se refugiaron en las cuevas. Las explosiones resonaban contra la piedra de las rocas, pero no causaban daños.

—Se enfadan —dijo Lukács—. No están contentos. Les hemos dado una zurra. Como a unos Jaimitos. Y aún les daremos otras. Si no antes, más tarde. ¡Aún pelearemos, querido Mijaíl Efimovich!

23 de marzo

¿Qué ha sucedido con las tropas italianas en Guadalajara? Vale la pena meditar sobre esta cuestión.

El cuerpo expedicionario del general Manzini había sido trasladado desde el sur, desde Cádiz y Málaga, al frente de Aragón, y desde allí, a través de Sigüenza, al sector de Guadalajara con la misión de apoderarse de la ciudad de este nombre y Alcalá de Henares para completar luego el cerco total de Madrid. El estado de las tropas no podía ser mejor; así resulta evidente de todas las declaraciones de los prisioneros, de los documentos capturados en los estados mayores y de la situación misma que se produjo para los italianos al comienzo de la operación. Las unidades habían descansado magníficamente después de lo que se había llamado «heroica toma de Málaga» y que en realidad fue una simple expedición armada contra una ciudad indefensa, presa del pánico.

Sabido es que una parte importante del Estado Mayor de Málaga no sólo estaba en relación con los fascistas, sino que, además, se quedó en la ciudad hasta su llegada. Después del fuego de artillería por tierra y por mar, después de un contundente bombardeo aéreo, la infantería no tuvo más que penetrar sin combate en la soleada Málaga, famosa por sus vinos de ámbar. La memoria de aquellos paradisíacos días se ha conservado en todos los libros de notas de los prisioneros italianos. Ante Málaga, no encontraron tanques; en todo el sector malagueño, por el sabotaje del Estado Mayor, no tenían los republicanos más que cuatro pequeños carros blindados. Lo único que inquietó a los italianos fue una decena de aviones de caza; los aparatos de bombardeo estaban ocupados con la flota fascista.

Todo esto hizo que los invasores se sintieran como quien participa en una fiesta. La guerra de Abisinia comenzó a ser recordada como una atormentadora pesadilla. En efecto, ¿qué vale ese desierto africano con sus lamentables chozas de barro etíopes si al lado, a poca distancia, hay otra Abisinia con un clima maravilloso, con ciudades admirables, con hospitalarios fascistas españoles, con amables señoritas? Tres semanas después, la soldadesca italiana empezó a comportarse en el país, que pertenece a un pueblo de vieja cultura, como en la más salvaje colonia sometida.

Tampoco en Guadalajara el cuerpo expedicionario esperaba encontrarse con una resistencia más o menos seria. Los servicios de espionaje informaban —y los datos eran verdaderos— de que en las montañas había muy pocas tropas republicanas, de que todas las fuerzas habían sido llevadas al Jarama. Un golpe repentino debía coger por sorpresa a Guadalajara y llevar a las tropas italianas a los alrededores de Madrid. A los soldados se les explicó que los republicanos carecen de toda aviación y que, si tienen tanques, tales máquinas no van a la montaña.

Las divisiones motorizadas comenzaron su nueva marcha con todo el esplendor de su armamento y de sus equipos. Varios miles de camiones adaptados para el fuego de ametralladora y de fusil, un enorme parque de artillería compuesto de varios centenares de cañones de diferentes calibres, un gran parque de tanques, nutridísimas reservas de obuses y municiones, recursos químicos para la guerra, ¡es difícil imaginarse un ejército europeo mejor dotado! Únicamente el servicio sanitario del cuerpo de ejército ha resultado muy pobre. El mando no pensó en él. O, quizá, no creía que se necesitara...

Los primeros días de la irrupción no hicieron más que confirmar las esperanzas de los invasores. Arrojando de sus posiciones a los escasos destacamentos de montaña, el cuerpo motorizado se acercó sin dificultad casi hasta la propia Torija. Adelantándose a los acontecimientos, los partes de guerra fascistas dieron la noticia de que habían conquistado Taracena y hasta los arrabales de Guadalajara, ¡se adelantaban casi en treinta kilómetros! Tanto más inesperada y dolorosa resultó la contundente réplica de los republicanos.

Los prisioneros cuentan:

—Todo se nos ha venido encima como una pesadilla. ¡Ataques de la infantería con tanques, lucha a la bayoneta, combate nocturno con lluvia a raudales, caballería en el flanco, vuelos incesantes de la aviación!

—Después del tercer bombardeo, nuestro capitán se escondió en el sótano de una casa de campo. Lloraba como un niño. Me dijo: «¡Haced lo que queráis, muchachos, yo ya tengo bastante!» Cambiamos impresiones: ¿qué hacer si los oficiales nos abandonaban? La mayoría consideraba que lo más cuerdo era, sencillamente, tumbarse en el campo y esperar que alguien nos recogiera, los nuestros o los vuestros.

A los soldados italianos les causó una impresión singularmente penosa el hecho de que el mando fascista no organizara la retirada de sus propios heridos del campo de batalla. Ahora, los hospitales de Guadalajara están repletos de heridos italianos, los hay a centenares. Cuando el médico se acerca a las camas, los prisioneros no pueden contener las lágrimas. Intentan besar las manos de los cirujanos y enfermeras, les agradecen enternecedoramente su misericordia.

Se sigue haciendo prisioneros, y no sólo en el combate. No pocos soldados, sencillamente, han echado a correr y se han dispersado por los bosques, por los huertos y cementerios. Hambrientos, lamentables, buscan a quién entregarse.

A las filas republicanas se han presentado hoy quince evadidos. Casi todos han preguntado dónde está el batallón Garibaldi. Éste es un público deseoso de mayor actividad.

«Queremos luchar junto con los italianos contra el fascismo», han declarado.

Pero la mayor parte de los prisioneros están muertos de miedo, desconcertados, como durante un terremoto, desmoralizados, como gente que acaba de despertar de un sueño, como si acabaran de venir al mundo.

Este último fenómeno, es decir, la desmoralización de unidades enteras al primer choque serio con un enemigo menos numeroso y peor armado, es más interesante que el resultado final de los combates en el frente de Guadalajara y sus consecuencias inmediatas. Esto es lo más aleccionador para valorar el estado interno del ejército fascista. Vemos cómo ante la faz de un verdadero peligro se desprende toda la cáscara en que está cuidadosamente envuelta la «unidad combativa» del imperialismo fascista, vemos cómo por debajo de ella queda desnudo el hombre vivo, a quien el fascismo ni siquiera en quince años ha podido ganar, en masa, para sus fines.

Es sencillamente asombroso ver esta humana desnudez, esta mezquindad ingenua y simple de quienes eran ayer soldados del orgulloso imperio fascista, hoy prisioneros del Ejército Popular español.

Desde luego, en todas las guerras se han cogido prisioneros. Con mucha frecuencia, la masa de los soldados de filas, al encontrarse sin mandos, se convertía en rebaño, en una muchedumbre de indefensos hombres, perdida su moral militar y civil, indiferentes a su honor militar y nacional, dispuestos a servir a sus nuevos amos, a abrir trincheras para ellos e incluso a disparar contra sus amos antiguos. ¡Pero se trataba de ejércitos capitalistas anteriores al período fascista, reunidos a toda prisa, sin selección política, por el método de la movilización general! Tenían una idea muy confusa de por qué combatían y, si lo sabían, se sentían indiferentes u hostiles a los fines de la guerra... En cambio ahora tenemos delante a la selecta juventud de camisas negras, constituida, sin excepción, por miembros del partido fascista; cabe decir que son la vanguardia de combate, la esperanza y el orgullo de Mussolini, sus mejores hombres, a los que manda encendidos saludos personales.

Los jefes fascistas han estado educando a dichos hombres durante tres lustros en las escuelas, en los desfiles solemnes, con ayuda de su altisonante fraseología, de sus teorías individualistas y de su culto al superhombre. Entre los prisioneros hay jóvenes a quienes el régimen fascista ha educado desde la cuna; cuando Mussolini ascendió al poder, ellos habían cumplido tres años. Ahora, después de haber pasado una noche bajo el techo de sus enemigos, maldicen al Duce y todo su imperio. ¡No han echado raíces muy hondas sus quince años de educación fascista!

Desde luego, la parte alta del ejército está más estrechamente ligada al régimen fascista. Pero también ella, en general, ha resistido

muy mal la prueba de la guerra. La retirada de los hombres llenos de pánico, la pérdida de los cañones, la desmoralización de los soldados ha causado una impresión estremecedora al mando fascista. Los republicanos han hallado los cadáveres de cuatro oficiales italianos, un teniente coronel y tres capitanes, que se han suicidado. Los suicidas no hicieron más que anticiparse a los acontecimientos: nuevos prisioneros han contado que el 19 de marzo el alto mando fusiló a los jefes de dos batallones por la huida de sus unidades.

He aquí unas líneas del diario de un capitán italiano prisionero:

«A medida que los acontecimientos se desarrollan, decae mi entusiasmo. Lo que más abruma es el burocratismo, las intrigas y la incapacidad de nuestro ejército. En torno, sólo mentira y engaño. Nos engañamos unos a otros y los españoles nos engañan a nosotros. La Falange Española sólo traga, bebe y espera a que le conquistemos Madrid para ella. De haber sabido que todo esto iba a ser tan repugnante, habría esquivado esta guerra que parece tan seductora vista desde lejos.»

Las divisiones italianas de Guadalajara, al recibir un golpe contundente, han puesto al descubierto toda la podredumbre interna y la vacuidad del militarismo fascista, la verdadera debilidad de su base humana fundamental. El poderoso armamento moderno, después de que quienes lo dominan dejan de dominarlo y de dominarse a sí mismos, se ha convertido simplemente en trofeo de guerra de unidades incomparablemente peor armadas.

Pero ha sido necesaria una condición indispensable: una réplica audaz, un golpe asestado con toda decisión, con toda la furia. Sin este golpe, el ejército motomecanizado de los italianos habría avanzado hasta Madrid y la fama de las armas italianas aún habría cegado más a quienes tienen tendencia a dejarse cegar. Sin el golpe, no se habría producido el pánico; sin el pánico, no habría trofeos ni enternecedoras lágrimas en los ojos de los prisioneros.

El fascismo es de una osadía sin límites cuando no ve al enemigo. Es cobarde, como el chacal, cuando le responden. Esto es, precisamente, lo que no comprenden los medrosos políticos de los gobiernos occidentales. Procuran enternecer a la bestia fascista y con esto sólo avivan su sanguinaria osadía.

25 de marzo

Después de los tensos días de Guadalajara, calma absoluta. Las tropas descansan. En el frente han aparecido excursionistas —delegados, escritores, periodistas de Valencia, de Barcelona, de París, de Londres y hasta de Nueva York—. Recorren los recientes campos de batalla, examinan sus huellas, fotografían los enormes depósitos de pertrechos de guerra capturados a los italianos, conversan con los prisioneros, se llevan recuerdos italianos.

Ernest Hemingway, con su humanidad corpulenta, algo tosca y fuerte, ha venido aquí. Se ha metido por todos los sitios en que hubo combate, ha visitado varias veces a Líster y a Lukács, ha trabado amistad con ellos; me ha dicho hablando despacio y dando sabrosas vueltas a las palabras españolas:

—Esto es una auténtica derrota. La primera derrota seria del fascismo durante estos últimos años. Esto es el comienzo de la victoria sobre el fascismo.

—Sí —he respondido modestamente—, por ahora no es más que el comienzo.

Me ha divertido esta propia modestia. Tras ella se escondía una increíble jactancia. ¡Les hemos dado una paliza, a pesar de todo! Los hemos zurrado como a unos Jaimitos, como dice Lukács. Yo lo he visto. He llegado a verlo. Empecé con los autobuses ante Talavera, he vivido los negros días de Toledo, la vergüenza de Aranjuez, la tragedia del Madrid abandonado, la desesperada lucha junto a los puentes, la dura y sangrienta escuela de Aravaca y Majadahonda, los dolores del parto del nuevo ejército junto a Las Rozas, la gran batalla del Jarama, para ver la victoria frente a los soldados de Mussolini. Y Miguel Martínez, venido con la vieja experiencia de la guerra civil en su juventud, la ha sometido otra vez a prueba aquí, la ha multiplicado, la ha fecundado en estas primeras trincheras del choque mundial con el fascismo.

—Por ahora esto no es más que el comienzo —he repetido—. Aún queda mucho por delante, malo y bueno.

—Pienso lo mismo —ha respondido Hemingway, enfurruñándose.

27 de marzo

En Valencia ya hace calor, los funcionarios del Ministerio de la Guerra se escapan a la playa, la milicia organiza redadas de bañistas y los devuelve a sus puestos de combate en las oficinas. Por todas partes, vastos planes y esperanzas.

Los comunistas, por fin, han adoptado una actitud más severa frente a Largo Caballero. Se va a la ruptura, a la crisis de gobierno. ¡Ojalá fuera pronto!

José Díaz se ha puesto muy enfermo; yace en la cama pequeñito, quieto, pensativo.

Dolores me ha preguntado:

—¿Es verdad que te vas?

—Sí.

—¿Volverás?

—Sí.

—Cuidado, no nos engañes. A nosotros nos duele que los amigos no cumplan lo que prometen.

Hemos comido juntos, Dolores y yo. Al principio, ella fruncía el ceño, callaba, desmigajaba el pan; luego ha hablado con vehemencia, se ha puesto a canturrear y bromeando me ha dado un amuleto de hueso.

—Para que vuelvas sin falta.

He atado el regalo de Dolores a la negra cinta con la llave del ataúd del capitán Antonio.

En la plaza tocaba un organillo, daba vueltas un tío vivo, los niños se reían. Los tranvías llevaban unos enormes carteles: «¡Todos al grandioso festival de música y danza por la victoria de Guadalajara!»

29 de marzo

En Barcelona, cae una lluvia tibia. La ciudad ha cambiado por completo. Han desaparecido las consignas, las banderas, las procesiones por las calles. Han aparecido taxis, pintados con los colores rojinegros de los anarquistas. Barcelona ha adquirido un aspecto serio, burgués. Pero algo bulle en su seno. En una enorme sala, ante millares de ávidos oyentes, el viejo y medio ciego poeta León Felipe, filósofo místico, lanza un apasionado llamamiento:

—¡Necesitamos una dictadura! ¡Sí! ¡Dictadura de todos! ¡Dictadura para todos! ¡La dictadura de las estrellas! ¡La dictadura del ensueño!

A muchos les brillan los ojos. Nadie sabe qué es eso de la dictadura de las estrellas. Probablemente algo bueno. A pocos interesan las noticias del frente. Barcelona vive entre el cielo y la tierra, entre el infierno y el paraíso. Dictadura del ensueño...

2 de abril

En la carretera, ante la garita fronteriza, un gordo inspector francés no quería dejar pasar el coche.

—Sólo iré en el coche hasta la estación de Cerbera, el automóvil volverá en seguida a España.

Se puso terco, luego accedió a dejar pasar el coche acompañado de un agente de policía.

En la estación, di un abrazo a Dorado.

En el quiosco vendían periódicos, cigarrillos, fruta, chocolate en cualquier cantidad. El último número de *Jour* comunicaba: «La ofensiva emprendida por los rojos en Guadalajara, puede considerarse como definitivamente fracasada.» ¡Vaya qué tal, así resulta que se ha tratado de una «ofensiva de los rojos»! Y nosotros sin enterarnos...

En el compartimento estaba solo. Me desnudé, me acosté, apagué la luz. No sé cuánto tiempo pasó —comenzó un largo, un monstruoso bombardeo—. Los aviones volaban a poca altura, sobre nuestras mismísimas cabezas, con furioso rugido y chirrido, todos me apuntaban a mí. Las explosiones se sucedían unas a otras, cada vez más fuertes, cada vez más implacables. Por fin abrí los ojos. No había bombardeo. El tren retumbaba en la oscuridad. Y por primera vez experimenté con tanta fuerza, tan hondo, sin nada que los contuviera, la tristeza, la alarma y el dolor por este pueblo ensangrentado, sentí la quemadura del miedo por su destino, se levantó en mi ser una ira

irrefrenable, furiosa, por los sufrimientos de este pueblo, por sus víctimas, por la injusticia, por la desigualdad de fuerzas, por la insolencia y la impudicia de los verdugos.

10 de abril

Echado aquí, sobre la espalda, se ve un buen trozo de cielo fresco y luminoso y en él se mueven las cimas de los árboles. ¡Qué árbol más hermoso, el pino! El tronco de esta poderosa planta se eleva cual columna recta, airosa. Junto a la tierra, es rudo, está cubierto por una gruesa corteza oscura, rugosa. Cuanto más arriba, tanto más claro es; luego, la corteza se vuelve roja cobriza, lisa, suave. Árbol modesto y noble, no es caprichoso, no exige ni calor ni humedad. Es amigo del terreno seco; podéis tumbaros tranquilamente bajo un pino, no hay ni humedad ni cosa podrida; en un bosque de pinos respiran libremente los pulmones débiles. El pino es amigo de la luz y por esto se libera rápidamente de las ramas inferiores; con su cima verde se lanza hacia la altura, hacia el sol. Cuando los troncos cobrizos de un pinar son iluminados por los rayos del sol, se vuelven dorados; éste es uno de los espectáculos más hermosos que la naturaleza ha dado.

El pino es la palmera de nuestro hemisferio septentrional. Se eleva desde Asturias hasta el Amur, desde Yakutia hasta la zona subtropical. No lo conocen tan sólo las regiones bajas, húmedas, pantanosas y herbáceas: Dinamarca, Inglaterra, Irlanda. Tampoco él las conoce. Pero el pino es, sobre todo, naturalmente, Rusia. Osos y pinos... Hay también osos del Himalaya, negros, pequeños. Hay pino negro en los Balcanes, en Sicilia, con púas muy velludas. Son buenos osos, es un buen pino, pero no es lo mismo.

En el norte, salvaje y solitario
se yergue el pino sobre una desnuda elevación,
Dormita acunándose, de esponjosa nieve,
Cual hermosa casulla, vestido.

Esto lo escribió Heine y al ruso lo tradujo Lérmontov. Las casullas de nieve, a menudo son peligrosas para el pino, lo ahogan. De las avalanchas de nieve perecen en el norte, cada invierno, centenares de miles de pinos.

Y siempre sueña el pino que en el lejano desierto,
En aquel lugar donde sale el sol,
Sola y triste, en el peñasco abrasador,
La espléndida palmera crece.

El tema de la poesía de Heine-Lérmontov es trágico. Es el tema de la separación eterna, es el tema de los dos amigos que nunca, nunca, se encontrarán, es el tema del ensueño no realizado. Ambos poetas eran unos enamorados de la vida, del ensueño, y ambos murieron absurda, injustamente, hasta el punto que dan ganas de llorar. A Lérmontov, deportado por el zar, le pegó un tiro un ocioso capitán. Arrojado de su patria, Heine se fue consumiendo poco a poco en su «tumba de colchón», como llamó a su lecho de tortura. En el octogésimo aniversario de la muerte del poeta nacional de Alemania, sus obras se editan en lengua alemana únicamente en una ciudad, en Moscú.

Pero el pino y la palmera, pese a todo, se encuentran. A la palmera le es difícil elevarse hacia el norte, el pino desciende fácilmente hacia el sur, a su encuentro. Esto puede verse en Sujumi, en Novi Aton, en Cataluña, en Almería. A lo largo de la cálida orilla marina, sacudiendo al aire sus ostentosos peinados, se extienden en ligera formación las palmeras. Encima de ellas, en la terraza arenosa y pétrea, extenuados de calor, entre efluvios secos y resinosos, se apiñan fuertes y gigantescos pinos. No hay mezcla más mágica que esta mezcla de vientos y olores.

Nosotros tenemos pinos y palmeras. Somos ricos, nuestra casa es fecunda y espaciosa, se extiende por las estepas sin fin, está cubierta por el Pamir, el techo del mundo. ¡Qué tranquilidad, aquí! ¡Qué seguridad, aquí!

Los niños juegan debajo de los pinos. Son los niños de aquí, del pueblo de Odintsovo. Son cinco, todos ellos de diferente tamaño. Juegan al escondite, corren entre los pinos, corren ora silenciosamente ora prorrumpiendo, de súbito, en carcajadas, y entonces el alboroto llega hasta los cielos. Los niños en todas partes son niños, pero en todas partes son distintos. A un pequeño ruso no lo confundes con ningún otro: por la manera de llevar el cinto (es muy amigo de llevar

cinto), por la manera de encasquetarse el gorro, por el corte de pelo al rape, al cero, por la rápida manera, un poco a lo oso, de andar, de correr, de trepar a los árboles, por la mirada franca, severa y alegre, debajo de las rubias cejas.

Han dejado de correr, empiezan a charlar. Ya no son, éstas, las antiguas conversaciones acerca de la comida, de los racionamientos, de los suministros. Los niños están bien nutridos, van bien vestidos, aunque con sencillez; hablan de diversiones, de viajes, de aventuras, de hazañas —y, en general, no sólo de paracaídas y rompehielos, como suele ser corriente en la bien cuidada literatura infantil—. Se discute si se puede educar a una ardilla, pero educarla lo que se dice bien. Que no muerda a nadie, que duerma al lado, en la almohada. Los más pequeños creen que es posible, pero Vasia —tiene diez años— supone que volver a forjar por completo a la ardilla es imposible:

—No hay que creer en las ardillas. A las ardillas les gusta llevar la contraria. Pasha tenía toda la confianza en una y la ardilla le mordió un dedo.

—No se lo mordió, sino que se lo mordisqueó. Lo que has de hacer tú, Vasia, es mentir menos, saldrás ganando.

Los niños exigen a Pasha que muestre la huella de la perfidia ardilla. La huella es muy pequeña, sin interés. Luego comienzan a hablar de los cazadores; después, de las bicicletas, luego de los sellos de correo. Esto es nuevo. Antes, en las aldeas, los niños nunca hacían colección de sellos de correo. Después, la conversación versa, naturalmente, sobre España.

—¿Y qué hacen allí los niños? ¿Matan a los fascistas?

—¡Por qué van a hacerlo ellos! Quienes luchan contra los fascistas son las personas mayores, los niños las ayudan.

—¿Llevan cartuchos?

—A veces también llevan cartuchos. Y también ayudan a construir barricadas. Y lo que es más importante, trabajan en sus casas, ayudan a sus madres mientras los padres combaten en el frente.

—Y cuándo una bomba destruye sus casas, ¿adónde van?

—Entonces, los pobres, no tienen adónde ir. Entonces son niños sin hogar. Todo lo más, se refugian en el metro.

—¿Es hermoso el metro?

—No lo es.

—Que vengan con nosotros. Les daremos casa. Que vivan en nuestro metro, que se cojan aunque sean cinco estaciones.

—¿Y cómo nos arreglaremos entonces nosotros?

—Entonces, viajaremos por las demás estaciones. Nos bastan. O construiremos otras nuevas. ¿Y hablan en ruso?

—Algunos hablan.

Los niños empiezan a reflexionar de qué modo podrían sacar niños de España y traerlos acá.

Hay que traerlos, desde luego, en aviones. El problema está en saber cuántos caben en cada avión.

Vasia explica que los aviones a veces tienen las alas vacías —allí también se puede meter a los niños—. Y habrá que taladrar agujeros para que los niños puedan respirar. Porque hay que volar muy lejos.

Les hablo de mi pequeño amigo Severo, el vendedor de periódicos que se ha quedado en Madrid.

Los niños de Odintsovo escuchan en silencio lo que les digo de Severo, callan y suspiran. Para ellos resulta claro que las cosas, al muchacho, no le van demasiado bien.

—Tío Misha, tráelo aquí, a Odintsovo.

—¿Y qué hacer con los demás, sus hermanos y hermanas? También da pena dejarlos a ellos. Hay que recogerlos a todos y traerlos a nuestras casas.

—En invierno los llevaremos al Cáucaso. Allí no hace frío, allí hay palmeras y tigres, todo lo que ellos estiman.

Los niños españoles de ojos negros han aparecido en nuestra capital. Vagan por las calles, por las plazas, ante el mausoleo de Lenin, en la Casa del Ejército Rojo, en bandadas. Los miro con emoción. Un gran chalet de la calle de Piragovskaia está lleno de sus gritos y bullicio. Los pequeños asturianos, vascos, andaluces y madrileños hacen gimnasia y movimientos rítmicos. Un guía de Riazán, rubio, con el pelo casi al rape, manda con su acento regional, en ruso:

—¡Más largo el paso! ¡Fernando, no te retrases! A ver, muchachos, vamos a repetir este movimiento para que lo aprendáis bien. Cuando volváis a España dejaréis a todos sorprendidos. ¡Venga!

La «profesora» madrileña, finita, con altas cejas cómicamente sorprendidas, repite con ellos canciones rusas:

—¡Tres-cuatro!... «Iesli sa-vtra voina, iesli sa-vtra v pojod...»

Termina la lección, sale corriendo a la calle, golpea, presurosa, con los tacones, empuja a lo moscovita para subir al tranvía. En el comedor, repite insistente al camarero:

—¡Pura! ¡Pura!

Esto significa agua pura, no gaseosa. Agua corriente, pura, agua fría del grifo, como la que los madrileños beben siempre con satisfacción a la hora de la comida. El camarero escucha con atención largo rato, por fin trae un vasito de agua hervida...

Los niños de Odintsovo, como todos los niños soviéticos, como todos nosotros, tenemos casa. Es difícil abarcar con la imaginación toda la grandeza de este estado de conciencia ahora, cuando la humanidad por todo el planeta se queda sin casa. Se desploman los tejados, las paredes y las cercas, se vulneran las fronteras, irrumpen los bandidos; el fascismo hace de los pueblos unos vagabundos en sus propios países.

En nuestra sensación de casa entran no sólo la geografía, la tierra, los pinos y las palmeras, las bayas y los limones, los esperinques y las ballenas, en esta sensación entra, asimismo, la seguridad en el tiempo. En nuestra casa, cada individuo tiene futuro. Los niños de Odintsovo, ya desde el momento de nacer tienen un camino; avanzan por los raíles y ellos mismos serán quienes cambiarán las agujas hacia donde quieran, y ya ahora se dan cuenta de ello. Cada niño puede llegar a serlo todo; en nuestra casa lo que no es posible es quedarse siendo «nada». Y éste es el destino de cada pobre allí, en el extranjero.

Pero en todas partes donde la clase obrera, los trabajadores, llegan a empuñar las armas para su lucha liberadora o aparece por lo menos la posibilidad de presentar con el Frente Popular grandes obstáculos al fascismo, aunque preparados de prisa y corriendo, se aviva el sentimiento nacional, se fortalece la conciencia y la sensación de patria, de casa propia, aunque no lo sea por entero. Y en estos mismos lugares, como por ejemplo en España, los provocadores de Trotski se apresuran a reírse de este sentimiento, se burlan de él, aseguran a los trabajadores que no tienen por qué ni para qué batirse, que ellos no tienen casa ni la tendrán nunca. ¡Los obreros los rechazan, hacia los fascistas!

El «sentimiento de casa» soviético no es egoísta. ¡Cuán poco se parece al chovinismo fiero de los países reaccionarios! En ellos, la primera palabra del símbolo nacional de la fe, es el odio animal a los hombres de otra sangre, de otra lengua, es la exigencia de echar a todos los extraños. El patriotismo soviético es magnánimo. Los muchachos de Odintsovo, si pudieran, acogerían bajo el techo soviético a todos los que sufren, a todos los desheredados, a todos los hambrientos, a todos los humillados. Y esto no son sólo palabras, esto puede comprobarse.

Esto puede comprobarse en Moscú, en Odesa, en Alicante. En Moscú, en la calle de Bolshaia Piragovskaia. En Odesa, cuando los morenos muchachitos, mandados por los padres sin albergue al seguro refugio del cielo soviético, abren ampliamente ojos y bocas para comerse los primeros bocadillos con mantequilla, en los espaciosos palacios de pioneros, en las alegres pistas de juego y en el resinoso pinar. En Alicante, cuando aparecen en el paseo de palmeras los marinos soviéticos, altos como árboles para mástiles, con sus rostros de Arjánguelsk, de Sarátov, del Ural...

Han llamado a los niños, están ocupados: recogen piñas para el samovar. Son piñas del año pasado, duras, elásticas, sonoras.

Entretanto, el pino empieza de nuevo a echar flor. Claro, no es el guindo, no es la acacia: el pino florece de manera muy humilde, casta, insensiblemente. Las yemas son tiernas, resinosas, olorosas. Finos brotes pardos, luego se entretejen formando suaves y flexibles pinochos.

Un poco más, y en el hálito de mayo se entremezclará este purísimo y estimulante aroma de nuestra palmera septentrional. ¡Qué bien se está en casa!

Pero nuevas divisiones fascistas acompañados de doscientos aviones de bombardeo de construcción perfeccionada han emprendido una gran ofensiva contra el país de los vascos. Han destrozado la vieja ciudad de Guernica. Se acercan a Bilbao.

Libro tercero

En la pequeña estación, no había nadie. Hasta el único mozo de cuerda se había metido en el bar a echarse al coleto un vasito. El tren correo para aquí sólo un minuto, y muchas veces inútilmente. Frau Marta se dispuso a llevar la maleta. Y hasta Feuchtwanger alargó hacia esta maleta la mano. Eso ya era demasiado.

—¡Se lo suplico, déjenla! La llevaré yo mismo.

—Si no pesa nada, es muy ligera. Tiene usted una maleta muy agradable. Blanquita.

—No es nada cara. Imitación de piel de cerdo. Una igual de piel de cerdo auténtica cuesta cuatro veces más, pero en realidad no hay diferencia. De todos modos, démela, la llevaré yo mismo.

—No, no se la doy. Es ligera como una pluma. Soy una deportista. Le hemos recibido mal, reconózcalo. ¡Qué tontería haber dejado marchar a la cocinera precisamente poco antes de su llegada! ¡Me imagino lo que pensará usted de mis guisos!

Era muy hermosa, alta, bronceada, con su vestido blanco y sus zapatillas de baño.

—Es usted la mejor cocinera del mundo y el mejor chófer. Estos dos días han sido para mí un paraíso. Soy yo quien ha de disculparse por haber estorbado. ¿Cuántas páginas del «José» les ha costado mi visita?

—Diecisiete. No se ofenda. Con la misma sinceridad le digo que estoy muy contento de estos dos días. Me han remozado. Es más divertido escribir acerca de las ruinas de la fortaleza de Jerusalén sabiendo que en nuestros días la gente se lanza al asalto de los muros del Alcázar fascista.

—Aún no se han ganado «la corona del muro».

—Todos ustedes la tendrán. A veces siento envidia y se me hace intolerable permanecer en este pacífico nido literario...

—Es la cándida envidia del artillero por la infantería. Desde su batería a cubierto, dispara más lejos y con mayor fuerza que diez tiradores con sus fusiles.

—El éxito del combate lo decide, de todos modos, la infantería y

no... y no el cañón de biblioteca. Viene el tren. Lleva dos minutos treinta segundos de retraso. Y otros veinte segundos hasta que se pare. ¡Feliz viaje! ¡Le estoy muy agradecido!

—¡Gracias a usted!

Aún vi a los Feuchtwanger otro instante. Luego me quedé solo, con el revisor, en el desierto vagón.

—Tiene usted billete hasta Hendaya. ¿Va usted a Burgos?

—¡Oh, no! A Bilbao.

—Eso de quién es, ¿de los gubernamentales o de los nacionalistas?

—De los gubernamentales.

—Aquí casi todos van a Burgos. Este tren viene de Italia. Pero, naturalmente, también se puede ir a otro sitio. Cada uno va a donde le hace falta. Para esto, en realidad, existen los ferrocarriles.

Filosofía revisoril... Bueno, pasado mañana estaré en Bilbao.

24 de mayo

Perpiñán ha quedado inmóvil y mudo en la calurosa languidez. Los viejos habitantes de la ciudad dormitan con los ojos abiertos en las terrazas de los bares provincianos. Asnos y mulos arrastran lentamente pesados carros. El mercado está perfumado por montones de verduras, fruta, carne y pescado. ¿Será verdad que en algún lugar, aquí al lado, haya guerra, hambre y muerte?

Pero hace pocos días una escuadrilla de aviones italianos voló hacia aquí. Bombardeó Cerbere, a cuarenta y cinco kilómetros de Perpiñán. Hubo casas destruidas, muertos y heridos, ciudadanos de la República francesa muertos y heridos por aviadores militares extranjeros, italianos.

Desde Perpiñán se trasladó a Cerbere el fiscal del departamento acompañado de su ayudante. Recorrieron todos los lugares destruidos, asistieron al sepelio de las víctimas, conversaron con los heridos y con testigos oculares. Después de ello, el fiscal perpiñanés empezó a instruir una causa contra el desconocido que había bombardeado Cerbere.

Los «desconocidos» se dejan sentir mucho en el extremo meridional de Francia. Hace poco aún, estos parajes se consideraban profunda retaguardia francesa en caso de guerra. Ahora se ciernen por ahí los «desconocidos».

La frontera francoespañola se extiende aproximadamente en una longitud de quinientos kilómetros. Empieza aquí, cerca de Perpiñán, en la orilla del mar, se eleva hasta la minúscula República de Andorra, pasa por las nevadas cúspides de los Pirineos Orientales y de los Altos Pirineos, recorre las verdes laderas de los Bajos Pirineos.

Frontera de la paz y de la guerra, de la muelle paz y del estruendo de los cañones. Por la parte media se divide. La mitad oriental pertenece al gobierno español; la occidental está en manos de los facciosos.

Aquí, en esta parte media, dormita el acogedor poblado de Tarbes. Entre las polícromas flores y los famosos vinos de la localidad, en un castillo viejo pero magníficamente conservado, se ha instalado el coronel Lunn, danés, jefe del cordón de control internacional.

Un Estado Mayor numeroso, un auténtico Estado Mayor, por lo menos en apariencia: mapas militares, esquemas, mecanógrafas, ordenanzas, conmutador telefónico, urgentes conversaciones con Londres, con París, con Ginebra, con los puestos fronterizos y con las gendarmerías de campo. El propio coronel Lunn es atento, pero severo, amable con los periodistas, si bien con un elevado concepto de la importancia y de la responsabilidad de su misión. Tiene a disposición suya ciento cincuenta oficiales de quince ejércitos europeos, ¡cuándo y quién pudo mandar semejante constelación castrense, desde los tiempos napoleónicos!

El coronel explica que ha dividido toda la frontera francoespañola en cinco sectores: Perpiñán, Foix, Saint-Gaudens, Tarbes y Pau. Como jefes de los sectores ha nombrado a un oficial sueco, a un noruego, a un finlandés, a un lituano y a un holandés. Dichos oficiales tienen a sus órdenes a los demás controladores militares quienes, a su vez, vigilan a la guardia fronteriza. El trabajo es muy difícil y, naturalmente, no puede cumplirse por entero. Es evidente, considera el coronel, que algunas personas aisladas, algunos voluntarios, pueden cruzar la frontera por la noche —hasta con armas— y entrar en España. Pero el paso de grandes grupos, el envío de convoyes con armas, eso no; el coronel considera que esto ahora es imposible.

¿Son ciertas las declaraciones de muchos periódicos franceses del sur, en el sentido de que en la parte occidental, frente al campo de los facciosos, la frontera se custodia y se vigila con menos rigor, y que

la parte oriental, la que corresponde al gobierno de la República española, se vigila con mucha más atención?

El coronel niega semejante posibilidad. Desde luego, es difícil igualar y hasta precisar la pericia y la capacidad de trabajo de los señores oficiales de países distintos que se encuentran en los diversos puestos del control. Pero en lo fundamental, no es como se dice; el coronel responde de que el control se efectúa en consonancia exacta con la posición del comité de Londres... Por lo visto, ateniéndose al mismo estilo londinense, el señor Lunn llama a los facciosos fascistas «nacionalistas españoles».

25 de mayo

En la estación de Bayona dejé la maleta en la consigna, crucé el puente y me dirigí andando a la parte central de la ciudad. Necesitaba encontrar la representación de los vascos. Pregunté a los viandantes, no lo sabían. Por fin uno, con indiferente amabilidad, me dijo: «Diríjase a la avenida del mariscal Foch; allí, ante una gran casa, se ha formado una larga cola. Es allí.» En la avenida de Foch, junto al local de una tienda, forman cola mujeres vestidas de negro. Parecían más pobres, de capas más sencillas del pueblo, que las francesas que por allí pasaban. Se acercaban a dos ventanillas: a una, para recibir el subsidio de refugiados; a la otra, para preguntar por sus maridos e hijos. El representante de los vascos en Bayona, el señor Oruezabala, resultó ser un joven simpático e incapaz. De ningún modo podía ayudarme a llegar a Bilbao, nada dependía de él. No hay dificultad alguna para tomar el avión, aquí existe la compañía *Aire pirenaico*, hay aviones que hacen el servicio regular entre Bayona y Bilbao. En realidad, no necesitaba otra cosa. Oruezabala se ofreció para mostrarme el camino a las oficinas de *Aire pirenaico*. Yo empecé a protestar contra tan extraordinaria amabilidad por parte del representante vasco, pero él porfió en su empeño. Por todo resultaba claro que el señor representante se alegraba de encontrar un pretexto para salir y descansar de las lágrimas de refugiados, de la tensión, del pesado rótulo de mármol —como para que dure cien años— con letras doradas: «Delegación del gobierno autónomo del país vasco.»

Durante más de cien años, desde los tiempos de las guerras napoleónicas, la pequeña ciudad ha estado durmiendo, como olvidada por el mundo. No hace mucho sufrió una sacudida, saltó al centro de los chismorreos mundiales: se trataba del escándalo Staviski; fue precisamente aquí, en Bayona, donde tuvo lugar el último y el más grandioso de los sucios negocios del famoso truhán; ahora, es la guerra civil de España con todas sus repercusiones internacionales.

Bayona es el principal cruce de caminos, un punto de observación internacional. Aquí se han aposentado los periodistas, ingleses y americanos, que desde hace diez meses y desde esta ciudad, mandan a sus diarios telegramas acerca del curso de las operaciones militares. Estos corresponsales ni una sola vez han cruzado la frontera: ¡auténticos héroes de su seguridad!

Además del representante de los vascos, está aquí el cónsul del gobierno español. Pero estos dos despachos no son más que minúsculas islitas. Bayona está repleta de fascistas españoles. Son ellos los que definen el estilo de la ciudad —llenan todas las mesitas de los cafés, vociferan en los bulevares, con sus altaneras jetas de degenerados, sus orgullosas cabezas, sus macizas sortijas en los dedos—. Forman grupos ante los quioscos, cogen el periódico recién llegado de San Sebastián y ahí mismo, gritando, sin escrúpulos, lo declaman. El periódico comunica noticias pasmosas, mata, tritura, hace papilla a los republicanos... Revista de la prensa alemana e italiana recién salida, crónica deportiva de Berlín y de Lisboa. La ebria charlatanería del general Queipo de Llano, que ya estomaga y va en la última página. En cambio, en la primera página, en un puesto de honor del periódico, figura la declaración de Trotski de que los días del Komintern y de la Unión Soviética están contados. En la orquesta de la prensa fascista, el fagot chillón de Trotski ejecuta arias cada vez de mayor responsabilidad.

No es casual que los facciosos españoles se encuentren en Bayona como en su propia casa. La ciudad está en manos de las ligas fascistas de Francia. Formalmente, están disueltas; de hecho, aquí son omnipotentes. Todo el suroeste, región de balnearios, de turismo, de extranjeros y de parásitos que los rodean, está cubierto por una tupida red fascista. Aquí los fascistas ocupan los puestos dirigentes, administrativos. En la pequeña ciudad aparecen tres periódicos fascistas. De todos modos, el cuarto periódico, de izquierdas, por su tirada supera a los tres primeros. Es el periódico que leen con agrado los obreros de Bayona, los pescadores y los empleados. El periódico es de

oposición, ataca y condena los usos imperantes en la localidad. En efecto, aquí, en Bayona, en Biarritz, no hay modo de creer que en Francia haya un gobierno basado en el Frente Popular. Hasta aquí, su influjo no llega.

... *Aire pirenaico* ha resultado ser una minúscula tiendecita apretujada entre un taller de sombreros para señora y una expendeduría de tabacos. Tras el mostrador se veía una báscula, y estaba sentada una hermosa dama, no muy joven. La dama dijo que lo sentía, pero el avión de turno para Bilbao acababa de partir hacía una hora, el siguiente avión saldrá únicamente mañana por la mañana. Esto era, en efecto, muy lamentable. Pero nada podía hacer, compré billete para el avión del día siguiente. El billete era grande, bonito, todo un documento artísticamente impreso, con el nombre de la compañía *Aire pirenaico*. La madame me hizo pasar al otro lado del mostrador y me pesó en la báscula. Se anotó —y anotó en el billete— el número de kilogramos. Además, prometí dejar pesar mi maleta al día siguiente por la mañana. Todo lo que pase de diez, deberá pagar como bagaje. «Las bombas pesan poco, madame», dije en son de broma. Ella sonrió cortésmente. «Esto conmigo no reza. De esto se ocupa el Comité de no Intervención. Su representante le registrará a usted el equipaje.» En un papel aparte firmé además una garantía de que en caso de ocurrir algo, ni mi viuda ni otros parientes o albaceas presentarán a *Aire pirenaico* reclamación material alguna.

Es una pena perder veinticuatro horas, pero, a fin de cuentas, esta tarde, fresca, tranquila, pasada en soledad, me ha tranquilizado. En la terraza de un café desierto un pequeño grupo de artesanos ha estado largo rato jugando al dominó; luego se han separado. La calma ha sido absoluta, no había nadie. Me he dirigido al hotel a dormir. Mañana estaré lejos de esta calma, estaré en el interior del cinturón de defensa de Bilbao, entre las llamas, el humo y el estruendo.

26 de mayo

A las nueve de la mañana, según lo convenido, ya estaba ante la puerta de *Aire pirenaico*. La tiendecita se hallaba cerrada, un «Pikap» de media tonelada se encontraba allí sin chófer. Alarmado e irritado, es-

peré hasta las once. Por fin acudieron madame y otras dos personas, de aspecto preocupado. Se pusieron a cuchichear en un ángulo del local. Madame me dijo que el avión de Bilbao aún no había regresado, haría falta esperar más.

—¿Acaso éste es el único avión que ustedes tienen?

—No, no es el único, pero todos los demás están en reparación.

—¿Todos en reparación?

—Sí, todos están en reparación.

Se presentó aún otro señor, totalmente vestido de negro, con sombrero negro, con guantes y bastón en la mano, con botines y polainas blancas, con bigotes grises retorcidos y con la roseta de la Legión de Honor. También cuchicheó un poco con la madame y se alejó majestuosamente después de haberme mirado como quien mira a un objeto inanimado. Yo había visto un tipo exactamente igual en Astrajan, en el teatro municipal, en un melodrama sobre la vida francesa.

—¿Cuándo volaré, madame?

—Es difícil decirlo. Venga a ver al caer de la tarde o mañana por la mañana.

—¿Por qué tan tarde? El avión puede regresar de un momento a otro, ¿no es así?

Se rió:

—Es difícil que vuelva tan pronto. El tiempo se ha estropeado...

Era inútil insistir. Fui a comer. A la entrada del pequeño restaurante El pagayo compré un periódico de París recién llegado en tren, y entonces todo se aclaró. Los telegramas daban cuenta de que ayer, a la hora tal, el avión civil de la línea *Aire pirenaico* al volar entre Bilbao y Francia fue atacado por los cazas fascistas y derribado. El piloto Gali y los viajeros se encuentran gravemente heridos.

Después de comer, regresé inmediatamente a las oficinas de la línea. Estaban cerradas. Esperé hasta que regresó madame. Le pregunté cuáles eran las perspectivas...

—La verdad, no lo sé, monsieur. Es difícil que el tiempo mejore hoy. Tenga en cuenta que nuestra compañía devuelve al pasajero el importe del billete si el vuelo no ha podido realizarse en el transcurso de veinticuatro horas.

—Madame, no es el dinero lo que me preocupa. Ya ha visto que he firmado un documento por mí y por mi viuda. *Aire pirenaico* aún no había tenido nunca un pasajero tan modesto. Madame, vamos a hablar como de hombre a hombre. Espero que el pobre Gali sobreviva,

pero no estará tan pronto en condiciones de volar. ¿Qué planes tienen ustedes en cuanto a otro piloto y a otro avión?

En seguida se turbó y hasta las lágrimas se le asomaron a los ojos. Era muy agradable, la verdad, en ese momento. Me sentía inclinado ya a pasarle la mano por el hombro o por la cabeza; cuando una mujer llora, quienquiera que sea, acepta esto como algo debido.

—¡Ah, monsieur, me es todo tan difícil! Mi marido está en París, no encuentra modo de acabar con las formalidades, y aquí ahora ¡es todo tan terrible! Detectives, espías, reporteros, provocadores, «cruces de fuego», todo se retuerce alrededor. ¡Yo pierdo la cabeza!

Me explicó que la flota aérea de que dispone la compañía *Aire pirenaico* no puede llamarse ni mucho menos poderosa. Aparte del aparato bueno y potente que ayer los fascistas derribaron, disponen sólo de un viejo Lokjid, pequeño y de un solo motor. Este avión realizaba un servicio auxiliar, desde París hasta Bayona. Lo conduce el piloto Laporte. Y esto es todo. La dirección, es decir, el marido, está haciendo gestiones para comprar un Air-Spid nuevo inglés, ¿no podría yo esperar a que este avión llegara? Es un avión espléndido.

—Sí, madame, ya sé que el Air-Spid es un avión magnífico —suspiré.

—¿Quiere usted decir que hay que esperar demasiado?

—¡Usted lee mis pensamientos, madame!

—¿Qué hacer?

—¿Y el Lokjid con el piloto Laporte?

—Es muy arriesgado. Hay que volar sobre el mar, la costa, casi hasta el mismo Bilbao está ocupado por los facciosos. Ése es un aparato viejo y tampoco sé si Laporte estaría de acuerdo. ¡Pobre Gali, volaba con tanta valentía por esta ruta! Los fascistas le habían advertido varias veces que le derribarían. ¡Canallas, se han salido con la suya!

—¿No podría hablar yo mismo con Laporte?

—¡Oh, no! A usted no le conoce, no se fiará de usted. Le hablaré yo misma. Quizá haga aunque sólo sea un viaje mientras llega el Air-Spid. Naturalmente, le ofreceré otras condiciones, las mismas que hacíamos a Gali. Debe acceder. La compañía pasa por un momento difícil, está obligado a sacarnos del apuro, a sustituir al compañero herido. Además de ofrecerle las condiciones de Gali, se le puede premiar. El caso es que vuele. Naturalmente, esto depende de su valentía. ¡Los fascistas derribando a Gali, advierten a todos los demás! ¡Pero aún veremos! En ausencia de mi marido, yo soy aquí el director. ¡Laporte está obligado a obedecerme!

En ese momento, aún era más agradable. No parecía tener más de veinticinco años. No le estaría bien ser más joven.

—Pobres vascos, ¡cuánta correspondencia se me ha amontonado! Medicamentos, gasa para los hospitales, todo está parado, todo espera turno para ser mandado. Los heridos de Bilbao esperan. ¡Haré que Laporte vuele!

—Madame, es magnífico lo que usted dice.

—Venga al atardecer, a eso de las siete. Si antes hay alguna noticia, le mandaré el chófer al hotel.

—¡Madame, es usted una auténtica francesa!

—Oh...

Quise añadir aún muchas otras cosas, pero a la puerta se presentó el noble padre del teatro municipal de Astrajan. Toda su atención estaba dirigida, entonces, hacia mí. El hombre extendió ambas manos, una con el bastón y los guantes, la otra con el sombrero negro.

—¡Monsieur, le he estado buscando en el hotel! El instinto y la experiencia profesional me han encaminado hacia aquí. ¡Le felicito por su dichosa salvación!

Su aspecto era impecable, excepción hecha de la caspa sobre el cuello de la chaqueta negra.

—¿Se refiere a mí, monsieur?

—¡Sí, sí, monsieur, naturalmente que me refiero a usted, precisamente a usted! ¿A quién más puedo referirme? Como representante de la agencia Hayas estoy muy contento de poder felicitar a mi respetable colega por haberse librado de un peligro inmenso y, quizá, de la muerte. Fue verdaderamente la mano del destino la que le hizo llegar con una hora de retraso a la partida del aeroplano, derribado ahora en circunstancias tan trágicas. Creo que una pequeña entrevista sobre las impresiones que ha experimentado usted...

—No he experimentado nada. No he volado a ninguna parte. Usted se ha equivocado, monsieur. Yo no tengo ninguna impresión.

—Monsieur, usted es demasiado modesto. Esto le hace mucho honor, pero a mí, viejo periodista de Bayona, no me libra de la agradable necesidad de fijar en el papel los pensamientos y los sentimientos que han surgido en un colega extranjero en el momento dramático en que él...

—Perdón, monsieur, pero tengo mucha prisa. ¡Hasta la vista, madame, monsieur!

La huida quizá resultó hasta excesivamente precipitada. Pero fue

beneficiosa para todos. Para el *Aire pirenaico*, para mí mismo y para el propio noble padre. ¡Me imagino la reprimenda que el viejo habría recibido de sus jefes si hubiera transmitido por telégrafo mis pensamientos y sentimientos acerca del ataque de los fascistas a un avión civil francés!

27 de mayo

Madame se portó valientemente. Encontró mecánicos y obreros que revisaron el Lokjid y le apretaron las tuercas, buscó a Laporte y le convenció de que hiciera un viaje de ida y vuelta a Bilbao. No sé con qué le embrujó, es posible que con cinco mil francos de premio. Por lo demás, Laporte dijo que no volaba por el dinero —no hay dinero para pagar el peligro a que se expone—. Vuela porque es francés y, como tal, no tiene miedo a nada. Ya que los fascistas han derribado a su camarada de trabajo, por cuestión de principio y en interés de la compañía *Aire pirenaico* le sustituye en el puesto. En el avión volaremos yo y la gasa.

Veinte fardos de gasa de ocho kilos cada uno; además, yo: sesenta y cinco kilos; además, una caja con medicamentos: veinte kilos; además, mi maleta: doce kilos. Total, doscientos cincuenta y siete kilos.

Madame me dijo que iría a buscarme personalmente, sin chófer, a las tres de la madrugada al hotel. De allí iremos a presentarnos al oficial finlandés, representante del Comité de no Intervención; de allí, al aeródromo. Hay que emprender el vuelo no más tarde de las cinco de la madrugada, mientras duerme el jefe del campo. ¡No quiera Dios que tenga noticia del vuelo aunque sea media hora antes de partir!

—¿Acaso hacemos algo contra la ley? ¿Acaso *Aire pirenaico* no es una organización legal?

—¡Oh, monsieur! ¡No es ésa la cuestión! El jefe del aeródromo es un fascista, miembro de la liga Cruces de Fuego. Formalmente, no puede ponernos ningún obstáculo, porque nuestra compañía está registrada y posee su patente. Pero hace todo el daño que puede y como puede. Los trabajadores del aeródromo están todos de nuestra parte, simpatizan con la España republicana y nos ayudan. Han comprobado con toda certeza que ha sido el jefe del aeródromo quien ha perdido a Gali. Vive en el mismo aeródromo, y cada vez que el avión de nuestra línea se elevaba con rumbo a Bilbao, la criada del jefe corría al ambigú del aeródromo y allí, desde la cabina, llamaba a Biarritz, a la villa Fragata, residencia del español conde de los Andes. Allí tienen montada una emisora de radio. Los fascistas llamaban a los cazas para que salieran al encuentro de nuestro avión. Varias veces fue posible eludirlos, pero anteayer la señal dio resultado. ¡Canalla, traidor, asesino de aviadores franceses! ¡Y se llama francés!... En el aeródromo se encuentra el denominado Aeroclub Vasco, en realidad escuela de aviación militar para los fascistas. Pero creo que esta vez usted llegará. Este bribón se figura que nos hemos asustado y que no volveremos a volar hacia Bilbao. Hemos explicado la reparación del Lokjid diciendo que hace su viaje a París. A la salida estarán presentes sólo dos obreros. Volará usted sin mecánico de a bordo. Naturalmente, el canalla puede despertarse por el ruido del motor, pero entonces ya será demasiado tarde. No se arriesgará a mandar a la criada en plena noche a llamar por teléfono, además, el ambigú estará cerrado.

—Una pregunta ingenua: ¿acaso no puede llamar sencillamente desde su vivienda?

—No tiene más que teléfono adicional. La telefonista de la centralita es partidaria del Frente Popular, y de noche, por el conmutador sólo da la línea el mecánico de turno. No olvide que, a pesar de todo, estamos en provincias, monsieur.

—No está mal. Pero aún otra pregunta, la última. ¿El representante del Comité de no Intervención, lo sabrá?

—Ya lo sabe. Le he advertido que pasaríamos a verle de noche. No es posible presentarse sin advertirle. Pero no... ¡no lo creo! Al fin y al cabo, es neutral. Es un oficial del ejército finlandés.

—¿Finlandés?

—Sí, finlandés.

Suspiré casi imperceptiblemente.

—A usted, de todos modos, le parece que...

—¡Usted lee mis pensamientos, madame!

Pasé el resto del día como un turista ocioso. Visité el museo de los vascos franceses y el del pintor Bonnat, natural de la localidad. ¡Bravo por el pintor! Hombre rico, construyó un espléndido edificio, adquirió cuadros de los mejores artistas y lo regaló todo a sus paisanos. Entre los cuadros de los mejores pintores colgó los suyos, muy me-

diocres. ¡Pero quién va a tomar a mal semejante pequeñez! Los visitantes permanecen largo rato ante las telas de los mejores maestros y también echan una benevolente mirada a las telas de Bonnat.

En un prado, a las afueras de la ciudad, se ha instalado el famoso circo Medrano, con toda su pequeña ciudad de tiendas y furgones. Un excelente domador de fieras, checo, Trubka de apellido, los encantadores payasos Fratellini, conocidos en todo el mundo, el corredor Ladumeg, campeón del mundo. Propaganda ensordecedora, carteles en todo Bayona y en todo Biarritz. El circo da para las dos ciudades tan sólo dos representaciones el sábado y el domingo. Y a pesar de todo, la sala está medio vacía. Un joven de frac presentó al tímido Ladumeg y explicó cuáles eran sus méritos. El público respondió con escasos aplausos. El corredor se desprendió de su vestido, se quedó con calzón de deporte y zapatillas de tela e hizo una exhibición de su gimnasia matinal. Los espectadores observaban los ejercicios con indiferencia; entre nosotros, la demostración habría despertado enorme interés, discusiones, críticas, entusiasmo... Luego Ladumeg trepó a una compleja construcción en el interior de una rueda-tambor giratoria. El anunciador explicó cuál es la rapidez con que se mueve el tambor. Esta velocidad es igual a la velocidad récord que valió a Ladumeg el título de campeón del mundo; de este modo el respetable público, sin salir del circo, presenciará la carrera del estadio cuando se ganó la primacía mundial en carreras. La rueda empezó a girar, el hombre, en su interior, empezó a moverse rápida y acompasadamente. Transcurrió medio minuto, brotó el sudor y al instante, bajo los rayos de los reflectores, pareció que se cubría de laca cada redondez, cada músculo del magnífico cuerpo viril, elegantemente delgado. Rápidas, cada vez más rápidas, corrían las piernas, unas piernas largas, plásticamente enjutas, de forma perfecta; apenas sacudiendo los hombros, dentro de aquel estúpido tambor de hierro, eléctrico, actuaba una máquina animada finísimamente regulada: un hombre. Una divinidad del deporte, con todo su encanto y esplendor, cautiva y encerrada en una jaula. ¡Una ardilla en la rueda! Ladumeg ahora no tiene otro sitio donde actuar, su trabajo deportivo no encuentra apoyo en nadie, no encuentra quien le pague, no es solicitado en Francia. El atleta sólo puede vivir actuando en el circo, corriendo en la rueda. Ladumeg no tienes dónde correr. ¡Corre hacia nuestro país!

La rueda se detuvo, la orquesta empezó a tocar un vals; acompañado de débiles aplausos, saludando al público con unos movimientos de cabeza, el campeón se fue a toda prisa tras los bastidores. Le pasaron una felpuda toalla. Por lo visto estaba cansado.

No es posible confiar en el secreto del vuelo; en torno pululan los fascistas y los espías, de mi llegada se ha enterado toda la ciudad, ha bastado ese negro espantapájaros de la agencia Hayas para agitarlo todo y a todos. El oficial del ejército finlandés... El que está de turno en el conmutador... El aeroclub vasco... El ambigú... La criada... Aquí no es posible creer a nadie, excepto a madame y al propio Laporte.

Si no se puede creer a nadie, no hay que volar. Pero yo quiero volar y volaré. Hay que ser atrevido, por lo menos en la guerra. Ni en una sola guerra desde que el mundo es mundo han vencido los hombres mansos, cordiales, condescendientes. Este caso no se ha dado nunca. Desde luego, volaré, necesito estar mañana en Bilbao y mañana estaré en Bilbao o no estaré en ninguna parte.

28 de mayo

Madame se presentó a las tres de la madrugada en punto. Puse mi maleta en su pequeño Renault. Fuimos luego a una pequeña y hermosa villa en el fondo de un jardín. A la señal del claxon, salió el oficial finlandés con chaqueta, con lentes, con aspecto de contable. En el automóvil hablamos cortésmente de Finlandia, de los lagos, de las cascadas. La cascada Imatra está en Finlandia. La cascada Kivach, en Rusia. La cascada del Niágara, en América. La cascada Victoria, según parece, en África del Sur. Sí, sí, en África, en la ecuatorial.

El aeródromo Parm se encuentra a medio camino entre Bayona y Biarritz. Oscuros hangares, hierba, rocío, algunas sombras en torno al avión. Ahí está Laporte, sin sombrero, joven, callado; parece de mal humor.

El representante del comité examinó el avión e hizo constar en el acta que el aparato es civil. Comprobó los documentos, los del piloto y los míos. Alumbró la maleta con una linterna.

—Perdone, pero formalmente estoy obligado...

—Por favor, por favor, tenga la bondad...

—*Merci*. Ya lo veo. No lo dudaba... Puede cerrarla. Nunca había

creído que iba a cumplir funciones de aduanero... Es una maleta muy bonita. Blanca.

—No es cara. Imitación de piel de cerdo. Una maleta igual de piel de cerdo cuesta cuatro veces más, pero, en realidad, no hay ninguna diferencia.

Subí al avión. Empezaron a cargar la gasa. Grandes fardos, sin embalaje alguno, ya levemente polvorientos. Han traído demasiados, sobran tres fardos. Es una pena dejarlos, dicen que en Bilbao no hay ningún material para vendar a los heridos. Dije: descarguen la maletita y carguen otros dos fardos.

—Se la dejo a usted para que me la guarde, madame. La recogeré cuando esté de vuelta.

—Estará bien guardada. Es usted muy simpático. Tendré que devolverle el dinero que ha pagado usted por el equipaje.

—¡Eso es una pequeñez!

Pusieron el motor en marcha. Laporte se acomodó en el sillón del piloto y estuvo largo rato examinando los instrumentos como si los viera por primera vez. Quise decir adiós con la mano a madame, pero en la oscuridad no se veía a los que nos habían acompañado.

El piloto levantó la mano y apretó un botón de hueso. En la caja del avión empezaron a producirse ruidos como a borbotones, se iluminó la lamparita roja de la pantalla. Hizo la prueba otra vez. De nuevo la misma prueba. Otra vez. Otra.

La hélice funcionaba a las mil maravillas. Ya podíamos elevarnos. Laporte, sin embargo, seguía probando, porfiado, la batería complementaria. El tiempo se hacía infinitamente largo. El piloto meneaba la cabeza y seguía apretando el botón de hueso. La batería no funcionaba.

—¿Para qué la necesita?

Se volvió, me miró con el ceño fruncido y respondió después de una pausa:

—Para cambiar la marcha de la hélice.

—Bah, nos pasaremos sin ello.

—Esto da una velocidad complementaria.

—Lo sé, pero hemos de volar, a lo sumo, hora y media. La diferencia no es mucha.

—Éste es un vuelo especial.

—Sí, lo sé. Es especial, y por eso lo que ha de hacer es despegar. ¡Qué falta nos va a hacer cambiar la marcha de la hélice ni qué diablos! ¡Venga, actúe! Ya apunta el día.

No respondió nada y salió del avión. Yo me quedé sentado demostrativamente y sin esperanza. Estaba completamente claro que aquel cerdo no iba a volar. Estuvo claro desde el momento mismo en que se sentó ante los mandos. ¡Qué cerdo! ¡Qué cobarde! ¡Qué pretexto más lamentable ha buscado! ¡Oh, qué cerdo!

Alguien se acercó a la portezuela y me dijo que saliera.

—El avión no saldrá. La batería está descargada. Para cargarla, hacen falta doce horas.

—Esto es una tontería, el vuelo puede hacerse perfectamente sin cambiar la marcha de la hélice.

Todo el mundo lo creía así, pero nadie se decidía a persuadir al piloto. De todos modos, aquél era un vuelo especial, que decidía el propio Laporte. Y Laporte ya había decidido. Ordenó poner el acumulador a la carga. Está dispuesto a emprender el vuelo a las siete de la tarde. ¿Y la conspiración, y el jefe del aeródromo, y los espías, y los cazas? Madame me preguntó si no sería preferible aplazar el vuelo hasta la mañana siguiente. Estaba completamente desconcertada.

—No. Si ha de ser a las siete, que sea a las siete. A cualquier hora que Laporte vuele, volaré yo con él. Si ha de ser de día, que sea de día; si a las siete, que sea a las siete; si a las nueve, a las nueve. Pero no creo que emprenda el vuelo. Su Laporte es un cobarde. Aunque francés, es un cerdo cobarde.

—También hay franceses cobardes.

—Por lo visto, también los hay, madame.

Vagué todo el día por la ciudad, fui en tranvía a Biarritz, deambulé por la playa desierta, compré a un bribón de la calle unos gemelos «de ocasión» por cuatrocientos francos en vez de mil. Los gemelos han resultado una porquería, no valen ni ciento cincuenta. Llegaron los periódicos de París; el gobierno no ha tomado ninguna medida en relación con el bandidesco ataque contra un avión civil, correo, francés. Más aún: los periódicos de derecha declaran que *Aire pirenaico* es una organización sospechosa, que el gobierno ha de abrir una investigación y cerrar la compañía.

Resulta que los fascistas españoles de Bayona varias veces se habían acercado a Gali para proponerle que durante su viaje a Bilbao bajara, con el pretexto de un aterrizaje forzoso, en el aeródromo de San Sebastián. Le prometían sacar del avión sólo a los pasajeros y el correo, y dejarían libre al piloto para que prosiguiera su vuelo. Le

ofrecían por ellos doscientos veinticinco mil francos, cien mil aquí mismo, en Bayona, y los demás en el aeródromo de San Sebastián.

Paralelamente a la línea aérea francesa, sobre el territorio de Francia pasa la línea alemana Stuttgart-Burgos, formalmente denominada Stuttgart-Lisboa. Cada día, los aviones fascistas alemanes, procedentes de Stuttgart, hacen escala en Marsella; luego vuelan sobre todo el sur de Francia, pasan por encima de Biarritz y de Hendaya, aterrizan tranquilamente en San Sebastián o van directamente hasta Burgos. Nadie les pone el menor obstáculo ni los retiene en lo más mínimo. Y si alguien lo intentara, los fascistas alemanes obtendrían una custodia de sus intereses mayor que la del *Aire pirenaico*. No iban a aguantar tanto.

A las seis de la tarde, me presenté en el aeródromo. Allí estaban ya todos reunidos —madame, el oficial finlandés, el corresponsal de la agencia Hayas, el propio jefe del aeródromo y aún un buen grupo de gente—. Faltaba sólo un individuo: Laporte. Yo estaba allí, como el más tonto de los tontos, junto al avión, junto a mi idiota maleta blanca; era a todas luces evidente que Laporte no acudiría, pero yo, a pesar de todo, allí estaba. Alguien llamó por teléfono y comunicó que Laporte había ido a San Juan de Luz a esperar al herido Gali, a quien había traído un torpedero inglés. A las ocho nos separamos. Laporte, después de su entrevista con Gali, renunció definitivamente al viaje a Bilbao. «No seas suicida —le dijo Gali—. Vuelas desarmado e indefenso. Tu propio gobierno no te defiende y ni siquiera protesta contra tu asesinato. Te pagan bien, es cierto, pero la cabeza vale más. ¿A qué santo perderla?»

Esta conversación me la transmitió madame, a la que vi a las diez. Al fin y al cabo, también ellos tienen razón a su modo, tanto Gali como ese cerdo de Laporte.

—No tengo más pilotos —dijo madame—. La línea interrumpe su trabajo. Han logrado lo que querían.

—Me parece que le encontraré un piloto —le dije.

—¿Francés?

—Sí, francés. Hay franceses que son unos valientes, madame.

Nos hemos despedido, probablemente por última vez. No he volado a Bilbao. Será difícil que pueda llegar allí, a pesar de que aún lo intentaré una y otra vez. El 15 de junio se abre en Valencia el Congreso Internacional de Escritores, he de estar allí unos días antes, ¡cómo encontrar tiempo para ir a ver a los vascos! Bilbao está ya casi rodeado por todas partes. La gente está en una situación difícil. Yo no estoy allí. No he ido a Bilbao. No soy un atrevido. Tengo una idea demasiado elevada de mí mismo.

29 de mayo

Bayona es ahora el principal centro de ayuda a las zonas septentrionales del territorio de Franco. Desde Bayona se mandan en poderoso torrente provisiones, gentes y armas. Desde luego, todavía es más cómodo hacerlo a través de Portugal. Es más cómodo, pero exige más tiempo. Y la guerra tiene prisa. Hay objetos que tardan demasiado en llegar si se ha de dar una vuelta.

La base está en Bayona. En Biarritz, en Hendaya, en Behovia, están los puntos de transmisión. Existe, además, Nacho Enea. ¡Palabras mágicas!

Estas palabras afloran aquí, a todo lo largo de la zona fronteriza, no bien la conversación recae sobre el control de la frontera, sobre los voluntarios, sobre el abastecimiento de Franco con armas, sobre todo cuanto se refiere al territorio español fascista.

—Este hombre está relacionado con Nacho Enea...

—Basta con dirigirse a Nacho Enea...

—Estas noticias son de Nacho Enea...

—¡Ándese con cuidado, Nacho Enea se ha fijado en usted!...

Nadie cree que no sepas quién es Nacho Enea y que no sepas dónde se encuentra. ¡Naturalmente, en San Juan de Luz!

Fui en busca de Nacho Enea.

San Juan es una pequeña ciudad recalentada por el sol. Una de sus partes está formada por gente del pueblo, pescadora. En la bahía se ven centenares de barcazas, allí huele a resina, a cáñamo, a pescado. Desde las barcas echan a mojados capazos la argentífera y pesada pesca. Aquí se encuentran las pesquerías de sardina más importantes de Francia. Por el otro extremo, cerca de la playa, unas cuantas manzanas de aristocráticas y elegantes villas. En la rada se balancean suavemente las moles grises de unos barcos de guerra: británicos, franceses y americanos.

En los grandes cristales del quiosco de información, se ven seduc-

toras inscripciones: «Visitad España, región de maravillosa naturaleza y maravillosas gentes, descansad en sus balnearios de verano y de invierno.» Naturalmente, las inscripciones datan de hace mucho. Ahora la señorita del quiosco explica tranquilamente que no es posible ir a San Sebastián. No está abierta la temporada. Por causa de la guerra. ¿Y por tres días? No, tampoco por tres días. La guerra, la no intervención, el control. El turismo está interrumpido temporalmente. Monsieur es turista, ¿no? Naturalmente, ahora todos son turistas...

Intercambio de sonrisas.

—Monsieur es un turista de...

—De Holanda, naturalmente.

La señorita se ríe.

—¿Por qué ha de ser forzosamente de Holanda? Los hay que vienen directamente de Alemania. Pero usted, probablemente sabe adónde debe dirigirse.

—He olvidado... Unas dos palabras incomprensibles.

La señorita es coquetamente severa:

—Si las ha olvidado, no voy a recordárselas yo. Tenía que haberlas escrito. Es a la derecha, pasado el Bar Vasco, y luego hacia arriba por la avenida, a lo largo del parque.

En la plaza, para no extraviarme, pregunto a un policía por Nacho Enea.

—Hacia arriba, pasado el Bar Vasco, por la avenida.

Un ciclista, una niñera con un cochecito y una dama de pobladas cejas me dirigen amablemente hacia el mismo lugar. Un sacerdote español, a la misma pregunta, responde brevemente:

—Sígame. Yo me dirijo allí mismo.

A la puerta, pese a la tórrida hora del mediodía, se ve animación, hay cinco coches; de uno de ellos sale gente; a otro, suben. En el portal, una inscripción lacónica: *Nacho Enea*. En vasco, esto significa: «En mi casa.» Tras un muro de piedra, al fondo de un jardín, se halla escondida una gran casa, a la que conducen unas flechas e inscripciones. En la casa no moran vascos, sino fascistas españoles. Pero aquí están en su casa.

En el interior, hay unas auténticas oficinas de embajada o consulares. En la sala, se ve a mucha gente esperando; en las paredes, carteles y banderas fascistas y monárquicas, huchas para donativos en favor del ejército faccioso y de Falange Española, prospectos de los hoteles de San Sebastián, Sevilla y Burgos. Sobre la chimenea, está prendida una instrucción acerca del paso de la frontera. Hace falta:

1) tener visado francés de salida o de tránsito, 2) recibir permiso de las autoridades militares, 3) presentar el bagaje a inspección en la aduana, 4) pasar a pie el puente...

Un secretario con un montón de papeles corre de un lado a otro. Con algunos de los visitantes se explica él mismo, a otros les deja franquear una puerta muy bien cerrada, tras la que se halla el jefe superior... Para mí basta el secretario.

—¿Qué quiere usted?

—Ir unos días a San Sebastián. Vengo de Holanda.

El secretario se interesa por el pasaporte, pero yo preferí olvidarlo en el hotel.

—¿Y cómo está la cuestión del visado francés de salida? ¿Ya lo tiene?

—Todavía no.

El secretario reflexiona.

—Entonces, diríjase al señor Berenville. Le encontrará usted en el Bar Vasco, al final de la avenida, abajo. Llévese un impreso. Devuélvalo después de haberlo llenado.

El cuestionario contiene las preguntas habituales en estos casos y va dirigido al jefe de la Sexta División de Burgos.

Abandono Nacho Enea con un ligero sentimiento de desencanto. ¡Ningún misterio! Ni más ni menos que un consulado de los facciosos fascistas en el territorio de Francia.

El Bar Vasco resulta ser un elegante cabaret-dancing francés. Semejantes establecimientos suelen estar abiertos sólo por la noche. Pero no, éste también ahora está concurrido. Ante dos mesitas beben animosamente cerveza y charlan en dialecto berlinés unos robustos jovenzuelos. Típico corte de pelo de la Reichwehr: al cero en torno de la cabeza; encima, raya y pelo con brillantina. Turistas clavados, indiscutiblemente de Holanda...

El camarero de la barra comprende que no he venido aquí a la una del día para bailar.

—¿Necesita usted, probablemente, a monsieur Berenville? Está en Nacho Enea, volverá de un momento a otro. Estos señores también le esperan.

—Bueno, mejor será que vuelva después.

El señor Berenville es el líder de los fascistas de la localidad y el que dirige los traslados al territorio de Franco. El Bar Vasco es su sala de recepción. Todo esto no tiene nada de sorprendente. Es mucho

más enternecedora otra cosa. A trescientos pasos de Nacho Enea, en otra villa, mora permanentemente, desde el comienzo de la sublevación fascista, el señor Jean Erbett, que hasta ahora sigue considerado como el embajador de Francia junto al gobierno español republicano.

... Desde aquí no queda lejos Behovia. Aquí está. El río, el puente fronterizo o, como aquí lo llaman, internacional. Junto al puente, está la aduana francesa: gendarmes, policía, la garita para el control y los pases. De vez en cuando llegan automóviles, salen de ellos señores ricos por su aspecto, se asoman por unos momentos a la garita y en seguida cruzan el puente hacia la parte española.

Los guardias fronterizos cuentan:

—Anteayer otra vez se evadió por aquí un suboficial del ejército fascista. ¡Vaya tiroteo que abrieron contra él! ¡Fue verdaderamente un milagro que no mataran a ninguno de nosotros!

—¿Es posible que dispararan hacia la parte francesa?

—¡Y cómo! Con ametralladoras. Véalo usted mismo.

En efecto, las paredes de las casas que miran hacia la frontera están acribilladas de balazos. Algunas balas dieron incluso en la señal fronteriza francesa, le hicieron saltar el esmalte.

—¿Y ustedes no respondieron de ningún modo?

—No teníamos orden.

—¿Disparan contra ustedes con ametralladora a través de la frontera y no reaccionan a este acto de ninguna manera?

El oficial del servicio de fronteras extiende tristemente los brazos.

—Créame que si nos lo permitieran, demostraríamos que sabemos defender el honor de la frontera francesa.

—¿Y los órganos del control internacional?

—¡Oh, a ellos esto es lo que menos les preocupa! Su misión es asegurar la no intervención allí. En cuanto a la intervención en esta parte, tienen razón cuando dicen que Francia misma podría garantizar en este sentido su seguridad.

... En Hendaya se encuentra el principal punto de paso entre Francia y el campo de Franco. En el puente fronterizo, hay tanto movimiento como en un bulevar. En la garita debería haber el oficial de control, un oficial holandés. Debería estar, pero no está. Los guardias fronterizos explican: está comiendo.

—Está comiendo desde la mañana hasta última hora de la tarde. Le encontrará usted en el restaurante cerca de la estación. Antes del establecimiento del control internacional no sabíamos lo que es capaz de beber en un día un solo holandés. Cuanto más vive uno tantas más cosas interesantes aprende.

Al otro extremo del puente, se hallan inmóviles los guardias civiles del general Franco. Los mismos negros tricornios charolados de la monarquía, el mismo color limón del correaje. De pronto se ponen firmes, presentan armas. A través del puente se dirige hacia nuestro lado un lujoso automóvil. Un hombre de elevada talla repantigado en el asiento posterior, saluda condescendientemente con un movimiento de mano a la guardia francesa y, sin detenerse, se aleja por la carretera. ¿Quién es? Es el mayor Troncoso, comandante militar del Irún fascista.

—¿Y viene aquí con frecuencia?

—Varias veces al día. Goza del derecho de entrar y salir sin obstáculos. Tiene aquí, en Francia, infinitas ocupaciones.

En la estación procuro encontrar al representante del control internacional. Es muy fácil —todos saben dónde come el holandés—. Ahí está: lleva la servilleta atada con un nudo detrás del cuello para que no se le caiga; sobre la mesa, una batería de botellas. Procuro entrar en conversación con él, pero, ¡ay!, el bravo representante del ejército holandés no puede coordinar dos palabras. Bueno está para controlar, ¡no puede ni alzarse detrás de la mesa!

En Hendaya también ayer se levantó acta sobre el tiroteo de la frontera por personas desconocidas desde el territorio español.

Un «desconocido» arroja por la borda de aviones de guerra, toneladas de sustancias explosivas sobre ciudades francesas. Un «desconocido» descascarilla con fuego de ametralladora las señales fronterizas francesas.

Un «desconocido» hunde barcos mercantes británicos. Un «desconocido» interviene con toda la fuerza de su potente armamento en los asuntos internos de España, en la lucha de su pueblo contra los sublevados fascistas. ¿No habrá ido demasiado lejos este «desconocido», al que no hay niño que no conozca? ¿No habrá rebasado todos los límites de la paciencia? ¿No se habrá vuelto el mundo demasiado pequeño a causa de los tirones y saltos, que han quedado impunes, y que se hacen cada vez más furiosos y osados?

Llegué anochecido a Toulouse. En seguida llamé a París, a unos conocidos, y les rogué que buscaran al aviador Abel Guides, si se encontraba en París. Que le digan sólo una cosa: que le ruego venga urgentemente a Toulouse para jugar al tenis y, en general, para descansar.

30 de mayo

Día totalmente perdido. Polvo, calor, aire sofocante. Aquí ni siquiera hay el circo Medrano. *La Depèche* publica largas columnas de telegramas sobre la defensa de Bilbao. La principal esperanza de los vascos atacados es el «cinturón de hierro», las fortificaciones que han construido en torno a su capital. La destrucción de Guernica no los ha asustado, los ha enfurecido. Quieren resistir y resistirán. *La Depèche* es aquí y en toda Francia, el único periódico burgués que escribe sobre la lucha del pueblo español con simpatía y veracidad.

Por la tarde, otra vez he hablado con París. ¡Hurra, han encontrado a Guides! Guides ha dicho que está dispuesto a venir hoy mismo a Toulouse, pero como se trata de jugar al tenis y de descansar en el seno de la naturaleza, ha de hacer registrar otra vez su título de piloto, que ya ha caducado. Para ello necesitaría dos días; al tercer día, estará en Toulouse. ¡Qué muchacho más simpático!

31 de mayo

Ya en Bayona, madame me citó el nombre de un tal Yanguas, español, piloto «salvaje», transportista solitario del aire, artesano que no ha entrado en ninguna cooperativa. Tiene patente y vuela a donde los otros no se atreven. No cobra por lo que el contador marca; el precio se establece de antemano. He buscado a Yanguas en Toulouse —no está, hace dos semanas que no aparece—. En el hotel donde siempre se aloja me han prometido avisarme no bien Yanguas llegue. Para estar más seguro, me he trasladado al mismo hotel.

Un día más vacío, tontamente perdido. ¡Paciencia, aguante! Bien, aguante, pero ¿y si resulta inútil? Hasta el Congreso de Valencia quedan quince días. ¿Puede uno arriesgarse a meterse por este tiempo en Bilbao? ¿Cuándo y cómo salir de allí?

1 de junio

Por la mañana de súbito ha aparecido Yanguas. Le he invitado a comer en el mejor restaurante, en el La Fayette. Es un hombre bastante raro. De baja estatura, delgado, con movimientos pesadotes, de ojos astutos, semientornados. Habla poco, come y bebe con enorme apetito. Goza de la confianza absoluta de los republicanos. Es amigo personal del presidente de los vascos, Aguirre. Cerca de doscientas veces ha transportado carga, armas y personas sobre el territorio de los fascistas. Éstos conocen su osadía y su impunidad. Han intentado sobornarle —ha sido inútil—. Queipo de Llano, en uno de sus sermones radiados, ha declarado: «Te cazaremos, Yanguas, y te colgaremos.»

Yanguas vuela a Bilbao. Está dispuesto a llevarme consigo. ¡Hoy mismo! ¿Hoy al anochecer? ¿Y Guides? No le esperaré. Le dejaré una carta, le pondré en relación con *Aire pirenaico*, y que trabaje con esta compañía, si quiere. Se fue de España cuando se disolvió la escuadrilla internacional de André. El gobierno le hizo entrega de una honrosa carta de agradecimiento por su heroica actividad combativa en defensa del pueblo español. Guides derribó cuatro aparatos de bombardeo fascistas y seis cazas, ha prestado al país otros servicios de gran valor.

Después de la comida, todo resultó fácil, rápido y sencillo. No había hecho más que sentarme a escribir una crónica sobre la frontera francoespañola, no había escrito más que dos páginas y media, cuando ya vino a buscarme el mecánico de a bordo de Yanguas. Llevó mi maleta blanca al taxi. Ya estamos en el aeródromo, ahí tenemos el avión, un Bloch bimotor, ya hemos tomado asiento, hemos despegado y volamos hacia el oeste. Yanguas ha dicho: volar desde Bayona es una locura. Aquello es un nido de fascistas, sobre todo el aeródromo. Desde Toulouse hay hora y media más de vuelo, pero las posibilidades de espionaje fascista son mucho menores.

Oscurecía cuando, por encima del Cap Breton, salimos al mar de Vizcaya. Siempre tempestuoso, este mar estaba hoy insólitamente tranquilo. En el segundo asiento de piloto, al lado del aviador, miraba yo ora a la derecha, la superficie sin fin del Atlántico, ora a la izquierda, la costa recortada por las rocas, primero francesa, luego es-

pañola. Yanguas me hizo un *guiño* hacia la izquierda y se sonrió indolentemente:

—Fascistas...

Meneé la cabeza y di muestras de un entusiasmo simplón, como si me hubiera mostrado una aurora boreal. Los fascistas ya ocupan aquí toda la línea de la costa, casi hasta el propio Bilbao.

Yanguas dobló profundamente hacia el mar para alejarse de esa parte de la costa. Ello requirió una hora más de vuelo. Volábamos completamente solos por encima del espacio acuoso. Oscureció casi por completo. El piloto, con mucho cuidado, comenzó a acercarse perpendicularmente a la costa. No se podía ni soñar en un aterrizaje en el aeródromo de Bilbao. La menor desviación hacia el este, aunque fuera sólo de diez kilómetros, llevaba derechito al campo fascista. Demasiado a la derecha, al oeste, hacia Santander, no hay la menor posibilidad de aterrizar. Yanguas, reconcentrado, atento, con frecuencia, se levantaba ligeramente sobre los mandos, examinando con sus ojos pequeños y penetrantes de guía el contorno impreciso de la costa, los entrantes y cabos que se perdían en la penumbra vespertina. Unos minutos después, quitó gas y en el fondo de una pequeña bahía, circundada de rocas, se divisó la blancuzca arena. El aparato dio una vuelta y bajó bruscamente para aterrizar. Un minuto más y rodamos suavemente por la arena húmeda, levantando nubes de gotas de los charcos que había dejado el agua del mar.

El motor se calló. A lo lejos, se elevan las rocas en torno a la isla del penal de Santoña, el castillo d'If español, lugar tenebroso y siniestro de deportación. Un silencio primigenio fluye sobre este rincón olvidado y desierto. Mas pronto lo altera el lejano estruendo de los cañones. Con ávida y honda inspiración, tragué el aire fresco, el aire reconfortante del mar, del bosque y de las montañas. Otra vez el retumbar de los cañones. ¡De nuevo España, de nuevo la guerra!

3 de junio

Llevo ya dos días casi sin dormir, entre los vascos, en las calles y cuarteles de Bilbao, en los sectores de la primera línea de defensa, en las trincheras de su cinturón fortificado interior.

Con la toma de Bilbao, Franco quiere, sin duda alguna, sustituir la toma de Madrid. Desde el punto de vista político-militar, tiene para ello motivos más que suficientes. La entrega o la conquista de Bilbao, la entrega, la captura o la huida del gobierno vasco, podrían alterar el ya inestable equilibrio internacional en torno a España y dar a los facciosos la posibilidad de obtener, con ayuda de las fuerzas del exterior, un armisticio favorable, cosa que Franco, últimamente, busca con tesón. Sin Bilbao, esto es difícil y desfavorable.

Hacia aquí, contra Vizcaya, se han lanzado las unidades fascistas más importantes y combativas. Durante los últimos meses han quedado en alto grado diezmadas, cierto. Franco ha perdido sus mejores cuadros. Han perecido los viejos marroquíes, magníficos guerreros, feroces en el ataque y tenaces en la defensa. Fueron atraídos a la lucha por la fuerza y por el engaño, no sabían por qué peleaban ni para quién, pero se batían maravillosamente y siempre servían de ariete ofensivo, ciego y sin fallar, al que seguían las fuerzas principales. Han perecido muchos legionarios, muchos soldados del ejército regular, muchos mandos de los escalones inferiores.

Ante Bilbao han aparecido quintas más jóvenes, instruidas ya durante la guerra civil con ayuda de personal alemán. Son unidades más modernas, más aptas para el combate, tenaces mientras la operación se desarrolla, y completamente endebles, flojas, si sufren un revés o si en sus mandos se produce la más pequeña confusión. No saben atacar o defenderse en grupos sueltos, como hacían los moros y legionarios.

Aquí también actúan, en el flanco derecho de los fascistas, las divisiones expedicionarias italianas deshechas en su tiempo ante Guadalajara y luego reorganizadas. Mejores, no se han hecho.

En comparación con su enemigo, la infantería vasca se ha mostrado mucho mejor. Éstos son hombres valientes, firmes, infatigables en las difíciles condiciones de montaña, muchísimo más organizados y menos impresionables que, por ejemplo, los castellanos. En los combates se han reflejado las cualidades nacionales de los vascos, su ponderación, su tenacidad, su sangre fría, a veces hasta su flema, todo cuanto hace que aquí les llamen los ingleses de la península ibérica. Las unidades vascas están, asimismo, bastante bien armadas e instruidas.

Los defensores de Bilbao han construido el denominado «cinturón», o cinturón fortificado, o cinturón de hierro, o cinturón de acero

o, como lo han denominado los aficionados a las sensaciones periodísticas, «línea Maginot vasca».

Esta afición a los nombres altisonantes ha sido poco beneficiosa para la defensa de la ciudad. Ha creado una idea equivocada en cuanto a la grandiosidad de las fortificaciones en torno a Bilbao, en cuanto a su impenetrabilidad total y absoluta, hermética, en cuanto a su inexpugnabilidad. Los facciosos han fomentado gustosos las descripciones fantásticas del «cinturón» justificando con ello la lentitud del asedio de Bilbao y subrayando ante todo el mundo la extraordinaria dificultad de su empresa. En caso de que se conquiste Bilbao, tales relatos han de servir para demostrar la arrojada valentía de los facciosos, que hacen capitular una fortaleza tenida por inexpugnable.

En Bilbao, incluyendo a cierta parte de combatientes y jefes, la fe en las propiedades mágicas del «cinturón» ha creado la idea de que no importan mucho los combates en las proximidades de la ciudad y de que la auténtica defensa empezará sólo desde el momento en que se replieguen a las posiciones fortificadas. Esta idea es falsa y sumamente nociva. No existen cinturones y fortificaciones que de por sí constituyan una garantía de defensa. Todo depende de cómo los utilice el ejército en el transcurso de la batalla y en qué condiciones comienza a defenderse en ellas.

Si el enemigo asesta un fuerte golpe aunque sea a cierta distancia de las fortificaciones, puede desarrollar el éxito y abrir una brecha, física y moral, en las filas de quienes se defienden en el interior del cinturón antes de que éste empiece su resistencia.

Si, por otra parte, el «cinturón» llega a ser roto en uno o en varios puntos, esto aún no supone una catástrofe ni la caída de Bilbao. Lo importante es que no se rompa el espíritu de las tropas y su firmeza, su voluntad de lucha, el carácter organizado de su dirección.

El «cinturón» en *sí constituye* una cadena más o menos ininterrumpida de zanjas, trincheras, reductos, fortines y nidos de ametralladora, que se alternan con las defensas montañosas naturales y los valles bien batidos.

En algunos tramos, el trabajo se ha hecho a la perfección y completa muy ingeniosamente el relieve del lugar. En otros sitios, la fortificación sólo repite inútilmente lo que la propia naturaleza ha construido: fortines en las crestas de poderosas rocas, hechos, además, abiertamente, a la vista, como cebo para la aviación y la artillería del enemigo. He recorrido por la montaña, sudando la gota gorda, todas

estas construcciones. Hay sectores donde las fortificaciones son insuficientes o donde faltan en absoluto pasos no cubiertos por nada y que se han de defender sólo a base de la fuerza viva, en condiciones muy desfavorables.

Todo esto no es fruto de la casualidad. El ingeniero que ha dirigido la construcción de las fortificaciones ha resultado ser un traidor, un saboteador, y se ha pasado no hace mucho al campo fascista. Los facciosos poseen todos los esquemas del «cinturón» y todas las aclaraciones sobre el mismo.

Después de la huida del ingeniero, el mando ha cambiado mucho las fortificaciones. Sectores enteros del cinturón han sido reconstruidos en otros lugares. Pero, desde luego, rehacerlo todo no ha sido posible. La aviación enemiga vigila los trabajos y dispersa a los zapadores a bombazos.

Pese a todo, muchos miles de obreros y campesinos vascos trabajan con entusiasmo para levantar y rehacer las fortificaciones del Bilbao asediado. Cada noche, en la oscuridad, columnas de individuos hormiguean con aplicado esfuerzo en las montañas —construyen, cavan, obstruyen caminos—. No puede decirse que dispongan de rico material. Aquí no hay modo de hacer subir un camión. El asno minúsculo, las angarillas de madera, los capazos —todo se aprovecha, todo sirve para las fortificaciones, todo ayuda en la lucha—. Como en invierno en Madrid, las mujeres, los adolescentes y los niños prestan su concurso para construir y defenderse.

Pero la lucha en torno a Bilbao no se parece en nada a la lucha en torno a Madrid. La verdad es que no se parece a nada.

Aquí, en el frente del norte, lo que combate es la aviación. Con la particularidad de que se trata únicamente de la aviación fascista. La republicana casi no existe.

Lo que vemos y vivimos aquí ahora no puede servir de prototipo de las futuras guerras. Si se representara todo ello en un cuadro, al pie habría que escribir: «¡Ay del país que no puede defenderse por el aire!» Los invasores fascistas aprovechan en el frente de Bilbao su absoluta superioridad en el aire. Mejor dicho, no su superioridad, sino casi la falta total de aviación republicana, cosa de la que los facciosos se han convencido después de explorar toda la costa. Con la insolencia de los cobardes, los mandos fascistas han pregonado en sus partes de guerra que en el norte baten al enemigo en el aire. Casi no tienen a quien batir: aquí actúa un pequeño puñado de aviones, que han

llegado venciendo enormes dificultades y complicaciones internacionales, desde el frente del centro. Los fascistas, en cambio, casi ni han tenido que cambiar las bases de la aviación. Desde la misma zona de Burgos vuelan a Guadalajara y a Cataluña, a Bilbao y a Santander. La febril construcción de buenos aeródromos en torno a San Sebastián, responde ya a una preocupación para el futuro; son los primeros puntos de apoyo alemanes en la frontera francesa.

La aviación de los intervencionistas supera por su número en diez veces a la aviación vizcaína republicana. ¿Es mucho lo que en este caso arriesga? Los alemanes se han proporcionado en Vizcaya un auténtico polígono. Aquí prueban sus novísimas marcas, como el superveloz Heinkel-123 o el bimotor de bombardeo Heinkel-111. Arrojan toda clase de bombas, desde las de un kilogramo (en haces de diez bombas), hasta las de trescientos y quinientos kilogramos. Disparan con la artillería granadas rompedoras y observan sus efectos, efectúan experimentos en masa con bombas incendiarias de termita, con las mismas que prepararon ya a finales de la guerra imperialista contra París, pero que entonces no se atrevieron a utilizar.

Con estas bombas queman los bosques y los matorrales, asfixian con pestilente humo a hombres y ganado, pasando poco a poco a la guerra química.

Contemplad algún valle después de un bombardeo —todo está surcado y deformado por enormes embudos—. De la tierra han sido desprendidas, a jirones, sus cubiertas verdes; se consumen los tocones encendidos de los árboles. Y he aquí que, poco a poco, sin saber de dónde, empieza a salir gente. Al principio se callan, no se desea oír palabras. Parece que están pensativos —en realidad están ensordecidos—. Pasan unos momentos, y esas personas ya vuelven a moverse, se afanan, bromean y lo que es fundamental: otra vez combaten. Hasta durante los mismísimos ataques aéreos, los soldados conservan su espíritu combativo. Varias veces, y hoy se ha repetido el caso, cuando los piratas del aire hacen gala de toda su insolencia, durante los virajes a poca altura, los infantes disparan contra los pilotos de los aviones de caza, y ya han derribado a dos.

4 de junio

Hay aquí hombres excelentes, algunos del propio país, otros venidos en avión desde el frente central para ayudar a los vascos. Los mejores de ellos, por sus cualidades combativas y morales, son Cristóbal y Nino Nanetti. El primero es el jefe de la columna que defendió tenazmente San Sebastián hasta la última hora. El segundo es un italiano, de las Juventudes Comunistas, magnífico jefe militar, que mandó una brigada y luego una división junto a Madrid. Cristóbal manda un sector, pero Nino lleva ya diez días haciendo antesala en el Estado Mayor, esperando destino, pese a que el Estado Mayor le llamó insistentemente por radiograma. Reina aquí una confusión espantosa. Lucha de intereses y de influencias —nacionales, políticas, territoriales—. Discuten entre sí vascos y españoles, nacionalistas y los miembros de los otros partidos, los otros partidos entre sí y en su propio seno. Adopta una actitud muy rara Juan Astigarrabía, secretario del Partido Comunista de los vascos. Obra como un dictador, además sin talento alguno, adopta las resoluciones más importantes personalmente, eliminando, de hecho, el buró político de la localidad. Lo peor es que, en esencia, tales resoluciones casi siempre son erróneas y reflejan la posición vacilante, indecisa, poco firme del gobierno vasco, por el que Astigarrabía se ha dejado llevar. Se mantiene arrogante e inaccesible respecto al Comité Central de Valencia, ha salido con la teoriita de que el Partido de los vascos no es una parte del Partido Comunista español, sino que mantiene con él «fraternales» relaciones, es decir, posee frente a él derechos iguales e independientes. Alarmado por tales hechos y por toda la situación, el Comité Central ha mandado aquí a un delegado con plenos poderes, quien ha llegado venciendo enormes dificultades y corriendo un gran riesgo. Astigarrabía le ha recibido con manifiesta hostilidad, mejor dicho, casi se ha negado a recibirle y no le ha facilitado alimentos, declarando que en Bilbao no hay comida. El delegado con plenos poderes ha de vivir y alimentarse con los soldados comunistas, y ha organizado su contacto con el Partido al margen del secretario.

Los propios nacionalistas vascos, en estos días durísimos y decisivos, actúan de manera insensata e inexplicable. Sólo cabe explicar

sus actos por las contradicciones y la lucha entre los mismos nacionalistas. Por una parte son indudables su deseo y su decisión de luchar contra Franco, quien se ha negado a prometer a los vascos ni siquiera un ápice de autonomía. Se mantienen al lado del gobierno central, se consideran fuertemente ligados a él, su único amigo, de cuyas manos han recibido la autonomía. Y al mismo tiempo, a cada paso efectúan pequeños pronunciamientos, cambios de a perra gorda, apropiaciones, demostraciones. Estos días, los nacionalistas han detenido, de pronto, a toda la oficialidad de marina y han colocado en los torpederos y submarinos a su propia gente, personas muy sospechosas, de poco fiar respecto al fascismo. El presidente Aguirre, que es ahora, también, el jefe supremo del frente vasco, se puso furioso (o hizo ver que se ponía furioso) al tener noticia de este hecho, pero luego se resignó e incluso lo aprobó por ciertas consideraciones.

He visitado al presidente. Es tan simpático y elegante como antes, y aún más amable. Ha agradecido con mucho calor que la Unión Soviética haya acogido a niños vascos, y se ha mostrado especialmente conmovido por el hecho de que desde Moscú pidieran silabarios y manuales en vasco para los pequeños refugiados.

—¿Creía usted, por ventura, que queremos rusificarlos? Son nuestros huéspedes, pero son vascos y seguirán siendo vascos.

—¡Sí, sí, esto es muy conmovedor, muy delicado!

Preguntó ávidamente por la situación internacional, se lamentó de que se encontraban solos y aislados, de que chocaban con dificultades económicas, financieras y de divisas. No tiene ayudantes ni especialistas en estas cuestiones.

—Perdone, señor presidente, pero si alguien tiene de esto la culpa es usted mismo. En el gobierno central, la situación es infinitamente peor. Allí quien dirige las finanzas es un médico, Negrín; los otros ministerios están ocupados por obreros y periodistas; en cambio, en su partido hay comerciantes y viejos hombres de negocios de gran experiencia. Hay muchos vascos ricos en el extranjero, ¿dónde están sus sentimientos nacionales, patrióticos? Ahora, cuando Vasconia, por fin, es independiente, ¿cómo es posible que no ayuden a su gobierno con recursos, con armas, con empréstitos? Su proletariado, todos estos obreros católicos, ofrendan ahora a la patria, gratuitamente, su trabajo y sus vidas, todo lo que tienen. Y son muy modestos en las pretensiones que a cambio presentan, no han tocado las fábricas, las empresas ni los bancos. En interés de la guerra, ni siquiera se han elevado los salarios —y han hecho una tontería, dicho sea de paso—. Esperan pacientemente mejores tiempos, luchan a crédito.

Aguirre se rió.

—Lo ha dicho bien, señor redactor, o lo ha dicho sin querer. Así es, luchan a crédito. Y es este crédito lo que temen mis colegas burgueses. Prefieren manifestar con altisonantes palabras su nostalgia por la autonomía de los vascos conservando sus dividendos, que obtener esta autonomía y pagar a sus trabajadores. En cuanto a mí y a mi gobierno, proseguiremos la lucha firmes, hasta el fin, defendiendo los intereses nacionales de todo el pueblo, de todas las clases...

La prensa de Bilbao está hoy enfrascada en una borrascosa discusión acerca del mantenimiento de los secretos militares. Han dado motivo a ella mis palabras en la recepción de los periodistas locales, celebrada ayer. Dije que, en calidad de crítica amistosa, había de destacar la increíble locuacidad de la prensa. Son, sobre todo, nocivas y muy provechosas para el enemigo las detalladas enumeraciones, en la prensa, de los edificios alcanzados por las bombas y los obuses fascistas. Esto es una verdadera corrección del tiro y de los bombardeos de los fascistas. Y todas las otras noticias que se dan como son: direcciones de los cuarteles, listas de combatientes y jefes que han recibido tabaco, con los números y emplazamientos de las unidades... Se dedican columnas enteras a la discusión de esa idea, más que modesta. Algunos periódicos consideran que la observación es justa y que es hora ya de dejar de hablar de este modo, aunque sea privando al lector de un «interesante y valioso material para la educación de su cólera antifascista». Otros órganos de prensa ven en la declaración un ejemplo de espiomanía. ¡Como si tuvieran gran importancia para el enemigo, todas estas direcciones! Como si le hicieran falta, ¡ve muy bien desde el aire dónde caen las bombas! ¡Aviado iba el enemigo si organizara su exploración sólo a base de los periódicos! Además, los periódicos de Bilbao llegan al territorio de Franco sólo a los cuatro o cinco días de haber salido. Los datos han envejecido hace mucho. No, nuestro colega soviético es en extremo aprensivo...

6 de junio

Aquí conviene trepar por las posiciones con un bastón y mejor aún con botas herradas de alpinista. El ingeniero militar Basilio, hombre forastero, conoce ya cada montaña, cada hendidura, cada claro del bosque. Por las mañanas, salimos en auto, que dejamos escondido en el punto más próximo de la carretera de montaña, y junto con el chófer, trepamos por el sector.

La aviación fascista está en el aire desde la mañana y vigila atentamente los trabajos de los zapadores y los bombardea para interrumpirlos.

La ofensiva contra Bilbao es el terror implacable e impune de la aviación en masa. Sobre esto cabe leerse centenar y medio de artículos. Mas, para sentirlo y comprenderlo, hay que estar aquí.

Tanto en la teoría militar como en la práctica, la aviación de los ejércitos se había destinado siempre a batir los objetivos en el dispositivo profundo del enemigo. Va a destruir allí donde no llega el fuego de ametralladora y de artillería.

Aquí actúa de manera mucho más sencilla. Elige un pequeño sector del frente, de un kilómetro o dos, y empieza a bombardear desde el punto más avanzado de la defensa, ¡y de qué modo!

Habíamos dejado atrás un tramo de reductos preparados y, por ahora sin ocupar, del «cinturón». A través de un pequeño prado, nos dirigíamos a la primera línea de trincheras. En ese momento, aparecieron los Junkers sobre nuestras cabezas. No eran muchos, cuatro aparatos. Les llamaron la atención unas manchas blancas de tierra removida en la pradera. De este lugar se había sacado arena para echarla encima de los blindajes. Los aviadores sospecharon que había aquí fortificaciones. Nos arrojamos al suelo.

—Es una pena, no hemos tenido tiempo de salvar este prado —dijo Basilio. Bueno, al diablo con ellos, esperaremos. Que bombardeen sobre un lugar vacío será una manera de estropear material, poco o mucho.

—El lugar no está vacío del todo.

—De los presentes no se habla.

El estruendo fue espantoso. Las bombas caían y estallaban en haces, de dos en dos y de tres en tres. La pradera se convirtió en un surtidor de arena y de llamas. La punta en que nos encontrábamos nosotros, no fue alcanzada. Los aviones comenzaron a marcharse. Después de esperar a que la nube de tierra y humo se empezara a sedimentar, nos levantamos para echar una carrerita.

—¡Cuidado! —gritó Basilio—. ¡Al suelo! Por atrás vienen otros.

Era el siguiente relevo. Seguía las huellas del primero y dirigió las bombas aquí mismo, sobre el propio humo, que se iba disipando, de la primera partida. Las explosiones desgarraban los oídos. Se producían ya excesivamente cerca de nosotros. Nosotros permanecíamos muy humildemente echados, cubiertos sólo por la teoría de las probabilidades.

También ese estruendo se acabó, el ruido de los muchos motores se hizo más débil; distinguir los aparatos con la vista era difícil, el humo había cubierto el cielo. Por fin todo quedó limpio. El primero en levantarse y echar a correr fue el chófer; tras él, nosotros dos. Y de súbito, con rechinante chillido, bajando casi verticalmente en picado, con furiosas ráfagas de ametralladora, se arrojaron apuntando a la pradera, tres cazas. El chófer gritó con espantosa voz y cayó. Por lo visto estaba muerto o mortalmente herido. Los cazas nos iban persiguiendo como las gaviotas persiguen a los peces.

—Bonita historia —dijo Basilio—, nos están tomando por una división entera, no menos. Y nosotros no podemos demostrar que somos tres individuos. Ni por escrito ni de palabra. Ahora van a bombardear y limpiar con los cazas, a bombardear y limpiar con los cazas, por turno.

—Hay que ayudar al muchacho, si está vivo. Arrastrémonos hasta él.

Pero él ya se arrastraba hacia nosotros. No le había sucedido nada, sólo que se había asustado mucho. De todos modos, lo enterramos provisionalmente —le aplastamos un poco en la tierra y echamos algo de hierba sobre su camisa blanca y brillante—. Le ordenamos no moverse sin que se lo mandemos.

La tercera pasada de los Junkers ya estaba ahí. Nuestra situación había empeorado —con la carrerita nos habíamos acercado unos cincuenta pasos al centro del bombardeo—. El sitio anterior nos parecía entonces un ideal de comodidad y seguridad.

Se repitió lo que las dos primeras veces. Volvieron otra vez los cazas. No sé por qué, nos ponían más nerviosos que los aparatos de bombardeo. Echado, encendí un pitillo y lo tiré sin haberlo terminado.

—De todos modos, hay que llegar corriendo hasta el refugio —dije.

—Fastidiaremos a los combatientes del fortín, atraeremos hacia ellos a esos canallas. Fíjate, ahora, el fortín casi no se ve.

Aún permanecimos en aquel lugar otras dos horas y media. Las explosiones ora se calmaban ora se reanudaban como monstruosos chubascos pero el ruido de los motores ni una sola vez dejó de oírse por encima de la pradera. Los cazas daban volteretas casi sobre la misma tierra durante los raros intervalos en que habría sido posible correr por el campo. Una torpe pesadez se apoderó de nosotros.

Por fin todo se acabó. Nos levantamos despacio, abrumados, y en silencio nos dirigimos lentamente al reducto. Allí no había ni una alma.

—Los muchachos no lo han aguantado —dijo Basilio—. ¡Cualquiera lo aguanta! Hay que ponerse a cubierto del aire. Claro, si se tiene con qué.

Volví tarde a la ciudad. Encontré una nota del despacho de la presidencia, ruegan que llame por teléfono. Llamé y el secretario me puso en conocimiento que el piloto Yanguas se dispone a emprender mañana el vuelo de regreso. Se me guarda sitio en el avión, y me recomiendan que lo aproveche, pues por ahora no se prevé ninguna otra salida, ni por mar ni por aire.

7 de junio

Hoy Yanguas no ha partido. Sea que el tiempo no le ha gustado, sea por algún otro motivo. No da explicaciones de ninguna clase, parte en vuelo y regresa cuando quiere, aunque tenga el más urgente de los encargos. Se considera que está a disposición del presidente Aguirre, pero ni siquiera el presidente dispone de sus vuelos. Yanguas declaró que sólo a condición de una falta absoluta de control puede efectuar su peligroso servicio.

Karmen ha tomado el volante del coche y me ha conducido largo rato por la ciudad. Es un valiente, buena mezcla de operador cinematográfico y periodista soviético, vivaracho, atrevido y alegre. Llega a tiempo a todas partes, a los sitios necesarios e importantes. Nos hemos alegrado mucho de vernos, después de Madrid, en este Bilbao inquieto y sombrío.

Conmovida, sin aspavientos ni voces, la ciudad atormentada y fatigada vive la lucha que se libra a sus puertas. Una y otra vez, cada media hora, las sirenas dan la señal de alarma aérea y mandan a la gente a los refugios subterráneos. Pero nadie tiene ya deseos y paciencia para permanecer en los sótanos. Reunidos en grupos, los vascos aguzan el oído escuchando, ora con tristeza ora con alegría y esperanza, el estruendo del cañón en los aledaños de la ciudad. Largas colas ante las tiendas para recibir media libra de pan o de grano o medio litro de aceite. Rostros pálidos de mujeres y niños. Las personas se han convertido en sombras.

Pero estas sombras quieren vivir, alegrarse, reírse. Si al atardecer, aunque sea por una hora, se calma el cañoneo, la ciudad procura tímidamente cobrar aliento, tomar un aspecto pacífico. La gente saca sillas a la acera, ante las casas; las madres de familia, como cluecas, se sientan con grave aire en el círculo de su numerosa prole. Un gran café, en otro tiempo rico, está tristemente iluminado por una única lamparita. En la penumbra, fatigados combatientes descansan ante un vaso de limonada, dormitan con la cabeza apoyada en el hombro de la esposa o de la amiga. Y sobre cada mesita, oscila un anuncio impreso: «Soldado, ten cuidado: la mujer puede ser tu mejor amigo y tu enemigo peor. ¡No hables!» Un capitán entra en el café y con un gesto de mano pone fin al descanso. Los soldados se despiden brevemente y a la salida se forman en columna.

¡Cuánto sufre esta ciudad! ¿Y por qué? El parlamento republicano, el gobierno legal de España ha concedido al antiguo pueblo de los vascos una autonomía a la que siempre ha tenido todos los derechos.

En mi país, que constituye una unión de pueblos con los mismos derechos, ¿puede sorprender ni siquiera a un niño la autonomía de los vascos? Aquí, en el mundo capitalista, la horda de intervencionistas extranjeros, junto con la reacción fascista española, han arrojado sobre el pacífico país de los vascos un torbellino de fuego, quieren barrer de la faz de la tierra a sus hombres, sus casas, sus jardines, hasta sus iglesias sólo porque el clero ha apoyado los sentimientos nacionales y antifascistas del pueblo. Los intervencionistas han destruido la sagrada ciudad de los vascos, Guernica, y ahora quieren hacer de Bilbao otra Guernica, aún mayor. Y ni uno solo de los estados capita-

listas, ni siquiera de los más cristianísimos, ha acudido en ayuda del pueblo vasco, que se consume, solo, en un combate desigual.

8 de junio

Hoy he estado en Francia. Pero me acostaré en Bilbao. ¡Qué cosas ocurren!

Por la mañana se ha presentado Abel Guides, alegre, soleado, radiante. Sus primeras palabras han sido:

—¡Si me hubieras mandado un radiograma hasta desde el desierto del Sahara diciendo que había que sacarte de allí, habría volado a buscarte!

En vez de responderle, le he abrazado fuertemente, como a un hermano.

Llegó a Toulouse al día siguiente de mi marcha, se puso en relación con el *Aire pirenaico*, ayudó a comprar en París un buen bimotor, apenas usado, en seguida lo trasladó a Toulouse y aquí está, en su primer viaje. Está muy contento, está satisfecho de haberse incorporado otra vez al trabajo.

—Sí, estoy muy contento y lo estaría más aún si pudiera colocar en el aparato aunque sólo fueran dos ametralladoras. Es terrible sentirse gavilán y verse cosido a una piel de liebre. Ya lo he dicho a la compañía: por una ametralladora, renuncio a la mitad de la paga; por dos, trabajaré gratis. En respuesta, sólo se ríen. Comprende lo estúpido que esto es: me van a picotear, a matar, y yo, que soy más audaz que ellos —yo sé que lo soy— tendré que huir o caer derribado.

Ha elegido para aterrizar la misma playa que Yanguas, la de Laredo. Esto no ha gustado al español. Cuando al atardecer hemos llegado a la playa con Yanguas, éste ha echado una mirada de reojo al aparato de Guides y ha dicho que aquí no volverá a aterrizar, el sitio ya está desenmascarado. Desde luego, tiene razón.

El tiempo se ha estropeado mucho. El mar de Vizcaya estaba cubierto de nubes, la visibilidad es muy mala. Yanguas ha decidido de todos modos partir. Hemos tomado carrera por la mojada arena y nos hemos elevado al aire. A los pocos minutos de vuelo, hemos entrado en una zona de niebla espesa y lluvia. El viento contrario frenaba al avión. Yanguas ha conducido tenazmente el aparato hacia adelante. Poco más o menos del mismo modo volábamos con Spirin en un R-5 sobre el mar Negro en el año 30. Por fin hemos divisado a lo lejos los difusos contornos de la costa francesa. He respirado libremente. Diez minutos más y estábamos aproximadamente sobre Cap Breton, dejamos atrás la franja donde las olas se rompen contra la costa y avanzamos por encima de Francia.

A los tres o cuatro minutos quedamos completamente ciegos. Caímos en la denominada «leche». Una niebla cerrada, blanca y muerta envuelve al aparato. No se ven siquiera los extremos de las alas. Pronto Yanguas pierde el rumbo. El avión va de un lado a otro como pájaro en una ratonera. El aviador lo coloca con bruscos virajes ora sobre un costado ora sobre otro. Descendemos para ver si divisamos alguna cosa. A través de un claro logro ver un paraje de colinas, un castillo, cuyos tejados pizarrosos se mojan bajo la lluvia, y después también esto queda envuelto por la niebla.

Yanguas se enfurece a la vez que el aparato. Así pueden encolerizarse sólo los domadores de caballos salvajes. Una vez hasta ha levantado el brazo y ha dado un puñetazo en los mandos, como se golpea el cuello de un caballo. En un viraje brusco, yo, que estaba sentado a su lado, me he derrumbado sobre él. No íbamos atados. Yanguas se ha sonreído y me ha dicho: «No tema.»

Por fin, después de una docena de vueltas, de un tirón y cabeza abajo salimos otra vez al mar. La costa se halla cubierta por un muro cerrado e impenetrable de nubes. No hay que pensar en atravesarlo otra vez. Francia nos rechaza.

¿Pero adónde dirigirse? A la izquierda, toda la costa está ocupada por los fascistas, hasta Bilbao. Este camino ya nos es conocido. Así, pues, ¿de vuelta a Bilbao? ¿Habrá gasolina suficiente? El piloto no repostó en Bilbao, resultaba muy difícil acarrear la gasolina hasta la playa.

Para acortar el camino, Yanguas vuela casi a lo largo de la costa. Cierto, no habrá ni un perro que despegue ahora contra nosotros, ni siquiera si oye el ruido del motor. Pero si se acaba la gasolina, nos plantamos en la zona fascista. O si el motor hace el tonto. Ya falló algo en el aparato de Yanguas la última vez, rumbo a Bilbao. Yanguas dijo entonces que este motor no está bien y que en Toulouse habría que revisarlo y regularlo.

Acorralados por las nubes contra las agitadas olas vizcaínas, casi rozando el agua con las ruedas, avanzamos en la oscuridad.

Finalmente, casi a tientas, nos arrastramos y paramos en la misma playa mojada y desierta. Bajo la lluvia vamos al poblado en busca de un automóvil.

¡Haber estado ya en Francia y encontrarse otra vez aquí! ¡Es increíble!

Avanzada la noche, he llegado a Bilbao, a la habitación que en la víspera había dejado a Guides. Abel se ha quedado sorprendido y alarmado. Nos acostamos juntos.

—Vuela mañana conmigo.

—Es desagradable agraviar al español. Pensará que después de la historia de hoy no confío en sus capacidades como piloto. Y es un piloto, de todos modos, magnífico.

—¿Y yo, a tu modo de ver, soy malo?

—Lo que a ti te conviene es una pequeña paga y dos ametralladoras.

Ya nos quedábamos dormidos, pero de pronto se ha echado a reír en la oscuridad.

—¿Y quién era aquel que se levantó en el avión encima de los Pirineos con la pistola detrás de mi pescuezo? ¿Te figuras que entonces no observé nada?

Me he sentido un poco confuso.

—¡Duerme, charlatán! A la gente no se la conoce de golpe.

9 de junio

El tiempo es muy malo, no vuelan ni Guides ni Yanguas.

Los fascistas intensifican su presión sobre Bilbao. Se acercan a la zona fortificada. Temo que el «cinturón» no resistirá. Pero en la ciudad hay relativa calma.

10 de junio

Guides ha decidido volar al mediodía y Yanguas a las seis de la tarde. He dicho a Abel que si al mediodía no llego a tiempo a la playa que vuele sin mí, nos encontraremos por la noche, en el hotel La Fayette, en Toulouse... Ha tomado consigo mi equipaje.

De los sectores de combate he logrado regresar sólo a las tres.

Cuando a las cinco de la tarde, con Yanguas, con Karmen y otros acompañantes hemos llegado a Laredo, nos hemos quedado de piedra el ver el cuadro que se nos ofrecía a la vista.

En la orilla estaba de pie, mirando hacia adelante, inmóvil, muy despeinado Guides. A su lado estaba por el suelo mi blanca maleta, completamente mojada, con una cerradura rota.

En el mar, a kilómetro y medio de distancia, sobresalía del agua aproximadamente la mitad del avión de Guides. Un motor se había roto y colgaba de un tubo como un ojo arrancado de la órbita. También estaba rota una pata con su rueda. Al cadáver del avión se había amarrado una barcaza de pescadores.

—¿Qué ha ocurrido, Abel?

Ha contado lentamente, con pausas, como un niño que acaba de despertarse: llegó, cargó el aparato, hizo subir a los pasajeros, no esperó mi llegada, puso los motores en marcha, funcionaban perfectamente; no quiso probarlos mucho rato para no recalentarlos y no gastar gasolina, despegó, despegó bien, se puso en ruta, empezó a apartarse de la orilla, y entonces, de súbito, se pararon a la vez los dos motores. De una vez, en el mismo instante. Esto no ocurre nunca, ¿no es cierto? Los dos juntos y al mismo tiempo. El avión empezó a caer. Abel, con un esfuerzo colosal, planeó un poco, atenuó el golpe. Todos se encontraron en el agua, salieron de la cabina, el aparato por milagro se mantenía encima de las olas. La gente se ha salvado porque desde la orilla se vio la caída del avión; los pescadores se dieron prisa para salvarlos. Si tardan dos minutos más, el avión se habría hundido solitario.

—¿Qué ha sucedido a los motores? ¿Qué miserable ha puesto en ellos la mano?

—No lo sé —responde Guides—. Custodiaban el aparato unas

personas de la localidad, las mismas que custodian el aparato de Yanguas. Hay que investigarlo. Hay que arrastrar el aparato hasta la orilla y examinar los motores.

—Azúcar —dice Yanguas.

—¿Qué azúcar?

—Han echado azúcar a la gasolina.

—¿Cómo lo sabe usted?

—No lo sé, pero lo comprendo. Han echado azúcar en la gasolina, esto no actúa en seguida, sino unos minutos después de que los motores funcionan, cuando se ha obstruido la conducción. Es un viejo truco.

Todos nos lo quedamos mirando. No dice nada más, sólo hace un gesto con la mano para que empujen su aparato y lo coloquen en posición de despegue. Pasa su dedo meñique por debajo del asa de mi mojada maleta y con el dedo meñique la lleva con la mayor facilidad. ¡Qué raro este hombre!

—¿Y no habrá azúcar en sus motores?

—No habrá. Mi mecánico ha dormido en la cabina.

Guides y Karmen irán en el barco *Habana*, en el que mandan una nueva expedición de niños vascos. Guides sigue de pie, aún desconcertado y confuso.

—Lograré que se haga una investigación exacta. ¡Me las van a pagar!

Le parece que ha quedado mancillada su reputación de piloto. Cree que también me ha hecho quedar mal a mí, que le recomendó.

—Pueden pedir informes en todas partes donde he trabajado. Nunca me había ocurrido nada ni siquiera de lejos, parecido a esto. ¿Comprende?: ¡dos motores a la vez, en el mismo momento!

—¡No te preocupes! No se trata de ti. El asunto está claro. Vuelve cuanto antes, busca otro avión y sigue volando.

—¡Ahora sí volaré! ¡Me las van a pagar!

—Lo mejor sería que también usted esperara el *Habana* —me ha dicho de pronto Basilio, que había venido a acompañarme. Hasta entonces había observado la escena en silencio—. A uno, azúcar; a otro, miel; esto, ¿sabe?, no es una broma, esto sólo resulta bonito en el librito *El mundo de las aventuras*, edición de Piotr Soikin, San Petersburgo, calle de Stremiannaia.

Tampoco a mí me parecía mal hacer la travesía en el *Habana*. Pero ¿cuándo iba a zarpar? Y Yanguas ya está sentado al volante, las hélices zumban. Ocupo mi asiento a su lado.

¡De nuevo el mar de Vizcaya, por cuarta vez, maldita sea! Pero ahora todo va como una seda. El motor de la derecha casi no da ningún golpe en falso. Abajo aparece un gran crucero de guerra. El *Baleares*, dice Yanguas señalando hacia el navío con un movimiento de cabeza. Yanguas se encuentra de excelente humor y silba cancioncitas sin parar. Trazamos una deferente herradura en torno al crucero y a sus antiaéreos.

La costa francesa se nos presenta, esta vez, hospitalaria. Volamos por encima de los tranquilos bosquecillos y campo de vides, sobre las pequeñas ciudades, sobre los árboles centenarios a lo largo de las carreteras, aún napoleónicas, rectas, precisas. Nos acogen un mar de luces y los faros luminosos de Toulouse. Ahí mismo, en el aeródromo, encargo billete para volar mañana a Barcelona.

11 de junio

La gran nave de la compañía *Air-France* despegó suave y fácilmente de la verde superficie plana del aeródromo. Cuatro potentes motores zumbaban con ruido sordo y sosegado; en la espaciosa cabina, en cómodas butacas junto a grandes ventanas, sosegadamente sentado, dan ganas de dormir. Sobre las mesitas había chillones prospectos y guías, ésta es la línea de Toulouse-Alicante-Tánger-Rabat. El piloto miró indiferente hacia adelante; a su lado, el mecánico de a bordo leía el periódico. Recordé de qué modo Miguel Martínez se había trasladado a Barcelona por una ruta parecida. Y el «mundo de las aventuras» entre Bayona y Bilbao... Esto ahora no pasaba de ser un mediocre y pequeño trayecto de un sólido exprés aéreo.

Barcelona se ahogaba bajo el tórrido calor. Todo el mundo se había escondido a la sombra, dejando la calle desierta. Pedí un coche para Valencia. En el Majestic encontré a Ehrenburg. Estaba extenuado por el calor. Me dijo que la víspera se había iniciado la ofensiva sobre Huesca. Actúa como grupo de choque la 45.ª división al mando de Lukács-Zalka. Aún no hay noticias del frente.

Decidimos comer juntos. Ehrenburg salió a alguna parte próxima y volvió al instante. Estaba desencajado.

—Llaman por teléfono —dijo—, parece que Lukács ha muerto.

—¿Quién llama?

—Desde Lérida. Parece ser que Lukács y Regler han sido muertos juntos, en el automóvil. Los ha matado un obús o una bomba de aviación.

Nos miramos uno al otro, callados. Yo dije, haciendo un esfuerzo:

—Probablemente es un bulo. Aquí a la gente le gusta inventar historias.

Pero no fuimos a comer. El coche para Valencia también tuvo que esperar. Por teléfono desde distintos puntos transmitían rumores y variantes distintas, pero todos ellos dejaban en pie muy pocas esperanzas. A Lukács algo le había ocurrido, no cabía duda. Según una variante, Lukács había muerto, y Regler estaba gravemente herido. Según otra variante, estaban heridos los dos. Según la tercera variante, habían perecido tres: Lukács, Regler y Heilbrunn, el jefe de sanidad de Lukács. La ofensiva contra Huesca se había truncado.

Lukács, mi buen Lukács, ¿es posible que esto haya ocurrido?

Nos vimos por última vez en Guadalajara, en una minúscula aldehuela entre rocas. La vieja iglesia estaba pegada a una roca. Los Junkers daban vueltas y zumbaban, querían picotear el Estado Mayor, bombardeaban las rocas; Lukács mandó sacar los cuadros de la iglesia, para que no se perdieran; juntos admiramos la cándida y apasionada pintura de un artista desconocido del siglo xv —los santos parecían al mismo tiempo toreros y caballeros enamorados—. Yo dije: «Pues en Moscú hay un escritor húngaro, un tal Mate Zalka; debería poder bajar a este apartado rincón, a estos legendarios parajes, escribir y entregar lo escrito a la Editorial Literaria del Estado, ¡cómo le iban a poner, por desviación hacia lo exótico!» Él se rió con risa contagiosa, infantil: «¡Cierto, cómo le iban a poner, Mijaíl Efimovich, al infeliz Jaimito!» Me envidiaba el que me dispusiera a hacer un viaje a Moscú, se entristeció; me pidió que visitara sin falta a Viera Ivánovna y a Tálochka, que les transmitiera mil saludos; se preocupó por la casa, construida en régimen de cooperativa, en la callejuela de Naschokinski.

En el coche saqué de la cartera dos sobres sin dirección y que debía entregar personalmente al jefe de la XII Brigada, actualmente 45.ª división española. Una carta estaba cerrada. La volví a la cartera. La otra, en un sobre sin cerrar, decía:

«Camarada presidente de la administración de la casa: Le informo que en nuestra casa, N.º 3/5, todo marcha bien. Hemos dejado de

encender la calefacción por la llegada de la primavera. Se ha terminado el arreglo de la fachada anterior. Las fachadas laterales siguen como antes... Yo, camarada presidente, le sustituyo como puedo. E incluso trabajo con Natalia Nikoláievna —hasta que regrese usted—. Los inquilinos están muy contentos, dicen que yo, Matviéi Mijáilovich, no trabajo peor que tú, y que incluso te supero. De modo que ante mí se abren amplias perspectivas. Pero, hablando en serio, te digo que te echo mucho de menos y que estoy muy orgulloso de tener un amigo como tú. Mijaíl Efimovich te explicará cómo aquí se te quiere. Once personas de nuestra casa se han trasladado a la callejuela de Lavrushinski. Pelik te manda saludos. Te beso y me enorgullezco de ti, Matiusha. Tu Viktor.»

El coche serpenteaba por las espirales montañosas subiendo hacia Tortosa. El sol se volvía loco. Por la izquierda desapareció la reluciente superficie azul del mar Mediterráneo. En una curva ceñida, por poco chocamos con un coche que llevaba dirección contraria. Se detuvo, bajó el general Kléber. Nos quitamos las gafas oscuras, nos estrechamos la mano.

—Voy a hacerme cargo de la división de Lukács —me dijo—. Ven a verme.

15 de junio

Han traído a Lukács. Han expuesto su cuerpo en una gran sala fresca del ex seminario jesuita, donde ahora se encuentra el Comité de la Unión Campesina de Valencia. Una orgía de chillonas flores meridionales estalla alrededor de su rostro pálido, levemente ensombrecido. En el norte, las flores saben adquirir un aspecto afligido, funerario. Aquí son un grito a la vida, impetuoso y apasionado, son una negación de la muerte.

Le han enterrado al atardecer. El mitin se ha celebrado en la calle, en el centro mismo de la ciudad, entre la estación y la plaza de toros. Se ha interrumpido la circulación, las campanillas de los tranvías y los claxons de los automóviles, interrumpían los discursos de los oradores.

El nuevo jefe del gobierno, Juan Negrín, el nuevo jefe del Estado Mayor Central, el coronel Rojo, estaban de pie junto al féretro.

Los oradores han dicho que el arrojado antifascista, general Lukács, ha entrado en la historia del pueblo español como un héroe inolvidable. La escolta de honor mantenía los fusiles en posición. Una muchedumbre incontable escuchaba en silencio, descubiertas las cabezas.

16 de junio

Bilbao, por lo visto, está viviendo sus últimas horas. El enlace de Valencia con los vascos se interrumpe constantemente. Han trasladado la estación de radio a Santander. Aún se sostienen violentos combates con los italianos, pero en la ciudad, a lo que parece, ya ha comenzado el pánico y la traición.

Los fascistas atacan la playa y la zona de veraneo de Las Arenas. Los republicanos aún se mantienen, bien que mal, a lo largo del río Nervión y en las alturas de Deusto, Begonia, Echebarri y Galdácano. Los fascistas atacan furiosos hacia esos puntos, quieren irrumpir al mismo tiempo más al norte y más al sur de Bilbao, quieren rodear la ciudad por todas partes. Presionan, además, sobre Los Caminos, para penetrar en los barrios meridionales de Bilbao.

Es insufrible ver todo esto desde aquí, desde Valencia. Ver y observar impotente. En Madrid, entonces, en noviembre, en el último instante se produjo un milagro, Algunos esperan, confían, creen que el milagro se producirá también en Bilbao. Dicen: «Usted no conoce a nuestros españoles. Son como niños, como escolares. No se preparan para los exámenes hasta el último día, y cuando se ven con el agua al cuello, entonces espabilan y lo hacen todo en una noche. En Madrid todo se organizó en la última noche. Lo mismo ocurrirá en el norte.»

No confío en este milagro. Yo creo mucho en los milagros, soy muy creyente, pero en Bilbao no se producirá ningún milagro. Hace sólo cinco días que he estado allí, lo he visto. El pueblo, los soldados, los obreros, quieren luchar por su libertad, por su independencia, contra los italianos, pero no hay quien los organice. Falta el armazón. Falta una vanguardia firmemente unidad. No hay auténtica unidad combativa. Falta un Quinto Regimiento. Allí los comunistas no tienen fuerza para organizar la masa de la ciudad cara a la defensa, como se hizo en Madrid. La dirección de los comunistas vascos no ha dado prueba ni de tacto ni de comprender la situación ni de poseer un auténtico deseo de batir al enemigo. Juan Astigarrabía es un esquemático pagado de sí mismo, un irritado burócrata del Partido, creído de que es infalible desde que entró a formar parte del gobierno de coalición. Desde luego, los comunistas pueden entrar a formar parte del gobierno del Frente Popular e incluso deben hacerlo en ciertas condiciones. Pero sobre los ministros comunistas que entran en los gobiernos mixtos, ha de mantenerse un riguroso control de Partido. En Bilbao no ha sucedido así. Se ha hecho a lo socialdemócrata, estilo Blum.

17 de junio

Los fascistas han ocupado Las Arenas. Ya fuerzan el río Nervión. Han ocupado los arrabales de la ciudad. El gobierno ha evacuado y ha dejado una Junta de Defensa compuesta de tres personas: Lersaola, Azaña y Astigarrabía. Pero también esta troika ha abandonado la ciudad unas horas después. Bilbao ha caído. La autonomía de los vascos ha sido abolida por una orden del general Franco. No se ha producido el milagro. Esta vez no podía producirse.

Valencia está triste, pero tranquila. Por las calles desfilan las unidades recién formadas. El público las observa con respeto y curiosidad. A veces, si en la columna desfila algún cantante conocido o algún torero, la muchedumbre se ríe.

Las tropas tienen bastante buen aspecto, van bien vestidas y calzadas, uniformadas, con el armamento completo; las secciones de ametralladoras con sus ametralladoras; los zapadores, con sus herramientas; los sanitarios, con camillas y botiquines de campaña. Los soldados parecen más graves; los oficiales quizá hacen excesiva ostentación de su nuevo menester, perciben las miradas del público y adoptan poses algo forzadas. Al lado del jefe de la unidad, marcando el paso, va el comisario. No se por qué le han puesto un uniforme especial, color cacao, y le han dado una semigorra semiboina muy extraña. Con este atuendo, el comisario se destaca entre todos como un cuerpo extraño. Los que han tenido semejante idea pretendían, por

lo visto, subrayar los derechos y funciones especiales del comisario. Pero no es esto lo que se ha logrado. Lo que se ha logrado ha sido separar el delegado político de la masa de los combatientes y contraponer el comisario al jefe.

El espíritu en las tropas, en los Estados Mayores y en la retaguardia ahora no es malo, es firme. Ni siquiera la pérdida de Bilbao lo ha ensombrecido en exceso. Aquí saben acostumbrarse rápidamente a las pérdidas e incluso olvidarlas. Hasta demasiado rápidamente. El sosegado Prieto —a quien, si no a un vasco, debía de resultar singularmente amarga la pérdida de Bilbao— ha dicho en una conversación: «Un amigo mío tenía una mujer a la que quería mucho, enferma de una enfermedad incurable. Hizo todo lo que pudo para salvarla, pero sólo pudo mitigar sus dolores. Cuando ella murió, mi amigo reconoció que experimentaba un alivio. Por otra parte, puede ocuparse más del resto de la familia.»

Prieto subraya en toda ocasión que ahora se ocupa del resto de la familia. Se prepara una nueva ofensiva, muy enérgica, en el sector de Madrid. A diferencia del pasado, ahora de esto se habla poco. Algo se filtra, pero la dirección del golpe que se prepara no la conoce casi nadie. En este sentido, la pérdida de Bilbao ha abierto los ojos hasta a los más ciegos. ¡Hay demasiados traidores!

Las personas honradas y valientes comienzan a comprender que los traidores no están reunidos en algún sector especial, sino que están diseminados y dispersos entre estos mismos individuos honrados y valientes. La humedad engendra la herrumbre y el moho, pero la mancha de la herrumbre y del moho se sitúan según su propio dibujo, a veces más lejos, a veces más cerca de lo que cabe predecir. Es necesario eliminar con anticipación la humedad, no permitir que se llegue al moho. En Bilbao, la humedad había que eliminarla con anticipación. No lo hicieron. En Valencia sólo ahora empiezan a fijarse unos en otros, a examinar a las gentes, incluso a las que trabajan bien, con nuevos ojos, con ojos críticos.

No es tan fácil acostumbrarse a ello ni se hace tan rápidamente. Es necesario poseer experiencia de la vida. Teníamos a un hombre a nuestro lado, trabajaba, se alegraba por los éxitos, se entristecía por los fracasos, y, de súbito, resulta un traidor. ¡¿Cómo es posible?! ¿Es concebible que siempre, incesantemente, desde la mañana hasta la noche, llevara una máscara? No, no es necesario llevar siempre una máscara. Hasta el traidor más alevoso y contumaz puede temporalmente olvidarse de sus pensamientos recónditos, cuidadosamente encerrados en su interior, puede aficionarse al trabajo, ser inteligente, enérgico y arrojado.

En agosto del año 19, nuestras unidades del frente sudoccidental retrocedían, remontando la corriente del Dniéper, perseguidas por Denikin. Yo trabajaba en el periódico del Duodécimo ejército, y un tal Sajárov era el responsable del reparto de la prensa y del suministro de papel. Cumplía sus funciones a las mil maravillas. Sacaba papel de debajo de la tierra, de todo Kiev. Distribuía el periódico a los soldados rojos hasta las líneas más avanzadas. Era la esperanza y el sostén de la redacción del periódico... Al subir a los barcos, entre la confusión general, nos separamos. Yo subí a un barco y Sajárov a otro, por lo visto al barco en que cargó el papel. Durante dos días, en todas las paradas corrí indagando dónde estaba Sajárov con el papel. Hacía falta reanudar cuanto antes la publicación del periódico. Moguilevski, presidente del Tribunal Revolucionario del ejército, observaba mi agitación. Por fin me dijo, fríamente:

—¿Por qué se desuña usted de este modo? Su Sajárov se habrá quedado en Kiev, seguro. ¡Con el papel no le van a recibir mal!

A mí se me había ocurrido todo lo que se quiera menos esto. ¡Que Sajárov se hubiera quedado! ¡Tan trabajador! ¡Un hombre como él! Pero Moguilevski estaba en lo cierto. Tenía más años y era más inteligente.

Después de la marcha de Largo Caballero, empezó una limpieza bastante enérgica en el ejército. Empezaron a destituir a la gente no sólo cuando se tenían datos claramente comprometedores. Se destituía también a quienes iban con salvoconductos en que se decía: «incapaz, pero inofensivo», «honrado, pero inepto», «extraño, pero capaz y útil». La práctica ha demostrado que tras un signo menos casi siempre se esconde otro. El «incapaz, pero inofensivo», después de su destitución, fue desenmascarado pronto en un intento de evadirse al campo enemigo. El «extraño, pero capaz y útil» resultó que con mucha habilidad y bajo cuerda desmoralizaba a su unidad, preparaba a los oficiales para pasarse al lado del enemigo en el primer contacto durante un combate. Después de él, hubo que sustituir en la unidad y detener a todo un grupo de oficiales.

Esta limpieza y este fortalecimiento de la capacidad combativa del ejército se lleva a cabo con grandes dificultades. Es necesario vencer no sólo la resistencia directa de los enemigos, sino, además, un

montón de simples prejuicios, costumbres de carácter familiar y patriarcal, la tendencia a las buenas relaciones, el énfasis quijotesco, y, simplemente, la torpeza y la placidez.

Los comunistas españoles han sido y siguen siendo los que llevan la voz cantante en estas difíciles cuestiones. Largo Caballero los ha calumniado —los ha acusado de propósitos dictatoriales, de querer asumir el mando de todo el Frente Popular, de encaramarse a los puestos dirigentes para hacer y deshacer en todas partes—. Esto era una falsedad. Los comunistas no exigían el poder para sí. Esto habría sido absurdo, habría estado en contradicción radical con la idea de lucha nacional a base de todos los partidos antifascistas.

Pero, manteniéndose rigurosamente en el marco de su participación en el gobierno, los comunistas mismos, por propia iniciativa, sin esperar al retrasado aparato estatal, plantean y hacen avanzar muchos problemas olvidados e inaplazables. En la prensa, en las reuniones, en su correspondencia, en el trabajo sindical, organizan a los patriotas antifascistas, meten la nariz en la producción de cartuchos, en la evacuación de los niños, en la dirección de los trabajos de zapadores, en la confección de capotes de soldado y en la recolección del arroz. A veces pasan de la medida, exageran su papel, su influencia en las masas y en los sindicatos. La vida les da dolorosos coscorrones por sus fallos y errores de cálculo. Ellos sacuden la cabeza y siguen trabajando. Esto irritaba y enfurecía al dictador-burócrata Caballero: ha presentado la batalla en este terreno, en el de la base social y de partido, en el derecho de las amplias masas populares a organizarse para la lucha contra el enemigo, y la ha perdido, se ha visto obligado a dimitir.

El gobierno de Negrín acepta de buen grado la ayuda de todos los partidos, incluido el comunista, en la organización del frente y de la retaguardia. «Se respira ya mejor», dice Dolores. Ahora Dolores trabaja muchísimo, de día, de noche, siempre. Mañana se abre el pleno del Comité Central, y ella hace el informe sobre el problema básico: el partido único del proletariado. Todo el mundo, en torno, se preocupa por ella, quieren darle la posibilidad de descansar, de concentrarse, de reflexionar; sin embargo, todos la importunan, le van con problemas, con papeles, le presentan nuevas y nuevas personas. A veces, ella misma, sin poder aguantar más, pide permiso para retirarse de una reunión, para echarse un rato, para descansar en una habitación vacía y fresca. Hoy hasta yo he tenido que inquietarla en un momento

semejante. He llamado, no he obtenido respuesta; he entrado sin hacer ruido, Dolores no estaba echada, sino sentada ante el alféizar de la ventana abierta y escribía con una expresión de contento, casi infantil, en el rostro. A Dolores le gusta mucho escribir, aunque ella, no sé por qué, se siente confusa por sus artículos. Y es una auténtica escritora, una escritora del pueblo. Sabe mucho, y no sólo en el campo de la política, sino, además, en el de la literatura e historia, sobre todo de la historia de su país. Le gusta aducir en sus trabajos ejemplos históricos... No la dejan en paz, la llevan a hablar en los mítines, ante el micrófono, pero a ella le complace mucho más escribir. Se ve que le satisface estar, aunque sea un momento, sola, reflexionando y fijando silenciosamente sus pensamientos en el papel.

—Dolores, ¿recuerdas cómo nos conocimos? Fue en Bilbao.

Hace seis años, en una barriada obrera de Bilbao, en una pequeña taberna a orillas del Nervión, unos camaradas me presentaron a una mujer alta, delgada y de pocas palabras. Como todas las españolas del pueblo, iba vestida completamente de negro, pese al tórrido calor. Se mantenía cerrada en sí misma, algo tímida, escuchaba la conversación muy ávidamente, pero apenas hablaba, nos miraba a todos con sus grandes y claros ojos negros, y, era notorio por esos ojos, se apresuraba a meditar para sus adentros cada frase de la conversación.

De ella entonces sólo me dijeron una cosa:

—Es la primera mujer comunista española.

La monarquía ya había sido derrocada en España. Se encontraban en el poder los Kerenski y Miliukov españoles. El Partido Comunista, como en tiempos de la monarquía, seguía siendo ilegal y estaba perseguido. Además, era débil de por sí, trabajaba con poca habilidad, aún estaba mal unido a la masa.

En el año 31, la mujer de sencillo vestido negro constituía una enorme adquisición para el Partido. En los círculos burgueses, parlamentarios y del gran mundo habían aparecido ya abogadas, profesoras, oradoras y hasta diputadas. La obrera, por el atraso del medio, seguía viviendo retirada, encontraba el paso cerrado; ella misma se atemorizaba y confundía, raras veces aparecía en sociedad, y ni se atrevía a pensar que podía intervenir hablando en público.

Entonces recordé con trabajo el nombre de la callada española de vestido negro. Nos encontramos con Dolores más tarde, cuando, formando parte de la delegación de su partido, desde los bancos del

VII Congreso del Komintern, escuchaba ella atentamente los discursos de los oradores, tomaba sus notas, con mucho cuidado, en un cuaderno e intervino con un discurso de altos vuelos, apasionado y brillante. Y todavía más tarde, este año, cuando su orgullosa cabeza, sus iracundos y sonrientes labios se presentan a millones y millones de personas, desde la tribuna, desde el micrófono, desde la pantalla cinematográfica, desde las páginas de los periódicos y revistas, desde enormes carteles, en las calles de Barcelona, París, Londres, Cantón capital, como símbolo de valentía y nobleza, de patriotismo proletario, del pueblo español, que sufre y lucha.

—¿Te acuerdas de Bilbao, Dolores?

—¡Bilbao! —sus labios se contraen con un gesto de dolor—. ¡Oh sí, me acuerdo de Bilbao! No hablemos de esto ahora, Miguel. Estoy escribiendo el informe para mañana.

18 de junio

El pleno se ha celebrado de nuevo en la sala del Conservatorio. El problema básico es el relativo al partido único del proletariado.

De esta cuestión se ha hablado y discutido mucho durante la última semana. En la clase obrera hay un enorme deseo de unidad. Las trincheras han establecido lazos fraternales y amistosos entre comunistas y socialistas. En los medios obreros y en el frente, casi se han borrado las líneas divisorias entre ambos partidos. En los círculos dirigentes existe también una gran inclinación hacia la unidad, aunque aquí es mayor la cautela y la desconfianza. Los comunistas tienen miedo al oportunismo y a la mentalidad contemporizadora de ciertos jefes socialistas. Los socialistas, a su vez, sienten recelo del empuje de los comunistas, de su actividad en la organización, de sus modos —como dicen los socialistas— dictatoriales. Están asustados por el hecho de que los obreros socialistas ingresan en el Partido Comunista, mientras que del comunista nadie pasa, ahora, al socialista. Tienen miedo a la absorción. De todos modos hay socialistas de mucho peso partidarios de la unificación. En primer lugar, Álvarez del Vayo y Ramón Lamoneda.

Del Vayo hasta ha acudido al pleno del Comité Central del Partido

Comunista. Lo han recibido con una ovación. Pese a toda su blandura y a su cordialidad, es un hombre de principios y firme en las cuestiones políticas. Se ha apartado con valentía de Largo Caballero, aunque le ha sido difícil librarse de la influencia del viejo, saltar por encima de una amistad de muchos años. Del Vayo no ha entrado a formar parte del nuevo gobierno, ha quedado tan sólo como comisario general del ejército. Me ha contado que Largo Caballero hace burla de él: «¡Pobre Vayo, no le han dado ninguna recompensa por haberme abandonado!...» Caballero ha vuelto a su gabinete de secretario de la Unión General de Trabajadores. Desde allí intriga contra el nuevo gobierno, difunde rumores de pánico, redacta y distribuye memorándums y notas que sólo sirven para provocar confusión. Mantiene contacto activo y permanente con el general Asensio.

Dolores hace un gran informe.

Empieza con un análisis de la situación internacional y en los frentes. Se ha creado el ejército regular. «¿Quién iba a pensar, al principio de la guerra, que íbamos a tener bajo las armas a medio millón de hombres? Y esta cifra crece sin cesar.»

Dice, acerca del incremento del Partido:

«Podemos declarar con orgullo que en nuestras filas contamos ya con 301 500 personas, en el territorio del gobierno de la República, sin contar los 64 000 miembros del Partido Socialista Unificado de Cataluña y 22 000 en Vizcaya.»

Prosigue, acerca de los dos métodos de dirección de la política proletaria, el método de la Segunda Internacional, que divide y fragmenta las fuerzas proletarias, y el método del Komintern, que ha lanzado la idea del Frente Popular y propugna la unión política y sindical del proletariado.

Habla luego de la lucha del Partido Comunista de España por la unidad. De los enemigos de la unidad. De los trotskistas, del putch trotskista en Cataluña, que tenía por fin romper la unidad proletaria. De los amigos de la unidad: «Hay socialistas que, trabajando honradamente en el movimiento de izquierda, han sabido levantar la bandera de la unidad, abandonada por otros. Entre estos partidarios de la unidad, ocupa un lugar destacado Álvarez del Vayo. Del Vayo lucha infatigablemente por la unión del Partido Socialista con el Comunista. Coloca por encima de todo, los intereses del proletariado y de la revolución, declarando con total acierto que la unidad es la ley suprema del momento en que vivimos.»

Dolores expone detenidamente las condiciones en que los comunistas están de acuerdo en crear un partido único y fundirse en él.

Centralismo democrático. Democracia proletaria y disciplina. Autocrítica. Unidad ideológica a base del marxismo-leninismo.

«La solidaridad del país del socialismo ha infundido aliento al nuestro. Hace tan sólo unos días, el presidente de las Cortes, señor Martínez Barrio, ha declarado de manera decidida y clara que, sin la solidaridad de la Unión Soviética, España habría dejado de existir como república y como una unidad nacional. ¿Acaso no es éste motivo suficiente para que el partido único del proletariado se base en un auténtico internacionalismo proletario?» (Aplausos.)

El informe de Dolores, vivo, convincente, probatorio, ha entusiasmado y ha dado el tono al pleno. Se ha producido una atmósfera de alegría, como si la unidad del proletariado estuviera ya creada y existiera. Pero las dificultades aún son muchas. No sólo la fracción de Largo Caballero es hostil a los comunistas. Entre los líderes socialistas, incluso entre los que mantienen una actitud muy amistosa con los comunistas, se acoge con reservas y recelos la idea del partido único. Por ahora estos líderes no se manifiestan, pero cuando el problema se plantee en el terreno práctico, sacarán las uñas.

20 de junio

José Díaz no asiste al pleno. Otra vez ha recaído, ha dejado de participar, temporalmente, en el trabajo cotidiano.

Hoy le he visitado. No quiere vivir en las afueras de la ciudad, donde hay menos ruido y se respira mejor; se ha quedado aquí, a pocas manzanas de distancia del Comité Central. He subido al piso superior, he llamado. En el recibidor, estaba la guardia: dos jóvenes comunistas con fusiles; estaban jugando al ajedrez.

He cruzado varias habitaciones vacías, de un piso sin duda abandonado por sus propietarios, instalado con muy mal gusto, con retratos de abuelos y abuelas. En la última habitación, en una cama inmensa, cubierto con una ligera manta, se hallaba José. Estaba solo.

—¡Así, pues, has vuelto! No nos has engañado.

—Como ves, he vuelto.

—¿Has descansado?

—No mucho.

—¿Estabas en Moscú, el primero de mayo?

—Estaba.

—¿Buen desfile?

—Muy bueno.

Nos miramos uno al otro y sonreímos. A veces sólo se tienen ganas de sonreír, nada más. Mirar y sonreír. Daba mucha alegría volver a ver, aunque fuera sobre la almohada, ese buen rostro, ese rostro sencillo de español y obrero, joven, surcado de arrugas, rostro de trabajo y mucho entendimiento. En ese instante, venciendo la enfermedad, ese rostro se ha iluminado con una sonrisa. Ha sonreído porque yo he vuelto de Moscú.

—Tengo un encargo urgente para ti.

—Tú dirás.

—Tengo miedo de estropearte algo dentro. Me han encargado que te abrace y te bese tan fuertemente como pueda.

—Obra con toda tu fuerza. —Se incorpora y aparta la manta—. ¿Los has visto a todos, allí? ¿A todos nuestros amigos?

—A todos.

—¿Por qué cosas se han interesado?

—Por todo. Por el pueblo de España, por sus dirigentes, por el ejército, por el Partido. En Moscú están admirados de tu pueblo, de su firmeza y tesón, de su aguante, de su voluntad para proseguir la lucha contra los invasores. Me han preguntado también por ti. Me han dicho que para ti, el frente principal, ahora, es tu salud.

—Hay, además, otros frentes...

—No, el más importante es éste. Sólo después de vencer en éste, podrás pelear en otros frentes.

Díaz ya no me mira a mí. Sonriendo como antes, mira lejos, en el espacio, y resulta claro hacia dónde mira.

—¿Nos censuran? ¿Nos critican?

—Critican, pero no censuran. Se admiran. Dicen que, pese a todas las víctimas, pese a todos los reveses, ésta es una lucha admirable y, en esencia, victoriosa. Si antes, hace un año, se hubiera preguntado a un hombre, quienquiera que fuese, lo que iba a suceder si dos grandes estados fascistas europeos atacasen de repente a España, lanzasen contra ella toda la potencia de sus armas militares, la respuesta habría sido, invariablemente, que España quedaría sometida por

completo en pocas semanas. Y he aquí que los estados fascistas se han lanzado, el propio ejército regular de España se ha puesto al lado de los invasores, y a pesar de esto, el pueblo español, desarmado, con la neutralidad hostil de todos los países capitalistas, bloqueado por todas partes, se defiende hace casi un año y no depone las armas, sino que asesta a las hordas enemigas fuertes y sensibles golpes. Incluso habiendo perdido la mitad de su territorio, sigue combatiendo, cansa a sus verdugos, sigue lanzándose a nuevos y nuevos encuentros. ¡¿Cómo no sentir admiración ante esta lucha, ante tanto valor?!

José Díaz ahora yace inmóvil, sobre la espalda; tiene la cabeza abandonada en la almohada, los rasgos de la cara afilados; sólo se le mueven las cejas, juntándose y separándose. Dice despacio, casi sílaba a sílaba, poniendo en cada sonido una enorme emoción y una pasión severa:

—Esto es verdaderamente así... No seremos los últimos... La venda caerá de los ojos a muchos... El fascismo encontrará resistencia... Un poco antes o un poco después... Lo derrotarán... Pero nosotros... nuestro pueblo... nosotros hemos sido los primeros en empezar... Hemos sido los primeros en devolver golpe por golpe... Los primeros en ir al contraataque... Solos... Sólo un país... un pueblo... un Partido... sólo ellos nos han tendido la mano... Y cuando todo ya esté bien... que recuerden los españoles... Cómo han luchado... Quiénes los han traicionado... Quiénes los han ayudado...

De nuevo se calla, en la habitación se ha hecho un largo silencio.

Luego, de modo análogo a como tres días antes recordamos, Dolores y yo, a Bilbao, José Díaz se acuerda de Sevilla, de la Sevilla del año 31.

Sevilla es hermosa, coronada por la femenina torre de la Giralda, alegre, con mantilla, con una flor en los labios, predilecta de los turistas. En Sevilla vi a José Díaz por primera vez.

—Y Adata, ¿la recuerdas?

—La recuerdo, claro está. También la llamaban América.

—América no, ¡Estados Unidos! Lo has olvidado todo.

—No he olvidado nada. Me acuerdo de Adata, el barrio de pesadilla de los pobres sin albergue en los alrededores de Sevilla. Me acuerdo incluso del perro muerto con la panza abierta en medio de la avenida principal de Adata. La avenida misma no era más que una quebrada llena de baches, polvorienta, de unos ocho pasos de anchura, entre dos filas de lo que, por lo visto, se denominaban viviendas.

En la «avenida» se destacaban las manchas negruzcas de las hoyas y cuevas, con una profundidad de medio hombre. La asfaltada superficie de las maravillosas calles sevillanas parecía, desde allí, a un kilómetro de distancia, un sueño irrealizable.

Deformes perreras construidas con planchas de hierro y hojalata de deshecho. Arpillera agujereada, tendida entre cuatro palos. Primitivos hogares, montados con cuatro piedras. Yacijas para dormir formadas con unas brazadas de hierba acre. Hedor sofocante de descomposición. ¿Quién moraba y, probablemente, mora aún allí? ¿Personas, ganado? Allí moraban diez mil ciudadanos del Estado español. Una de las ciudadanas se me acercó mientras yo buscaba el lugar designado para una cita. A primera vista, se trataba de una vieja enclenque, jorobada, lenta, espantosa como la peste en sus negros andrajos. Pero no era vieja, resultó ser una muchacha joven. Por milagro se le conservaban dos hileras de espléndidos dientes blancos, era sólo la escara la que le había deformado el rostro, le había corroído cara y ojos. Escara de la «mala sangre», de la enfermedad crónica de nutrición alterada del organismo, de muchos años de ayuno incesante, calmada con unas cuantas aceitunas, unos cuantos sorbos de agua al día. Era una sevillana. Los ricos americanos cruzaban el océano para admirar a las célebres sevillanas, ¿sabían que Sevilla tiene sus Estados Unidos y que hay allí tan espléndidas mujeres? Gente con los pechos hundidos se preparaba la comida. Quemaban algunas astillitas entre dos ladrillos y removían sobre el fuego una lata de conservas, con restos de carne en el fondo, recogida en la ciudad. Metieron en la lata algunos garbanzos, unas patatas, y ya tuvieron un plato preparado. Figuras encorvadas, con paso tardo, paralítico, cruzaban de vez en cuando entre las barracas y las tiendas. Cada paso les provocaba dolor e irritación. ¿Eran españoles? ¿Eran andaluces, ese pueblo de personas esbeltas, hermosas, que danzan tan impetuosamente?

¿Quién vivía en el espantoso barrio de Adata? ¿Las heces y residuos de la humanidad? ¿Vagabundos desclasificados?

No, allí vivían obreros, proletarios, trabajadores. Antes acudían a la fábrica al toque de sirena. Pero incluso quienes conservaban el trabajo, debido a lo ínfimos que eran los salarios, sólo podían vivir ahí, en tiendas agujereadas hechas con sus propias manos. Los sevillanos dieron el nombre de Estados Unidos a este refugio del hambre y la miseria sevillanos, de ese Estado particular de los miserables. Allí, en una covacha, se había refugiado después de una razzia policíaca, y allí

se reunía el comité sevillano del Partido Comunista. Allí trabajaba José Díaz.

—¿Y recuerdas Lucena? ¿Y Cinco Casas, recuerdas, José?

Él sonrió.

—Lo recuerdo. Entonces sólo comenzaba el verdadero trabajo en el campo. Qué tiempos...

Íbamos en un mismo tren de Sevilla. En un mismo tren, pero en diferentes vagones. Al entrar en la estación de Lucena, me puse a observar por la ventanilla, para no equivocarme. Todo salió bien. En la estación, saltó del tren un joven. Yo, tras él.

Era un joven moreno, o simplemente un mocito, o incluso un chaval. Hay rostros de personas al margen de la edad. No sabes si una persona así dos años atrás aún jugaba a piedrecitas con otros niños o si ella misma tiene ya tres hijos.

El joven saltó del tren y se acercó a la muchedumbre excitada y emocionada, allí reunida.

La muchedumbre de la estación de Lucena esperaba a alguien. Para alguien tenía preparado un ramo de encendidos claveles, fuertemente atados con tostada paja de trigo.

El joven se unió a la muchedumbre y en seguida el extremo vacío del andén comenzó a acrecentarse rápidamente. La gente salió de la estación. Esperaba precisamente a ese joven moreno. El ramo era para él.

La extraña procesión, después de salir del andén de Lucena, se encaminó hacia el campo, dejando a un lado la ciudad. Era extraña para unos ojos no españoles y también para los españoles. Extraña entonces, y también ahora.

Delante iban diez campesinos, vestidos con sus usados pantalones cortos de todos los días, con sus gruesas medias blancas de hilo, con abigarrados pañuelos en las cabezas. Llevaban buenos garrotes, como si limpiaran el camino, aunque enfrente no había nadie, nadie les entorpecía el paso.

Seguía luego el hombre moreno de Sevilla, rodeado de un séquito jovial, lleno de amistoso respeto.

Llevaba las flores en las manos y sonreía; a su lado, un fuerte zagalón levantaba reverentemente, bien altos, una simple hoz y un simple martillo de herrero, con el mango chamuscado.

Esto, como bandera. Pero resultaba mucho más terrible que una bandera.

Esos objetos simples, arrancados de su sitio habitual, transformados en emblema, se percibían como amenazadores símbolos.

Los campesinos no tenían aún una bandera con la hoz y el martillo. Levantaron la hoz y el martillo como bandera.

Tras las primeras filas, caminaba una muchedumbre bastante desordenada, pero compacta y, en cierto modo, organizada. Los campesinos y jornaleros españoles no habían sido instruidos a marchar en formación. El país llevaba cien años sin participar en guerras. Terminado su servicio militar, los soldados olvidaban al instante el poco adiestramiento que habían recibido en el cuartel.

Esa vez, la gente se esforzaba por marcar el paso. Esto los entretenía, y no sólo les servía de diversión, sino que, además, constituía para ellos como una tarea, aunque pequeña, seria. Querían demostrar al propagandista recién llegado que sabían marcar el paso.

Tres gendarmes, tres números de la guardia civil, se apresuraban a seguir a la muchedumbre. Los correajes color limón de su equipo con cartucheras se les ladearon, los tricornios de charol se les inclinaron sobre la nuca, los fusiles se les agitaban en distintos sentidos.

Cambiaban impresiones sobre la marcha. Había de qué hablar. A Lucena, casi abiertamente, había llegado un agitador comunista de Sevilla. Le habían recibido casi abiertamente con flores en la estación, le llevaban a intervenir en un mitin rural.

La procesión dobló desde la ancha carretera por un camino vecinal. Serpenteó por unos altozanos, entre olivos. Jornaleros semidesnudos mullían con azadas la tierra roja, seca y agrietada debajo de los olivos. Muchos de ellos, después de contemplar la columna, al oír las llamadas y las consignas, arrojaban las azadas y se sumaban a la multitud.

La procesión llevaba largo rato andando, había llegado bastante lejos. En un recodo del camino, el guardia civil de más autoridad mandó a uno de los números a la ciudad. La columna se dio cuenta de ello y aceleró el paso.

En un amplio trozo de desnuda tierra roja, empezó el mitin. Servían de tribuna dos piedras juntas. Un jornalero de la primera fila se detuvo, levantó bien altos la hoz y el martillo, en torno de él se agrupó, en círculo, la muchedumbre.

Primero habló un viejo. Lo recuerdo, un viejo fue el primero en hablar. Era un viejo pálido, alto; iba vestido con pobres ropas campesinas.

Dijo que los hombres del campo estaban cansados de sufrir. Dan sus últimas fuerzas a esta tierra maldita y ajena. No reciben, a cambio, ni siquiera la esperanza de no morir de hambre. El propietario ha adquirido un tractor y ha echado a treinta personas con sus familias sin dirigirles siquiera una mirada. Los campesinos están en la miseria y, además, cada día llegan de la ciudad gentes sin trabajo, que van por los cortijos y hacen bajar los jornales. Los pobres se hunden y al hundirse se agarran uno al otro del cuello. Lo que hace falta es otra cosa. Es necesario unirse y ayudarse. En Lucena, unos jóvenes se han adherido a los comunistas. Han hecho venir de Sevilla a este joven señor. Que hable nuestro invitado. Que nos cuente cómo es necesario luchar con provecho, como luchan los comunistas en Rusia.

El viejo se hizo a un lado, la muchedumbre se volvió hacia el mozo de Sevilla y le saludó amistosamente. El joven estaba serio, ya no se sonreía. Su rostro, su rostro bueno, su rostro de español y de obrero, joven, de mucho trabajo y mucho entendimiento, estaba tenso. El joven quiso hablar.

—¡Camaradas!

A este llamamiento respondió, de pronto, el cabo de la guardia civil. Se acercó al orador y sin amables ceremonias de ninguna clase le agarró de la manga. El propagandista se desprendió de un tirón, se volvió y quiso proseguir. El guardia no cedió:

—En nombre de la ley de defensa de la república, no te dejaré hablar.

La muchedumbre se enfureció.

—Cristóbal, viejo perro de la monarquía, ¡¿desde cuándo te has convertido en sostén de la República?! ¡Si hasta en el día de las elecciones tomaste nota de todos aquellos que, a tu juicio, no habían votado por el Borbón! ¡Y hoy otra vez nos estrangulas, ahora como republicano!

El cabo hace un signo llamando a su acompañante. El segundo civil se abre paso entre la muchedumbre y se le pone al lado. El mozo de Sevilla ya tiene el aspecto de un detenido. Cogido entre dos tricornios y dos fusiles, levanta las manos, exige silencio. En un instante todos enmudecen.

—¡Camaradas! Yo no hago caso a estos perros de presa. No los temo. No importa que pase hoy la noche en la cárcel, pero ayudadme a decir lo que quiero deciros. Dejadme decir lo que quiero. Dejadme

hablar, del principio al fin, y luego que me corten la cabeza si quieren, que me metan entre rejas y...

Las otras palabras no se oyeron ahogadas por un clamor general. La muchedumbre, casi en somnolienta inmovilidad un minuto antes, se movió cual rápida lava, separó de los guardias civiles al agitador, los hizo apartar hacia unos terrones, junto a unos agaves polvorientos.

Ahí, de pie, se quedaron los guardias civiles, desconcertados, amenazadores. La muchedumbre se olvidó de ellos. Los jornaleros, ávidos, con las pupilas dilatadas, escuchaban al comunista sevillano. Él hablaba y lo que decía, los jornaleros se lo bebían, se lo tragaban, moviendo los hombros abrumados cada vez que creían ver al orador cansado, como si se dispusiera a terminar.

El comunista sevillano decía cosas tan sencillas que hasta la cabeza daba vueltas.

Decía que es necesario arrebatar las tierras a los propietarios, esta misma tierra, tomarla, distribuirla entre ellos mismos. Y no dentro de cien años, sino ahora.

—Vosotros diréis: ¿dónde y cuándo se ha visto que los campesinos y los jornaleros hayan arrebatado la tierra a los propietarios, los hayan echado y ellos mismos se hayan convertido en dueños? Pero vosotros mismos lo sabéis: hace ya trece años que los campesinos y los obreros de Rusia arrojaron y eliminaron a sus señores, los echaron al extranjero y ellos mismos organizan su vida. Allí los tractores no dejan a los pobres sin un pedazo de pan, allí los propios campesinos piden tractores para facilitar su trabajo, y el Estado ayuda con maquinaria a todas las cooperativas campesinas, a los koljoses. La juventud campesina, muchachos y muchachas, van a estudiar a universidades, como hacen, aquí, los señores. Lleva trece años, inconmovible, la Rusia Soviética, trece años, y nosotros, aquí, por ahora lo único que hemos logrado ha sido que la guardia civil nos disperse en nombre de la república en vez de dispersarnos en nombre del rey.

En Cinco Casas, los campesinos han agarrado por el pescuezo a sus autoridades. Se presentaron a media noche en casa del alcalde, separaron de su mujer al gordo haragán y le dijeron: «Toma tu vara de alcalde y ponte tu cadena de honor.» El hombre se puso amarillo como la harina de maíz, no se atrevió a preguntar de qué se trataba. Tomó su vara de alcalde y se colgó del cuello su cadena de plata, pero no le dejaron ponerse los pantalones, y así salió a la calle, ese honora-

ble cabeza del pueblo de Cinco Casas. Luego la gente se precipitó también a la casa del jefe de la guardia civil y le dijeron: «¡Vístete el uniforme, ponte las órdenes!» También el guardia se asustó como un ratoncito y sin atreverse a protestar, se puso el uniforme y las órdenes, pero tuvo miedo de acercarse al armario y tomar las armas, porque con las mismas armas habrían acabado con él allí mismo. Salió a la calle donde se había congregado ya todo el pueblo, con el alcalde sin pantalones. A las dos sebosas tarántulas las llevaron por la calle principal, por delante de la iglesia y de la taberna, las sacaron fuera de la población. Las sacaron fuera y les dijeron: «Márchense, señores, mientras están ustedes con vida. No nos hacen falta.»

El comunista sevillano examina este caso:

—¿Obraron bien en Cinco Casas? Bien, pero no del todo. El alcalde y el guardia civil se fueron del pueblo, es cierto. Pero el caso es que volvieron a la mañana siguiente con un destacamento militar, y cuando volvieron, aquello ya no era un pueblo, sino un gallinero asustado. Los civiles con las simples manos prendieron a todos los cabecillas y, por añadidura, a un buen puñado de gente que no había intervenido en el asunto. La población no pudo luchar. Sólo tuvo fuerzas y pericia para el primer momento. Yo no digo que no hiciera falta echar a esos viles parásitos. Pero, al mismo tiempo, había que organizarse, elegir comités de jornaleros, de campesinos. Tomar la tierra y repartirla. Había que hacerse con armas y con las armas en la mano defender esta tierra. ¡Con las armas! Nosotros, comunistas, no os decimos que luchéis con los puños, sino con navajas y fusiles. Día vendrá en que nos haremos con ametralladoras y cañones; ¡lucharemos con ametralladoras y cañones!

Interrumpieron al orador con aplausos, con gritos y lanzando al aire sus sombreros de paja.

El viejo, el mismo que había abierto la reunión, volvió otra vez al centro, se subió a las piedras de la tribuna y otra vez se puso a hablar despacio, con largas pausas casi después de cada palabra.

—¡Hermanos! No os lo he dicho todo cuando he hablado por primera vez. Os he dicho que en nuestro pueblo hay algunos comunistas. Pues bien, yo soy uno de ellos. Hace ya bastante tiempo. Antes, callaba, pero ahora —el viejo eleva la voz—, ahora digo en alta voz que soy comunista, que lo oigan todos, ¡y también este mosquito de Cristóbal! Que lo oiga y que haga conmigo lo que quiera. Pero, hermanos, ¿no es una vergüenza que en nuestro pueblo haya sólo media docena

de comunistas? Cuando yo era pequeño, oí contar a los viejos de qué modo en otro tiempo nuestros paisanos pelearon contra los señores y sus lacayos. ¿Acaso ahora, cuando nuestros sufrimientos se han multiplicado, acaso ahora no iremos al Partido que sabe de qué modo es preciso agarrar por el pescuezo a nuestros verdugos?

El viejo levantó en alto una hoja limpia de papel. Con la hoja en blanco movió el ardiente y parado aire. Agitaba la hoja y exhortaba a la gente.

Por la muchedumbre se produjo una conmoción. Algo se agitó entre los campesinos, algo los atraía, algo se resistía. Algo oprimía a la muchedumbre. Algo le producía calambres. Y estos calambres eran los del parto.

En el trozo rojo de desnuda tierra, una muchedumbre de jornaleros españoles, ignaros y analfabetos, daba a luz. La muchedumbre adquiría conciencia de sí misma como clase combatiente y daba a luz un partido, paría comunistas. José Díaz, joven comunista de Sevilla, asistía al parto. El guardia Cristóbal sacó un cuaderno de notas. Uno tras otro, en ininterrumpida fila, se acercaban al canto rodado de granito las personas y, después de mirar el rostro pétreo del civil, se inclinaban sobre la hoja.

El viejo que los invitaba a inscribirse, los conocía a todos. Pero en ese momento era solemnemente formal, al puro estilo español. Era como si cumpliera un rito. Preguntaba en voz alta por el nombre, y cada uno de los que se acercaban pronunciaba el suyo en alta voz.

Cada uno de los que habían suscrito la hoja o de los que aún no se habían acercado a hacerlo, vivía febrilmente la conducta de los demás. Todos se sondeaban recíprocamente con la mirada. Bajo esta mirada, los cobardes procuraban separarse disimuladamente a un lado. Otros, con las cabezas altas, dando exageradamente empujones entre la muchedumbre, se acercaban a la tribuna. Duró largo rato la dulce prueba de la inscripción en el Partido a los ojos de la policía. Crecieron dos listas iguales: una, en la hoja del viejo; la otra, en el cuadernito del guardia civil.

Por fin, el viejo se levantó con la hoja. Dijo en voz alta:

—Ciento cuatro.

El gendarme cerró de un golpe el cuadernito. La reunión estaba descontenta.

—¡Pocos!

—No, hermanos, esto no es poco. Esto es casi una octava parte de

los que estáis aquí. De este centenar, aún cribaremos a algunos. Examinaremos cada caso, discutiremos caso por caso si podemos admitir a todos a las filas de los comunistas. Aunque sólo sean cincuenta quienes en nuestro pueblo comiencen a luchar con valentía contra los terratenientes, los usureros y los civiles, este medio centenar arrastrará tras de sí a millares y decenas de millares. Sólo que, cuidado, ¡no hay que mostrar la espalda al enemigo, no hay que traicionar a los camaradas! ¡Habéis prestado juramento —sonríe—, habéis prestado juramento de manera completamente oficial, en presencia de la guardia civil!

La procesión dio la vuelta, había adquirido ya un nuevo aspecto. Un centenar de braceros comunistas marchaban al paso tras el alto abanderado, tras el moreno joven de Sevilla. Y también la muchedumbre los seguía de otro modo. Ya no era una muchedumbre, ya era un destacamento. Un destacamento campesino, dispuesto a pelear y a vencer. Los hombres miraban las plantaciones de olivos con otros ojos; no con ojos de víctimas, sino con los importantes ojos de futuros dueños.

¿Quedan muchos con vida, de la célula que entonces se formó en Lucena? Es difícil decirlo. Ahora, en la Andalucía del sur impera el general Queipo de Llano. Pero centenares y millares de comunistas se retiraron del sur hacia Jaén, hacia Extremadura, hacia Madrid, a pelear contra el fascismo. Y más aún han sido los que se han quedado a defender su tierra. Formando ágiles y flexibles destacamentos de guerrilleros, se mueven en torno a Sevilla, e inquietan y atacan a las tropas fascistas, recuerdan a los campesinos sus esperanzas de victoria, les recuerdan que tienen derecho a esta caliente tierra andaluza de color rojo oscuro, a las plantaciones de olivos, a las casas de los terratenientes.

El joven obrero propagandista sevillano se ha convertido en el dirigente de todos los bolcheviques españoles. ¡Qué pena, que esté ahora encadenado a la cama! Pero se restablecerá, desde luego. Es necesario operarle cuanto antes... Toma de la mesita de noche un vaso y despacio, a pequeños sorbos, bebe agua. Entonces, en Lucena, no le dejaron beber...

Le acompañaron con una escolta segura hasta la estación. Le despidieron solemne y alegremente. Los gendarmes no se atrevieron ni siquiera a acercarse. En el camino de regreso, yo observaba desde otro vagón. Dos estaciones más allá, el joven bajó al andén a beber.

No había bebido en todo el día. En la tribuna del campo de Lucena no había jarros ni vasos. El muchacho que vendía el agua, tomó los diez céntimos y dio el botijo. Con el gesto habitual de un español del pueblo, el agitador levantó el botijo más arriba de la cabeza y lo inclinó para que el chorro de agua fresca cayera a la boca abierta. En ese instante le agarró por el hombro un guardia civil.

Aquel civil iba pulcramente rasurado y llevaba gafas contra el sol. Acababa de salir con una hoja en la mano de una puerta de la estación, que tenía encima el letrero «Teléfonos». Desde el otro extremo del andén, se acercaron precipitadamente aún otros dos guardias, empuñando los fusiles.

Mientras el joven presentaba sus documentos, el muchacho del botijo se fue corriendo. El joven no pudo apagar su sed. Caminando entre dos guardias, el agitador cogió de su bolsillo un pellizco de unos gruesos cigarrillos canarios y empezó a liarse un pitillo.

23 de junio

Zalka había esperado con mucha impaciencia el Congreso. Se inquietaba al pensar que quizá no podría entrevistarse con los delegados. Sentía grandes deseos de hacerlo.

—¡Naturalmente, podrán verse! ¡Qué duda cabe! Usted puede incluso invitar a alguien donde esté, en el frente, organizar una comida. Es posible que deba usted intervenir. Como si dijéramos en calidad de general español aficionado a la literatura.

—Temo que resulte un poco forzado, Mijaíl Efimovich. Mejor será que me dé un asiento en alguna parte entre el público, sin que nadie se entere, en las filas de atrás. Sencillamente, en el gallinero. A mí me basta con verlos. Es que se trata de personas a las que conozco muy bien.

Murió cuando sólo faltaban tres semanas para el Congreso.

El Congreso de los Escritores, a pesar de todo, se celebra, aunque con cierto retraso. Lograrlo, ha sido muy difícil. Los gobiernos de muchos países «no intervencionistas» dificultan el tránsito de los delegados, les niegan los pasaportes, alargan los trámites burocráticos, intimidan, disuaden, exhortan. Pero también entre los propios círculos

literarios se han encontrado quienes, denominándose de izquierda y antifascistas, se manifiestan por todos los medios contra el Congreso y la participación en el mismo.

Procuran demostrar que en España, en período de guerra, será difícil examinar seriamente las cuestiones relativas al escritor y los problemas literarios. (¿Acaso es difícil?) ¡Desde luego, no lo es tanto! En todo caso, es posible examinarlos. Que el Congreso se transformará en una plena demostración de simpatía hacia España (¿Y por qué no?). Que la empresa es en exceso pretenciosa y chillona. (No más que cualquier otro congreso o conferencia.) Que nadie ha dado nunca derecho a arrastrar a los escritores bajo el fuego, poniendo en peligro sus vidas y alarmando a sus familias. (Eso, realmente, es un argumento; pero nadie arrastra a nadie; quien hace el viaje, lo hace voluntariamente, y, en general, se tomarán todas las medidas necesarias para librar a los delegados hasta del más remoto peligro y riesgo. ¡Aquí vienen toda clase de delegaciones parlamentarias y femeninas, hasta duquesas inglesas, y nada les ha sucedido!) Que este Congreso irritará a los fascistas y la cuestión terminará con que Franco celebrará en su territorio otro congreso, con otros escritores, hasta más fino que éste. (Frente a esto, sólo cabe abrir los brazos.)

No hay ninguna empresa que no se encuentre con llorones y refractarios. Si Arquímedes hubiera hallado el punto de apoyo que le faltaba para mover el mundo, aún no lo habría logrado todo. La segunda dificultad importante habría radicado en los llorones y refractarios. Unos y otros habrían dado vueltas en torno a Arquímedes, le habrían tirado de la túnica, de los pantalones, exclamando: «¡Déjate de esta quimera! ¡No te metas en líos! ¡Te vas a derrengar! ¿A ti qué más te da? ¡Total, para qué! No somos enemigos tuyos, al contrario, te aconsejamos con el corazón en la mano, ¡déjalo, manda a paseo este asunto!»

Aragón escribe desde París que los escritores trotskistizantes van por las casas de sus colegas y procuran disuadirlos de que asistan al Congreso de España.

25 de junio

La policía republicana ha vacilado largo tiempo, indecisa, ha estado largo tiempo regateando con el ministro de Justicia, Irujo; por fin no ha aguantado más y ha comenzado a eliminar los nidos más importantes del POUM, ha detenido a los cabecillas trotskistas. Destacamentos de guardia republicana han ocupado en Barcelona varias casas y hoteles donde moraban los poumistas. Las casas han sido requisadas. En el hotelito en que se hallaba instalado el Comité Central del POUM se han encontrado muchos valores y ocho millones de pesetas en moneda. (En Barcelona, durante todo el último mes, la población ha sufrido por la falta de moneda para los cambios.) En los edificios requisados, se han izado banderas republicanas. El público se reúne ante estas banderas y aplaude.

En Valencia, la limpieza de los edificios poumistas va mucho más despacio y es mucho menos vigorosa. En esta ciudad, impiden que se haga mejor ciertas manos invisibles, si bien poderosas. Los trotskistas en seguida lo han olido, los que aún se hallaban en libertad, se han trasladado a toda prisa de Barcelona a Valencia.

En la detención de los trotskistas, ha insistido sobre todo la policía madrileña. En ella trabajan socialistas, republicanos y sin partido que, hasta ahora, consideraban la lucha contra el trotskismo asunto particular de los comunistas; de pronto se han encontrado con tales actos de los poumistas que les han revuelto las entrañas.

En Madrid se ha descubierto una nueva organización de espionaje fascista, cuyas huellas llevan también a Barcelona. Los espías detenidos poseían su emisora de radio, que, secretamente, transmitía a Franco datos acerca de la disposición y reagrupación de las tropas republicanas.

En Madrid han sido detenidos más de doscientos miembros de la organización. Entre ellos hay oficiales del Estado Mayor del frente, oficiales de artillería, de las unidades blindadas y del servicio de intendencia. La organización poseía sus agentes en la sección de información del Ministerio de la Guerra y de Marina.

En la organización de espionaje, junto con los miembros de la antigua aristocracia reaccionaria y de la Falange Española, trabajaban

los dirigentes del POUM. Aparte del trabajo de espionaje, se trataba, también, de preparar para un determinado momento una sublevación fascista armada en las calles de Madrid.

Se ha logrado capturar a los espías repentinamente. Se les han encontrado documentos que los desenmascaran. Ello ha obligado a los detenidos a confesar. A uno de los espías se le ha hallado un plano de Madrid, y en su reverso la policía ha descubierto un documento escrito con tinta simpática. Han revelado la tinta; el texto es el siguiente:

«Al Generalísimo, personalmente. Comunico: ahora estamos en condiciones de comunicarle todo lo que sabemos acerca de los desplazamientos de las unidades rojas. Los últimos datos, enviados por nuestro transmisor, demuestran la seria mejora de nuestro servicio de información.»

Sigue la parte cifrada del documento. No había modo de descifrarla. La policía vagaba en las tinieblas. El juez de instrucción ha tenido la idea de dirigirse al Estado Mayor Central. Allí se han encontrado códigos cifrados captados a los franquistas. Uno de ellos conviene con toda exactitud a la carta. La continuación de la carta dice:

«La agrupación y acumulación de fuerzas para el movimiento en la retaguardia va con cierta lentitud. Ahora tenemos unos 400 hombres dispuestos a actuar. Estando bien armados, en condiciones favorables, pueden servir como fuerza de choque para el movimiento. Su orden acerca de la infiltración de nuestros hombres en las filas de los extremistas y del POUM se cumple con éxito. Nos falta un dirigente de la propaganda que comience este trabajo independientemente de nosotros para actuar con menos riesgo. En cumplimiento de su orden, he estado en Barcelona para entrevistarme con N, miembro dirigente del POUM. Le he dado cuenta de sus indicaciones. La falta de enlace entre ustedes y él se explica por unas averías en su emisora, que empezó a funcionar de nuevo estando yo allí. Usted, probablemente, ha recibido su contestación en lo tocante al problema fundamental. N pide con la mayor insistencia a usted y a los amigos extranjeros que yo sea el único individuo que mantenga enlace con él. Me ha prometido enviar a Madrid nueva gente para activar el trabajo del POUM. Gracias a estas medidas, el POUM se convertirá en Madrid, lo mismo que en Barcelona, en un punto de apoyo real de nuestro movimiento. Los datos enviados a través de B han perdido actualidad. Dentro de poco, le comunicaremos nuevos datos. Se acelera la organización de grupos de apoyo. El problema de las operaciones organizadas en el sur permanece sin aclarar.»

27 de junio

En todos los frentes hay una calma total, sólo se observa cierta agitación en el Jarama. Los republicanos preparan un gran golpe en las inmediaciones de Madrid. Ahí se concentran las mejores unidades de choque, las divisiones de Líster, de Walter, mucha artillería y aviación. Pero la preparación aún se efectúa muy lentamente. La ofensiva empezará no antes de los primeros días de julio, si el enemigo no se adelanta.

Por la noche es imposible conciliar el sueño en Valencia. El calor no deja respirar. Por la ventana abierta penetra el escándalo de los gallos. Los valencianos, en todas las casas, se han dedicado a la cría de gallos y gallinas, los tienen en los balcones, a los que han puesto enrejados de madera; en todos los patios, se elevan de cinco a ocho pisos de gallineros. Yo voy a pasar la noche en Perelló, pueblecito de pescadores. La carretera pasa entre canales de regadío y campos de arroz; tibias emanaciones huelen a podredumbre y a malaria; flores enormes, inverosímiles, gente con grandes sombreros cónicos de paja, altos puentes semicirculares despiertan en la imaginación la idea de China, quizá la de Brasil...

Perelló se levanta al lado mismo del mar, está bañado por las tibias salpicaduras de las olas que se deshacen al chocar contra la costa, con callejuelas de casas blancas y de color, muchas de ellas cerradas a cal y canto, mientras que en las demás viven viejos, mujeres y niños.

El kulak del pueblo posee una casa de dos plantas en una encrucijada. Es el ejemplo corriente del rico de pueblo, tal como se encuentra en todo el mundo. En la planta baja, está la vivienda del dueño, dos pequeñas habitaciones; la taberna: el mostrador, barriles de vino, un hogar, mesas ennegrecidas por el hollín y la grasa; la tienda tras el mostrador, comercian la mujer y la hija, en las estanterías, alpargatas, tubos de quinqué, licores, sombreros de paja, perfumes madrileños, papel de fumar, retratos de estrellas cinematográficas. Ya no hay productos alimenticios de mayor consumo, sólo aceite de oliva del que se da un litro por persona, en cola. En el piso superior, habitaciones para los viajeros, seis habitaciones con mosquiteros. En

el patio, un depósito de maíz con la inscripción: «Garaje para los señores hospedados en el hotel.»

El dueño vaga sin cesar por la casa, de un piso a otro; es un hombre de increíble gordura, con tres nucas y tres sotabarbas, vestido con ropa de campesino, de satén negro, parecida a nuestra camisa rusa. Por el ecuador del vientre, le pasa una amplia faja de pringosa materia negra. En esta faja, su dueño lleva cerillas, velas, jabón, libros de contabilidad y llaves; podría colocar ahí un corderito entero. Ayer por la noche, cuando Soria y yo llegamos, se había perdido la llave de mi habitación. El dueño estuvo largo rato forcejeando en la cerradura, resoplaba, pues tiene asma. Luego, de súbito, se volvió y empujó levemente con su enorme trasero. La puerta saltó de sus goznes, como abatida. Soria reía estrepitosamente, todos reíamos a carcajadas, despertamos a la casa entera, y el que más reía era el propio dueño, que se sentía halagado. Desde entonces, al encontrarse con Soria o conmigo, se ríe desde lejos, recordando el caso de la noche.

De todos modos, en las habitaciones del kulak hace un calor sofocante. Dorado me ha buscado un sitio para dormir al otro lado de la calle, en casa de un chófer del pueblo, Ramón, que ahora no trabaja. Ramón es un mozo alto, pesadote, de pobladas cejas, bizco. Hace poco que se ha casado. Su padre, pescador, viudo, se ahogó en el mar el pasado invierno. Ramón vive con su joven mujer en la casita del padre. Sólo tienen un cuarto, con suelo de arcilla, el hogar y un alto montón de olorosas hierbas. Me han separado con unas esteras un rincón junto a la ventana, allí me han puesto la cama de soltero de Ramón; él duerme, con su mujer, en la gran cama del padre.

Pero ellos no duermen. Y yo tampoco puedo conciliar el sueño, por culpa de ellos. Hasta bien tarde, de madrugada, no cesan los cuchicheos y los gemidos.

—¡Ramón, mi amor! ¡Oh, qué delicia, Ramón!

—Estoy un poco cansado, Matilde.

—Ramón, sólo estás un poco cansado, ¿verdad? No te duermas, Ramón. No te dejaré dormir. Mira con qué fuerza te abrazo. ¡Duerme, Ramón! De todos modos yo no dormiré, me quedaré contemplándote, amor mío.

—Entonces, tampoco yo dormiré.

—¡Oh, Ramón! ¿No puedes dormir cuando yo estoy a tu lado? ¡Mi amor Ramón, estamos locos!, ¡¿verdad?!

Por la mañana, con movimientos pesados, aturdidos, levanta el

botijo sobre la cabeza, se echa a la garganta el chorro del agua, se aclara rostro y cuello. Matilde está sentada en la vieja y ancha cama, con las largas y delgadas piernas colgando; la veo a través de la mala esterita. Matilde tiene diecinueve años; trenza negra, pálido cuerpecito casi de niña. Pero no es a ella a quien atormentan. Es ella la que atormenta a Ramón, grande y pesadote.

Ramón se une de buen grado al desayuno que Dorado y yo traemos del automóvil. A nuestro queso, a nuestro pan y a nuestros tomates, añade un jarro de áspero vino blanco del barril paterno. Matilde casi no come nada. Escucha indiferente nuestra conversación.

—Sabemos pelear —dice Ramón—. Lo hemos demostrado. Reconózcalo: usted no esperaba que el pueblo español peleara de este modo, ¿verdad?

—¿Por qué no? Lo esperaba.

Reconózcalo: de todos modos, usted no lo esperaba, ¿eh? No lo esperaba nadie. Qué soldados, ¿eh? Qué oficiales, ¿eh? ¡Y nuestros chóferes! —Ramón se anima—. Se lo aseguro, en ninguna otra parte del mundo encontrará usted chóferes tan valientes como en nuestro país. En el frente, el chófer español resulta mejor que ningún otro. A mí como chófer, esto me resulta especialmente agradable.

—¿Cuánto años tiene usted?

—¿Yo? Veintiséis.

Sosteniendo con una mano un pote de vino y con la otra un trozo de pan, mira hacia la lejanía con mirada soñadora, orgullosa e ingenua. No comprende que es un desertor.

Los pescadores de Perelló tiran de las redes. Tiran de ellas desde lejos. Primero con una barcaza; luego, ya junto a la orilla, arrastran las redes por la arena. Esto dura mucho, mucho.

La red empieza a mostrarse en el agua azul. Pero no, la operación aún dura mucho más. Los pescadores, doce hombres, son casi todos viejos. No hablan entre sí. Sacar la red, que pesa, es bastante difícil. La pesca, probablemente, será de unos trescientos kilogramos. Los hombres tiran, tiran, y la red sigue sin verse.

Por fin aparece la red. Completamente vacía. De todos modos —ahora ya de un tamaño absurdo—, siguen arrastrándola por la arena. Los viejos, serios, hoscos, lentos, deshacen el mojado nudo. Allí se estremece kilo y medio de peces menudos, parecidos a nuestros esperinques. Eso es todo lo que ha dado a doce hombres el rico mar Mediterráneo. Por cinco horas de trabajo.

Los viejos no dicen nada. Envuelven la red a una percha de madera. Otra vez se hacen a la mar.

Digo a Dorado:

—¡Trabajar cinco horas y no pescar nada! Doce hombres.

Dorado responde:

—De todos modos ahí había casi dos kilos de pescado. Lo venderán en Valencia; en los bares lo comen, salado, como tapas, con el vermut.

—¡Para doce hombres! ¡Pero si esto no da más que unos céntimos!

—Sí, unos céntimos. ¿Qué se figuraba usted? No es cuestión de millones, el ser aquí pescador.

29 de junio

Terrible ajetreo y desorden en la preparación del Congreso. Se ocupan de ello, al mismo tiempo, dos gobiernos —el central y el catalán— y en cada uno de ellos, tres ministerios —el de Relaciones Exteriores, el de Gobernación, y el de Instrucción Pública—; además, el Ministerio de la Guerra, el comisariado general, la Alianza de Escritores y aun todos aquellos que no se sienten perezosos. Con todos ellos ha de discutir y regatear la asociación de escritores. El burocratismo, en España, es perezoso e ingenuamente enfático. La preocupación principal de los funcionarios ministeriales es encubrir a los delegados el indecente hecho de que España ahora está en guerra. Con este fin idean mil providencias y subterfugios. Ofrecen para las sesiones sitios apartados en zonas tranquilas, en palacios fuera de las ciudades, rodeados de parques. En el programa de excursiones, incluyen diversas banalidades turísticas: pesca, visitas a antiguas ruinas y estaciones prehistóricas. Yo me esfuerzo en persuadirlos de que si los delegados hubieran buscado paz y diversiones, habrían encontrado, sin duda alguna, ahora, otro país más apropiado para el Congreso. A los funcionarios esto no los convence. La idea del viaje de los delegados a Madrid los horroriza. «Pero ¿qué verán, allí? Destrucciones, una ciudad poco cuidada. ¿Qué sentido tiene para el Congreso, irse de Valencia? Aquí está el gobierno, aquí se encuentran todos los ministerios, aquí está, ahora, la capital, aquí hay todo lo que pueda interesarles...»

3 de julio

Por la mañana hemos partido al encuentro de los delegados al Congreso. En Benicarló, a orillas del mar, en la terraza de un pabellón turístico, se les ofrece una comida. Los españoles han hecho un gran esfuerzo, han preparado un menú excelente, lo han servido con gusto, han puesto a la mesa vinos exquisitos. En torno, flores, el mar azul, abundancia y engalanada hermosura de Levante. «Pero ¿dónde está la guerra? —se preguntan asombrados los huéspedes—. Esto es lirismo puro, un paraíso terrenal.»

Salen del coche y se saludan amigos y conocidos de todo el mundo. Parisinos, americanos, balcánicos, rusos. Están fatigados, pero llenos de animación. Miran ávidos a su alrededor, interrogan a los «viejos» españoles: Ludwig Renn, Ralf Beits, Ehrenburg, Nurdial Grieg, cazan detalles, escuchan celosos las conversaciones, como si temieran perder lo más importante. Unos están patéticamente excitados —Múhlenstein, González Tuñón, Vishnievski—; piden que se les dé inmediatamente un fusil o alguna otra cosa para correr en seguida a pelear. Otros perciben todo lo que les rodea con un sentido trágico —Anna Segers, André Chamson, el portugués Cortes, el inglés Spender—. Los del tercer grupo, el más equilibrado, desde sus escafandras literarias examinan despacio, como buzos, el torbellino español, haciendo acopio de provechosas impresiones. Son Tolstoi, Erik Weinert, Julien Banda, Fadieiev, Marjvitsa, Mussignac. Los del cuarto grupo, ven el Congreso y sus circunstancias sólo en el plano de un deber a cumplir, están preocupados por sus intervenciones, por el curso y orden del día de las sesiones, por los informes taquigráficos y de prensa.

Alguno de los delegados ha traído el libro de André Gide, ya su segundo libro acerca de la URSS. Lo he hojeado: eso ya son injurias y calumnias de corte abiertamente trotskista. Gide no lo disimula, cita abiertamente los nombres de trotskistas y antisoviéticos destacados que, «con mucha amabilidad», le han facilitado materiales. Y estos materiales constituyen una mezcla de recortes de periódico dogmáticamente seleccionados y de viejas anécdotas contrarrevolucionarias.

4 de julio

El Congreso ha abierto sus sesiones hoy por la mañana, oficial y solemnemente, en el salón del ayuntamiento en el que ahora se reúnen las Cortes. El jefe del gobierno, Juan Negrín, ha abierto el Congreso con unas breves palabras de bienvenida. En nombre de los escritores, le ha contestado el delegado de más edad, Martín Andersen Nex. El viejo no ha tenido bastante en cuenta la solemnidad del acto. Durante todo el camino, en automóvil, entre el polvo y el calor tropical, no se ha quitado la levita negra, la pechera bien almidonada y la corbata. En cambio, aquí, en la ceremonia oficial, se ha presentado con camisa de cuello abierto, sin corbata, mostrando el pelo crespo y blanco de su ancho pecho caduco. Los operadores cinematográficos estaban desilusionados, pero la sala ha aplaudido fervorosamente las palabras vivas y sencillas del buen viejo Nex. Negrín le ha invitado a ocupar un sitio en la mesa, y se ha ido después de ceder la presidencia del acto.

Álvarez del Vayo, miembro de la Asociación de Escritores, participó en el primer Congreso, celebrado en París, como emigrado español. Ahora ha recibido su carné de delegado, pero ha saludado a los participantes en el Congreso como comisario general de guerra.

—Nuestros combatientes de primera línea aprenden a leer y a escribir. Han prestado un juramento: que no haya ni un analfabeto entre ellos. Son vuestros aliados. Han leído en las trincheras las vibrantes palabras de Romain Rolland y de Heinrich Mann. A los fraternales llamamientos, responden con su sangre. El pueblo español quiere vencer y vencerá. Ha rechazado al enemigo ante Madrid y ante Pozoblanco.

A Álvarez del Vayo le responde brevemente, en nombre del Congreso, el presidente de la delegación soviética, Koltsov. Ovaciones dirigidas a la Unión Soviética. La sala canta la *Internacional*.

El presidente de la Alianza española, José Bergamín, habla de la cultura de su país:

—Lo que, fundamentalmente, ha de preocupar al escritor es su vínculo con las otras personas. En este vínculo se hallan las raíces de su existencia. En él radica el sentido de su vida y de su trabajo. El nexo del escritor con las demás personas se da en el tiempo y se efectúa por medio de la palabra. La palabra es frágil, y el pueblo español llama a la flor del diente de león —flor cuya vida depende de un soplo— «palabra humana». La fragilidad de las palabras humanas es indiscutible. Nuestro gran poeta Cervantes dijo de la palabra: «debe estar con un pie en los labios y con otro entre los dientes». La palabra no es sólo la materia prima con que trabajamos; es, además, nuestro nexo con el mundo. Es la afirmación de nuestra soledad y, al mismo tiempo, es la negación de nuestra unión... En la sensación de la integridad del tiempo, en la sensación del movimiento hacia adelante, en la conciencia revolucionaria de este movimiento, de este nexo del pasado con el presente y del presente con el futuro, está la afirmación del pueblo como hombre y del hombre como pueblo... Toda la literatura española de los tiempos pasados es un testimonio de los anhelos populares, de los impulsos del pueblo español, cara al futuro. Toda la riqueza de la cultura española, que siempre ha sido cultura popular, parte del nexo orgánico de los creadores de la cultura con los anhelos del pueblo... Dirigid la mirada hacia atrás, hacia las cumbres de la cultura popular española: Cervantes, Quevedo, santa Teresa, Calderón, Lope de Vega. Veréis hasta qué punto están solos y al mismo tiempo en qué medida están enraizados en la entraña del pueblo. Son voz del pueblo. Toda la literatura española ha sido escrita con la sangre del pueblo español. Lope de Vega escribió: «La sangre grita la verdad en libros mudos.» Esta misma sangre grita ahora la verdad en víctimas mudas. La sangre grita en nuestro don Quijote, en el inmortal don Quijote. Es la eterna afirmación de la vida contra la muerte. He aquí por qué nuestro pueblo, fiel a sus tradiciones humanitarias, ha aceptado el combate contra la muerte. En los inolvidables días de julio justificó con su sangre sus palabras. El pueblo español está salvando, ahora, los valores humanos —en primer lugar la fraternidad— contra el humano egoísmo.

En el mismo día de hoy, el gobierno ha agasajado al Congreso con una comida en la playa, en el restaurante de Las Arenas. Aquí todo ha sido más espontáneo, sin que, por ello, faltaran los discursos. Han hablado el ministro de Instrucción Pública, después Ludwig Renn, Tolstoi, Ehrenburg. Los escritores se han sentado mezclados con los ministros y los militares, han trabado conocimiento, han conversado y charlado. A Anna Segers le ha gustado mucho un español macizo y bondadoso, con gafas, ingenioso y alegre, que, además, habla maravillosamente el alemán. Él le daba noticia y rápidas y vivas caracterís-

ticas de los españoles sentados a la mesa. «¿Y usted, aquí, qué cargo tiene?», le ha preguntado dulcemente Anna, frunciendo sus ojos miopes. «Yo soy, aquí, el presidente del Consejo de Ministros, y hoy he hecho uso de la palabra en el Congreso», ha respondido Negrín.

Al final del banquete, ha llegado y ha sido acogida con aplausos, una parte rezagada del Congreso, venida directamente desde Barcelona. El gobierno inglés negó los pasaportes a los escritores de su país. Malraux se ofreció para trasladar sin formalismos a este grupo y a algunos emigrados alemanes a España. Ahora ha introducido, no sin efecto, a sus clientes en la sala. Entre el alborozo y los aplausos ha dicho a media voz, guiñándome un ojo como un mozalbete: «Los contrabandistas os saludan.»

Por la noche han bombardeado concienzudamente la ciudad —es posible que con motivo del Congreso—. Los delegados dormían como troncos después del viaje y de las impresiones del día. Podían haberse quedado dormidos todos. Yo he ordenado a la telefonista del Metropol que despertara en seguida a toda mi delegación y la he conducido solemnemente al sótano. Tocaban las sirenas, la artillería antiaérea disparaba sin cesar, el ruido que producía era como si desgarraran enormes trozos de tela. Se oían, a lo lejos, las sordas explosiones de las bombas. «¿Qué tal?» —he preguntado en tono de hospitalario anfitrión. Todos estaban impresionados y muy contentos. Vishnievski ha preguntado cuál es el peso de las bombas. Pero yo no lo sabía. El diablo sabe lo que pesan. Tolstoi ha dicho que lo que menos importa es el peso, lo importante es que son bombas. Con su pijama carmesí, estaba magnífico, en el sótano.

Me dormí de buen humor. A pesar de todo, este Congreso diabólico se ha celebrado, por más que hayan intrigado contra él.

Todo marcha bien.

5 de julio

Hoy han hecho uso de la palabra Julian Benda, el escritor holandés Brauer, Malcolm Kowley, el argentino González Tuñón, el mexicano Mancisidor.

Anna Segers ha hablado de los escritores alemanes que han perdido su patria y la han hallado en las trincheras de Madrid, entre los combatientes alemanes de las Brigadas Internacionales.

Tolstoi ha hablado de la libertad y de la cultura. Ha dicho:

—La humanidad no cambiará nunca la libertad del trabajo libre por los campos de trabajo del fascismo. Los mamuts y los rinocerontes, los osos de las cavernas, parecían mucho más potentes. En las cuevas pirenaicas, el genio del hombre ha dejado la representación inmortal del mundo de los monstruos por él vencido. ¿Acaso no basta ello para infundirnos un gran optimismo? Dicen que el gran arte no coincide con las épocas revolucionarias. El arte, que refleja la amargura del desencanto, el arte del ensueño, que no halla cobijo en esta vida, el arte negativo, hasta ahora parece que ha coincidido con los tiempos de calma social y política... Pero esto ha sido. Esto es algo que pertenece al pasado. El tesoro de las artes y el pensamiento humanista son nuestra herencia... Nosotros somos la generación de una gran frontera, cuando el viejo mundo, antes de desplomarse para siempre, muerde, como encarnizado lobo, a derecha e izquierda. Nosotros elaboramos el arte de la revolución, el arte del nuevo hombre. No importa que parezca inmaturo, técnicamente imperfecto, a los refinados hombres del Occidente; pero en él bulle y brota como refrescante humedad el nuevo humanismo. Y es comprensible a las masas. Es su arte. Es un arte fraterno. Y nuestros lectores, precisamente en nombre del alto concepto del «arte», han privado, por ejemplo, a un estilista como André Gide, del título de escritor del pueblo. El arte soviético es realista como la tierra bajo el brillante sol; ese arte es realista como la severa mujer que camina por el surco, heroicamente, como un guerrero que da su vida por la felicidad de su patria, optimista, como la juventud. Este arte es de todo el pueblo porque es fruto de los impulsos creadores de las masas del pueblo.

6 de julio

Formando una gran caravana, el Congreso se ha trasladado hoy de Valencia a Madrid. Por el camino, un coche en el que iban Malraux, Ehrenburg y Kellin, ha chocado con un camión de obuses. Por poco ocurre una catástrofe.

En el pueblo de Minglanilla, los delegados han comido en casas de campesinos. Ha habido enternecedoras y vivas escenas de confraternización. Al atardecer, en Madrid, en un jardín de los alrededores de la ciudad, el ayudante del general Miaja ha recibido y saludado al Congreso.

Emocionados y nerviosos, los escritores se han instalado en el vacío hotel Victoria, preparado bien que mal para esta ocasión.

Por la noche han tronado los cañones. El Congreso no ha dormido. La gente iba de una habitación a otra, aguzando el oído, inquieta. Pero los cañones que retumbaban eran los nuestros: ayer, las tropas republicanas rompieron el frente por Villanueva de la Cañada, ¡atacan a Brunete y a Quijorna! En gozoso día hemos llegado aquí.

7 de julio

Por la mañana, el Congreso ha celebrado su sesión en la sala del «Auditorio». Los madrileños han dado una lección al confuso Valencia, lo han organizado todo con muy buen sentido y eficacia. El ambiente de trabajo es aquí otro, más disciplinado, más preciso, menos oficial, más revolucionario. En los asientos destinados al público se ven muchos militares soldados y oficiales, españoles e internacionales. Los delegados buscan a sus compatriotas, conversan alegremente, les entregan regalos, cigarrillos, ropa y víveres.

Hoy han hablado René Blak, el argentino Uturburu, el chileno Romero, Willi Bredel, Vsievolod Vishnievski, Vladimir Stavski, Ludwig Renn, Nordal Grieg, Gustav Regler.

Mediada la sesión, ha entrado de súbito en la sala una delegación de las trincheras con la noticia de la toma de Brunete y con una bandera recién capturada a los fascistas. El entusiasmo ha sido indescriptible.

No veo en absoluto Madrid. Paso por sus calles corriendo en automóvil y no tengo tiempo de observar nada. ¿Ha cambiado la ciudad en estos meses?

En la sesión de la tarde, la mayor parte de los oradores han hablado en español. Por esto se ha celebrado en el enorme local del cine Goya, para que los madrileños pudieran asistir.

Ha presidido María Teresa, muy solemne y emotiva. Ha dado la palabra al jefe de una división y luego a mí.

Yo estaba nervioso, por primera vez iba a pronunciar un largo discurso en español. He dicho:

—Al venir a este Congreso, yo me preguntaba qué es esto, en esencia: ¿un Congreso de Quijotes, un rezo literario impetrando la victoria sobre el fascismo o un nuevo batallón de voluntarios internacionales con gafas? ¿Qué pueden dar y a quién, este Congreso y las discusiones de personas armadas sólo con palabras? ¿Qué pueden dar aquí, donde el metal y el fuego se han convertido en argumentos, y la muerte es la demostración básica en la discusión?

Desde los tiempos más antiguos, no bien surgió el arte del pensar expresado en la palabra, hasta nuestros días, el escritor se pregunta: ¿quién soy yo, un profeta o un payaso, el capitán o el tambor de mi generación? Las respuestas han sido siempre distintas, a veces triunfales, a veces demoledoras. En el país en que ahora nos encontramos, en España, los escritores han conocido las amarguras de la humillación y los honores supremos, para sí y para su oficio. Hay países en que a los escritores se los considera algo así como hipnotizadores. Hay un país en que los escritores participan en la dirección del Estado, como hacen, por lo demás, las cocineras y todos quienes trabajan con sus manos o con su cabeza.

Si los escritores han experimentado muchas seducciones y han cometido muchos errores en la valoración de su papel en la sociedad, ello se debe, en parte, al carácter especial de su profesión. El trabajo del literato, su producción, casi nunca es anónimo. El nombre del autor, su individualidad, aunque sea la más insignificante, sirve oficialmente de objeto de demanda para el público y constituye un elemento inseparable del juicio que merece la calidad del libro. Cuando un obrero produce, por ejemplo, cerillas, o un campesino produce trigo, puede aplicar en su trabajo toda su individualidad y todo su saber personal, toda su alma, y, pese a todo, el fruto de su trabajo será anónimo, será, simplemente, cerillas o trigo. Si un escritor produce aunque sólo sean diez líneas, aunque éstas sean incoloras, vacuas de contenido y descuidadas, las firma con su nombre, y esto se considera normal, es casi obligatorio, y cuantas menos son las líneas escritas, cuanto menos pueden éstas decir, tanto más necesaria resulta al pie la firma del autor.

Ha sido esto, en parte, lo que ha dado origen, entre los escritores

de distintas épocas y diferentes pueblos, a la falsa teoría de la «expresión», teoría que, modificando su aspecto y la terminología, siempre se ha reducido, aproximadamente, a la idea de que el escritor tiene dentro de sí, quizá en alguna parte entre el hígado y los riñones, cierta glándula misteriosa, la cual, a modo de «piedra filosofal» de los viejos alquimistas, produce de por sí una valiosa sustancia: la literatura. Según la teoría de la «expresión», la tarea del escritor estriba en hallar la mayor fuerza para interpretarse a sí mismo, para penetrar lo más hondamente posible en su interior, para defenderse contra influjos exteriores y hacer posible que la glándula milagrosa elabore su jarabe del arte.

Me inclino a creer que en esta sala, en este Congreso, no hay personas con las cuales sea necesario discutir en torno a la teoría de la «expresión». El camino de creación y de trabajo social recorrido por cada uno de los aquí presentes, antes de que le condujera aquí, al heroico Madrid antifascista del año 37, le ha librado hace tiempo de semejantes ilusiones. Nosotros nos hemos convencido hace tiempo —y lo hemos comprobado miles de veces— de que nuestros sentimientos y nuestros estados de ánimo, como escritores, no se engendran desde dentro, sino que expresan el estado de los espíritus y de los pueblos y clases, sus afanes y esperanzas, sus desilusiones y su ira.

Nuestro excelente amigo Romain Rolland ha expresado con las palabras que cito a continuación, este robusto sentimiento del nexo que se da entre el escritor y la sociedad:

«Lo nuevo, aquí, no está en que los grandes artistas —precursores— canten al sol antes de su salida, sino en que el día, al fin, se ilumina, en que se ha tendido un puente entre el sueño del arte y la acción social. Así el sueño del arte no está entretejido ya solamente de lo que se prevé, se crea a base de la vida material. Cobra vida en la realidad. En nosotros ha aparecido un nuevo sentimiento de seguridad, nunca experimentado antes. Ya no somos hombres que nos movemos en el agua. Cuando Wagner creaba su *Tristán*, no esperaba hallar nunca en Europa un público que pudiera escucharle y comprenderle, y escribía, dicen, para el público imaginario de Río de Janeiro... Los genios del arte se han visto obligados a crearse, al mismo tiempo que elaboraban sus obras avanzadas, una visión ilusoria del futuro pueblo que va a reconocer en tales obras su propia canción. Ahora este pueblo existe. Ya no estamos solos. Ya creamos conjuntamente. Aunque el papel del gran artista estribe siempre en adelantarse al estadio de su época, en ver la plenitud de lo que en el momento dado sólo apunta, el artista pertenece, con todo, al mismo siglo que las otras brigadas de trabajadores. Y todos juntos laboran según un mismo plan, como en otros tiempos los pueblos edificaban las catedrales.»

¿Cuál es, en nuestra época, la norma de conducta del escritor honrado que tiene conciencia de su nexo con la sociedad y con su clase social? ¿De qué mejor manera puede servir a los trabajadores?

¿Es necesario dar consejos al maquinista de un tren o distraer a los pasajeros para obligarlos a soportar un largo viaje? ¿O hay que saltar del vagón y empujar el tren en una cuesta empinada?

Ustedes saben que el temperamento y la sinceridad de una serie de escritores antifascistas los ha impulsado a participar de manera directa en esta lucha en calidad de voluntarios. Encerraron en el armario de su casa sus manuscritos y se fueron en seguida como soldados de las Brigadas Internacionales del Ejército Popular español. Otros han venido aquí con las buenas intenciones de mirar y escribir, pero al ver la guerra, al ver el peligro del pueblo español, han interrumpido su trabajo literario y han empuñado las armas.

Sobre esta cuestión se discute: ¿cómo ha de conducirse el escritor, en contacto con la guerra civil de España? Desde luego, tienen razón quienes sostienen que el escritor ha de luchar contra el fascismo con las armas que mejor domina, es decir, con su palabra. Byron hizo más con su vida para la liberación de toda la humanidad que con su muerte para la sola liberación de Grecia. Pero hay momentos en que el escritor —me refiero a algunos escritores— se ve obligado a convertirse él mismo en personaje activo de su obra, y no puede confiar en los héroes de ficción, ni siquiera ideados por él mismo. Sin esto, se rompe el hilo de su obra creadora, siente que sus personajes han avanzado mientras que él se ha quedado a la zaga. Pero, desde luego, los escritores han de participar en la lucha como escritores.

Para ayudar así al pueblo no es obligado, ni mucho menos, pelear en el frente ni siquiera venir a España. Cabe participar en la lucha hallándose en cualquier rincón del globo terrestre. El frente se ha extendido muy lejos. Sale de las trincheras de Madrid, atraviesa Europa entera, todo el mundo. Cruza países, aldeas y ciudades, pasa por las ruidosas salas de los mítines, serpentea calladamente por los anaqueles de las librerías. La particularidad principal de este frente de combate nunca visto en la lucha de la humanidad por la paz y la cul-

tura, estriba en que en ninguna parte encontrará ahora un lugar donde poder recluirse quien anhele paz, sosiego y neutralidad.

En el transcurso de este último mes, he visto en Europa a personas que se llaman materialistas y revolucionarios ultraizquierdistas, y que pretenden demostrar la necesidad de llegar a un compromiso con Hitler, he visto a sacerdotes católicos vascos que iban al ataque junto con las tropas de su pueblo, al lado de los comunistas, contra las legiones fascistas italianas que han recibido la bendición del Vaticano.

Republicanos, anarquistas, marxistas, católicos, simplemente, hombres sin partido, para todos hay sitio en las filas de los combatientes contra el enemigo común, el fascismo. No hay sitio tan sólo para quien quiere creer o cree en alguna posibilidad de compromiso con dicho enemigo. En este caso, por hondamente que esté escondida la idea de la capitulación o del contubernio, por complejas que sean las argumentaciones políticas, filosóficas o artísticas con que se encubre dicha idea saldrá al exterior y se desenmascarará a sí misma.

Digan cien mil palabras sobre lo que quieran, alaben, critiquen, entusiásmense, lloren, analicen, generalicen, aduzcan comparaciones geniales e impresionantes características, da lo mismo, tal es la lógica de nuestro tiempo, ¡ustedes han de decir al fascismo «sí» o «no»!

La paz entre los pueblos se ha hecho indivisible e indivisible se ha hecho la lucha por la paz de los pueblos. Para nosotros, hombres que hemos promulgado la Constitución Soviética, quedan bastante alejados el parlamentarismo americano, el francés y hasta el español. Pero consideramos que todo esto se encuentra a un lado de la línea. Al otro lado, se encuentra la tiranía hitleriana, el ambicioso afán de poder del dictador italiano, el terrorismo trotskista, la rapacidad insaciable de los militaristas japoneses, el odio de Goebels por la ciencia y la cultura, el frenesí racista de Streicher.

No hay dónde esconderse, dónde ponerse al abrigo de esa línea divisoria, ni en la primera línea de fuego ni en la más profunda retaguardia. No cabe decir: «No quiero ni lo uno ni lo otro», como tampoco puede decirse: «Yo quiero lo uno y lo otro», «Estoy contra la violencia y contra la política.» Y quien menos puede decirlo es el escritor. Cualquiera que sea el libro que escriba, trate de lo que trate, el lector penetra en él hasta las más escondidas líneas y encuentra la respuesta: «por» o «contra».

La mejor confirmación de esta verdad nos la ofrece el ejemplo de André Gide. Al publicar su libro, lleno de sucias calumnias contra la Unión Soviética, dicho autor intentaba conservar la apariencia de neutralidad y esperaba mantenerse en el círculo de escritores «izquierdistas». ¡En vano! Su libro en seguida ha llegado a los fascistas franceses y se ha convertido, junto con su autor, en su bandera fascista. Y esto es singularmente aleccionador para España dándose cuenta de las simpatías de las masas por la República española, temeroso de atraer sobre sí la ira de los lectores. André Gide, en un apartado rincón de su libro ha incluido algunas palabras confusas aprobando a la Unión Soviética por su actitud respecto a la España antifascista. Este camuflaje, sin embargo, no ha engañado a nadie. El libro ha sido impreso por entero en varios números del principal órgano de prensa franquista, *Diario de Burgos*. ¡Los suyos han reconocido al suyo!

Por esto exigimos del escritor una respuesta honrada: ¿con quién está, en qué lado del frente de lucha se encuentra? Nadie tiene derecho a dictar la línea de conducta al artista y creador. Pero quien desee ser tenido por hombre honrado no ha de permitirse pasear ora por un lado de la barricada ora por el otro lado. Esto se ha convertido en un peligro para la vida y es mortal para la reputación.

Ustedes saben que para nosotros, escritores del país soviético, el problema acerca del papel del escritor en la sociedad ha sido resuelto hace tiempo de manera totalmente distinta que en los países del capitalismo. Desde el momento en que el escritor ha dicho «sí» a su pueblo, que construye el socialismo, se convierte en un creador avanzado, con todos los derechos, de la nueva sociedad. Con sus obras influye directamente en la vida, la empuja hacia adelante y la modifica. Esto hace que nuestra posición sea elevada y honrosa, pero difícil y de responsabilidad. Nuestro escritor Sóboliev ha dicho —y en esto hay una parte de verdad— que el país soviético le da al escritor todo menos una cosa; el derecho a escribir mal. El crecimiento de nuestro lector se adelanta, a veces, al del escritor. El autor necesita poner en tensión todas sus fuerzas intelectuales y creadoras para no quedarse a la zaga de sus lectores, para no perder su confianza y, simplemente, su atención.

No cambiamos nuestra situación por otro puesto, cualquiera que sea, más cómodo. Nos enorgullecemos de nuestra responsabilidad y de las dificultades que experimentamos porque todavía nunca, en la historia, el pueblo había concedido al escritor un honor tan elevado:

con la ayuda y el concurso del Estado, educar, mediante el arte, a decenas de millones de personas, formar el alma del hombre de la sociedad libre, socialista.

... ¿Hace falta explicar la posición de los escritores soviéticos, así como la de todo nuestro pueblo, respecto a la lucha en España? Con orgullo para nuestro país, nosotros, escritores soviéticos, repetimos las palabras de Stalin: «La liberación de España de la opresión de los reaccionarios fascistas no es una causa particular de los españoles, sino la causa de toda la humanidad avanzada y progresiva.»

Nos enorgullecemos de estas palabras no sólo porque han sido, por sí mismas, el llamamiento de máxima autoridad dirigido a cuanto hay de honrado en el mundo para que se apoye al pueblo español, sino, además, porque cuando nuestro pueblo habla, no se limita a las palabras, sino que pasa a los hechos. Lo sabe nuestro país y lo sabe España.

El carácter antifascista de nuestro Congreso y la condición de quienes participan en él, nos exime de hablar a sus delegados sobre la necesidad de luchar contra el fascismo. Pero esta lucha, la defensa misma de la cultura frente a su más feroz enemigo, no se lleva a cabo aún con suficiente energía. Nuestra Asociación todavía no ha convencido a círculos suficientemente extensos de escritores, no les ha hecho ver cuán amplios son nuestra base y nuestro programa, cuán firme es nuestra decisión y nuestra energía en la lucha por la defensa de la cultura. El ataque ha sido siempre el mejor medio de defensa. La guerra civil en Rusia y la victoria de los pueblos de nuestro país, la dictadura del fascismo en Alemania e Italia, la guerra civil en España han convertido a los escritores de dichos países en luchadores y compañeros de sus pueblos en la lucha por sus libertades y su cultura. Escritores de Francia, de Inglaterra, de América del Norte y del Sur, de Escandinavia y de Checoslovaquia, miembros de nuestro congreso, preguntad a vuestros colegas y compañeros de oficio: ¿qué esperan? ¿Que el enemigo los agarre por el cuello y que en sus países ocurra lo que aquí, cuando los aparatos de bombardeo alemanes y la artillería italiana destruyen el hermoso, limpio y alegre Madrid? ¿Esperan que el enemigo obre del mismo modo contra Londres, contra Estocolmo y Praga?

Nunca olvidaré los terribles días de noviembre aquí, en Madrid, cuando escritores, artistas, sabios, y entre ellos viejos y enfermos, con sus hijos, abandonaban sus casas, sus estudios y laboratorios, se iban en camiones con tal de no caer en manos del enemigo, con tal de no entregarse a la represión de Hitler, Mussolini y Franco. Entonces, los milicianos del Quinto Regimiento, los combatientes del Ejército Popular —algunos de ellos campesinos que apenas sabían leer y escribir— con muchas atenciones y cariño los llevaron lejos del peligro como lo más valioso del país, como su reserva de oro.

Madrid se defiende contra la fiera fascista. Esta maravillosa ciudad está ensangrentada, torturada, pero está libre y hasta nos ofrece a nosotros, escritores de todo el mundo, su noble y modesta hospitalidad.

Mas, el peligro para Madrid aún no ha pasado. La mitad de España se ve hollada por las botas de los invasores fascistas. Éstos procuran ir más allá, e irán si no se les detiene. La inacción criminal y la denominada no intervención seguirán estimulando su bestial insolencia. En Hendaya, junto a la frontera española, he visto señales fronterizas de la República francesa arañadas por las balas de ametralladoras alemanas. El fascismo agarra al mundo por el cuello. Se acercan horas históricas decisivas.

¡Escritores e intelectuales honrados de todo el mundo! ¡Ocupad vuestros sitios, tocad a rebato, no escondáis vuestros rostros, decid «sí» o «no», «pro» o «contra»! ¡No os zafaréis de la respuesta! ¡Contestad, pues, cuanto antes!

Y a ti, noble y enternecedor pueblo español, ensangrentado caballero de la triste figura, a ti consagramos nuestros pensamientos y nuestras fuerzas. Estaremos a tu lado; lo mismo que tú, creemos que tu espalda, erguida ya una vez, nunca más volverá a inclinarse ante los opresores, nunca más dejarás que se apague la luz de tu libertad. En el escudo de don Quijote, Cervantes escribió: *Post tenebras spero lucem!*, «¡Después de las tinieblas, espero la luz!»

8 de julio

Por la mañana han hablado Egon Erwin Kish, María Osten, Sigward Lund, Agnia Barto, Denis Marion.

Estos últimos días, Bergamín ha tenido entre manos, sin darle descanso, el nuevo libro de André Gide. Luego ha cambiado impre-

siones con los españoles y con los sudamericanos. Al final de la sesión de esta mañana, ha pedido la palabra. Ha dicho:

«Hablo en nombre de toda la delegación española. También hablo en nombre de la delegación de América del Sur, en nombre de escritores que escriben en lengua española. Creo que hablo también en nombre de todos los escritores de España. Aquí, en Madrid, he leído el nuevo libro de André Gide sobre la URSS. Este libro, de por sí, es insignificante. Pero el hecho de que haya aparecido en los días en que los fascistas disparan sobre Madrid, le confiere, para nosotros, un significado trágico. Todos nosotros somos partidarios de la libertad de pensamiento y de crítica. Por esto luchamos. Pero el libro de André Gide no puede ser calificado como libro de crítica libre y honrada. Es un ataque injusto e indigno contra la Unión Soviética y contra los escritores soviéticos. No es una crítica, es una calumnia. Nuestros días han mostrado un gran valor: la solidaridad de las personas, la solidaridad del pueblo. Dos pueblos se hallan unidos por la solidaridad en días de durísima prueba: el pueblo ruso y el pueblo español. Pasemos en silencio ante la indigna conducta del autor de este libro. ¡Que el profundo y desdeñoso silencio de Madrid lleguen hasta André Gide y sea para él una viva lección!»

Con esto se han terminado las sesiones madrileñas del Congreso de escritores.

LIBRO CUARTO*

* De las crónicas publicadas en *Pravda* de julio a noviembre de 1937.

Desde hace veinte días se libran sin interrupción sobre Madrid y sus alrededores encarnizados combates aéreos. Los enormes recursos en aviación de los invasores fascistas se completan constantemente. Para el ejército alemán, no constituye ningún problema enviar aparatos de bombardeo al teatro español de las acciones militares. Como ha declarado un aviador alemán prisionero, vuelan directamente al territorio de Franco por encima del territorio francés.

Defendiendo a Madrid contra las hordas de los bandidos del aire, los aviadores republicanos combaten sin regatear sus fuerzas ni sus vidas. Esta noche, un caza republicano, por primera vez en plena noche, ha atacado y ha derribado en el sector de El Escorial a un Junker trimotor fascista. El aparato de bombardeo, envuelto en llamas que ardían en medio de las tinieblas de la noche, ha caído al suelo en el dispositivo de los republicanos. Hoy, por la mañana, se han encontrado sus restos y tres cadáveres de aviadores alemanes. El heroico aviador, Carlos Castejón, ha sido ascendido a capitán por su hazaña.

Esta mañana, la artillería antiaérea ha derribado cerca de Villanueva de la Cañada otro Junker. Su tripulación también ha perecido.

Los fascistas han respondido con un nuevo y feroz bombardeo de las aldeas de Cañada y Quijorna, en el que han participado cuarenta aparatos de bombardeo y cuarenta cazas. En un nuevo combate aéreo, los republicanos han derribado dos Fiats. En otro encuentro, un aparato de bombardeo ligero republicano ha logrado incendiar y derribar a un caza.

En la segunda mitad del día, los fascistas, después de un intervalo, han reanudado su bombardeo sobre Madrid con artillería pesada. Esta vez han elegido como blanco el barrio obrero de Cuatro Caminos. Ahí no hay absolutamente ningún objetivo militar, pero sí hay mucha carne para los cañones, mucha gente pobre, en su mayor parte viejos, mujeres y niños, que viven apretados en lamentables y frágiles casitas. Ahora, sobre Cuatro Caminos se elevan columnas de humo. Los obuses estallan sin interrupción. Las ambulancias se llevan de las estrechas calles cuerpos ensangrentados, muertos y medio vivos.

En el frente de Madrid hay relativa calma. En cambio, los fascistas han vuelto a dirigir el fuego directamente sobre la ciudad. Hoy, por la noche, su artillería ha disparado como no lo había hecho durante dos meses por lo menos. Desde la medianoche hasta las dos y media de la madrugada he contado más de doscientas cincuenta explosiones, esta vez en el centro de la ciudad. Muchas veces los disparos de la artillería se hacían simultáneamente; el número de obuses dirigidos a la ciudad puede ser fijado en cuatrocientos. Nunca los artilleros habían tenido ante sí un blanco tan enorme y favorable como en España en el año 1937. Disparen como disparen, siempre dan en alguna casa... Un obús ha estallado muy cerca de la nuestra, varias ventanas han salido volando; por la mañana, las imperturbables mujeres de la limpieza madrileñas han recogido los cascotes del estucado poco firme.

En los hospitales y depósitos de cadáveres de Madrid, hay un nuevo centenar de heridos y muertos. Víctimas inocentes, han dado su sangre y su vida sólo porque se han atrevido a vivir y respirar en el Madrid republicano antifascista. Hay también algunos que se han salvado por milagro. He hablado con la numerosa familia de un conductor de tranvías la cual ha quedado cubierta, mientras dormía, por los ladrillos que caían desde arriba. En los tres pisos superiores, estalló un obús de cañón de ciento setenta y cinco milímetros. Cuando los miembros de esta familia, compuesta de nueve personas, han salido de los escombros, se ha visto que todos habían quedado vivos e ilesos, incluso un niño de pecho.

En una de las calles centrales, cinco explosiones han desfigurado un gran edificio cubierto de banderas inglesas. ¡Qué incorrectos, esos obuses!

No hace mucho vieron la película *Golpe por golpe* —maniobras en Bielorrusia— y cambiaron impresiones muy tumultuosamente.

—¡No te digo nada!

—¡Allí deberíamos de ir nosotros, donde los tanquistas soviéticos, a ver y aprender!

—¡Y qué terreno!

Explican filosóficamente y con sentido del humor:

—Se diga lo que se quiera, pero nosotros, tanquistas españoles, luchamos en condiciones difíciles. Aquí todo es antitanque. El terreno, el clima, los cañones y la gente.

Es difícil discutírselo. Seguramente no se encontraría en ninguna parte un relieve tan poco propicio para la actuación de los tanques. Bien estaría que se tratase de auténticas montañas, en este caso no habría de qué hablar. El tanque no está obligado a subir por una pared y basta. Pero aquí, sobre todo en el frente del centro, el terreno es rocoso —ondulado—, boscoso y demás. Se encuentra un valle de medio kilómetro; luego, el valle se estrecha formando un desfiladero como una rendija; después, se abre un campo dilatado, llano, pero entrar en ese campo tampoco es cosa fácil: hay que dar vueltas por las laderas y descensos a la vista del enemigo. Luego se presenta en seguida otra pendiente que ni siquiera es muy alta, pero sí terriblemente empinada. Mientras la doblas, ofreces al enemigo toda la barriga del tanque. No hay que abrir muchos fosos antitanque. La naturaleza los ha excavado con gran abundancia, como no habría podido hacerlo ninguna unidad de zapadores. El conductor ha de hacer gala de un extraordinario arte y aun de mayor paciencia.

El clima de España es de lo más antitanque. De esto se ha escrito mucho en la prensa europea y distinguidos especialistas militares presagiaban que desde comienzos del verano a este lado de los Pirineos se interrumpirían por completo las acciones de los tanques. Se aducía como ejemplo Abisinia, donde con la llegada del calor, los tanques dejaron de funcionar: no lo resistían ni las personas ni las máquinas. Aquí resisten personas y máquinas. ¡Pero lo que ello cuesta! La temperatura en el tanque, cuando está en marcha, se eleva hasta

los sesenta y cinco grados; la del aceite, ¡hasta los ciento *cinco!* Y a pesar de todo, el mecanismo trabaja sin fallos y los hombres en las máquinas atacan las líneas fascistas, las rompen, llegan hasta las posiciones de fuego y las liquidan. Y téngase en cuenta que la simple conducción del tanque, la simple permanencia en ese sofocante aire metálico, candente, es ya un acto digno de admiración.

Mi interlocutor cuenta:

—Hablando con sinceridad, una vez, de todos modos, no lo soportamos. Sentimos que, un poco más y nos desmayamos, pues, la verdad, no se podía respirar. Lo experimentamos todos, pero individualmente. Y para que lo sintiéramos a la vez, hacía falta que lo dijera el comandante. Y he aquí que, después de haber disparado una dotación de municiones, el jefe dice: «Vámonos a repostar de aire.» Nos apartamos unos ochocientos metros, bajo un olivo, salimos del tanque y venga a respirar. ¡Pero cómo respirábamos! En mi vida había respirado de aquel modo. Respirábamos, en verdad espléndidamente. Cerca de nosotros, a muy poca distancia, cayeron dos obuses, pero ello no influyó para nada en nuestra respiración. Luego, de vuelta, ocupamos nuestro lugar y volvimos al combate. Claro, perdimos en aquello dieciocho minutos, pero, se lo aseguro, el resultado fue de todos modos muy útil...

La artillería antitanque no constituye, desde luego, en lo más mínimo, una peculiaridad española. Pero es, precisamente, en la campaña española donde este tipo de arma ha aparecido por primera vez. Pequeños cañones casi del todo imperceptibles para la aviación y las tropas de tierra, transportables con mucha facilidad hasta las líneas más avanzadas, saben clavar sus aguijones dolorosamente. Ponerse al abrigo de esta artillería es difícil, sobre todo en las condiciones que ofrece el relieve español. Uno de los recursos de lucha más eficientes contra el cañón antitanque, según ha demostrado la experiencia de combate, es que una máquina atraiga sobre sí el fuego de los cañones y los otros dos tanques, con ayuda de la infantería o sin ella, tomen como en tenaza, desde dos partes, los cañones antitanques, disparen contra ellos y los aniquilen.

En el transcurso de algunos meses, los tanquistas republicanos de España han experimentado sobre sí toda la suma de los recursos de fuego antitanque de que dispone hoy la técnica militar.

—¿Y qué efecto les producen los ataques de la aviación?

—Por suerte, casi no nos producen ningún efecto. Las tres cuartas partes del miedo que provoca a los soldados en el combate, para nosotros no existen. A la aviación no la vemos, y cuando nuestro motor está en marcha, no la oímos. Los cascotes de las bombas no atraviesan nuestro blindaje. La bomba en sí, naturalmente, hace daño, mas para esto primero ha de hacer blanco, lo cual, en toda la guerra, ha sucedido sólo una o dos veces. Con frecuencia nos atacan cazas fascistas. Notas que por la tapa de hierro parece como si cayera granizo. En general, esto resulta perfectamente aceptable...

Durante largo tiempo, los tanquistas, en son de broma, también denominaron antitanque a su propia infantería: no había modo de coordinar la acción con ella. En los ataques, las unidades de infantería a menudo se rezagaban, no era raro que llegaran incluso a perder de vista el tanque. No sabían fortificarse en los lugares donde los tanques habían abierto brecha, no comprendían el sentido de la movilidad y de la capacidad de maniobra de la máquina, y la entendían sólo como batería que iba con ella, con la infantería: a donde iba la máquina, allí debían ir los infantes. Si una sección de tanques o incluso una sola máquina volvía a la retaguardia para repostar gasolina o municiones, se tomaba eso por una retirada, y la infantería marchaba animosa siguiendo al tanque, hacia atrás. El tanque repostaba, y la infantería otra vez le seguía animosa hacia adelante...

Ahora la situación ha cambiado, si no totalmente, por lo menos de manera radical. En los combates y en los ejercicios tácticos, cuando hay un respiro, infantes y tanquistas se han hablado y se han comprendido. Ahora, en las operaciones de tanques, la infantería a menudo va pegada a las máquinas.

Los tanquistas hablan de sus preocupaciones y necesidades medio en broma, como si se tratara de las diversiones más inocentes. En realidad, estos héroes han vivido decenas y centenares de horas de peligro mortal. Después de penetrar en la profundidad del dispositivo fascista, con el riesgo de quedar cercados a cada instante o simplemente de atascarse en algún obstáculo natural, embotellados en su caja metálica, los tanquistas regresan a su punto de partida sanos y salvos (por desgracia no siempre) sólo merced a su valentía sin límites, a su sangre fría y a su ingenio. Hay momentos en cada combate en que al soldado o al jefe no pueden acudirle en ayuda ni las instrucciones ni las indicaciones ni los reglamentos ni las enseñanzas. Son, sólo, el propio arrojo y entendimiento lo único que pueden asegurar el éxito del ataque o sacar al combatiente, a sus camaradas o a la má-

quina, de un mal paso. Y en estos momentos, se muestra la naturaleza del hombre, su fidelidad a la causa por la que lucha, su educación revolucionaria.

Se han distinguido muy brillantemente los tanquistas republicanos, en un aspecto, al parecer secundario, como es el de sacar y restablecer las máquinas que quedan fuera de combate. Combatientes y jefes valoran y tienen en mucha estima su parte material, sus preciosas máquinas, creadas con tanto trabajo en las condiciones de la guerra y del bloqueo fascista. Si en el campo de batalla se atasca un tanque o queda averiado por el fuego de artillería, los combatientes se esfuerzan por sacarlo, cueste lo que cueste. El enemigo mantiene bajo su puntería, inmediatamente, todo tanque que se para. Por esto el mejor tiempo para sacarlo es, desde luego, el atardecer o la noche. Los tanquistas tienen un grupo permanente de cazadores. Éstos se arrastran imperceptiblemente desde centenares de metros hasta el tanque. Colocan la cadena que ha saltado, reparan, a ser posible sin hacer ruido, la avería del motor, otros en seguida empuñan el cañón o la ametralladora para responder al fuego del enemigo en el momento en que el tanque regresa.

Pero no siempre es posible esperar a que llegue la noche para efectuar esta operación. Y entonces, arriesgándose diez veces más, los tanquistas se arrastran hacia el tanque en pleno día. A veces, después de invertir horas enteras en su lento avance, logran penetrar en la máquina, y entonces el lagarto de acero totalmente muerto por su aspecto, de súbito revive. Los fascistas le acribillan furiosamente, pero el tanque, respondiendo, llega hasta sus líneas para lanzarse de nuevo al ataque, al día siguiente, después de la reparación.

El pueblo español, su ejército, respetan y quieren a sus tanquistas, estiman en mucho su trabajo, atormentadoramente difícil y heroicamente arrojado. Con todo, los tanquistas son más modestos que la modestia. Es probable que la tensión misma, la seriedad y la dureza habitual de la lucha, eche a un lado todo pensamiento de afectación, el griterío y la jactancia. Cuando esos días habituales quedan interrumpidos por raros días de descanso entre las operaciones, los tanquistas se alegran y divierten con modestia y sencillez, como niños.

En un prado, bajo plátanos enormes, ante largas mesas, están cenando parlanchines y alegres. Muchos de los combatientes tienen sus pupilos gorrones. El de uno es un gato, el de otro es un conejo, el de un tercero es un perro de impresionantes dimensiones. La amistad queda consagrada por el peligro. Los cuadrúpedos educados viajan junto con los tanquistas en las máquinas y los acompañan al combate. Después de la cena, se organiza una competición en cantos y danzas. Las donosas cancioncitas madrileñas alternan con el impetuoso bolero andaluz y con la vigorosa y rauda jota aragonesa. En esta armonía animosa e indestructible de las audaces voces juveniles, se percibe la condena indiscutible, irrevocable y aniquiladora del enemigo, que no podrá escapar a su perdición, más tarde o más temprano.

19 de agosto

Se ha dado un nuevo e importante paso en el camino de la unión de la clase obrera y de todos los trabajadores de España. Se ha firmado y publicado un importantísimo documento político: el programa de acción conjunta entre los partidos Socialista y Comunista. El documento ha sido elaborado por el comité nacional de enlace entre ambos partidos.

El primer punto del programa común reclama que se intensifique la capacidad combativa del Ejército Popular republicano, que se establezca una disciplina de hierro, que se efectúe una enérgica limpieza en el ejército y se expulse a los elementos hostiles, que se ayude práctica y moralmente a los comisarios de guerra, que se organice la instrucción militar de los jóvenes antes de que entren en quintas y que se creen potentes reservas de tropas.

En los siguientes puntos, el programa exige la nacionalización de la industria de guerra, que se ponga orden en el transporte automóvil y ferroviario, que se creen unidades de zapadores y antiaéreas modelo en el frente y en la retaguardia.

El sexto punto señala la necesidad de luchar ahora mismo, durante la guerra, por el mejoramiento de las condiciones del trabajo y de la existencia del proletariado urbano y rural.

Respecto a los campesinos, el programa preconiza la observación de los derechos tanto de los labradores individuales como de las colectividades agrícolas, teniendo en cuenta que la elección del sistema de trabajo ha de ser por entero voluntaria.

El programa exige que se luche con toda decisión para sanear la retaguardia republicana limpiándola de espías, provocadores, saboteadores y enemigos del pueblo.

Varios puntos del programa están consagrados a la consolidación del Frente Popular y a la unidad de las organizaciones sindicales y juveniles.

En el punto dedicado a la unidad internacional, los dos partidos declaran que lucharán por la acción conjunta con el fin de que, en último término, dicha lucha conduzca a la unificación de las Internacionales, lo cual constituye la más sólida garantía de la paz y de las conquistas revolucionarias de los trabajadores.

El punto decimosexto del programa conjunto indica que los pueblos de la Unión Soviética prestan ayuda al movimiento obrero internacional, en particular a España. La política de paz de la URSS, dirigida al bien de toda la humanidad, le ha conquistado el cariño de todos los auténticos españoles que ven en la Unión Soviética al luchador más fiel contra el fascismo internacional y por la democracia, por la libertad de todos los pueblos. De ahí que los partidos Socialista y Comunista de España consideren que la defensa de la Unión Soviética, del país del socialismo, es un deber sacrosanto no ya de socialistas y comunistas, sino de todos los antifascistas honrados. Ambos partidos lucharán con toda energía contra los enemigos de la URSS, los desenmascararán públicamente y obstaculizarán sus viles campañas antisoviéticas, francas o encubiertas.

Las fracciones parlamentarias, sindicales y demás, de ambos partidos, los comités provinciales deberán actuar, desde ahora, de común acuerdo al dar vida al nuevo programa.

El comité de enlace prosigue con actividad su trabajo y ha tomado ya medidas prácticas para cumplir el programa elaborado.

El nuevo programa será acogido con gran alegría por todos los trabajadores de España. Sólo encontrará la oposición del grupo de Largo Caballero, quien procura con todas sus fuerzas obstaculizar la política de unidad de las masas trabajadoras, y, desde luego, actúa en favor de su enemigo más encarnizado: el fascismo. Pero las maniobras de los caballeristas están condenadas al fracaso desde hace ya mucho tiempo.

Amplios círculos del Partido Socialista español apoyan a su Comité Nacional en su tendencia a unirse con el Partido Comunista.

24 de agosto

Es necesario asaltar y conquistar el sector fortificado de Quinto. Ésta es la misión de combate de la división N. De su cumplimiento dependen muchas cosas. Sin dominar Quinto, no es posible acercarse a las proximidades de Zaragoza y batir esta ciudad, que se considera fuera de todo peligro hace ya diez meses de los trece de guerra civil.

Después de un enorme intervalo, se ha alterado la calma en las desérticas extensiones de Aragón. De nuevo resuenan los disparos, otra vez van por los caminos soldados blancos de polvo, con los rostros acarminados por el sol, de nuevo son arrastrados cañones y pasan furgones sanitarios con heridos.

Aquí es difícil combatir. Ásperas elevaciones arenosas, a veces como montañas. En esas elevaciones, la hierba queda requemada, más descolorida que un estropajo. Y eso es todo. Ni un árbol, ni un arbusto, nada que salve del calor. No hay agua. La traen aquí en cisternas, de un riachuelo repulsivo, caliente y turbio, a veinte kilómetros de distancia. La teñimos con vino, pero el vino no puede disimular todos los desagradables resabios, salados y terrosos. ¡Pero al diablo con ellos, con los resabios! Que hubiera por lo menos un sorbo de esta agua cuando todo ha quedado reseco, dentro y fuera, cuando todos los poros del cuerpo están llenos de arena. Esta caliente capa de arena se mete por la nariz, la garganta y las orejas; te frotas los ojos con los dedos sucios, los ojos se irritan, el sol los cauteriza y todo cuanto ves se ofrece con manchas anaranjadas y violáceas.

Todos envidian a la Brigada N: la han mandado de noche a forzar el río Ebro, vadeándolo. ¡De noche, a vado! Esto significa que habrá frescor, que habrá agua, ¡agua hasta el cuello! Se ha aclarado también que los zapadores tienen tiempo de tender un puente. Lo han tendido. Pero ningún infante lo ha utilizado. Por el puente han pasado los cañones y demás impedimenta de guerra. Pero toda la brigada, incluidos sus jefes, ha vadeado el río con gran satisfacción.

Por la noche, de no pasar el río a vado, no se nota alivio. Para dormir es necesario tumbarse en la manta directamente sobre el polvo. El cansancio hace indiferente a todo. Pero cuando llega el sueño, empieza lo más infame. Enormes mosquitos rabiosos pican el cuello, la

nariz y los tobillos, donde les parece más sabroso. Envidias a los que están en las tiendas, aunque allí el aire es sofocante, teclean las máquinas de escribir, hay hombres, bañados en sudor, que gritan por el teléfono de campaña.

En esta noche nadie puede dormir. El combate se inicia inmediatamente después de la marcha, las unidades apenas tienen tiempo de situarse en las posiciones de partida. A algunas no les quedan ni una hora o dos para descansar antes del ataque.

Una luna inmensa, irreal, alumbra sobre las pálidas colinas. Las columnas en marcha levantan nubes de polvo que, poco a poco, se mezclan. ¡Qué lugar más apartado, cuánto vacío y silencio en torno! ¿Es posible que no nos encontremos en África, en el Asia central, es posible que estemos en la Europa occidental, a tres horas de vuelo de París?

Amanece antes de la preparación artillera. Quinto se encuentra frente a nosotros mismos a dos kilómetros y medio, en una meseta, como en una escena. En el primer plano, el tercer grupo de fortificaciones: amplios fortines de cemento con dos filas de troneras abiertas en duro asperón. Entre estas filas, un grupo de casas; después, las largas paredes de piedra del cementerio y una iglesia medieval, con un alto campanario. Detrás, en las colinas, aún otras dos hileras de fortificaciones. Todo esto domina una gran llanura, desde la que atacan los republicanos. Todo movimiento, todo mecanismo suelto y cada hombre son perceptibles a simple vista.

Los cañones, desde nuestra espalda, hacen los primeros disparos. Delante empiezan a hervir las columnas de humo, negras y blancas, de las explosiones.

El sol comienza a calentar los montículos. Fatigosa espera. Quinto calla. Aún no ha respondido con un solo disparo.

Por fin, el ruido de los obuses se hace ininterrumpido. Los obuses caen en torno a los fortines, en el cementerio, cerca de la iglesia. Todo el poblado y las fortificaciones quedan envueltos por el humo. Éste es el momento del ataque a las trincheras. Pero ha sucedido una cosa desagradable. La brigada que daba la vuelta por el flanco izquierdo, ha quedado con un batallón prendido en una finca fortificada. Resulta que ahí había un cañón y varias ametralladoras. Ha sido necesario rodear la finca, se ha entablado un fuerte tiroteo. En los muros de piedra de la casa de dos plantas chocan como granizo y rebotan las balas. Llevan a la ciudad a algunos heridos.

Ha transcurrido más de media hora. El humo sobre Quinto se ha desvanecido hace rato. La pausa queda interrumpida por el vuelo de la aviación. Cinco aparatos republicanos de bombardeo, ligeros, descargan sus bombas sobre los fortines. Luego llega desde el suroeste un destacamento de cazas para cubrir la caballería republicana y la columna motorizada que cumplen la otra parte de la operación.

Después del mediodía, se desarrolla un pequeño episodio. Desde la retaguardia avanza por la llanura un camión con un remolque. Sin apresurarse mucho, salta tranquilamente por los terrones y se va aproximando a las líneas avanzadas. Al principio nadie se fija en él. Luego todo el mundo empieza a mirarlo. En el camión, una pieza de artillería; en el remolque, obuses.

Mirando con los gemelos, reconocemos este sorprendente combinado de la batería Tählmann: un viejo cañón del setenta y cinco del siglo XIX tomado del museo —sí, sí, del Museo Histórico militar de Madrid— al principio de la guerra civil. Ahora los republicanos tienen buena artillería, moderna. Pero los jóvenes artilleros franceses no quieren separarse de su viejo. Han pedido conservar el cañón en combate mientras no se venga abajo.

El camión sigue avanzando más y más. Todos esperan, sorprendidos, a ver hasta dónde llegará aún. Los fascistas también esperan —por lo visto, quieren achicharrar a los insolentes de un solo disparo—. Del camión se apartan dos figuras. Hacen un reconocimiento, luego regresan. El camión se para en un montículo —ahora ya se encuentra a unos quinientos metros delante de la vanguardia de infantería— y la venerable pieza de artillería empieza a disparar furiosamente en tiro directo contra las troneras de los fortines fascistas.

Las baterías de Quinto abren un fuego diabólico contra el viejo cañón y sus jóvenes servidores, de un arrojo sin límites. Cada varios segundos desaparece de nuestra vista envuelta en una columna de humo y el corazón se contrae de dolor. Pero al instante entre el humo de nuevo brilla la llama ¡«Tählmann» responde!

Cuarenta minutos dura este duelo estremecedor. El cañón dispara toda su dotación de municiones: 120 obuses. Sus últimos disparos se hunden en el estrépito de las baterías republicanas. El tercer potente ataque de fuego —y último— sume a Quinto en el humo y el polvo.

La infantería no tarda. Los combatientes se levantan del suelo y con las bayonetas caladas, con granadas de mano, se lanzan sobre la

primera línea de trincheras. Durante algunos minutos los fascistas siegan con fuego de ametralladora. Pero por detrás, sobre la cresta de las colinas, también aparecen hombres: es otra brigada republicana, la que vadeó el río y corta la retirada a los fascistas.

Los cañones de los facciosos enmudecen. Hay un desordenado tiroteo, estallan las granadas de mano. Los reductos han quedado vacíos.

Los republicanos entran en ellos y lo encuentran todo abandonado en medio del pánico: ametralladoras, bolsas de cartuchos, hasta gorras, periódicos zaragozanos de ayer, abanicos de papel con el retrato de Franco, cadáveres y algunos heridos. A uno, un obús le ha arrancado un brazo. El soldado se cubre la herida con un trapo para ponerla a salvo de las moscas y pide agua. En las zanjas de comunicación, hay montones de documentos rotos y boinas escarlata de los requetés.

Junto a las baterías, están atareados dos jóvenes con los cabellos blancos de polvo. Son franceses: el capitán Carré-Gaston y el teniente Samuel quienes, junto con un grupo de seis jóvenes comunistas, franceses y belgas, tan heroicamente han atacado a Quinto con el viejo cañón. Están entusiasmados con los trofeos. Los cañones abandonados por los fascistas se encuentran en perfecto estado y con reserva de municiones.

El pueblo se ha tomado, pero aún no ha quedado limpio de enemigos. Varios centenares de fascistas se han encerrado con ametralladoras en la iglesia. Los demás, se esconden por las casas. En las callejuelas hay tiroteo. El jefe de la unidad sanitaria ha venido en la primera ambulancia. Hace entrar el vehículo en la plaza de la iglesia, sale para recoger a los heridos y una bala en la sien, disparada desde el campanario, le deja muerto en el acto. Colocan el cadáver en la ambulancia.

En el ataque han muerto ocho jefes y comisarios republicanos, unos sesenta soldados. Con algunos de ellos he hablado por la noche al comenzar a escribir estas líneas; ahora no están entre los vivos. Los fascistas han perdido quinientos hombres.

Pero la vida triunfa sobre la muerte. Por las calles avanza una multitud de refugiados. Los fascistas han evacuado sólo a la población en condiciones de luchar. A los viejos, a las mujeres y a los niños los han dejado bajo el fuego. Ahora se los manda a la retaguardia republicana, por si los fascistas contraatacan o bombardean. Los soldados, cansados, polvorientos, galantean a las mozas.

Por la calle principal conducen un enorme rebaño de ganado. También él ha sido hecho prisionero.

Luego, entre el tiroteo, entre los lamentos de los heridos, se oye, de súbito un increíble y alegre ruido, griterío y risas. ¿Qué ha ocurrido? Han encontrado un pozo, un verdadero pozo, con agua, y al instante se ha formado allí una larga y vocinglera cola de soldados. Alguien ya ha tomado providencias: se llenan las cantimploras, el agua no se lleva en cubos, pues no bastaría para todos, y primero hay que dar a probar el agua a una oveja, por si está envenenada.

La oveja bebe y no le pasa nada, el agua es buena, no está envenenada. No han tenido tiempo de envenenarla.

Desciende la noche. Aquí, es posible dormir.

31 de agosto

Hoy el día es caluroso y sofocante como pocos. Pero durante el día, no hay dónde tumbarse: la sombra más próxima es la de un solo olivo y luego, a muchos kilómetros de distancia, un sotito polvoriento en el que se ha escondido la reserva de tanques. No se debe estar tumbado: sería la manera más segura de sufrir un ataque de insolación. No hay tiempo de estar tumbado, pues desde la mañana otra vez se lucha y, en torno, todo está en el combate, todo participa en él, todo influye en él y de él depende.

Durante estos días, el ejército, aunque con lentitud, ha atacado sin cesar. Después de Quinto, han sido tomadas las poblaciones de Mediana, Codo, Puebla de Albertón, Ermita y Castillo de Banastro. Todo esto no son sólo pueblecitos, sino auténticas fortificaciones pequeñas, con defensas en círculo, con excelentes reductos de cemento y cemento armado, sistema alemán, con fortines y refugios, con artillería, morteros y ametralladoras. Todo ello, en su conjunto, constituye un fuerte cinturón fortificado que cubre a los fascistas en el frente de Aragón. La pasividad de las unidades republicanas de Cataluña durante casi un año entero ha permitido a los fascistas fortificarse aquí tan sólidamente.

Mediana y Codo están por completo desiertos. Aquí, los republicanos no han hecho ni un solo prisionero. Las unidades fascistas que han sobrevivido, se han unido a la guarnición de Belchite. Allí han lle-

vado también a todos los jóvenes campesinos, movilizados a la fuerza. Los viejos, las mujeres y los niños se han dispersado.

Codo está desierto, como encantado. En calles y patios, ni una alma. Por las terrazas de la colina se apelotonan casas de uno y dos pisos, edificadas con piedra gris. En las plantas bajas, hay amontonados sacos de trigo, enormes tinas de aceite de oliva; en las casas de los ricachones, cuelgan de los techos jamones ahumados. La vajilla en las alacenas, la ropa en los armarios, flores aún no marchitas en un jarro, periódicos zaragozanos del 28 de agosto; la huida de este lugar ha sido repentina y trágica. Corretean fatigadas gallinas; el comisario ha dado la orden de no tocarlas, pero ahora no hay quien pueda ocuparse de darles de beber. Las puertas de la iglesia están abiertas de par en par, en el altar arden las lámparas, yacen las vestiduras sacerdotales, está abierto el sagrario. En un cesto de cañas, velas clasificadas. En un platito, han quedado monedas de cobre. Y al lado mismo, sobres con dibujos religiosos: Cristo bendice un rebaño de ovejas. Si se cierra el sobre, la cabeza de Franco impresa en la lengua del sobre cubre la cabeza de Cristo y se le aloja cómodamente en el cuello...

En la comandancia militar, cajas de cartuchos, retratos de generales sobre la mesa, listas de campesinos con anotaciones: «ex anarquista», «ex socialista», «la mujer, en Murcia». En la plaza, un cartel de la Falange fascista, precipitadamente rasgado por alguno de los soldados que han pasado por aquí corriendo.

No es posible permanecer en este lugar, dan náuseas: el viento difunde el terrible hedor de los cadáveres, que cubren toda la pendiente de la montaña y el extremo del poblado. He ahí un moro enorme, brazos y piernas extendidos. A su alrededor, dispersadas por el suelo vainas de cartuchos disparados; lleva la guerrera abierta y en el negro e hinchado pecho, una gran mancha de sangre. Y otros cuatro cuerpos entecos yacen de espaldas, con las nucas deshechas. Les ha pegado un tiro su propio oficial...

Desde la inmediata hilera de colinas, a través de una hondonada, la Brigada N ataca los fortines avanzados de Belchite. Uno de ellos ha caído hoy al amanecer —se ha entregado él mismo—. El sargento ha dado muerte a su oficial y junto con cuarenta soldados se ha pasado al lado de la República. Ahora está sentado en una trincherita, entre el jefe de la brigada y el jefe de artillería, fuma y señala los objetivos.

Todo el peso del ataque ha recaído en este flanco, el izquierdo. Por el otro lado, desde detrás de la estación, dos brigadas locales, formadas por aragoneses, actúan con muy poco empuje, y se pasan la mayor parte del tiempo discutiendo con los tanques sobre cómo atacar y quién ha de atacar primero. Cuando los tanques abrieron enérgico fuego contra la estación, los soldados de estas brigadas se agruparon junto a las máquinas y se pusieron a aplaudir llenos de entusiasmo. Pero no han ido al ataque y han esperado a que la artillería de Belchite disparara contra los grupos y matara a varios hombres.

Por la izquierda atacan los madrileños, con mucha valentía, si bien aún con no mucha pericia. Corren hacia adelante de cuerpo entero, inclinando sólo ligeramente la cabeza, y se burlan de los que bajo el fuego se arrastran como si fueran unos cobardes. En cambio, si el fuego siega a varios hombres, todo el grupo se detiene y se ha acabado el ataque, es necesario volver a comenzar desde el principio después de una pausa. A fin de cuentas, llegan precisamente quienes avanzan con cautela, arrastrándose.

Lo mismo ocurre ahora: cuatro tanques han terminado de disparar; instantáneamente, el batallón que ha avanzado a rastras durante los disparos, hacia las trincheras, se levanta y se lanza al ataque; en sentido contrario corren sin armas, con las manos en alto y gritando «¡salud!» los intimidados fascistas. Los llevan escoltados a la retaguardia, mientras los tanques siguen avanzando, hacia abajo, en dirección al cementerio.

Las baterías de Belchite han enmudecido. Parte de los cañones está destrozada; los demás han terminado las municiones. Pero no es tan fácil tomar la ciudad. Aquí están fortificados determinados barrios, calles y casas. Todos están armados: quien se negaba a combatir, ha sido fusilado sin dilación. Los evadidos explican que el mando de los facciosos, después de dirigir a las guarniciones de Codo y Mediana aquí, ha dado al grupo la orden de mantenerse a toda costa, ha prometido mandar pronto refuerzos y víveres. Anima a los fascistas por radio cada dos horas. Perder Belchite significa, para él, perder más de dos mil bayonetas y un importante nudo de defensa, casi en la conexión de los frentes de Aragón y de Teruel. Si el cerco se prolonga, o irrumpirán aquí las unidades fascistas desde el suroeste o la propia columna se abrirá camino a través de la estación y saldrá de la ciudad.

Como confirmación de estas aprensiones, en el flanco derecho, por la parte alta, aparecen unos remolinos de polvo: cuatro, cinco,

luego hasta diez. Corren veloces hacia la ciudad. Se diría que se trata de infantería motorizada. Cesan las conversaciones. Desde el puesto de mando ordenan: que den la vuelta los tanques y que se dispongan a cortar el camino a la columna de la derecha. Pero en el último momento, todo se aclara. Se trata de carros blindados, mandados en ayuda del flanco derecho de las unidades catalanas que atacan. Todos respiramos aliviados.

Comienza la preparación del nuevo asalto. Mas, de pronto, las cabezas se levantan hacia el cielo: la aviación. Hoy se presenta ya por tercera vez. Por la mañana ha estado la fascista —ha bombardeado a la infantería que atacaba—; después, la republicana —ha bombardeado los fortines y las baterías de Belchite—; ¿Y ahora?

Intento distinguir en el cielo vespertino las siluetas de los aparatos, un minuto más tarde todo se aclara: doce Junkers, custodiados por cazas, se dirigen hacia aquí. ¡Y con qué rapidez! La infantería comienza a ocultarse en las rugosidades y grietas del terreno. Los tanques no se mueven, no oyen, pero oirán en seguida. El destacamento de aviones lanza las bombas sobre Codo, sobre el Codo desierto. Al medio minuto, todo el poblado desaparece bajo una inmensa columna de humo y llamas. ¡Se han equivocado! Pero no, a los Junkers les quedan bombas también para nosotros.

El batallón se dispersa gritando por el campo. El comisario grita: «¡Seguidme!», y arrastra a los hombres hacia la pendiente de la colina. En general, estar tumbado en la pendiente es preferible: hay menos peligro de que caigan encima las bombas y los cascotes. Pero es mucho mejor pararse y —sobre todo cuando el avión está cerca— contemplar tranquilo la línea de su vuelo. De esta línea, que coincide con la dirección de la serie de bombas que caen, hay que huir en sentido perpendicular, y a los cincuenta metros, la bomba ya no mata. El comisario vacila y corre hacia nosotros. Esto le ha salvado.

Nos echamos de golpe en un hoyo. Alguien grita: «¡Los caballos!» En efecto, cinco batallones de caballos corren enloquecidos por el campo, se levantan sobre las patas traseras. Pero ya es tarde. Hacia aquí se acercan atronadoras explosiones, cada vez más fuertes. El cerebro percibe su aproximación. Echado cara al cielo, uno se siente blanco inmóvil. La penúltima explosión nos ha cubierto de tierra. ¿Y la última? No ha habido última explosión. Todos estamos con vida, sólo ha muerto un caballo. Los Junkers, zumbando sonoramente, se dirigen hacia Belchite. ¡¿Acaso van a bombardear también allí?!

No, es otra cosa. Tres aviones, los que, durante el bombardeo, se han mantenido aparte, descienden ahora muy bajo y arrojan a la ciudad, en paracaídas, grandes sacos. Por lo visto son obuses, quizá cañones antitanque, es posible que, además, haya víveres.

¿Volverá hoy la aviación? No es probable. Ya son las ocho menos veinte, en seguida oscurecerá. Pausa. Luego, un retumbante disparo la batería de Belchite, que había enmudecido por completo, tira contra los tanques. Por lo visto, los sacos han servido para algo.

De noche, por los blancos caminos accidentados y llenos de baches, con los faros apagados, los jefes se dirigen al Estado Mayor del ejército. Dejan sus tintineantes Buiks y Chryslers ante una escuela rural. Un centinela soñoliento: en la mano izquierda, el fusil; en la derecha, un abanico. Sobre los pupitres de la sucia aula, baja de techo, hay mapas extendidos. Sobre la mesa hay un termo. Pero nadie lo utiliza. Generales y coroneles, toman, uno tras otro, el botijo y, a lo español, lo levantan por encima de la cabeza para que el chorro de agua caiga directamente a la garganta.

Todos están cansados; por otra parte, no hay cuestión a examinar. El objetivo principal de mañana es tomar Belchite y tomarlo de modo que no escape, no salga, ni un soldado fascista.

4 de septiembre

El 2 de septiembre, por la mañana, la resistencia de Belchite se acentuó sensiblemente. En seguida se cortó la corriente de evadidos fascistas. Sólo se pasó un sargento. Declaró que después de recibir los víveres, obuses y cartuchos que los aviones les arrojaron, la guarnición decidió mantenerse hasta el fin. Los facciosos han minado las calles, los edificios; tienen la intención de defender casa por casa. Creen que si logran mantenerse aunque sólo sean tres días, podrán salvar la ciudad. En la historia de España, Belchite ha sido sitiada tres veces y las tres ha resistido el asedio.

Uno de los sacos arrojados por los Junkers cayó en las posiciones republicanas. Había piezas de recambio para un cañón de setenta y cinco milímetros.

El mando fascista ha lanzado, en efecto, grandes fuerzas en ayuda de Belchite. En el sector de Mediana ha aparecido una fuerte columna con artillería y tanques. Bajo sus golpes, han empezado a retroceder algunas unidades republicanas, algo débiles, que se encontraban allí. Se ha creado una seria amenaza sobre la carretera Mediana-Belchite.

El 2 de septiembre, avanzando literalmente paso a paso, las compañías de vanguardia ocuparon los extremos de la ciudad, el molino arrocero, salieron del cementerio hacia el seminario. Los facciosos responden con fuego de ametralladora muy certero y con granadas de mano; una de las baterías dispara contra los arrabales. El jefe de la división, general Walter, ordena desplazar los cañones del lado opuesto de las pendientes, y empezar a disparar desde posiciones abiertas a una distancia de medio kilómetro. El combate se prolonga con furia enorme durante veinticuatro horas. Las pérdidas son muy grandes, por ambas partes.

Mas ayer, a eso de las cinco de la tarde, la resistencia de los fascistas quedó definitivamente rota. Entre las ruinas de las casas suena algún que otro disparo. Irrumpen en la ciudad tropas de infantería, autos blindados, ambulancias. Avanzada la noche, empieza a trabajar la comandancia republicana, comienza la entrega y clasificación de las armas.

Conducen a un cura castrense con el revólver al cinto, conducen a un grupo de moros que procuran demostrar, sobre la marcha, que no son prisioneros, sino evadidos.

Entre tanto, el golpe sobre Medina se amplía. Desde aquí, desde Belchite, ya se oye el retumbar de los cañones. Atacan dos divisiones fascistas. Ayer llegó a Zaragoza otra división: la de «Flechas negras», italiana. Todo esto ha sido dirigido hacia aquí para el contragolpe y la salvación de la ciudad. ¡Pero ya es tarde! Belchite ha sido tomado. Esta victoria, difícil, aunque no muy grande, infunde ánimos a las tropas republicanas.

La noche empieza a refulgir con brillantes relámpagos. Nunca había visto relámpagos tan largos, blancos, cegadores, como llamaradas de magnesio —da la impresión de que se trata de nuevas bengalas luminosas, de una nueva maniobra bélica del enemigo—. El sordo rodar de los truenos también resulta insólito. Parecen más bien explosiones de bombas muy grandes, de quinientos kilogramos, o de obuses de 203 milímetros. Al fin llueve, es la primera lluvia del año; comienza a caer primero débilmente, luego rocía cada vez con más fuerza esta tierra aragonesa reseca, tosca, hasta ahora regada únicamente con sangre.

7 de septiembre

Ayer y hoy, calma relativa en el frente de Aragón. Los fascistas están ocupados en preparar un fuerte golpe en respuesta a la ofensiva republicana. Se acercan sus reservas, se concentra la aviación, la artillería.

Los republicanos se fortifican en las posiciones conquistadas, abren trincheras, repasan las armas. El encuentro será serio. Franco, por lo visto, quiere recuperar Belchite, Quinto, Mediana y toda la franja de terreno que se le ha arrebatado a lo largo del Ebro. Si no lo hace, el nuevo paso de los republicanos será, sin duda alguna, atacar a Zaragoza.

Es posible también que los facciosos no se lancen ahora a efectuar grandes operaciones y prefieran limitarse aquí, en Aragón, a una tenaz resistencia. Muchos datos indican que el mando fascista deja libres sus fuerzas básicas ocupadas hasta ahora en el norte y emprenderá una operación de gran envergadura en el frente de Teruel (para amenazar a Valencia) y en el frente central. En su discurso en Palermo, Mussolini ha declarado de manera muy significativa que Madrid hasta ahora no había sido tomado porque no había sido atacado de verdad.

El dictador italiano ha calumniado a su intendente español. Franco ha perdido ya en los accesos de Madrid cerca de cien mil hombres, y en la carretera de Guadalajara cayeron unos doce mil. Las operaciones ofensivas han sido muy decididas, con el concurso de potente armamento bélico. Pero lo que, por lo visto, hay de verdad en las palabras de Mussolini es el propósito de los invasores germanoitalianos de repetir el ataque contra Madrid simultáneamente desde distintas partes, con una gran masa de tropas italogermanas y locales, después de poner en peligro las vías de comunicación entre Madrid y Valencia. El ejército republicano del frente central se prepara ya para plantar cara a semejante nuevo asalto.

La operación del Ebro constituye un serio éxito del ejército repu-

blicano. Ha levantado el ánimo de las tropas. Pero sobre el fondo de este éxito, resultan aún más dolorosos los defectos del ejército que, de haberse eliminado, ya habría tomado Zaragoza. La oficialidad, que tiene a sus órdenes soldados magníficos, valientes, sufridos y fieles, aún no está a la altura debida. La falta de organización, la lentitud, la impericia en la dirección del combate, se dejan sentir a cada paso. Sobre todo, la lentitud.

La operación se inició de improviso, tal como era necesario. Pilló a los fascistas casi por sorpresa y con pocas fuerzas. La lentitud y la indecisión de los republicanos en el desarrollo del éxito, ha permitido a los facciosos desplazar reservas y, con esto, disminuir los resultados de la ofensiva.

Por otra parte, la operación aragonesa ha sido de gran utilidad para las unidades de este frente, totalmente en calma. Las divisiones catalanas se han convencido ahora, al actuar conjuntamente con las tropas venidas de otros frentes, que es posible avanzar, han tomado el gusto al pelear y atacar, desean hacerlo.

9 de septiembre

Los prisioneros fascistas capturados en Quinto han contado que estaban mandados por dos oficiales rusos zaristas, un general y un capitán, en calidad de ayudantes del jefe del sector fortificado. El general era pequeño, calvo y malo. Era artillero y, en otro tiempo, con el Franco ruso, mandaba todos los trenes blindados.

El capitán, al parecer, cayó gravemente herido y murió en Quinto. En cuanto al general, desapareció antes del último asalto. Los prisioneros no han podido comunicar nada más sobre esos dos hombres.

El relato era perfectamente verosímil. Es bien sabido que Franco tiene a su servicio, entre otra chusma, a muchos mercenarios de los guardias blancos rusos. Ahora, al examinar un montón de papeles y objetos arrojados por los fascistas en Quinto, el Estado Mayor de la división republicana N, ha encontrado una cartera de bolsillo con documentos. Los tengo ante mí.

Primer documento. Carnet de identidad número 94 978, extendido el 2 de febrero de 1937 por el prefecto de policía de París a nombre del

señor Fok Anatoli, nacido el 3 de julio de 1879 en la ciudad de Orenburg, de profesión empleado, nacionalidad «emigrado ruso». En el carné, una foto de un hombre entrado en años, calvo, bigotudo.

Segundo documento, ya en lengua rusa: «Unión Nacional Rusa de participantes en la guerra. Carnet de miembro efectivo, de hijo de la patria. Nombre y patronímico: Apellido Fok, Anatoli Vladímirovich. Grado: general mayor. Dirección: 133, Rue Abbé Grul. Año de ingreso en la Unión: 15 de octubre de 1936. Presidente de la Unión (firma), general Turkul. Secretario General (firma), capitán Blagov. Extendido en París el 3 de noviembre de 1936, número 101.»

Sello y foto del mismo señor, calvo y bigotudo.

Otros dos documentos son recibos de socio de la «Sociedad de los de Gallípoli en Francia» y de la «Unión de la halconería rusa en Francia».

Lo curioso en estos documentos son sólo las fechas y los números de orden. Los dos fueron extendidos el 3 de noviembre de 1936, es decir, el mismo día que el carné de «Unión de participantes en la guerra»; en cuanto a los números, el primero lleva el 8; el segundo, el 4. Por las fechas y números de los documentos, resulta claro que fueron extendidos con prisas, con fecha atrasada, antes de la partida hacia España.

En la cartera de bolsillo, encuentro además tres fotografías. En dos de ellas, un grupo de bravos y alegres requetés se ríen y levantan unas banderas ante el aparato. En la tercera fotografía, el mismo grupo fusila a un hombre en mangas de camisa, con las manos atadas y un pañuelo en los ojos.

Finalmente, en la cartera encuentro una carta. Por lo visto, el general Fok la recibió antes de llegar a Quinto. Dice: «16 de julio de 1937. ¡Querido hermano jefe, Anatoli Vladímirovich! Por fin me dispongo a escribirte y comunicarte cómo me he colocado y también quiero preguntarte cómo estáis, tú y toda nuestra hermandad.

»Por lo que a mí se refiere, estoy muy contento. Me han recibido cordialmente, y el primer día el jefe de la compañía me ha comunicado que ahora yo recibiría tres pesetas diarias, y las recibo. La comida, aquí, es muy buena. Me apresuro a concretar que recibo las tres pesetas sin descuentos, limpias. Hace ya una semana que estoy de servicio en el parapeto, en el de mayor responsabilidad. Tenemos aquí una ametralladora Maxim, que he arreglado, de otro modo no habría podido disparar más de doscientas balas y habría podido dejar de funcionar por completo. Los oficiales, aquí, no están divididos por sec-

ciones, de modo que no sé cuál es mi situación, pero el jefe ha dicho que me nombraría comandante en uno de los parapetos.

»¿Ha venido Rashevski y ha logrado reparar mis gemelos? Me hacen mucha falta, pues el enemigo está a cuatro kilómetros de nosotros y gemelos, aquí, no hay más que unos, de teatro, con los que no se ve nada.

»¿Hay cartas de París, de Shinkarenko, y, en general, qué novedades hay? Aquí me aburro bastante. Estos últimos días dicen que a nuestra compañía la mandarán a descansar a Zaragoza. Saludos para todos los nuestros, así como para el jefe del batallón y para todos los oficiales. Ya. Polujin.»

En la cartera de bolsillo, no hay nada más. Ni hace falta. Todo está claro.

Está claro que en la retaguardia de Franco existe un centro especial de reclutamiento de guardias blancos rusos, en el que hace y deshace (o lo hacía) el general Fok. Ahí va llegando, desde el extranjero, «toda nuestra hermandad».

Está claro que en París se ocupa de este reclutamiento la «Unión Nacional Rusa de participantes en la guerra», organización fascista de guardias blancos dirigida por el general Turkul. Está claro que lo hace con toda tranquilidad y metódicamente, a despecho de la piadosa «no intervención» francesa... No se ve que al general blanco Fok le fuera muy dulce la vida al lado del negro general Franco. ¡Y la que le espera ahora, por haber perdido, los documentos, al huir lleno de pánico!

Tres pesetas recibía el capitán Polujin. «¡Limpias!»

¡Desgraciada escoria de la humanidad! En el año 1917, era ya un superviviente de sí mismo. Después de esto, ha necesitado aún pasar veinte años vagando errante, fusilando, matando, apuntando con una ametralladora contra el pueblo para morir, al fin, por tres pesetas, en una lejana tierra extraña, al servicio de unos desconocidos verdugos...

18 de septiembre

Barcelona, bañada por el sol, refrescada por el viento otoñal del mar, es grande, hermosa, viva.

Hoy, las amplias avenidas están llenas de gente y empavesadas de banderas. Los gallardetes azules con estrellas blancas, son de la «izquierda catalana»; las banderas rojinegras ondean sobre las columnas de los anarquistas; los sindicatos socialistas y comunistas van bajo la bandera roja con la hoz y el martillo. Sobre todas dominan las telas color naranja con franjas rojas: la bandera oficial de Cataluña; a su lado, en los edificios gubernamentales, se ha izado la bandera de la República española.

Con orquestas y cánticos, centenares de miles de manifestantes desfilan lentamente a travesando por la plaza, por delante del monumento a Rafael Casanova, patriota catalán fusilado el 11 de septiembre de 1714. Este día, fecha memorable del heroico levantamiento del pueblo catalán contra la dominación madrileña, se conmemora cada año, cada vez con mayor solemnidad e importancia.

El presidente Companys sube a la tribuna. Es acogido con aplausos. Habla de los enemigos y de los amigos de la independencia catalana.

Las personas que siempre habían perseguido y oprimido a los patriotas catalanes son las mismas que han empezado la sublevación en España y que han inundado el país de tropas extranjeras. Los que han prohibido la lengua catalana obligan ahora al pueblo español a obedecer la voz de mando en lenguas extranjeras. Son lógicos a su modo: quien odia la libertad del hombre, desprecia los derechos y la libertad de pueblos enteros... La República ha reconocido la autonomía de Cataluña, y hoy, agrupados en torno a la República, todos los pueblos de la península en las filas de un solo ejército, luchan por la independencia espiritual y territorial de la España republicana.

Companys habla —y las ovaciones le interrumpen— de los grandes esfuerzos que ha de realizar el pueblo catalán en la presente guerra, de los esfuerzos decisivos, de los que depende la victoria. Habla de los derrotistas, de los cuales hay que limpiar la retaguardia, habla de los fascistas y reaccionarios que, habiéndose aún mantenido en la

Cataluña republicana, han cambiado de color, se han emboscado y disimuladamente siembran el pánico, el descontento y las provocaciones.

—¡Cuidado, señores! No creáis que hemos olvidado vuestras fisonomías fascistas. Os reconoceremos y os cortaremos las alas. Vuestro tiempo ha pasado. Acabó para siempre en los históricos combates del 18 de julio del año 36. Nos mantenemos vigilantes y con todas las fuerzas del pueblo catalán cerraremos el camino a las maquinaciones de la reacción.

Le responde una tempestad de aplausos de la plaza y de cuantos escuchan en las calles el discurso, radiado. Las mujeres agitan los pañuelos, los hombres arrojan al aire sombreros y boinas. Los catalanes apoyan a su presidente. Barcelona ofrece un aspecto seguro, alegre orgulloso, aunque en exceso despreocupado.

El pueblo español mira con esperanza a Cataluña. A medida que se ha ido reduciendo el territorio de la España antifascista que se defiende, el peso específico que corresponde a Cataluña, ya sin esto muy grande, aumenta cada vez más.

Ahora Cataluña constituye más de la tercera parte del territorio republicano libre. Su industria representa las dos terceras partes de toda la industria que ha quedado en manos de la República. Aquí viven los dos tercios de todo el proletariado español no aplastado por los fascistas, entre ellos ochenta y cinco mil metalúrgicos, más de un cuarto de millón de tejedores, decenas de miles de obreros del transporte, ebanistas, curtidores, químicos.

Cataluña posee una potente agricultura con tendencia a la exportación: almendras, avellanas, aceite de oliva de la mejor clase, frutas, vino, corcho. Hay, aquí, riquezas minerales: potasa, zinc, estaño, un poco de carbón de piedra.

Aquí hay un gran tráfico portuario, con el puerto de Barcelona, de importancia mundial. Por aquí pasan tres grandes líneas de ferrocarril.

Sólo a través de Cataluña, la España republicana se halla ahora enlazada por tierra con el mundo exterior. En pocas palabras: Cataluña puede sostener la guerra en el aspecto técnico, financiero y político-geográfico.

Dicho aún de manera más breve y franca: Cataluña puede salvar del fascismo a la República y salvarse a sí misma. Puede hundir a la República y hundirse a sí misma.

Busco respuesta a un problema candente. Deambulo por las calles, por los lujosos paseos y avenidas, por las estrechas callejuelas y callejones de la ciudad inmensa, maravillosa en su hermosura. Me fijo en los rostros de la juventud: ¿Qué está dispuesta a dar, qué puede dar a la guerra?

No son pocos los jóvenes catalanes que han ido al frente. Los hemos visto ante Zaragoza, ante Huesca y ante Madrid. Desde luego, Cataluña dará también a la República más combatientes, lo mismo que otras partes de España. Hombres bastan; lo que falta es con qué armarlos, que haya quien los instruya bien.

Pero ya antes de incorporarse al frente, estando aún aquí, en la retaguardia, todos estos millones de personas aptas para el trabajo pueden ayudar en la lucha. Cada par de manos es útil para la victoria. En Barcelona, incluso en los días de trabajo, resulta difícil abrirse paso a través de la muchedumbre ociosa. La gente llena los bulevares, las mesas de los cafés o, simplemente, está sentada a la puerta de sus casas.

Aunque sea desagradable, es necesario decirlo: durante la guerra mundial imperialista, la industria catalana producía para Francia varias veces más de lo que ahora produce para su propia España republicana.

Entonces, máquinas y hombres trabajaban día y noche. Los trenes en fila interminable pasaban por la frontera, hacia el norte. La fábrica Hispano-Suiza servía motores de aviación casi para la mitad de la flota aérea francesa. En Barcelona se producían ametralladoras, morteros, fusiles, cartuchos, obuses, piezas de ingeniería militar. Las excelentes fábricas catalanas de calzado y confección abandonaron el trabajo para las tiendas de lujo y durante las veinticuatro horas del día cortaban y cosían botas de soldado, uniformes, ropa interior, de abrigo, gorras, macutos. Se abrieron muchos nuevos talleres, emplearon en ellos a las mujeres, a los viejos y a los adolescentes: Cataluña entera se encontraba al pie de las máquinas.

Y no por ello nadaba en la abundancia ni mucho menos. Las dificultades de la Europa en guerra también la azotaban a ella. Escaseaban los víveres, había que hacer cola para el pan, para la leche, para el carbón... La dura mano de la intendencia del ejército francés, junto con los contratistas empresarios, pudo obligar a la máquina a funcionar sin interrupción.

Ahora la industria catalana no rinde ni la mitad de lo que podría rendir. Lo que produce dista mucho de ser, siempre, necesario al ejér-

cito. Todavía hoy de las fundiciones salen muebles para los vestíbulos de los teatros y camas de acero inoxidable para niños. Es increíble, pero es un hecho: aún no hace mucho, el Ministerio de la Guerra de España ha comprado en el extranjero tela caqui y zapatos para el ejército republicano.

¿Tienen de ello la culpa los obreros?

En lo más mínimo. La clase obrera catalana ofrece y está dispuesta a ofrecer en adelante todos los sacrificios para la guerra de liberación contra el fascismo. No es culpa suya si todavía no se ha puesto orden en la industria.

El gobierno todavía no ha promulgado el decreto de militarización y nacionalización de todas las ramas fundamentales y decisivas de la industria, pese a haber sido aprobado por todos los negociados, partidos y organizaciones. En Barcelona todavía ahora discuten entre sí dos comisiones gubernamentales —una local y la otra de Valencia— creadas para regular la producción de guerra.

En las empresas hacen y deshacen los «comités» de fábrica como mejor les parece, transformándose a veces en el peor tipo de empresarios, además, empresarios incapaces, con fraseología «revolucionaria» izquierdista. La nivelación de salarios adquiere a veces el carácter de un verdadero escarnio. Un obrero sin la menor calificación, aplicado en los trabajos más insignificantes, recibe al día dieciocho pesetas; un metalúrgico muy calificado en una fábrica de aviación, recibe dieciocho pesetas veinticinco céntimos; un ingeniero de la misma fábrica, diecinueve pesetas. Contra semejante estado de cosas luchan los obreros conscientes, los círculos sindicales y políticos. El Partido Socialista Unificado ha presentado al gobierno un proyecto de decreto acerca del salario progresivo por el trabajo a destajo. Pero esta cuestión no acaba de resolverse nunca.

La disciplina de producción en las fábricas es muy baja. Los demagogos aprovechan todos los pretextos para ausentarse del trabajo organizadamente. Por ejemplo, la manifestación de hoy, a despecho de las protestas del Partido Socialista Unificado, no se ha convocado para la tarde, después del descanso del mediodía, sino a las nueve de la mañana. Hoy Barcelona no trabaja con motivo de la manifestación, mañana no trabajará por ser domingo, pasado mañana no trabajará hasta el mediodía por ser lunes. Total dos días y medio sin trabajar en plena guerra, en el momento en que media España está en manos del enemigo.

En Barcelona, actualmente, se pasa más hambre que en Valencia, en Alicante y en Albacete. En el centro de una región agrícola fertilísima, al lado del Aragón rico en cereales, a la orilla del mar, resulta que no hay en suficiente cantidad ni pan, ni verduras, ni pescado, ni azúcar. Los periódicos polemizan sobre este particular, las autoridades urbanas dan largas explicaciones. Se remiten a la falta de divisas para la compra de víveres, a la falta de barcos para el transporte. En realidad, una de las innumerables comisiones de regulación ha prohibido la exportación de las mercancías catalanas de más valor, declarando que ella misma organizaría dicha exportación. Permanecen inmovilizadas enormes reservas de mercancías para exportar, como son: almendras, avellanas, aceite, corcho, zinc, estaño y potasa. Al mismo tiempo, comerciantes privados, después de lograr que dichas mercancías se transporten a Valencia o Alicante, las mandan al extranjero y se embolsan las divisas.

No en vano ha hablado Companys, en su discurso, de los derrotistas. No los ha inventado. Los derrotistas abultan los fracasos y las deficiencias, profetizan la victoria de los fascistas, afirman que Cataluña tiene sus intereses propios, separatistas. En los barrios burgueses de Barcelona, pese a que esta ciudad es la que se encuentra más alejada del frente, se ven con mucha más frecuencia rostros hostiles, se oyen quejas con motivo de la guerra o, simplemente, exclamaciones dañinas.

El gobierno catalán, en su composición actual, lucha decididamente contra los derrotistas y los separatistas, castiga a los especuladores, a los desorganizadores de la producción, a los saboteadores, a los dañinos, a los espías. Durante los últimos meses, ha obtenido no pocos éxitos: de todos modos, hoy, las fábricas se parecen muchísimo más a fábricas de guerra que en mayo. Pero también en el trabajo del gobierno hay aún mucha complacencia, despreocupación y pérdida de tiempo en pequeñeces.

Entre las organizaciones políticas, de partido y sindicales, han cobrado nuevo vigor, ahora, los elementos de comprensión recíproca, la tendencia a la unidad, a la cohesión ante el enemigo común. Son menos los roces, los conflictos por nimiedades, las polémicas por la polémica misma, hay más seriedad y sentido de responsabilidad. Obliga a que así sea la situación, seria, decisiva. Lo exigen las amplias masas, que desean inflexiblemente luchar hasta la última gota de sangre con su mortal enemigo, el fascismo, y que necesitan, para ello, dos cosas: unidad y organización...

25 de septiembre

En Madrid se ha descubierto, ahora, una nueva organización de los facciosos —un sistema de trabajo clandestino, de espionaje, de sabotaje y terrorismo, con amplias ramificaciones—. Han sido detenidos centenares de agentes fascistas, entre ellos algunos muy destacados. Sin tocar ha quedado sólo la dirección, que vive tranquilamente en el centro mismo de Madrid, doblada la esquina de nuestra casa, al socaire de la ley y de la inmunidad diplomática.

Este centro rector, cobijado en el edificio de la embajada de Chile, unía a cuatro grupos que actuaban independientemente. El primero, denominado «Galán y Breu», nombres de los dos fascistas que lo dirigían, tenía por función el control, observación e inspección general de todas las fuerzas fascistas. Galán ha sido detenido.

El segundo grupo, militar y civil, tenía por misión entorpecer y sabotear el funcionamiento de la vida urbana de Madrid en todos sus aspectos, capturar los puntos neurálgicos de la capital —teléfonos, telégrafos, depósitos de víveres, tranvías y metro— en el momento de un nuevo ataque sobre Madrid y utilizarlos inmediatamente en beneficio de Franco. El grupo se encargaba de mantener el enlace con el territorio franquista.

Estaba constituido, este grupo, a base de unidades especiales denominadas «arios». El jefe del «año» tenía a sus órdenes 365 fascistas, divididos en «meses» y «semanas», con sus correspondientes jefes de «mes» y de «semana» al frente. El miembro de filas de la organización, se designaba por un determinado día, y recibía, como documento que lo testificaba, una hoja arrancada de un calendario. Los fascistas habían constituido seis destacamentos numerados desde el año 1930 hasta el de 1936.

El tercer grupo se denominaba «columna blanca». Estaban incluidos en él todos los fascistas refugiados en los edificios de las misiones extranjeras. Estos individuos no pueden salir a la calle: los detendría la guardia permanente que se encuentra junto a la entrada del edificio. Pero a través del personal de servicio de las embajadas, están en contacto con los espías de la ciudad y por la noche comunican por radio sus partes a los facciosos.

El cuarto grupo militar estaba dividido en «banderas», de 300 hombres cada una; la «bandera», a su vez, se dividía en «secciones», de 30 individuos, y «falanges», de 10. Su misión era: al producirse un nuevo ataque de los fascistas, comenzar otro concordante en la ciudad, irrumpiendo a tiros en casas, hoteles y estados mayores. Se habían formado ya diecisiete «banderas».

Se habían reclutado, para las «banderas», soldados de la guardia republicana de Madrid, de la guardia de transportes, de la guardia de los edificios ministeriales de Gobernación y de la Guerra, a individuos de las fuerzas autoblindadas de policía. Todos se hallan ahora detenidos.

Entre los conspiradores figuran no pocos destacados madrileños que habían ocupado cargos importantes durante la monarquía, durante el gobierno de Lerroux y durante el período dictatorial de Gil Robles. Por ejemplo, el ex director de telégrafos señor Pino y el capitán Cornejo, hermano de un ministro de Marina monárquico. El pájaro de más nota, entre los detenidos, ha resultado ser el chileno Manuel Asensio, especulador y espía, dueño de tres tiendas en Madrid y, al mismo tiempo, jefe de un «año». En las tiendas de Asensio, durante las horas de venta al público, se reunían los fascistas como si se tratara de compradores.

No es preciso decir qué victoria representa para los republicanos el haber descubierto la nueva organización fascista y haberla aplastado.

26 de septiembre

El descubrimiento de la nueva gran conspiración fascista ha conmovido a Madrid. Ayer y hoy, se ha convertido en el tema principal y único de las conversaciones —en las calles, tranvías, metro, fábricas, trincheras y colas en las tiendas de comestibles—. Se han celebrado numerosos mítines relámpago exigiendo el fusilamiento de los detenidos que participaban en la conjuración.

Siguen las detenciones. Se ha capturado a varios jefes de «meses»; los han denunciado, con la esperanza de ganarse su propio indulto, algunos de sus cómplices.

Aprovechándose de la poca vigilancia que se ejerce en las instituciones de Madrid, los conspiradores habían logrado celebrar sus reuniones en las salas de actos de los edificios ministeriales ahora desiertos. Mantenían la correspondencia con papel timbrado oficial, viajaban en los coches del gobierno, guardaban sus armas en los depósitos de armas del ejército mismo. Su aplomo y desfachatez llegaron hasta tal punto que el señor Pino, ex director general de telégrafos de Madrid, decidió tender un cable directo desde Madrid, a través de la línea del frente, hasta el dispositivo de los facciosos. Se tenía el propósito de tender el cable hasta las trincheras a plena luz del día, sin el menor disimulo, pasarlo luego, de noche, por la zona neutra y en el lugar preestablecido entregar su extremo a manos de los fascistas. Sólo la detención de Pino impidió llevar a cabo esta empresa realmente enternecedora.

Con motivo del descubrimiento de la conjuración, los representantes diplomáticos de Argentina y de Chile han hecho llegar al Ministerio de Relaciones Exteriores un mentís agridulce y sentimental. La misión argentina ha declarado que algunos de los detenidos no son funcionarios suyos, sino empleados de su sección de abastecimiento; sin embargo, declara la misión, está dispuesta a liquidar dicha sección de abastecimiento si realiza funciones que no le corresponden y si el gobierno lo considera necesario.

Todo este embrollo, que constituye un verdadero escarnio, saca literalmente de quicio a la población madrileña.

Otro de los motivos de indignación de los círculos republicanos de Madrid es el hecho de que casi la mitad de quienes han participado en la presente conjuración ya habían estado detenidos, acusados de apoyar a los facciosos, pero las autoridades judiciales los habían puesto en libertad. El periódico de izquierda republicana, *Política*, protesta contra el intolerable proceder de los tribunales: interrumpen las causas incoadas contra personas detenidas como miembros de la Falange Española.

Ayer nos hemos enterado de que se han descubierto nuevos nidos de fascistas en Barcelona, aproximadamente del mismo tipo y con los mismos métodos de trabajo. Desde el secretariado de Radio Nacional, en el centro de la ciudad, los fascistas cada día distribuían aproximadamente mil quinientos sobres con hojas fascistas. Una de las hojas comienza con la defensa del POUM y con ataques trotskistas contra el Partido Socialista Unificado, y termina con las palabras: «Viva el invencible Franco»...

Cabe decir con fundamento de causa que el trabajo de los órganos republicanos de contraespionaje y seguridad ha mejorado sensiblemente.

28 de septiembre

Nuestra juventud lee y estudia la historia de la guerra civil en Rusia. Pronto hará veinte años que los generales blancos —servidores del zar, de los terratenientes y capitalistas— dirigían sus regimientos hacia el Moscú rojo, hacia el Petrogrado rojo, contra la República Soviética. El ejército de obreros y campesinos, en una lucha larga, difícil y victoriosa, rechazó, luego derrotó y finalmente arrojó de su país, a los restos de las tropas zaristas de guardias blancos. Los generales blancos se colocaron tras los mostradores de los figones berlineses, empuñaron el volante de los taxis de París.

Esto pertenece a la historia. Nuestros niños y muchos jóvenes leen sobre estas cosas en los libros, como leen sobre la batalla de Mamái[21] sobre el falso Dmitri[22], el asedio de Sebastopol y otros lejanos sucesos.

Pero el falso Dmitri se pudrió hace tiempo, mientras que los generales blancos del siglo xx todavía viven. Impotentes para atacar otra vez a su antigua patria, vagan por el mundo deseosos de venganza.

Se han quedado sin poder, sin fuerza y sin fincas. Les ha quedado sólo odio, un odio insaciable contra el pueblo, contra cualquier pueblo, y contra los trabajadores, cualesquiera que sean, y ofrecen ese odio suyo como mercancía a buen precio, a «precio de coste», a todos los verdugos del pueblo armados. Ese odio se lo compran de buen grado, y ellos son felices cuando pueden matar, si no a obreros soviéticos, al menos a extranjeros, chinos, españoles.

El general ruso Fok, en 1920, mandaba la artillería en Perekop.[23] Perekop fue tomado por el Ejército Rojo. El general, junto con otros, huyó a Crimea y al extranjero.

En 1937, diecisiete años más tarde, ese general ha mandado la artillería del sector de Quinto, en Aragón, fortificado por los fascistas. Las tropas del pueblo español han tomado Quinto. El general Fok ha huido; al huir ha arrojado en Quinto la cartera de bolsillo y una maleta con los archivos de campaña.

El contenido de la cartera ya es conocido del lector. Ahora, en los días de calma entre combate y combate, ha habido tiempo para hojear los papeles de la maleta —cartas recibidas por el general, y copias de cartas enviadas por él—. No tendría sentido reproducirlas todas por entero, pero algunas cosas resultan muy aleccionadoras.

«Al señor Anatoli Fok, general de brigada. De acuerdo con el Estatuto de nuestra Unión, desde el día de la fecha hasta nuevas disposiciones, es usted nombrado representante junto a la asociación de ex combatientes del primer cuerpo de ejército, con todos los correspondientes derechos que se desprenden de los Estatutos. Está usted especialmente autorizado para representar a nuestra Unión, en todos los casos necesarios, ante diferentes personalidades, así como ante las organizaciones e instituciones francesas.

»Presidente: general Paul Shatilov. Secretario general: André Stanislavski, coronel de Estado Mayor.»

(Del mandato de la Unión Militar General,
dado en París, el 21 de mayo de 1935)

«El día 3 del presente mes de agosto, se celebró, en París, una reunión de grados de todas las unidades de Drozdov. Presidió la reunión el jefe del grupo del primer cuerpo de ejército en Francia, general mayor Fok. En dicha reunión, se discutió la orden número 14 y la circular del general Kusonski del 28 de julio del presente año, relativas a la baja de la Unión Militar General, del general mayor Turkul, debida al irreductible deseo del general Turkul de fundar una organización política, encabezada por él, independiente de la Unión Militar General. «La reunión indicada no tuvo ni siquiera exteriormente el carácter de reunión de señores oficiales, y de ello es una evidente prueba el hecho de que asistieron a ella "damas" y el que algunos "discursos" fueron acompañados de aplausos. Semejante fenómeno habría podido darse en las reuniones de los miembros de las organizaciones sociales y políticas, pero de ningún modo militares. En las reuniones militares, comenzaron a darse tales espectáculos sólo en el año 1917, de triste memoria.

»En atención a la edad, a los años de servicio y a los méritos militares del general mayor Fok, me limito a hacerle objeto de amonestación por haber permitido y hasta presidido la manifestación en masa antidisciplinaria del 3 de agosto del año en curso por parte de los oficiales de las unidades de Drozdov...»

(De la orden del general Miller respecto a la Unión Militar
General de París, orden número 29, del 17 de agosto de 1936)

«... Ahora, después de lo arriba expuesto, resultará para usted completamente claro cuáles son las causas que me han movido a presentar mi baja de la Unión Militar General y mi deseo de no seguir colaborando con ustedes; asimismo, todas las circunstancias arriba señaladas indican de manera irrefutable en quién radica la fuente principal de la desorganización de la Unión Militar General y quién, con su actividad, le ha causado y le causa un daño irreparable, reduciéndola a la situación de una de las muchas organizaciones militares profesionales. Esa persona es usted. Considero que, para evitar el hundimiento definitivo de la Unión Militar General y volverla al cumplimiento de su tarea básica: la lucha activa contra el bolchevismo, es necesario que usted se retire del puesto que ocupa y encuentre el modo de ponerlo en las manos más firmes de una persona resuelta, inquebrantable, que comprenda rectamente la situación y lo que se ha de hacer en la lucha contra los bolcheviques. Confío en que usted, como yo, tiene plena conciencia de todo el daño que causa dirigirse al juicio público, por una parte. Por otra parte, espero que usted comprenda también la necesidad de su dimisión sin divulgar ampliamente todos los detalles, documentos y declaraciones testificales. Dispuesto a servir, A. Fok.»

(De una carta al general Miller)

«¡Querido Antón Vasílievich!

»Hace ya tres días que me encuentro en San Sebastián, con el general Shikarenko y los capitanes Krivoshein y Polujin. ¿Cómo nos han recibido? Muy bien y cortésmente en todos sentidos. Quien de nosotros luche por la España nacional, contra la III Internacional, y también, dicho de otro modo, contra los bolcheviques, cumplirá con su deber ante la Rusia blanca.

»Saludos a todos los drozdovianos y a todos los miembros de la Unión de Combatientes, así como a tus caras damas. Tuyo, A. Fok.»

(De una carta al general Turkul)

«¡Querido Antón Vasílievich!

»Todos nosotros estamos inscritos. Para no llenar la carta con la descripción detallada de nuestra situación (cosa que puedes saber

por V.V. Schavinski) te diré que todos nosotros estamos colocados como oficiales instructores, y la única circunstancia que me apena es la de que, por no saber la lengua española, no puedo proporcionar toda la utilidad de que —estoy convencido de ello— sería capaz... He de decirte que la clase obrera española, como la de todo el mundo, está envenenada por el comunismo y el marxismo. Así lo indican las plantas y fábricas que aquí están desiertas...

»Tengo que hacerte un ruego: comoquiera que estoy a la última pregunta por lo que a dinero se refiere, mándame un refuerzo, si te es posible. Para la correspondencia sigue válida la antigua dirección: Hotel España. Hay que añadir unas palabras amables indicando para quién es.»

(De una carta de A. Fok al general Turkul)

Los papeles del general Fok confirman documentalmente que una parte de los guardias blancos, ligados sobre todo con los invasores germanoitalianos, tenía sus cuentas pendientes con el general Miller, que ha desaparecido hace unos días.

Es curioso señalar que la prensa de París acusa directamente del rapto de Miller al general Turkul, con quien Fok mantenía correspondencia.

Las fieras de guardias blancos aún no se han ido al otro barrio. Como sucede con los animales de rapiña, se pelean entre sí, no pueden repartirse la limosna que les echan sus amos de hoy: los fascistas. Por el reparto de las limosnas subsidio de los Estados Mayores y servicios de espionaje germano y japonés, se dan todas las discusiones, escisiones, recíprocas intrigas y crímenes bandidescos. Dinero y sangre, espionaje y provocaciones, asesinatos y raptos, tal es la diaria prosa de los guardias blancos emigrados, otrora generales del ejército imperial ruso, hoy, generales de los jóvenes aplicados requetés, falangistas, samuráis, camisas pardas y camisas negras.

Nuestra juventud oye contar a sus padres relatos sobre las luchas contra los servidores del zar; que sepa también que, incluso en nuestros días, esos decrépitos chacales aún se procuran el sustento nutriéndose con las sobras de expoliaciones ajenas y sangrientos festines.

29 de septiembre

¿Para qué puede servir un trimotor alemán Junker derribado, que ha caído envuelto en llamas? Para lo siguiente:

Las enormes piezas del cuerpo de esa ave mutilada y desfigurada, se colocan cuidadosamente en montones. Ahí está la caja torácica destrozada, ahí las largas piernas, ahí las alas dobladas y retorcidas, ahí casi toda la cola. Ahí está la larga escalera por la que los aviadores fascistas entraban en el vientre del ave de rapiña metálica. Todo ello está roto, ennegrecido por el humo de la gasolina, deformado, pero, al fin y al cabo, queda siendo lo que había sido en un principio: metal.

Dos mozos vienen por turno con un carrito a motor, colocan en él una porción de partes y tripas de Junker y las llevan al horno eléctrico. Ahí, el pájaro fascista se asa en su propia salsa; dicho de otro modo: el duraluminio se funde y vuelve a fundirse.

El horno está instalado en medio del patio de una fábrica; en torno, van y vienen los obreros, dan órdenes los contramaestres y hacen sus indicaciones los ingenieros. El horno en la fábrica de fundición mecánica, lo mismo que toda la fábrica, trabaja a más y mejor. Trabaja en Madrid, en un extremo de la ciudad, exactamente a un kilómetro de las líneas avanzadas de trincheras. En algún lugar, muy cerca, dispara la artillería, pero nadie se vuelve al oír el estruendo del cañón. El estruendo recuerda sólo que el ejército necesita obuses y que los obuses no se recogen de un árbol, como las aceitunas.

Había aquí una fabriquita pequeña, modesta, para materiales de canalización. Ahora en todas partes se han colocado nuevos tornos, martillos pilones, se han ampliado los talleres de modelado, moldeo y acabado. Se trabaja con energía, con entusiasmo. Se trabaja sin cesar, en tres turnos; los obreros no quieren salir del taller, piden permiso para quedarse una o dos horas más a fin de no dejar nada inacabado.

El viejo Para —regañón, colérico, pero jovial— es quien lleva aquí la dirección. En su blusa negra manchada, lleva cosidas las insignias de capitán. Es un viejo obrero metalúrgico, sin partido. Tiene dos hijos en el frente, y él hace ya medio año que no ha ido a dormir una sola noche a su casa. Se pasa las veinticuatro horas del día por los ta-

lleres, y a lo sumo, cuando es ya muy tarde, se tumba un poco en un duro colchón, en las oficinas.

Es digno de admiración ver cómo en el Madrid asediado, literalmente bajo el fuego enemigo, se ha organizado y se ha consolidado la industria de guerra de la República. La iniciativa obrera, el entusiasmo proletario han hecho verdaderamente maravillas. En Madrid trabajan ahora a plena marcha y sin cesar todas las empresas metalúrgicas y electrotécnicas que se han salvado de la artillería y de la aviación. Han aprendido y siguen aprendiendo a fabricar pertrechos de guerra de muchos tipos, mecanismos diversos de muchísima necesidad para la guerra.

El ejército republicano tenía una necesidad extrema de grandes reflectores antiaéreos. Ahora ya se puede decir: ¡a comienzos de verano había en todo el territorio de la República exactamente doce! Este aparato es muy costoso, complicado, y en España no se había fabricado nunca. Consta de novecientas catorce piezas distintas, entre ellas un espejo cóncavo de metro y medio de diámetro... Después de que en varias instancias el pedido fue considerado como imposible de cumplir, los madrileños pidieron que se lo encargaran a ellos. Tomaron un novísimo proyector extranjero, estudiaron sus diseños y comenzaron a construir proyectores, grandes y pequeños, aquí, bajo la dirección del viejo Parra. Lo hacen con enorme cuidado, con un entusiasmo admirable, puede decirse que con ardor.

Parra mete prisa a un joven obrero —porque no ha acabado una pieza—. El muchacho hace como si no lo oyera, sigue aplicándose con celo en la construcción de una pequeña arandela. Por fin se acerca sosteniendo en las palmas de las manos, una junto a la otra, dos piezas: la extranjera y la suya. La suya es mucho más limpia y exacta —así lo reconoce el propio Parra, tan regañón—. El pulidor se va, guiñando pícaramente un ojo, lo cual, traducido del español al ruso, significa: «¡También nosotros sabemos dónde tenemos la mano derecha!»

Para nutrirse de materia prima, la fábrica ha creado brigadas especiales dedicadas a la recolección de metal. En la guerra hay muchos desperdicios; los muchachos de la fábrica recorren los campos de batalla y en cestos de mimbre recogen el metal utilizado. La operación de Brunete proporcionó a la fábrica materia prima para tres semanas. Son importantes, sobre todo, los aviones derribados: esto es caza gorda —metales ligeros y no ferrosos...—. Los madrileños mandaron una expedición entera a Aragón y desde allí, poco a poco, en carros y en mulos fueron transportando chatarra. No hace falta decir que tienen brigadas para rebuscar en su propia ciudad.

El contramaestre Parra recorre los talleres, abre la puerta trasera y con gesto de anfitrión me muestra un espectáculo maravilloso. Sin dar crédito a mis propios ojos, veo cómo decena y media de hombres están terminando una gran excavación, de unos sesenta metros de anchura. Por uno de sus extremos se colocan los cimientos de ladrillo. Ahí mismo montan un horno de fundición.

—¡Construimos un nuevo taller de fundición! En el viejo ya no cabemos. Venga dentro de tres semanas para asistir al acto de la puesta en marcha.

El ejército de Franco se prepara para invernar en Madrid. Pero los obreros madrileños construyen, entretanto, nuevos talleres en sus fábricas. Mientras que dos hermanos empuñando sendos fusiles contienen, seguros de sí mismos, la presión del enemigo, su padre, con la misma seguridad en sí mismo, levanta un nuevo taller de la industria antifascista de defensa.

¿Es quizá un caso único el de este capitán obrero Parra con sus dos hijos en el frente y su edificación en Madrid?

Intento ver cómo se crean los nuevos grandes proyectores. El pedido se ha distribuido entre quince empresas distintas y en todas partes se trabaja con ahínco, en todas partes se respira entusiasmo, aunque sea con el estómago vacío.

Entre las cuatro paredes de un parque de automóviles sin una máquina, el obrero —también con insignias de capitán— Jesús Barreira Sánchez ha creado una fábrica de guerra completamente nueva. ¡De dónde no ha traído aquí máquinas! En un barrio populoso de Madrid, una empresa quedó en la primera línea de fuego, a doscientos metros de las trincheras fascistas. Desde luego, un obús había hundido el techo, había agujereado las paredes. Barreira decidió evacuar de allí los tornos y los depósitos de cobres. Con el cobre las dificultades no fueron excesivas: por la noche lo transportaban en borricos, por las mismas trincheras. Pero con las máquinas, ¡la que se armó! Cuando la brigada, de noche, empezó a dar golpes de martillo, los facciosos se imaginaron que se preparaba un gran ataque y cubrieron literalmente de obuses el edificio de la fábrica. Jamás podían figurarse que aquellos locos hubieran acudido a llevarse unas máquinas... Y a pesar de todo, los locos se salieron con la suya. Los tornos están fuera de peligro. Sus correas giran.

Barreira muestra su empresa, obra de cuatro meses. Cómo no: participa en la preparación de los proyectores. Pero, además de los proyectores, tiene qué mostrar. Aquí construye carros blindados: tiene preparados una docena entera. Y además algunos otros juguetitos... Piensa en el día de mañana —arriba, hay una escuela fabril, con adolescentes que aprenden el oficio de cerrajero y de mecánico—. Y ahí —bajamos al subterráneo—, ahí se ha abierto ni más ni menos que un túnel de cien metros, cubierto con cemento armado; sirve de tiro para probar los disparos de los carros blindados y, al mismo tiempo, de refugio antiaéreo para todos los trabajadores de la empresa. Ha sido construido en seis semanas.

Otra vez estamos en la planta superior. Barreira nos muestra el comedor, duchas y baños para los trabajadores, el club. Al despedirse, señala enfrente, al otro lado de la calle, una gran casa de seis pisos, aún no terminada del todo.

—Pensamos ocuparla y darla a los trabajadores para vivienda. Nosotros mismos, claro está, la estucaremos, la terminaremos. ¿Qué le parece a usted?

No tengo derecho a aconsejar nada a Barreira. Está claro que él y sus camaradas la ocuparán, sin que necesiten para ello consejo alguno. El antiguo propietario, probablemente, está lejos, al otro lado de las trincheras. Y en la España democrática, antifascista, difícilmente habrá quien discuta esa casa a unos obreros que, frente a ella, sin recursos ni inversiones, a base de desechos, han creado una potente fábrica de guerra y proporcionan al Estado una producción industrial de guerra que vale muchos millones.

... Después de un largo recorrido por fábricas y talleres, llegamos al montaje y expedición de los proyectores. En los grandes talleres ferroviarios, viejos obreros, temporalmente separados de su trabajo habitual, con mucho cuidado y cariño, embellecen las grandes máquinas luminosas.

La carne de aluminio de los rapaces Junkers derribados se ha convertido en monturas para enormes espejos, que ayudarán a rechazar y derribar a otros pájaros fascistas.

Con decenas de proyectores madrileños se defiende ya el cielo de Valencia y de Barcelona.

1 de octubre

La apertura de la sesión ordinaria de las Cortes ha ido precedida de no poco ruido tanto en el campo de Franco como en el extranjero. Los facciosos han declarado infatigablemente en la prensa y por radio que el Parlamento español ha dejado de existir hace tiempo, que una parte de él apoya al poder de Burgos, otra parte ha huido al extranjero, un tercer grupo ha sido muerto y del cuarto grupo, del «rojo», hay que hacer caso omiso. Por otra parte, el Parlamento lleva ya mucho tiempo sin reunirse, el gobierno no le rinde cuentas y aunque esto sucediera, la aprobación del gobierno por parte del Parlamento carece de toda fuerza legal.

Todo esto es pura falacia. Sabido es que el gobierno del Frente Popular ascendió al poder precisamente porque el país eligió un Parlamento cuya aplastante mayoría era democrática y de izquierdas, y en el que los fascistas constituían un puñado de unas decenas de individuos. Excepción hecha de ese puñado, literalmente todos los miembros del Parlamento de la República española, independientemente de las contradicciones políticas entre los partidos, mantiene el punto de vista de su competencia y legalidad, incluidos varios diputados moderados de los partidos de derecha. Algunos de ellos, como por ejemplo el ex presidente del Consejo de Ministros, Portela Valladares, han venido incluso del extranjero para asistir a la sesión del Parlamento para subrayar que considera constitucional el régimen de la España de hoy. Algunos han mandado telegramas justificando su ausencia por enfermedad o —como los asturianos— por la imposibilidad física de trasladarse a Valencia. Dichos telegramas contienen también saludos al Parlamento y al gobierno. Y las Cortes se han reunido exactamente en el plazo previsto por la Constitución.

Desde la mañana, en torno al edificio de la antigua Lonja, se reúne una enorme muchedumbre. Los diputados y ministros populares son acogidos con clamorosas ovaciones y vítores; a los que no son populares o que acaban de llegar de la emigración, los rodea una curiosidad fría, pero atenta. Nadie los ataca, nadie se dispone a despedazarlos, como afirmaba la prensa fascista intentando convencerlos de

que no acudieran a Valencia. En el palco diplomático, representantes de Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, URSS, Bélgica, Suecia, Checoslovaquia y Argentina, la delegación parlamentaria británica y otros invitados de honor.

Desde la mañana, por los pasillos se habla mucho del gran discurso de oposición que, al parecer, ha preparado para hoy Largo Caballero. Pero al iniciarse la sesión se pone en claro que Caballero hoy no va a hacer uso de la palabra. Tiene otras preocupaciones. Hoy debía reunirse el Comité Nacional de la Unión General de Trabajadores. Los miembros del comité pensaban condenar la actuación de Caballero —que ha carcomido la organización— y destituirle del puesto de secretario general.

Al terco y enfurecido viejo no se le ha ocurrido nada mejor que encerrarse en el local del secretariado y no dejar entrar a nadie. El Comité Nacional se ha reunido en otro lugar y al atardecer ha destituido a Largo Caballero del puesto de secretario general.

Al abrir la sesión de las Cortes, su presidente, Martínez Barrio, dirige las primeras palabras al ejército republicano que por tierra, mar y aire heroica y tenazmente defiende la independencia y la libertad de España.

17 de octubre

De nuevo se libran batallas duras, encarnizadas, en los accesos a la Zaragoza fascista. Veinte veces hemos hablado ya de batallas «duras, encarnizadas». Pero no nos repetimos en lo más mínimo. Cada nueva etapa de la guerra de España aporta un mayor encarnizamiento en la lucha, una mayor densidad de fuego y de maquinaria bélica, un número mayor de víctimas.

No sé cómo conceptuará el día de hoy el parte del Ministerio de la Guerra. Los periódicos de Valencia llegarán aquí pasado mañana; primero los conducirán en coche por las carreteras anchas; luego, en motocicleta, por los caminos vecinales; después, en mulos, por las montañas.

Entonces, el día de hoy se habrá fundido con otros días, será difícil recordarlo con todos sus detalles entre los cuatrocientos días de guerra ya vividos. Ahora, cuando acaba de quedar cerrado por la oscura cortina de la noche, aún se mantiene ante los ojos...

Ahora ya no es necesario agitar a nadie, aquí, acerca de la necesidad de las fortificaciones. La aviación ha enseñado a cada individuo a ser zapador de sí mismo. Las palas se miran con envidia, las piden a préstamo y en cola. Quienquiera que haya de permanecer en un mismo lugar más de una hora, rebusca en torno con la mirada si no hay algún agujero o alguna grieta en la tierra. Si no hay, empieza a cavar, a rascar, a arañar, si no con la pala, con la navaja o con el plato de aluminio —algunos lo han afilado por un canto, como si fuera una navaja—. Ahora nadie cree que es perder el tiempo cavar la tierra. También hoy, no bien han traído el perol con el café, han aparecido ya los aviones.

No son muchos —cuatro Junkers con doce Fiats—. En seguida han sido recibidos por los republicanos. Combate aéreo. Los aparatos de bombardeo escapan. Finalmente, uno cae como una piedra; de otros tres, saltan en paracaídas: muy cerquita... Una hora más tarde, conducen al barranco uno tras otro, a dos aviadores italianos prisioneros. Llaman desde la brigada vecina, dicen que allí han capturado al tercero: cayó tras unas rocas e intentó disparar. El cuarto quedó muerto en el acto.

A las 11, los republicanos inician su primer ataque. Hay que entrar en Fuentes de Ebro, uno de los grandes distritos en las inmediaciones de Zaragoza. De por sí, Zaragoza es también una fortaleza, antigua y famosa. Pero ahora los alemanes la han completado con un grupo entero de puntos fortificados en un sistema de defensa circular —Belchite, Mediana, Quinto, Villamayor, Fuete—. Parte de esos puntos ha sido tomada; parte, se defiende, reforzada con artillería, con nuevas fortificaciones y unidades complementarias.

El primer ataque no ha tenido éxito. A las 13.30 horas ha de comenzar el segundo. Exactamente a las 13.20 horas se oye ruido de motores; todo el mundo se esconde en las grietas, pero en seguida saltan al exterior: los aviones son gubernamentales. Vuelan bajos, mostrando sus signos distintivos, luego se elevan y un minuto después vemos, conteniendo la respiración, todo el horizonte, sobre las trincheras fascistas, cubierto de humo.

En seguida avanza el grupo de tanques. Algunos llevan sobre su blindaje, sentados, soldados de infantería, son soldados de choque, de la intrépida juventud española.

Desde aquí, desde la roca, se ven todos los detalles del ataque. Los tanques se acercan a las alambradas. Las rompen. Ahí, la infantería subida a los tanques debería saltar instantáneamente y echarse al suelo. Pero esos locos muchachos siguen avanzando. ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué?! Los siegan con fuego de ametralladora y de cañón antitanque. No es posible mirarlo. Caen como las manzanas del árbol. ¿Es posible que también ese joven de dieciséis años, voluntario, con la cabeza descubierta, que subió al tanque hace media hora, también?...

Los facciosos reciben al grupo de tanques con una nube de fuego.

Las explosiones acompañan el camino de los tanques formando un estrecho círculo. Parte de los proyectiles antitanque llegan hasta aquí. No silban, rechinan, con un rechinar repugnante, espeso, como el de la piedra de afilar, y el estallido al chocar contra la roca es agudo y fuerte.

En las trincheras fascistas, cunde el pánico. La gente sale levantando en alto los fusiles y pidiendo clemencia. Pero cuando el tanque ha rebasado las trincheras y ha avanzado en profundidad, los enemigos que han quedado con vida se recobran y reanudan el tiroteo. Esto no puede evitarse y el resultado es que la línea de fuego, aunque no densa, se cierra tras los tanques. Los soldados de infantería, tras ellos, han logrado infiltrarse poco. Pero por el flanco izquierdo, los republicanos se han apoderado de la trinchera enemiga y la conservan firmemente.

En primera línea, atacan los españoles junto con los americanos. Los soldados españoles pelean en silencio. Dan puñetazos, como niños, a su fusil o ametralladora si éstos fallan o si no tienen cartuchos. Los americanos combaten sin dejar de echar pestes entre dientes con expresiones largas y enrevesadas. Sólo uno de ellos, un obrero de cabellos grises, de mejillas hundidas, con gafas anticuadas, suavemente, sin decir palabra, se arrastra de ametralladora en ametralladora y repara las averías. Los españoles le llaman «yanqui» y le dan cariñosas palmadas en la espalda. En respuesta él sólo menea la cabeza. Y a qué hablar, todo está claro sin palabras: la ametralladora no funcionaba y ahora funciona.

Pasan tres horas. El ataque ora se reanuda ora se debilita. Los soldados comienzan a atrincherarse en la franja de terreno que han conquistado. Entretanto, los tanques siguen luchando ininterrumpidamente en el círculo de fuego. Ya se dirigen a su punto de reunión; los que tienen las cadenas averiadas por los obuses son abnegadamente

remolcados por sus compañeros. Sólo tres tanques no pueden abrirse paso; dos de ellos arden. Columnas de humo negro.

El sol comienza a bajar a su ocaso; aquí, en la montaña, en otoño, llega la oscuridad muy rápidamente. Los fascistas siguen disparando contra los tres tanques solitarios; así, pues, ¿esos tanquistas aún resisten?

Una hora más. Todo queda sumido en la oscuridad. Los tanquistas han repostado de gasolina en el punto de reunión, pero no piensan descansar. Su tensión, su excitación llega a los grados extremos. Hay que acudir en ayuda de los que se han quedado. Es preciso arrastrar los tanques, hallar a los camaradas.

Se han formado varios grupos de voluntarios, tanquistas y soldados de infantería. Avanzarán a rastras para explorar el terreno. El viejo americano también pide permiso para ir. Se lo niegan. El hombre inclina la espalda y se mete en un agujero hecho en la tierra; allí, resguardando la vela con su cazadora, limpia ametralladoras.

De súbito, en la hondonada en que se encuentran los tanques, se oyen gritos de alegría. Todo el mundo acude hacia allí. En medio de una apretada muchedumbre, hay tres mozos: la tripulación de uno de los tanques cercados, el que no ha ardido. Todos los abrazan, todos los besan, con lágrimas en los ojos. De los tres, dos están heridos. Cuentan: unos impactos directos sobre el tanque, en el lugar escarpado, inutilizaron los mecanismos de marcha de los cañones y ametralladoras, hirieron al jefe de la torreta y al jefe de la máquina. Los fascistas se acercaron a pocos pasos del tanque —gritaban, querían persuadirlos de que se rindieran, les prometían la vida, los amenazaban diciéndoles que los quemarían vivos o los despedazarían—. Los tanquistas disparaban con sus pistolas, el conductor mató a dos fascistas. Decidieron resistir hasta los tres últimos cartuchos —los tres últimos serían para ellos mismos—. Pero luego los fascistas se calmaron, decidieron dejar el asunto hasta la mañana. Los servidores del tanque quitaron los cerrojos de los cañones y de la ametralladora, salieron con ellos y se arrastraron hasta una acequia. Con agua hasta el cuello y, a veces, sumergiéndose, se dirigieron hacia las posiciones de los suyos. Por fin llegaron a la parte de las trincheras conquistadas por los republicanos.

Los soldados escuchan con mucha emoción y deciden ir inmediatamente a rescatar los tanques. Tantas veces los han sacado, también ahora podrán hacerlo.

El jefe, alumbrándose con una linterna de mano, escribe el parte. Se ha avanzado 1 700 metros en la profundidad del sector fortificado de los fascistas. La noche aragonesa, en septiembre, es fría y ventosa. La guerra no terminará mañana ni pasado mañana. La victoria se engendra con tenacidad, paciencia y víctimas.

18 de octubre

Hoy se ha salvado la tripulación de otro tanque republicano, otro de los tres que, como escribimos ayer, se atascaron en el dispositivo de los fascistas, en los accesos a Zaragoza. El milagro no se ha efectuado por sí mismo, es fruto del heroísmo ilimitado de los combatientes, de su tenacidad y de la fe en sus fuerzas.

Los tres valientes acaban de llegar a las líneas avanzadas de las unidades republicanas. Los abrazamos, están llenos de rasguños y quemaduras. Cuentan lo sucedido lentamente, fatigados, contentos.

El tanque fue tocado por varios obuses. Los fascistas lo rodearon. Se defendió disparando durante doce horas, pero, poco a poco, los enemigos se acercaron y arrojando granadas contra la máquina, llegaron hasta ella.

La tripulación se encerró y decidió no entregarse viva. Los fascistas subieron al tanque, se pusieron a llamar a los que había dentro. Los muchachos permanecían quietos, se fingían muertos.

Los facciosos, junto con unos italianos, decidieron abrir el tanque. Empezaron a subir y bajar, a dar golpes de martillo, a hurgar con barras de hierro. La máquina estaba herméticamente cerrada, como una caja fuerte. Cerrojos y pernos no cedían.

Después de varias horas de forcejeo, los fascistas, cansados, decidieron reposar y comer en el mismo tanque. Después de comer, se tumbaron a descabezar un sueño. En aquel momento, uno de los tanquistas hizo ruido en el interior de la máquina. Los facciosos se desparramaron instantáneamente y reanudaron su ataque.

Empezaron a arrojar granadas incendiarias contra la parte inferior de la máquina, se encendió la goma. «Nosotros permanecíamos sentados, callábamos y fumábamos —cuenta el comandante—, llevábamos casi diecinueve horas cercados.»

El fuego ardió cierto tiempo y se apagó. No llegó hasta los depósitos de gasolina. Los tanquistas oían cómo los facciosos cambiaban impresiones: decidieron acabar con la tripulación de una vez para siempre, no creer en nada mientras no vieran con sus propios ojos los cadáveres y no los sacaran de la máquina.

Comenzó un nuevo ataque contra el tanque. No cabía confiar en nada. Los tres combatientes decidieron suicidarse en el mismísimo momento en que los enemigos penetraran en el interior de la máquina.

De súbito, oyeron al lado la explosión de un obús, después otra, y otra, gritos de heridos. La artillería republicana y, luego, los tanques, después de la exploración nocturna de la infantería establecían una cortina de fuego en torno a la máquina.

Cesó el tiroteo. Los fascistas, por lo visto, se habían apartado corriendo y estaban escondidos. Llegó el momento decisivo. Había que aprovecharlo sin vacilar ni un segundo. Era la última y única posibilidad de salvación.

El jefe del tanque a duras penas logró hacer girar el cañón y lanzó tres disparos. Luego quitó el cerrojo, lo entregó al jefe de la torreta y le ordenó que huyera. Los fascistas dispararon contra el fugitivo, que se echó al otro lado de una elevación. El jefe colocó la ametralladora en el orificio, disparó una ráfaga y ordenó huir al conductor. El último en huir fue él mismo.

Los facciosos dirigieron contra ellos un verdadero alud de balas. Los tres combatientes estuvieron echados al otro lado de la elevación, apretándose contra el suelo, hasta que los fascistas se hartaron de disparar. Luego corrieron otro trecho, después otro... Se habían cumplido exactamente las veinticuatro horas de su resistencia.

Están de pie, fuman, beben agua. Dan indicaciones con todo detalle a otros combatientes quienes ahora, cubiertos por una cortina de fuego, en un remolque blindado, sacarán la máquina...

¿Qué ha salvado a estos tres hombres, mil veces perdidos? Los ha salvado su odio al enemigo, su decidido propósito de no ceder al fascismo ni siquiera la última hora de sus vidas, el último suspiro, la última bocanada de aire de sus pulmones, la última mirada de sus honrados y jóvenes ojos.

20 de octubre

No es posible seguir la lucha de los heroicos mineros asturianos sin sentir una grandísima alarma.

Un ejército imponente aprieta con su anillo de hierro el sector asturiano de la España republicana, el último que queda en el frente del norte.

Centenares de cañones, aviación, tanques, varias divisiones italianas, todo ha sido lanzado por los fascistas contra ese sector. La ayuda del exterior es imposible; el pequeño ejército asturiano, desangrándose, no tiene más remedio que defenderse solo.

Gijón, la principal ciudad de la Asturias antifascistas, se encuentra bajo una amenaza inmensa y muy próxima. No hace falta decir lo que espera a los asturianos, a la población civil de Gijón y de los pueblos mineros —no hablamos ya de los combatientes y jefes— cuando irrumpan las tropas fascistas. Todos son obreros, campesinos pobres y, por consiguiente, antifascistas, es decir, objeto del odio más feroz de los facciosos y de los intervencionistas. La represión monstruosa, la matanza general en los pueblos de Asturias ya conquistados por el enemigo, muestran lo que ocurrirá si las tropas de Franco-Mussolini llegan hasta Gijón y hasta la zona minera más importante.

Todavía no se ha organizado verdaderamente ni se ha asegurado la evacuación de la población civil de Gijón. Para ello se necesitan barcos, se necesita escolta para los barcos, en una palabra, es indispensable tomar medidas que no pueden llevarse a cabo sin la participación de los estados vecinos.

Si las humanas declaraciones de los estadistas británicos y franceses por lo menos en sus más remotos motivos arrancan de intenciones en verdad sinceras, esos hombres han de evitar en seguida la sangrienta matanza de Gijón.

Los trabajadores de Francia, la prensa antifascista de dicho país, viene exigiendo de su gobierno, desde hace varios días, el envío a Gijón de una caravana de barcos custodiados por la flota de guerra para la evacuación de los asturianos, en primer lugar de las mujeres y niños.

La clase obrera inglesa apoya dichas manifestaciones. Las apoyan la opinión pública y los hombres honrados de todo el mundo.

En Gijón se encuentran varios miles de prisioneros fascistas, capturados en combate. Las autoridades republicanas los han tratado humana y magnánimamente. La República tiene todos los motivos para exigir, aunque sea como canje por tales prisioneros, garantías de vida y posibilidad de partir para los trabajadores antifascistas. El más simple deber moral obliga al comité de Londres y a los gobiernos que están en él representados, a garantizar dicha operación.

No puede perderse ni un solo día, ni una sola hora. Es necesario salvar de un monstruoso aniquilamiento a decenas de miles de vidas honradas.

1 de noviembre

Hoy ha comenzado en Madrid la Semana de la Unión Soviética. Terminará el 7 de noviembre.

Estos días aquí, en la capital de la España republicana, no son simplemente días de amistad con nuestro país, no son tan sólo un tributo de respeto a la gran revolución socialista. Esta amistad, ese tributo, están aquí plenos de un contenido especial y concreto. La victoria del pueblo soviético infunde esperanzas al pueblo español en lucha. Sin querer, cada uno compara la defensa de Madrid contra el fascismo con la defensa de Leningrado contra los guardias blancos y los invasores.

En la línea de fuego, en las trincheras, en los barrios obreros, en las fábricas, en los comedores populares, en todas partes, se habla del vigésimo aniversario del Estado soviético.

Hoy, al acto de apertura de la exposición en honor de la URSS, han asistido el alcalde y el gobernador civil de Madrid, distinguidos jefes del frente central, delegados de todos los partidos y de todas las organizaciones antifascistas y mucho público.

La propia exposición está instalada en dos grandes salas; consta de numerosos tableros enormes, con fotografías, mapas y diagramas sobre la economía, la cultura y la instrucción pública de la Unión Soviética, así como de los regalos aún no enviados a la URSS.

Mañana, por todo Madrid y por el frente central, empezarán reuniones y charlas consagradas al aniversario soviético. También se ce-

lebrarán, mañana, visitas colectivas a la exposición y se proyectará el film *Campesinos*.

El 3 de noviembre, velada solemne en honor del Ejército Rojo, en el teatro de la Zarzuela; se representará la *Tragedia optimista* y habrá un recital de poesía, con intervención de los poetas.

El 4 de noviembre se celebrará un concierto especial consagrado a la música soviética.

El día 5 de noviembre se dedicará a la mujer soviética: mítines y charlas sobre este tema.

El 6 de noviembre, día del cine soviético.

El 7 de noviembre, por la mañana, la juventud de Madrid efectuará un desfile deportivo militar y una manifestación. Se celebrará, de día, una reunión solemne en el cine Capitol, y luego tendrá lugar la ceremonia para dar el nombre de Avenida de la Unión Soviética a una de las principales calles de Madrid.

Pero incluso al margen de este programa oficial, por todo el Madrid antifascista se prepara, por iniciativa particular, una enorme ola de festejos y manifestaciones en honor de la Unión Soviética. Desde la mañana hasta la noche, acuden soldados, obreros, jóvenes y mujeres con cartas, saludos y enternecedores regalos para Moscú; vienen a preguntar cómo es el dibujo del escudo soviético, cómo es la bandera de la flota soviética. Entre estas personas sencillas, valientes y honradas, al ver su fe y su cariño por nuestro país, por nuestro Partido, no se siente uno tan lejos de la patria que se prepara para celebrar esta gran fiesta.

4 de noviembre

Hace un año, el 4 de noviembre, las tropas del general Franco, su legión extranjera y sus regimientos de moros avanzaban sin parar hacia Madrid, desde el oeste y suroeste. Ocuparon Campamento, Leganés, se acercaron al aeródromo madrileño de Getafe, comenzaron a penetrar en la Casa de Campo, parque de la ciudad.

Las unidades republicanas casi no se defendían; perdidos la dirección y todo enlace, retrocedían, retrocedían, retrocedían, y a veces sencillamente, como una multitud desordenada, en camiones y a pie, se iban del frente.

Durante la noche del 6 de noviembre, los fascistas ocuparon los alrededores de la ciudad. El gobierno tuvo que evacuar. Se formó una interminable cadena de automóviles por la única carretera que quedaba libre, la de Valencia. Tras ella, siguió un compacto torrente de evacuados en mulos, asnos, con los bártulos a la espalda.

El 6 de noviembre, toda la defensa efectiva de la ciudad se redujo a los disparos de contención de once tanques. Agotados por la fatiga, un puñado de tanquistas, con frecuencia heridos, se pasaron las veinticuatro horas del día circulando en torno a la ciudad presentándose como poderosa artillería y asustando al enemigo en cuanto a las dificultades de un ataque a Madrid.

Durante la noche del 6 al 7, recorrí la ciudad callada, oscura, escondida y, según parecía entonces, condenada. Las trincheras y los puentes estaban casi vacíos. Una calle estaba obstruida por un carro blindado, fuera de combate, y allí, dos manzanas de casas más allá, en Carabanchel, los fascistas ya fusilaban a los obreros, a sus mujeres y a sus pequeños hijos. Sí, y en el centro, los facciosos de la «quinta columna» ya disparaban desde las ventanas, arrojaban bombas a los viandantes y a los automóviles. Los edificios gubernamentales estaban abandonados, vacíos. El portalón del Ministerio de la Guerra estaba abierto de par en par, sin centinelas; todas las puertas del interior también estaban abiertas, todas las lámparas encendidas, había mapas sobre las mesas, sin que se viera una alma en ninguna parte, como en un reino encantado, y sólo dos viejos servidores estaban sentados tranquilamente, esperando que sonara un timbre y los llamara el jefe, lo mismo daba cuál...

Pero en el Madrid indefenso, en el instante mismo en que se extinguían unas fuerzas y las posibilidades de su defensa, nacían impetuosamente otras fuerzas, nuevas. El Ministerio de la Guerra estaba vacío, pero los locales de las organizaciones obreras, los comités del Partido Comunista, en aquella noche de noviembre, estaban llenos de madrileños. Ahí no dormían, ahí se armaban, ahí reunían fuerzas y las distribuían. La «última noche» del Madrid de noviembre se convirtió en la primera noche de su gloriosa epopeya. Lo que era considerado como el fin, resultó ser el comienzo. Cuando por la mañana del 7 de noviembre llegaron al desierto edificio del ministerio los dirigentes de la defensa de Madrid, de reciente nombramiento, las organizaciones obreras pudieron poner ya a su disposición varias unidades constituidas por los milicianos del Quinto Regimiento y por la juventud madrileña.

Miles y miles de obreros abrían trincheras, construían barricadas, obstruían los pasos de las calles. Un oficial fascista, adelantándose a los acontecimientos, se metió demasiado adentro de Madrid, fue muerto, y se le encontró la orden de Franco sobre la disposición de las unidades para efectuar su entrada en la capital; aprovechando esta orden, los defensores de Madrid fortificaron, ante todo, los sectores por los que los facciosos tenían la intención de atacar en primer término.

Después —todos lo recordamos— hubo la batalla en los puentes del Manzanares, el combate en la Casa de Campo, la llegada de la Brigada Internacional, los veinte días de combate en la Ciudad Universitaria, entre los edificios de las facultades y de los institutos, los contraataques republicanos en Carabanchel, los monstruosos bombardeos de la aviación fascista y su interrupción después de que la aviación republicana rechazó a los piratas del aire y se adueñó del cielo de Madrid.

Con esto se pararon las tentativas de Franco para conquistar la ciudad de frente, por ataque directo. Luego, Franco emprende varios golpes de maniobra, complicados y potentes; primero, desde el noroeste, hacia Majadahonda, Las Rozas y Aravaca, intenta apoderarse de El Escorial. Después, procura cortar Madrid por el este, aislarlo de Valencia —con este fin organiza la operación en el río Jarama—. En todas estas batallas fracasa.

El pequeño grupo de defensores de Madrid, nacido el 7 de noviembre, creció y se convirtió en el ejército del frente central, ejército básico de la República. Los soldados y jefes de Madrid, educados en duros combates, se convirtieron en la mejor parte de las fuerzas armadas de la España antifascista.

La ofensiva emprendida en marzo por las fuerzas motomecanizadas de los intervencionistas y de los facciosos en Guadalajara, debía de acabar definitivamente con Madrid. En vez de esto, se convirtió en una gran derrota de la intervención fascista, en una especie de nuevo Caporetto para los italianos. Con Guadalajara se han terminado hasta ahora las operaciones ofensivas de gran estilo contra Madrid. Los fascistas han pasado a la guerra de posiciones y de minas subterráneas, disparan sobre la ciudad con artillería alemana de largo alcance. En cambio, se activó el propio Madrid, y en julio rompió el cinturón fortificado de asedio, conquistó Brunete. Quijorna y Villanueva de la Cañada.

Ahora a la heroica ciudad antifascista le esperan nuevas y duras pruebas. Las tropas que la defienden, han crecido y han ganado en fortaleza, pero el ejército del enemigo ha aumentado en proporción mucho mayor. Además, después de haber estrangulado a la parte septentrional y aislada de la España antifascista, los intervencionistas han recobrado unas cien mil bayonetas y pueden lanzar ahora contra Madrid un ejército casi de trescientos mil hombres, mil quinientos cañones, trescientos aviones. No pueden pasar por alto la batalla ante Madrid: sin tomar el centro y la capital de España, no es posible ganar la guerra. Por esto, el nuevo ataque sobre Madrid se prepara con gran cuidado en Salamanca, en Roma y en Berlín; mientras prosigue la impúdica charlatanería en el comité de Londres, el mando de los intervencionistas, aprovechando el tiempo, desembarca en los puertos del sur nuevas divisiones de infantería italianas, nuevas baterías y escuadrillas germanas.

Hace exactamente un año que, sin conocer el descanso ni el sueño, se mantiene esta ciudad asombrosa, saturada de una fuerza magnética, la fuerza del odio al fascismo, la de no querer doblegar la cerviz ante él. Todo el mundo, hasta los enemigos, rinde tributo a esta incomparable intrepidez de los antifascistas armados y a la viril firmeza de los pacíficos habitantes de Madrid, de sus mujeres, viejos y niños. En todo el mundo no se ha encontrado más que un pequeño grupo de heces de la humanidad, trotskistas, bastante ruines para crear hasta en el Madrid asediado un nido de traidores y espías, para hurtar y pasar al enemigo planes militares y secretos sobre la defensa de Madrid, hacer agitación en la ciudad contra los dirigentes de dicha defensa, contra la República, contra la democracia. Estas personas son mezquinas y despreciables. A despecho de ellas, el Madrid antifascista puede enorgullecerse de la ayuda prestada por los antifascistas avanzados de todos los países, de los héroes a toda prueba, de los internacionales de las brigadas de infantería, aviadores y tanquistas. Por esto es tan grande, entre los madrileños, el sentimiento de solidaridad y su reconocimiento hacia los pueblos que los han apoyado en este magnífico año, inolvidable y atormentador.

Hace ya un año que los cañones del fascismo mundial están dirigidos contra estas paredes. Matan, pero no vencen. El Madrid de los trabajadores, el Madrid del pueblo, no se ha rendido, no se rinde ni se rendirá.

6 de noviembre

Una de mis ventanas mira hacia Moscú. Desde aquí, en línea recta, en dirección nordeste, Moscú está sólo a tres mil quinientos kilómetros. Ahora ya anochece, pero veo toda la línea hasta el fin. ¡Cuántas veces he volado por ella con la mirada!

Al pie mismo de la ventana, en la calle, hay un carro blindado de fabricación artesana, con un altavoz. Algo están arreglando en él. En torno, juegan los niños. Ni ellos mismos saben hasta qué punto están hambrientos. Las personas mayores se lo notan por la hinchazón de los rostros, por los amplios círculos bajo los ojos, por los pequeños dedos azules. Antes, les traía de Valencia caramelos —¡qué alegría la suya!—. Ahora, de Valencia sólo se pueden traer espléndidas flores, pero las flores no se comen.

La línea cruza la ciudad cansada, agujereada por la artillería, con escombros sin recoger, hambrienta, magnífica. Al atardecer, bajo la lluvia, entre el sordo retumbar de los cañones, Madrid vive su vida peculiar, única, rodeada desde tres partes por el enemigo. Unas mujeres, con sus chales negros, se arriman a lo largo de una pared: es la cola para el aceite de oliva.

En el Rastro, se venden encendedores, peines, muebles rotos (para leña), áureos bordados de uniformes cortesanos, betún para el calzado, viejas espadas de Toledo. Enfrente, se eleva una colina que acaba en punta, es el cerro de los Ángeles. Desde él, cada media hora las baterías fascistas disparan, a veces sobre el mercado, a veces al centro de la capital.

En todo el enorme hotel Florida ha quedado un solo huésped, el escritor Hemingway. Calienta sus bocadillos en la estufa eléctrica y escribe una comedia. Ayer, un obús, por enésima vez, cayó en el Florida y no estalló; una joven mujer de la limpieza, trajo la granada y con cierta desazón dijo: «Aún está completamente viva.»

A las cinco de la tarde, ya ha oscurecido. Fuera, en la calle, no se pueden encender las luces; por esto, en Madrid, para el aniversario de Noviembre, han establecido una iluminación subterránea. Las estaciones del metro —aquí son pequeñas y húmedas— se han adornado hoy con bombillas de color, con los escudos luminosos de España y de la Unión Soviética. A las seis, comienzan las representaciones en los teatros. Aquí falta sitio, el aire es sofocante y hay mucha alegría. Las tres cuartas partes de la sala están ocupadas por soldados; el resto son mamás con pequeñuelos en brazos. Las bailarinas hacen sonar las castañuelas, cantan que la dieta madrileña les conserva la línea; un autor cómico pide un cigarrillo al público, le contestan de buen humor: «Vente con nosotros a la trinchera, te hartarás de humo.»

En las trincheras se preparan para celebrar la fiesta. Se preparan de distintas maneras: unos escriben pancartas y cuelgan guirnaldas de ramas, otros limpian las ametralladoras y colocan nuevas minas.

Hace un año, los generales monárquicos, junto con los monstruos de la legión extranjera, junto con la horda mercenaria marroquí, junto con las hordas de fascistas germanos e italianos, llegaron a los muros de la capital de España. Querían apoderarse de ella y cogerla sin falta el día del Gran Octubre. El pueblo armado defendió Madrid. Los fascistas se rompieron los dientes en los barrios obreros.

Ha transcurrido un año y el enemigo no ha penetrado ni un solo paso hacia el interior de la capital. ¡Pero quiere pasar! Esperamos nuevos ataques. La noche de fiesta será una noche de alarma. Pero Madrid, el Madrid cansado, hambriento, ensangrentado, es fiel a la República, a la democracia, a la libertad, es fiel y agradecido a sus amigos. En el arco de Alcalá, dirigido hacia el nordeste, hacia Moscú, se ven, de lejos, grandes retratos de Lenin, de Stalin y de Voroshílov.

La línea sale de la ciudad. He aquí las trincheras avanzadas de Guadalajara, he aquí la Sigüenza fascista, he aquí Zaragoza. Uniformes de conquistadores italianos por las calles, por los cafés, «flechas azules», «flechas negras»...

A uno de los aviadores italianos derribados no hace mucho, los republicanos le encontraron una novedad: sellos de correo especiales del servicio italiano en España. Toda carta franqueada con estos sellos, es intangible para las autoridades locales, lo mismo que en las colonias. No la toca la censura española, sólo los chivatos italianos tienen derecho a abrirla...

Más allá, la España del nordeste, zona de la influencia alemana. Ahí no sólo hormiguean los oficiales. La zona está llena de ingenieros, contratistas y comerciantes. Ya han aparecido los literatos berlineses, que dan al «romanticismo» una nueva interpretación. Un tal Edwin Dwinger ha publicado un librito de impresiones españolas. En

él, el autor se enternece al ver que «se alegran como niños» los franquistas con sus «merecidos trofeos: relojes tomados de los cadáveres aún calientes».

Si los fascistas torturan y hacen perecer entre tormentos a personas inocentes en el centro de Europa, en Berlín y en Hamburgo, a la faz del mundo, ¿quién va a ponerles cortapisas aquí, en un rincón provinciano, en las mesetas aragonesas, en este festín del sadismo y la venganza? Una bala por el carné de un sindicato rojo, una bala por una palabra poco circunspecta, una bala por una mirada audaz, insubordinada. Este duelo con las fuerzas negras del fascismo, estremecerá a todo el mundo, animará a los débiles, avergonzará a los cobardes, dará alas a los valientes y confundirá a los enemigos.

Más adelante, hacia el nordeste, la línea corta los Pirineos —alta barrera cubierta de nieve—. Francia quiere ampararse tras ellos, quiere cerrar los ojos y tapar los oídos a la tragedia española —¡será en vano!—. No pocos de los que dirigen la política en Francia quisieran que aquí la gente acabara de matarse luchando entre sí sin inquietar a los demás países —¿no es así, acaso, como razonan los defensores «izquierdistas» de la «no intervención»?—. Se apartan de los protectores de Franco, de los fascistas manifiestos y encubiertos, pero trabajan con todas sus fuerzas para ellos.

El fascismo ha modificado la táctica respecto a los países que quiere dominar. Sigue dando puñetazos sobre la mesa, como antes, y éste es el argumento fundamental para los gobiernos cobardes. Pero al mismo tiempo, con la mano izquierda, hace cosquillas a la barbita de sus futuras víctimas. No se sabe lo que esto debe de significar, pero produce su efecto. Ahora, en Francia, en Bélgica y en Suiza, actúan nubes enteras de importunas mosquitas fascistas. Zumban sobre la juventud, que aún no ha elegido su camino, susurra insinuantes consejos, asusta con los horrores de la guerra contra Hitler y procura demostrar que es perfectamente posible evitar dicha guerra mediante compromisos, concesiones y acuerdos.

Las bandadas colombinas de pacifistas, refunfuñan en son de reproche: ¿para qué tanto soldado, para qué fortificar las fronteras, para qué el pacto francosoviético? Cosa rara, a ellos no les intranquiliza en lo más mínimo el pacto italogermanonipón, probablemente por distracción no ven los desembarcos de japoneses en Shangai, los desembarcos de italianos en Sevilla, el ejército fascista clandestino en Viena. Nunca habían trabajado con tanta agilidad como ahora las

agencias de propaganda y espionaje en todos sus aspectos y variedades; el fascismo no había envuelto tan estrechamente como ahora a Francia con una compleja red de provocaciones, chantajes, actos terroristas, raptos y toda clase de historias misteriosas. A los fascistas les inquieta el hecho de que la clase obrera francesa esté despierta, animada, activa. Donde ella pone el pie y actúa, la red se desgarra, los resortes de la conspiración salen al exterior y se rompen.

Miramos más allá; un pequeño país de montaña, que ha unido en sí, históricamente, tres grandes culturas europeas, constituía no hace mucho el más pacífico rincón de la Europa burguesa, una islita salvadora, un refugio para los luchadores políticos, víctimas de la reacción y expulsados de sus países. ¿Y ahora? Ahora, el neutralísimo y piadosísimo señor Motta, anfitrión de la misma Liga de las Naciones, cierra los ojos al hecho de que día y noche las fábricas de material de guerra instaladas en los alrededores de Ginebra, Lausana y Locarno producen armas y gases asfixiantes y los mandan al Japón, a los Balcanes, a Franco...

Y todavía más allá: Alemania del sur, mudas aldeas bávaras, antes tan alegres, Munich, de tanto ingenio y talento. Ahí creaban los pintores, los artistas; vagaban muchedumbres de visitantes por las exposiciones, se discutía vivamente sobre arte. Ahora todo ha sido anulado. Ahora ahí se encuentra el cuartel principal de los fascistas, la plaza de los desfiles hitlerianos. Con qué rapidez cambian las reputaciones; ¿quién piensa ahora en el arte al oír la palabra «Munich»?

Oscuras ventanas de las casas alemanas. Pero durante la noche entera estarán iluminadas las ventanas de las fábricas. En los enormes talleres metalúrgicos, de fundición, de las fábricas de cañones y municiones, arde la llama, sin apagarse nunca. El país, no curado aún de las graves heridas de la pasada guerra, ha sido convertido otra vez en una monstruosa forja. La guerra, tal es la política de la tiranía hitleriana. ¿No será hacia Checoslovaquia hacia donde se dirija el primer golpe insensato, hacia ese país al que llega la mirada voladora, hacia los Sudetes, el extremo izquierdo de la estrecha y larga Checoslovaquia?

En las ácidas aguas de Carlsbad y Marienbad, en los desvanes de los restauradores y de los dentistas, se descubren cajas con armas de la fábrica Krupp, secretas emisoras de radio, octavillas de Dresde. Antes, los «nazis» checoslovacos, cuando eran cogidos con las manos en la masa, se justificaban, se desentendían de Berlín, juraban, se daban

golpes al pecho. Ahora se han vuelto más insolentes, no niegan nada, al contrario, responden amenazando con la intervención germana... Pero la zona de en medio, en Checoslovaquia, se acaba. El pueblo, el ejército, la intelectualidad, han adoptado una posición firme. La defensa contra la invasión fascista extrajera es necesaria, posible y real. El ejemplo de la España indefensa e inexperimentada, su año y medio de resistencia al invasor, han iluminado los cerebros de muchos que antes esperaban, sumisos y llenos de pánico, a que sobre Checoslovaquia cayera la desgracia...

Volamos rápidamente con la mirada, pero ya es negra noche en torno. Entre las tinieblas y el frío otoñal, yacen las aldeas de Polonia, la Varsovia sombría, sin trabajo.

El Estado polaco tiene ya dieciocho años, ¿y qué ha dado a su pueblo el «gobierno de los coroneles»? Ningún convenio con Alemania, ninguna combinación y artilugio financieros y diplomáticos han bastado para empujar la rueda de la máquina, para despertar los tornos dormidos. para dar trabajo y un pedazo de pan a los parados. En triste rigidez esperan las personas, aldeas y ciudades a que se acabe esta prolongada pesadilla...

Cerca de Minsk, al amanecer, volamos sobre la frontera de la parte soviética del mundo. Ahí, sobre todo hoy, no duermen. Brillan las luces en los puestos de guardia fronterizos, hay festiva agitación en las casas koljosianas, se acaban de colgar las últimas banderas y pancartas en las plazas y calles de la capital bielorrusa; los tanquistas se aproximan a la posición de partida para el solemne desfile y los caballos de las tropas de caballería piafan; bajo los tellices bordados, palpitan las grupas, limpias, aterciopeladas, bien peinadas.

¡Más aprisa, más aprisa! Ahí está Smoliensk, elevado sobre el Dnieper, cubierto de banderas; directamente, desde la ventana madrileña, mirando hacia el nordeste, veo entre la bruma matinal, desde el suroeste, a Moscú. Por la carretera de Mozhaisk corren los automóviles. Junto a la puerta de Dorogomílov y más allá, hacia el centro, se forman las columnas de manifestantes. En la plaza de Smoliensk, tres mujeres con delantales blancos —¡oh, qué blancos!— venden desde un camión salchichas calientes; si tuviera ahora aquí un par de ellas...

Por Arbat, ya no es posible avanzar ni andando ni en coche. ¡Cómo han pintado, renovado, los rótulos! Los están mirando, jubilosos, rostros infantiles, como pétalos, felices, sanos; mucho tardarán aún en ser como ellos, los rostros de los niños escuálidos y hambrientos que juegan al pie de mi ventana madrileña.

Cada vez más allá, por la calle de Vozdvízhenka, por la plaza de Maniezh, os veo a vosotros, soldados rojos, jefes, obreros, viejos bolcheviques, pioneros, muchachas moscovitas, guardias urbanos, estudiantes, os veo con el último número de *Pravda* en las manos. ¡Os veo perfectamente bien! Y aún más allá, eternamente jóvenes, montados a caballo, corren uno al lado del otro, como en los guerreros años, Voroshílov y Budioni; la orquesta rompe a tocar unos pasos de marcha y rueda por la capital el ¡hurra! del Ejército Rojo...

Notas

1. *Chújloma*: centro de distrito de la región de Kostromá, al noreste de la de Moscú.

2. *Iván Loggínovich Goremikin* (1839-1917), ministro y presidente del Consejo de ministros durante el reinado de Nicolás II; se destacó por su espíritu reaccionario y por su burocratismo.

3. *Marinaia Roscha*: barrio de Moscú.

4. *Borsch*: sopa a base de remolacha roja y otras verduras, carne y crema fresca de leche.

5. *Rincón rojo*: local de una institución destinado al trabajo cultural e instructivo.

6. *Okroshka*: especie de gazpacho que se hace con *kvas* (bebida ligeramente alcohólica a base de agua, pan y malta), verdura y carne o pescado picados.

7. *Gatchina, Pávlosk, Peterhof* (*Petrodvorets* desde 1944) y *Dietskoe Sieló* (antes, *Tsarskoe Seló*; desde 1937, *Pushkin*): lugares que sirvieron de residencia a la familia real rusa; están situados en los alrededores de Leningrado.

8. *Triángulo* (en ruso: «treugólnik»): nombre que se dio en la Unión Soviética, durante los años correspondientes a los tres primeros planes quinquenales, al conjunto de los tres miembros dirigentes de las empresas e instituciones: director, dirigente de la organización del partido y presidente de la organización sindical.

9. *Starosta*: individuo que, por elección o nombramiento, está al frente de alguna entidad, comunidad o grupo de poca importancia.

10. *Tovarich* (en vez de *továrisch*: camarada); *sasedanie* (en vez de *zasedanie*: reunión); *saius gorniaki* (en vez de *soiuz gorniakov*: sindicato minero); *Vorochilovgrad* (en vez de *Voroschilovgrad*).

11. Palabras de una famosa romanza de la ópera *Sadkó*, de Rimski Kórsakov (1844-1908).

12. Versos de una famosa poesía de Pushkin.

13. *Los misterios de la corte madrileña*: novela de la pléyade que en toda Europa se escribieron a imitación de *Los misterios de París*, de E. Sue.

14. *Osoaviajim (Obschestvo sodiéistviia oboróne y aviasiónnomu y jimícheskomo atroítelstvo S.S.S.R.)*: Sociedad de cooperación en la defensa y desarrollo de la industria aeroquímica de la URSS.

15. *Subbótnik*: trabajo colectivo voluntario para cumplir alguna tarea de utilidad social durante las horas de ocio.

16. Canción de un film soviético —de Alexándrov— que lleva el mismo título.

17. *Bumaga* (papel); *Karandach* (en vez de *karandash*: lápiz); *Izdrastuitie* (en vez de *zdrávstvuitie*: buenos días); *Izpichki* (en vez de *spíchki*: cerillas).

18. *Barvija*: uno de los barrios de Moscú.

19. *Cáncer*. En ruso, el nombre de esta constelación y signo del zodíaco es «*rak*», palabra que significa, además, «cangrejo», lo cual da irónica intencionalidad a la alusión de la frase.

20. Canción de la película soviética *Los hijos del capitán Grant*.

21. *Batalla de Mamái* (o *Batalla de Kulikovo*): famosa batalla (1380) en que las huestes rusas, mandadas por Dimitri Donskói, derrotaron a las tartaromongolas mandadas por Mamái, momento crucial en la lucha del pueblo ruso contra la dominación tartaromongola.

22. El *falso Dmitri*: hubo dos «falsos Dmitri», que se presentaron como hijos del zar Iván IV (el Terrible: 1530-1584), entre 1605 y 1610; aspiraban al trono de Rusia, apoyados por los polacos.

23. *Perekop*: estrecho istmo que une la península de Crimea con el continente, donde se atrincheraron las tropas de Wrangel en 1919-1920, creando una roza de fortificaciones que se consideraban inexpugnables. En noviembre de 1920, las tropas soviéticas forzaron el istmo.

Impreso en
Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Fuenlabrada (Madrid)